**Paper - Brexit “conundrum” (como diría el ex-Maestro Greenspan: “si han entendido lo que hemos hecho (he dicho), es que lo (me) han interpretado mal”)**



**- Introducción: the Brexit negotiation (verba… non fact)**

Un miembro “poco afectivo” de la Unión Europea (breve reseña histórica)

En el marco de una Europa devastada, Winston Churchill pronunció una conferencia en la Universidad de Zúrich, en septiembre de 1946, en la que se proponía un remedio a la situación catastrófica de posguerra: reconstituir la familia europea y estructurarla, creando una suerte de Estados Unidos de Europa. Paradójicamente, Gran Bretaña se quedó al margen del inicial proceso de construcción europea. No obstante, pidió formalmente su adhesión al proyecto en 1961 y 1967, y por dos veces fue vetada su incorporación a las Comunidades Europeas.

El primer veto, en 1961, se sostuvo por parte de Francia sobre la base de la falta de compromiso británico en alinearse con una política más independiente de Europa respecto a Estados Unidos. El premier, Harold Macmillan, no podía renunciar al reforzamiento de su alianza con EEUU basada en la política del Gran Designio del presidente Kennedy, confrontada a la idea de una defensa autónoma europea. En segundo lugar, por la intención de Gran Bretaña de mantener el derecho exclusivo a desarrollar su política social y planificar su economía, así como garantizar el mantenimiento de la libertad comercial con los países de la EFTA. Finalmente, la escasa receptividad de Francia a reconocer un trato especial de las Comunidades Europeas para los productos de la Commonwealth dio al traste con este primer intento de ingreso en el entramado comunitario.

El segundo veto a la adhesión, impulsada por el laborista Harold Wilson en estrecha alianza con el líder conservador Edward Heath, el cual había dirigido las negociaciones del primer intento, se produjo en 1967. Los argumentos esgrimidos tuvieron una vertiente estrictamente jurídico-económica. Para Francia, se hacía necesario que Gran Bretaña superara una serie de escollos para poder iniciar con efectividad las negociaciones: lograr un equilibrio en su balanza de pagos y resolver la dificultad que generaba el peculiar sistema jurídico británico para poderse adaptar al acervo comunitario. No obstante, este segundo veto, no solo se circunscribía a la incompatibilidad de la economía británica con el Mercado Común, pues todavía subyacía la discrepancia primigenia, inasumible para la Francia del general De Gaulle: la Europa atlántica, preconizada por los británicos, difícilmente conciliable con la Europa europea imaginada por el general.

Finalmente en el año 1973, se hace efectiva su adhesión a las Comunidades Europeas, junto con Irlanda y Dinamarca.

El llamado cheque británico supone un reembolso a Gran Bretaña de la parte destinada a la financiación de la Política Agrícola Común, la cual tiene muy poca aplicación práctica en el territorio británico. El acuerdo ha sido renegociado en 2005, a raíz de la reducción presupuestaria comunitaria en materia agrícola y la incorporación de Estados más pobres con un importante impacto agrícola, minorándose de manera sustancial el reembolso. De no ser así, si se eliminara el cheque de manera radical, Gran Bretaña sería un contribuyente neto mucho mayor que Francia o Italia.

En lo referente a la peculiaridad del sistema jurídico británico y su dificultad para transponer el derecho derivado de la UE, Gran Bretaña ha sido extremadamente cumplidora en la transposición de las directivas europeas. Analizando las tablas de indicadores establecidas por la Comisión, se observa que Gran Bretaña, en 2015, ocupaba el cuarto lugar (empatada con otros Estados) frente a países indubitadamente europeístas, como España o Italia, situados en la cola del incumplimiento. Los británicos han reducido su déficit de transposición al 0,4%, mientras que España se mantiene en el 1,5%. La media se halla en el 0,7%, es decir, Gran Bretaña está a la mitad en un sentido positivo de la media, y España la duplica.

En lo que respecta al retraso en la transposición de directivas (porque no han sido comunicadas a la Comisión, parcialmente transpuestas o les falta alguna medida de transposición), la Comisión Europea establecía el objetivo de un 0,5% de retraso, el cual es cumplido por 14 Estados, entre los cuales está Reino Unido y no se encuentra España.

La raíz del conflicto

¿Dónde se encuentra entonces el problema que desemboca en la posibilidad de que Gran Bretaña abandone la Unión Europea? Según destacados analistas, el proceso de constitucionalización abierto con el Tratado de Maastricht a fin de conseguir una unión política es la causa primigenia de esta situación. El interés de la Unión de crear una especie de sistema constitucional multinivel, como se ha dicho, de Estados, ciudadanos y despachos (sobre todo estos últimos) ha encendido la mecha de la desafección.

Esa cierta negación del principio de soberanía y su sustitución por el principio de competencia, así como la exigencia a los Estados de transferir, mediante sucesivas reformas de los tratados, competencias políticas, que son las que definen la identidad constitucional de los Estados (política exterior, catalogación de derechos fundamentales, moneda, justicia y orden público y una incipiente defensa común) trastocaron, en cierto modo, el proceso de integración, que había sido esencialmente económico-administrativo. La cuestión de la soberanía, muy resistente en Gran Bretaña, es la gran causa que ha generado esta ruptura.

A mayor abundamiento, la reforma, un tanto sui géneris, del artículo 136 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea, que ha permitido la adopción de nuevos Tratados en esta última década (el Acuerdo sobre la Facilidad Europea de Estabilización Financiera, el Tratado sobre el Mecanismo Europeo de Estabilidad y el Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza de la Unión Europea) a fin de contrarrestar la crisis económica; así como la gestión opaca de la misma, con la eclosión de crípticas estructuras tecnocráticas, han coadyuvado a esta situación; lo que llevó a Gran Bretaña a no firmar el Tratado de Estabilidad y Gobernanza, pues este proceso de reforma y de adición de un derecho originario, jurídicamente muy peculiar, ha quebrado la manera tradicional de abordar la integración.

La crisis con Gran Bretaña ha activado en la Unión una especie de freno de emergencia que afectará, sin duda, al futuro del objetivo de la unión política, pues el acuerdo no significa el establecimiento de una posición de privilegio para Reino Unido, ya que sus disposiciones podrán ser invocadas por otros Estados en un futuro lleno de incertidumbres.

Cronología

1961-1967: Tres años después de la fundación de la Comunidad Económica Europea (CEE), Reino Unido solicita su entrada. El general y presidente francés Charles de Gaulle rechaza esa solicitud y la presentada en mayo de 1967.

1972-1973: Gran Bretaña firma los Tratados de Adhesión a las Comunidades Europeas y se incorpora a la CEE, con una gran división interna en el Parlamento inglés.

1975: El país convoca un referéndum para saber si sus ciudadanos desean seguir formando parte de la CEE. Gana el sí por un 67%.

1979-1984: La primera ministra conservadora británica, Margaret Thatcher solicita que se rebaje la contribución económica de Reino Unido a la CEE, pues la mayor parte de las ayudas se destinaban al sector agrícola, de poca relevancia en el país. En la cumbre de Fontainebleau, logra esta reducción con lo que se conoce como el cheque británico.

1992: Se firma el Tratado de Maastricht, que da lugar a la Unión Europea. El primer ministro británico John Major exige que el país quede fuera de la moneda única.

1995-1997: Entra en vigor el espacio sin fronteras Schengen -del que Reino Unido no forma parte-, que se integra al derecho de la UE con el Tratado de Ámsterdam.

2012-2016: El Parlamento británico aprueba la ley para convocar un referéndum sobre la permanencia en la UE y este queda previsto para hoy.

El Reino Unido elige abandonar la Unión Europea

(Según la prensa) “Si el Reino Unido decide en el referendo de hoy abandonar la Unión Europea, sacudirá los cimientos políticos del continente. Pero incluso si opta por quedarse, el bloque probablemente no será el mismo. La decisión de dejar la UE -la primera de un país miembro- ahondaría la crisis de un continente que ya tiene que hacer frente a una economía débil, problemas de deuda, inmigración a gran escala y la inestabilidad geopolítica al sur y el este de sus fronteras”...

(**23/6/16**) El Brexit gana el referéndum sobre el futuro del Reino Unido en la Unión Europea. La libra registra un desplome histórico tras perder hasta un 10% y los mercados caminan hacia un viernes negro.

Resultado final del referéndum: El 51,9% ha votado a favor de la salida (17.410.742) - El 48,1% permanecer (16.141.241) - Hay una diferencia de 1.269.000 votos

(Según la prensa) “El voto contra la UE también podría terminar convirtiéndose en un voto contra Reino Unido. El voto de Reino Unido para abandonar la UE pone en marcha el divorcio más complejo del mundo”...

(**24/6/16**) Cameron anuncia que dejará el Gobierno en tres meses para que un “líder nuevo” dirija el Brexit. El primer ministro dice que Reino Unido encontrará “el camino” de que el país “sobreviva” fuera de la UE.

(**14/7/16**) Boris Johnson, el nuevo ministro de Exteriores británico y la diplomacia nunca hicieron buenas migas. Llegó a comparar el proyecto de la UE con Hitler.

(**16/7/16**) “Bastardo Encantador”, “Monsieur Non” y ahora “Mr. Brexit”. David Davis (York, 1948) ha recibido varios motes durante su vida política pero el último, adquirido recién, define a la perfección el que será su trabajo en el nuevo Gobierno británico: sacar a Reino Unido de la Unión Europea, su dream job.

Tras entrar en el número 10 de Downing Street, Theresa May, no tardó en darle las riendas de un departamento inédito para abandonar los Veintiocho al tiempo que endosó a los también euroescépticos Boris Johnson y Liam Fox las carteras de Exteriores y la recién creada Comercio Internacional.

“Es un proceso histórico y sin retorno”, explicó May ante el Parlamento. Desde que el Brexit se impuso en el referéndum del pasado 23 de junio, miles de funcionarios de todos los ministerios del Reino Unido trabajan a contrarreloj para preparar unas negociaciones que el Ejecutivo ha definido como “el mayor reto” en tiempos de paz.

Londres debe acordar sus compromisos ya adquiridos con la UE, comenzar a diseñar la futura relación comercial con los 27 países del bloque comunitario y empezar a forjar nuevos vínculos internacionales fuera del paraguas europeo. Un reto importante para la diplomacia británica que, ante las peticiones de unión desde Bruselas, apuesta por destacar la fortaleza del Reino Unido completamente independiente de su relación con el órgano comunitario.

Hasta hace unos meses, se temía que la creciente oleada del tipo de populismo nacionalista que llevó a Trump al poder y condujo al Brexit estuviera a punto de barrer Europa, incluso dando a la ultraderechista Marine Le Pen la presidencia francesa. En vez de eso, parece que la ola populista alcanzó la cima con la elección de Trump. Desde entonces, ha habido derrotas para los populistas en Austria y Países Bajos; los franceses eligieron a Emmanuel Macron, un recién llegado centrista; y May, defensora de un Brexit “duro”, perdió la mayoría parlamentaria en una elección general anticipada.

En el Reino Unido, el resultado del referendo del año 2016 sobre el abandono de la Unión Europea tomó a muchos por sorpresa; y la inquietud en toda la UE creció cuando la primera ministra Theresa May asumió el gobierno y prometió lograr un Brexit “duro”. Ahora que en la elección general anticipada de junio 2016 los votantes británicos despojaron a May de la mayoría parlamentaria, el resultado de las inminentes negociaciones para el Brexit y el destino posterior del RU son todavía más inciertos.

Las negociaciones para el Brexit prometen ser complejas y contenciosas. Para los partidarios de un “Brexit blando”, que quieren conservar el acceso británico al mercado común europeo, el problema es que el referendo por el Brexit tuvo que ver más que nada con la inmigración, no con las minucias de la normativa comercial. Pero Europa se niega a permitir el libre movimiento de bienes y servicios si no hay libre movimiento de personas. Hoy viven en Gran Bretaña unos tres millones de europeos, y un millón de británicos residen en Europa.

Una solución posible sería crear una nueva entidad eurobritánica que garantice los derechos de los ciudadanos de ambas partes y al mismo tiempo admita ciertos límites a la inmigración y al comercio de algunos bienes. Podría imaginarse esta entidad a la manera de círculos concéntricos, en los que el círculo interior de la UE se caracterizaría por la libre movilidad, y se permitirían restricciones en el círculo exterior. Que una solución así sea posible depende de la flexibilidad europea.

El “brexit” desafía el dominio de Londres en el mercado de derivados (el dolor de la City)

(**1/8/16**) Londres es uno de los principales mercados para el oro, el petróleo y los bonos. En los derivados, sin embargo, su poderío no tiene rival, y es eso lo que la salida británica de la Unión Europea, un proceso conocido como brexit, pondrá a prueba.

De los cerca de US$ 9,4 billones que se transan a diario en contratos de derivados y que monitorea el Banco de Pagos Internacionales, 43% tiene lugar en el Reino Unido. Y no es porque estén denominados en libras esterlinas, ya que los operadores británicos manejan cuatro veces los derivados en euros que gestionan Francia y Alemania combinados.

El brexit, no obstante, puede desafiar una posición que Londres ha forjado durante más de 50 años como el mejor lugar para transar y liquidar transacciones financieras, sin importar la divisa. Puesto que el Reino Unido sigue siendo miembro de la UE, los bancos domiciliados en Gran Bretaña pueden operar en los 31 países que conforman el bloque y el Área Económica Europea sin estar sujetos a la regulación local en cada país en el que venden valores. El llamado pasaporte permite que la subsidiaria londinense de un banco estadounidense pueda vender swaps de tasas de interés en los diferentes países europeos sin tener que preocuparse de las regulaciones y requisitos de licencia de cada jurisdicción.

El Reino Unido cuenta con 2.070 firmas de inversión que utilizan estos pasaportes, comparado con 703 en los 27 miembros restantes de la UE combinados, según la Autoridad Bancaria Europea. El pasaporte ha sido desde hace mucho un elemento de vital importancia.

Brexit significa Brexit

(**17/1/17**) La primera ministra británica, Theresa May, dijo que el Reino Unido tiene intención de abandonar el mercado único de la Unión Europea, con lo que aclara un poco su enfoque de la relación económica futura del país con el bloque monetario. En un discurso muy esperado, May señaló que no buscará continuar en el mercado único, sino que apuesta por un acuerdo de libre comercio ambicioso y atrevido.

Elecciones británicas: el bloqueo es la nueva normalidad en Reino Unido

(**10/6/17**) (Según la prensa) “Ningún precedente hace justicia a la velocidad y profundidad del fracaso político de Theresa May. Cuando la primera ministra conservadora de Reino Unido convocó voluntariamente elecciones generales hace siete semanas, contaba con un liderazgo en los sondeos mucho mayor que todo el porcentaje de voto laborista. La cuestión era si la Victoria de May sería cómoda o digna.

Lo que ha pasado desde entonces es un historia compleja que incorpora sus propias limitaciones como líder, la fuerza sorpresiva del laborista Jeremy Corbyn, el despertar de los jóvenes votantes que vieron la salida de la UE como una amenaza a su futuro, el agotamiento público de una política fiscal dura y un nuevo apetito por la agitación -estrenado en el referéndum sobre Europa del pasado junio- que acalla todos los estereotipos de los británicos. La más estable de las democracias se ha convertido en la caja de sorpresas del mundo occidental. Nueve días antes del inicio programado de las conversaciones para abandonar la UE, Reino Unido no tiene un Gobierno seguro ni una posición para las negociaciones que obtenga el consenso en el parlamento, menos aún entre el electorado”...

El Brexit en cifras: la factura que podría aceptar la UE

(**17/6/17**) (Según la prensa) “Los negociadores del Brexit se reunirán la semana que viene para discutir por primera vez sobre la factura que Reino Unido deberá pagar a la UE, y que en Bruselas calculan que asciende aproximadamente a 100.000 millones de euros. En una reunión informativa mantenida en secreto de cara a las negociaciones que arrancan el próximo 19 de junio, la Comisión Europea expuso sus cálculos a diplomáticos de los 27 países de la UE.

Las cifras arrojan más información sobre cuáles serán las demandas de la UE, los aspectos en los que podría alcanzarse un compromiso y las estrategias negociadoras para llegar a un acuerdo. Las dos partes son conscientes de que las negociaciones sobre la factura del Brexit podrían hacer que el proceso de salida de Reino Unido de la UE sea un éxito o un fracaso”...

De “la flauta mágica de May” a… “la clemenza di Theresa” (empujando la soga)

(**22/9/17**) Theresa May pide dos años de transición para abandonar la UE. La primera ministra británica asegura que seguirán aportando al presupuesto comunitario hasta 2020. Afirma que ese periodo es “en el interés mutuo”.

(**24/9/17**) Casi a la misma hora que Macron firmaba la reforma por decreto del mercado laboral, con la que pretende reducir drásticamente el poder de los sindicatos y limitar los costes de despido, la primera ministra británica, Theresa May, cambiaba el tono de la negociación del brexit para pedir clemencia. May se fue hasta la Piazza de Santa Maria Novella en Florencia para pronunciar un discurso muy agradable a oídos europeos pero que puede soliviantar a los miembros más euroescépticos de su partido, con Boris Johnson a la cabeza. May prometió saldar sus cuentas con el club (aunque sin concretar ninguna cifra) y respetar los derechos de los tres millones de europeos residentes en Reino Unido. También retiró la amenaza de recurrir al dumping laboral o fiscal para competir con la UE y la de utilizar la lucha contra el terrorismo como arma de negociación. A cambio pide clemencia: un período de transición de otros dos años para completar la salida de la UE (hasta 2021) y un acuerdo comercial mucho más favorable que el firmado por la UE con países terceros como Canadá. Un trato de favor que espera obtener del nuevo gobierno de Berlín, aunque tendrá más difícil ganarse el visto bueno de París.

¿Utopías frustradas? ¿Entropías inútiles? ¿El Brexit será un meme, una mandanga o una posverdad? Seamos claros, lo que no se sostiene acaba por caer.

**La hemeroteca no me dejará mentir. Y la memoria de los europeístas, tampoco.**

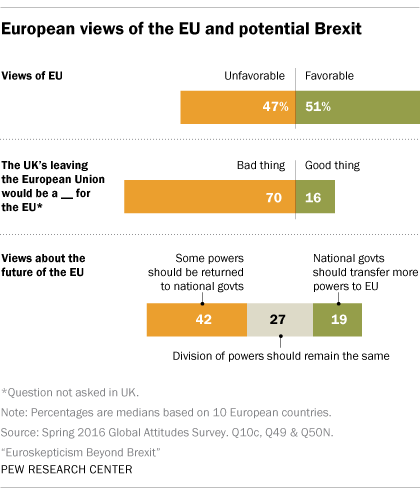
**- Maldita Hemeroteca: los avatares del “Brexit is Brexit”… (“ma non troppo”)**



# - Euroskepticism Beyond Brexit (Pew Research Center - Global Attitudes & Trends - 7/6/16)

Significant opposition in key European countries to an ever closer EU

(By Bruce Stockes)

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/brexit-lede-graphic-web-version/)

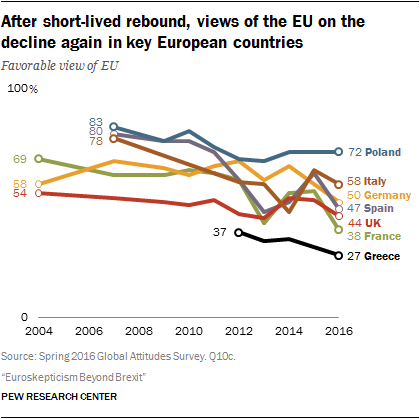
On June 23, people in the United Kingdom will vote on a referendum on whether to remain in the European Union or to leave the Brussels-based institution, a decision that has come to be called Brexit. The British go to the polls at a time when a new multi-nation survey from Pew Research Center finds that Euroskepticism is on the rise across Europe and that about two-thirds of both the British and the Greeks, along with significant minorities in other key nations, want some powers returned from Brussels to national governments. Whether favorable or not toward Brussels, most Europeans agree that a British exit would harm the 28-member EU.

A median of just 51% across 10 EU countries surveyed have a favorable view of the European Union. [A median of 42% in these 10 nations want more power returned to their national capitals,](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=A%20median%20of%2042%25%20across%2010%20EU%20nations%20want%20some%20powers%20returned%20to%20national%20capitals) while only 19% favor giving Brussels more power and 27% favor the status quo. Nevertheless, a median of 70% in the nine EU nations surveyed that don’t get a vote June 23 believe it would be bad for the EU if the UK decided to depart. Only 16% say it would be a good thing.

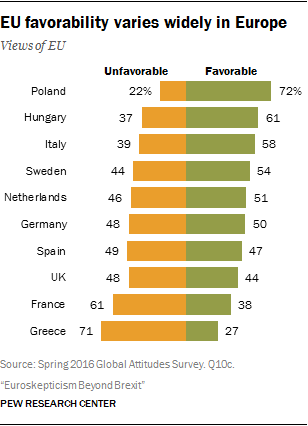
European publics are sharply divided along partisan lines on many of these issues. Supporters of Euroskeptic parties -especially in France, Italy, Poland, Spain and the UK- are much less likely than adherents to other major parties to have a favorable view of the European Union.

These are among the key findings from a new survey by Pew Research Center, conducted in 10 EU nations among 10.491 respondents from April 4 to May 12, 2016. The survey includes countries that account for 80% of the EU-28 population and 82% of the EU’s GDP.

### A double dip in EU favorability

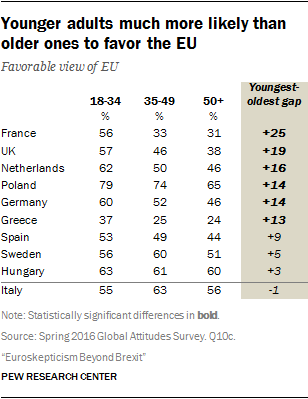
[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-00/)

The British are not the only ones with doubts about the European Union. The EU’s image and stature have been on a roller coaster ride in recent years throughout Europe. In a number of nations the portion of the public with a favorable view of the Brussels-based institution fell markedly from 2012 to 2013 as the European economy cratered. It subsequently rebounded in 2014 and 2015. But the EU is again experiencing a sharp dip in public support in a number of its largest member states.

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-01/)

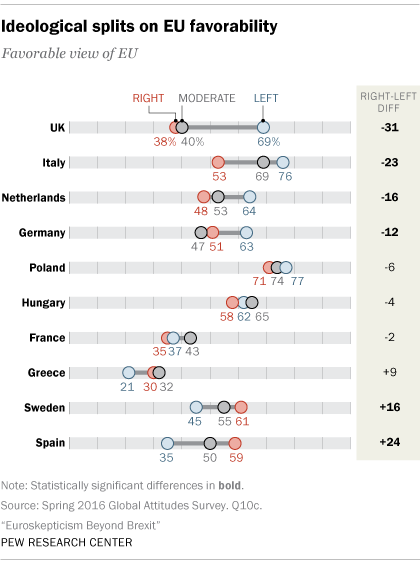
The institution’s strongest backers are the Poles (72%) and the Hungarians (61%). In many other nations, support is tepid. Just 27% of the Greeks, 38% of the French and 47% of the Spanish have a favorable opinion of the EU. Notably, 44% of the British view the EU favorably, including 53% of the Scottish.

EU favorability is [down in five of the six nations surveyed in both 2015 and 2016.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=EU%20favorability%20is%20down%20in%20five%20of%20the%20six%20nations%20surveyed%20in%20both%202015%20and%202016)There has been a double-digit drop in France (down 17 percentage points) and Spain (16 points), and single-digit declines in Germany (8 points), the United Kingdom (7 points) and Italy (6 points).

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-02/)

Young people -those ages 18 to 34- are more favorable toward the European Union than people 50 and older in six of the 10 nations surveyed. The generation gap is most [pronounced in France -25 percentage points- with 56% of young people but only 31% of older people having a positive opinion of the EU.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=In%20France%2C%2056%25%20of%20young%20people%20but%20only%2031%25%20of%20older%20people%20have%20a%20positive%20opinion%20of%20the%20EU) There are similar generation gaps of 19 points in the UK, 16 points in the Netherlands, 14 points in Poland and Germany, and 13 points in Greece.

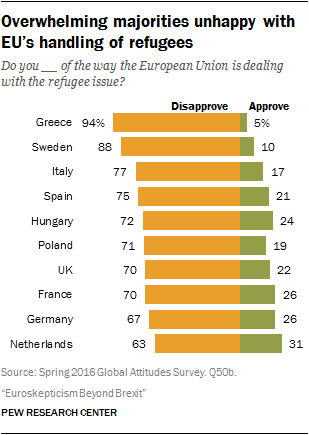
The drop-off in overall EU support in key countries in the past year has been driven by a fall in favorability among older people in particular. In France, EU backing among those ages 50 and older fell 19 points. In Spain it declined 16 points and in Germany 11 points. In each case this was larger than the decline in support among those ages 18 to 34.

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/brexit-eu-favorability-web-version/)

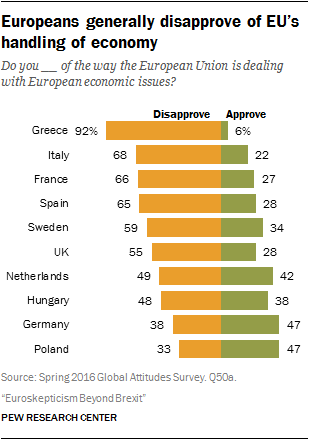
Europeans are divided along ideological lines in their views of the EU, but this division is not a simple matter of left versus right in each society. In some nations Euroskepticism is a right-wing issue, in others it is a left-wing cause.

In the UK, people who place themselves on the left of the ideological spectrum (69%) are 31 percentage points more likely than those on the right of the spectrum (38%) to have a favorable opinion of the EU. There is a similar 23-point ideological gap in Italy, a 16-point divide in the Netherlands and a 12-point difference in Germany. But in Spain people on the right (59%) are more likely than those on the left (35%) to favor the Brussels-based institution by a margin of 24 percentage points. The EU also enjoys stronger backing on the right in Sweden.

These ideological differences translate into large partisan divides on the issues. Not surprisingly, [in the UK just 13% of those who identify with the Euroskeptic United Kingdom Independence Party (UKIP) hold a favorable opinion of the EU.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=In%20the%20UK%2C%20just%2013%25%20of%20those%20who%20identify%20with%20the%20Euroskeptic%20UKIP%20hold%20a%20favorable%20opinion%20of%20the%20EU) Such views on the EU set UKIP supporters apart from the opinions of Labour Party backers (60% positive about the EU) and Conservative Party stalwarts (43% favorable toward the EU). In France, three-in-ten adherents of the Euroskeptic National Front (30%) are favorably disposed toward the EU. The country’s Republicans supporters (39%) are not much more favorable toward the EU, while about half of France’s Socialist party backers (51%) support the institution. In Spain, just 32% of the left-wing populist Podemos party adherents favor the EU. Not enough Germans identify with the Alternative for Germany (AfD) party to analyze their sentiment, but [among Germans who view the AfD favorably, only a third support the EU.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=Among%20Germans%20who%20view%20the%20AfD%20favorably%2C%20only%20a%20third%20support%20the%20EU)

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-03/)

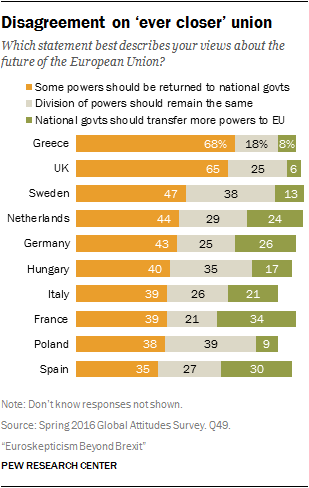
A party’s criticism of the European Union does not, however, necessarily translate into disfavor toward Brussels by the party’s adherents. In Italy, 58% of those who identify with the Euroskeptic Five Star Movement have a positive view of the EU. In Poland, where the ruling Law and Justice (PiS) party is in a feud with the EU on a range of issues, two-thirds (67%) of PiS partisans still have a favorable opinion of the Brussels institution.

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-04/)

Much of the disaffection with the EU among Europeans can be attributed to Brussels’ handling of the refugee issue. In every country surveyed, overwhelming majorities disapprove of how Brussels has dealt with the problem. This includes 94% of Greeks, 88% of Swedes and 77% of Italians. The strongest approval of EU management of the refugee crisis is in the Netherlands, but that backing is a tepid 31%.

The EU’s handling of economic issues is another huge source of disaffection with the institution. About nine-in-ten Greeks (92%) disapprove of how the EU has dealt with the ongoing economic crisis. Roughly two-thirds of the Italians (68%), French (66%) and Spanish (65%) similarly disapprove. (France and Spain are the two nations where the favorability of the EU has recently experienced the largest decline.) Majorities in Sweden (59%) and the UK (55%), including 84% of UKIP supporters, also disapprove of the EU’s job in dealing with economic challenges. The strongest approval of Brussels’ economic efforts is in Poland and Germany (both 47%).

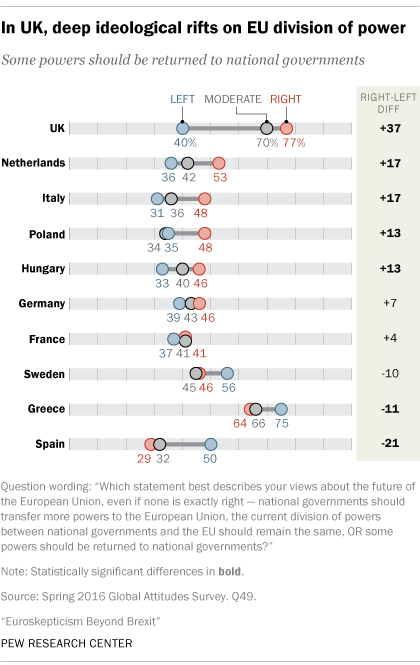
### An “ever close” Europe - or not

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-05/)

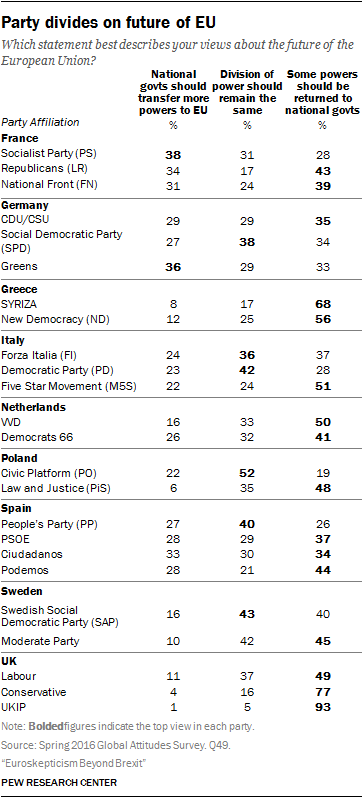
The 1957 Treaty of Rome, the founding document of what eventually became the European Union, pledges its signatories, and all the nations that later acceded to it, “…to lay the foundations of an ever closer union among the peoples of Europe.” In early 2016, British Prime Minister David Cameron negotiated an agreement with other EU governments that the founding treaty’s “references to ever closer union do not apply to the United Kingdom”. Nevertheless, disagreement over whether governance in Europe should be more or less centralized is at the center of the UK referendum debate on whether or not to exit the EU. The Pew Research Center survey finds that in six of 10 countries more people want devolution of EU power than support the status quo or favor giving more power to the Brussels-based institution.

Roughly two-thirds of Greeks (68%) and British (65%) want some EU power returned to Athens and London. This is particularly the view of British ages 50 and older (73%); only 51% of those ages 18-34 agree. Pluralities in Sweden (47%), the Netherlands (44%), Germany (43%) and Italy (39%) also want to curtail EU power.

Conversely, there is little enthusiasm for transferring more power to Brussels. As the British head to the polls, just 6% of the public in the UK wants such an outcome. And only 8% of Greeks favor more power for the EU. The strongest backing for an ever closer Europe is only 34%, in France. In most countries a quarter or more of the public prefers to keep the current division of power.

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/brexit-eu-division-of-power-web-version/)

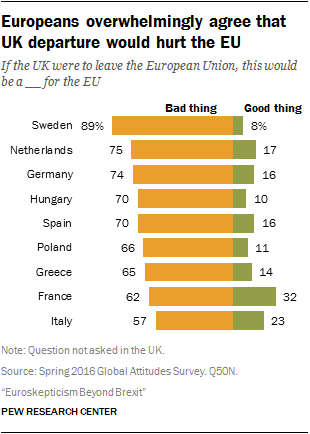
In a number of nations men express stronger opposition than women to an ever closer union. This gender gap is most prominent in the Netherlands (12 percentage points), with 50% of men, but only 38% of women favoring some powers being returned to The Hague. There is also a 10-point divide in the UK (70% of men compared with 60% of women want some powers returned to their country) and Sweden (52% of men vs. 42% of women).

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-06/)

The largest ideological gap on European division of powers is in the United Kingdom. Roughly three-quarters (77%) of people who place themselves on the right of the political spectrum favor returning some EU powers to London. Just 40% of people on the left agree. In the Netherlands, a little over half (53%) of people on the right, but only about a third (36%) of Dutch on the left support a less centralized EU. Notably, this right-left divide is reversed in Spain, and is especially large. Half of Spanish leftists, but only about three-in-ten (29%) Spanish rightists want more power brought back to Madrid.

This ideological split also manifests itself in the views of political party adherents. In the United Kingdom, [93% of UKIP supporters think that some powers now held by the EU should be returned to national governments.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=93%25%20of%20UKIP%20supporters%20think%20that%20some%20powers%20now%20held%20by%20the%20EU%20should%20be%20returned%20to%20national%20governments) Conservatives (77%) agree with them more than Labour Party (49%) adherents. In Italy, 51% of Five Star supporters want some power to revert to Rome; 37% of Forza Italia partisans and 28% of Democratic Party supporters agree. In Poland, 45% of PiS backers, but only 20% of PO adherents want some power returned to Warsaw. In Spain, 44% of Podemos partisans want some EU power back in Madrid, 37% of supporters of the Spanish Socialist Workers’ Party (PSOE) want this, and 34% of the Ciudadanos and 26% of those identifying with the People’s Party (PP) concur. In France, a plurality of National Front supporters (39%) want Paris to regain some of its power from Brussels. A larger share of Republican backers (43%) want to bring powers home from Brussels, but only 28% of Socialists agree.

### Is Brexit bad for the EU?

[](http://www.pewglobal.org/2016/06/07/euroskepticism-beyond-brexit/pm_2016-06-07_brexit-07/)

There is overwhelming sentiment across Europe that Brexit would be a bad thing for the European institution: [89% in Sweden, 75% in the Netherlands and 74% in Germany say the British leaving would be not good for the EU.](https://twitter.com/intent/tweet?url=http://pewrsr.ch/Brexit2016&text=89%25%20in%20Sweden%2C%2075%25%20in%20the%20Netherlands%20and%2074%25%20in%20Germany%20say%20the%20British%20leaving%20would%20be%20bad%20for%20the%20EU)

France is the only country where more than a quarter (32%) of the public says it would be positive for the EU if the UK departed.

Notably, in all nine countries where the question was asked, large pluralities of people on the left, in the middle and on the right of the political spectrum say a UK exit from the EU would be a bad thing for the EU. But the breakdown in sentiment by political party is more complex. In France, nearly seven-in-ten (71%) supporters of the Socialist and Republican parties believe it would not be good for the EU if the UK left. However, National Front backers are nearly divided on the topic. And even though the German AfD shares many of the criticisms of the EU with the UK Independence Party, two-thirds of Germans who have a favorable opinion of the AfD think it would be a bad thing for the EU if the UK left.

- ¿Y si triunfa el “brexit”? Cinco planes B y ninguno bueno (Cinco Días - **10/6/16**)

Bruselas y Londres buscan salidas ante la posible vitoria del “brexit”, pero todas las fórmulas disponibles plantean serios problemas políticos y económicos

La gran avalancha de nuevos electores jóvenes abre la esperanza a la victoria del sí a la UE

(Por Bernardo de Miguel)

La pasada medianoche concluyó el plazo para registrarse en el censo electoral que permitirá a millones de británicos dirimir con su voto el próximo 23 de junio el mayor drama político vivido por la UE en sus 59 años de historia: seguir (remain) en el club al que se unieron en 1973 o abandonarlo (leave) y abrir una crisis sin precedentes en una Unión que no ha parado de crecer.

La avalancha de nuevos electores registrados en los últimos días (más de medio millón en una sola jornada) y su edad (mayoritariamente jóvenes) alienta las esperanzas de los partidarios de que el Reino Unido siga en la UE. Pero los sondeos registran un creciente aumento del voto favorable al brexit (salida) lo que obliga a Bruselas y Londres a estudiar un plan B ante la posibilidad de que ese dramático escenario se confirme. Sobre la mesa, hasta ahora, cinco alternativas. Y ninguna viable del todo.

Salvar la city

El Reino Unido podría salir de la UE y regresar a la EFTA, la asociación de libre comercio que Londres impulsó en 1960 para frenar a la recién nacida Comunidad Económica Europea y que hoy languidece con Noruega, Suiza, Islandia y Liechtenstein como únicos miembros. Esos países, salvo Suiza, están ligados a la actual UE a través de un acuerdo (Área Económica Europea) que les permite beneficiarse de la libre circulación de personas, bienes, servicios y capital, pero a cambio se comprometen a aplicar la legislación comunitaria tal y como salga de Bruselas (salvo en circunstancias muy excepcionales) y a aportar millones de euros al presupuesto comunitario. “La mayoría de los institutos económicos serios concluyen que esta opción sería la menos dañina para la economía británica y la única que no sería desastrosa para la City londinense”, señaló ayer Charles Grant, del Centre for European Reform. La City podría seguir siendo el mayor centro financiero de la UE y de la zona euro. Pero Grant reconoce que los votantes del Brexit se sentirían engañados porque seguirían sometidos a Bruselas en materias como la inmigración. El Gobierno que lo aceptase estaría condenado al fracaso.

Modelo suizo

La segunda posibilidad apunta a un acuerdo comercial y aduanero específico, como los que la UE ha firmado con Suiza (libre circulación casi completa) o Turquía (libre circulación de bienes). El modelo suizo plantea los mismos problemas políticos que el noruego porque ata demasiado a Londres a la UE. El antiguo jurista del Consejo europeo, Jean-Claude Piris, también duda de que Bruselas aceptase una solución a la suiza “porque hace tiempo que está descontenta con esa fórmula”, según un informe recogido ayer por el Instituto Elcano. El modelo turco tampoco parece viable, porque quedarían excluidos los servicios financieros y la City podría hundirse o sufrir tremendos daños con la pérdida de uno de sus principales mercados.

Groenlandia

Groenlandia dejó de formar parte de la UE en 1985, después de que esa región autónoma de Dinamarca decidiese en referéndum salir de la UE. Las negociaciones para la salida tardaron dos años y se plasmaron en un acuerdo de solo siete páginas con un “traje a la medida” para que la mayor isla del mundo siguiese vinculada al club europeo. La fórmula parece tentadora para Reino Unido, pero muchísimo más difícil de llevar a cabo. Londres y Bruselas deberían negociar un acuerdo comercial sobre aranceles y establecer los estándares que Reino Unido tendría que cumplir para que sus productos entren en el mercado europeo. Ahora la normativa está armonizada. Pero tras el brexit, las divergencias aparecerán una vez que Bruselas y Londres adopten sus propias normas financieras, laborales o medioambientales.

A la OMC

Sin un acuerdo bilateral de por medio, Londres podría canalizar su relación con la UE a través de la Organización Mundial de Comercio, aunque algunos analistas incluso ponen en duda que la continuidad del Reino Unido en esa organización fuera automática tras el brexit. En todo caso, CPB, el servicio de estudios de Holanda (uno de los países potencialmente más afectados por el Brexit) calcula que los costes de las exportaciones de Reino Unido a la UE se encarecerían un 3% por los nuevos aranceles y un 13% por barreras regulatorias.

Flexit

Es la última solución en boga en Londres a la vista del aumento en los sondeos de la opción de Leave. Consistiría en que el nuevo Gobierno (asumiendo la caída inmediata de David Cameron) no solicitase de manera inmediata la salida de la UE para no poner en marcha la cuenta atrás de los dos años de negociación oficial y negociar mientras tanto de tapadillo una salida formal que apenas cambiase nada. Fuentes comunitarias descartan esta fórmula de flexibilidad (flexit) y aseguran que si se impone el brexit, la cumbre europea (27 y 28 de junio) empezará a preparar la salida cuatro días después del referéndum.

El daño político a la UE ya está hecho

A solo dos semanas del referéndum sobre el brexit, las instituciones europeas siguen resistiéndose a involucrarse en la campaña para convencer a los británicos de que marquen en la papeleta la opción de remain (quedarse en la UE). “Nuestra opinión hará más daño que bien, porque los británicos llevan años escuchando cosas terribles y falsas sobre nosotros”, justifica esa pasividad un alto cargo de la Comisión Europea.

El silencio también se debe al deseo de Bruselas de obligar al primer ministro británico, David Cameron, a fajarse en solitario para salir del atolladero en el que se ha metido él mismo (incluyó la promesa del referéndum en su última campaña electoral para deshacerse de sus aliados liberales y derrotar a los laboristas). Europa observa con cierto regocijo cómo Cameron, furibundo euroescéptico hasta hace poco, canta ahora las excelencias de la UE ante su electorado.

El tercer motivo y probablemente el más grave es que la UE considera que, sea cual sea el resultado del referéndum, el daño político al club ya es inevitable y es mejor concentrarse en evitar el contagio a otros países sin perder recursos en la campaña británica. Bruselas da por seguro que si vencen los partidarios del remain la batalla continuará, sobre todo si el margen es muy estrecho. Y en ese caso, la inquietud de los organismos comunitarios no es la opinión pública británica, sino la francesa, holandesa y alemana.

- La verdad económica tras el referéndum del Brexit: la relación entre Londres y Bruselas (El Confidencial - **20/6/16**)

Tanto los detractores del abandonar la UE como sus partidarios utilizan datos económicos para apoyar su decisión pero ¿quién está mintiendo en la campaña: eurófilos o euroescépticos?

(Por Celia Maza)

Mucho se habla estos días de las repercusiones económicas que puede acarrear el temido Brexit. Todo, al fin y al cabo, especulaciones que han hecho que el valor de la moneda británica se haya depreciado un 7,05% en el último año. Pero vayamos a los hechos, los datos objetivos de la situación presente y que poco se han expuesto encima de la mesa. ¿Cuál es la relación económica ACTUAL entre Londres y Bruselas? ¿Quién está mintiendo en la campaña: eurófilos o euroescépticos?

“Como era de esperar, ambos lados del debate recogen las estadísticas que apoyan su versión, pero ambos también son propensos a tergiversar los hechos”, explica Iain Begg, profesor de la London School of Economics (LSE, en sus siglas en inglés) y miembro de “The UK in a Changing Europe” (Reino Unido en una Europa cambiante), reputado “think tank” independiente. “Parte de la explicación de esta confusión es que hay maneras conceptualmente muy diferentes de medir los flujos hacia y desde Bruselas a través del presupuesto comunitario. Todos los miembros pagan una contribución y reciben dinero de programas que van desde la política agrícola común a las iniciativas de investigación Horizonte 2020. Sin embargo, hay algunos gastos aparte para apoyar lo que hace la UE en el resto del mundo. Y una proporción relativamente pequeña, en torno al 6%, se va en los costos administrativos del funcionamiento de la Unión”, matiza.

El presupuesto de la UE equivale a alrededor del 1% de la producción anual total de la UE. Para financiarlo, los estados miembro deben contribuir con un 1% de sus respectivos PIB nacionales. Sin embargo, desde que Margaret Thatcher negoció el famoso “cheque británico” en 1984, el Reino Unido paga menos, por lo que los demás están obligados a pagar relativamente más para compensar la diferencia.

El argumento utilizado entonces por la Dama de Hierro fue que Reino Unido era el país más industrializado de la Unión y aportaba una parte sustancial del presupuesto comunitario. Exigió, por tanto, una devolución parcial de su aportación esgrimiendo que los británicos no se beneficiaban por igual del presupuesto, que se destinaba principalmente a la política agraria que beneficiaba a países como Francia y España, con un sector agrícola de gran peso.

Según los datos del Eurostat, la aportación actual de Londres a las arcas comunitarias asciende al 5,8% del total. Se trata de 8 mil millones de libras, una partida que apenas roza el 0,5% del PIB británico. Lo que ahorraría con el Brexit, de acuerdo con economistas independientes, ni siquiera bastaría para alcanzar un volumen equivalente. En cualquier caso, romper con Bruselas implicaría necesariamente para Londres renunciar al “cheque británico”, es decir, el reembolso que le permite reducir su gasto total en un 25 por ciento.

El reclamo, por tanto, que se escucha a menudo de que el Reino Unido envía 350 millones de libras a la semana a la UE -logo del autobús de la campaña euroescéptica-, es una medida incorrecta. Según Begg, la cantidad que el Tesoro remite a Bruselas, y por lo tanto el costo directo para los contribuyentes del Reino Unido, siempre ha deducido el descuento antes de que se efectúe el pago. “Debido a esto, la cifra correcta, teniendo en cuenta la rebaja, debe estar alrededor de 280 millones de libras por semana, según los últimos datos de 2014”, recalca.

Por otra parte, el argumento de que el Reino Unido ha pagado más de medio billón de libras desde su adhesión también es erróneo, ya que, de nuevo, hace caso omiso a la rebaja. La verdadera cifra ronda las 110 mil millones de libras.

“En nuestros años de pertenencia desde 1973, sólo el Reino Unido y Alemania han sido consistentemente contribuyentes netos a las finanzas de la UE, aunque en los últimos años, muchos más países se han unido a ellos. Los defensores de la Unión lo saben, pero a menudo desdibujan la imagen con el argumento de que nos beneficiamos de otras maneras”, señala. “Ellos presentan una cifra que fusiona los flujos presupuestarios con una serie de otros beneficios para llegar a la conclusión de que la permanencia aporta una ganancia neta de 3.000 libras al año por hogar. Pero esto también es engañoso, por la sencilla razón de que está comparando manzanas con naranjas”, matiza.

De acuerdo con los datos del Instituto de Estudios Fiscales (IFS, en sus siglas en inglés), el ahorro neto por dejar de contribuir al presupuesto comunitario -los 8 mil millones de libras anuales- quedaría neutralizado si se produjera una caída de la renta nacional a partir del 0,6 %. Esa reducción sería, en caso de abandonar la UE, de entre el 6,3 % y el 9,5 %, según estimaciones de la LSE, lo que dejaría la balanza en números rojos por un amplio margen.

Por otra parte, otra de las cuestiones que monopoliza el debate es si, en caso de Brexit, Reino Unido seguiría siendo parte del mercado común. Actualmente, las exportaciones al territorio comunitario representan el 44% del total británico -223.000 millones de libras-, mientras que las importaciones desde Europa alcanzan el 53% -291.000 millones de libras-. Los acuerdos comerciales comunitarios aportan más de 400 mil millones de libras a la economía británica. Para la UE, sin embargo, Reino Unido solo representa un 8% de sus exportaciones, por lo que el efecto de un descenso de ventas sería más limitado.

Si Londres tardara en firmar un tratado de libre comercio (TLC) con la UE y las transacciones se guiaran en un primer momento por las normas de la Organización Mundial del Comercio (OMT), el peor escenario posible, el PIB podría caer un 6% hasta 2018, tal y como señala el Ministerio del Tesoro.

Según Raoul Ruparel, codirector del reputado “think tank” Open Europe, en caso de Brexit, en términos comerciales, aunque ambas partes potencialmente podrían resultar perjudicadas, “Reino Unido tiene proporcionalmente una mayor exposición”. “La UE representa el 48,5% del comercio total británico (importaciones y exportaciones de bienes y servicios) mientras que el Reino Unido representa una proporción mucho menor de comercio de la UE. Con todo, Reino Unido es un socio comercial muy importante para un gran número de países, en particular Alemania, los Países Bajos e Irlanda”, matiza.

“En caso de Brexit habría que ver qué acuerdo se establece. Si se aplican las tarifas, una serie de sectores podrían ser golpeados, en particular automóviles, productos químicos y agricultura. Sin embargo, parece probable que el Reino Unido y la UE estén de acuerdo en mantener las tarifas de la mayoría de los bienes (como es el caso en todos los acuerdos comerciales de la UE con muchos países). Sin embargo, no está claro si el Reino Unido podría seguir utilizando el pasaporte de los servicios financieros. Y en ese caso, la City podría ser la más afectada”, recalca.

Londres es actualmente sede de 250 bancos extranjeros, que emplean a 160.000 personas. Según algunas de las voces más influyentes, como Gary Cohn, presidente de Goldman Sachs, la mayoría de estas entidades estarían dispuestas a hacer la maleta si se corta el cordón umbilical con Bruselas.

En cualquier caso, la presidenta del Banco Santander, Ana Botín, ha asegurado que la entidad mantendrá su presencia en Reino Unido independientemente de cuál sea el resultado del referéndum.

Según la Confederación de la Industria Británica (CBI, en sus siglas en inglés), la pertenencia a los Veintiocho aporta al país un valor equivalente al 5% del PIB, alrededor de 78 mil millones de libras al año. En 2013, los servicios financieros británicos combinados con las compañías de seguros tuvieron un superávit de 19 mil millones de libras con la UE.

El impacto económico total de una posible Brexit es imposible de cuantificar, aunque la City está dividida porque donde unos ven riesgo, otros ven oportunidad. Los bancos de inversión temen perder el acceso al mercado único, pero algunos “hedge funds” -como Odey Asset Management- se muestran muy críticos con una regulación que consideran costosa y que les hace perder el tiempo.

Hasta ahora no hay precedente de que un Estado miembro en su conjunto, y mucho menos del tamaño del Reino Unido, haya abandonado el hoy tan cuestionado proyecto europeo. Argelia dejó la Comunidad Económica Europea cuando se independizó en 1962, los 56.000 residentes de Groenlandia se marcharon en 1985, la colonia caribeña francesa de San Bartolomé salió oficialmente en 2012. Por ello, ninguno de estos casos se puede comparar con un país de 65 millones de personas que representa la segunda economía del continente.

Un nuevo tipo de relación con la UE

En caso de una salida, según Open Europe, el Reino Unido tendría que crear un nuevo modelo, ya que los actuales no convencen. Noruega, Islandia y Liechtenstein son miembros del Espacio Económico Europeo y de la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC). A Londres no le compensa. Debería de pagar una cuota para mantener el acceso al mercado interior de la UE, pero perdería toda influencia formal sobre una legislación que tendría que poner en práctica casi en su totalidad.

La segunda opción sería seguir los pasos de Suiza y solicitar la adhesión sólo a la AELC para firmar acuerdos bilaterales. Pero los analistas consideran este escenario complejo e incluso defectuoso por lo que es poco probable que fuese una opción viable.

Por otra parte, está el derecho a la libre circulación de personas. Los euroescépticos quieren volver a recuperar el control de sus fronteras. Uno de los argumentos del frente pro-Brexit es que romper con el bloque mejorará las perspectivas laborales para los británicos, como consecuencia de una reducción de la inmigración. Sin embargo, de acuerdo con un estudio del Instituto Nacional de Investigación Económica y Social (NIESR, en sus siglas en inglés), la caída de la población foránea mermaría el tamaño de la economía británica y haría más pobres a sus ciudadanos.

El NIESR estima que una disminución de dos tercios de la inmigración significaría una economía un 9% menor en 2065. No en vano, según el Gobierno, la contribución tributaria de los ciudadanos del Área Económica Europea que más recientemente han cruzado el Canal fue de 3.000 millones en materia de impuestos, frente a los 500 millones que recibieron en prestaciones.

Hay que tener en cuenta, además, que si la puerta se cierra para los que quieren entrar, también se cerrará para los que quieren salir. Y actualmente, de acuerdo con los dato más recientes de la ONU, cerca de 1,2 millones de ciudadanos británicos viven en otros países de la UE, 306.000 oficialmente en España, aunque el número ronda el millón si se incluyen a aquellos que pasan largas temporadas en nuestro país, sin necesidad de estar registrados.

- El voto de Gran Bretaña cambiará Europa, cualquiera sea el resultado (The Wall Street Journal - **23/6/16**)

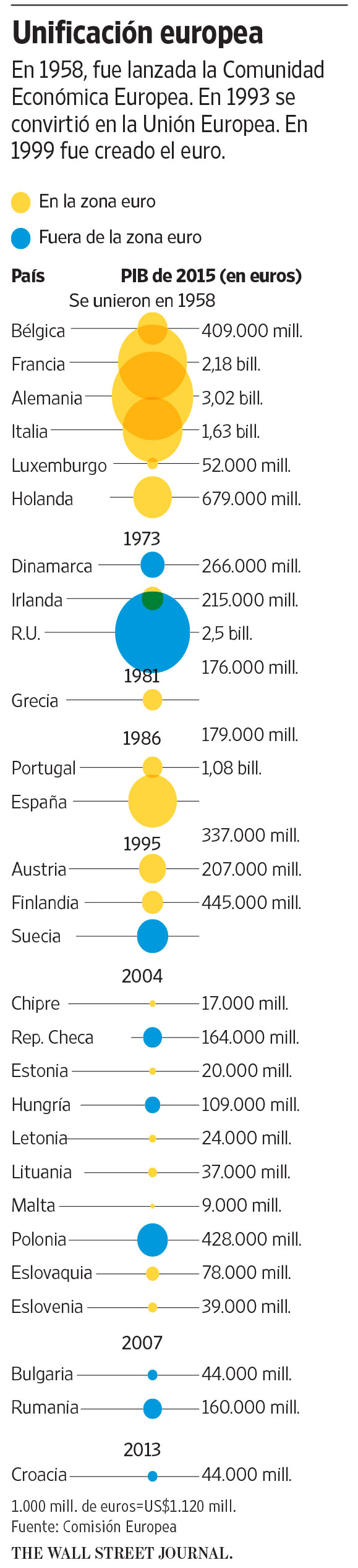
(Por Laurence Norman y Stephen Fidler)

Bruselas.- Si el Reino Unido decide en el referendo de hoy abandonar la Unión Europea, sacudirá los cimientos políticos del continente. Pero incluso si opta por quedarse, el bloque probablemente no será el mismo.

La decisión de dejar la UE -la primera de un país miembro- ahondaría la crisis de un continente que ya tiene que hacer frente a una economía débil, problemas de deuda, inmigración a gran escala y la inestabilidad geopolítica al sur y el este de sus fronteras.

Como mínimo, dicen políticos y funcionarios, la salida británica, una opción conocida como brexit, transformaría el equilibrio de poder del bloque. Las negociaciones sobre una nueva relación con Gran Bretaña consumirían la energía de la UE en un momento en que las instituciones europeas están ocupadas con otros asuntos. Una salida del Reino Unido también podría perturbar los mercados financieros y envalentonaría las fuerzas antiunión en otros países.

Inversionistas, economistas y analistas advierten que el triunfo de la brexit podría impactar los mercados de acciones, bonos, divisas y materias primas e incluso la política monetaria de Japón.



Cualquiera sea la decisión, el cambio en Europa es inevitable. El primer ministro británico, David Cameron, llegó a un acuerdo con el resto de la UE en febrero para restringir beneficios migratorios y desvincular a su nación de las iniciativas para avanzar hacia una “unión cada vez más estrecha”. Tanto el esfuerzo de Cameron por recuperar poder en manos de Bruselas como el referendo son ejemplos que otros políticos europeos prometen seguir.

El referendo ha sacudido a las clases políticas de Europa, poniendo en duda lo que alguna vez fue considerado una marcha inevitable hacia la federalización de la UE. “Obsesionados con la idea de integración instantánea y total, no nos dimos cuenta de que la gente común, los ciudadanos de Europa, no comparten nuestro euroentusiasmo”, observó en un discurso a finales de mayo el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk. “El espectro de una ruptura recorre Europa, y la visión de una federación no me parece la mejor respuesta”.

Algunos consideran el referendo de hoy, independientemente del resultado, como una oportunidad para avanzar hacia un nuevo tratado de la UE que contemple una estructura de dos niveles, con países en un núcleo más integrados, y países periféricos menos integrados. Una salida británica de la UE probablemente traería cambios drásticos, al igual que numerosas incertidumbres, preguntas sobre la duración de las negociaciones postbrexit, el impacto en el gobierno del Reino Unido y el tipo de relación británica con el bloque.

Fredrik Reinfeldt, primer ministro de Suecia entre 2006 y 2014, dijo que un voto de salida “nos debilita y nos conduce hacia una Unión Europea más desequilibrada”. Las economías de ambos lados del canal de la Mancha, predijo, saldrían perjudicadas.

David Owen, ex ministro de Relaciones Exteriores británico que apoya una salida de la UE, señala que todo podría terminar en un “divorcio amigable”, en el que el Reino Unido se aleje calmadamente de una UE que, en su opinión, se encamina en una dirección federalista.

Una gran incógnita es cuántos países intentarán seguir el ejemplo. Una encuesta publicada este mes por el centro de estudios estadounidense Pew Research Center muestra que en muchos países del bloque el nivel de desaprobación de la UE es igual o más alto que en el Reino Unido. Un 46% de los holandeses tiene una opinión desfavorable de la UE. En Alemania y el Reino Unido la cifra llega a 48%. En España es de 49% y en Francia de 61%.

Michael Gove, el secretario de Justicia británico que está haciendo campaña para abandonar la UE, dijo que la partida de los británicos provocaría “una liberación democrática de todo un continente”.

Francia y Holanda celebran elecciones el próximo año. El Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia y el Partido de la Libertad de Geert Wilders en Holanda tienen un buen desempeño en las encuestas. Ambos dirigentes políticos han mencionado la posibilidad de celebrar referendos sobre la continuidad de sus países en la UE.

Los nuevos países miembros, como Hungría, Eslovaquia y Polonia, así como naciones fundadoras como Italia, se han vuelto más hostiles a las exigencias de Bruselas. La salida británica probablemente endurecerá la resistencia a los esfuerzos de la UE por imponer principios fundamentales tales como el apoyo a la independencia judicial.

Guntram Wolff, director del centro de estudios Bruegel, con sede en Bruselas, opina que incluso en los países de Europa Central y Oriental que son hostiles a la UE existen poderosos incentivos financieros, económicos y de seguridad para permanecer en el bloque. Para los miembros de la zona euro, los costos de abandonar el bloque y la moneda común serían infinitamente más altos que los que podría llegar a pagar el Reino Unido.

Altos diplomáticos europeos dijeron que cualquier acuerdo postbrexit con el Reino Unido no debería ofrecer ventajas si deja la UE, en otras palabras, que no obtenga los beneficios de ser miembro sin tener que pagar el precio. “Cuando estás afuera, estás afuera”, dijo Volker Rühe, ex ministro alemán de Defensa. “No se puede negociar algo intermedio”. Reconoció que el bloque sufriría y se volvería más centrado en sí mismo. Una salida británica privaría a Alemania de un gran contribuyente al presupuesto de la UE y de un poderoso aliado de los mercados.

Sin el Reino Unido -que junto con Francia supera con mucho las capacidades militares de los otros estados miembros-, la defensa, la seguridad y las capacidades diplomáticas de la UE se verían mermadas. Sólo Gran Bretaña y Francia poseen importantes fuerzas expedicionarias, armas nucleares, y poder de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

“Hay por lo menos un lugar en Europa donde una posible salida británica de la UE sería aplaudida, y ese es el Kremlin”, dijo Anders Fogh Rasmussen, ex jefe de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y primer ministro danés entre 2001 y 2009. “Los rusos considerarían la salida británica como un debilitamiento no sólo de la UE, sino de toda la comunidad occidental”.

Cualquier movimiento para profundizar la unión monetaria podría dejar al descubierto otra de las consecuencias de una posible salida de la segunda mayor economía de la UE: un cambio importante en el equilibrio de poder entre los 19 países de la zona euro y los que están afuera.

La profundización de las relaciones económicas entre los países que utilizan el euro podría presentar a los países que no lo hacen, la alternativa políticamente incómoda de tener que unirse a la moneda común o quedar permanentemente fuera de su área de influencia.

“Creo que es un problema fundamental”, dijo Wolff, el director del centro de estudios belga. “Una vez que el Reino Unido se vaya, los países que no pertenecen a la zona del euro representan 15% (del Producto Interno Bruto) de la UE. Básicamente, esto significa que la zona euro es muy, muy dominante”.

“Eso es lo que nos preocupa”, dijo Reinfeldt, el ex primer ministro sueco, cuyo país sería la mayor economía no miembro de la zona euro si Gran Bretaña se va.

- Los ocho gráficos que desmienten a los defensores del Brexit (Libertad Digital - **23/6/16**)

La campaña a favor de la salida de la UE se sustenta sobre varios mitos relacionados con la economía, el comercio y la inmigración.

(Por Manuel Llamas)

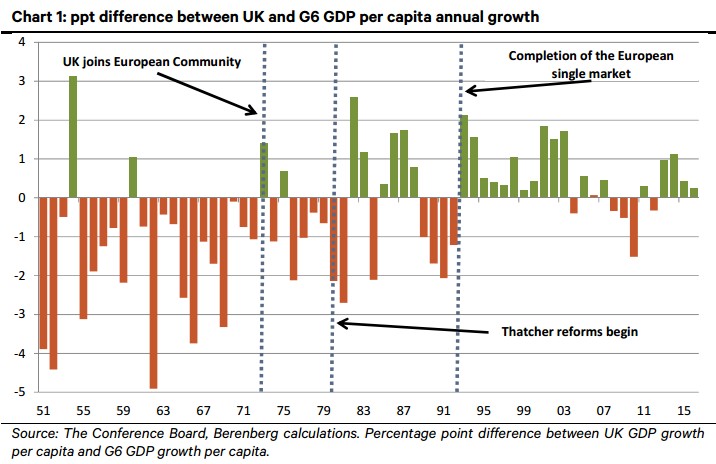
**Reino Unido** y, por extensión, el conjunto de Europa, afrontan este jueves un **referéndum histórico**, cuyo resultado determinará la permanencia o no de los británicos en la UE. A lo largo de esta polémica e intensa campaña, se han empleado diversos **argumentos a favor del Brexit,** cuyas bases, sin embargo, son bastante endebles a la vista de los datos.

Las **dos grandes banderas** que han usado los políticos y analistas que defienden la salida de Reino Unido se centran, por un lado, en que la UE ha supuesto un **freno al crecimiento** de la economía británica, debido a las crecientes regulaciones que impone la Comisión Europea, y, por otro, a los problemas relacionados con la **inmigración** como consecuencia de la libertad de movimientos que impera a nivel comunitario. Pero, ¿qué dicen los datos al respecto?

### 1. Crece más dentro que fuera de la UE

Los críticos con la UE afirman que Reino Unido no se ha beneficiado de la pertenencia al mercado común. Se trata de una falacia. Desde 1950 hasta que los británicos entraron en la UE en 1973, su economía registró un crecimiento per cápita muy inferior a la media de las grandes potencias mundiales, encuadrados en el denominado G-7.

Sin embargo, a partir de ese momento, gracias al mercado único y al radical giro económico que impulsó el Gobierno de Thatcher durante los 80, Reino Unido **pasó de ser una de los** países enfermos**de Europa a encabezar el ritmo de crecimiento de los países ricos**, con una**tasa promedio un 6,5% superior a las economías del G-7**, tal y como refleja el siguiente gráfico elaborado por el banco alemán [Berenberg](http://www.berenberg.de/cgi-bin/content/content.cgi?rm=show_doc&ial=1&doc_id=59359&ialh=71d17cf231264155628f981f345b5bc4&sb_userid=41122645&sb_eventid=111831).

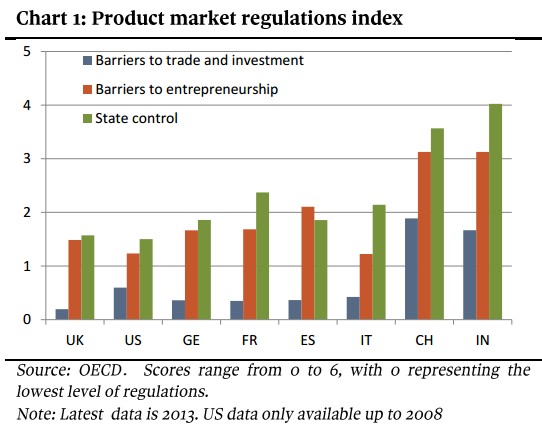


Así pues, aunque la UE no está exenta de graves problemas, la cuestión es que la entrada en el club no ha impedido que Reino Unido se convierta en una de las economías más abiertas, flexibles y prósperas del mundo. Además, se ha mantenido al margen de ciertos proyectos comunitarios como el euro, el espacio Schengen o la construcción de una unión política cada vez más estrecha debido a las reticencias que generaba entre los británicos.

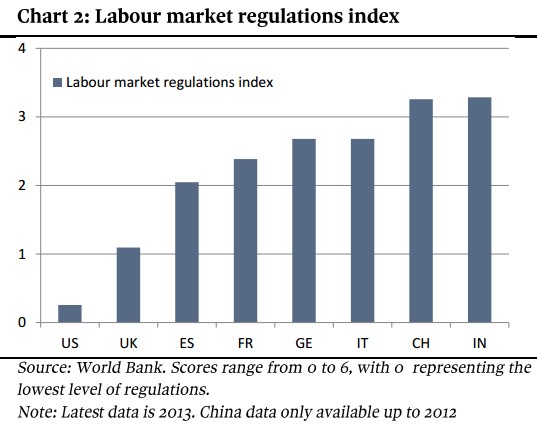
### 2. Es uno de los países más libres del mundo

La excesiva regulación y el habitual intervencionismo que imponen las autoridades comunitarias es otro de los argumentos que blanden los defensores del Brexit para movilizar a los votantes. Pero este argumento, si bien no está exento de cierta verdad, no ha impedido que la economía británica sea una de las más libres del mundo.

Dentro de la UE, existen países fuertemente estatistas, donde la libertad económica brilla por su ausencia (véase Grecia), y otros que, por el contrario, apuestan firmemente por el libre mercado, como es el caso de los nórdicos, Irlanda, los países bálticos o el propio Reino Unido.



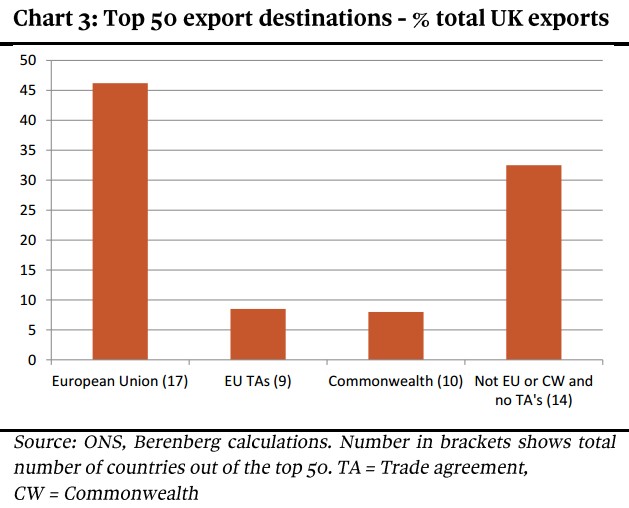
El mercado laboral británico, por ejemplo, se caracteriza por su elevada flexibilidad, mientras que el mercado de la vivienda está fuertemente intervenido, lo cual demuestra que el papel de la UE en este ámbito no es tan relevante como denuncian los brexiteers.



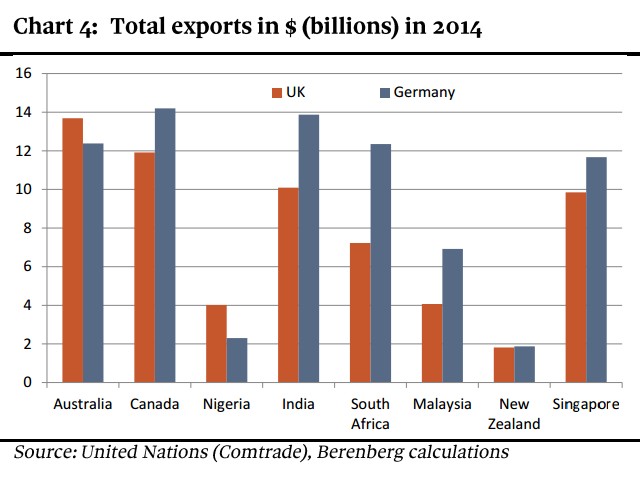
### 3. Europa es su principal socio comercial

Otra afirmación habitual consiste en que Reino Unido incrementaría sus exportaciones a terceros países en caso de abandonar la UE, compensando así las posibles pérdidas derivadas de la salida, gracias al impulso comercial de la Commonwealth.

Pero los datos, una vez más, invalidan tales argumentos. Para empezar, la UE es el principal socio comercial de Reino Unido, ya que acapara **casi la mitad de sus exportaciones** frente al 8% que representan los países de la Commonwealth.



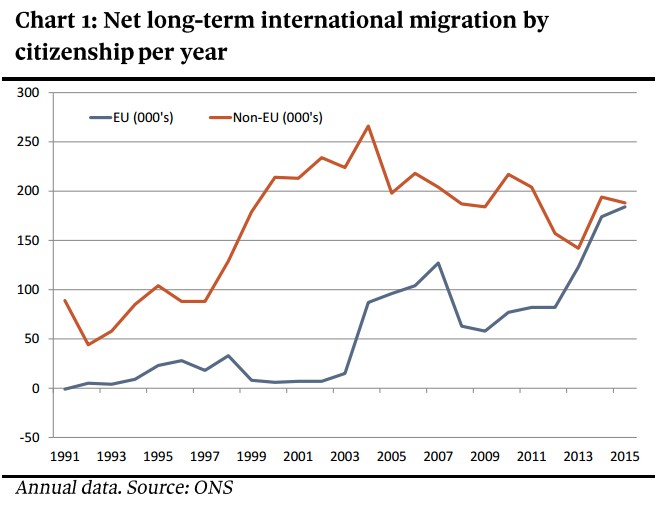
Pero es que, además, nada impide que Reino Unido refuerce sus relaciones comerciales con terceros países al margen de la UE mediante tratados de libre comercio. Prueba de ello es que **Alemania, perteneciendo a la UE, exporta un 20% más que Reino Unido a las grandes potencias de la Commonwealth** y hasta tres veces más a China, tal y como detalla Berenberg.



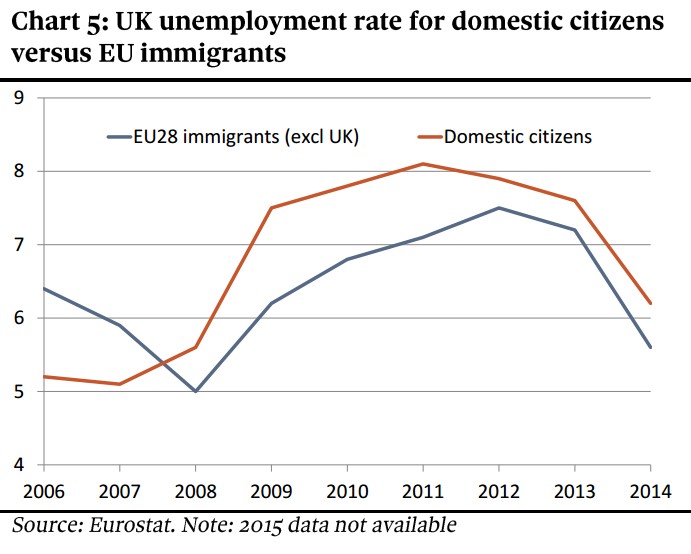
### 4. Los inmigrantes europeos tienen menos paro

La campaña del Brexit se ha centrado mucho en los presuntos problemas derivados de la inmigración masiva procedente de otros países de la UE. ¿Verdad o mentira?

En primer lugar, cabe señalar que **la mayoría de los inmigrantes que llegan a tierra anglosajona proceden de terceros países**. En los últimos 20 años, su volumen ha duplicado al procedente de socios de la UE. Las autoridades británicas siempre han tenido plena autonomía para restringir más o menos la inmigración de terceros países, con lo que la salida de la Unión poco o nada tiene que ver con esta cuestión.

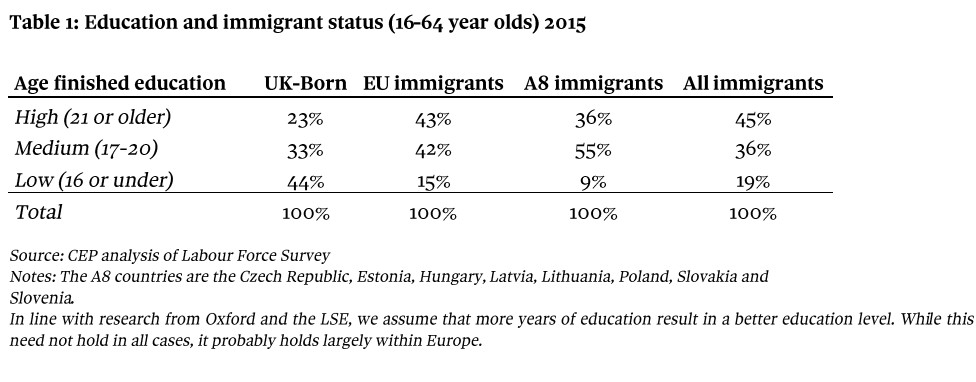


Pero el dato clave es que **los inmigrantes de la UE sufren una tasa de paro inferior incluso a la de los propios británicos**, de modo que no solo aportan un gran valor a nivel económico, sino que **generan más ingresos fiscales que gastos**. Es decir, los datos indican que la inmigración comunitaria no supone ningún coste extra al contribuyente británico, más bien al contrario, puesto que realizan aportaciones netas a las arcas públicas.



### 5. Inmigración altamente cualificada

Y, por si esto fuera poco, **los inmigrantes de la UE**, incluidos los de los países del este, **poseen una formación media superior a la de los nativos británicos.** Es decir, son inmigrantes altamente cualificados: el 43% posee estudios universitarios frente al 23% de los británicos; el 42% estudios medios frente al 33% de los nativos; y sólo el 15% de los europeos poseen estudios básicos o menores frente al 44% de británicos.



- Brexit: un voto que lo cambia todo (Expansión - **24/6/16**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

El voto contra la UE también podría terminar convirtiéndose en un voto contra Reino Unido.

¿Por dónde empezar? Fue una votación que lo cambió todo. Las políticas económicas y de materia exterior elaboradas durante casi medio siglo quedaron anuladas en una sola noche. El “establishment” político destrozado por una insurgencia contra las élites. Las naciones de Reino Unido, divididas; e Inglaterra separada entre sus ciudades metropolitanas y las provincias postindustriales. Un voto contra la globalización. Una decisión que debilita a Europa y a Occidente. Hablar de terremoto político es quedarse corto.

Hace 60 años, la debacle de Suez bajó el telón del imperio. El referéndum ha terminado con el abandono de un Reino Unido profundamente dividido de una de las principales potencias de Occidente. David Cameron había advertido de que una decisión de izar el puente levadizo contra Europa sería una forma de autolesionarse. Es mucho más que eso. Un actor global durante siglos, y un imperio sin rival durante mucho tiempo, Reino Unido ha tocado a retirada. Olvidemos la nostalgia de una nación liberada del deseo de Bruselas de reconquistar el mundo. Reino Unido pasará la próxima década buscando un papel muy reducido.

El voto contra la UE bien podría convertirse en un voto contra Reino Unido. Los partidarios del Brexit eran nacionalistas ingleses. Escocia e Irlanda del Norte querían quedarse. También Londres, la privilegiada ciudad global. ¿Quién podría culpar a los escoceses por preferir a Europa frente a una Inglaterra que quiere permanecer aislada? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que los ingleses se cansen de pagar la factura de Irlanda del Norte?

Las repercusiones políticas de esta revuelta contra el antiguo régimen se dejarán sentir más allá de las costas británicas. Es un duro golpe para Europa, y una advertencia a los partidos consolidados de las democracias liberales. El resultado estuvo determinado tanto por una revuelta contra la globalización como por una peculiar antipatía británica hacia los eurócratas de Bruselas. La inmigración fue el factor con más peso, esta es una nación que siempre se ha mostrado abierta al mundo. Con qué facilidad el patriotismo expansivo puede cuajar en un nacionalismo estrecho de miras.

En todas las democracias desarrolladas, la política se ha visto manchada por el resentimiento contra las élites adineradas. Si nos fijamos en Europa, o en la campaña presidencial republicana de Donald Trump, puede apreciarse el mismo descontento hacia la globalización, la inmigración y los recortes en el bienestar. El orden político posterior a la guerra, dominado por el centro-derecha y el centro-izquierda, sufre una tensión sin precedentes. El auge del populismo de la extrema izquierda y la extrema derecha ha empezado a traer reminiscencias de los años 30.

En Inglaterra, las divisiones quedaron patentes en el patrón de voto. Londres votó mayoritariamente por la permanencia. El apoyo a la salida fue mayor en aquellas zonas provinciales, principalmente en el noreste y el noroeste, que sienten que la globalización les ha dejado atrás.

La historia recordará a Cameron como un primer ministro que se jugó el futuro de la nación en un intento de agradar a su propio partido. Pero las consecuencias políticas llegarán más allá de la elección del líder conservador. Millones de votantes laboristas desafiaron la postura de su partido. Con los tories divididos y los laboristas rechazados, cuesta imaginar cómo puede sostenerse el orden actual.

A corto plazo, al shock económico y a las turbulencias en los mercados financieros se les sumará la parálisis política. La población ha votado abandonar la UE, pero no hay un consenso sobre lo que podría reemplazar esa pertenencia. Quienquiera que reemplace a Cameron en Downing Street de entre los partidarios del Brexit -y el favorito Boris Johnson sería sin lugar a dudas la peor opción- tendrá que luchar para alcanzar un consenso.

No, el hambre y la peste no asolarán Reino Unido. Pero será más pobre y más débil a consecuencia de la decisión de esta semana. El presidente estadounidense Barack Obama no mentía cuando dijo que el papel de Reino Unido en Europa reforzaba su influencia en Washington. Podría añadirse otra docena de capitales a la lista, entre ellas Pekín Nueva Delhi y Tokio.

El mundo ya no pertenece a Occidente. La libertad, la democracia, el orden de la ley -valores que Reino Unido reclama a menudo como propios- están en peligro. Europa, pese a todos sus errores y molestias, era la vía a través de la cual Reino Unido podía marcar la diferencia.

Durante gran parte de los últimos 70 años Reino Unido ha intentado, en palabras de un ex secretario de Exteriores, competir por encima de sus posibilidades en materia global. Ahora planea replegarse. Pero el hecho de avanzar en solitario ignora por completo la naturaleza internacional de los intereses británicos y las claras realidades geopolíticas. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar hasta se imponga el arrepentimiento?

- Brexit: empieza el divorcio más complejo del mundo (Expansión - Financial Times - **24/6/16**)

(Por Alex Barker - Financial Times)

El voto de Reino Unido para abandonar la UE pone en marcha el divorcio más complejo del mundo.

Ahora mismo hay unas pocas directrices sobre cómo proceder, por lo que las negociaciones se irán improvisando. Los cálculos sobre cuánto tiempo durará el proceso oscilan entre los dos y los diez años. Las autoridades implicadas se enfrentan a un asunto legal y político sin precedentes. En Bruselas reconocen que se enfrentan un millón de preguntas para las que de momento ni siquiera tienen respuestas.

El objetivo final es sacar a Reino Unido de la Unión Europea después de 43 años, poniendo fin a un legado de soberanía compartida y reorganizando el mayor mercado único del mundo.

Ante esta situación, surgen tres asuntos fundamentales:

¿Qué acuerdos políticos y comerciales demandará el Reino Unido y los aceptará la UE? En cuanto al divorcio y la ruptura de las obligaciones contraídas, ¿coincidirán en el tiempo con la firma de un tratado de comercio post-Brexit?

Y, de no ser así, ¿será posible una transición que garantice un aterrizaje relativamente suave?

En todo el continente, los mercados, las autoridades, y los dirigentes saben que Reino Unido y sus antiguos socios de la UE se están embarcando en un viaje político potencialmente muy arriesgado. “El Brexit podría dar lugar a un caos emocional en toda Europa cuyos efectos son imposibles de predecir”, opinaba el ex primer ministro irlandés John Bruton.

Para calmar los ánimos, los líderes de la UE como el ministro de Economía francés, Emmanuel Macron, han hecho declaraciones asegurando que no tardarían en enviar un “mensaje y un calendario firmes” en el caso de que se produjera el Brexit. En una entrevista al diario Le Monde, Macron aseguró que “por el interés de la UE, no puede haber margen para la ambigüedad”.

Según la cláusula de salida contemplada en el Artículo 50 del Tratado de la UE, hay un plazo de dos años renovable para que un país abandone el bloque. También se contemplan acuerdos para futuras relaciones comerciales y para la cooperación en materia de seguridad y el cumplimiento de la ley. Estas negociaciones, sin embargo, son más difíciles de ratificar ya que requieren unanimidad y la aprobación de más de 30 parlamentos europeos, nacionales y regionales, tras la celebración de referéndums nacionales.

Hay alternativas. Una es intentar un divorcio según las condiciones británicas. La campaña del Brexit ha diseñado planes para que sea la Cámara de los Comunes la que de forma inmediata derogue las obligaciones contraídas con la UE. No obstante, cualquier decisión unilateral provocaría serias tensiones con la Unión Europea. Bruselas, de hecho, estudia alternativas como suspender los privilegios de los que gozaban las empresas británicas en el mercado único.

No obstante, la legislación impide que estos cambios repercutan en las compañías británicas en las próximas semanas, meses o incluso años. La ruptura formal con la UE llevará tiempo, pero Reino Unido sin duda se enfrentará a una situación política muy delicada, si se tiene en cuenta que la suerte está echada para David Cameron y su Ejecutivo. El partido conservador tardaría meses en nombrar a un nuevo primer ministro y no se descarta la convocatoria de elecciones generales.

En cuanto a las negociaciones con la UE, no comenzarán hasta que Reino Unido decida en qué condiciones quiere llevar a cabo el divorcio. Partidarios del Brexit como Michael Gove y Boris Johnson han defendido la idea de abandonar inmediatamente el mercado único y negociar un acuerdo comercial con la UE. Algunos diputados laboristas han anunciado que lucharán por permanecer en el mercado único aunque el país ya no sea miembro de la UE, a costa de aceptar determinadas condiciones de Bruselas.

La transición y el riesgo de un aterrizaje forzoso

Unos de los mayores riesgos económicos son la larga espera entre la salida de Reino Unido y la firma de nuevos acuerdos comerciales. Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, cree que revocar las obligaciones del Tratado sería un proceso relativamente fácil, que se prolongaría dos años, aunque reconoció que sería “mucho más difícil” negociar una nueva relación. Para esto se tardarían como mínimo cinco años y “sin ninguna garantía de éxito”. Francia y Alemania están abiertas a empezar las negociaciones comerciales a la vez que se establecen las condiciones del divorcio, pero no garantizan que los dos acuerdos se puedan concluir de forma simultánea, que es lo que desea Reino Unido.

Un aterrizaje forzoso implicaría que Reino Unido dependa de las condiciones de comercio básicas de la OMC, y que las compañías británicas no tengan ningún acceso privilegiado a los mercados europeos. Aunque se podría acordar una transición más suave, esto implicaría el acuerdo de los 28 miembros. Los partidarios del Brexit se han mostrado optimistas y convencidos de que el sentido común prevalecerá en última instancia. Los más escépticos no auguran una situación política tan halagüeña. El ex primer ministro húngaro, Gordon Bajnai, cree que “hay demasiados factores que van a cambiar como para tener una visión clara de lo que va a ocurrir, pero todo apunta a que la situación política será muy complicada y a que técnicamente no se alcanzará una solución óptima”.

- El mercado, en shock por el Brexit, vive otro viernes negro: la libra y las bolsas se hunden (El Confidencial - **24/6/16**)

El peor de los pronósticos, el menos esperado, comienza a tomar cuerpo. Reino Unido podría dejar de formar parte de la Unión Europea si el recuento del referéndum sigue así

(Por Margarita Igartua)



Los mercados están viviendo un nuevo viernes negro en su historia y eso que el día no acaba más de empezar. El peor de los pronósticos, el menos esperado, se ha cumplido. Reino Unido dejará de formar parte de la Unión Europea después de la victoria del Brexit en el referéndum celebrado este jueves con un 52% de los votos. La reacción de los inversores no se ha hecho esperar y han encendido el modo pánico. La libra se desploma, los futuros de las bolsas se hunden, así como las principales plazas asiáticas, el yen y el oro, valores tradicionalmente considerados como refugio se disparan y el petróleo y el resto de materias primas caen a plomo, el interés del Bund alemán entra en negativo y registra el nivel más bajo de su historia.

La libra cae a mínimos de 30 años

Como no podía ser de otra manera, el punto más caliente está siendo el mercado de divisas. La noche comenzaba con buen pie y, de hecho, la aparente victoria del Bremain llevaba a la libra a dispararse por encima de los 1,50 dólares. Pero eso ha resultado un espejismo y la euforia inicial ha dado paso al miedo extremo en una noche larga y de mucha volatilidad.

Y es que primero los resultados de Newcastle caían como un jarro de agua fría. Es verdad que ganaba la permanencia, pero por un margen tan estrecho (50,7% frente al 49,3%) cuando se esperaba una amplia victoria que hacía prever lo peor. En cuestión de minutos, la libra ha reaccionado con virulencia a la baja.

Era el preámbulo de lo que estaba por venir. Las votaciones no estaban yendo por el camino que descontaban los mercados. Después ha sido Sunderland la que ha dado la puntilla. El resultado en esta área a favor del “leave” ha sido mayor de lo esperado por los analistas con un 61% de los votos. Así, poco a poco la opción de ruptura con el bloque comunitario se ha ido poniendo en cabeza a medida que avanza el recuento.

Esto se ha trasladado a la libra en forma de huida masiva y se deja más de un 10% hasta los 1,33 dólares en la mayor caída de su historia para situarse en su nivel más bajo desde 1985. De hecho, este batacazo supera el descenso del 4,1% que vivió en 1992 en el llamado 'miércoles negro' cuando la libra se vio obligada a salir del mecanismo de cambio europeo. Tal es así que el portavoz económico de la oposición, John McDonnell, ha asegurado en la BBC que espera que el Banco de Inglaterra intervenga esta mañana para proteger la divisa británica.

De esta manera, los inversores miran cada vez con más preocupación hacia Reino Unido a medida que la ruptura con la Unión Europea gana terreno y han terminado de encender el modo risk-off en todos los rincones del mercado. En cuanto a la renta variable, los futuros de la bolsa de Londres registran fuertes caídas que superan el 9%, al igual que el Dax alemán y auguran el hundimiento de las principales plazas europeas. En Tokio el Nikkei cae más de un 7%. Entre las materias primas, mientras el barril Brent de referencia en Europa y el Texas estadounidense se hunden un 5%

Por el contrario, el yen, que tradicionalmente actúa como refugio, se dispara más de un 7% frente al euro hasta máximos de tres años y se cambia en 111. De hecho, ha subido un 2% en sólo 7 segundos tras conocer el resultado de Sunderland. “Estamos observando de cerca los movimientos del mercado de divisas”, declaró a la prensa nipona el portavoz del ministerio de Finanzas de Japón, Masatsugu Asakawa, quien admitió que existe “volatilidad”.

También como refugio están actuando el bono del Tesoro estadounidense, cuya rentabilidad se desploma un 18% y el japonés, que ve el interés caer un 39% hasta el -0,19%. Eso mientras el oro, se dispara un 5% hasta los 1.326 dólares.

En este sentido, los expertos esperan que los bancos centrales actúen ya. “Hay que asumir que esto es así y no hay marcha atrás”, asegura a Cotizalia Ramón Morell, de XTB. “Estamos a la espera de ver qué hacen los bancos centrales porque, primero, tendrán que inyectar liquidez al mercado y segundo, dar confianza. No obstante, esto es difícil porque, ¿qué armas les quedan? Esperemos que tengan algún plan B pactado previamente”, concluye.

- Cameron anuncia que dejará el Gobierno en tres meses para que un “líder nuevo” dirija el Brexit (Libertad Digital - **24/6/16**)

El primer ministro dice que Reino Unido encontrará “el camino” de que el país “sobreviva” fuera de la UE.

En una comparecencia en Downing Street, el primer ministro británico, David Cameron, ha aludido a los resultados del referéndum sobre la permanencia en la UE, que ha calificado de “gran ejercicio democrático”. Muy criticado por haber llevado al país a esta consulta, que desembocará en la salida de la Unión, Cameron ha justificado la consulta: “Hay momentos en que es adecuado preguntar a la gente”.

En medio de la tormenta financiera, Cameron ha “reafirmado” a los mercados “que la economía del Reino Unido es fuerte”. También se ha dirigido a los miles de ciudadanos europeos que viven en las islas: “No va a haber cambios inmediatos en sus circunstancias, en la forma en que la gente puede viajar, en la forma en que se venden los servicios”.

Cameron ha dejado para el final la gran incógnita, si dejaría el cargo. Ha dicho que se irá, pero no de forma inmediata. Según ha dicho, ahora hace falta “un liderazgo fuerte” y un “liderazgo nuevo” ante el proceso que está a punto de abrirse. “No es adecuado que yo sea el capitán que lo dirija”, ha dicho el primer ministro, que ha anunciado que permanecerá en el cargo unos tres meses hasta el principio de las negociaciones. Será él quien acuda la semana que viene al Consejo Europeo que tratará el asunto y ayudará, “con corazón y alma”, al país en este nuevo “camino”.

- Brexit: ¿hacia una Europa más liberal? (Vozpópuli - **24/6/16**)

La campaña no debería haber sido contra el Brexit, sino contra aquellos que pretenden instrumentar el Brexit y el Bremain para recortar las libertades de británicos y europeos.

(Por Juan Ramón Rallo)

La mayoría de británicos votó ayer a favor de abandonar la Unión Europea. Se trata de la primera vez que un país se separa de ese proyecto de integración política llamado a constituir los “Estados Unidos de Europa”. Para muchos, nos hallamos ante una herejía que atenta contra el espíritu de los tiempos: lejos de avanzar hacia la irremisible unificación estatal, los británicos se han plantado ante la historia para conservar estructuras políticas más descentralizadas. Para otros, justamente por ello, el Brexit constituye una oportunidad para revertir la expansiva centralización administrativa que ha venido caracterizando a la Unión Europea durante las últimas décadas: olvidarnos de megalómanos Estados europeos y apostar, de verdad, por una sociedad y una economía europeas. Más, por muchas oportunidades esperanzadoras que ofrezca el Brexit, no deberíamos soslayar los más que ciertos riesgos a los que también vamos a enfrentarnos a partir de hoy.

Las oportunidades del Brexit

La primera buena noticia que nos trae el Brexit es la de recordarnos algo que jamás deberíamos haber olvidado: la UE no es -ni debería ser- un Estado soberano que anule la autonomía de las unidades administrativas inferiores para imponer con mayor eficacia cartelizadora las preferencias de las élites gobernantes. La UE es -o debería ser- un club que se integre voluntariamente por los beneficios que proporciona a sus ciudadanos. El Brexit constata que éste no es un supuesto meramente teórico, sino real: a partir de hoy, otras sociedades podrán plantearse seguir ese mismo camino en caso de que la eurocracia bruselense continúe incrementando los costes de la permanencia (y, por ello, la propia eurocracia puede volverse más cuidadosa a la hora de avanzar hacia un exceso de integración política no deseada por la mayoría de europeos).

La segunda buena noticia del Brexit es que, a partir de hoy, se impone la necesidad de estudiar procesos de integración social y económica que no vayan de la mano de esos procesos de integración política. Son muchos los ciudadanos que identifican absolutamente Estado, sociedad y mercado (bajo la falaz idea de que los Estados crean las sociedades y estructuran los mercados). La globalización debería habernos demostrado que esto no es así: a saber, que la sociedad y la economía globales desbordan las estrechas fronteras de los Estados nacionales y que pueden, en gran medida, autoorganizarse al margen de sus políticos: en la actualidad, muchos de nosotros interactuamos más con personas o empresas “extranjeras” que con nuestros “compatriotas”, esto es, convivimos más con personas con las que no nos une ningún nexo político que con otras con las que estamos atadas por una misma “soberanía nacional”. Para todos aquellos que aspiran a globalizar la política para acotar y controlar la globalización social y económica -el socialismo paneuropeísta-, el Brexit es una mala noticia, pues socava uno de los mayores proyectos de cartelización estatal actualmente existentes (la Unión Europea) y nos empuja a plantearnos alternativas a la misma que son, precisamente, las que deberían haber constituido el ADN de la Unión Europea (libertad de movimientos de mercancías, capitales y personas sin una autoridad central que controle y regule esa libertad).

Y, tercero, el efecto dominó de la descentralización política no se detendrá en el Brexit: muy probablemente Escocia -en su mayoría pro-UE- reavivará sus pulsiones secesionistas de Gran Bretaña, mostrando así al resto de Europa que las fronteras estatales heredadas no son ni naturales ni inmutables, sino que deben adaptarse a las necesidades y preferencias de cada grupo social concreto. En lugar de imponer una mayor homogeneidad política ante la diversidad de opciones que nos ofrece la globalización, el Brexit bien puede contribuir a azuzar el imprescindible reconocimiento de que las estructuras estatales deben adaptare para respetar la heterogeneidad existente dentro de nuestras sociedades cada vez más plurales.

En suma, el Brexit supone un duro revés a la centralización reduccionistamente homogeneizadora de la política y una oportunidad para avanzar hacia formas de organización política autónomas más adaptables y cercanas al ciudadano. Por eso, muchos liberales celebran el Brexit frente a la tristeza de muchos socialistas cosmopolitas a fuer de supraestatalizadores. Sin embargo, sería del todo ingenuo pensar que el Brexit sólo nos ofrece oportunidades de mejora: los riesgos de empeoramiento son, al menos, igual de elevados.

Los riesgos del Brexit

Como hemos dicho, son muchos los que confunden Estado, sociedad y mercado: y de esa totalizadora identificación emergen los principales riesgos del Brexit. A la postre, si Estado, sociedad y mercado deben coincidir por la fuerza, entonces bien podríamos encontrarnos con un rearme proteccionista entre Reino Unido y el resto de Europa: esto es, bien podríamos encontrarnos con una improcedente identificación entre la autonomía política de Gran Bretaña y la autarquía social y económica de Gran Bretaña (o, en el lado europeo, identificar la salida de Reino Unido de la unión política europea con su salida de la unión económica y social).

No me cabe ninguna duda de que muchos de los que han apoyado el Brexit son peligrosos nacionalistas xenófobos antiinmigrantes: personas que han defendido el abandono de la Unión Europea como una oportunidad de oro para cerrar fronteras y replegarse ante la globalización. Tampoco me cabe duda de que muchos eurócratas tratarán de castigar la “traición” británica negándoles a los británicos todos los beneficios que lógicamente se derivan de su libre comercio y libre tránsito con el Continente. Lo peor que podría ocurrirnos ahora mismo es que vivamos un rebrote del nacionalismo antieuropeo y antiglobalizador (los viejos fascismos con nuevos rostros): es decir, lo peor que podría sucedernos es confundir europeísmo con unioneuropeísmo y, en consecuencia, anti-unioneuropeísmo con anti-europeísmo. Justo por ello, muchos liberales confiaban en que Reino Unido permaneciera en la Unión Europea: porque preferían la certeza de un socialismo supraestatalizador al riesgo de un fascismo nacionalista.

Se requerirá de mucha pedagogía y altura de miras para disociar integración política de integración social y, por tanto, para que la visión liberal de la sociedad triunfe sobre los instintos fascistoides de muchos británicos y europeos: pedagogía entre una población demasiado poco liberal en demasiadas ocasiones y altura de miras entre unos políticos que deberán reconocer que, en el fondo, no son necesarios (esto es, que los beneficios que hoy nos proporciona la Unión Europea pueden mantenerse sin la estructura política que hoy representa la Unión Europea).

Por eso, el Brexit sí abre un período de incertidumbre en el que, obviamente, los mercados financieros temblarán: una pugna entre primitivos instintos comunitaristas y modernos valores liberales. Si aprovechamos el Brexit para descentralizar intensamente la administración al tiempo que mantenemos la globalización, entonces avanzaremos hacia un mundo mucho más libre y próspero; si, en cambio, el Brexit da alas a los populismos nacionalistas antiglobalización, entonces el desastre social y económico derivado del Brexit puede terminar siendo mayúsculo.

Así pues, las consecuencias del Brexit, para bien o para mal, dependerán de la nueva arquitectura institucional europea que comience a tejerse a partir de este día 24 de junio de 2016. El futuro pertenece a los valientes y, a mi juicio, sería un error típicamente conservador perseverar en la defensa de un statu quo subóptimo por blindarnos frente a cualquier riesgo de empeoramiento: pero debemos ser conscientes de que ese riesgo existe y de que es ahora cuando debemos extremar los esfuerzos por combatirlo. La campaña no debería haber sido contra el Brexit, sino contra aquellos que pretenden instrumentar el Brexit y el Bremain para recortar las libertades de británicos y europeos. Ni socialismo supraestatalizador, ni fascismo nacionalista y proteccionista: liberalismo cosmopolita y respetuoso de la autoorganización política descentralizada.

- Brexit: una visión diferente (I) (Fedea - **26/6/16**)

(Por Jesús Fernández-Villaverde)

El jueves por la mañana (hora de Estados Unidos) hablaba con un amigo y coautor, que me preguntó mi predicción sobre el referéndum en el Reino Unido. 53% de votos quedarse, 47% de votos irse, le dije. Unas 12 horas después quedó claro que me había equivocado de pleno. Quizás muchos de los votantes que se inclinaban por irse de la Unión, temerosos de verse asociados con una campaña que a menudo había dejado atrás el buen gusto, no dijeron la verdad a los encuestadores. Quizás los estadísticos no se creyeron sus propios modelos y los “corrigieron” subjetivamente. O quizás, sencillamente, predecir es difícil: la diferencia entre mi 53% y el resultado final (48.1%) es cinco puntos porcentuales cortos y en otras situaciones menos polarizadas no habría acarreado mayor relevancia. ¿Qué importancia tendría predecir un voto a favor de una propuesta popular del 70% que luego resulta ser “solo” el 65%?

Pero cualquiera de estas tres explicaciones son una excusa endeble para mi error. Uno debe de tomarse mucho más en serio esta lección de la dificultad de la predicción y aplicarlas a cualquier esfuerzo de atisbar las consecuencias del resultado del referéndum. El mundo es un sistema complejo, sometido a continuos choques desde mil direcciones y donde las interacciones entre los distintos actores llevan a resultados que, hoy por hoy, nadie pueda siquiera imaginar.

Esta dificultad en la predicción era un argumento contundente, ex ante, para haber sido cauto en el referéndum. Disolver una unión que ha durado muchos años abre la puerta a muchas cosas y uno solo debe inclinarse por esa opción después de la mayor consideración posible. Por mucho que una situación nos parezca insatisfactoria, los cambios no siempre han de ser a mejor y, además, han de compensar los costes de la transición. Este es, por ejemplo, mi argumento de porque no quiero romper el Euro. Aunque ya ha quedado claro que crear el Euro ha sido el mayor error de política económica desde 1945 y que las élites político-económicas europeas se lanzaron a este proyecto basándose más en ilusiones imaginadas que en una sobria evaluación de las circunstancias, saltar al vacío de su disolución acarrea más preocupaciones que horizontes de esperanza.

Pero a la vez, el reverso de este Burkeano argumento de moderado respecto de las instituciones existentes nos sugiere que, ex post, nos queda a todos un suficiente remanente de contingencia para afrontar los nuevos retos de la manera más sensata posible y que algunas visiones catastrofistas que se han apuntado en los últimos días pueden ser más fruto de la lógica sorpresa que de un análisis detallado.

Dos Elementos

El primer elemento a recordar es que el votante mediano del Reino Unido y el votante mediano del resto de la Unión tienen visiones muy diferentes sobre cómo organizar sus economías y sobre el grado de cesión de soberanía a instituciones comunes. El votante mediano británico confía más en el mercado, quiere menos redistribución y más control directo de sus políticos que el votante mediano europeo. Esto se ve tanto en el tinte de sus partidos como en la observación que el Reino Unido vota en minoría en el Consejo de Ministros de la Unión con más frecuencia que ningún otro país. Muchos de los votantes de “Remain” lo hicieron solo por las promesas de una relación con la Unión Europea más liviana y preocupados por la incertidumbre de una salida que motivados por un europeísmo convencido. Si el Reino Unido no hubiera pertenecido a la Unión Europea el jueves, un hipotético referéndum de adhesión y adopción del Euro no habría probablemente conseguido llegar al tercio de los votos positivos. Compaginar estas dos visiones, la británica y la continental, ha sido una ardua tarea a la que no nos veremos obligados en el futuro. Esto puede llevar a políticas más coherentes en ambos lados del canal. Si el objetivo de una democracia es que las políticas adoptadas sean reflejo de los deseos de los votantes, tal desenlace ha de ser bienvenido.

El segundo elemento que me gustaría resaltar es que las consecuencias, positivas o negativas, de la salida del Reino Unido de la Unión para los británicos dependerán, en buena medida, de sus propias decisiones de política económica y no de la salida en si misma o de la respuesta de la Unión.

Existen cuatro áreas en las que podemos evaluar esta idea: comercio, finanzas, inmigración (y en general las relaciones intrapersonales), productividad y estructura constitucional (básicamente, el encaje de Escocia en el Reino Unido).

Queda fuera de mi alcance (ni en tiempo ni en capacidad) un estudio detallado de cada una de estas cuatro áreas. Así que esbozaré algunos trazos del razonamiento de manera somera y, enfatizando, tanto el alto nivel de incertidumbre como el carácter de conjetura del mismo. Hoy comenzaré con el comercio y seguiré, en otras entregas, lanzando algunas ideas sobre las otras áreas.

El Comercio

¿Cuál serán los efectos sobre el comercio británico de su salida de la Unión? Para pensar en este aspecto, creo que es importante considerar tres factores.

Primer factor: la economía británica siempre ha estado relativamente más orientada a terceros países que a Europa que la de otros miembros de la Unión. En 2015, el Reino Unido exportó bienes por un valor de 171.544 millones de libras fuera de la Unión y 133.365 dentro de la Unión (hablaré en más detalle sobre exportaciones de servicios al tratar las finanzas; creo que es más claro hacerlo así). Y esta prominencia de las exportaciones extra-europeas crece. Desde 2008 (el año en el que empiezan los datos en esta tabla; pero una mirada rápida a otros datos sugieren que probablemente sea cierto desde hace más tiempo aunque uno siempre tiene que ser cuidadoso con los tipos de cambio y su evolución), el porcentaje de exportaciones a terceros países ha pasado de un 45% a un 56%. Este incremento, debido a muchos factores (desde la anemia económica de la Eurozona al crecimiento de Asia), devuelve al Reino Unido a lo que eran sus patrones de exportaciones antes de su adhesión a las por aquel entonces Comunidades Europeas.

Después de Brexit, el Reino Unido tendrá que negociar acuerdos de comercio con estos terceros países (al menos que prefiera las reglas generales por defecto de la OMC) pero los mismos pueden regirse por principios de libertad comercial más generosos de los que el resto de la Unión estaría dispuesto a aceptar. Por ejemplo, el principal mercado de exportación del Reino Unido es Estados Unidos. Un escollo para los acuerdos de Europa con Estados Unidos es la “excepción cultural” tan querida por los Franceses, pero que los Británicos pensarán mucho menos importante. O, en el caso de India, un posible mercado con gran potencial para los británicos por sus lazos históricos, el Reino Unido puede moverse de manera mucho más rápida que la Unión Europea, que ha sido bastante poco entusiasta en este aspecto.

Segundo factor: el Reino Unido importa mucho más del resto de la Unión que lo que exporta. En 2015, importó 218.667 millones de libras y exportó 133.365. Un ejemplo claro es el comercio con Alemania: 60.679 millones de importaciones y 30.352 millones de exportaciones. Al final del día, una reducción dramática de este nivel de intercambios puede ser más perjudicial para Alemania y sus socios que para el Reino Unido y llevar a que, después de muchas poses de cara, la Unión termine aceptando un acuerdo comercial con el Reino Unido beneficioso para ambas partes. Incluso si este acuerdo no fructifica, recordemos, la Unión tendrá que seguir obedeciendo las reglas de la OMC.

Tercer factor: el Reino Unido puede siempre, de manera unilateral, adoptar una política comercial muy liberal. Mucha de la discusión diaria sobre los aranceles y otras barreras comerciales parte de una falacia mercantilista: “bajamos nuestros aranceles como pago para que tu bajes los tuyos; pero en realidad nos gustaría dejarlos altos”. No. Las barreras comerciales son malas para uno mismo (bueno, este razonamiento requiere un par de matizaciones pero para una pequeña economía abierta es básicamente cierto el 99% de las veces). El desarme arancelario unilateral es solo una mala idea porque te hace perder un instrumento de negociación con terceros países y para enfrentar a los grupos de presión en tu país los unos con los otros (fustigas a los perjudicados con las nuevas importaciones después de un acuerdo con los ganadores de las nuevas exportaciones). Pero si no fuera por estas meras consideraciones de política económica, lo óptimo sería un desarme unilateral. Si otros países quieren poner aranceles en sus importaciones, tanto peor para ellos.

Partiendo de estos tres factores, me inclinaría por sugerir que el escenario más probable en el largo plazo es:

1) El Reino Unido establece acuerdos comerciales de libre comercio con Estados Unidos, Canadá, Australia, India y otros países.

2) El Reino Unido estable un acuerdo de comercio de modus vivendi con la Unión Europea que reduce los efectos negativos sobre el nivel de intercambios comerciales a una cifra manejable.

3) El Reino Unido sesga sus exportaciones mucho más hacia terceros países (aproximadamente un 70% versus el nivel actual de un 56%).

4) Dados los problemas estructurales de la Eurozona (demografía, nulo crecimiento de la productividad, Euro), tal sesgo es positivo en el largo plazo.

Es decir, que en 10-15 años, las relaciones comerciales del Reino Unido puede que sean más favorables para los intereses británicos que las relaciones actuales. Por supuesto mi predicción está sujeta a un nivel de incertidumbre tremendo:

1) ¿Serán estos beneficios en el largo plazo mayores que los costes de transición?

2) ¿Crearán los cambios provocados por Brexit una coalición ganadora en el Reino Unido que impida los acuerdos de libre comercio a los que me refería anteriormente?

3) ¿Crearán los cambios provocados por Brexit coaliciones ganadoras en terceros países que impidan los acuerdos de libre comercio a los que me refería anteriormente?

4) En ningún momento he empleado un modelo moderno de comercio internacional para evaluar estos factores de manera cuantitativa y rigurosa. Todos los juicios han sido “a ojo de buen cubero”.

Pero, y a riesgo de respetuosamente disentir con lo que es el consenso casi abrumador de los políticos, de los medios de comunicación en España y otros creadores de opinión y, me temo, de muchos de mis compañeros economistas, al menos desde el punto de vista del comercio internacional, el argumento a favor de “Remain” para un británico era mucho más ambiguo de lo que pudiese parecer…

- Brexit: una visión diferente (II) (Fedea - **27/6/16**)

(Por Jesús Fernández-Villaverde)

Ayer comenzaba un rápido repaso de los posibles efectos de Brexit hablando sobre su impacto en el comercio de bienes. Mi conclusión preliminar fue que, mientras que es más que probable que haya costes de transición considerables, la estructura de exportaciones del Reino Unido sugería que existía un escenario con una probabilidad razonable en el que en el medio/largo plazo, los británicos terminan en una situación más favorable para ellos.

Hoy quería hablar sobre el impacto en el sector financiero británico (y con ello, de un componente clave de las exportaciones de servicios de este país). Para eso voy a plantear dos preguntas diferentes. La primera, positiva: ¿cuál será la evolución de “city” en las próximas décadas? La segunda, normativa: ¿cómo deberemos valorar tal evolución?

Este doble nivel de análisis difiere del que realicé para el comercio de bienes. Los economistas piensan que, en general, el comercio de bienes es positivo. Si bien es verdad que existen casos teóricos donde el comercio puede ser negativo, el consenso es que empíricamente los mismos no son muy relevantes. De igual manera, el incremento de las importaciones causa deslocalización de ciertos puestos de trabajo y, aunque es verdad que a menudo los economistas tendemos a minusvalorar los efectos negativos de los mismos, las ganancias del comercio son lo suficientemente grandes como para compensar a los afectados. El problema reside en el sistema político, no el comercio en sí mismo.

En el caso de las finanzas, los fallos del mercado (problemas de información asimétrica, formación de precios, multiplicidad de equilibrios) y la interacción con la política de los gobiernos (promesas explícitas e implícitas de rescates, captura regulatoria) son lo suficientemente serios como para que uno haya de ser cauto con respecto a la evolución del sector y, en especial, con los juicios sobre su tamaño y composición.

Pero entremos en los detalles del análisis.

¿Cuál será la evolución de la “city” en las próximas décadas?

En primer lugar, existen tres razones para pensar que las ventajas de Londres sobrevivirán en el medio plazo. La primera razón, más obvia, es el inglés. Por mucho que Brexit ocurra, el mundo seguirá empleando el inglés. Esto depende mucho más de la posición hegemónica de Estados Unidos que de la del Reino Unido. Y la tendencia es a agudizar tal dominación. India crece mucho y sus élites son anglófonas. En China prefieren el inglés a cualquier otra lengua europea, tanto por su supremacía actual como por su sencillez relativa a otros idiomas (si lo duda usted: intente explicar el futuro imperfecto de subjuntivo en Español o la diferencia entre el acusativo y el genitivo en la declinación fuerte alemana a un Chino) y esto no va a cambiar en el medio plazo. Incluso el Chino tiene pocas posibilidades de crecer en exceso en Asia: sus vecinos hablan lenguas de familias diferentes y para ellos aprender Chino es tremendamente complejo. Aunque se nos olvide a menudo el Español y el Inglés son realmente idiomas muy similares.

La segunda razón es que Londres va a seguir estando en un sitio privilegiado de los husos horarios mundiales: abre lo suficientemente pronto para Tokio y cierra lo suficientemente tarde para San Francisco.

La tercera razón es que siglos de actividad financiera en Londres han creado una detallada estructura institucional, que abarca desde la sede de muchas empresas del sector hasta servicios especializados que tienen una persistencia larguísima en el tiempo. Pero, quizás, la parte más importante es el respaldo legal. A diferencia de España, el sistema de derecho mercantil del mundo de habla inglesa funciona. La common law es flexible, evolutiva y preocupada de encontrar soluciones realistas, no formal y absurda, como buena parte de nuestro derecho mercantil. Y los jueces británicos creen en el imperio de la ley, no como los españoles, que se inventan doctrinas extravagantes para satisfacer confusos criterios de equidad. El esperpento jurídico de las “cláusulas suelo” o la manera con la que nos hemos saltado los tratados con las outright monetary transactions (por cierto, con la complicidad absoluta de casi todos los juristas continentales; aunque tal actitud no es nueva y arranca desde el mismo comienzo de la Unión y su jurisprudencia), me hace dudar mucho que, a la hora de la verdad, Madrid o París puedan llegar nunca a ser competidores serios de Londres (Frankfurt tiene más cartas en la baraja).

Como en el caso del comercio, si estas tres razones imperan o no dependerá de las decisiones de política del Reino Unido y de la Unión Europea. La experiencia de Zúrich, Singapur y de Hong Kong (o incluso de Londres antes de 1914) es que una plaza independiente puede suministrar muchos servicios financieros a sus vecinos sin necesidad de estar en una unión comercial siempre y cuando las exportaciones/importaciones de servicios estén relativamente liberalizadas. Es más, esa independencia puede llegar a ser, por más de un motivo (y no todos ellos, ni mucho menos, nefarios) una ventaja adicional para todas las partes involucradas.

El gobierno del Reino Unido, sabedor de la importancia de la “city” para su economía (y, seamos sinceros, presionado por el sector y su enorme capacidad de influencia), y ya sin ataduras de legislación comunitaria, hará más a favor de ella. La Unión Europea, en comparación, probablemente intenté reducir el negocio de la “city” todo lo que sea capaz. A diferencia del comercio internacional, donde Alemania tiene interés en mantener las mejores relaciones posibles con el Reino Unido dado su fuerte superávit (y como queda claro de las declaraciones de Angela Merkel), existe un incentivo para los germanos en “robar” todo el negocio bancario que puedan a Londres. De hecho, uno no tiene que ser particularmente cínico para pensar que la Directiva 2011/61/UE relativa a los gestores de fondos de inversión alternativos y la propuesta de un impuesto sobre las transacciones financieras, estaban ya implícitamente dirigidas contra la “city”. Tales medidas se incrementarán en el futuro. La duda es el alcance práctico de las mismas (¿cómo de potente será un sistema financiero europeo en 10 años dentro del corsé de la Eurozona?) y la posibilidad del efecto contraproducente de las mismas (como ocurrió con el surgimiento del mercado de Eurodólares).

Equilibrando ambos efectos, mi escenario base es:

1) Londres perderá cierto atractivo como plaza financiera, pero menos de lo que algunas voces han predicho.

2) Los ganadores serán Nueva York (donde se trasladará el negocio que quiera seguir disfrutando de common law y jueces que sepan de lo que hablan) y Singapur. Frankfurt se aprovechará algo, pero dependiendo de cómo de agresivo contra el sector financiero sea la Unión en los próximos años. París y Madrid, muy poco.

3) Los precios inmobiliarios en Londres y en los sitios donde compra la gente del sector financiero (playas bonitas de Cornwall) caerán relativamente a “remain” (aunque esto también dependerá de la política de inmigración).

¿Cómo valorar estos efectos?

Explicaba anteriormente que, incluso aunque la “city” se resienta del Brexit, no es claro que esto sea perjudicial para el bien común en el Reino Unido. Si, por los motivos esbozados más arriba de fallos de mercado e intervención pública, el sector financiero ha crecido un tanto por encima de su tamaño óptimo, una paulatina y moderada reducción del mismo puede ayudar a otros sectores. Los estudiantes más listos de Wadham College podrán considerar que su futuro pasa por industrias tecnológicas, culturales o, incluso, por volver al sector público, donde reclutar buen talento ha sido complejo. Una ralentización (o incluso una caída) de los precios inmobiliarios puede ayudar a crear una economía más sana a lo largo de varias dimensiones, como la formación de hogares más temprana o la articulación territorial de Inglaterra. Finalmente, una cierta reducción del poder de la “city” puede ayudar a que el gobierno británico responda a un abanico de intereses más amplio, incluso cuando legisle, como apuntaba antes, en favor de ella.

Lejos de mí la demagogia de demonizar el sector financiero: el nivel de prosperidad del que disfrutamos está fundamentado en nuestra capacidad de realizar intercambios intertemporales. Y el sector financiero es la industria que posibilita tales intercambios. Tampoco es secreto para los lectores de este blog que tiendo a confiar bastante en el mercado como manera de asignar recursos. Pero precisamente por eso algunas veces me preocupa el tamaño de ciertas empresas financieras. En una fórmula que hemos empleado a menudo en este blog: yo defiendo el mercado, no a las empresas (“I am pro-markets, not pro-business”).

Una coda

Antes de terminar por hoy, una pequeña coda referida a otros sectores importantes en Londres de servicios, como los legales o culturales (yo estoy suscrito a tres revistas y las tres se editan en Londres). No, no creo que Financial Times, The Economist o Gramophone vayan a sufrir en exceso de todo esto. Y la gente seguirá mirando lo que viste la Duquesa de Cambridge o Lady Mary Crawley con la misma fascinación que antes.

Y si en estas dos primeras entregas he llegado a la conclusión de que los efectos para el Reino Unido de Brexit en términos de comercio de bienes y del sector de servicios financieros puede que no sean negativos en el largo plazo (pero sin olvidarnos nunca de los más que considerables costes de transición), voy a ser menos optimista en el siguiente aspecto, inmigración. Pero mejor otro día.

- Münchau: “El Brexit será devastador para la UE... Italia puede ser la siguiente” (El Economista - **28/6/16**)

Wolfgang Münchau, matemático y columnista del Financial Times, cree que la salida del Reino Unido de la UE será neutra para las islas británicas, pero “devastador para la Unión Europea”. El proceso de rebelión y descomposición de esta unión económica podría estar en ciernes. Y es que Italia celebrará en octubre un referéndum para abordar varias reformas constitucionales; una consulta que los italianos verán como una oportunidad para “rebelarse” ante las propuestas de Renzi, que a la postre son recomendaciones de Bruselas y la representación del establishment.

La reforma que plantea el Gobierno de Matteo Renzi contempla, entre otros elementos, limitar los poderes del Senado y acabar con el bicameralismo perfecto. La reforma no fue secundada por los principales partidos de la oposición, como el Movimiento Cinco Estrellas o Forza Italia, que decidieron abandonar la cámara antes de la votación. Renzi aseguró que si no gana la consulta no seguirá: “Me lo juego todo, si pierdo el referéndum, me voy a casa”, sentenció el presidente italiano.

Si Renzi pierde esta consulta, los partidos considerados como “anti-sistema” o más lejanos a las políticas recomendadas por Bruselas serán los vencedores, por lo que la democrática idea de Renzi “habrá sido un error monumental del mismo tamaño que el del señor Cameron”, explica Münchau.

Por ahora, las encuestas dan una ligera ventaja al “Sí” a las reformas, pero como se ha visto con el Brexit todo puede cambiar en pocas horas. Además, como explica Münchau en el Financial Times, el impacto del referéndum sobre el Brexit puede reforzar a los que votarán “No” a las reformas planteadas por Renzi.

Los movimientos anti-sistema

“El impacto político de perder la consulta sería desastroso... Es complejo dilucidar con claridad que ocurrirá después, pero lo más probable es que el Movimiento Cinco Estrellas (populista y anti-sistema) se beneficie del resultado. Su líder, Beppe Grillo, apoyó la semana pasada la celebración de un referéndum en Italia para decidir si siguen dentro del área euro... Y los recientes resultados en Turín y Roma no se deben subestimar”, sentencia Münchau.

Según el editor del diario británico, en Italia existe el caldo de cultivo perfecto para que triunfe un movimiento anti-europeo: “El electorado está en modo rebelión. La productividad del país lleva años sin crecer, sobre todo desde que se unió al euro”.

Münchau cree que para evitar este desenlace, los líderes de la Unión Europea “deberían considerar de forma seria cuáles han sido sus fallos desde 2008: hay que resolver las múltiples crisis en lugar de buscar soluciones cortoplacistas. Todo ello debería incluir un plan que una políticamente a los países de la Eurozona”.

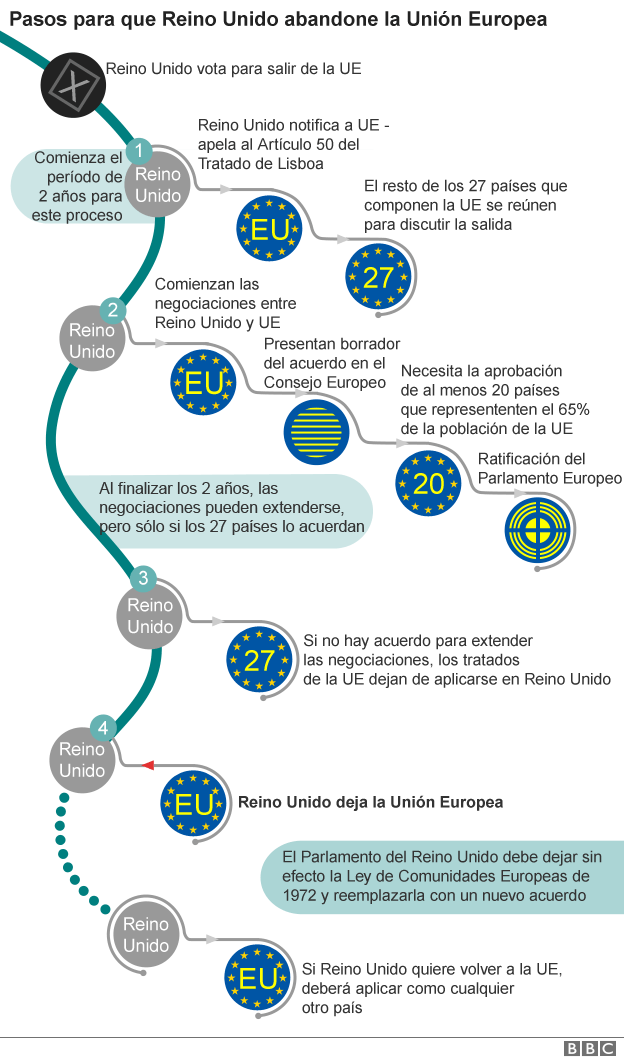
Para finalizar, Münchau asegura que el Reino Unido no es la causa de lo que está ocurriendo. “La Eurozona y la debilidad de sus líderes son los culpables. Pero es cierto que el Brexit puede ser el detonante”.

## - Prepararse para negociaciones (BBCMundo - 29/6/16)

Poco después de que se conociera la victoria del Brexit, los ministros de Relaciones Exteriores de los principales países de la unión le pidieron a Londres no demorarse en activar el Artículo 50 del Tratado de la Unión Europea.

Parte del problema es que si bien el plazo para la negociación puede extenderse, cualquier prórroga tendría que ser apoyada por los otros 27 Estados miembros. Y muchos en Reino Unido creen que -por esa y otras razones- una vez que **el reloj empiece a correr**, la ventaja en las negociaciones la tendría claramente Bruselas.

Si no hay acuerdo, **el país saldría automáticamente de la UE,** sin tener claridad sobre los términos de su nueva relación con el bloque.



Y las consecuencias de esto podrían ser desastrosas, por lo que Londres podría verse forzado a ceder de más para evitar ese escenario.

Al mismo tiempo, tampoco falta quien cree que las consecuencias del Brexit serán eminentemente negativas, se haga lo que se haga.

Y hay muchos convencidos de que Cameron no quiso activar el Artículo 50 porque no quiere **pasar a la historia** como el ejecutor de una decisión cuyos efectos teme y con la que no está de acuerdo.

Tampoco faltan optimistas que creen que incluso existe la posibilidad de que un nuevo primer ministro posponga la decisión indefinidamente a la espera de que cambie el viento.

- Las cuatro opciones de Reino Unido tras el Brexit: Noruega, Suiza, Turquía o Canadá (Libertad Digital - **30/6/16**)

La salida de Reino Unido de la UE puede desembocar en cuatro escenarios muy diferentes sobre las futuras relaciones entre ambas partes.

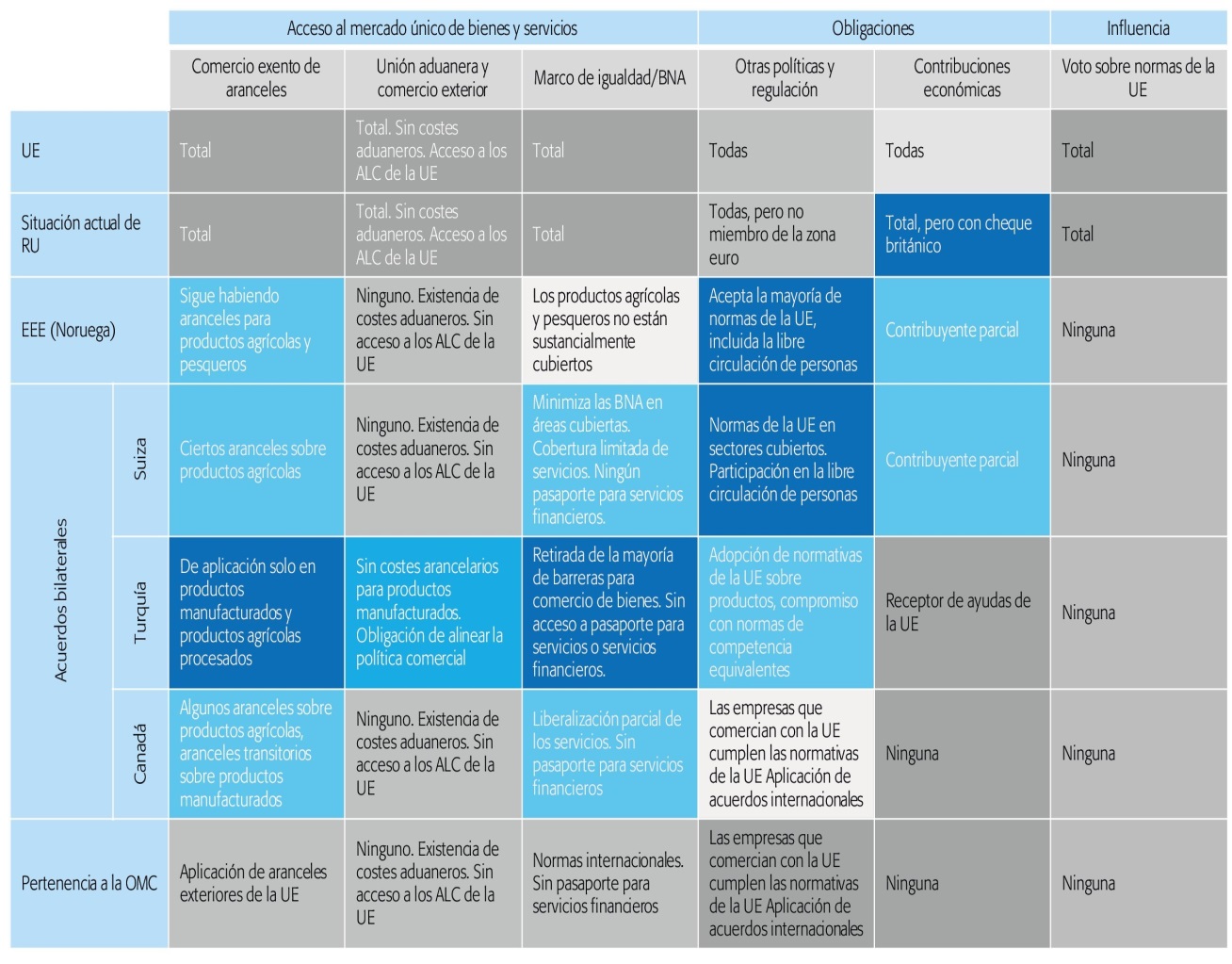
(Por M. Llamas y D. Soriano)

El sucesor de David Cameron, los funcionarios del Ministerio británico de Asuntos Exteriores, los técnicos de la Comisión Europea, los corresponsales de toda Europa radicados en Bruselas… Hay un montón de gente que este año va a tener muy pocas vacaciones y que va a vivir un otoño muy movido.

Con respecto al **Brexit, hay muy pocas cosas que estén claras**. De hecho, incluso hay quien dice que al final ni siquiera se llegará a producir y que el Reino Unido seguirá dentro de la Unión Europea de una forma u otra.

Lo cierto es que seis días después del referéndum todo sigue en el aire. Este martes, [David Cameron visitaba Bruselas](http://internacional.elpais.com/internacional/2016/06/28/actualidad/1467107648_794578.html) y el resultado del primer encuentro con sus todavía socios comunitarios no fue nada concluyente. Ya se empieza a hablar de **dos bandos dentro de la UE: los** duros**,** encabezados por Francia e Italia, que quieren hacer las cosas muy complicadas para Londres para evitar futuras deserciones; y los blandos, con Alemania y Holanda en primera fila, que entienden que castigar al Reino Unido sería como pegarse un tiro en el pie para el resto de los países de la UE.

### En medio de todo este lío, se habla mucho de las diferentes opciones que tienen por delante los británicos. Y para ejemplificar el asunto se cita a algunos países, según la relación que cada uno tiene con la UE: **Noruega, Suiza, Turquía, Canadá**. Estos son los cuatro nombres que más se repiten. ¿Cuál será el ganador? ¿Qué implicaría una u otra opción? Esto es lo que no está nada claro. Para empezar, porque se hacen muchos análisis económicos que no tienen en cuenta la dimensión que, probablemente, sea más relevante a partir de ahora: la política. Nadie sabe qué ocurrirá en el futuro. Pero las siguientes son algunas claves para intentar descifrar cuál es el camino al que conduce el Brexit

[](http://s.libertaddigital.com/2016/06/29/mapa-brexit.jpg)

### 1. Noruega

Noruega es el ejemplo que, hoy por hoy, centra la atención de analistas, inversores y políticos. De hecho, en la reunión de líderes europeos que tuvo lugar el martes en Bruselas, este caso fue citado en varias ocasiones. La canciller germana, **Angela Merkel**, señaló que Reino Unido no puede mantener los privilegios de pertenecer a la UE si, al mismo tiempo, no acepta las condiciones que supone acceder plenamente al mercado único, tal y como sucede en el caso de Noruega.

Pero, ¿cómo funciona el modelo noruego? El país nórdico no es miembro oficial de la UE, pero **tiene acceso al mercado común**. Es decir, pertenece al Espacio Económico Europeo, a la unión económica, pero no política. Así pues, puede comerciar libremente con el resto de socios comunitarios, salvo en materia agrícola y pesquera, donde siguen existiendo ciertos aranceles y reglas propias (éste es un tema sensible para los nórdicos, que cuentan con una gran flota pesquera y no quieren entrar en el sistema de cuotas y capturas comunitario).

La clave de este acuerdo, sin embargo, radica en que, a cambio, Noruega está obligada a **cumplir buena parte de la legislación europea**, especialmente la relativa al mercado interior. En concreto, los noruegos aceptan el 75% de la normativa comunitaria, incluida la **libre circulación de personas**, pero sin poder participar ni influir en su elaboración.

Noruega cuenta con representantes en las instituciones de la UE, pero no tiene derecho a voto en organismos y programas de la Unión, incluyendo la Agencia Europea de Defensa, Frontex o Europol, entre muchos otros. Además, contribuye a las cuentas comunitarias, si bien **su factura es inferior al del resto de estados miembros.** Su modelo en este ámbito es muy similar al que hasta ahora ostentaban los británicos (contribuyente parcial de la UE). En cuanto al control de fronteras, Noruega **pertenece al espacio Schengen**, a diferencia de Reino Unido, y en este ámbito sí tiene voz y voto.

Adoptar el modelo noruego, por tanto, **implicaría que Reino Unido mantendría su actual estatus de estado miembro en materia económica**, con libre y pleno acceso al mercado común, pero tendría que someterse igualmente a buena parte de la legislación comunitaria, sin poder participar en su elaboración, incluyendo la libre circulación de personas dentro de la UE, lo cual chocaría con uno de los argumentos clave que han empleado los británicos favorables al Brexit durante la campaña.

### 2. Suiza

En teoría es la opción más lógica. En la práctica tiene muy pocas posibilidades de salir adelante. En ocasiones se asocian los nombres de Suiza y Noruega, pero la relación de una y otra con la UE es muy diferente. Los dos pagan algo al presupuesto comunitario (menos los suizos), los dos pertenecen al área Schengen, en los dos se aplican buena parte de la normativa de la UE… pero no es lo mismo.

Los suizos **no pertenecen al Espacio Económico Europeo.** Sus relaciones con la UE giran en torno a **más de 120 tratados bilaterales negociados** a lo largo de las últimas décadas. En el comercio de mercancías, el acceso al mercado común es casi pleno, pero esto cambia en lo que hace referencia a los servicios, un sector mucho más restringido, que suman el 80% de la economía británica y será su principal interés durante las negociaciones.

La diferencia principal con Noruega es que en el caso del país nórdico se siguen aplicando los tratados y la legislación comunitaria según ésta va desarrollándose en Bruselas. Incluso aunque no tienen voto (aunque sí voz) en el desarrollo de la normativa, se le aplica en todo lo que tiene que ver con las materias que están dentro del acuerdo del EEE, con sus regulaciones y estándares comunes. **En Suiza la aplicación de la legislación comunitaria no es automática.**

Entonces, ¿por qué decimos que Suiza sería la opción lógica en la teoría? Porque en un mundo sin prisas, en el que se pudiera negociar tranquilamente y en el que no hubiera intereses políticos, no habría más que abrir los 120 tratados, ver qué se ha negociado con la Confederación Helvética e intentar alcanzar un acuerdo similar. Pero es que ese mundo no existe. Sólo el planteamiento ya asusta. Conociendo a una y a otra parte de la negociación se puede intuir que ésta podría ser eterna. ¿Quién se atreve a meterse en este lío?

Además, **nadie quiere otra Suiza en Europa**. Los líderes de la UE ya han dicho en anteriores ocasiones que no están precisamente a gusto con el estatus de este país, que es como una incómoda piedra en el zapato. Recordemos que hace un par de años se abrió una crisis por sus **intenciones de restringir la libre circulación de trabajadores de la UE.**

Por último, desde el punto de vista político, asumir una posición como la suiza para el Reino Unido podría interpretarse muy fácilmente como un **triunfo de los británicos**: parecería que han cumplido todos sus objetivos (libre acceso al mercado común) sin ningún coste e incluso imponiendo condiciones en la negociación. Ni París ni Berlín, cada uno por un motivo, pueden permitirse que éste sea el mensaje que triunfe.

### 3. Turquía

El caso de Turquía es también complejo e improbable, puesto que ni Reino Unido ni los principales líderes europeos comparten esta posible opción. Turquía, al igual que Andorra o San Marino, pertenece a la unión aduanera, pero no es miembro, ni total ni parcial, de la UE.

Esto significa que **existen ciertas facilidades a la hora de comerciar**, pero poco más. En el caso concreto de Turquía, no se aplican aranceles sobre ciertos productos manufacturados y productos agrícolas procesados, teniendo que adoptar ciertas normativas y reglas comunitarias. Se trataría, por tanto, de una especie de acuerdo comercial bilateral, pero limitado y restringido a ciertas áreas.

La unión aduanera es una forma de integración económica intermedia, a medio camino entre un área de libre comercio y el mercado único. Se eliminan ciertas barreras arancelarias y administrativas para impulsar el comercio, pero **no se aplican los principios fundacionales clave de la UE:** libre circulación de mercancías, capitales y personas. Un tratado de estas características perjudicaría, pues, de forma muy sustancial tanto a la economía británica como a la europea, ya que supondría de facto la expulsión de Reino Unido del mercado único.

### **4.** **Canadá, Singapur… ¿o Rusia?**

La última opción es Canadá. ¿Por qué se escoge este país como ejemplo? En realidad valdría cualquier otro país de fuera de la UE, pero como hace poco que se ha negociado [un acuerdo bilateral Canadá-UE](http://ec.europa.eu/trade/policy/in-focus/ceta/index_es.htm), pues éste es un buen candidato.

En este caso, el Reino Unido quedaría fuera de cualquiera de los acuerdos generales que tiene firmados la UE y su relación comercial estaría fijada por las **normas de la Organización Mundial del Comercio (OMC).** A partir de ahí, podría iniciar un proceso para alcanzar con la UE un acuerdo similar al TTIP que negocia Bruselas en estos momentos con EEUU.

**La opción canadiense es la más sencilla**. El Reino Unido sale de la UE, se reinstauran las aduanas y nos ponemos a negociar de cero. Desde el punto de vista de las negociaciones, es la que menos líos generaría. ¿El problema? El coste para la economía británica sería enorme a corto plazo. Una ruptura de este tipo con su principal socio comercial (casi la mitad de las exportaciones del país van al resto de la UE) dañaría el crecimiento, deslocalizaría empresas, castigaría las cuentas públicas…

¿Las ventajas? Es la alternativa que más libertad ofrece a los británicos para decidir su futuro. De hecho, no son pocas las voces dentro del liberalismo que abogan por esta vía. El argumento sería, más o menos, el siguiente: “Aunque los votos del Brexit sobre todo vienen de personas asustadas por la globalización, una vez fuera de la UE y con la recesión que se produciría, **a los políticos de las islas no les quedará otra que volver a la mejor tradición británica, de apertura liberal y económica**”. Vamos, que el Brexit provocaría que el Reino Unido llegase rápidamente a un acuerdo comercial con EEUU y Canadá y que el país evolucionaría hacia ser el Singapur europeo, una economía próspera, dinámica y abierta, lo que a medio plazo dispararía su crecimiento.

En esta línea, [Rohan Silva, un emprendedor británico](https://twitter.com/Silva/status/746990307204530176) que ha trabajado también como asesor de David Cameron, firmaba un artículo este domingo en The Sunday Times con un título revelador: “Hola Mundo. El Reino Unido se ha atrevido a soñar y está abierto para los negocios”. La columna ha generado mucho revuelo ([a favor y en contra](http://ftalphaville.ft.com/2016/06/27/2167685/rohan-silva-has-no-idea-what-hes-talking-about)) porque, aunque el autor reconoce que votó a favor de continuar en la UE, plantea una alternativa para que el resultado del referéndum no sea una losa, sino una oportunidad para la economía británica: bajar al 10% el Impuesto de Sociedades, minimizar la regulación para facilitar la apertura de empresas, imponer un sistema de visados similar al australiano o canadiense para atraer a trabajadores cualificados...

Eso sí, hay que dejar claro que todo esto no deja de ser un wishful thinking. Por las mismas razones por las que el país puede seguir el camino de Singapur, **puede seguir el de Rusia o Venezuela o Argentina**. En esta alternativa, el futuro a medio plazo del Reino Unido no está fijado. Digamos que la gran diferencia con los tres primeros apartados es que para ser Noruega, Suiza o Turquía ya hay un camino establecido, unos documentos firmados y unos acuerdos que servirían como pauta.

Pero quedar al margen de cualquier tratado previo es ir a lo desconocido. **¿Canadá? ¿Singapur?** Sí, es una opción. Pero ni es la única ni tiene por qué ser la más probable. Recordemos que los votantes del Brexit lo que quieren es un país más cerrado. ¿Por qué iban a aceptar uno de los modelos más abiertos al exterior del planeta?

- Las locuras de Mr. Market: la bolsa británica, en máximos anuales (El Confidencial - **2/7/16**)

Lo acontecido estas dos últimas semanas en los mercados europeos refleja muy bien el carácter paranoico depresivo de los inversores a muy corto plazo

(Por Vicente Varó)

Los defensores de las teorías de los mercados eficientes lo tienen complicado en estos tiempos que corren. Para empezar, por la absoluta anormalidad histórica por los tipos de interés negativos. Pero lo acontecido estas dos últimas semanas refleja muy bien el carácter paranoico depresivo de los inversores a muy corto plazo.

Hace escasamente una semana, tras conocerse el Brexit, muchos índices históricos vivieron su peor sesión histórica, entre ellos el Ibex, con una caída del 12,35%. Sin embargo, del abismo que parecía abrirse, hemos pasado a una aparente normalidad, con tres sesiones consecutivas de avances que, curiosidades de la vida, han llevado al índice hasta donde había caído cuando las encuestas daban más opciones al Brexit. Por el camino, una sobreconfiada subida y una alarmante caída.

“El mercado a veces se parece al oeste, primero dispara y luego pregunta”, comentaba Antonio Aspas de Buy & Hold durante esta entrevista entre Unience y Capital Radio el pasado lunes. “Normalmente, cuando la gente es tan pesimista, cuando hay una incertidumbre tan grande, lo mejor es hacer lo contrario, ser “contrarían” en la inversión”, añadía su socio Julián Pascual.

Ambos apostaban entonces por las acciones del Reino Unido, a pesar del momento tremendo de pesimismo que se vivía en mercado. “Es donde más oportunidades estamos encontrando ahora. ¿Qué va a hacer Reino Unido? ¿Se va a hundir la isla? No, seguirán consumiendo y comprando. Encontrarán una salida”, explicaba Pascual, que tiene algunas acciones británicas entre sus principales posiciones en cartera.

Lo que quizá no esperaban era el giro tan brusco en el ánimo de los inversores. Este miércoles, menos de una semana después del Brexit, el índice FTSE 100 de la bolsa británica, cerró en máximos anuales. Aunque en realidad, los inversores más allá de la isla, todavía no los disfrutan, porque la libra esterlina sigue muy lejos de los niveles previos al referéndum, pese a su reciente recuperación.

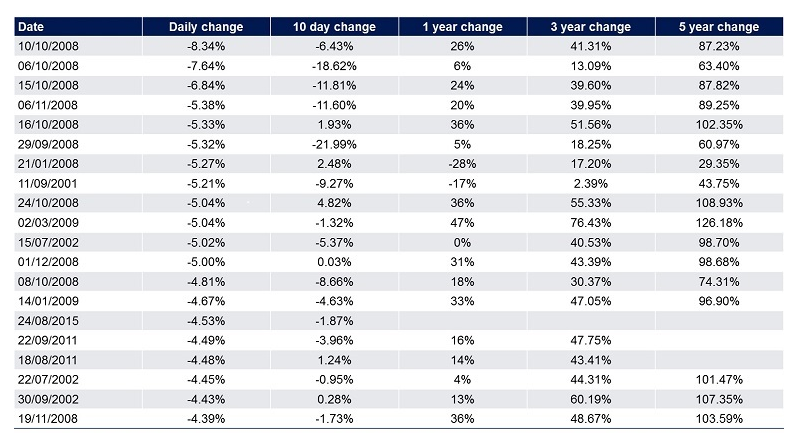
Los inversores con nervios de acero y una clara convicción en la inversión a largo plazo saben que estos momentos de pesimismo extremo pueden ser muy interesantes para tomar posiciones. Como se podía ver en este análisis de Schroders, después de un desplome pronunciado, los mercados pueden vivir un tiempo mayor o menor de dudas, pero casi siempre la reacción acaba mostrándose excesiva.

“La historia nos muestra, por lo tanto, la importancia de mantener la frialdad y aplacar los nervios en los momentos de turbulencias. Pero también evidencia las virtudes de la inversión a largo plazo”, explican desde la firma.

Lo difícil, aun sabiéndolo, es frenar los impulsos de tu cerebro, que te pide salir corriendo cuando oyes a todo el mundo salir corriendo y gritando en la otra dirección.

Mayores caídas diarias del índice FTSE All - Share durante los últimos 25 años y rentabilidades posteriores

La rentabilidad pasada no es una guía de la rentabilidad futura y podría no repetirse.

Fuente: Financial Express, Schroders, Junio de 2016.

- Después del “Brexit”, prepárense para el “Breturn” (El Economista - **2/7/16**)

(Por Matthew Lynn)

La libra ha entrado en caída libre, la Bolsa de Londres se hunde, los bancos buscan oficinas en Fráncfort y París, y las empresas se han refugiado en sus búnkeres y posponen cualquier inversión. Facebook ha pasado de un lugar donde compartir vídeos monos de gatitos al campo de batalla entre los defensores indignados de la UE y los activistas acérrimos del Leave. Decir que los británicos no se han tomado el referéndum sobre la marcha de la UE de la semana pasada con calma sería el eufemismo del siglo.

Una petición de celebrar un segundo referéndum roza los cuatro millones de firmas. Las encuestas indican que más de un millón de votantes del Leave se arrepienten de su decisión. Todavía hay que elegir a un nuevo primer ministro y una estrategia de negociación para la salida. Quedan al menos dos años hasta que el Reino Unido salga finalmente por la puerta y el ánimo político es tan febril que casi no se puede garantizar que se acabe dando ese paso.

Los mercados todavía no lo han tenido en cuenta. Mientras los agentes asumen furiosamente el impacto del Brexit para la economía británica y mundial, queda otra posibilidad que todavía no se han puesto a considerar. El Reino Unido podría no abandonar la UE al final o hacerlo de una manera mucho más tibia que casi no cuente como una salida. Llamémoslo el **Breturn**, donde el país regresaría a su status quo. Dado que la moneda y la bolsa se hundieron después del referéndum, se podrían disparar si regresa.

Ni los mercados ni el aparato político anticiparon la mayoría del Brexit. Las encuestas siempre dijeron que sería reñido pero casi todos optaron por no creerlas. La decisión ha sorprendido a los inversores y provocó una ola de ventas frenéticas, que ha hundido los precios de los activos por toda Europa y el resto del mundo.

En el Reino Unido, lo lógico sería que el ambiente fuera de alborozo, al ser la voluntad mayoritaria, pero hay pocas muestras de ello. Dejando de lado a unos cuantos acérrimos seguidores del Leave, el humor de la semana pasada es de ansiedad y cierto remordimiento. Cada vez hay más pruebas de que muchos quieren luchar contra la decisión de marcharse y su voz cobra cada vez más fuerza.

Una petición por Internet que exige que la gravedad de la decisión de abandonar la UE requiera una mayoría del 60 por ciento con un 75 por ciento de participación está ganando muchos apoyos. Ha crecido en 20.000 firmas desde que me puse a escribir esta columna y ya llega a los cuatro millones (http://keithharris.org/petition/). Un sondeo de The Independent arroja que 1,1 millones de los 17 que votaron Leave ahora se arrepienten de esa decisión (http://www.independent.co.uk/news/uk/politics/brexit-eu-referendum-bregret-leave-petition-second-remain-latest-will-we-leave-a7105116.html). El pasado martes, el ministro de Sanidad, Jeremy Hunt, sostenía que debe haber una segunda votación antes de que el Reino Unido se marche de verdad. Esperen oír mucho más en esta línea a medida que se comprendan las implicaciones del voto.

¿Podría acabar pasando? La respuesta es, sin duda, sí. En realidad, hay tres escenarios en los que es perfectamente plausible que Gran Bretaña se quede en la UE después de todo.

El más obvio es otra votación. Abandonar la UE no será una tarea sencilla para quien tome el relevo de David Cameron como primer ministro. El proceso dura dos años y exigirá largas negociaciones sobre una nueva relación comercial entre Gran Bretaña y el resto de Europa. Habrá que desenmarañar y reemplazar una montaña de legislación. Tras cuarenta años dentro de una UE cada vez más poderosa, desprenderse de la red de diferentes tratados y responsabilidades exigirá un gran esfuerzo. Al final de ese proceso, se llegará inevitablemente a un compromiso, aunque sea conflictivo y no agrade a todos. Sería perfectamente sensato que el primer ministro lo llevara a votación en otro referéndum, en cuya papeleta figuraría la opción de permanecer.

Alternativamente, podrían celebrarse elecciones generales antes de que el país se marchase. Un nuevo primer ministro necesitaría un mandato claro para impulsar un cambio de rumbo tan trascendental para el país. ¿Quién ganaría? Ahora mismo nadie lo sabe, pero si la población está tan convencida de quedarse en la UE como dice ahora, no hay ninguna razón por la que un partido pro europeo, como los antiguos socios de coalición de los conservadores, el partido liberal demócrata, no podría irrumpir en el poder. Entonces, la decisión se revertiría.

Por último, el Reino Unido podría negociar alguna clase de membresía asociada que fuera prácticamente idéntica a permanecer en la UE. Ya parece que el desenlace más probable es el “modelo noruego”, según el cual el Reino Unido conservaría el acceso al Mercado Único a cambio de aceptar la libre circulación de trabajadores y muchas normas de la UE. Podría convertirse también en el caso noruego, que incluya cierto papel del Reino Unido en la toma de decisiones. Dado que el país ya está fuera del euro, habría que fijarse mucho para observar las diferencias entre quedarse y estar fuera. Perdería parte de su influencia, pero salvo que uno sea diplomático o político, no tiene mucha importancia.

Si el Reino Unido sigue alguno de esos caminos, habrá vuelto en efecto. Y para los inversores es importante. Miles de millones desaparecieron de los mercados de capital al conocerse el resultado. Las monedas llevan agitadas desde entonces y la economía real, tanto en Gran Bretaña como en el resto del mundo, se verán pronto afectadas. Si la decisión se revierte, esos mercados también se recuperarán. La libra volverá a valer 1,5 dólares, como el jueves 23 por la noche, cuando las encuestas decían que iba a ganar el Remain. Y los títulos harán lo propio. Lógicamente, está por ver si acabará pasando, pero hay una cosa muy clara: la saga del Brexit, o Breturn, no ha hecho más que empezar.

- Boris Johnson y sus insultos a líderes mundiales: “Quiero que gane Hillary para que Bill vuelva” (El Español - **14/7/16**)

El nuevo ministro de Exteriores británico y la diplomacia nunca hicieron buenas migas. Llegó a comparar el proyecto de la UE con Hitler.

(Por María Torrens Tillack)

“Napoleón, Hitler, varias personas intentaron esto (un súper Estado), y acaba de forma trágica. La UE es un intento de hacer esto con diferentes métodos”, declaró Boris Johnson en una entrevista en The Telegraph, en plena campaña a favor del brexit un mes antes del referéndum. Así se pronunció este antiguo corresponsal en Bruselas en conversación con el diario del que es habitual columnista, con un artículo semanal de opinión que a menudo levanta ampollas. También ha escrito en publicaciones como el amarillista The Sun y su cargo como alcalde de Londres hasta el pasado mayo también ha puesto a su disposición suficientes micrófonos a lo largo de los años como para que se explayara a gusto. Entre los británicos también hay voces que ponen el grito en el cielo este jueves por su nombramiento como ministro de Exteriores británico en el nuevo Gobierno de Theresa May anunciado la noche anterior. “Nunca hemos necesitado más la diplomacia. En lugar de ello, tenemos a Boris Johnson”, titula The Guardian un editorial, por ejemplo.

Johnson ha tenido palabras de desprecio y críticas sin siquiera la “cortesía aparente e interesada” o el “disimulo” que incluye entra las acepciones de diplomacia el diccionario de la Real Academia de la Lengua. En el nuevo tándem que forma con David Davis, responsable del recién establecido ministerio del brexit, o bien se tendrá que morder mucho la lengua -lo que no parece su estilo- o bien se avecinan unas cumbres europeas y demás encuentros bilaterales más movidos de lo previsto.

Sobre Merkel: “Cínica y desesperada por apaciguar a Erdogan”

Se explayó a gusto criticando la controvertida decisión de Merkel al ceder a la petición del presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, para dar luz verde a la apertura de un juicio por un poema satírico que el presidente turco consideraba difamatorio. No mantuvo la neutralidad que se espera de un dirigente extranjero (en aquel entonces no tenía un cargo estatal, pero sí el de alcalde de la capital británica). “Todo el mundo sabe por qué Angela Merkel está tan cínica y desesperadamente decidida a apaciguar al líder turco (...), y es porque en las próximas semanas y meses podríamos tener otra crisis migratoria en el Mediterráneo oriental”, dijo haciendo gala también del discurso antimigratorio que presidió la campaña por el brexit como tema prioritario junto al económico. Pero además participó en un concurso convocado por la revista The Spectator que pedía a sus lectores escribir poemas ofensivos sobre Erdogan. Ganó Johnson, llamándole, entre rimas, “formidable gilipollas” o, según la acepción de la palabra wanker, algo peor.

Sobre Obama: “El presidente parcialmente keniano tiene aversión por el Imperio Británico”

Cuando Obama decidió retirar un busto de Winston Churchill del Despacho Oval hace unos meses, Johnson -que es autor de una biografía del histórico primer ministro británico- escribió en The Sun: “Algunos han dicho que era un símbolo de la ancestral aversión del parcialmente keniano presidente al Imperio Británico, del que Churchill había sido un ferviente defensor”. Obama respondió -sin nombrar a Johnson- que tiene otro busto de Churchill junto a la Sala de los Tratados en la segunda planta de la Casa Blanca, “así que lo veo cada día, incluidos los fines de semana cuando voy a ese despacho a ver un partido de baloncesto”, recogió la BBC. No era la primera vez que Johnson dejaba entrever racismo en sus comentarios. En 2002, durante una visita de Tony Blair a África, escribió de forma peyorativa sobre los ciudadanos que lo recibirían, llamando piccaninnies, una palabra despectiva para referirse a los niños negros, entre otros descalificativos. Con Obama ya no tendrá que tratar mucho, pues tras las elecciones presidenciales del 8 de noviembre, su sustituto llegará a la Casa Blanca en enero.

Sobre Clinton: “Quiero que Hillary sea presidenta para que Bill sea Primer Esposo”

“Quiero que Hillary Clinton sea presidente”, escribió en noviembre de 2007 en The Telegraph. Lo que se suponía que iba a ser un artículo en apoyo de Hillary Clinton para las primarias demócratas en las que ganó Obama, se hundía por su propio peso al reducirla a mujer florero: “Para todos los que quieren a EEUU, es hora de pensar en apoyar a Hillary, no porque necesariamente la queramos a ella por sí misma, sino porque queremos a Bill en el papel de Primer Esposo. Y si Bill puede encargarse de Hillary, seguro que (él) puede ocuparse de cualquier crisis global”.

Sobre Trump: “Cuando me confundieron con él fue uno de los peores momentos”

Aunque ambos políticos son amigos de declaraciones polémicas, Johnson no quiere hacer buenas migas con el candidato republicano. En una entrevista con la televisión británica ITV en marzo reconoció que paseando por Nueva York una viandante le había confundido con Donald Trump: “Puaj, ¿ese es Trump?”, había dicho. “Fue uno de los peores momentos”, aseguró Johnson al rememorarlo. En diciembre pasado ya dijo que “la única razón por la que no visitaría algunas partes de Nueva York es el riesgo real de encontrarme con Donald Trump”. Era la respuesta el entonces alcalde de Londres a unas polémicas declaraciones de Trump en las que había asegurado que algunos lugares de la capital británica “están tan radicalizadas que la policía teme por sus propias vidas”.

Sobre Putin: “Se parece a Dobby, el elfo doméstico (de Harry Potter)”

Hay que admitir que Johnson dice en alto lo que otros políticos piensan pero no reflejan en palabras: “Miren, no soy especialmente fan de Vlad (por Vladimir Putin). Más bien lo contrario”, escribió cuando la coalición internacional que apoya el combate al Estado Islámico a milicias contrarias a Bashar al Asad en Siria comenzó a tantear la posibilidad de unirse a Rusia en la lucha, a pesar de que Moscú lo hace a la vez que apoya a Damasco y mete en el mismo saco a todos los que no son pro Asad.

Criticó, como otros, el derribo de un avión de pasajeros cuando sobrevolaba Ucrania -cuya autoría no se ha clarificado y la sospecha pesa sobre Moscú- o el envenenamiento del exespía ruso Alexander Litvinenko en Londres -“probablemente aprobado por Putin”, según una investigación parlamentaria del Reino Unido. Pero rara es la ocasión en la que una crítica se queda en palabras sin polémicas: “A pesar de parecerse un poco a Dobby, el elfo doméstico (de Harry Potter), es un tirano “despiadado y manipulador”.

Cuenta la BBC que al recordar esta descripción al portavoz del Kremlin, Dimitri Peskov, tras el nombramiento de Johnson como titular de Exteriores, Peskov ha dicho: “El peso de su cargo actual seguramente provocará un tipo de retórica distinta con un carácter más diplomático”. ¿Usted qué opina?

- David Davis, el “bastardo encantador” que sacará a Reino Unido de la UE (El Español - **16/7/16**)

El ministro del “brexit” espera con optimismo que Bruselas le deje ganar el pulso en las negociaciones de divorcio.

(Por Pablo Mayo Cerqueiro)

“Bastardo Encantador”, “Monsieur Non” y ahora “Mr. Brexit”. David Davis (York, 1948) ha recibido varios motes durante su vida política pero el último, adquirido apenas este miércoles, define a la perfección el que será su trabajo en el nuevo Gobierno británico: sacar a Reino Unido de la Unión Europea, su dream job.

Tras entrar en el número 10 de Downing Street, Theresa May, no tardó en darle las riendas de un departamento inédito para abandonar los Veintiocho al tiempo que endosó a los también euroescépticos Boris Johnson y Liam Fox las carteras de Exteriores y la recién creada Comercio Internacional.

Aunque no está claro cómo será exactamente el reparto de competencias, tres conocidos eurófobos representarán a Reino Unido en el exterior, con Davis al frente en las negociaciones para el divorcio con Bruselas, que se anticipa difícil.

“Los va a dejar perplejos”, dice Simon Tilford, subdirector del think tank británico Center for European Reform, en referencia a los futuros compañeros europeos de Davis en la mesa de negociaciones. “Esto es lo piensa: “Aunque el resto de la UE diga que no va a darle a Reino Unido lo que quiere, acabarán haciéndolo porque nos necesitan””, afirma. “Davis no entiende las consecuencias”.

David Davis no es el típico tory. No procede de una familia pudiente y tradicional, sino que es hijo de madre soltera. Sabe lo que es vivir en una vivienda de protección oficial en el sur de Londres. A los 11 años, fue adoptado. Estudió en la Universidad de Warwick gracias a una beca militar que consiguió al pasar por el Servicio Aéreo Especial. También acudió a la Escuela de Negocios de Londres y la Universidad Harvard. Ama los deportes de riesgo y se ha roto la nariz en diversas ocasiones.

Los nombres “Bastardo Encantador” y “Monsieur Non” se los ganó como responsable para Europa del Ministerio de Exteriores entre 1994 y 1997, en el Gobierno de John Major. “Intenté rechazar la oferta de convertirme en un ministro del Ministerio de Exteriores. Le dije a John Major: “Soy tu ministro más euroescéptico”. Y después de pasarse dos horas intentando encontrar a otro finalmente me dijo: “No, tú harás el trabajo””, contó al Yorkshire Post.

La etiqueta de “Bastardo Encantador” llegó a la prensa británica de la boca de un antiguo jefe diplomático portugués, quien también dijo que “David es el maestro de la obstrucción constructiva”.

Ahora, la UE tendrá que lidiar de nuevo con Davis, quien ha dejado claro en un artículo publicado este jueves en la web ConservativeHome que se tomará su tiempo para invocar el Artículo 50 -que inicia el proceso de divorcio- y que confía en que los futuros Veintisiete permitan a Reino Unido acceder al mercado comunitario. Bruselas ha advertido repetidamente, sin embargo, de que sin libre circulación de personas, no habrá acceso para Londres al mercado único.

“El resultado ideal -y a mi forma de ver el más probable después de mucho pelear- es un acceso continuado libre de tarifas. Una vez que las naciones europeas se den cuenta de que no vamos a cambiar de opinión sobre controlar nuestras fronteras, querrán hablar por su propio interés”, escribe. Por otro lado, la idea de tomarse un tiempo para comenzar las negociaciones de divorcio responde a la “remota” posibilidad de que la UE sea “irracional” y adopte una postura dura con Reino Unido. Así Londres, explica, podría prepararse para lo peor.

“Creo que la estrategia de Theresa May es confrontar a los líderes del brexit con la realidad del brexit para que entiendan, junto con los conservadores euroescépticos en general, que habrá que hacer sacrificios muy serios”, asegura Tilford acerca de la decisión de May de situar a Davis, Johnson y Fox en posiciones clave para la salida de Reino Unido de la UE. “No creo que vaya a ser un proceso feliz. La cuestión es cómo va a reaccionar Davis cuando se enfrente a la realidad política”.

Para el profesor de Política Comparada Robin Pettitt, del Kingston University de Londres, May podría buscar lavarse las manos si las cosas van mal. “Es una señal de que ella se toma en serio el brexit y puede ser que, si las negociaciones culminan en algo peor que lo les gustaría a los euroescépticos, Theresa May pueda decir: 'Esto es cuanto pudimos hacer, teníamos a David Davis dirigiendo las negociaciones, por lo que conseguimos lo mejor que podíamos obtener”, afirma. “Es una especie de póliza de seguros”.

Pero los expertos consideran que, pese a su euroescepticismo, Davis no es tan ideológico como otros brexiteers. Y aunque lo sitúan en la derecha del Partido Conservador, su defensa de las libertades civiles y su animadversión hacia el aumento del poder del Estado lo distancia de algunos de sus compañeros y, en concreto, de Theresa May.

A modo de protesta, el ministro del brexit anunció en 2008 su dimisión como parlamentario. Le enojaba una propuesta legislativa que permitía que los sospechosos de terrorismo pudieran ser detenidos durante 42 días sin presentar cargos. Luego volvió a ganar su escaño con 72% de los votos, recuerda la BBC. Al dejar Westminster, también abandonó su puesto como responsable de Interior de David Cameron, que en aquel entonces se encontraba en la oposición. Davis se enfrentó al ahora ex primer ministro británico en la pugna por liderar el Partido Conservador y tras perder se unió a Cameron en su “gabinete en la sombra”.

En 2012, “Mr. Brexit” se alió con Mr. Bean -esto es, con Rowan Atkinson, el actor que lo interpreta- para cargar contra la Ley de Orden Público de 1986 que “criminaliza muchos insultos comunes y es absurda y desproporcionada”. Un estudiante había sido arrestado por llamar “gay” al caballo de un policía. Más recientemente, se ha enfrentado a la vigilancia de los ciudadanos por parte del Estado.

“En muchos aspectos se encuentra en la derecha del partido, pero está bastante a favor de las libertades civiles, lo que es bastante inusual en alguien en la derecha”, dice Pettitt. “Es una combinación interesante de cosas, porque es bastante de derechas en algunas cosas y bastante progresista en otras”.

- Cuatro escenarios tras el Brexit (Expansión - FT - **23/7/16**)

(Por Alex Barker - Financial Times)

Las posibilidades que se abren ante el Brexit sólo pasan por cuatro vías distintas: un divorcio hostil de la Unión Europea, una ruptura limpia, una transición amistosa, y un cambio de rumbo.

¿Dónde terminará el camino que conduce al Brexit? La primera ministra británica, Theresa May, viajó el miércoles a Berlín para reunirse con la canciller alemana Angela Merkel, la primera parada de un viaje político cuyo destino final sigue siendo incierto.

Son varias las posibles opciones. El problema es que ni las autoridades británicas ni Bruselas confían en que vayan a funcionar. Seguramente, el Brexit acabará teniendo un único resultado.

A continuación exponemos cuatro de los escenarios posibles: un divorcio hostil, una ruptura limpia, una transición amistosa y un cambio de rumbo, en el que se consiga evitar el Brexit.

**1 Divorcio hostil**. Primera hipótesis: las conversaciones fracasan. Reino Unido sale de la UE con los mínimos acuerdos posibles, perdiendo casi todos sus privilegios de acceso preferente al mercado único de la UE. Entre las tensiones por las demoras en Reino y las demandas de la UE al país, Londres podría amenazar con convertirse en un centro de operaciones global con una fiscalidad favorable. May no es partidaria de esta opción, pero las autoridades de Londres y Bruselas no la descartan. Hay quien defiende una ruptura rápida, sobre todo si permite que Reino Unido establezca sus normas y un sistema fiscal que atraiga a las empresas de todo el mundo a la City. David Davis, ministro del Brexit, se ha mostrado convencido de que será capaz de crear una gran zona comercial que tenga un tamaño “diez veces superior” a la UE.

**2 Ruptura limpia**. Aunque las relaciones entre Reino Unido y la UE son tensas, son lo suficientemente sólidas para conseguir una transición arancelaria y llegar a un acuerdo comercial.

Este supuesto da por hecho que el precio de un acuerdo ambicioso UE-Reino Unido sería muy difícil de cumplir por problemas relacionados con la soberanía y la inmigración, aunque los políticos siguen mostrando disposición a alcanzar un acuerdo comercial favorable. Los servicios financieros británicos perderían el derecho a vender productos y captar fondos en el mercado único.

Este escenario incluye dos líneas rojas políticas. La necesidad de Reino Unido de establecer controles a la inmigración frente al libre movimiento de personas que defiende la UE. Los acuerdos de transición son posibles. La UE defiende un modelo en el que ambas partes están de acuerdo en no aumentar las tarifas de mercancías. El sector servicios es más vulnerable.

**3 Transición amistosa**. Las negociaciones son difíciles pero amistosas; se minimizan los problemas; los cambios son graduales. Reino Unido sigue en el mercado único, pero se ajustan los términos. La parte a favor del Brexit queda satisfecha con un mayor control en ciertas áreas. La UE acepta una restricción en la entrada de trabajadores a sectores saturados y Reino Unido renuncia a su influencia en las normas de la UE. La condición que permite a los bancos operar en cualquier país pierde valor. Londres sigue contribuyendo al presupuesto de la UE, pero en menor medida.

**4 Cambio de rumbo**. Reino Unido se acoge al artículo 50 del Tratado de la UE, conocido como la “cláusula de retirada”, pero abandona el proceso antes de tiempo, por lo que continúa siendo miembro de la UE. Este argumento depende de que se produzca un giro en la política británica. Además, la política de la UE podría cambiar drásticamente, lo que haría que los términos para ser miembro de la UE, o incluso para ser “miembro asociado”, fueran más atractivos para Reino Unido. Esto depende de los políticos. May ha afirmado que “Brexit significa Brexit” y sería demasiado osado por su parte decidir quedarse en la UE sin contar con los votantes. Pero se trata de un proceso largo y desconocido. Probablemente, la opción de permanecer en la UE continúe hasta finales de 2018 o 2019, incluso después de acogerse al artículo 50. Para entonces, Europa habrá vivido elecciones en Francia, Alemania, Holanda y Austria, lo que podría dar un vuelco a la política del continente.

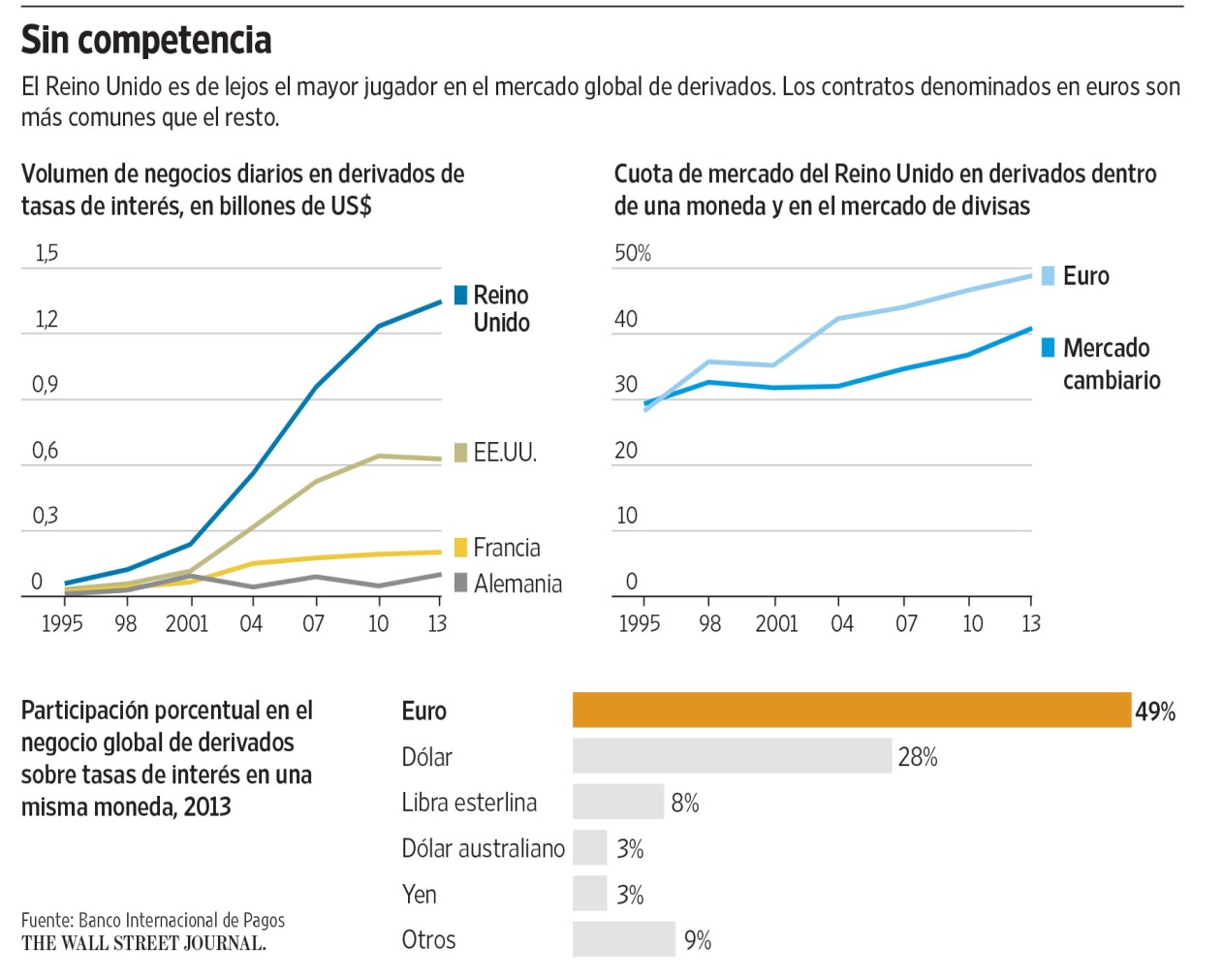
- El “brexit” desafía el dominio de Londres en el mercado de derivados (The Wall Street Journal - **1/8/16**)

(Por Mike Bird)

Londres es uno de los principales mercados para el oro, el petróleo y los bonos. En los derivados, sin embargo, su poderío no tiene rival, y es eso lo que la salida británica de la Unión Europea, un proceso conocido como brexit, pondrá a prueba.

De los cerca de US$ 9,4 billones que se transan a diario en contratos de derivados y que monitorea el Banco de Pagos Internacionales, 43% tiene lugar en el Reino Unido. Y no es porque estén denominados en libras esterlinas, ya que los operadores británicos manejan cuatro veces los derivados en euros que gestionan Francia y Alemania combinados.

El brexit, no obstante, puede desafiar una posición que Londres ha forjado durante más de 50 años como el mejor lugar para transar y liquidar transacciones financieras, sin importar la divisa.



La capacidad de la capital inglesa para superar el desafío dependerá en parte de las negociaciones políticas entre el Reino Unido y la UE y en parte de si el resto de Europa puede, o siquiera aspira a, destronarla.

“Nunca nos ha tocado ponerlo a prueba porque Londres ha sido el punto de referencia natural para la industria de servicios financieros en Europa”, señala Nathaniel Lalone, socio de la firma de abogados Katten Muchin Rosenman, que se especializa en mercados financieros.

Un vistazo de cerca a los US$ 553 billones en derivados financieros que se transan cada año en mercados, en lugar de entre dos partes privadas, deja de manifiesto las dificultades de trasladarlos de Londres a otro sitio. Los derivados son productos financieros que obtienen su valor de un activo relacionado, como las opciones para vender una acción o un bono, o contratos que dependen de variables más exóticas, como los cambios en el clima.

Una de las partes podría acordar pagar si, por ejemplo, cambian las tasas de interés. Algunos derivados contienen características típicas y se pueden negociar en una bolsa, como si fueran acciones. La mayoría, no obstante, son contratos entre diferentes partes. Muchos derivados son liquidados por cámaras de compensación, que sirven como intermediarios y tienen que pagar la cuenta en caso de que una de las partes no cumpla lo que prometió en el contrato.

Londres tiene la mayor cámara de compensación de derivados, LCH por sus siglas en inglés. La entidad que pertenece a la Bolsa de Valores de Londres y está ubicada en la capital inglesa, liquida diariamente alrededor de 390.000 millones de euros (US$ 431.000 millones) en permutas financieras o swaps de tasas de interés denominadas en euros.

El dominio de Londres de los servicios financieros en euros ha frustrado a los países de Europa continental desde hace años debido a que el Reino Unido ni siquiera forma parte de la zona euro. El Banco Central Europeo trató de exigir que las cámaras de compensación que procesan transacciones de activos denominados en euros estén ubicadas en la zona euro, pero el gobierno británico acudió a los tribunales para bloquear el intento y ganó el caso.

Cuando el papel que la libra esterlina todavía tenía en las finanzas globales se evaporó tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el centro financiero londinense también declinó. A fines de los años 50, no obstante, Londres aprovechó el ascenso de una nueva moneda global, el dólar, y pasó a ser el destino obligatorio de todas las empresas que querían guardar sus ganancias en dólares, a menudo para escapar de los reguladores estadounidenses.

En los años 90, Londres plantó su bandera en el pujante negocio de los derivados. La llegada del euro, en reemplazo de monedas como el marco alemán, la lira italiana y la peseta española, ayudó a consolidar los servicios financieros europeos con Londres como su eje. La participación londinense en el mercado de derivados de tasas de interés rondó 50% en 2013, según el Banco de Pagos Internacionales.

El otro gran mercado de derivados está denominado en dólares y sería difícil destronar a Nueva York, reconoce Chris Martin, profesor de Economía en la Universidad de Bath, en el Reino Unido.

Puesto que el Reino Unido sigue siendo miembro de la UE, los bancos domiciliados en Gran Bretaña pueden operar en los 31 países que conforman el bloque y el Área Económica Europea sin estar sujetos a la regulación local en cada país en el que venden valores. El llamado pasaporte permite que la subsidiaria londinense de un banco estadounidense pueda vender swaps de tasas de interés en los diferentes países europeos sin tener que preocuparse de las regulaciones y requisitos de licencia de cada jurisdicción.

El Reino Unido cuenta con 2.070 firmas de inversión que utilizan estos pasaportes, comparado con 703 en los 27 miembros restantes de la UE combinados, según la Autoridad Bancaria Europea. El pasaporte ha sido desde hace mucho un elemento de vital importancia. En 1990, [Deutsche Terminborse](http://quotes.wsj.com/DBOEF), que ahora es parte de Deutsche Börse AG, usó una plataforma electrónica de menor costo para devolver a Fráncfort la negociación de futuros en bonos del gobierno alemán, conocidos como bunds, que se transaban en Londres.

La cantidad de contratos a futuros de bunds negociados en Londres cayó de 45 millones en 1997 a cero en 1999, según Marc Levinson, economista especializado en mercados. Pero a pesar de que las transacciones se trasladaron a Fráncfort, los operadores que las ejecutaban siguieron en Londres gracias al uso de los pasaportes.

- Reino Unido activará el Artículo 50 antes de las elecciones alemanas de septiembre de 2017 (El Economista - **2/10/16**)

La primera ministra británica, Theresa May, ha afirmado que su Gobierno activará el Artículo 50 del Tratado de Lisboa para salir de la UE antes de las elecciones legislativas alemanas, previstas para septiembre de 2017.

En una entrevista que se publica este domingo en “The Sunday Times” May ha señalado esa fecha como límite para iniciar formalmente el “Brexit”, aunque ha descartado la convocatoria de elecciones anticipadas, puesto que provocaría “inestabilidad”.

En cambio, la primera ministra ha señalado que revocará la Ley de las Comunidades Europeas de 1972 que supuso el ingreso de Reino Unido en lo que se ha convertido más tarde en la UE. “Vamos a presentar en el próximo discurso de la Reina una Gran Ley de Derogación que eliminará la Ley de las Comunidades Europeas del libro de estatutos”, ha afirmado May.

Esta derogación se aprobaría antes de la salida formal de Reino Unido de la UE, aunque entraría en vigor el mismo día que se saliera formalmente de la UE, ha explicado May en la entrevista.

“Este paso supone la primera fase para que Reino Unido vuelva a ser un país soberano e independiente. Devolverá poderes y autoridad a las instituciones electas de nuestro país. Significa que la autoridad de la ley de la UE en Reino Unido va a terminar”, ha añadido.

Por su parte, el ministro del “Brexit”, David Davis, sostiene que los derechos laborales seguirán protegidos cuando el país salga de la UE. “A quienes están intentando asustar a los trabajadores británicos diciéndoles que cuando salgamos habrá menos derechos laborales, les digo firme e inequívocamente que no será así”, afirmará Davis en un acto del Partido Conservador, según recoge el diario “Telegraph”.

Además explicará que toda la normativa comunitaria será trasladada a la legislación británica el mismo día que el país abandone la UE y que cualquier cambio será responsabilidad posterior de los políticos británicos. Sí se eliminará cualquier ley que sea perjudicial para el país.

- La estrategia de Reino Unido que esconde el calendario del Brexit (El Confidencial - **6/10/16**)

Reino Unido puede sacar provecho de los desafíos electorales de Merkel y Hollande para impulsar un acuerdo por la vía rápida que éstos aceptarían con esperanzas de ser reelegidos

(Por Celia Maza)

Theresa May ya ha movido la primera ficha. La “premier” ha anunciado que activará el artículo 50 del Tratado de Lisboa antes de que finalice marzo del próximo año. Será entonces cuando comiencen formalmente los dos años que marca el protocolo para definir el divorcio con Bruselas. No ha dado más detalles. “En cualquier negociación es contraproducente que alguna de las dos partes vaticine resultados o enseñe sus mejores cartas antes de sentarse a la mesa”, se limitó a decir. No le falta razón. Pero, estratégicamente, el calendario también ha de tenerse en cuenta.

En este sentido, el hecho de que Francia y Alemania, las dos plazas claves del club comunitario, vayan a celebrar elecciones en abril y septiembre de 2017 podría ser crucial para el reto más importante de la historia de la UE. Por no hablar de los comicios al parlamento europeo (2019) y las generales del Reino Unido (2020). De ahí tan importante empezar la partida a finales de marzo. La pregunta es: ¿a quién beneficia y a quién perjudica esta fecha?

La cuestión se debate a ambos lados del Canal de la Mancha y se ha convertido en la comidilla en Birmingham, donde May clausuró este miércoles el congreso anual del Partido Conservador. Históricamente, el discurso del líder es el que acapara titulares, sobre todo teniendo en cuenta de que se trata de su primera intervención en esta cita convertida en primera ministra. Pero no es el caso. A fin de calmar el apetito de los euroescépticos, la premier anunció la fecha el domingo, el mismo día que comenzaba la conferencia, lo que se ha interpretado como un signo de que apostará finalmente por el “Brexit duro”, sacando al país del mercado común.

La formación vuelve a estar dividida. Mientras unos consideran que las elecciones francesas y alemanas pueden jugar a favor, otros consideran que lo harán en contra. La preocupación va más allá de las filas “tories”. El propio alcalde de Londres, el laborista Sadiq Khan -que quiere conseguir una visa especial para aquellos que quieran trabajar y vivir en la capital británica- ha señalado que habría que esperar para que los líderes europeos tengan “una visión más a largo plazo” y no se sientan presionados a corto plazo para ganar votantes. “Además, no tiene sentido empezar las negociaciones cuando ni siquiera sabes quién serán el interlocutor”, matiza.

Tim Knox, director del Think Tank Centre for Policy Studies, asegura sin embargo que la cita con las urnas en estos dos países “beneficiará los intereses británicos”. “Ni Angela Merkel y ni Francois Hollande podrán ser especialmente duros con Reino Unido durante la campaña electoral. Amenazar, por ejemplo, con el tema de las exportaciones afectaría a sus propios votantes, así que es un escenario que nos beneficia”, matiza a El Confidencial.

Según el experto, si amenazaran con imponer tarifas, se enfrentarían a las críticas de sus propias empresas y sindicatos, que advierten sobre las consecuencias que esto podría ocasionar en los vinos y quesos franceses o en los coches alemanes que se venden al otro lado del canal. Se trata de los mismos argumentos defendidos estos días en Birmingham por, entre otros, John Alan Redwood. El que fuera ministro con John Major sugiere que Reino Unido puede sacar provecho de sus desafíos electorales nacionales para impulsar un acuerdo por la vía rápida que éstos aceptarían con esperanzas de ser reelegidos.

Desde Bruselas se pone en duda. Sobre todo en caso de Hollande, uno de los más críticos con Londres. El presidente francés tiene además el reto añadido del Frente Nacional. La ultraderechista Marine Le Pen ya ha entrado en campaña pidiendo otro referéndum europeo en su país. En este sentido, Hollande podría ser especialmente duro durante las negociaciones del Brexit para dejar claro que “dentro se está mejor que fuera”. Pero, tal y como explica Vincenzo Scarpetta, del influyente Think Tank Open Europe, tiene que ser “cauto”, ya que “exagerar con este asunto podría llegar a ser contraproducente”. “Se estarían dando argumentos a favor del Frente Nacional, ya que, los utilizaría para defender su mensaje de que la UE es antidemocrática y castiga a aquellos que se van”, matiza a este diario.

Según el experto, que las elecciones francesas y alemanas tengan lugar el próximo año “complicará las cosas a corto plazo”. “No habrá un interlocutor claro. Parece que Merkel podrá conseguir otro mandato, pero con Francia las cosas son más impredecibles. Tanto París como Berlín van a tener menos tiempo de ocuparse de las negociaciones del Brexit, pero lo que está claro es que no van a estar ausentes”, matiza. Herman Van Rompuy, el que fuera presidente del Consejo Europeo, ha destacado que, pese a que las reuniones sobre las líneas generales de un acuerdo empezarán tan pronto como Londres solicite el artículo 50, “el núcleo duro”, los “temas más difíciles” no se pondrán encima de la mesa hasta que no se haya formado el nuevo gobierno francés y alemán y eso “será a finales del próximo año”.

Los eurófilos aseguran que el primer año de negociaciones está, por tanto, perdido. Pero el reloj de arena no preocupa a los euroescépticos, que insisten en que los líderes europeos son los primeros interesados en llegar a un acuerdo, ya que de otra manera se crearía el ridículo escenario donde Reino Unido tendría que elegir a sus representantes para elecciones europeas de 2019 mientras negocia precisamente su salida del club. El negociador del Parlamento Europeo para el Brexit, Guy Verhofstadt, les ha venido a dar la razón al asegurar que el “Brexit debe producirse antes de 2019, cuando la política de la UE inicie un nuevo ciclo y el Parlamento Europeo comience un nuevo mandato”.

Por último se plantea otro gran dilema. Reino Unido celebrará en 2020 las generales y muchos se preguntan qué autoridad puede tener un gobierno que está terminando un mandato para cerrar uno de los acuerdos más importantes para la historia del país. Se puede ir un paso más, ¿qué autoridad puede tener un gobierno en estas circunstancias que además es liderado por una primera ministra que no ha sido electa en las urnas? May ha descartado elecciones anticipadas para evitar precisamente más incertidumbre. Pero si quiere pasar su primer examen en las urnas, para 2020 habrá tenido que garantizar el Brexit, ya que solo de esta manera podrá presentarse ante su electorado con unos resultados concretos.

- Theresa May cancela la rebaja de Sociedades al 15% y carga contra la “derecha liberal” (Libertad Digital - **6/10/16**)

(Por Diego Sánchez de la Cruz)

May criticó a quienes “ven al gobierno como un problema” y cargó contra las empresas que “usan las leyes fiscales” para pagar menos a Hacienda.

Ya lo decíamos en julio. **Libre Mercado** denunciaba entonces que “Theresa May se estrenó como nueva primera ministra de Gran Bretaña [adelantando por la izquierda a los laboristas](http://www.libremercado.com/2016-07-11/theresa-may-se-estrena-adelantando-por-la-izquierda-a-los-laboristas-1276578225/) y proponiendo diversas **medidas intervencionistas orientadas a reducir la desigualdad”.** Con el paso del tiempo, la sucesora de David Cameron empieza a confirmar algunos de estos temores.

Esta semana, sin ir más lejos, está previsto que la dirigente tory se alinee públicamente con los sectores de su partido más **partidarios de restringir la inmigración**. En su discurso anual ante el Partido Conservador, la primera ministra tiene previsto cargar contra los “políticos y comentaristas que se escandalizan ante el patriotismo de quienes votaron por el Brexit preocupados por la inmigración”. De hecho, también esta semana hemos conocido que [el ministerio de Interior estudia exigir a las empresas que comuniquen públicamente cuántos trabajadores extranjeros tienen en nómina](http://www.telegraph.co.uk/news/2016/10/04/jeremy-hunt-nhs-doctors-theresa-may-conservative-conference-live/).

En su discurso, May también se colocó en un centrismo ambiguo, criticando “el marco ideológico de la izquierda socialista y la derecha liberal”. La primera ministra criticó a quienes “ven al gobierno como un problema” y cargó contra las empresas que “usan las leyes fiscales” para **pagar menos a Hacienda.** El New Statesman, una de las publicaciones de referencia de la izquierda, ya ha señalado que este “discurso estatista debe preocupar al Partido Laborista”, pues les arrebata parte de sus mensajes fuertes”.

May también está dispuesta a cambiar los órganos de gobierno de las grandes empresas británicas. Su plan **ha dejado en fuera de juego a la izquierda**, ya que la primera ministra ha ido tan lejos que pretende imponer por ley que representantes de los trabajadores y los consumidores se sienten obligatoriamente en los consejos de administración.

### Una agenda difusa

**Mark Littlewood**, director del Institute of Economic Affairs, [lo tiene claro](https://iea.org.uk/media/overspending-should-not-be-the-new-normal/): “El gobierno de Theresa May habla mucho de gestionar la economía con prudencia, pero lo cierto es que el Reino Unido se está convirtiendo en un país de excesivo gasto público y excesivo endeudamiento estatal. En la OCDE, somos ya el quinto país con un mayor descuadre presupuestario, solo por detrás de Grecia, Japón, Portugal y España. Ilusiona que se hable de usar el Brexit para relanzar nuestra economía y mejorar la productividad, pero hay que ser austeros y vivir dentro de nuestras posibilidades”.

El encargado de controlar el déficit es **Philip Hammond**, que sustituye a George Osborne como encargado de las finanzas públicas de las islas. Una de sus primeras decisiones ha sido suspender el programa “Help to buy”, con el que [el gobierno británico comprometía ayudas y garantías orientadas a facilitar la compra de vivienda](http://www.libremercado.com/2013-04-23/reino-unido-resucita-la-pesadilla-de-las-hipotecas-subprime-1276487356/).

Sin embargo, Hammond también **ha descartado la rebaja del Impuesto de Sociedades al 15%** que había planteado George Osborne como palanca para adaptarse a la salida de la Unión Europea. Si en las filas liberales del Partido Conservador esta propuesta había generado entusiasmo, el “no” de Hammond ha sido un auténtico jarro de agua fría.

- Boris Johnson: “El Brexit provocaría un shock económico y podría conducir a la ruptura del país” (Libertad Digital - **16/10/16**)

El ministro de Asuntos Exteriores escribió una columna a favor de la permanencia en la UE dos días antes iniciar la campaña por el Brexit.

Dos días antes de mostrarse públicamente como firme partidario del Brexit, Boris Johnson, uno de los líderes de la campaña para salir de la UE, advirtió de que la salida del Reino Unido de la Unión Europea provocaría un “shock económico y podría conducir a la ruptura del país”. En una columna secreta nunca publicada por el Daily Telegraph, Johnson alertaba de que el Brexit podría conducir a una crisis económica, la independencia de Escocia y la agresión rusa.

La columna secreta recoge multitud de argumentos contrarios a la postura que Johnson defendió en campaña y defiende ahora como ministro de Asuntos Exteriores y responsable de la negociación de las condiciones de la salida del Reino Unido de la UE. El texto ha salido a la luz gracias a un artículo que aparece este domingo en The Sunday Times con motivo de la publicación del libro All out war, escrito por el editor político de The Times, Tim Shipman.

Relata Shipman que Boris Johnson redactó un primer texto en el que argumentaba sus razones para que Gran Bretaña abandonase la Unión Europea. Con el objetivo de aclarar sus ideas, escribió una segunda columna en la que defendía las tesis a favor de la permanencia, pero finalmente ordenó que se publicase la primera versión. Y todo esto sucedió el 19 de febrero, tan sólo dos días antes de iniciar su campaña pública por el Brexit sorprendiendo al por aquel entonces primer ministro David Cameron.

El temor a abandonar el mercado común preocupaba especialmente a Johnson que llegaba a argumentar en su columna: “Estamos ante un enorme mercado a las puertas de nuestra casa y las firmas británicas tienen que explotarlo aún más: la tasa que tenemos que pagar es pequeña comparada con todo lo que ganamos con el acceso ¿Por qué vamos darle la espalda?”.

El libro All out war también desvela otras anécdotas curiosas como que Boris Johnson quiso darle un puñetazo al titular de Justicia, Michael Gove, después de que éste intentase disculparse por haberle apuñalado la misma mañana en que Johnson se presentaba como candidato para suceder a Cameron. Su autor, Shipman, descarta que la campaña a favor del Brexit de Johnson estuviese únicamente motivada por la ambición de ser primer ministro. De hecho, su jefe de campaña, Ben Wallace, le advierte: “Si te asocian con Nigel Farage y con los conservadores del ala dura, te van a acabar viendo al frente de un plantel de payasos... Pero si gana la salida de la UE, serás el amo”.

- La hoguera de las certidumbres (Expansión - FT - **9/11/16**)

(Por John Authers - Financial Times)

Junto con el voto del Brexit de junio, la reacción política que muchos pensaron llegaría en 2009 se ha hecho realidad.

Al igual que Reino Unido, EEUU ha optado por invertir el proceso de globalización. Francia, Alemania e Italia tienen una oportunidad de cambiar su statu quo en las elecciones de los próximos meses.

**Entre las certezas que tranquilizaron a inversores y financieros desde la era de Thatcher y Reagan y que ahora se cuestionan, están el compromiso con el libre comercio, los bancos centrales independientes, una versión financializada del capitalismo y unas redes de protección social relativamente limitadas.**

Aunque muchos de los que votaron a favor del Brexit y de Donald Trump sienten una profunda desconfianza de los gobiernos, el resultado más probable serán administraciones más intervencionistas.

El carácter imprevisible de Trump añade un componente de incertidumbre. Como dijo en vano el presidente Barack Obama, “me preocupa que alguien que no puede manejar su propia cuenta de Twitter, tenga el mando de los códigos nucleares”. Esta incertidumbre sin duda afectará a los precios de los activos y a la confianza.

A grandes rasgos, el resultado no debería haber sido una sorpresa. En 2008, cuando estalló la crisis financiera, muchos pensaron que se desencadenaría una crisis política. Sorprendentemente, el desenlace se ha aplazado hasta ahora.

Culpar a los banqueros centrales, como han hecho muchos responsables de las revueltas populistas que han tenido lugar en EEUU y Reino Unido es no entender nada de lo que está pasando.

Las políticas de relajación monetaria de los últimos ocho años han acentuado la desigualdad y no han servido para impulsar las economías estadounidense y británica. Pero los banqueros centrales siguieron estas políticas para dar tiempo a los políticos. Las medidas más importantes, como inversiones en infraestructuras y reformas estructurales no se han llevado a cabo. Y los bancos centrales dan la impresión de estar cada vez más incómodos en su nuevo papel.

En los próximos días, seguramente asistamos a una repetición de las reacciones que siguieron al Brexit. Se espera que haya ventas masivas de activos estadounidenses, a las que seguirán los posteriores repuntes. Los mercados emergentes serán los más afectados debido a su dependencia comercial.

Ahora que parecían estar a punto de iniciar su recuperación, esta se vuelve a cuestionar. Los mercados suelen excederse en su reacción, lo que sin duda dará lugar a buenas oportunidades de compra. Sólo cuando Trump tome posesión del cargo, se marcará un rumbo claro. El primer asunto de la agenda será la Reserva Federal.

Las ventas de los mercados deberían llevar a la Fed a aplazar la subida de tipos del mes que viene.

Un intento de obstaculizar la independencia de la Fed, o una salida de la presidenta Janet Yellen, podría crear alarma.

Lo demás queda de la mano del presidente Trump. El abanico de resultados es enorme. Una agresiva expansión fiscal podría aumentar la inflación, como también podría animar a los mercados de activos.

Por otra parte, la guerra arancelaria que Donald Trump prometió durante la campaña afectaría negativamente a los mercados de capital y éste es un aspecto en el que el presidente tiene un gran margen de acción.

En términos históricos, las posibilidades van desde los primeros años de Reagan -cuando el mercado alcista echó raíces-, a la desastrosa ley arancelaria de Smoot-Hawley que siguió a la crisis de 1929.

De lo que no hay duda es que la volatilidad será extrema. A medida que desaparece la certidumbre, estas elecciones irán marcando el triunfo de los pesimistas en el mercado.

- Una mentalidad que augura una salida desordenada de la UE (Expansión - FT - **11/1/17**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

Chris Patten declaró una vez que a pesar de que el Reino Unido llevaba décadas formando parte de la UE, nunca había pertenecido realmente a ella.

Creo que lo que el antiguo ministro del gabinete conservador y antiguo comisario europeo quería decir es que el país nunca había comprendido correctamente la psicología de la integración europea.

Para Francia, Alemania, Italia y el resto de miembros, la unión era un proyecto político con raíces emocionales más profundas que la justificación económica. Para los británicos era una transacción comercial: un club al que se unieron a la fuerza por las circunstancias de precariedad económica, más que por motivos políticos.

La dimisión de Sir Ivan Rogers como representante permanente o embajador del Reino Unido en Bruselas indica que, incluso cuando el país se está preparando para salir de la UE, nada ha cambiado. Una mentalidad que ha afectado negativamente a los alrededor de 40 años de pertenencia del Reino Unido a la UE ahora está en contra de una salida ordenada. El contenido de la carta de dimisión de Sir Ivan muestra claramente su profunda preocupación de que el proceso de lugar a un choque frontal de trenes.

La interpretación incorrecta del objetivo político de la UE por los políticos de Westminster ha dado lugar a que siempre hayan estado convencidos de que el proyecto estaba destinado a fracasar en algún momento. Cuando los seis miembros fundadores se reunieron en Messina en 1955, el canciller Rab Butler señaló despectivamente que el proyecto no era más que “unas excavaciones arqueológicas” en una antigua ciudad siciliana.

Cada paso adelante hacia la integración ha sido recibido con un desprecio similar y con el reconocimiento posterior de que el Reino Unido no podía permitirse quedarse demasiado atrás. Incluso ahora, muchos partidarios del Brexit afirman que van a dejar un barco que se está hundiendo.

Durante todo este tiempo, los políticos británicos han subestimado constantemente la fortaleza y la importancia de la asociación franco-alemana. He renunciado a contar el número de veces que estos políticos (tanto laboristas como conservadores) me han dicho que como los alemanes son europeos del norte y partidarios del libre mercado, se les podía alejar de París. Pero cada intento ha resultado un fracaso, como el ex primer ministro David Cameron descubrió en sus numerosos esfuerzos por ganarse a la canciller Angela Merkel.

Para Merkel, al igual que para sus predecesores, la unión es un emblema de los valores europeos. Es un proyecto basado en la paz, la estabilidad y la democracia del continente y que garantiza la ruptura de Alemania con su pasado. Tal vez más que otros líderes europeos, Merkel quiere una despedida amistosa del Reino Unido. Pero si tuviera que elegir, su preferencia estaría clara: lo más importante es la alianza con Francia y la coherencia de la UE.

El pecado de Sir Ivan fue decir la verdad al poder. Una de las frases llamativas en su carta es la admisión -que suena más como una queja- de que menos de tres meses antes de que se cumpla la fecha en que expira el plazo autoimpuesto para aplicar el artículo 50, Theresa May aún tiene que decidir cuáles son sus objetivos principales en la negociación. ¿La primera ministra ha decidido que el Reino Unido debe abandonar el mercado único? ¿Cuánto control nacional quiere sobre la inmigración? ¿Puede el país permanecer en la unión aduanera? ¿Va a seguir contribuyendo al presupuesto de Bruselas?

May ha prometido que dará respuestas a estas preguntas, pero los antiguos compañeros de Sir Ivan en Whitehall no las esperan con ansiedad. El “plan” británico que surja tras meses de análisis y discusiones probablemente estará muy lejano de las duras verdades que Sir Ivan ha querido transmitir. Por ejemplo, ante la disyuntiva entre la repatriación de los controles de inmigración y el acceso privilegiado al mercado único, la reacción de la primera ministra ha sido simplemente indicar que no existe tal opción binaria. Gran Bretaña, insiste, negociará un acuerdo a la medida.

Con su seriedad característica, Boris Johnson, el ministro de asuntos exteriores, ha dicho que el Reino Unido “va a conseguir todo lo que quiere”. Al parecer, los otros 27 gobiernos de la UE tendrán que contentarse con las migajas. Esta idea de negarse a aceptar condiciones era la que Sir Ivan trató de eliminar al informar de algunas de las verdades “desagradables” que surgieron en sus conversaciones en Bruselas. Instó a los funcionarios públicos a seguir proporcionando al gobierno informes “sin adornos” sobre lo que opinan los otros dirigentes europeos.

Los políticos británicos pueden elaborar cualquier número de planes de exenciones, inclusiones y privilegios especiales. Pero como están alejados de la realidad, es poco probable que sus planes sobrevivan en el primer contacto con sus socios en la negociación. Pero a pesar de ello, Johnson proclama que todo saldrá bien: los 27 darán al Reino Unido lo que quiere por su propio interés personal, para salvaguardar las importaciones británicas de vinos italianos, coches alemanes de lujo y champán francés.

Este planteamiento tiene dos errores claros: el primero es que el Reino Unido es un mercado mucho más pequeño para la UE que la UE lo es para el Reino Unido; el segundo es la lección no aprendida de que la mayoría del resto de europeos no ven las cosas a través de la misma lente comercial. La UE tiene un significado y un propósito que va más allá de la exportación de botellas de champán y coches caros.

Sir Ivan recomendó encarecidamente a May que no fijara una fecha límite para el inicio de las conversaciones sobre el artículo 50 y le advirtió que si la fijaba renunciaría a muchas de las ventajas del Reino Unido. Una vez que el reloj se ponga en marcha, pronto quedará claro qué parte tiene más que perder a causa de la ruptura. Pero la primera ministra no le hizo caso: quería tener algo que decir en la conferencia Tory, y eso fue un error que le puede resultar muy caro. Si se obceca en su opinión y dice a sus socios que el Reino Unido sabe lo que es mejor para ellos, las consecuencias serán fatales.

- Trump dice que ofrecerá un acuerdo comercial al Reino Unido tras el “brexit” (The Wall Street Journal - **16/1/17**)

(Por Nicholas Winning)

Londres (EFE Dow Jones).- Donald Trump ofrecerá a Reino Unido un acuerdo comercial rápido y justo, según afirmó el presidente electo de Estados Unidos en una entrevista con el diario The Times publicada el domingo.

“Vamos a trabajar muy duro para tenerlo hecho rápido y de forma adecuada. Bueno para las dos partes”, dijo Trump, que tiene previsto reunirse con la primera ministra británica, Theresa May, poco después de instalarse en la Casa Blanca.

El gobierno británico no podrá firmar nuevos pactos comerciales bilaterales hasta que haya salido completamente de la Unión Europea, pero es libre de analizar posibles acuerdos antes de esa fecha. May ha indicado que tiene intención de iniciar a finales de marzo el proceso formal de dos años para la salida de la UE.

Trump, que tiene intereses empresariales en Reino Unido, dijo que considera que “el “Brexit” va a acabar siendo algo genial” y dio la bienvenida a la depreciación de la libra porque ayuda a incrementar el atractivo de los productos británicos en el extranjero.

El presidente electo, que tomará posesión de su nuevo cargo el viernes, agregó que entiende el sentimiento existente tras la campaña para abandonar la UE que, en su opinión, se debió fundamentalmente a la inmigración.

“Sí creo que si ellos (los países de la UE) no se hubieran visto obligados a aceptar a todos los refugiados, tantos, con todos los problemas que ello (...) conlleva, creo que no habría “Brexit”. Probablemente podría haberse solucionado, pero esto fue la gota que colmó el vaso”, señaló y predijo que otros países también abandonarán el bloque.

- May anunciará hoy una ruptura total con Europa (Cinco Días - **17/1/17**)

Anunciará que renuncia al mercado común europeo, que representa la mitad de las exportaciones británicas

La primera ministra británica, Theresa May, detallará, más de seis meses después del referéndum que dio al Ejecutivo el mandato para salir de la UE, los planes para poner en práctica el Brexit. Según las informaciones filtradas a los medios de comunicación, May prepara una ruptura en toda regla, es decir, no solicitará a los socios europeos mantener parte del acceso al mercado común.

Los planes ya fueron apuntados por la propia May este fin de semana, cuando aseguró que no querría un Brexit que deje a Reino Unido “medio dentro, medio fuera”. El discurso resaltará 12 prioridades para las negociaciones de salida, según el diario euroescéptico Daily Telegraph, entre las que estará la salida del mercado común. La primera ministra será menos clara en cuanto a los aranceles. Y seguramente exija el control completo de las fronteras, según este mismo rotativo.

La opción por el llamado “Brexit duro” ha reforzado los miedos de los inversores desde el fin de semana, con la libra de nuevo en zona de mínimos y las Bolsas perdiendo posiciones. Esta mañana el miedo inversor se refleja en el alza del precio del oro. Un Brexit por las bravas es una amenaza para el crecimiento, el comercio y el movimiento de capitales, según los expertos.

Para Reino Unido la UE representa la mitad de su mercado exportador. El final del mercado común implicará que las exportaciones estarán sujetas a regulaciones, inspecciones y aranceles. La capacidad de llevar a cabo un Brexit radical pero, a la vez, no traumático, dependerá de si se llega a un acuerdo de transición entre la salida del mercado europeo y la negociación de nuevos acuerdos comerciales.

No obstante, desde Bruselas los líderes políticos han insistido en que la libertad de movimiento de capitales y mercancías debe estar ligada a la libertad de movimiento de personas. En otras palabras, prolongar un acuerdo comercial debería implicar también prolongar un acuerdo migratorio.

- Brexit: May renuncia al mercado común pero quiere un acuerdo comercial con Europa (Cinco Días - **17/1/17**)

Anuncia que someterá al Parlamento la aprobación del “brexit”

Buscará un acuerdo comercial con Europa

La primera ministra británica, Theresa May está detallando, más de seis meses después del referéndum que dio al Ejecutivo el mandato para salir de la UE, los planes para poner en práctica el brexit. “No queremos ser un socio parcial cuando nos marchemos; nos vamos de la UE, no de Europa, y mi trabajo es conseguir el mejor acuerdo posible”, ha afirmado. Entre los primeros detalles, ha anunciado que someterá la activación del artículo 50 a la aprobación del Parlamento Europeo. Asimismo, ha asegurado que proporcionará certidumbre en el proceso, y que algunas de las competencias que recupere el Reino Unido irán a parar a los Gobiernos regionales (Gales, Escocia e Irlanda del Norte).

En este contexto, la libra esterlina recupera posiciones; casi del 2% frente al dólar y un 1% frente al euro. Desde la consulta británica del pasado mes de junio, la moneda ha perdido un 20% de su valor frente al dólar, unos niveles no vistos desde 1985.

May apuesta por un acuerdo de libre comercio con la UE que permita, entre otras cosas, la libertad de prestación de servicios financieros o la unión aduanera. “Estamos abiertos a ser un miembro asociado y a llegar a un acuerdo arancelario”, ha asegurado. “Queremos tener capacidad de negociar acuerdos comerciales. Tengo claro que no quiero que RU forma parte política comercial común pero no quiero problemas con aranceles del resto de países”, ha dicho. Además, añade que un Reino Unido fuera de la UE puede firmar acuerdos con otros países.

Sobre el periodo de transición, quiere llegar a acuerdos que eviten la incertidumbre y un vacío legal durante los alrededor de dos años que duran las negociaciones. Tanto para los negocios como para los ciudadanos de la UE y británicos expatriados. “Queremos un proceso de salida ordenado y limpio. No es un momento de hacer oposición por hacerla, sino un proceso de negociación que debe hacerse ordenado. Por eso la UE mantiene su disciplina y nosotros debemos hacerlo. Este Gobierno va a trabajar en favor de los intereses nacionales”, ha añadido. May cree que los intereses británicos encajan con los de la UE, y por eso considera el acuerdo comercial.

Para Reino Unido la UE representa la mitad de su mercado exportador. El final del mercado común implicará que las exportaciones podrán estar sujetas a regulaciones, inspecciones y aranceles. La capacidad de llevar a cabo un Brexit radical pero, a la vez, no traumático, dependerá de si se llega a un acuerdo de transición entre la salida del mercado europeo y la negociación de nuevos acuerdos comerciales. No obstante, desde Bruselas los líderes políticos han insistido en que la libertad de movimiento de capitales y mercancías debe estar ligada a la libertad de movimiento de personas.

Asimismo, ha apostado por mantener acuerdos con Europa en materia de seguridad y antiterrorismo. May ha añadido que el Reino Unido controlará la inmigración desde Europa.

“Tenemos muchos ciudadanos europeos y de todas partes del mundo. Queremos viajar, comerciar con países más allá de Europa. Ahora que nos preparamos para dejar la UE nos preparamos para la reunión de la Commonwealth y nuestras relaciones con estos países. No hemos decidido alejarnos del mundo, sino crear un Reino Unido real. No se entendió del todo por parte de nuestros aliados. Temen que sea el inicio de un problema más profundo en la UE; pero eso no beneficiaría al Reino Unido. Vamos a analizar las consecuencias de la decisión”, ha explicado. Los planes ya han sido apuntados por la propia May este fin de semana.

May tiene hasta finales de marzo para activar el artículo 50 del Tratado de la Unión, que inicia el proceso de salida. No obstante, antes de ello el Tribunal Supremo debe dictaminar si la activación de este artículo debe pasar o no por el Parlamento. Entre los planes de May también está denegar la jurisdicción de los tribunales europeos.

Hacia el final del discurso, May ha señalado que el acuerdo que propone “favorece los intereses de los británicos, de los europeos y de todo el mundo”. Y ha añadido que el “Reino Unido quiere ser un buen vecino y un buen amigo de la UE”.

- May: El Reino Unido no buscará seguir en el mercado único europeo (The Wall Street Journal - **17/1/17**)

(Por Jenny Gross y Nicholas Winning)

Londres (EFE Dow Jones).- La primera ministra británica, Theresa May, dijo el martes que el Reino Unido tiene intención de abandonar el mercado único de la Unión Europea, con lo que aclara un poco su enfoque de la relación económica futura del país con el bloque monetario.

En un discurso muy esperado, May señaló que no buscará continuar en el mercado único, sino que apuesta por un acuerdo de libre comercio ambicioso y atrevido.

La salida del mercado único generará incertidumbres para las empresas británicas que dependen del comercio con Europa, pero podría permitir al Reino Unido rechazar el principio del bloque de libertad de movimientos de los ciudadanos, que permite a los ciudadanos de la UE vivir y trabajar en Reino Unido.

“Controlaremos el número de personas que llegan a Gran Bretaña desde la UE”, dijo la mandataria.

May desea iniciar formalmente en marzo las negociaciones de la desconexión de su país del bloque, lo que dejaría para marzo de 2019 la salida de la UE. En su discurso, la Primera Ministra dijo que su gobierno someterá a votación en ambas cámaras del Parlamento el acuerdo definitivo del brexit.

Los inversionistas se han estado preparando para este discurso de May tras meses de incertidumbre en los mercados sobre el rumbo que tomará el país. La libra esterlina se ha depreciado cerca de 20% frente al dólar y muchos inversionistas temen que aún no haya descontado del todo los riesgos políticos que afronta la economía.

May resumió sus prioridades durante el discurso. Desea que el país recupere el control de sus fronteras y quiere sacar al Reino Unido de la jurisdicción del Tribunal Europeo de Justicia, al tiempo que se mantienen los buenos términos comerciales con Europa.

- 8 claves para entender el plan de Reino Unido de cara al “Brexit duro”, la salida total del país de la Unión Europea (BBCMundo - **18/1/17**)

(Por Tom Moseley)

El martes la primera ministra británica, Theresa May, reveló por primera vez algunos detalles sobre cómo Reino Unido pretende negociar su salida de la Unión Europea (UE).

En un esperado discurso en la capital británica, May anunció que su país no conservará “porciones de su membresía” a la organización una vez que salga de ésta.

Esto es lo que sabemos de lo que medios británicos han calificado como “Brexit duro” o “Brexit limpio”, al conllevar la desvinculación total de Reino Unido de las instituciones europeas.

1. Abandono del “mercado único”

Qué es:

El mercado único tiene como objetivo facilitar el comercio entre las naciones de la UE.

Permite la libre circulación de mercancías, trabajadores, servicios y capitales a través de la Unión, sin aranceles, como si todo fuera un solo país.

Mientras permanezca en la UE, Reino Unido es un miembro con pleno derecho al mercado único, y gran parte del debate del Brexit se ha centrado en lo que ocurrirá cuando salga.

Algunos países no pertenecientes a la UE, como Noruega, tienen acuerdos que les permiten participar en el mercado único, si cumplen determinadas condiciones.

Posición del gobierno británico:

Theresa May confirmó el martes que Reino Unido no puede seguir siendo miembro del mercado único después de que salga de la UE.

Dijo que esto se debía a que de seguir dentro de él, Reino Unido debería seguir aceptando las normas y reglamentos de la UE y someterse al Tribunal de Justicia Europeo.

A cambio, dijo, Reino Unido impulsará un nuevo “acuerdo de libre comercio global”, que le otorgue “el mayor acceso posible” al mercado único.

El acuerdo puede contener “elementos” de los tratados actuales, dijo, y destacó el comercio de automóviles y servicios financieros como ejemplos.

2. Un nuevo acuerdo de unión aduanera

Qué es:

Una unión aduanera es un acuerdo entre países que se comprometen a no imponer aranceles sobre los bienes de cada uno.

También acuerdan imponer aranceles externos comunes a los bienes procedentes de países ajenos a su unión aduanera.

El establecimiento de aranceles externos comunes es lo que distingue a una unión aduanera de una zona de libre comercio, donde los miembros pueden fijar sus propios aranceles sobre las mercancías del resto del mundo.

Como miembro de la UE, Reino Unido forma actualmente parte de su unión aduanera.

Posición del gobierno británico:

May especificó que Reino Unido abandonará la unión aduanera de la UE, pero que le gustaría que “tuviera un acuerdo de unión aduanera con la UE”.

“No tengo una posición preconcebida de si eso significa que debemos llegar a un acuerdo aduanero completamente nuevo, convertirnos en miembro asociado de la unión aduanera de alguna manera, o seguir siendo signatario de algunos elementos de la misma”.

Los 28 Estados miembros forman parte de la unión aduanera de la UE, pero la UE también tiene acuerdos separados de unión aduanera con otros países.

3. Poderes migratorios

El gobierno británico ha dejado claro que habrá restricciones a la inmigración de la UE como resultado del referéndum.

“El mensaje del público antes y durante la campaña del referéndum fue claro: el Brexit debe significar controlar del número de personas que vienen a Reino Unido desde Europa y eso es lo que haremos”.

Pero aún no se ha confirmado el modelo preciso que se utilizará.

Durante la campaña del referéndum los partidarios del Brexit propusieron un sistema “basado en puntos”, similar al utilizado en Australia.

Pero este modelo, que implicaría la aceptación de solicitudes sobre la base de competencias, ha sido rechazado por May, quien asegura que no le da suficiente control al gobierno.

Una alternativa, que el ministro del Interior Amber Rudd ha mencionado, es exigir a los migrantes que tengan un permiso de trabajo antes de ir a trabajar a Reino Unido.

El gobierno ha dicho que están considerando todas las posibilidades.

4. ¿Y los expatriados?

El destino de los ciudadanos de la UE que viven actualmente en el Reino Unido y de los ciudadanos británicos que viven en el resto de la UE se ha convertido en otro punto clave.

El gobierno ha declarado repetidamente que Reino Unido no puede comprometerse a respetar el derecho de los ciudadanos de la UE a permanecer en Reino Unido sin asegurar un acuerdo recíproco para los ciudadanos británicos que viven en otros países de Europa.

“He dicho en muchas ocasiones que espero ser capaz de garantizar su estatus aquí en el Reino Unido, pero necesitamos reciprocidad”, le dijo May a la Cámara de Representantes el mes pasado.

En su discurso, dijo que muchos países querían un acuerdo de esa índole, pero “uno o dos no”, y pidió una resolución lo antes posible.

5. Voto del Parlamento

“Someteré el acuerdo final entre Reino Unido y la UE a votación en ambas Cámaras del Parlamento, antes de que entre en vigor”, prometió May.

Después de su discurso, el Secretario del Brexit, David Davis, dijo a los parlamentarios que Reino Unido abandonará la UE, sea cual sea el resultado de la votación.

Se espera que en los próximos días la Corte Suprema determine si el gobierno puede invocar el artículo 50 del Tratado de Lisboa para iniciar el Brexit sin la aprobación parlamentaria.

6. Plazo corriendo, proceso gradual

El gobierno de Theresa May se puso como fecha tope marzo para invocar el artículo 50 del Tratado de Lisboa, cuando comienza a contar el tiempo para su salida.

Esto da dos años para negociar las condiciones antes de que Reino Unido deje la UE.

El gobierno ha insistido en que ni una sentencia pendiente de la Corte Suprema ni la agitación política en Irlanda del Norte retrasarán su calendario.

En términos del tipo de acuerdo, se ha hablado mucho de un acuerdo provisional entre Reino Unido y la UE antes de que se acuerden las condiciones finales.

En su discurso, May dijo que no habrá “un estatus de transición ilimitado”, que deje a Reino Unido en “algún tipo de purgatorio político permanente”.

Sin embargo, propuso un “proceso de implementación gradual” después de que se haya alcanzado un acuerdo, para permitir que cada elemento del acuerdo sea introducido.

7. Contribución al presupuesto de la UE

Como no estará en el mercado único, Reino Unido no entregará “sumas enormes” al presupuesto de la UE, dijo Theresa May.

Pero en algunas circunstancias tendrá que realizar alguna “contribución adecuada” para formar parte de los planes europeos, dijo.

“Pero el principio es claro: los días de las grandes contribuciones de Reino Unido a la Unión Europea cada año terminarán”.

8. Los fondos de la UE en Reino Unido

¿Qué sucederá con los fondos de financiamiento de la UE concedidos a Reino Unido?

Sabemos que durante las negociaciones con la UE, todos los derechos y obligaciones derivados de la adhesión a la UE seguirán siendo normales.

Esto significa que Reino Unido seguirá contribuyendo al presupuesto de la UE y que todos los proyectos que actualmente se benefician de la financiación de la UE seguirán haciéndolo mientras el Reino Unido siga siendo miembro.

En agosto, el Tesoro británico dijo que garantizaría respaldar proyectos financiados por la UE firmados antes de la declaración de otoño (23 de noviembre).

La financiación agrícola proporcionada por la UE también continuará hasta 2020.

- Theresa May desafía a la UE con un “brexit” tajante y sin concesiones (Cinco Días - **17/1/17**)

La primera ministra anuncia la salida de la UE, del mercado único y de la unión aduanera

El ala euroescéptica del Gobierno británico se impone y logra un “brexit” drástico

Rajoy dice que no es posible disociar las libertades en la UE -personas, capitales, mercancías y servicios-

(Por Bernardo de Miguel)

En apenas 24 horas, la Unión Europea ha sufrido el despreciativo ataque del próximo presidente de EEUU, Donald Trump, y el claro desafío de la primera ministra británica, Theresa May. El nuevo inquilino de la Casa Blanca describía el lunes el brexit como la primera ruptura de un club que, a su juicio, sufrirá muchas otras porque sólo sirve para los intereses de Alemania.

May no ha ido tan lejos como el magnate estadounidense. Pero este martes se atrevió a exigir a sus 27 socios europeos un acuerdo de salida a la medida de Londres para garantizar la prosperidad “de un Reino Unido más fuerte”.

Las dos embestidas sorprendieron a las instituciones europeas en sus ocupaciones burocráticas habituales (como revisar por enésima vez las décimas del proyecto de Presupuestos de España) o en sus rifirrafes políticos de andar por casa (como la elección de un cargo casi simbólico como la presidencia del Parlamento Europeo).

Como en el caso de Trump, la primera respuesta a Londres tuvo que llegar desde Alemania y desde algunos países del Este, que pueden verse seriamente afectados por el anuncio de May de un brexit total con estrictos límites a la inmigración.

“Ni pertenencia parcial a la UE, ni acuerdo de asociación ni nada que nos deje medio dentro y medio fuera”. La primera ministra británica, Theresa May, ha zanjado hoy con estas palabras siete meses de debate sobre el brexit que cabe esperar tras el referéndum del pasado 23 de junio.

May ha dejado claro que, tal y como exige el ala euroescéptica de su Gobierno, Reino Unido saldrá de la UE, abandonará el mercado único e incluso la unión aduanera. Londres, según May, negociará un brexit total, que convertirá al Reino Unido en un país tercero tan ajeno a la UE como EEUU, Canadá o China.

A pesar de ese portazo, May exige a Bruselas una negociación de terciopelo, que a partir de marzo y en sólo dos años establezca una relación especial y exclusiva entre la UE y Reino Unido, con acuerdos específicos para áreas tan diversas como los servicios financieros (con el objetivo de que la City londinense siga siendo el principal centro financiero de la zona euro), la cooperación judicial y policial o los acuerdos aduaneros necesarios para mantener unos flujos comerciales entre la isla y el continente que ascienden a más de 480.000 millones de euros al año.

La primera ministra advirtió a sus pronto ex socios europeos que si el acuerdo no resulta favorable a los intereses británicos Londres responderá con represalias fiscales -“unos impuestos a tipos competitivos”-, barreras comerciales -“que pondrían en riesgo exportaciones europeas a Gran Bretaña valoradas en 290.000 millones de libras al año”-, frenos a la libre circulación de capitales -“lo que dañaría a las inversiones de empresas europeas, valoradas en más de medio billón de libras”- y hasta “en la pérdida de acceso a la City londinense para las compañías europeas”.

Desafiante

May lanzó el guante en un esperado discurso en la Lancaster House de Londres (edificio del Foreign Office) ante los embajadores de los socios europeos en Reino Unido. Los diplomáticos, que esperaban desde hace meses que Downing Street concretase sus intenciones sobre el brexit, pudieron escuchar en directo un desafío en toda regla que pretende colocar a la UE entre la espada de un acuerdo favorable a Londres y la pared de un período indefinido de incertidumbre que paralice y gangrene al club europeo.

“Antes que un mal acuerdo preferimos que no haya acuerdo”, advirtió May a los diplomáticos. Sin pacto, la UE debería elegir entre una abrupta salida del Reino Unido en 2019, lo que podría dañar gravemente las relaciones entre ambas partes, o mantener al socio saliente en el club hasta que Londres considere aceptable el acuerdo.

La primera ministra también advirtió contra la tentación de algunos socios europeos, encabezados por Francia, de utilizar las negociaciones para dar un escarmiento a las formaciones políticas que en otros países defienden la salida de la UE o del Euro, como el Frente Nacional francés, el Movimiento 5 Estrellas italiano o el Partido de la Libertad holandés.

“Debo ser clara”, señaló May. “Gran Bretaña quiere seguir siendo un buen amigo y vecino de Europa, pero sé que algunas voces piden un acuerdo punitivo para disuadir a otros países de seguir el mismo camino. Sería un calamitoso acto autopunitivo por parte de Europa y no sería un acto amistoso”.

May recordó los ingentes intereses europeos en Reino Unido y las estrechas relaciones comerciales, que en bienes arrojan un superávit de más de 100.000 millones de euros a favor del continente. “No creo que los líderes europeos le vayan a decir a los exportadores alemanes, a los agricultores franceses, a los pescadores españoles o a los jóvenes parados de la zona euro, que van a ser más pobres con el único objetivo de castigar a Gran Bretaña y hacer un gesto político”.

El discurso de May provocó reacciones inmediatas en varias capitales europeas y dentro del Reino Unido. En Edimburgo, la primera ministra escocesa, Nicola Sturgeon, señaló que la apuesta de Downing Street por un drástico brexit hace “más probable” la convocatoria de un nuevo referéndum para la independencia de Escocia.

En la UE, la respuesta llegó desde Berlín, con un medido comunicado del ministro alemán de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, quien agradeció que “la primera ministra haya arrojado por fin un poco de claridad sobre los planes británicos”.

Alemania, que hoy tiene previsto votar su posición negociadora en el comité parlamentario sobre el brexit, defenderá la integridad del mercado interior, señaló Steinmeier en un comunicado.

En los países de Europa del Este, causó cierto estupor la intención de Londres de lograr un acuerdo para acceder sin cortapisas a la mayor parte del mercado europeo al mismo tiempo que limita la entrada de trabajadores europeos en su territorio.

“¿Cuál es la contrapartida (de Londres) por tantas concesiones?”, se preguntaba el secretario de Estado de asuntos europeos de la República checa, Tomas Prouza. El llamado grupo de Visegrado (Polonia, Hungría, República checa y Eslovaquia) teme el cierre del mercado laboral británico, donde trabajan casi 900.000 polacos, 85.000 húngaros, 79.000 eslovacos y 37.000 checos, según datos recogidos por el instituto Jacques Delors.

En el caso de Polonia, por ejemplo, esos emigrantes remiten a su país de origen más de 1.200 millones de euros al año. En un sector como la construcción, el 50% de los trabajadores en Londres son de origen extranjero.

Por su parte, el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, respondió a la primera ministra de Reino Unido, Theresa May, que la Unión Europea no permitirá que su país fragmente las libertades de circulación para permitir unas y no otras. En la rueda de prensa en el Senado tras finalizar la reunión de la Conferencia de Presidentes, Rajoy ha advertido de que “no se pueden disociar” las cuatro libertades que conllevan la pertenencia a la UE -personas, capitales, mercancías y servicios-. Rajoy ha recordado que los estados de la UE empezarán a negociar con el Reino Unido cuando los británicos “digan formalmente” ante Bruselas que quieren dejar la Unión, aunque ha subrayado que la idea es mantener con ese país una relación “lo más intensa posible”.

Ha advertido en cualquier caso de que la posición de la UE es clara, y no se pueden disociar las cuatro libertades que conlleva cuando se es miembro.

“Las cuatro libertades van juntas, y no vale decir me quedo solo con la libre circulación pero no con otra de ellas”, ha dicho Rajoy, quien en cualquier caso ha subrayado que los británicos no han dicho aún “qué tipo de relación quieren”.

Será el Reino Unido quien deba hacer este planteamiento, ha dicho Rajoy, que en cualquier caso ha insistido en la “firme voluntad” de los Estados de la UE de “no dividir las cuatro libertades”. Ha reiterado que la disposición es la de tener un entendimiento bueno, y habrá que esperar a saber si los británicos quieren un modelo como el de Suiza, Noruega o Canadá, u otro distinto.

Las exportaciones españolas al Reino Unido se han disparado desde 2009 (hasta los 15.000 millones de euros), con un superávit comercial de 5.000 millones, y el 21,6% de los turistas extranjeros son británicos. Además, miles de españoles han buscado trabajo en las islas británicas, una vía de escape al paro nacional que puede cerrarse en breve.

“Seguiremos atrayendo a los más brillantes y a los mejores”, señaló May en su discurso como presunta prueba de que el país seguirá abierto a la inmigración. “Pero el mensaje de la opinión pública antes y durante la campaña del referéndum fue claro: debemos controlar el número de gente que viene a Gran Bretaña desde Europa y eso es lo que vamos a hacer”, añadió la primera ministra.

Para poder imponer esos controles, Londres acepta abandonar de manera definitiva el mercado único europeo, un espacio económico de 500 millones de consumidores que se puso en marcha en 1986 y se dio por concluido en 1993. Bruselas asegura que, en su momento, la supresión de barreras legales y técnicas sin barreras legales que afectaban al comercio transfronterizo supuso un ahorro de unos 200.000 millones de euros. Pero May interpreta que el Reino Unido puede arriesgarse a perder tamaño mercado.

Grandes daños colaterales si la negociación se tuerce

La primera ministra británica, Theresa May, hizo ayer un largo listado de posibles represalias económicas contra la UE si el acuerdo sobre el brexit se tuerce. Pero evitó mencionar las graves consecuencias que también tendría una brusca ruptura para el Reino Unido. En exportaciones de bienes, los 27 socios de la UE se juegan un descomunal superávit comercial de 149.000 millones de euros, según datos de Eurostat para 2015. Pero la industria británica es más dependiente del mercado continental que a la inversa. El 44% de las exportaciones británicas tienen como destino el resto de la UE, mientras que sólo el 10% de las exportaciones de los 27 se dirigen hacia la isla.

Reino Unido se juega además un importante superávit en el sector servicios, donde cuenta con unas exportaciones hacia la UE de 123.000 millones de euros frente a unas importaciones de 94.000 millones.

Londres podría compensar en parte la pérdida en Europa gracias a su internacionalización. El 57% de sus ingresos por exportaciones en servicios dependen de países no europeos, el porcentaje más alto entre las grandes economías del club. Pero una ruptura a las malas pondría en peligro el futuro de la City, principal centro financiero de la zona euro. El 75% de las operaciones internacionales en euros se liquidan en Londres. Y sólo en el sector de las cámaras de compensación, la City se juega más de 84.000 puestos de trabajo.

Sin duda, May conoce todos esos riesgos. Pero en el arranque de la negociación ha prefiere ignorarlos para asustar al contrario.

- Theresa May se arriesga, pero hace bien (El Economista - **17/1/17**)

(Por Matthew Lynn)

Supone el 44% de las exportaciones del país, es el bloque único comercial más grande del mundo y está a un tiro de piedra. Además, casi todo el mundo se va a fijar en la decisión de la primera ministra británica de abandonar no solo la UE sino también el mercado único y se preguntará qué se toma y dónde se compra. Las empresas se preguntan inevitablemente si Gran Bretaña es un lugar seguro para tener su sede.

No cabe duda de que plantea un gran riesgo. La economía británica sufrirá sin duda daños colaterales y especialmente el importantísimo sector de servicios financieros, pero en ocasiones merece la pena tirar el dado. En realidad, el riesgo vale la pena por tres motivos: hay muy poca evidencia de que la membresía al mercado único merezca tantas molestias, refuerza su posición negociadora y puede asegurar al partido conservador una generación al poder. Si funciona (y es un caso hipotético) el premio será gigantesco.

Tras seis meses debatiendo qué quería decir con lo de “Brexit es Brexit”, por fin lo hemos descubierto. En un discurso emblemático ayer en Londres, Theresa May aclaró que Gran Bretaña no está buscando un compromiso intermedio. El Reino Unido no formará parte del mercado único y es improbable que pertenezca a la unión aduanera. No se someterá a la ley europea. En efecto, escindirá prácticamente todos los lazos formales con la burocracia de Bruselas. Después de 2019, Gran Bretaña tendrá la misma relación con la UE que EEUU o Japón: un gran socio comercial y aliado político y militar; eso es todo.

Está claro que es una jugada arriesgada. En el periodo previo al referéndum, prácticamente todos los economistas del mundo advertían de que abandonar la UE y el mercado único causaría un gran daño a la economía británica. Desde junio, los líderes europeos vienen diciendo que no puede haber favores especiales para Gran Bretaña. Algunos incluso han llegado a afirmar que el país debería ser “castigado” por irse. Es la intención de muchos, incluida la Alemania de Angela Merkel, que Gran Bretaña salga peor parada amplia y demostradamente tras su salida. De lo contrario, otros países podrían seguir su ejemplo.

Había otras opciones sobre la mesa. El Reino Unido, si estaba dispuesto a seguir adelante con la libertad de circulación de personas, contribuir al presupuesto y aceptar la legislación europea, podría haber conservado alguna forma de membresía asociada de la UE. Casi como Noruega o Suiza, podría haber pertenecido al mercado único, pero no a la Unión en su totalidad. Para un país dividido por la mitad en cuanto a la membresía, parecería un compromiso razonable.

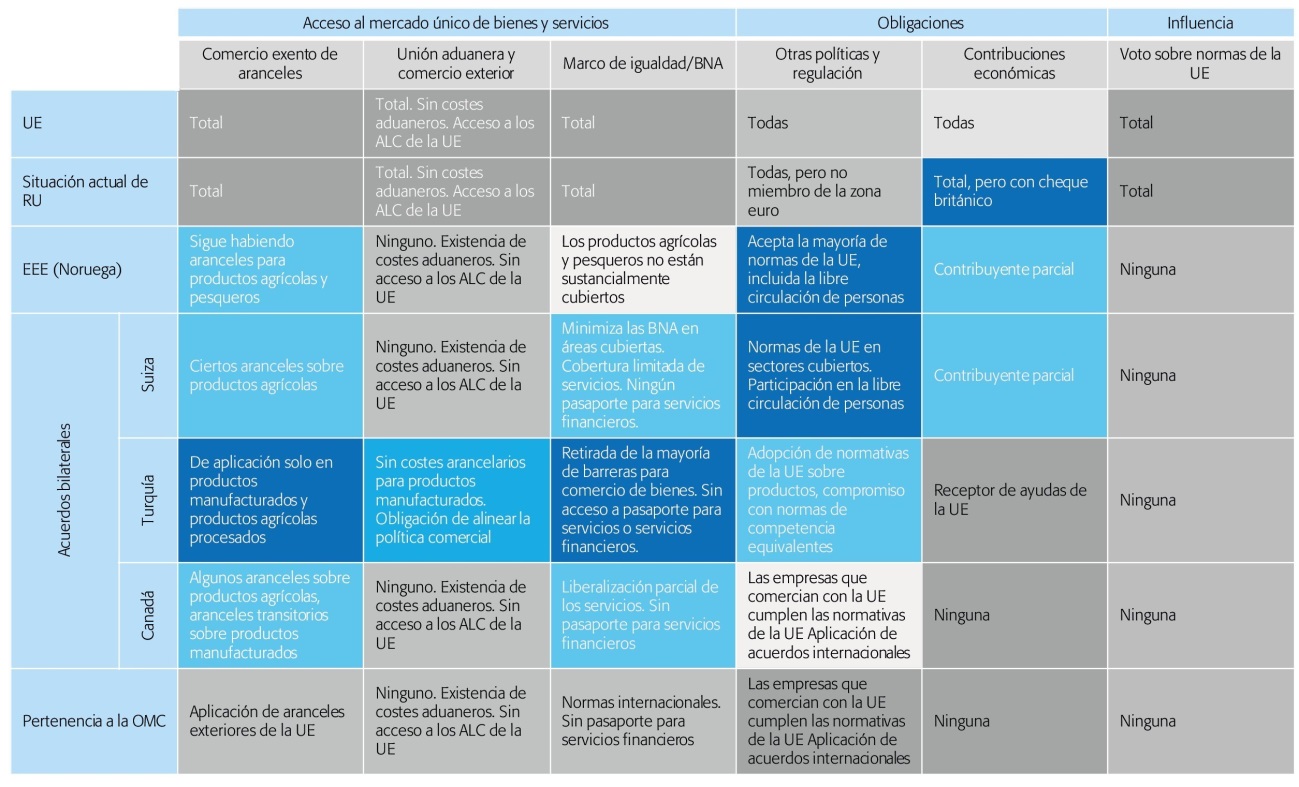
Entonces, ¿por qué se la juega May con la ruptura completa? Estos son los tres grandes motivos.

Primero, hay poca evidencia de que la membresía del mercado único merezca su precio. Cualquier país del mundo tiene acceso al mercado único, según las normas de la Organización Mundial del Comercio, aunque ocasionalmente esté sujeto a unos aranceles muy pequeños. Lo que se pierde al marcharse es tener voz en cómo se fijan las reglas de ese mercado y las molestias y el papeleo de la exportación. Su valor exacto es difícil de calcular. Lo que sí sabemos es que desde que se fundó el mercado único en 1992, la UE ha sido una de las regiones de crecimiento más lento del mundo y el comercio entre sus estados miembros ha empezado a bajar. Si es tan importante para una economía, resulta algo peculiar por no decir otra cosa. La única postura sincera es admitir que no tenemos la más remota idea de qué diferencia marca. Ningún país se había ido del mercado único pero, dadas las obligaciones que lo acompañan (sobre todo las fronteras abiertas y aportaciones al presupuesto), quizá no valga mucho.

Segundo, refuerza la posición negociadora del Reino Unido. Si Gran Bretaña se pone a regatear los términos de su salida porque ha decidido dejar el mercado único y no quiere nada de Bruselas, de repente el diálogo cambia. Al fin y al cabo, hay dos cosas que la UE quiere del Reino Unido: la aportación neta al presupuesto, que representa el 7% de su total de gasto, y el acceso a nuestro mercado, ya que el Reino Unido presenta un importante déficit comercial con Europa. Tampoco lo necesitan y sobrevivirá sin ellos, pero ayudan. Si el Reino Unido puede ofrecer ambas cosas y no pedir prácticamente nada a cambio, es más probable que consiga lo que realmente quiere, es decir, acceso libre a Europa para su sector financiero.

Por último, la política lo favorece. El partido conservador se ha reconvertido increíblemente deprisa en el partido del Brexit. Puede que sea una decisión errónea o acertada, pero es donde está la mayoría del país ahora mismo. Después de todo, el bando del Leave ganó el referéndum pese a las fuertes advertencias de catástrofe desde el resto del mundo. Entre sus oponentes, los liberales demócratas quieren volver y los laboristas están irremediablemente indecisos. Si el Brexit es un éxito razonable (y eso solo implica retomar el control de sus fronteras y que la economía siga expandiéndose, aunque sea más despacio que antes), entonces los conservadores se verán recompensados con el poder durante una generación.

Es un premio por el que vale la pena luchar. Aunque obviamente los riesgos son grandes, el trastorno potencial para la economía puede ser mucho peor de lo que se cree. La libra podría hundirse, la inflación estallar y el paro empezar a subir. Si algo de eso sucede, May pasará a la historia como una primera ministra catastrófica, pero es más probable que acierte y el Brexit duro acabe siendo la mejor opción posible.



Los doce puntos de May

Los doce objetivos que plantea May en su particular hoja de ruta son los siguientes:

1. Dar certidumbre a las empresas y al sector público siempre que sea posible durante el proceso de negociaciones.
2. Recuperar el control de la legislación británica, poniendo fin a la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la UE.
3. Fortalecer la unión entre las cuatro naciones del Reino Unido.
4. Mantener la Zona de Viaje Común entre Irlanda y Reino Unido.
5. Controlar la inmigración a Reino Unido desde Europa.
6. Garantizar los derechos de los ciudadanos de la UE que ya vivan en Reino Unido y los derechos de los ciudadanos británicos que vivan en la UE lo antes posible.
7. Asegurar la protección y el mantenimiento pleno de los derechos de los trabajadores.
8. Procurar un acuerdo de libre comercio nuevo, audaz, integral y ambicioso con la UE, con el mayor acceso posible al mercado único, sin tener una pertenencia.
9. Procurar acuerdos aduaneros con la UE para asegurar que el comercio transfronterizo con Europa esté “lo más exento de fricciones posible”. Procurar nuevos acuerdos de comercio con el resto del mundo.
10. Mantenerse como uno de los principales destinos para la ciencia, la investigación y la innovación.
11. Lograr acuerdos prácticos con la UE para la cooperación en la aplicación de la ley, terrorismo, asuntos internacionales, política exterior y de defensa.
12. Realizar una implementación gradual de un Brexit ordenado y eficiente, buscando “evitar trastornos inesperados y repentinos”. La idea consiste en activar el proceso de salida el próximo marzo**,** abriendo con ello un proceso de negociaciones de dos años que culminaría en marzo de 2019. En caso de alcanzar un acuerdo, éste será sometido a la aprobación del Parlamento británico.

- Brexit, Donald Trump y la amenaza para Europa (Expansión - FT - **20/1/17**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

En sus últimos días de mandato, los primeros ministros británicos suelen gobernar desde un búnker.

Convencidos de su propia inmortalidad, prescinden de sus asesores más cercanos recurriendo a los ayudantes más abnegados. El paso del tiempo reduce su visión del mundo fuera del 10 de Downing Street.

Theresa May ha empezado en el punto en el que terminaron sus antecesores. Seis meses después de jurar el cargo, May desconfía totalmente de su equipo de funcionarios. Las autoridades son apartadas del proceso de toma de decisiones. No es una forma inteligente de dirigir un Gobierno, y no digamos ya un Ejecutivo encargado de gestionar el mayor cambio político y económico desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

May ha elaborado un programa para llevar a cabo un Brexit “duro”, una ruptura completa con la UE que sacará a Reino Unido del mercado único y de la unión aduanera. No puede haber soluciones a medias, asegura, si lo que quiere Reino Unido es reducir la inmigración de la UE y renunciar a la jurisdicción del Tribunal de Justicia Europeo.

En su discurso más reciente, la primera ministra ha ofrecido las habituales garantías de que tras el Brexit mantendrá unos fuertes vínculos con Europa, ofreciendo un discurso absurdo sobre las nuevas oportunidades para un país ahora rebautizado como “Reino Unido” global.

Aun así, nadie debería dudar del coste económico y geopolítico de la ruptura con la Unión Europea. Reino Unido dejará de ser una plataforma para los negocios extranjeros, manufacturero y de servicios, que quieran vender libremente al mayor mercado del mundo. Las empresas tendrán nuevas barreras para comerciar con los 27 países miembros de la UE, que representan más del 40% de las exportaciones británicas. Decenas de tratados comerciales con terceros países quedarán invalidados. Tanto los vínculos económicos como las relaciones políticas perderán fuerza. Los primeros ministros británicos estarán ausentes de los consejos que se celebren en su propio continente.

Es probable que May haya entendido esto, de ahí su interés por cortejar al presidente Donald Trump. Antes de las elecciones compartió la opinión del establishment de Westminster, que dijo que Trump era un ricachón peligroso. Ahora, desde el 10 de Downing Street se ha dado la orden de que no se haga ninguna declaración que contradiga la admiración de Reino Unido por la nueva Administración.

Seguramente, la Reina Isabel se verá obligada a dar una recepción a Trump en el Palacio de Buckingham. A los líderes británicos siempre les ha preocupado tener una buena relación con los nuevos inquilinos de la Casa Blanca. La relación es un pilar fundamental de la seguridad nacional. Y todo apunta a que esa preocupación irá en aumento. Trump ha prometido un acuerdo comercial, razón por la que un poco de galantería no está de más.

No obstante, llega un momento en el que los elogios pueden rozar la autodegradación. Donald Trump no proyecta una imagen de socio en el que se pueda confiar. En casi todos los aspectos, desde el libre comercio, pasando por el cambio climático, la OTAN, Rusia o Irán, sus opiniones chocan con los intereses nacionales de Reino Unido. De hecho, los servicios secretos británicos se preguntan si a partir de ahora será seguro intercambiar su información confidencial con Washington.

Ante este giro radical de May, cabe preguntarse cuánto tiempo tardará la primera ministra en deshacerse en elogios con el presidente ruso Vladimir Putin y en negar el calentamiento global. Las amenazas de represalias de la primera ministra si las conversaciones con la UE fracasan sin duda afectarán negativamente al proceso del Brexit.

Parece lógico que los socios de Reino Unido no le permitan escoger los puntos más ventajosos de la unión aduanera o una protección extraordinaria para sus servicios financieros. No obstante, deberían ser conscientes de la diferencia entre una respuesta dura pero razonable y una respuesta punitiva a la estrategia de May. Nadie saldrá beneficiado de un Brexit caótico. Después de todo, los 27 ya tienen suficientes problemas, como un lento nivel de crecimiento, una unión monetaria incompleta o un auge de los populistas contrarios a la inmigración.

Trump ha prometido empeorar las cosas aún más. Durante más de seis décadas, EEUU ha alentado, e incluso garantizado, la integración europea. Trump quiere dar un giro radical a esta política y espera que el Brexit sea el comienzo de la desintegración del proyecto europeo. No tiene sentido buscar la lógica en esta idea. Una Europa unida seguiría velando por los intereses de EEUU.

En referencia a la llegada de Trump, la canciller Angela Merkel dijo esta semana que el destino de Europa está en sus manos. A no ser que Marine Le Pen gane las elecciones presidenciales en Francia, casi cualquier alternativa presentará a Berlín y París como una oportunidad y un desafío. **Hace más de medio siglo, el canciller alemán Konrad Adenauer, le dijo a su homólogo francés, Guy Mollet, que una Europa unida sería la revancha de Francia frente a los pérfidos anglosajones. Aunque el mundo ha avanzado, los paralelismos son reveladores.**

- El Parlamento debe autorizar el “brexit”, según el Supremo (Cinco Días - **24/1/17**)

El Gobierno de Theresa May tendrá que consultar con el Parlamento antes de activar el proceso de salida de Reino Unido de la UE.

El Tribunal Supremo, máxima instancia judicial británica, ha dictaminado que el Gobierno de Theresa May no podrá activar el brexit, la salida del Reino Unido de la UE, sin consultar antes al Parlamento.

Esta es la respuesta a un recurso presentado por el Gobierno contra un dictamen anterior del Tribunal Superior de Londres, que el pasado 3 de noviembre estableció que los diputados deben ser consultados antes de invocar el artículo 50 del Tratado de Lisboa, que inicia el proceso de negociaciones para la salida.

El Tribunal Superior había fallado en noviembre en favor de la empresaria Ginna Miller, quien, en representación de un grupo de ciudadanos, acudió ante la Justicia para defender que May no podía comunicar a Bruselas que activaba el artículo 50 sin una votación previa de la Cámara de los Comunes del Parlamento.

Los abogados de Miller argumentaron que la salida de la UE supondrá que los británicos perderán las ventajas adquiridas con la entrada del país en la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1972.

- El Parlamento británico deberá decidir si hay Brexit (Expansión - **24/1/17**)

(Por Roberto Casado)

El Tribunal Supremo impide a Theresa May iniciar la salida de la UE de manera unilateral

Los once magistrados de la mayor instancia judicial de Reino Unido han publicado hoy su sentencia en el caso que enfrenta al Gobierno británico con un grupo de ciudadanos sobre el procedimiento para activar el Brexit (salida de la Unión Europea).

En su dictamen, por ocho votos contra tres, el Supremo ratifica la decisión de un tribunal de instancia inferior en la que se estipula que el Parlamento británico debe dar su autorización al inicio del proceso de ruptura con la UE, ya que se trata de un paso irrevocable que afecta a diversas leyes en vigor.

De este modo, los jueces rechazan la posición del Gobierno de Theresa May, que pretendía utilizar la denominada “prerrogativa real” para emprender el Brexit de manera unilateral, sin pasar por las cámaras legislativas.

El dictamen supone un triunfo para Gina Miller, ejecutiva de un fondo de inversión que lidera el grupo de personas que comenzó el pleito al entender que Downing Street no podía arrogarse todo el poder en este proceso, después del referéndum consultivo del pasado 23 de junio en que los británicos votaron por el Brexit. Tras ganar el caso en los tribunales de primera instancia, el Gobierno recurrió ante el Supremo, donde los abogados de Miller han vuelto a imponer sus tesis.

No está claro si la sentencia tendrá un impacto significativo en el proceso del Brexit y existe el riesgo de que quede como un dictamen simbólico para expertos en asuntos constitucionales.

Theresa May mantiene su plan para activar en marzo de este año el artículo 50 del Tratado Europeo, que da un plazo de dos años para negociar la salida de la UE. Para cumplir con este calendario tras la sentencia, sin recurrirla ante el Tribunal Europeo de Justicia, la primera ministra podría enviar al Parlamento una Ley con un texto muy breve para que sea aprobada rápidamente por las Cámaras de los Comunes y los Lores. La Ley, de apenas un párrafo, simplemente dirá que se otorga permiso a la primera ministra para activar el artículo 50 del Tratado Europeo.

Los Comunes no se opondrán a ello por dos razones. En su discurso de la semana pasada detallando su plan para el Brexit, May dijo que el Parlamento podrá votar el acuerdo final de ruptura con la UE. De esta forma, la primera ministra desactiva el argumento de que el Parlamento no tendrá voz ni voto en el proceso. El segundo motivo es que, políticamente, poner trabas al Brexit se ha convertido en algo tóxico. La gran mayoría de las circunscripciones de las elecciones parlamentarias votaron a favor del Brexit en el referéndum, y muchos diputados temen ser vistos como traidores si votan contra la activación del proceso.

La única esperanza de poner palos en las ruedas del proceso reside en la Cámara de los Lores, cuyos miembros no concurren a las elecciones. Aunque es poco habitual, los Lores podrían tratar de realizar una emboscada a la breve Ley de Theresa May, planteando diversas enmiendas para poner condiciones. Según el bufete Clifford Chance, la oposición de los Lores al inicio del Brexit (o su aprobación con serias condiciones) retrasaría el proceso un año, período tras el cual los Comunes pueden saltarse la oposición que encuentran sus leyes en la Cámara Alta. “Una derrota en los Lores no frenaría el Brexit, pero lo podría retrasar hasta mediados de 2020”, dice Phillip Souta, socio de Clifford.

Además, el Supremo ha determinado que el Gobierno no tendrá que consultar a los Parlamentos autonómicos de Escocia, Gales e Irlanda del Norte para iniciar el Brexit.

La libra cae frente al dólar y euro tras conocerse la sentencia, ya que los inversores confiaban en que Escocia (región que votó por seguir en la UE) pudiera tener un papel más activo en el proceso y frenar el Brexit.

- ¿Puede convertirse Reino Unido en un paraíso fiscal? (Cinco Días - **26/1/17**)

Londres mantendrá vivos los acuerdos de intercambio fiscal pero se lanzará a rebajas en el Impuesto sobre Sociedades

(Por Bernardo Díaz)

La decisión de Reino Unido de abandonar la UE sigue generando incertidumbres sobre lo que será su relación con Bruselas, una vez que se vea libre de sus ataduras. La premier Theresa May ha dejado clara su intención de ir a fórmulas de “brexit duro”, es decir, salida rápida y sin solución intermedia que cercene la libertad de Londres, decisión que, no obstante, debe ser avalada aún por su Parlamento. May, en un ejercicio de ambigüedad calculada, apela, no obstante, a la responsabilidad para que no se produzcan “penalizaciones” por la UE en el camino iniciado tras el referéndum de 2016.

Su ministro de Economía, Philip Hammond, ha insinuado la conversión en un paraíso fiscal. “El país no se rendirá; haremos lo que tengamos que hacer para seguir siendo competitivos”, asegura el político moderado, que votó en su día por la permanencia en la UE. ¿Puede convertirse Londres en una suerte de paraíso fiscal a la vieja usanza para defenderse de la supuesta venganza de las hordas comunitarias?

Lo primero es definir lo que se entiende por paraíso fiscal, ya que ni siquiera los miembros de la UE se ponen de acuerdo (a fecha de hoy, no hay una lista única) pese a los esfuerzos de la comunidad internacional. Si echamos mano del informe aprobado por la OCDE en 1998, tras años de disquisiciones, podemos determinar que un paraíso fiscal es una jurisdicción en la que concurren cuatro circunstancias: impuestos inexistentes o ineficaces, falta de un efectivo intercambio de información fiscal; ausencia de transparencia, y falta de actividad económica (el sector offshore es el dominante). Si tenemos en cuenta estos parámetros, Reino Unido se encuentra fuera de la denominación de paraíso fiscal. Bien diferente es la pléyade de Dependencias de la Corona británica (Islas Vírgenes, Guernesey, Jersey, Isla de Man, Caimán, Gibraltar…). Londres les tiene concedida plena autonomía fiscal. Ellas la utilizan para saltarse los acuerdos que firma la metrópoli, amparadas en el autogobierno. En ellas se encuentran afincadas miles de sociedades de todo el mundo, opacas al fisco.

Pese a todo, la relación de Reino Unido con sus Dependencias ha ido cambiando. Siguen contando con autonomía pero, poco a poco, están incluyéndose en los foros de transparencia en los que Londres participa. Así, en 2001, la OCDE determinó que el trabajo con los paraísos fiscales debía centrarse en la transparencia (tax rulings e identificación del beneficiario efectivo) y el intercambio de información bajo la fórmula del “previo requerimiento”. La OCDE aprobó un modelo para el trasvase de datos. La respuesta de las Dependencias fue positiva, pero la realidad demostró su lentitud a la hora de adaptar su legislación.

En 2009 se dio otro paso, en plena crisis financiera. Fue creado el Foro Global sobre Transparencia e Intercambio de Información Tributaria, que está llevando la evaluación del cumplimiento de los estándares sobre transparencia fiscal. El Foro lo integran ahora 131 países y jurisdicciones, incluido Reino Unido. En 2014, se dio otro empujón en la mejora de la transparencia fiscal. En Berlín, más de 50 países y jurisdicciones firmaron un nuevo acuerdo para el intercambio de información tributaria, que supone que este se haga de forma automática (sin necesidad de requerimiento previo) y multilateral (pueda ser aprovechado por todos los países a la vez). Va a entrar en vigor de forma gradual, entre este año y 2018. Ya hay más de 100 países y jurisdicciones que se han sumado, entre ellas, Reino Unido y gran parte de los territorios británicos opacos. Del mismo modo, éstas Dependencias han ido firmando pactos bilaterales para verse fuera de la lista negra de paraísos. Es el caso de España que suscribió en 2015 acuerdos de intercambio tributario con la Isla de Man, Jersey y Guernesey, aunque aún necesitan de ratificación parlamentaria.

Esta corriente de mayor transparencia fiscal seguirá reforzándose en los próximos años, a juicio de todos los expertos consultados. Y Reino Unido no dará marcha atrás. Entre otros asuntos porque necesita de esa mayor transparencia internacional para perseguir los miles de millones de libras que se le escapan por los defraudadores, la planificación fiscal agresiva de multinacionales y el desvío artificial de beneficios empresariales. En los últimos tres años, la Hacienda británica ha conseguido que grandes emporios acaben pagando más. Es el caso de Facebook (anunció en 2016 que facturará desde Reino Unido parte los ingresos declarados por su filial en Irlanda) o Google (acordó pagar 130 millones de libras por impuestos atrasados). Del mismo modo, ha abierto investigaciones a otros gigantes como Amazon (por sus ventas desde Luxemburgo) o Starbucks (con sede regional en Holanda).

Además, los acuerdos suscritos por Reino Unido tienen carácter multilateral, más allá de lo estipulado por la UE. Así, el acuerdo de Berlín constituye un acuerdo administrativo internacional, con base legal en el artículo 6 del Convenio sobre Asistencia Administrativa Mutua en Materia Fiscal de la OCDE. Del mismo modo, Reino Unido tiene suscritos otros acuerdos de intercambio fiscal, al margen de la UE, como el desarrollo del Fatca, con Estados Unidos. Ello permite a Londres el acceso a datos de titulares británicos de cuentas financieras con residencia en EEUU.

Otro asunto bien diferente al intercambio de información es la intención de Reino Unido de variar sus niveles tributarios. Si los avances en transparencia se van a seguir produciendo, también está asegurada la intención de May de dar un viraje a su política fiscal y elevar la competencia del país vía rebajas tributarias. Londres ya cuenta con un gravamen del 20% en su impuesto sobre sociedades, por debajo de países como España (25%) y tiene en mente colocarlo en el 17% en 2020. Sin embargo, aún le queda camino por recorrer hasta acercarse a Irlanda, la “bestia negra” tributaria, que atrae empresas con una tributación del 12,5%. La entrevista que mantendrán mañana May y el presidente de EEUU, Donald Trump, así lo pondrá en evidencia. Ambos países circulan por una nueva senda, la de potenciar sus mercados nacionales (sobre todo, el tejido industrial) con bajadas de impuestos y acuerdos bilaterales, lejos de ataduras de pactos multilaterales como los que pueda ofrecer la UE o la OMC.

El plan May no está exento de dificultades. La rebaja de impuestos deberá ser ordenada si se quiere atajar el déficit fiscal. Y Bruselas estará al quite de que no se produzcan “terremotos fiscales” antes del brexit. Además, se imponen otros inputs como la necesidad de mantener a la City como epicentro mundial de los servicios financieros. Todo un reto, que se afrontará, sin duda, con menores impuestos.

- Los cuatro grandes de la UE a 27 se comprometen a liderar la Europa de varias velocidades (Expansión - **7/3/17**)

Hollande, Merkel, Rajoy y Gentiloni se reunieron en Versalles antes del Consejo Europeo del jueves y viernes.

Cuando los británicos votaron a favor de salir de la Unión Europea en junio del año pasado, se abrieron varios escenarios posibles: que el Brexit supusiera la desintegración del club, que la salida del socio díscolo eliminara obstáculos a una mayor integración gradual entre el resto, que el miedo a perder lo logrado en los últimos 60 años ejerciera de fuerza catártica para avanzar rápidamente... Pero todos esos escenarios partían de una idea transversal: la UE postBrexit sería distinta a la UE preBrexit. Y no solo porque fuera a haber un país menos. Este lunes en Versalles, los líderes políticos de los cuatro grandes países de la nueva UE a 27 dejaron claro por dónde quieren que vayan los tiros: la Europa de las varias velocidades, en las que unos países avanzan en la integración política y económica, mientras que otros quedan rezagados pero con la puerta abierta a unirse cuando lo consideren oportuno. Las áreas prioritarias: defensa, seguridad, política exterior y economía.

El presidente francés, François Hollande, ejerció de anfitrión de la canciller alemana, Angela Merkel; del primer ministro italiano, Paolo Gentiloni y del presidente español, Mariano Rajoy. Entre los cuatro representan a 256 millones de ciudadanos, exactamente el 50% de los 510 millones que viven ahora mismo en la UE y el 57% una vez que abandonen el club los 65 millones de británicos. En términos económicos su peso es aún mayor. Alemania, Francia, Italia y España suponen ahora mismo el 54% del PIB de la UE y el 65% si no se tiene en cuenta el Reino Unido. Y luego, aunque a algunos diplomáticos les incomoda reconocerlo, está la enjundia histórica del grupo reunido ayer en Versalles: el eje franco-alemán, motor de la integración europea; Italia como país fundador y España, una de las más claras historias de éxito del proyecto.

El mensaje ha sido claro para quien quisiera escucharlo. Primero fue la Comisión Europea, que lanzó la semana pasada un Libro Blanco para la UE a 27 en el que esbozaba varios escenarios posibles. Uno de ellos: la UE a varias velocidades. El Ejecutivo no se posicionaba por ninguno, pero el pase al hueco estaba lanzado ya.

El balón salió el miércoles pasado de Bruselas y lo recogieron este lunes en Versalles. “Tenemos que tener el valor de aceptar que algunos países puedan avanzar más rápido que otros”, dijo Merkel. “Unidad no significa uniformidad (...) algunos querrán ir más rápido y otros más lento (...) los países que no lo hagan que no se opongan”, anticipó Hollande. “Me gusta la opción que apuesta por más y por mejor integración. Europa debe mirar lejos (...) España está dispuesta a ir más allá en la integración con todos los que quieran seguir más allá en la integración”, remató Rajoy. Todo ello a tres días de que comience el próximo jueves una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de la UE en Bruselas y a dos semanas y media de los fastos para conmemorar el 60 aniversario del Tratado de Roma, que alumbró lo que acabó siendo la actual UE y que muchos en Bruselas esperan que sirva de refundación del proyecto.

Idea principal: los cuatro grandes avanzarán en una política de defensa común, en seguridad y lucha antiterrorista, en política exterior y migratoria y en la unión económica y monetaria. La puerta quedará abierta para quien quiera sumarse, bien ahora, bien más adelante. Dardo entre líneas: si a algunos países de Europa del Este no les gusta, tendrán que aguantarse.

La opción de la UE a múltiples velocidades causa urticaria en los líderes de países como Hungría, Polonia, República Checa o Eslovaquia -el conocido como Grupo de Visegrado-, temerosos de que esto acabe generando europeos de primera, segunda o incluso tercera y cuarta categoría.

Hasta ahora, en las grandes políticas de la Unión, siempre se había tenido en cuenta ese recelo. De hecho, la opción de avanzar a varias velocidades es legalmente posible y ya está ocurriendo de facto, con la zona euro, pero siempre se había evitado aplicarla a otras grandes políticas, como la defensa, la seguridad o la política exterior. Pero ahora las cosas han cambiado, tanto en el interior como en el exterior.

En el interior, la salida del Reino Unido ha enfrentado a la UE frente a sus propias debilidades e incoherencias y obliga a dar una respuesta. Además, Merkel ha sentido como una traición que los países del Este no quisieran colaborar con la acogida de refugiados. “No se puede querer mucha Europa para fondos estructurales pero escurrir el bulto cuando no interesa”, resumían la semana pasada fuentes diplomáticas.

En el exterior, Donald Trump en la Casa Blanca obliga a replantear cosas que se han dado por hechas durante décadas, como que EEUU acudirá en defensa de Europa cuando esta lo necesite; la Rusia Vladimir Putin quiere recuperar su influencia perdida tras la disolución de la URSS y China reclama que su peso geopolítico se equipare al económico y demográfico.

Llega la hora de la verdad. La segunda década del siglo XXI agoniza entre el auge del populismo, del aislacionismo, del nacionalismo y del proteccionismo económico. Una cadena de “ismos” cuya combinación en el pasado ha dado lugar a algunos de los episodios más negros de la humanidad, incluidas dos guerras mundiales. La UE está obligada a reinventarse y buscar su sitio en ese tablero.

- Alemania, Francia, Italia y España marcan el camino hacia una UE a varias velocidades (El Confidencial - **7/3/17**)

El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, se eleva como la voz más federalista entre las cuatro potencias europeas, que aspiran a una unión de la Defensa

(Por María Tejero Martín)

Versalles como escenario no de un tratado de paz, sino de una llamada al combate en defensa de la Unión Europea (UE). La cumbre que este lunes ha reunido a los líderes de Francia, Alemania, Italia y España a las afueras de París ha servido como una declaración de intenciones de los cuatro países con mayor peso económico e histórico de una Unión que se prepara para despedir a Reino Unido. El Brexit, que debería ponerse en marcha este mismo mes, ha logrado lo que las crisis anteriores -la debacle económica, las tensiones con Rusia y la crisis de los refugiados- no habían conseguido: obligar a los principales socios a asumir el liderazgo de la UE.

“Alemania, Francia, Italia y España, por historia, economía y demografía, tienen la responsabilidad de trazar el camino adelante, no para imponérselo a los otros, sino para ser una fuerza al servicio de los otros”, ha asegurado el anfitrión del encuentro, François Hollande. Dicho de otro modo, los cuatro pretender salir a reflotar la Unión Europea y avanzar en proyectos tan ambiciosos como una política común de defensa y seguridad. Y van a tender una mano al resto de los socios, pero no piensan esperar a los que se quieran bajar del carro ni permitir que les pongan más palos en las ruedas.

Hollande, Merkel, Rajoy y Paolo Gentiloni han mostrado en Versalles una sintonía hasta ahora inaudita. No pretenden ni retroceder a una Unión económica, centrada solo en el mercado único interior, ni pretenden seguir adelante como si el Brexit no hubiera sacudido sus cimientos. La nueva fórmula para sacar a la UE adelante se basa en permitir que los socios que así lo deseen puedan seguir adelante sin los que se opongan. Enterrar de una vez por todas el tabú en torno a la “Europa a dos (o varias) velocidades”, que “de facto” ya existe en la práctica, y convertir este principio en el mecanismo de tracción del proyecto. “Tenemos que tener el coraje de aceptar que algunos países vayan delante y puedan avanzar más rápidamente que los otros”, ha avisado Merkel. O, en palabras de Hollande, “unidad no quiere decir uniformidad”. La UE vuelve a rescatar aquel eslogan del 'Unidos en la diversidad' para darle un nuevo significado.

Cada palabra de los discursos de Hollande, Merkel, Rajoy y Gentiloni ha echado una palada de tierra sobre la era de los intrincados consensos comunitarios a Veintiocho. Esta suerte de café para todos se ha revelado algo lento, exasperante, ineficiente e ininteligible para unos ciudadanos que desde el estallido de la crisis financiera hace ya una década miraban hacia Bruselas a la espera de resultados, no de ejercicios de estilismo diplomático. Con el siempre opositor Reino Unido de camino a abandonar la UE y el Grupo de Visegrado -Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia- cada vez más intratable, las cuatro potencias apuestan por una mayor integración europea, pero con “diferentes niveles de ambición y donde se puedan dar respuestas diversas” a los retos que se planteen, en palabras de Gentiloni.

Rajoy, el más federalista

“La UE es una historia de éxito a todos los niveles”. Así de contundente se ha mostrado el presidente del Gobierno español en Versalles, donde ha pedido centrarse en defender el proyecto y “dar la batalla contra los que se empeñan en señalar los errores que como toda obra humana tiene”, prestar mayor atención a los problemas de los europeos y avanzar hacia una “mayor y mejor integración” de los Veintisiete.

Al igual que sus colegas, Rajoy ha agradecido a la Comisión Europea que haya lanzado el debate sobre el futuro de la UE con el libro blanco que publicó la semana pasada, y dentro de los cinco escenarios que plantea ha sido el único en declararse claramente a favor de la opción más federalista.

“A mí me gusta la opción que apuesta por más y por mejor integración. En este momento, Europa debe mirar lejos, porque cuando ha mirado lejos ha vivido los mejores momentos de su historia. España está dispuesta a ir más allá en la integración con todos lo que quieran ir en esa dirección”, ha dicho. En sintonía con Hollande, Merkel y Gentiloni, Rajoy ha abogado por reforzar la coordinación en política exterior, defensa, seguridad y gestión de la migración. Pero también ha apuntado más alto, a ámbitos tan delicados como la necesidad de completar la unión bancaria de la eurozona -que Alemania ralentiza-, crear una unión fiscal o dotar a la zona del euro de un presupuesto propio.

De París a Roma, pasando por Bruselas

La cumbre a cuatro de este lunes ha preparado el terreno de cara al encuentro a Veintiocho que se celebrará el jueves y viernes en Bruselas, donde la inminencia del inicio de las negociaciones para la salida de Reino Unido de la UE se impondrá como el tema más destacado de la agenda. Dentro de apenas tres semanas, el 25 de marzo, los Veintisiete se reunirán sin la “premier” británica, Theresa May, en Roma para conmemorar el 60º aniversario de los tratados fundacionales de la UE. Una oportunidad para “no solo celebrar lo logrado, sino también mirar lejos, adelante”, según Gentiloni. Y una ocasión para recordar, tal y como ha dicho Rajoy, que en las tres décadas anteriores a la firma de los Tratados de Roma hubo dos guerras mundiales, y en las tres posteriores, “el mayor periodo de paz que ha vivido el continente”.

- La UE a Veintisiete muestra sus primeras grietas incluso antes del Brexit (El Confidencial - **9/3/17**)

La propuesta de los cuatro grandes de avanzar a varias velocidades divide la UE

(Por María Tejero Martín)

No ha comenzado el Brexit y los Veintisiete que quedarán en la Unión Europea (UE) ya muestran su división sobre el futuro al que se encaminan. Las declaraciones de los líderes europeos dejan clara la división entre los que apuestan por que el bloque siga avanzando “a varias velocidades” -es decir, dejando que los países que así lo deseen avancen sin aquellos que no se quieran subir al carro- y los que piden que prime la “unidad”, el progreso en bloque. El debate está servido.

Sin que las posiciones sean firmes, y con varios países moviéndose aún en una zona gris, las primeras reacciones de las capitales dejan entrever una fisura entre los socios del Este de Europa y el resto del continente. Pero no se trata tanto de una cuestión geográfica sino de cómo ha ido evolucionando la idea de Europa en aquellos países que se unieron al proyecto a más tardar en los noventa y los que lo hicieron en el siglo XXI.

El dilema lo ha resumido este jueves el polémico presidente de Hungría, Viktor Orban: “No es fácil ser un buen europeo cuando eres al mismo tiempo centroeuropeo. Porque la Europa central tiene una historia diferente, diferentes tradiciones y diferentes valores tradicionales”.

Llamadas a mantener la unidad

La apuesta por avanzar hacia una Unión Europea a varias velocidades ha puesto en guardia a varios países, que interpretan en este camino una estrategia para dejarlos atrás. “Me gustaría recalcar de manera enérgica que la posición de Bulgaria es respaldar con firmeza los principios fundamentales europeos de unidad y solidaridad, y oponernos de manera explícita a la Europa de varias velocidades”, ha declarado tajante el primer ministro búlgaro, Rumen Radev, a su llegada a la cumbre del jueves.

También se decanta por la “unidad frente a la integración” el polaco Donald Tusk, una línea que pretende promover desde la presidencia del Consejo Europeo, la institución que aglutina a los jefes de Estado y de Gobierno. Se trata de defender que la igualdad, la solidaridad entre los Estados miembros es la base de la esencia comunitaria, aunque esto ralentice el avance de la integración.

En los pasillos de Bruselas, se interpreta el rechazo de los países de Visegrado -Eslovaquia, Polonia, Hungría y República Checa- a la Europa de las múltiples velocidades como una señal de que creen que la propuesta es un mensaje político para ellos. Y fuentes diplomáticas apuntan a que no les falta del todo razón. Mientras que otro alto funcionario comunitario indica que la defensa por parte de Francia y Alemania, principalmente, de romper el tabú de las velocidades diferenciadas es una llamada de atención a los países más euroescépticos e inmovilistas. Pero lo cierto es que los socios más ambiciosos también lamentan que la Unión Europea avance siempre con lentitud, para acomodarse al ritmo de los rezagados que, en ocasiones, no solo no quieren moverse sino que preferirían retroceder.

Varias velocidades

La reacción del Este llega después de que la idea de avanzar a diferentes ritmos fuera defendida con entusiasmo por François Hollande y Angela Merkel el pasado lunes durante la cumbre de Versalles, en sintonía con el italiano Paolo Gentiloni y ante un Mariano Rajoy que mostró unas ambiciones más federalistas. Se trata de permitir que un grupo avance más rápido que el resto, en materias tan delicadas como las políticas de defensa y seguridad, migración o fiscalidad.

**Y es uno de los cinco escenarios planteados por la Comisión Europea en su libro blanco sobre el futuro de la UE, que ha dado el pistoletazo de salida a unas discusiones que deberían cristalizarse de algún modo en la cumbre que los Veintisiete celebrarán en Roma el 25 de febrero. Este encuentro, convocado por el 60º aniversario de los tratados fundacionales de la Unión, pretende convertirse en un símbolo del renacimiento de un proyecto duramente golpeado por el Brexit.**

La paradoja es que la polémica Europa a varias velocidades en realidad ya existe. Como mínimo, desde que se creó el euro en 1999 y, por tanto, una zona monetaria con instituciones y normas que solo afectaban a parte de los Estados miembros, 19 de 28 a día de hoy. La moneda única es el precedente de las que a partir del Tratado de Lisboa en 2007 se conoce como “cooperaciones reforzadas”, una figura que permite a un grupo de al menos nueve países ponerse de acuerdo para aplicar una política conjunta al margen del resto de sus socios. La patente europea, la cadavérica tasa a las transacciones europeas o la proyectada Fiscalía Europea son algunos de los ejemplos de estas iniciativas. Y de su poca efectividad. Como un ejemplo, basta decir que los 17 países que quieren poner en marcha esta última institución han necesitado tres años de deliberaciones solo para decidirse a dar un primer paso hacia su creación.

Juntos y revueltos

Al conocer la victoria del Brexit el pasado 23 de junio, la primera reacción desde Bruselas fue una llamada a la unidad. “Esta es una situación sin precedentes, pero estamos unidos en nuestra respuesta”, afirmaron los presidentes de las principales instituciones comunitarias: Jean-Claude Juncker, en nombre de la Comisión Europea; Donald Tusk, por el Consejo, y Martin Schulz, entonces al frente del Parlamento Europeo. Pero no iba mal encaminada la canciller alemana cuando, en una de sus medidas declaraciones, advirtió del riesgo de que las reacciones “precipitadas” al referéndum británico “dividieran más a Europa”.

Ahora, queda por ver si los Veintisiete son capaces de superar sus diferencias. Pese a las diferentes sensibilidades, aspiraciones e intereses. Pese a las cicatrices que han dejado la crisis económica y financiera, la crisis de refugiados o los procesos abiertos contra Hungría y Polonia desde Bruselas por poner en riesgo el Estado de derecho con políticas de control de los medios o del sistema judicial, por citar dos ejemplos. Y pese al serio desplante protagonizado por el Gobierno de Varsovia este jueves, al tratar de boicotear la reelección de su compatriota y rival político, Donald Tusk, como presidente del Consejo Europeo.

- La esquizofrénica UE a 27: unida, indivisible y a varias velocidades (Expansión - **10/3/17**)

(Por Miguel Roig)

Los 27 jefes de Estado y Gobierno de la UE (todos menos la británica) quieren empezar a definir qué quieren ser una vez que Reino Unido se separe.

“¿A quién va a usted a creer, a mí o a sus propios ojos?” decía un personaje de la película Sopa de Ganso, uno de los primeros tropiezos en taquilla de los hermanos Marx.

Algo parecido pasa con los preparativos de la Cumbre de Roma del 25 de marzo, con la que los 27 jefes de Estado y Gobierno de la UE quieren conmemorar el 60º aniversario del club y empezar a definir qué quieren ser una vez que Reino Unido se separe. Hoy mismo, esos 27, todos menos la británica, han celebrado una reunión preparatoria en Bruselas y el diagnóstico sigue siendo el mismo.

Por un lado, los papeles de trabajo, adelantados por El País y a los que también ha tenido acceso EXPANSIÓN, hablan de “unidad” e “indivisibilidad” de la Unión, pero por el otro, cada vez que se entra en alguna materia de calado asoma una grieta. El jueves mismo, la reelección del polaco Donald Tusk como presidente del Consejo Europeo provocó la rebelión del Gobierno ultraconservador de Polonia. Todos apoyaban a Tusk menos sus compatriotas, que le acusan de usar el cargo para inmiscuirse en política doméstica. Fue un 27 contra 1 de manual.

Como revancha, la primera ministra polaca, Beata Szydlo, bloqueó la aprobación de las conclusiones de la Cumbre. Habrá que ver cuán lejos quiere llevar Varsovia la rebelión, especialmente teniendo en cuenta que la Comisión Europea le ha abierto un expediente por dudar de la calidad de su Estado de Derecho, que podría concluir en la suspensión del derecho de voto (y de veto) en el Consejo Europeo.

Pero también hay grietas de fondo, que dividen a los países en bloques. Alemania, Francia, Italia y España dejaron claro en su minicumbre de Versalles que apuestan por una Europa a varias velocidades: los países que quieran integrarse más en ciertas políticas (migración, defensa, seguridad o economía, por ejemplo) podrán hacerlo y dejarán la puerta abierta a los que quieran unirse más tarde.

Pero varios países de Europa del Este (Hungría, Polonia, República Checa y Eslovaquia, por ejemplo) recelan de esta estrategia. Temen que genere europeos de primera y segunda categoría.

Los encargados de redactar el borrador del comunicado que se publicará en Roma tratan de cuadrar un círculo de difícil cuadratura, incluso para los estándares burocráticos europeos, muy acostumbrados a cuadrar circunferencias de todo pelaje y condición.

**Por ejemplo, el documento sugiere incluir la idea de “Una Unión unida e indivisible, que actúa junta cuando es posible, a diferentes ritmos e intensidad cuando sea necesario”. Oxímoron bruseliano de manual.**

Jean Claude Juncker se ha hecho hoy eco de ese malestar. “Algunos de nuestros colegas lo ven como introducir una nueva línea divisoria, un tipo de nuevo telón de acero entre el este y el oeste. No es la intención”, ha afirmado el luxemburgués al acabar la reunión de hoy. “No es un método de exclusión, sino de organizar el progreso de aquellos que quieren hacer más”, ha añadido.

En paralelo, la primera ministra polaca dejaba clara su oposición: “La diferencia de velocidades en el desarrollo abriría la puerta a construir clubes de élites y a dividir la Unión Europea. La declaración de Roma debe expresar unidad”.

Pero la canciller alemana, Angela Merkel, manifestaba una obviedad que va a tener difícil respuesta por parte de los países del Este: las múltiples velocidades “ya se contemplan en los Tratados” y son una realidad. Basta con ver la zona euro, el proyecto más ambicioso de integración hecho hasta el momento y en el que cada Estado participa a su ritmo. “Cada miembro de esta familia tiene acceso a estos proyectos, pero no todos necesitan participar”, dijo la lideresa de facto del club.

Cuatro bloques

De momento, los líderes quieren centrar la agenda a futuro en cuatro bloques: una Europa segura (control de fronteras y terrorismo), una Europa próspera (economía), una Europa social (Estado del Bienestar) y una Europa fuerte (Defensa).

Aquí cabe desde una mayor coordinación en la gestión de flujos migratorios, la cooperación para luchar contra el terrorismo, más integración en defensa, la profundización del mercado interior, completar la Unión Económica y Monetaria, lucha contra la pobreza y la exclusión social...

Medidas concretas y compromisos para llevarlas a cabo, ninguno, aunque también es cierto que la Cumbre de Roma no será el momento y el lugar de sacar las tablas de Excel o de ponerse a negociar Eurobonos o fondos de garantías de depósitos bancarios. Roma será más bien la escenificación de la voluntad de los 27 de que el Brexit no siente un precedente. Será un evento retórico.

Y si uno se guía por el documento preparatorio, palabras bonitas no faltan: “Los representantes de 27 Estados Miembros de la UE nos enorgullecemos de los logros de la UE: la construcción de la unidad europea es una empresa valiente y visionaria; hace sesenta años, recuperándonos de la tragedia de dos guerras mundiales, decidimos unirnos y reconstruir nuestro continente desde las cenizas”.

- Europa sin rumbo (Vozpópuli - **14/3/17**)

Los Estados Unidos de Europa dejaron de ser una opción realista con la crisis financiera. Dudo que las otras propuestas de futuro que propone Juncker tengan la capacidad de convencer a los ciudadanos europeos.

(Por Matthew Bennett)

Escasean las declaraciones de apoyo a Mark Rutte, el primer ministro holandés, dos días antes de las elecciones. Aparte de la “gran consternación” del primer ministro danés, Lars Løkke Rasmussen, en Facebook al anunciar que se pospone la reunión con su homólogo turco, Binali Yildirim, la BBC sólo pudo dar con las declaraciones del Ministro de Interior alemán, Thomas de Maizière, sobre los mitines de los ministros turcos para el referéndum de Erdogan: “una campaña turca no pinta nada aquí en Alemania”. El día 6, antes de estallar la crisis entre Holanda y Turquía, el Ministro de Asuntos Exteriores español, Alfonso Dastis, dijo que tales mítines se podrían celebrar “sin ningún problema” en España, aunque “la colonia turca en Madrid no justifica el desplazamiento de un ministro a España”. Está semana no está ni en el continente, sino en un viaje a Perú y México.

En Londres el lunes, la Cámara de los Comunes debatía las enmiendas de los Lores sobre el Brexit. A pesar de su sensatez -una garantía para los ciudadanos europeos en Reino Unido y una votación sobre el acuerdo alcanzado- se espera que sean rechazadas, aunque existe la posibilidad de un par de días de ping pong parlamentario hasta que se pongan de acuerdo. Resueltas las enmiendas, en un sentido o en otro, Theresa May podrá dar el pistoletazo de salida formal y activar el famoso Artículo 50 del Tratado de Lisboa, notificando a las instituciones europeas que hay Brexit. Mariano Rajoy dijo el viernes que el Brexit era una “mala noticia” y defendió a Europa: “una historia de éxito y ahora toca dar un paso hacia adelante”. No obstante el problema para encontrar más dinero para contentar a Donald Trump gastando más en Defensa, se constató la existencia de otro problema presupuestario para los europeos: cómo llenar el vacío en la hucha comunitaria cuando los miles de millones en contribuciones netas británicas dejan de ingresarse. Y, más importante, quién los va a poner.

Me he preguntado estos meses a dónde se dirigía realmente España, qué sería no ya de la política o de la economía españolas sin Europa sino de la propia identidad cultural de los españoles modernos, y quién estaría dispuesto realmente a morir por Europa, a sangrar por Jean Claude Juncker. Ahora Europa está afectada por la misma falta de rumbo. Juncker presentó sus cinco sugerencias para el posible futuro del continente el 1 de marzo: seguir como siempre, reducir el proyecto al mercado único, la Europa de varias velocidades, hacer menos con menos, o hacer mucho más juntos, lo que llegaría a ser la idea de unos Estados Unidos de Europa. Rajoy abogó por esta última opción: “una más y mejor integración entre los distintos países que conformamos la Unión Europea” pero parece que la opción de la que más se habla estos días es la Europa multiforme. Esas diferencias, sin embargo, ya se están enmarcando de muchas maneras: círculos concéntricos, geometría variable, dos velocidades, varios estratos, etc. El mismo Juncker -canalizando tal vez al lingüista estadounidense Lakoff (si te digo que no pienses en un elefante, pensarás en un elefante)- negó que la intención de dicha opción sea crear “una nueva línea de división, un nuevo tipo de telón de acero entre el Este y el Oeste”.

El antropólogo e historiador estadounidense Joseph Tainter es conocido por su libro y teoría del colapso de sociedades complejas. Postula que dichas sociedades 1) se crean para solucionar problemas compartidos y 2) requieren de energía y recursos para su mantenimiento, pero que 3) dichos costes aumentan per cápita con el aumento constante del coste y la complejidad que en teoría solucionaba los problemas iniciales; con el paso del tiempo y el aumento de presión sobre el sistema (Brexit, Trump, Turquía, la crisis migratoria, etc.), sólo sirven para mantener el tinglado, con ventajas cada vez menores. “Una sociedad compleja experimenta un aumento de la adversidad y la falta de satisfacción”, escribe Tainter. 4) Llega un momento en el que a mayor inversión, cada vez menos rendimiento, y ahí se abre un periodo de gran peligro. Una sociedad compleja debe decidir si es capaz de reorientar el rumbo e invertir de nuevo para mantener la unión, o enfrentarse al colapso. En tal situación, aproximada, podría encontrarse el proyecto europeo. Si no en peligro de colapso inminente, sí en un periodo de confusión, recriminación, creciente división y desánimo. Se necesitarían ganas, ideas, liderazgo, energía y recursos para avanzar. No veo que Europa los tenga en estos momentos. Los Estados Unidos de Europa dejaron de ser una opción realista con la crisis financiera. Dudo que las otras propuestas de futuro que propone Juncker tengan la capacidad de convencer a los ciudadanos europeos.

- Reino Unido se estampará en su salida de la UE (El Economista - **15/3/17**)

(Por Matthew Lynn)

¿Esta semana? ¿La que viene? ¿A finales de mes? Sea cual sea el día que la primera ministra británica Theresa May acabe escogiendo para lanzar finalmente su notificación a la Unión Europea de que el país ha decidido marcharse, la negociación pura y dura está a punto de comenzar.

¿Cómo irá esa negociación? La respuesta es sencilla: fatal. Ninguno de los bandos quiere llegar a un acuerdo y por eso no lo habrá.

En realidad, el Reino Unido podría estamparse en su salida de la UE en forma de Brexit duro y sin acuerdo mutuo. Podría ser la solución ideal a largo plazo, pero en el corto la libra atravesará muchos baches e incluso podría acercarse a la paridad tanto con el dólar como con el euro. Cuando el Reino Unido votó abandonar la UE en junio del año pasado, se esperaba que el artículo 50 fuera invocado enseguida. Pero el plan tenía un fallo, y es que el Gobierno de David Cameron confiaba tanto en la victoria que prácticamente no había planeado qué hacer en caso contrario. Su sucesora, con toda la razón, decidió posponerlo hasta que su gobierno hubiera tenido tiempo para planear la salida y decidir qué quería de las negociaciones. Solamente ahora, conseguida por fin la aprobación total del Parlamento, se enviará la carta, muy probablemente en la última semana de este mes. Cuando eso suceda, las negociaciones formales podrán empezar. El problema es que seguramente vayan muy mal y cada vez es más probable que no se llegue a un acuerdo por los cuatro motivos siguientes.

Primero, la economía británica va bien. El consenso global era que el Reino Unido se iba a llevar un golpe inmediato en cuanto decidiera irse. La libra descendió en los mercados cuando prácticamente todos los economistas convencionales pronosticaron una recesión y el Banco de Inglaterra recortó los tipos de interés y relanzó la flexibilización cuantitativa para amoldarse a la caída. ¿Qué sucedió? La economía ha demostrado un aguante excepcional. El crecimiento ha sido firme, el empleo ha mejorado, los precios de la vivienda y minoristas son sólidos, y la inversión sigue llegando al país. Las advertencias de miseria y desolación eran desproporcionales obviamente pero aun así, la fortaleza del rendimiento británico ha sorprendido ante un golpe tan fuerte. ¿La conclusión evidente? Aunque habrá pérdidas de empleo cuando las empresas trasladen sus operaciones a bases en la UE, al final la salida habrá sido positiva para el Reino Unido. Inevitablemente, eso afectará a la actitud de los negociadores británicos (que para empezar no eran grandes partidarios de la UE). ¿Por qué esforzarse para obtener acceso a la UE y al mercado único cuando no parece importar mucho que se tenga o no?

Después, la UE está viviendo una gran fluctuación. Durante el año habrá varios comicios. Holanda empezó este miércoles, seguida de Francia, después Alemania, e Italia podría meter a presión un gobierno nuevo también. ¿Negociar qué y con quién exactamente? La respuesta nadie la sabe. Europa podría acabar con un presidente fuerte y pro-UE como Emmanuel Macron, aliado con el socialdemócrata Martin Schulz en Alemania, ambos decididos a profundizar la integración. O podría sumirse en un caos total. Lo cierto es que no lo sabremos hasta octubre como pronto y para entonces podría ser demasiado tarde para llegar a un acuerdo.

Tercero, el proceso se ha precipitado demasiado. El artículo 50 se redactó deprisa y corriendo en el Tratado de Lisboa sin pensar realmente en que acabaría siendo invocado. En aquel momento parecía tan improbable que nadie se preocupó. Ahora que el proceso ha comenzado, se hará evidente que el calendario de dos años es tan innecesario como inviable. Hay demasiadas cosas que hacer. Una institución más flexible podría decidir que tiene sentido ampliar el plazo pero la UE no destaca por la flexibilidad precisamente. Preferirá aferrarse a una norma estúpida que permitir que se infrinja. ¿El resultado? El plazo se acabará sin que se llegue a un acuerdo entre las partes.

Por último, los términos financieros de la separación son infranqueables. La UE exige 60.000 millones de euros o más como liquidación, además de sugerir que podrían continuar las aportaciones presupuestarias durante años. ¿Su fundamento? El Reino Unido acordó muchos proyectos de la UE y debería seguir pagando por ellos. El Reino Unido no lo aceptará seguramente. Cuando uno se da de baja de un club de golf, no se le puede esperar que pague por el nuevo campo de prácticas que se decidió construir cuando todavía era miembro. Las aportaciones se detienen el día en que uno se va. De hecho, se pueden defender los pros y los contras de ambas posturas pero, como le dirá cualquier abogado de divorcios, cuando uno se mete en peleas así, transigir acaba siendo imposible.

El resultado es que con tanta especulación sobre lo que podría significar el Brexit y los miles de páginas de estudios y cábalas vertidos desde los bancos de inversión y grupos de expertos, no se va a llegar a un acuerdo. Sencillamente, el Reino Unido saldrá de la Unión Europea, posiblemente el 31 de marzo de 2019, sin acuerdo transitorio ni tratado de libre comercio. Comerciará con Europa, lógicamente, pero como si fuera Corea del Sur o Argentina.

A medio plazo, no tiene por qué pasar nada. Después de todo, muchos países compran y venden muchas cosas a la UE sin ningún trato especial, pero no hay duda de que los mercados se van a llevar un golpe. Cuando se haga más evidente, espere que la libra sufra muchas presiones de venta. Podría bajar hasta la paridad con el euro e incluso con el dólar también. Un día se recuperará, pero no antes de haber bajado mucho más.

- “La fugaz opinión de una escasa mayoría ignorante y engañada ahora es palabra sagrada”: la dura crítica del pensador Richard Dawkins a cómo se ha manejado en Reino Unido el Brexit (BBCMundo - **17/3/17**)

El Brexit, la salida de Reino Unido de la Unión Europea (UE), es una realidad cada vez más cercana y, por eso, causa creciente ansiedad entre los británicos, ya sea que estén a favor o en contra de ese enorme cambio.

Luego del triunfo del “Sí” en el referendo del 23 de junio de 2016 y su reciente ratificación en el Parlamento, ahora se espera que a fin de marzo la primera ministra Theresa May **invoque el Artículo 50 del Tratado de Lisboa** para formalizar la separación.

Y a medida que se aproxima ese día, se ha intensificado el debate sobre si la decisión de abandonar la UE **se tomó de la mejor manera**, teniendo en cuenta que cambiará la historia del país y de futuras generaciones.

La primera ministra británica, Theresa May, insiste en que “**el pueblo habló”** en el referendo y que con la salida de la UE **su país va a recuperar su soberanía, el control de sus fronteras y su estatus de potencia comercial global.**

Una de las voces críticas con el Brexit es el reconocido intelectual **Richard Dawkins**, biólogo evolucionista, ateo militante y agudo observador de la realidad.

En una columna para el programa de la BBC *Newsnight*, Dawkins, **autor de “El gen egoísta”** y “El espejismo de Dios”, cuestiona la idea de que “los británicos se expresaron sobre el Brexit”.

En otras palabras, afirma que la salida de Reino Unido de la UE se condujo de forma ligera e irresponsable, como si se tratara de una elección más, y no como **una reforma** **constitucional** **con efectos duraderos**.

A continuación sus argumentos.

¿Se han expresado los británicos sobre el Brexit? No, no lo han hecho.

Los cambios constitucionales **son y deberían ser difíciles de alcanzar**. En Estados Unidos, por ejemplo, se requiere una mayoría de dos tercios en ambas cámaras del Congreso.

Es fácil entender por qué han puesto el listón tan alto.

A diferencia de la legislación ordinaria, los cambios constitucionales **son duraderos.**

Y deben tener en cuenta que **los votantes son caprichosos y las opiniones cambian.**

No tenemos derecho a condenar a generaciones futuras a acatar, de forma irrevocable, los antojos transitorios del presente.

Si hubo alguna vez una decisión que necesitara una mayoría de dos tercios, esa fue el Brexit.

**El Brexit es permanente**; tiene enormes ramificaciones y consecuencias complejas.

Los costos y los beneficios, cualesquiera que ellos sean -y necesitas un doctorado en economía para predecirlos**-, resonarán durante décadas.**

¿Exigió David Cameron (el primer ministro que convocó el referendo) una mayoría de dos tercios? ¿O fijó una fecha para una segunda votación después de un **periodo de** “**enfriamiento**”?

¿O acaso le dio al Parlamento suficiente tiempo para debatir los **términos detallados del Brexit**, escuchando los argumentos de **expertos**?

No, no lo hizo.

Asustado por el ascenso de UKIP (el Partido por la Independencia de Reino Unido, de derecha), pasó por alto al Parlamento y le entregó una decisión de importancia histórica a **una mayoría simple de votantes desinformados.**

Con gran arrogancia, Cameron declaró: “Soy un ganador”.

En pos de una insignificante ganancia política, **jugó a la ruleta rusa con el futuro de nuestros nietos** y acabó cayendo de bruces (renunció al día siguiente del referendo, luego de haber apostado su capital político a la permanencia de Reino Unido en la UE).

Y ahora nos dicen, de manera monótona, que el pueblo británico se ha expresado.

No, no lo ha hecho.

**Las encuestas han subido y bajado como un yoyó.**

Pero la fugaz opinión de una escasa mayoría ignorante y engañada ahora es considerada **la palabra sagrada e inalterable** del pueblo británico.

Una palabra que no sólo tiene consecuencias para los próximos cinco años, como en el caso de una elección ordinaria, sino para mucho tiempo después...

... **cuando nosotros ya no estemos aquí** **para ver los resultados.**

- Bruselas plantea la disolución de la EBA a raíz del “brexit” (Cinco Días - **27/3/17**)

La CE abre una consulta urgente sobre el futuro de la Autoridad Bancaria Europea

París y Fráncfort esperan asumir las competencias del supervisor tras su salida de Londres

(Por Bernardo de Miguel)

La Autoridad Bancaria Europea, nacida en 2011, e instalada desde entonces en Londres, parece condenada a la desaparición tras la salida del Reino Unido de la UE. El brexit había desencadenado la carrera entre varios países por hacerse con la sede de la EBA (según las siglas en inglés de la agencia).

Pero, de momento, ganan peso los partidarios de suprimir el organismo para simplificar la estructura de vigilancia financiera y reducir el número de organismos satélites de la UE, que ya cuenta con 45 agencias externas con más de 5.500 empleados en total.

La disolución de la EBA favorecería a París y Fráncfort, porque todo apunta a que los organismos europeos instalados en esas dos capitales absorberían a los 165 empleados de la Autoridad Bancaria.

La Comisión Europea ya ha dado el primer paso en esa dirección. La semana pasada, el vicepresidente de la CE y responsable de mercados financieros, Valdis Dombrovskis, abrió una consulta pública sobre el futuro de las tres agencias de supervisión financiera (la EBA, la de mercados bursátiles y la de seguros) en la que plantea abiertamente la disolución de la autoridad bancaria y la transferencia de sus competencias a las otras dos.

El documento sugiere la posibilidad de que la EBA se fusione con la Autoridad de seguros y pensiones (EIOPA, por sus siglas en inglés), situada en Fráncfort, “para maximizar sinergias”. Al mismo tiempo, “las competencias relacionadas con protección del consumidor pasarían a la Autoridad de Mercados bursátiles (ESMA, en inglés)”, instalada en París.

Urgencia

La solución sugerida por el documento de Dombrovskis permitiría a la CE mantener parte de la supervisión del sector bancario, aunque no fuera una agencia específica. Bruselas evitaría así el otros escenario que se baraja, que otorgaría al BCE toda la supervisión y regulación del sector bancario (a través del Mecanismo Único de Supervisión) sin ninguna competencia para la CE.

La consulta forma parte de la revisión periódica del marco regulador. Pero la coincidencia en el tiempo con el brexit (que se activará pasado mañana, según ha anunciado el gobierno de Theresa May) y con el debate sobre la nueva sede de la EBA, convierte este ejercicio en el comienzo de una reorganización mucho mayor.

“El traslado de la EBA una vez que el Reino Unido salga de la UE (...) supone una oportunidad añadida para reflexionar sobre la idoneidad del actual esquema de supervisión”, señala el documento de Dombrovskis.

La CE, de hecho, ha recortado de 12 semanas a ocho el período de la consulta (hasta el próximo 16 de mayo). Bruselas justifica la premura en el hecho de que las partes interesadas ya han tenido varias ocasiones recientemente para pronunciarse sobre los organismos de supervisión. Pero las prisas se ajustan a la urgencia de la propia Comisión, que desea tomar una decisión sobre el futuro de las dos agencias radicadas en Londres (la EBA y la de Medicamentos) en los primeros compases de negociación del brexit. Para la Agencia de Medicamentos ya se busca nueva sede. Para la EBA, quizá no haga falta.

### Muchos supervisores y poca supervisión

La supervisión del sector financiero en Europa se ha convertido en una sopa de siglas tras las que figuran numerosos organismos, centenares de funcionarios... y pocas medidas de vigilancia efectiva. Un estudio sobre la eficacia de los sistemas de control del sector bancario, encargado por el Parlamento Europeo y publicado la semana pasada, concluye que los solapamientos entre las diversas autoridades europeas (nacionales y comunitarias) impide un control efectivo. En cambio, en EEUU, donde las competencias y poderes de cada autoridad están bien delimitados, la vigilancia es mucho más contundente. Cada año, según el estudio, EEUU aplica unas 500 medidas correctivas. Y en 2014 y 2015, cuando el pico de la crisis ya había pasado, EEUU impuso multas a la banca por valor de más de 2.000 millones de dólares.

A raíz de la crisis iniciada en 2008, Europa intentó también endurecer la vigilancia. En 2011, se establecieron la EBA (autoridad bancaria), la ESMA (mercados bursátiles) y la EIOPA (seguros y pensiones). Poco después se creó el Mecanismo Único de Supervisión, dependiente del BCE y con más de un millar de empleados, y el Mecanismo único de resolución. Y a todo ello se añaden las autoridades nacionales en cada uno de los 28 Estados miembros de la UE.

La miríada de organismos no parece haberse traducido en una vigilancia más estricta. El BCE ni siquiera da información sobre sus actuaciones disciplinarias. Y un informe del Tribunal de Cuentas europeo criticó duramente a finales de 2016 el nuevo modelo de supervisión y señaló que en el 92% de las inspecciones no participa ni un solo funcionario del BCE.

- El Brexit saca a la luz la amnesia imperial británica (Expansión - FT - **29/3/17**)

(Por Gideon Rachman - Financial Times)

La mayoría de los británicos, incluyendo a los principales políticos, desconocen la historia imperial del país.

Como estrategia de marca, era lamentable. El hecho de que algunos funcionarios británicos se refirieran a sus esfuerzos por firmar nuevos acuerdos comerciales con los países de la Commonwealth como “Imperio 2.0” comenzó como una pequeña broma. Pero la frase ha sido aprovechada por los críticos del Brexit como confirmación de que la idea está basada en la nostalgia del imperio.

Me parece un grave malentendido de la relación de Gran Bretaña con su pasado. La mayoría de los británicos, incluyendo a los principales políticos, desconocen la historia imperial del país.

Sin embargo, esta amnesia imperial tiene una influencia fundamental sobre el Brexit. Demuestra que los partidarios principales del Brexit y los defensores de “Gran Bretaña global” no entienden el pasado, lo cual tiene consecuencias peligrosas para el futuro. Hablan de regresar a la vocación histórica de Gran Bretaña como “gran nación comercial”, cuando en realidad era una gran nación imperial. Esta importante distinción conduce a un exceso de confianza en la facilidad de recrear un destino comercial global, en un mundo en el que Britania ya no domina los mares.

En la era imperial, Gran Bretaña tenía la costumbre de entrar por la fuerza en los mercados globales. La Compañía Británica de las Indias Orientales decidió entrar en guerra cuando sus privilegios comerciales se vieron amenazados y terminó extendiendo su dominio sobre la mayor parte de India. Y cuando China intentó detener el comercio del opio en el siglo XIX, Gran Bretaña optó nuevamente por la guerra, hundiendo la flota china y obligando a la dinastía Qing a ceder Hong Kong.

La ignorancia de los británicos de su propia historia imperial queda de manifiesto en un pasaje de la autobiografía de Tony Blair. El ex primer ministro señala que cuando Reino Unido devolvió Hong Kong a China en 1997, Jiang Zemin, el presidente chino de la época, sugirió que Gran Bretaña y China podrían dejar atrás el pasado. Blair reconoce que “en ese momento, tenía una comprensión limitada de lo que era ese pasado”.

Pero mientras que la élite británica puede haber olvidado en su propia historia imperial, los países que Gran Bretaña considera cruciales para su futuro como una nación comercial no lo han hecho.

Shashi Tharoor, jefe del Comité de Asuntos Exteriores del Parlamento indio, acaba de publicar un crítico relato del gobierno imperial británico en India, que lleva por título “Imperio Ignominioso”. Los británicos que hablan con confianza sobre cómo los “lazos históricos y culturales” de Gran Bretaña con India harán que sea fácil entablar un nuevo acuerdo comercial deben leer el libro de Tharoor. Les convendría ver el mundo a través de los ojos de las superpotencias económicas emergentes del siglo XXI -India y China- países colonizados o derrotados por Gran Bretaña; que, consecuentemente, albergan sentimientos decididamente ambivalentes hacia Reino Unido.

La vaguedad británica sobre el pasado imperial del país refleja la historia que se enseña en las escuelas y universidades. En cuanto a las relaciones de Gran Bretaña con el resto del mundo, los estudiantes aprenden sobre las guerras contra Napoleón y Hitler, pero muy poco sobre el imperio.

Para un historiador marciano lo más interesante de la historia británica moderna seguramente se centraría en el país que construyó un imperio mundial. Pero para los propios británicos, formular la historia nacional en torno a la guerra contra los nazis -en lugar del imperio- responde a un objetivo psicológico. Permitir que Gran Bretaña tenga una imagen de defensora de la libertad y en lugar verse como opresora imperialista.

El hecho de que la victoria en la Segunda Guerra Mundial y la decadencia del Imperio coincidieran más o menos en el tiempo también fue útil. La victoria en Europa fue un momento de triunfo nacional que amortiguó el golpe psicológico de la pérdida del Imperio. Todos los líderes de opinión británicos tienen 1945 estampado en su memoria como el año que marcó la victoria en Europa. Pocos son capaces de recordar que 1947 fue el año de la independencia de India.

La victoria en dos guerras mundiales también ha consolidado el papel del parlamento como símbolo de la nación y de la libertad.

Si la primera ministra Theresa May quiere de verdad forjar un futuro para una “Gran Bretaña global”, podría plantearse cambiar la narrativa que se enseña a sus ciudadanos. Sería útil que los futuros políticos británicos comprendieran la importancia no sólo de 1939, año en que estalló la Segunda Guerra Mundial, sino también de 1839, año en que estalló la primera guerra del opio.

No obstante, sería injusto decir que la clase dirigente británica ha olvidado por completo a los grandes constructores del Imperio. Palmerston, primer ministro en la época de la segunda guerra del opio en la década de 1850, todavía se recuerda en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El gato del edificio lleva su nombre.

- Brexit: cómo cambiarán el Reino Unido y el mundo (El Economista - **29/3/17**)

(Por Matthew Lynn)

Será un momento tranquilo y discreto, sin dramatismos ni fanfarrias. A las 12.30 de este miércoles, Sir Tim Barrow, representante británico en la UE, abandonará una reunión rutinaria de embajadores ante la UE para entregar en mano una carta de su Gobierno a Donald Tusk, el presidente del Consejo Europeo. El artículo 50, que dará inicio al proceso de dos años de salida de la UE, quedará finalmente invocado.

La falta de ceremonia no debería oscurecer la importancia de la ocasión. Y es que invocar el artículo 50 cambiará profundamente a Gran Bretaña y a la UE, reforzará la economía del Reino Unido, a la vez que acelera su disociación del resto de Europa, hará que la UE funcione mejor e incluso puede que sirva para rescatar al euro, aunque disminuya su poder en el mundo, e impulsará el desvío de poder del Atlántico al Pacífico. El veredicto final de la historia está por ver, lógicamente, pero tras la invasión de Irak en 2003 podría acabar siendo el segundo mayor suceso geopolítico del siglo XXI.

En los próximos meses se va a prestar mucha atención a los mínimos detalles del acuerdo de divorcio. ¿Cuánto tendrá que pagar Gran Bretaña para poder marcharse? ¿Qué cuota recibirá de los activos que ha acumulado en cuarenta años de membresía? ¿Qué acceso tendrá al mercado único y con qué condiciones? ¿Las empresas europeas seguirán pudiendo vender sus productos sin aranceles en Gran Bretaña? Habrá peleas amargas y desagradables. Al final, lo más probable es que no se llegue a un acuerdo, por lo menos en el plazo de dos años, y Gran Bretaña acabará comerciando con Europa con las mismas condiciones que Corea del Sur o Japón.

Sin embargo, con el tiempo todo eso se olvidará (como en cualquier divorcio) y ambas partes de la separación seguirán su camino y forjarán su futuro. Si pensamos en décadas en vez de meses o años, ¿qué cambiará la salida del Reino Unido? Tres grandes tendencias merecen atención.

Primero, la economía británica será más fuerte, pero distinta. El consenso en el sistema económico de que el Brexit debilitaría mortalmente al país ha resultado ser una opinión tan descaminada como casi todas las de la élite. En realidad, Gran Bretaña parece haber emergido por ahora en mucha mejor forma. Una importante devaluación de la moneda ha ayudado a sus industrias exportadoras en apuros. Las empresas continúan invirtiendo. Esta semana Qatar ha inyectado otros 5.000 millones de libras en el país. La economía sigue creciendo. Se perderán algunos empleos y sectores, pero se ganarán otros y en último término Gran Bretaña saldrá algo mejor parada. Pero la economía cambiará. El Reino Unido abandona la UE por muchos motivos, pero uno de ellos es que su economía lleva mucho tiempo desviándose del resto. La UE supone el 44% de sus exportaciones, frente al 55% de hace una década (un declive increíblemente rápido, dado el ritmo gélido habitual en que varían los flujos comerciales). Salir de la UE lo acelerará. Esperan que la cuota de mercado baje notablemente en la próxima década y que Gran Bretaña se convierta en un foco comercial de impuestos bajos y regulación más laxa. Nunca será el Singapur de Europa que algunos defensores del Brexit desean. Dejando de lado su cielo grisáceo, es demasiado grande para eso, aunque se asemejará mucho más.

Segundo, la UE estará más unificada, aunque disminuida. Tras la votación, muchos pensaron que sería el primer país en marcharse. Tenía que producirse una victoria sorpresiva de Marine Le Pen en Francia, que no parece demasiado probable ya, y el vencedor probable de esas elecciones, Emmanuel Macron, es defensor acérrimo de más integración. En realidad, la salida del Reino Unido parece haber conseguido que el resto del continente valore más la Unión. Y con el Reino Unido fuera del mapa, perderá a un oponente truculento de más soberanía. La UE podría acercarse mucho más al estado único, que por cierto es precisamente lo que necesita para sobrevivir el euro. En ese sentido, la UE será más fuerte. Pero será también una entidad menor. Teniendo en cuenta que Gran Bretaña, según la tendencia actual, superará a Alemania como la mayor economía de Europa antes de la década de 2030, una UE sin el mayor país del continente (y su principal poder militar) no puede decir que habla en nombre de Europa. Representará solo una parte de ella y la alegación es menor.

Por último, el poder real se negociará entre EEUU y China. Durante buena parte de los últimos sesenta años, la UE ha aspirado a ser una superpotencia real. Al menos algunos de sus defensores la vieron explícitamente como un rival e incluso sustituta de EEUU como gran potencia mundial. Ésa era parte de la justificación de crear una moneda única que pudiera enfrentarse al dólar. Sin el Reino Unido, no ocurrirá. Por el contrario, dejará que EEUU y China compitan entre sí por el dominio global. Ése será el único conflicto geopolítico de importancia real. Una UE pequeña y menos importante garantizará que la historia del siglo XXI se escriba desde el Pacífico. Europa y el Atlántico serán una cuestión secundaria (interesante, sí, pero secundaria).

Lo que ocurra durante los dos años de negociaciones de divorcio no importa mucho. Las trifulcas se olvidarán enseguida. A medio plazo, tanto el Reino Unido como la UE serán muy diferentes después de esta semana y ese proceso tiene muchísimo camino por recorrer.

- La UE cumple 60 años con más achaques que nunca (Expansión - FT - **24/3/17**)

(Por Philip Stephens - Financial Times)

La integración europea afronta el mayor reto de sus sesenta años de historia. Al Brexit se suman el auge del populismo, el proteccionismo, el reto de la inmigración y la amenaza del terrorismo.

El 25 de marzo de 1957 los primeros ministros de seis naciones europeas se reunieron en la capital de Italia para firmar el Tratado de Roma, la base de la fundación de la Comunidad Económica Europea. Sesenta años más tarde, los 27 líderes de la ahora UE volverán a Roma mañana para renovar sus votos. Reino Unido, ausente en la creación, dejará una silla vacía en la celebración del aniversario. Mientras los miembros de la UE discuten el rumbo futuro del continente, la primera ministra Theresa May estará preparándose para el proceso formal que conducirá a la salida de su país de la UE.

“Charles de Gaulle tenía razón”, aseguran los políticos franceses. Tres años después de que se firmara el tratado, Reino Unido cambió de opinión y solicitó unirse al club. El general vetó dos veces las solicitudes británicas. Según él, el tratado era un proyecto del continente y los ingleses nunca renunciarían a su insularidad. Para los británicos Europa estaría siempre en segundo plano después de Estados Unidos y los países de la esfera anglófila. Francia levantó su veto en 1973, pero 44 años después, Reino Unido está solo de nuevo, quiere recobrar su posición de potencia imperial y tener un papel destacado en el mundo.

Pero la UE se enfrenta ahora a retos que van más allá de las vanidades de la pérfida Albión. Aunque las negociaciones del Brexit constituyen el asunto más complicado en el futuro cercano, los 27 tienen otras cuestiones que resolver, algunas de ellas existenciales. Durante décadas Europa fue símbolo de paz y prosperidad, un modelo de cooperación e integración transnacional para hacer olvidar las cicatrices profundas de la historia del continente.

Tras el fascismo y la segunda guerra mundial llegó una época de propagación de la democracia, aumento del nivel de vida y estabilidad política. Estos logros nunca deben subestimarse. Sin embargo, el futuro ya no parece estar asegurado. ¿Ha sido todo esto simplemente uno de los interludios de la historia?, se preguntan los europeos mientras contemplan el resurgimiento de los nacionalismos.

Cuando se firmó el Tratado de Roma, la opinión del gobierno británico era que sus miembros fundadores no llegarían a un acuerdo. Y si por casualidad lo hicieran, el proyecto pronto fracasaría. Una Europa unida estaba muy bien para Francia, Alemania y el resto, pero los británicos miraban a un mundo más amplio: la Commonwealth, una relación especial con Washington. Reino Unido, junto con Estados Unidos y la Unión Soviética, era uno de los Tres Grandes. Eso creía. Quería proteger su soberanía nacional y había ganado la guerra, mientras que los seis miembros fundadores habían sido invadidos u ocupados.

La misma nostalgia post-imperial promovió la campaña a favor del Brexit. Sus partidarios se consideraban los nuevos isabelinos que iban a liberar a su país del continente europeo. No importaban las consecuencias económicas negativas de acuerdos comerciales menos favorables o la perspectiva de tener menos peso en los asuntos mundiales. Reino Unido pronto recuperaría su posición de líder mundial.

Pero esta vez los británicos no son los únicos que tienen nostalgia. Los seis miembros fundadores también están empezando a añorar épocas más felices. La confianza que tenían en el continente hace sesenta años ha sido socavada por varias crisis. Entonces, la integración constituía la base para la reconciliación franco-alemana y también una oportunidad para configurar una Europa diferente. Para los franceses, Europa era la respuesta al gran poder de Estados Unidos; para Alemania era la manera de exorcizar el pasado.

Jean Monnet, uno de los artífices de la creación de la Comunidad Económica Europea, dijo lo siguiente: “Las naciones soberanas del pasado ya no pueden resolver los problemas del presente: no pueden garantizar su propio progreso ni controlar su propio futuro. Y la CEE es solamente una etapa en el camino hacia el mundo organizado del mañana”.

No cabe esperar que se presenten visiones como esta en la Cumbre de Roma. Los políticos actuales sufren el asalto populista de la derecha que se opone a la inmigración y de la izquierda contraria a la globalización. El Brexit constituyó una victoria para el nacionalismo inglés visceral, pero en toda Europa el resurgimiento del chauvinismo está amenazando a las élites internacionalistas: Polonia y Hungría están gobernadas por líderes autoritarios de derechas y el Frente Nacional está luchando por el poder en Francia.

Las fracturas y la fragmentación en la UE han socavado la fe en la solidaridad. Hay divisiones entre los miembros más fuertes del norte y los más débiles del sur y entre las democracias fundadoras del oeste y las tendencias nacionalistas de los antiguos miembros del bloque comunista. Por tanto, no es sorprendente que los políticos de los seis miembros fundadores sueñen a veces con retroceder en la historia: la unión monetaria sería creíble con sólo seis. ¿Y los esfuerzos de Europa para promover los valores democráticos no serían más convincentes si no estuvieran bajo el acoso de los políticos sin mentalidad liberal de Varsovia, Budapest y Bratislava?

Pero no todas las noticias son malas. La UE ha sobrevivido a la oleada de refugiados y emigrantes de Oriente Medio y África. Los británicos siempre pensaban que el proyecto europeo se hundiría, pero la UE ha demostrado ser notablemente resistente a crisis externas.

Por otra parte, después de la crisis, la economía europea está mostrando signos de crecimiento sostenido. Irlanda y España están creciendo a buen ritmo. Los hedge funds ya no apuestan por una ruptura de la Eurozona. Es cierto que Francia podría desestabilizar todo eligiendo a Marine Le Pen como presidenta, pero es más probable que elija al centrista Emmanuel Macron o al republicano François Fillon.

Lo que falta es una hoja de ruta convincente. Jean-Claude Juncker, el presidente de la Comisión Europea, recalcó esta incertidumbre en un informe para los asistentes a la Cumbre de Roma. No hace mucho tiempo, la comisión habría aprovechado la oportunidad para pedir un nuevo impulso hacia la integración: una unión fiscal junto a la unión monetaria, el control de las fronteras nacionales, un componente militar para la política exterior de la UE. Pero en lugar de ello Juncker estableció una serie de vías alternativas, lo que pone de manifiesto el profundo desacuerdo existente entre los miembros sobre la velocidad y la dirección del cambio.

El informe de Juncker contempla la posibilidad de una mayor integración, pero la compagina con lo que en realidad es una opción para salir del paso y un plan para hacer más con menos eficiencia. Pero la opción que han elegido los gobiernos alemán, francés, italiano y español es la de una Europa de diferentes velocidades: habrá países que lleven a cabo nuevos proyectos integracionistas mientras que los que no estén preparados para ello o no quieran hacerlo se quedarán atrás. Reino Unido estuvo a favor de esta idea durante mucho tiempo para formalizar su alejamiento de los proyectos que consideraba más federalistas de la UE.

Detrás de todo esto hay una realidad más dura. La entrada en la UE de los antiguos países comunistas y el aumento de la integración con la creación del euro fueron proyectos de los días agradables de la década de 1990. El liberalismo político y económico había triunfado. La paz y la prosperidad de Europa parecían aseguradas. Los deseos de soberanía nacional eran cosa del pasado. La UE promovería la estabilidad en su vecindad y ofrecería un modelo de integración postmoderna al resto del mundo. Se decía que Europa iba a ser una potencia global.

Pero la UE de 2017 se enfrenta a un entorno totalmente diferente. Los nacionalismos están en auge. La crisis financiera y la subsiguiente recesión económica han minado la confianza de los ciudadanos en la globalización. El aumento de la inmigración ha añadido una dislocación cultural a las dificultades económicas. Rusia está desafiando los principios fundamentales del orden europeo de la posguerra. Estados Unidos está ahora en contra de la integración europea con el ascenso al poder de Donald Trump, quien ha declarado que la UE es un vehículo para la dominación alemana. El francés Macron está totalmente a favor de Europa, pero siempre ha parecido que Angela Merkel es la última defensora de la misión original de la unión.

La dolorosa paradoja es que la fragmentación del orden internacional de la posguerra liderado por Estados Unidos refuerza más que debilita la lógica fundacional de la integración. Ahora es más obvio que entonces que si las naciones europeas quieren amplificar sus voces y promover sus intereses tendrán que actuar de manera concertada. Pocos de los problemas a los que se enfrentan -la agresión rusa, la inmigración, el cambio climático o la delincuencia internacional y el terrorismo- pueden resolverse con soluciones nacionales. Cuando Reino Unido ponga los pies en la tierra después del Brexit y se enfrente a la realidad descubrirá pronto que ondear la bandera nacional no le facilitará convencer a sus aliados o enfrentarse a sus adversarios.

El nacionalismo toca la fibra sensible de los ciudadanos que se sienten excluidos por el liberalismo, por la globalización y por los políticos cuyos intereses parecen inseparables de las élites ricas. En otra época, tal vez a finales de la década de 1950, una generación de políticos podría haber derrotado al populismo al ofrecer una visión más clara del futuro. Pero con la excepción quizás de Merkel, ahora no hay esos líderes. Sesenta años después, la mejor opción consiste en salir del paso y en que haya una Europa de diferentes velocidades.

- Elecciones que fortalecen a Reino Unido (El Economista - **19/4/17**)

(Por Matthew Lynn)

Holanda. Francia. Italia. Alemania. Como si los mercados no tuvieran bastante con el riesgo político al que se enfrenta Europa, ahora tienen además una nueva preocupación añadida. La primera ministra británica, Theresa May, ha convocado unas elecciones generales repentinas para el próximo 8 de junio. Aquellos que esperaban que la agitación política existente en el continente se apaciguara y de este modo poder volver a la valoración de los mercados y de las empresas en función de parámetros tales como los beneficios y el crecimiento, sufren una enorme decepción. La política parece que dominará la agenda hasta bien entrado el verano.

No obstante, es probable que el Reino Unido se diferencie de los demás países. Existe la posibilidad de que las elecciones se conviertan rápidamente en una repetición del referéndum del Brexit, con la nueva discusión a fondo de los argumentos de si Gran Bretaña debería permanecer en la UE o abandonarla. Al final, los Conservadores de May volverán decididamente a ocupar el poder. Y este nuevo mandato les fortalecerá en el momento de negociar la salida, lo que a la larga redundará en un mejor acuerdo para el Reino Unido. Antes se producirán algunas turbulencias inevitables. Pero muy pronto se demostrará la conveniencia de unas elecciones para la libra y el índice FTSE 100. Theresa May no muestra hoy ningún signo de coherencia. Ha insistido repetidamente en que no convocaría elecciones antes de la finalización de su mandato en 2020. Hoy (martes) esto se ha quedado en simple palabrería.

Su antecesor, David Cameron, introdujo unos períodos parlamentarios fijos por lo que la primera ministra ya no tiene poder para convocar unas elecciones por sí sola. Pero presenta una votación en la Cámara de los Comunes. Necesitará la ayuda del Partido Laborista para conseguir la mayoría de dos tercios necesaria. Pero el Partido Laborista ha señalado que respaldará su decisión... y es muy difícil que un partido de la oposición se oponga a ir a las urnas y admita que le aterroriza enfrentarse al electorado. Las elecciones parecen ahora abocadas a celebrarse a principios del verano.

Hay montones de cuestiones que sería conveniente debatir en el Reino Unido. El estado de su servicio sanitario, por ejemplo, su excesiva dependencia de la deuda para el mantenimiento de su economía, o las reformas de su sistema educativo. Pero ya sabemos que el debate estará presidido por una sola cuestión, el Brexit. De hecho, May busca un mandato para su reconversión del Partido Conservador de un partido pro-europeo a un partido contrario a la UE. Y para asegurarse el apoyo electoral para su versión del abandono de la UE, lo que implica la priorización del control de la inmigración y de la restauración de la soberanía sobre el acceso al Mercado Único y la adhesión de la Unión Aduanera.

Todo apunta a que navegará sin esfuerzo hacia una victoria aplastante. Las últimas encuestas colocan a los conservadores unos 20 puntos o más por delante. El líder laborista de extrema izquierda Jeremy Corbyn se anota unas de las peores cifras que ha visto jamás su partido y no ha conseguido ningún argumento coherente sobre la UE. Es partidario de irse pero se opone a la versión de May, pese a que es obvio que no hay muchas más alternativas. Menudo lío. Los liberal-demócratas mantienen una posición definida y perfectamente honorable de revertir el resultado del referéndum. Las fuerzas anti Brexit (que siguen siendo importantes) podrían reunirse bajo esa bandera. Pero salvo que haya un milagro, es difícil que logren mucho más del 10% o 15% del voto. En junio, May volverá seguramente al gobierno con una mayoría considerable y la oposición estará aún más desorganizada que ahora.

Y eso solo puede ser positivo. En realidad, las elecciones conseguirán dos cosas.

La primera y más importante es que zanjarán de una vez el debate. El Reino Unido sigue amargamente dividido respecto a la salida de la UE. Los planes de May se rebatieron en la Cámara de los Comunes, la Cámara de los Lores, los tribunales y la calle. Un núcleo duro de defensores de la permanencia insiste en que la campaña del referéndum se tergiversó con medias verdades y mentiras tajantes, como si no fuera así en cualquier campaña electoral. Sobre todo, defienden que no se votó la versión del Brexit de May. Si regresa al poder, todos coincidirán sin duda en que la discusión está resuelta. Es perfectamente respetable que se defienda la reincorporación a la UE allá por la década de 2020, pero ya no se puede discutir que los británicos quieran salir.

La segunda es que fortalecerá a May en las negociaciones. Los líderes de Bruselas, París y Berlín se han aferrado a la creencia de que el Reino Unido entraría en razón, repensaría su decisión y, aunque no permaneciese en la UE, aceptaría seguir en el mercado único y pagar lo necesario por ello. Podían jugar con el factor de que May es una primera ministra no electa sin apoyo definido a su política europea. Eran dos debilidades. Después de unos comicios, que es cuando las negociaciones se empezarán a poner serias, estará del todo claro que cuenta con el apoyo de sus votantes, que es mucho más de lo que se puede decir probablemente de las personas al otro lado de la mesa. Y eso solo puede ayudar al Reino Unido a conseguir un acuerdo mejor. La amenaza de la UE de “castigar” a Gran Bretaña parecería aún más mezquina.

El 9 de junio, el Reino Unido habrá logrado dos cosas. Tendrá un gobierno estable y seguro para los próximos cinco años, algo cada vez más raro en el mundo desarrollado, y dispondrá de margen para lograr un acuerdo respetable de salida de la UE, con apenas barreras modestas, como mucho, a sus exportaciones al continente. En un mundo en el que las crisis políticas aumentan sin cesar, eso debería convertirlo en uno de los países más estables del G-20. Y si eso no es bueno para la libra y los valores británicos, que baje Dios y lo vea.

- ¿Sobrevivirá el Reino Unido sin la UE? (Expansión - **29/4/17**)

(Por Daniel Lacalle)

Muchos creen que el proceso de salida de la Unión Europea por parte del Reino Unido es una novedad reciente. Sin embargo, ha sido una larga pelea entre dos modelos antagónicos, el de economía dirigida y multilateralista de Francia y Alemania, y el más liberal y soberanista de Reino Unido.

Esa confrontación no se da solo entre esos tres países. Podemos decir que Irlanda, Holanda y Finlandia, por ejemplo, están más cerca del modelo británico y que los países periféricos, España incluida, tienden a favorecer el dirigismo francés. No es solo un tema económico y de soberanía. La idea de que las leyes emanan de un cuerpo normativo impuesto desde los órganos de gobierno, favorecida desde Francia o Alemania, se enfrenta a una legislación basada en la jurisprudencia y que emana de la sociedad civil.

La soberanía en temas legislativos es una parte muy importante, y el debate se ha centrado en la inmigración acudiendo a argumentos simplistas como la xenofobia. Reino Unido no es un país xenófobo. Es un país de inmigrantes. Pero la soberanía a la hora de gestionar esa inmigración es claramente un elemento que ha hecho de ese centro de atracción de nacionalidades un éxito.

Efectivamente, ese choque entre modelos de Estado ya existía, pero llegó a un máximo cuando David Cameron prometió volver de la Unión Europea con un acuerdo que fuera positivo para los británicos y la percepción en el Reino Unido fue de enorme decepción. En realidad, ese acuerdo era lo mismo que ya existía. Y la idea de que la Unión Europea era un enorme lastre pesaba cada vez más en un país que, además de ser el segundo contribuyente neto a dicha Unión Europea tras Alemania, cada vez recibía más cargas de la misma. Ya en febrero de 2017, los laboristas británicos anunciaban que el Reino Unido tendría que revisar 20.833 leyes que vienen de la Unión Europea. Veinte mil ochocientas treinta y tres leyes impuestas desde Bruselas al Reino Unido.

Según Business for Britain, el 64,7% de las leyes británicas están dictadas por Bruselas. Un estudio más detallado nos muestra que la enorme mayoría es regulación de la Unión Europea y, aun así, el 13% de las leyes del país se dictan en Bruselas. Lo veamos como lo veamos, es una cantidad desproporcionada para cualquiera, pero sobre todo para el segundo contribuyente neto, que demuestra que eso que llaman “más Europa” suele ser “más burocracia”.

El tema de la inmigración no es irrelevante, ni tan simplista como muestran algunos. El Reino Unido, en 2016, recibió una cifra récord de inmigrantes netos, más de 336.000. Esa cifra compara con una inmigración neta media desde 2001 que no supera los 200.000 anuales. Claramente, el Reino Unido no rechaza la inmigración, pero el ciudadano medio no entiende que no exista una política adecuada de control. Recordemos que el debate sobre la inmigración no es nuevo, y que fue un elemento esencial de las campañas de Iain Duncan Smith y Michael Howard entre el 2001 y el 2005.

Ante una insatisfacción generalizada con el acuerdo con la Unión Europea, se acabó formando un consenso en favor de la ruptura total de relaciones. Boris Johnson lo resumía de manera sucinta. La Unión Europea no tiene solución y los británicos tendrán mejores oportunidades fuera de ella. ¿Es así?

Empecemos por analizar los extremos que llevaron a que el consenso se equivocara diametralmente sobre el referéndum del Brexit.

Despilfarro

Durante años, líderes laboristas y conservadores desde Gordon Brown a David Cameron han mostrado, con todo lujo de detalles, el despilfarro de la Unión Europea, el intervencionismo, y su desacuerdo en materias tan importantes como la emigración, los refugiados, la seguridad y el comercio. Pero, además, el impacto en pequeñas y medianas empresas de una regulación asfixiante y el riesgo para el corazón de las finanzas del mundo, la City, de una postura europea que obviaba a Luxemburgo pero atacaba constantemente a Londres ha sido muy importante.

Es por ello que, cuando esos líderes se lanzaron a defender la pertenencia a la Unión Europea ante el referéndum del Brexit, casi nadie les creyó. Lógico. Pero no olvidemos que los defensores de permanecer en la Unión no mostraban una fantástica ventaja, sino que hablaban, en la mayoría de los casos, de un mal menor. Una Unión Europea que, efectivamente, era un “dinosaurio renqueante”, pero la alternativa -salir- sería peor. Enfermedad o muerte.

¿Muerte? Veremos.

De momento, la realidad económica del Reino Unido es muy diferente. Recordemos que el consenso de analistas y medios de comunicación estimaban que el Reino Unido entraría en recesión y perdería puestos de trabajo e inversión solamente con el catalizador de un referéndum rupturista. Esas estimaciones han demostrado estar totalmente equivocadas. La libra ha perdido valor, pero sigue cotizando a la media con respecto al dólar y el euro de los últimos cinco años. Solo ha perdido la fortaleza que ganó cuando se temía la ruptura del Euro. Pero el tema de la libra no es tan relevante, ya que se mueve al 10% de los niveles medios de los últimos ocho años. Es curioso, en cualquier caso, que los mismos economistas burbujeros que se pasan el día pidiendo devaluaciones, hablen ahora de debacle por una devaluación.

Pero si miramos los indicadores económicos, Reino Unido ha visto cómo el Banco de Inglaterra tenía que revisar al alza sus expectativas de crecimiento y, además, el desempleo sigue reduciéndose, con una tasa cercana al pleno empleo, a pesar de los cientos de miles de inmigrantes. La confianza del consumidor se ha relanzado y los precios de las casas han corregido un poco, pero recordemos que Reino Unido vivía una burbuja inmobiliaria antes del Brexit.

El discurso de Theresa May sobre el Brexit fue claramente más duro y agresivo de lo que muchos esperaban. Y el “White Paper” de la desconexión muestra claramente una voluntad rupturista que va mucho más allá de tratados parche.

No se nos puede escapar el hecho de que la victoria de Donald J. Trump en EEUU fortalece la posición de Reino Unido en el Brexit. Antes de las elecciones, Barack Obama se presentó una fría tarde en Londres para advertir de las terribles consecuencias del Brexit y de los años que se tardaría en cerrar un acuerdo comercial con EEUU. Unas horas después, tomó el avión y se fue. La llegada de Trump ha mostrado la realidad de poder cerrar un acuerdo bilateral en seis meses. ¿Cómo? Lo decía Carl Icahn: “Do It” (Hazlo).

Mensajes

Los mensajes del Brexit no son anti crecimiento, de momento. Son mensajes de apoyo a la inversión y el comercio global, que es muy diferente al multilateralismo burocrático. Las palabras de Anthony Scaramucci en Davos anunciando que el acuerdo de comercio entre EEUU y Reino Unido podría acelerarse en seis meses supusieron un revulsivo.

Theresa May promete convertir al Reino Unido en un “nuevo Singapur”, líder en comercio, creación de empresas y finanzas. Eso es algo que la Unión Europea debe anotar y afrontar desde el liderazgo.

Es evidente que Theresa May mantiene un discurso firme y de confrontación, mostrando nula flexibilidad con respecto a la Unión Europea, porque percibe un apoyo incondicional de la primera potencia mundial. Theresa May cuenta con otro as en la manga cuando anuncia que “mercado único no, gracias”. La enorme mayoría de los países de la Unión Europea tienen un enorme superávit comercial con Reino Unido, sobre todo Alemania. Es decir, exportan al Reino Unido mucho más de lo que importan. Por ello, muchos defensores del Brexit asumen que cerrar acuerdos bilaterales no solo será más fácil de lo esperado, sino a velocidad exprés, aunque no será tan sencillo. La Unión Europea no se guía exclusivamente por beneficios y relevancia económica y, en este caso en particular, podría ser uno de esos momentos en los que prefiere perder unos cuantos miles de millones en actividad comercial antes que ceder.

La dependencia

El discurso de May muestra que la prioridad absoluta es tener independencia con respecto a los organismos de la UE, y que cualquier otra consideración es secundaria. La Unión Europea, mientras tanto, sigue enfrentándose a importantes retos -inmigración, populismos intervencionistas crecientes bajo crecimiento, crisis bancarias- y debemos tomar esta oportunidad para relanzar la Unión como centro global de crecimiento y atracción de inversiones, porque si “más Europa” continúa siendo más intervencionismo y más burocracia, vamos a encontrarnos con más sustos, no por Reino Unido, sino por Finlandia, Holanda, Irlanda o Francia.

May pone encima de la mesa una importante propuesta. Gestionar su regulación e impuestos para hacer de Reino Unido un centro global de atracción de capital. La Unión Europea no puede ver esto como una amenaza, y, desde luego, se equivoca cuando utiliza métodos de capataz de granja, con Schauble diciendo en Davos que Reino Unido no “puede bajar impuestos” o Moscovici amenazando si se cierran tratados bilaterales. Esas amenazas muestran lo alejado que está el cuerpo burocrático de la Unión Europea de las necesidades de los ciudadanos, Que alguien considere acertado decir en público que no se pueden bajar los impuestos pone de manifiesto el peligro de ese “proyecto político” confiscatorio de la Unión Europea que no es de “los mercaderes” como repite algún populista patrio, sino de los burócratas.

El Brexit es una oportunidad para Europa de acabar con trabas al crecimiento y bajar impuestos para impulsar la economía, y cuando analizamos, debemos ser conscientes de que el riesgo es doble. Por supuesto que hay posibilidades muy importantes de fuga de empresas y talento hacia Europa, pero solo si somos capaces de mostrar que competimos de manera inequívoca en fiscalidad, facilidad para crear empresas y generar empleo.

Europa no puede sentarse mirando a otro lado pensando que el mundo está equivocado. Es una oportunidad de oro para entender el reto de Trump y May, y la importancia de las bajadas de impuestos que lleva pidiendo Draghi y un clamor de empresas y familias. Es una oportunidad de oro para que Bruselas recapacite y entienda que podemos sufrir por la salida de capitales. Nomura estimaba una pérdida de la UE de 63.000 millones de dólares por la repatriación de fondos a EEUU. Solo en diciembre de 2016 salieron más de 78.200 millones de euros de fondos en bonos y registró una caída de la inversión extranjera directa de 52.000 millones de euros, según BNP.

Las estimaciones de pérdida para el Reino Unido deben considerarse, con la misma cautela que las anteriores. Se estima una pérdida de un 5% del PIB potencial hasta 2020 y una caída de las exportaciones adicional. De momento, la pérdida más comentada es la de riqueza de las familias, concentrada en depósitos, ante la caída de la libra.

Oportunidades

Pero miremos las oportunidades. Primero, la salida del Reino Unido de la UE no es traumática, como lo sería la de otros estados miembros o regiones, porque toda la estructura financiera, monetaria, institucional y estructura legal ya existía. Segundo, la competencia de un Reino Unido que hará todo lo posible porque el Brexit sea un éxito debe ser un acicate para que la Unión Europea recupere dinamismo, liderazgo y competitividad.

El Reino Unido propone una bajada del impuesto de Sociedades al 17%, según Gove -EEUU, también. Europa no puede asumir que no hay riesgo de descapitalización manteniendo tipos entre el 25% y el 34%.

De momento, tenemos que ser intelectualmente honestos y reconocer que el consenso se ha equivocado totalmente con los riesgos del Brexit. Ni el crecimiento de Reino Unido ni el de la Unión Europea se han ralentizado. Ambos se han revisado al alza en las últimas estimaciones.

¿Será capaz el Reino Unido de hacer del Brexit un éxito? No lo sabemos, pero algo está claro, no van a sentarse a ver si no funciona. La Unión Europea tampoco puede hacer lo mismo. Convirtamos el riesgo en oportunidad.

(Daniel Lacalle es doctor en Economía, profesor de Economía Global y Director de Inversiones en Tressis Gestión)

- La UE impulsa la creación de un mercado alternativo a la “City” (Cinco Días - **6/6/17**)

Bruselas acelera las reformas legales de los servicios financieros

La industria apuesta por una relocalización en varias capitales europeas

(Por Bernardo de Miguel)

Las elecciones de pasado mañana en Reino Unido supondrán el pistoletazo de salida para la negociación del brexit, que Bruselas y Londres esperan poner en marcha el próximo 19 de junio y rematarlas antes de marzo de 2019.

En el mismo plazo, la UE se ha propuesto establecer un mercado europeo de capitales con capacidad para asumir los servicios que presta la City de Londres, que en estos momentos ejerce como principal centro financiero de la zona euro. El tiempo apremia y la UE ha pisado el acelerador para dotarse cuanto antes de un mercado alternativo.

Las prisas son evidentes y permitieron la semana pasada desatascar la nueva normativa sobre titulización, un acuerdo que, según la Comisión Europea, podría liberar hasta 150.000 millones de euros en capital adicional para la financiación de las empresas europeas.

La semana pasada también se pactó, tras una rápida tramitación, el nuevo reglamento sobre capital riesgo, que ampliará el número de gestores que pueden participar en ese mercado y el tipo de compañías que pueden optar a ese nuevo canal de financiación.

**En total, la UE ha aprobado ya casi dos tercios de las 33 reformas legales necesarias para crear la Unión de Mercados de Capital**. El vicepresidente de la CE, Valdis Dombrovskis, tiene previsto hoy hacer balance ante el Parlamento Europeo de los avances en una unión que se puso en marcha en septiembre de 2015.

El objetivo inicial, curiosamente, era satisfacer en gran parte las demandas de Reino Unido, país muy interesado en desarrollar un mercado en el que mantiene un liderazgo mundial. Pero el proyecto ha adquirido una dimensión política mucho más trascendental tras la decisión de Londres de abandonar la Unión Europea.

Más allá de la carrera de algunas ciudades, como París, Fráncfort o Ámsterdam, por atraer inversiones procedentes de Londres, la estrategia de la Comisión Europea pasa por una integración que permita a la zona euro generar un mercado alternativo, con un volumen y liquidez que plante cara a la City londinense.

Pero la zona euro no aprovecha todo su potencial porque, en gran parte, los mercados bursátiles y financieros se encuentran fragmentados, una demarcación nacional que incluso se ha acentuado a raíz de la crisis financiera de 2008.

“Necesitamos combinar nuestros esfuerzos para fortalecernos en lugar de dividirnos en 27 mercados nacionales”, insiste Dombrovskis.

Después de la victoria del brexit en el referéndum de junio de 2016, Dombrovskis asumió la responsabilidad política de la Unión de Mercados de Capital, atribuida hasta entonces al comisario británico Jonathan Hill. El comisario, enviado a Bruselas por el Gobierno de David Cameron, dimitió poco después de que el primer ministro renunciase tras perder el referéndum.

Con Dombrovskis al mando, la Unión de Mercados de Capital ha pasado a convertirse en un proyecto eminentemente destinado a la zona euro y enfocado a crear una base lo más amplia posible de clientes, servicios y financiación.

Fuentes del sector financiero señalan que la consecución de esa meta no pasa necesariamente por el traslado de gran parte de la City londinense a una sola ciudad europea.

Esas fuentes apuestan por la emergencia de varios centros financieros dentro de la zona euro, cada uno de ellos especializado en uno o varios tramos del mercado.

El objetivo de la CE es completar en 2019 todas las reformas legales necesarias para que entidades financieras, aseguradoras, fondos y brókeres puedan explorar todo el mercado europeo desde el lugar que consideren más adecuado, sin necesidad de depender de la City. Si el calendario se cumple, el remate la Unión de Mercados de Capital coincidirá con la consumación del brexit que arranca dentro de dos semanas.

Más flexibilidad

La ofensiva de Bruselas para potenciar los servicios financieros en la zona euro pasa por una simplificación de la normativa y una relajación de algunos de los requisitos introducidos durante la crisis. Pero la CE estudia también exigir la domiciliación de ciertos servicios financieros en territorio europeo, lo que pondría en peligro la presencia del lucrativo negocio de las cámaras de compensación y liquidación en la City londinense. El Banco Central Europeo, presidido por Mario Draghi, ya intentó sin éxito relocalizar en la zona euro las cámaras de compensación. Tras el “brexit”, podría salirse con la suya.

Las reformas se suceden a ritmo vertiginoso para los estándares de Bruselas. En diciembre de 2016, se relajó la normativa sobre información al inversor, para facilitar las salida a Bolsa. En mayo de 2017, la CE propuso relajar el control sobre los derivados, producto temido a raíz de la crisis. La semana pasada se relajaron las normas sobre capital riesgo y titulización.

El vicepresidente de la CE, Valdis Dombrovskis, también está revisando la estructura de supervisión, que afectará a la Autoridad Bancaria Europa, con sede en Londres. Tras el brexit podría fusionarse con las agencias de Fráncfort o París.

- Elecciones británicas: el bloqueo es la nueva normalidad en Reino Unido (Expansión - FT - **10/6/17**)

(Por Janan Ganesh - Financial Times)

Ningún precedente hace justicia a la velocidad y profundidad del fracaso político de Theresa May.

Cuando la primera ministra conservadora de Reino Unido convocó voluntariamente elecciones generales hace siete semanas, contaba con un liderazgo en los sondeos mucho mayor que todo el porcentaje de voto laborista. La cuestión era si la Victoria de May sería cómoda o digna.

Lo que ha pasado desde entonces es un historia compleja que incorpora sus propias limitaciones como líder, la fuerza sorpresiva del laborista Jeremy Corbyn, el despertar de los jóvenes votantes que vieron la salida de la UE como una amenaza a su futuro, el agotamiento público de una política fiscal dura y un nuevo apetito por la agitación -estrenado en el referéndum sobre Europa del pasado junio- que acalla todos los estereotipos de los británicos. La más estable de las democracias se ha convertido en la caja de sorpresas del mundo occidental.

Nueve días antes del inicio programado de las conversaciones para abandonar la UE, Reino Unido no tiene un Gobierno seguro ni una posición para las negociaciones que obtenga el consenso en el parlamento, menos aún entre el electorado. Proceder en estas circunstancias sería extraño pero May, en uno más de sus errores de juicio, activó el Artículo 50 antes de las elecciones. La fecha tope de dos años para concluir las conversaciones se acercase de forma inexorable.

Hay una salida para este avispero, aunque implica unas elecciones generales. Sí, otras. Ni los laboristas ni los conservadores parecen capaces de conjurar un Gobierno viable en la nueva Cámara de los Comunes. Aunque los Tories lo consigan, probablemente lo harán con un líder diferente, que entonces necesitaría un mandato popular. Un careo a finales de verano entre un nuevo primer ministro Tory (digamos Boris Johnson, aunque al ministro de Exteriores le saldría competencia) y un reforzado Corbyn podría arreglar las cosas.

El problema está en que el Parlamento tendría que votar unas nuevas elecciones generales, y los laboristas no ven ninguna razón para poner en riesgo las ganancias recién logradas, con un gobierno débil y en minoría que ve cómo corre el reloj hacia el proceso diplomático más importante de la historia de Reino Unido después de la Segunda Guerra Mundial.

El bloqueo en Reino Unido es la nueva normalidad. En 2010, hubo un parlamento sin mayoría absoluta. En 2015, una estrecha mayoría conservadora. Ahora, otro parlamento indeciso. En 2005, Tony Blair obtuvo una gran mayoría sobre una base de votantes pequeña. Ha pasado mucho tiempo desde que los británicos se han mostrado entusiasmados por alguien que se ofrezca a gobernarlos. La diferencia ahora son los intereses.

En mitad del caos, que castigó la libra esterlina ante la noticia de una salida de la UE, los mercados pueden consolarse con el hecho de que hay dos sacudidas que parecen menos probables. La primera es la división de Reino Unido. Ruth Davidson dirigió a los Tories escoceses hacia la victoria sobre los Nacionalistas. El referéndum sobre la secesión podrá aparcarse durante un tiempo.

Las elecciones dejan un premio aún mayor: una versión más moderada de la salida de la UE que la planteada por May. Antes de que los proeuropeos pongan el grito en el cielo, los resultados de este viernes pueden interpretarse como una reacción tanto a favor como opuesta al referéndum europeo. Los manifiestos de los dos partidos principales no diferían mucho en este asunto. Pero la primera ministra convocó estas elecciones para asegurarse un mandato con una salida dura de la UE y no lo consiguió. La mayoría de sus posibles sucesores (Philip Hammond, ministro de Hacienda, y Amber Rudd, ministro del Interior, podrían enfrentarse a Johnson) son de carácter pragmático.

May hizo una chapuza con su política social y emprendió una batalla innecesaria sobre la caza del zorro, pero su mayor error tuvo lugar en los primeros meses de su mandato.

Eligió hacer la interpretación más extrema del estrecho margen de los resultados del referéndum. Eligió renunciar a ser miembro del mercado único europeo, buscar la salida de la unión aduanera y, después, barajar la idea de salir de la UE sin un acuerdo formal bajo el brazo. Había opciones. Pero no escogió ninguna. Después envolvió estas opciones en una retórica que hizo a los votantes urbanitas, internacionalistas y de izquierdas preguntarse si había un lugar para ellos en el Reino Unido de May.

Esos votantes no pueden contar con una salida suave. Ni siquiera pueden contar con que la UE ofrezca algo semejante. Pero pronto podrían contar un primer ministro dispuesto a intentarlo.

- El Brexit en cifras: La factura que podría aceptar la UE (Expansión - FT - **17/6/17**)

(Por Alex Barker - Financial times)

La Comisión Europea presenta a diplomáticos de los 27 países miembros las grandes cifras que van a marcar las conversaciones.

Los negociadores del Brexit se reunirán la semana que viene para discutir por primera vez sobre la factura que Reino Unido deberá pagar a la UE, y que en Bruselas calculan que asciende aproximadamente a 100.000 millones de euros. En una reunión informativa mantenida en secreto de cara a las negociaciones que arrancan el próximo 19 de junio, la Comisión Europea expuso sus cálculos a diplomáticos de los 27 países de la UE.

Las cifras arrojan más información sobre cuáles serán las demandas de la UE, los aspectos en los que podría alcanzarse un compromiso y las estrategias negociadoras para llegar a un acuerdo. Las dos partes son conscientes de que las negociaciones sobre la factura del Brexit podrían hacer que el proceso de salida de Reino Unido de la UE sea un éxito o un fracaso.

¿Cuánto piden los 27 países de la UE?

Los cálculos de la Comisión, que hasta ahora se habían mantenido en secreto, ascienden a 86.400 millones de euros en concepto de los compromisos financieros que contrajo Reino Unido como miembro de la UE. Además, Bruselas quiere que Londres asuma pasivos contingentes por valor de 11.500 millones de euros en el caso de que, Ucrania o Irlanda, por ejemplo, no hicieran frente al pago de sus deudas. A estas cantidades se sumarían 1.700 millones de euros por compromisos de financiación al desarrollo. En total, la cifra que la UE exigirá a Reino Unido asciende a 99.600 millones de euros. Según los cálculos de la comisión, la cifra neta sería bastante inferior, al no superar los 60.200 millones de euros.

Los cálculos encajan con el presupuesto de la UE de 2014 a 2020 y reducen la necesidad de que otros países tengan que aumentar su contribución o reciban menos aportaciones. En la cifra se incluyen compromisos de pagos de pensiones y otras responsabilidades contraídas con la UE, que en total ascienden a 83.000 millones de euros y que Bruselas quiere que Reino Unido asuma.

La Comisión calcula que la cuota de Reino Unido en la UE asciende a un 13%, según cálculos históricos. En el cálculo se tiene en cuenta el llamado cheque británico, un descuento que fue negociado en la década de los ochenta, cuando Margaret Thatcher era primera ministra de Reino Unido. En cualquier caso, la UE insiste en que aplicar el descuento para reducir la factura dependerá de si Reino Unido acepta hacer frente a los pagos del sector agrícola en 2019-20, dado que esta contribución aportada por Reino Unido fue inicialmente el motivo por el que se aprobó el descuento. De lo contrario, la cuota del país ascendería al 15%.

¿Qué es lo más importante para la UE?

La postura inicial de la UE adopta la visión más expansiva sobre las obligaciones de Reino Unido. En los últimos meses, la Comisión ha aumentado de forma significativa sus primeros cálculos sobre la factura del Brexit -de 40.000 millones de euros netos y 60.000 millones de euros brutos hasta 60.000 millones de euros netos y 86.000 millones de euros brutos-, después de que algunos países como Francia y Polonia exigiesen una postura más firme.

Las demandas específicas del bloque también se han vuelto más polémicas. Hay un orden jerárquico de intereses y los más controvertidos pueden negociarse los primeros.

Las demandas con más respaldo legal se basan en antiguos compromisos que se firmaron en las rondas de presupuestos anuales, con Reino Unido como miembro. Entre otros, se incluyen las obligaciones de Reino Unido en materia de pensiones, así como 251.000 millones de euros en compromisos a los presupuestos que Reino Unido aprobó antes de 2009, y que se conocen como reste à liquider (resto a liquidar).

Más polémicos son los 133.000 millones de euros que Reino Unido prometió para respaldar proyectos. Estos “fondos estructurales” se asignarán y pagarán después de que Reino Unido haya abandonado la UE. La UE cree que son “compromisos legales” que Londres debe respetar.

Otras demandas quedaron excluidas de la estrategia original de Michel Barnier, el negociador jefe de la UE. Estas afectan a los gastos anuales de la UE que, según diría Reino Unido, el bloque podrá ajustar fácilmente tras el Brexit. Estos incluyen 111.000 millones de euros en pagos anuales a los agricultores. El punto más polémico cubre los 87.000 millones de euros en costes administrativos y proyectos de la UE como los salarios de los comisarios y los gastos en fronteras. La UE sabe que sus argumentos en estas áreas carecen de suficiente peso.

¿Qué es lo mínimo que exige la UE para que comiencen las negociaciones comerciales?

Antes de comenzar las negociaciones sobre el futuro comercial de Reino Unido, los líderes de la UE quieren ver un “progreso suficiente” en lo referente al divorcio. No se ha precisado, deliberadamente, lo que eso conlleva.

Reino Unido podría comprometerse en líneas generales a satisfacer sus obligaciones una vez se haya alcanzado un acuerdo comercial entre la UE y Londres. No obstante, Barnier quiere unas garantías precisas. Su mandato demanda una lista pormenorizada de los compromisos brutos y el método para calcular la parte que le corresponde a Reino Unido.

Sin embargo, hay una cifra que tal vez tenga más importancia para la UE. Su principal prioridad es evitar tener que reabrir los presupuestos a largo plazo de la UE para 2014-2020. Probablemente bastarían unos 20.000 millones de euros en pagos netos para 2019 y 2020 para evitar una desagradable lucha en la UE por los presupuestos actuales, que enfrentaría a contribuyentes netos como Alemania y Holanda contra beneficiarios como Polonia y Hungría.

No obstante, se necesitarían más fondos para cerrar una brecha a partir de 2020 (hay un gran número de facturas por pagar), lo que provoca que las discusiones de la UE para sus próximos presupuestos de siete años sean aún más tensas.

Por este motivo, la UE pretende que Reino Unido cumpla al menos con sus compromisos con los presupuestos a largo plazo, incluyendo los compromisos con el resto a liquidar y las promesas para el fondo estructural. Esto elevaría el total a 64.000 millones de euros en términos brutos y a 40.000 millones de euros en términos netos. No obstante, aunque estas cifras probablemente resultasen satisfactorias para Bruselas, pueden asestar un duro golpe a Westminster.

¿Hay alguna forma de hacer que Londres acepte las cifras con más facilidad?

Hay varias estrategias para hacer que la factura del Brexit sea más del agrado de Londres. Según la estrategia de la UE, la mayoría de estas alternativas se contemplarían en la segunda fase de las negociaciones del Brexit talks, cuando las dos partes hablen sobre los plazos para realizar los distintos pagos.

Reino Unido está más abierto a pagar por una futura relación que a negociar la factura de salida de la UE. Una transición del Mercado único, por ejemplo, implicaría hacer frente a pagos presupuestarios. Y cada año de transición reduciría la factura del Brexit de forma significativa.

La posición de partida de los 27 miembros restantes de la Unión Europea es rechazar cualquier exigencia de Reino Unido sobre los activos de la UE. Es difícil que esto se mantenga. La UE reconoce que la cuota de activos de Reino Unido asciende a 1.700 millones de euros, pero hay cálculos que aumentan la cifra. Aunque también hay otras facturas. Los bancos británicos reciben financiación de la UE. Es probable que Reino Unido también exija una cuota de las reservas del Banco Europeo de Inversiones, que podría ascender a 10.000 millones de euros.

Por otra parte, se podría recurrir a alguna estrategia para ocultar determinados flujos de dinero. Las pensiones de los eurócratas, por ejemplo, podrían ocultarse en otras partidas presupuestarias. Las subvenciones del sector de la agricultura no pasarían por Bruselas y la factura del Brexit. Y algunas promesas de fondos estructurales después de 2019 podrían gestionarse bilateralmente con países de Europa del Este. En otras palabras, fuera del presupuesto de la UE y de la factura del Brexit. Algunas partes de la factura también se pueden ocultar en garantías que no tienen coste alguno hasta su recuento definitivo, que podría retrasarse durante años.

Algunos pasivos incluidos en los 100.000 millones de euros se alargarán durante décadas, aunque la mayor parte vence entre 2019 y 2023. Un plan de pagos estratégicamente estudiado podría reducir las cuotas anuales a una cifra muy inferior a la contribución media al presupuesto de Reino Unido, de 7.000 millones de libras netas, con lo que Reino Unido pagaría menos a la UE tras el Brexit - sin que la financiación de la UE se viera seriamente afectada. Esto sería mucho más fácil si hubiera una transición de dos a tres años y las contribuciones de Reino Unido se extendieran más allá del Brexit.

- Del Brexit duro al suave: seis escenarios posibles (Expansión - FT - **1/7/17**)

(Por Chris Giles - Alex Barker - Financial Times)

¿Cuál es el futuro de Reino Unido? Hay seis escenarios posibles, que suponen en su mayoría una clara ruptura con la UE.

Salida unilateral

El escenario por defecto es que no haya un acuerdo de divorcio. Reino Unido ya no estaría obligado a cumplir los tratados de la UE y no habría sustitutos para los acuerdos internacionales derivados de estos tratados.

Ganadores. Un Reino Unido plenamente soberano podría firmar acuerdos con cualquier país que no tuviera una relación vinculante con la UE. A partir de esta posición, podría negociar nuevas relaciones con la UE y con otros países para beneficio mutuo.

Perdedores. Los cambios serían tan drásticos, que casi todas las empresas británicas se verían afectadas. La falta de acuerdos aduaneros alteraría el comercio en las fronteras. El tráfico aéreo se vería perjudicado por la falta de autorización para volar a la UE. Los camioneros británicos no podrían conducir por la UE. Se impondrían aranceles a bienes y mercancías con controles fronterizos. La importación de alimentos sería un problema. Habría una nueva frontera en Irlanda. La residencia de los ciudadanos de la UE en Reino Unido y la de los ciudadanos británicos en la UE quedaría a merced de los respectivos gobiernos. La UE también se vería perjudicada por la alteración del comercio y al agujero en su presupuesto por la falta de un acuerdo.

Calendario. Podría producirse en marzo de 2019, cuando Reino Unido abandone la EU.

Veredicto del FT. El ministro de Economía británico, Philip Hammond, ha declarado que no llegar a un acuerdo sería un “resultado muy, muy malo para Reino Unido”. En realidad sería peor que eso. No habría casi ningún ganador y Reino Unido se enfrentaría a demandas por el dinero que la UE afirma que le debe. El Gobierno británico se ha retractado de su declaración de que “no llegar a un acuerdo es mejor que llegar a un acuerdo malo”: ahora reconoce que sería una herida auto-infligida de proporciones históricas.

Divorcio pactado

Menos problemático que el escenario anterior. Reino Unido saldría de la UE como consecuencia de haber activado el Artículo 50, pero su relación futura con la UE se negociaría más tarde, con un comercio provisional basado en las normas de la OMC. Seguiría siendo un Brexit muy difícil, ya que no habría un acuerdo para reemplazar al de la UE, pero las dos partes llegarían a un entendimiento, evitando una posición de conflicto.

Ganadores. Al aumentar las barreras comerciales con la UE, Reino Unido tendría que ser más autosuficiente. Los ganadores serían los proveedores nacionales de fabricantes británicos porque tendrían menos competencia. A largo plazo, las empresas con relaciones comerciales con países con los que la UE no tuviera acuerdos preferenciales podrían resultar beneficiadas si Reino Unido firmara acuerdos de libre comercio con ellas. Las empresas británicas podrían hacer más presión para recibir ayudas estatales y firmar contratos con el Gobierno, ahora prohibidos por las reglas del mercado único.

Perdedores. Las empresas involucradas en el comercio entre la UE y Reino Unido se verían afectadas por barreras arancelarias y no arancelarias. Los aranceles serían de hasta un 10% en el sector de la automoción, del 22% en los productos agrícolas y hasta del 59% en productos concretos como la carne de ternera. Habría grandes retrasos en las aduanas, ya que las empresas tendrían que cumplir las normas de las declaraciones de origen.

Calendario. Entraría en vigor en marzo de 2019.

Veredicto del FT. Sería una medida muy proteccionista. El aumento de las barreras comerciales con la UE haría que Reino Unido estuviera más aislado, sin garantías de acuerdos comerciales alternativos a los de la UE. La libertad para establecer sus propias reglas alentaría al país a convertirse en un paraíso fiscal. Además, perdería todas sus ventajas comerciales con los países no pertenecientes a la UE, puesto que fueron negociadas por el bloque.

Acuerdo limitado libre de aranceles

Reino Unido alcanza un acuerdo limitado libre de comercio con la UE para mantener el comercio de mercancías exento de aranceles.

Londres tendría la libertad de cerrar acuerdos con otros países, pero no se le garantizaría el acceso al mercado del sector servicios de la UE. Los controles de aduanas seguirían generando obstáculos al comercio con la UE y las compañías tendrían que duplicar sus cadenas de producción para que algunos productos cumplan con la regulación británica otros se adapten a la normativa de la UE cuando esta difiera de la de Reino Unido.

Ganadores. Dado que en 2016 Reino Unido tuvo un déficit comercial de 95.000 millones de libras con la UE, los beneficiarios serían los fabricantes de la UE que podrían vender sus productos a Reino Unido sin ningún arancel.

Industrias como la farmacéutica y la aeroespacial se beneficiarían de un acuerdo libre de aranceles en lugar de depender de la normativa de la OMC.

Perdedores. El sector servicios se excluiría del acuerdo limitado libre de aranceles. El sector servicios representa casi el 80% de la economía británica. Las empresas financieras perderían su “pasaporte”, que les da derecho a vender en la UE servicios bancarios, seguros y otros servicios financieros.

En las aduanas, que estarían desbordadas, las compañías con cadenas de distribución complejas tendrían que lidiar con todo tipo de obstáculos, además de los aranceles y los retrasos. La agricultura tampoco formaría parte de este tipo de acuerdos comerciales.

Calendario. Probablemente después de 2019.

Veredicto del FT. Es muy probable que ocurra, puesto que la UE está más dispuesta a alcanzar un acuerdo de libre comercio sobre las mercancías que a negociar sobre el comercio del sector servicios. No obstante, este acuerdo no beneficiaría a la economía de Reino Unido, que se basa principalmente en el sector servicios. Reino Unido mantendría una relación con la UE parecida a la de Canadá.

Acuerdo comercial de gran alcance con la UE

Reino Unido firmaría un acuerdo comercial de gran alcance con la UE que cubriría la mayoría de los campos. Pero cuanto más amplio fuese el acuerdo, menor sería el grado de soberanía de Reino Unido.

Ganadores. El sector servicios se beneficiaría de este acuerdo. Los negociadores británicos creen que podría incluir al sector de servicios financieros porque cumple las normas de la UE. Si Reino Unido aceptara la supervisión de la UE, ciertos servicios financieros podrían seguir operando en la UE desde Londres. Las normas sobre la circulación de trabajadores serían más flexibles que en otros escenarios.

Perdedores. En muchos campos Londres tendría que aceptar las reglas de la UE. Habría más burocracia en las aduanas.

Calendario. La UE insiste en que no se podrá llegar a un acuerdo de este tipo mientras Reino Unido sea miembro. Se podría tardar años en ponerlo en práctica.

Veredicto del FT. Londres no tendría libertad para conceder subsidios y no tendría voz ni voto en las regulaciones de la UE. Tendría que seguir haciendo pagos a Bruselas y la UE seguiría influyendo en la legislación británica. Las fricciones en las fronteras y en el comercio con la UE serían mucho menores que en los escenarios más duros. Londres podría firmar acuerdos fuera de la UE.

Unión Aduanera

Una nueva unión aduanera aligeraría el comercio transfronterizo. Reino Unido podría negociar sus propios acuerdos en servicios y agricultura y establecer regulaciones nacionales, pero los aranceles y los acuerdos comerciales de bienes los dictaría la UE. Habría fricciones en el comercio, pero las barreras no arancelarias disminuirían.

Ganadores. Los sectores manufactureros de ambas partes saldrían ganando. No habría que controlar que los bienes no proceden de fuera de la unión aduanera y las empresas británicas se beneficiarían de los acuerdos comerciales que la UE está negociando actualmente.

Perdedores. Los bienes que no se ajustan a la normativa de la UE estarían sometidos a más controles aduaneros. La agricultura podría no estar incluida y el sector servicios no se beneficiaría de un acuerdo únicamente aduanero.

Calendario. El Gobierno británico ha descartado permanecer en la unión aduanera, pero también ha declarado que los acuerdos actuales tendrán que seguir en vigor durante un tiempo después de 2019.

Veredicto del FT. El acuerdo preservaría muchos aspectos de la relación comercial actual. Pero Reino Unido no podría firmar acuerdos de reducción de aranceles con países como EEUU y China, una de las principales razones para el Brexit.

Mercado único

Si Reino Unido pudiese continuar en el mercado único manteniendo su permanencia al Espacio Económico Europeo (EEE) -se haya o no alcanzado un acuerdo de unión aduanera, se aseguraría la consonancia con las normativas de la UE y el comercio libre de aranceles. De esta forma, se podría garantizar que cualquier producto o servicio de Reino Unido podría venderse en cualquier país de la UE. Si en el acuerdo se incluyen las aduanas y la agricultura, el comercio se mantendría como si Reino Unido siguiese en la UE.

Ganadores. Londres podría seguir vendiendo servicios financieros a la UE. Las grandes compañías, los productores de alimentos y las empresas de construcción, o empresas que dependen de la mano de obra de la UE también saldrían ganando, puesto que Reino Unido tendría que aceptar la libre circulación de trabajadores para seguir en el EEE. Las compañías podrían seguir operando como hasta ahora.

Perdedores. Esta medida no gustaría a los defensores de que Reino Unido recupere el control de sus asuntos. Los británicos tendrían que aceptar las normas de la UE sin ninguna objeción.

Si Reino Unido quedase fuera de la unión aduanera, los exportadores británicos tendrían más obstáculos.

Calendario Algunos críticos opinan que, ante la dificultad de elaborar un acuerdo antes de 2019, sólo se podría alcanzar un acuerdo comercial definitivo, lo que significa que Reino Unido tendrá que escoger entre un Brexit complicado o permanecer los próximos años en el mercado único con las condiciones actuales.

Veredicto del FT. Este resultado mantendría a la mayor parte de la economía británica vinculada a la UE, especialmente si se asocia con un acuerdo de unión aduanera. No obstante, Reino Unido no tendría más control sobre sus asuntos del que ya posee. En términos económicos, cuesta ver las ventajas de este acuerdo en comparación con permanecer en la UE, pero el proceso del Brexit sería más sencillo.

- La City presenta un plan a Bruselas para su sector financiero (Expansión - FT - **4/7/17**)

(Por Patrick Jenkins - Financial Times)

Los bancos temen que tengan que desplazar a miles de sus empleados a centros financieros como Frankfort y Dublín.

Una delegación de la City londinense viajará a Bruselas esta semana con una propuesta secreta sobre un posible acuerdo de libre comercio en el sector financiero que intentará disipar las dudas sobre el posible traslado de las operaciones del sector al continente.

La iniciativa, encabezada por Mark Hoban, ex ministro de la City, es independiente del Gobierno, aunque cuenta con su apoyo extraoficial, según personas del entorno.

Hace tiempo que Londres se convirtió en centro de operaciones de la UE para las empresas de servicios aprovechando la legislación que permitía a Reino Unido vender los servicios financieros en el resto de la Unión Europea.

Desde que arrancó el proceso del Brexit, los ejecutivos del sector financiero han manifestado su inquietud ante la posibilidad de que no se alcance un acuerdo para que Reino Unido tenga fácil acceso a los mercados antes de la fecha límite de marzo de 2019. Los bancos en concreto temen que tengan que desplazar a miles de sus empleados a centros financieros como Frankfort y Dublín. Barclays se ha convertido en la última entidad en trasladar parte de sus operaciones a Irlanda.

La propuesta de la City intenta disipar el temor de los ejecutivos del sector financiero, que temen dejar su destino en manos de los negociadores británicos y que las conversaciones se centren en asuntos relacionados con el divorcio y mantengan la postura de un Brexit duro anunciada por Theresa May.

La delegación de la City, que ya ha recibido el apoyo de las autoridades alemanas en su viaje a Berlín, espera convencer a países como España y Francia sobre las ventajas de su plan, lo que podría influir en la Comisión Europea durante las conversaciones con los negociadores británicos.

Según uno de los cálculos más detallados del posible coste que supondría para los bancos británicos si su país dejara de tener acceso a la UE los gastos de reestructuración ascenderían a 15.000 millones de libras y los requisitos de capital Tier 1, a 40.000 millones. La iniciativa de la City llega después de que la Autoridad de Conducta Financiera anunciara que el regulador financiero británico quedaría excluido de ciertas reuniones con sus socios europeos a medida que las negociaciones del Brexit vayan avanzando.

Aun así, el principal negociador de la UE, Michel Barnier, ha asegurado que debería haber acuerdos concretos con la City, donde hasta ahora se han llevado a cabo gran parte de las actividades financieras de la UE.

Sin embargo, Bruselas no está dispuesta a hablar de una futura relación con Reino Unido hasta que no se hayan hecho suficientes progresos en el proceso de divorcio.

El plan de Hoban se basa en un principio de “mutuo acceso” que permitiría a los grupos financieros de Reino Unido y a los 27 miembros de la UE operar en sus respectivos mercados sin barreras, aunque Reino Unido abandone el mercado único. Hoban también propone una supervisión compartida de la autoridad reguladora y un mecanismo conjunto de resolución de disputas.

- El Brexit y la perspectiva de una humillación nacional (Expansión - FT - **12/7/17**)

(Por Gideon Rachman - Financial Times)

La situación está muy mal en la tierra del Brexit. El gobierno británico es débil y está dividido. La UE se muestra segura e inflexible.

El reloj de la negociación avanza y sólo los más crédulos piensan ya que se les ofrece un Brexit favorable. Reino Unido parece enfrentarse a una elección entre tres tipos distintos de humillación.

La primera humillación es que Reino Unido alcance tal grado de desesperación por llegar a un acuerdo que se vea forzado a aceptar las condiciones de la UE, más o menos en su totalidad. Esto implicará que Londres acceda a pagar una factura de hasta 100.000 millones de euros en términos brutos, sólo para que las negociaciones comerciales sigan adelante. Para asegurarse entonces el acceso al mercado único, Reino Unido tendría que hacer más concesiones aleccionadoras -aceptar el libre movimiento de personas y la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

Otro desenlace humillante alternativo implicaría que Londres se niegue a aceptar estas condiciones y salga de la UE sin llegar a un acuerdo en marzo de 2019. Los productos y los camiones británicos se amontonarían entonces en los puertos del Canal de la Mancha, al encontrarse con nuevas barreras comerciales y arancelarias. Las pérdidas de empleos aumentarían en el sector manufacturero y en diversas industrias de servicios, desde las finanzas al sector farmacéutico. Y la economía sufriría un golpe permanente a medida que la inversión se desviase hacia Europa continental. Un Reino Unido debilitado recurriría entonces a los EEUU de Donald Trump, con la esperanza de que el presidente estadounidense cumpliese su promesa de cerrar un acuerdo comercial “muy, muy grande”. Pero el sueño de un “Reino Unido global” próspero parecería una broma de mal gusto.

El tercer escenario humillante conlleva que Reino Unido se dé cuenta de que no se le ofrece un Brexit bueno, abandone la idea y vuelva sumisamente al redil de la UE. Para asegurar que los 27 países de la UE acepten este desenlace, Londres podría tener que desembolsar su aportación a los presupuestos.

Todos estos resultados causarán consternación y enfado en Reino Unido. Pero hay un argumento que defiende que una dosis de humillación nacional puede ser buena para un país. El escritor Ian Buruma exponía hace poco que la política británica y estadounidense se ha vuelto vulnerable al daño causado por el nacionalismo porque, después de la Segunda Guerra Mundial, “una generación detrás de otra ha crecido con la sensación de ser especial”.

El resto de grandes naciones de Europa experimentaron la ocupación, la derrota, la humillación o el colapso de la democracia durante el s.XX. Reino Unido, en cambio, se enorgullece de no sucumbir nunca, en su historia moderna, al extremismo político o a la derrota militar. Sin embargo, visto desde la perspectiva de Bruselas, el orgullo nacional de Reino Unido ha convertido a Londres en un cliente incómodo que nunca ha aceptado las cesiones de soberanía necesarias para que la UE funcione. Los eurócratas murmuran que si Reino Unido es humillado por el Brexit, esto podría tener un efecto positivo a largo plazo, convenciendo a la nación de que termine regresando a la UE haciendo una valoración más realista de su propio poder, y de los beneficios del proyecto europeo.

¿Pero resulta realmente buena la humillación para un país? Cabe exponer que el preciado historial británico de moderación política guarda relación con el hecho de que el país en realidad nunca ha sido humillado. Los países furiosos o confusos se refugian a menudo en el extremismo político o en el nacionalismo agresivo. El Gobierno chino ha convertido la venganza por un “siglo de humillación” (que empezó en 1839) del país en el núcleo de una ideología nacionalista que sus vecinos encuentran cada vez más amenazante. La sensación de humillación de Vladimir Putin por el colapso de la Unión Soviética ha motivado el revanchismo ruso en Ucrania y Georgia. Si nos remontamos más atrás, la humillación alemana a consecuencia de la derrota en la Primera Guerra Mundial y las condiciones punitivas el Tratado de Versalles, tuvo un importante peso en el ascenso de Hitler.

Pero si la Alemania posterior a 1918 sirve de advertencia sobre los peligros de la humillación nacional, la Alemania posterior a 1945 demuestra que, en ocasiones, la humillación puede ser buena para el alma. De las ruinas físicas y morales del nazismo, la siguiente generación de alemanes construyó un país que en la actualidad es rico, estable y admirado.

Afortunadamente, por mal que termine el Brexit, nunca será una humillación comparable a la responsabilidad por el Holocausto o a la ocupación por parte de una potencia extranjera. En cualquier caso, cualquiera de las tres posibles humillaciones por el Brexit asestará un profundo golpe a la confianza nacional.

Es probable que el enfado resultante de la opinión pública vuelva a polarizar la política interior. Es posible que la derecha nacionalista culpe a los europeos de aliarse presuntamente contra Reino Unido y al establishment liberal británico de “vender el país”. La izquierda “corbynita” también avivaría el descontento contra el establishment, y aprovecharía el caos general para presionar a favor de una expansión masiva del Estado -y de un realineamiento radical de la política exterior y de defensa de Reino Unido. Eso, a su vez, daría pie a una narrativa contra la radicalización en la derecha.

Pero también es posible imaginar escenarios más alegres. Un país que ha convertido el tema “Always Look on the Bright Side of Life” (fíjate siempre en la cara positiva de la vida) en un himno nacional alternativo, podría ser capaz de hacer caso omiso de esa humillación. Los estereotipos sobre el “carácter nacional” de Reino Unido suelen enfatizar el pragmatismo, el sentido del humor y la capacidad de enfrentarse a la adversidad. Los británicos podrían necesitar todas esas cualidades para sobrellevar los efectos secundarios del Brexit.

- El argumento democrático para detener el Brexit (Expansión - FT - **19/7/17**)

(Por Gideon Rachman - Financial Times)

Si la nueva información justificó una segunda votación sobre la pertenencia a la UE, ¿por qué la nueva información no valida una segunda votación sobre el Brexit?

La campaña para detener el Brexit está ganando impulso. La señal más obvia son los crecientes rumores sobre un segundo referéndum. Por el momento, son principalmente los ex políticos, como Tony Blair y Nick Clegg, quienes han expresado su deseo de impedir que Reino Unido abandone la UE. Mientras, los políticos actuales tienden a hablar de un “Brexit suave”. Para algunos, esto no es más que un código práctico, o un punto intermedio, para conseguir su verdadero objetivo: detener el Brexit por completo.

La razón por la que los partidarios de la permanencia siguen siendo tan cautelosos a la hora de rechazar explícitamente el Brexit es tienen miedo de parecer antidemocráticos. Y conforme aumentan las evidencias de que el Brexit será una mala noticia para la economía, el bando partidario de la salida vuelve a retomar el argumento principal: “el pueblo ha hablado”. Independientemente de cuáles sean los costes económicos, el Brexit debe seguir adelante. Cualquier otra propuesta sería un insulto a la democracia. Este argumento viene acompañado, a veces, de predicciones nefastas sobre agitación social si la voluntad del pueblo se ve frustrada por los dirigentes políticos.

Si los defensores de la permanencia quieren tener alguna posibilidad de bloquear el Brexit, deben encontrar una tesis contraria al argumento sobre la democracia, lo cual será cada vez más fácil a medida que se evidencien las contradicciones del proyecto del Brexit.

La clave reside en el famoso eslogan de Theresa May: “Brexit significa Brexit”. Esta declaración trataba de mostrar decisión y claridad. Sin embargo, era una redundancia sin sentido que subrayaba el hecho de que el “Brexit” podía tener una gran variedad de significados.

La mayoría de los votantes que forman parte del 52% que apoyó el Brexit, constituyen dos minorías que votaron por dos ideas incompatibles. La minoría más numerosa parece estar a favor del “Brexit duro”, que prioriza el control de la inmigración sobre el acceso al mercado único. Pero una minoría sustancial de quienes apoyaron el Brexit da mayor prioridad al libre comercio que a los controles fronterizos. Estas dos minorías se convirtieron en mayoría porque la campaña por la salida los convenció de que no había otra opción. Reino Unido podría mantener unas relaciones comerciales sin fricciones con Europa, al mismo tiempo que pone fin al libre movimiento de personas y los pagos a la UE.

Ahora, es obvio que esta visión de un Brexit “indoloro” era una ilusión. A medida que las opciones reales se aclaran, la pequeña mayoría favorable al Brexit podría desmoronarse fácilmente. Es algo que parece más probable si se tiene en cuenta que las encuestas de opinión han sugerido, de manera reiterada, que la mayoría de los votantes no están dispuestos a pagar un precio económico personal para asegurar el Brexit.

Cuanto más obvia resulta la inconsistencia de la visión original de los partidarios del Brexit, más insistente es su argumento de que un segundo referéndum sería antidemocrático. Pero la concepción democrática del bando a favor de la ruptura es similar a la de un dictador del tercer mundo: “un hombre, un voto, una vez”. En otras palabras, una vez que se ha tomado una decisión vía referéndum, ésta no puede ser revocada.

Éste es un principio que nunca se aplicaría a una democracia electoral en la que es esencial que el consentimiento de los ciudadanos se renueve cada cinco años, como mínimo. Se ha afirmado que los referendos son distintos. Pero, ¿lo son realmente? La única razón de que esté sucediendo el Brexit es porque un referéndum sobre la adhesión a la UE celebrado en 1975 se ha revertido en un segundo referéndum celebrado en 2016.

Los partidarios del Brexit sostienen que una nueva votación sobre la adhesión a la UE estaba justificada porque la UE ha cambiado de forma sustancial desde 1975. Pero el Brexit que será presentado al pueblo británico es muy diferente del que muchos votantes apoyaron en el referéndum. Si la nueva información justificó una segunda votación sobre la pertenencia a la UE, ¿por qué la nueva información no valida una segunda votación sobre el Brexit?

Algunos opositores a un segundo referéndum rechazan la idea no porque sea antidemocrática, sino porque temen una reacción violenta de los votantes que apoyaron el Brexit. Existe un sector nacionalista violento en Reino Unido que podría levantarse en respuesta a los esfuerzos de revertir el Brexit. El asesinato de Jo Cox, la parlamentaria defensora de la inmigración y que apoyó la campaña contra el Brexit, recuerda que no se debe tomar esa posibilidad a la ligera.

Pero si se consigue detener el Brexit, sería a través de un proceso legal y democrático, y no de un golpe de Estado. Y ninguna sociedad gobernada por la ley debe dejarse intimidar por la amenaza de la violencia.

El verdadero problema es si se puede convencer al pueblo británico de la necesidad de un segundo referéndum. Al igual que sucede con la independencia de Escocia, existe una comprensible oposición pública a reabrir un tema controvertido. Para los que apoyan quedarse en la UE, el mayor riesgo es que los verdaderos costes del Brexit no se hagan patentes hasta después de que Reino Unido haya salido de la UE, y sea demasiado tarde para revertir la decisión.

Esto puede ser posible, tal vez incluso factible. Pero también cabe la posibilidad de que en los próximos dos años aparezcan hechos más contundentes a favor de la necesidad de una segunda votación. Uno de esos escenarios sería una grave ruptura de las negociaciones, con el riesgo de no llegar a un acuerdo de Brexit. Otro sería una serie de concesiones que dejen claro que las promesas del Brexit -como los 350 millones de libras esterlinas adicionales a la semana para el Servicio Nacional de Salud- no se cumplirán.

Cabe esperar, asimismo, que la incompetencia y las luchas internas dentro del actual Gobierno de May minen los argumentos a favor del Brexit a cada semana que pase. Llegado cierto punto, el pueblo británico podría llegar a la conclusión obvia de que los partidarios del Brexit han tenido su oportunidad - y han fracasado. Entonces, será el momento de retomar el control.

- Theresa May propondrá hoy a la UE un periodo de transición tras el Brexit (Expansión - **21/9/17**)

La primera ministra está dispuesta a mantener la actual relación con Europa más allá de marzo de 2019.

La primera ministra británica Theresa May prevé anunciar hoy su disposición a pactar un periodo de transición tras el Brexit (salida de la Unión Europea), por el que Reino Unido mantendrá una relación similar a la actual con el resto del continente durante varios años tras marzo de 2019, la fecha prevista para el divorcio.

En un discurso en Florencia (Italia), May apuntará a un “tiempo limitado de implementación del Brexit, ofreciendo certeza y claridad a las empresas y los ciudadanos”, según adelantan fuentes de Downing Street.

Las patronales empresariales de Reino Unido y las firmas de la City de Londres vienen pidiendo desde hace tiempo al Gobierno británico que negocie ese periodo transitorio, ya que consideran muy difícil llegar a la fecha del Brexit habiendo alcanzado un acuerdo que impida una súbita perdida del acceso al mercado único. Esa prórroga facilitaría negociar ese pacto alternativo y la adaptación de los negocios a la nueva situación.

No está claro si May detallará el plazo que desea para esa transición, aunque se especula en Londres con unos dos años. Tampoco se espera que la primera ministra detalle la cantidad que Londres está dispuesto a pagar a Bruselas para saldar sus compromisos pendientes con el presupuesto comunitario.

La cifra apuntada por la prensa británica (20.000 millones de libras) equivale a las contribuciones británicas desde marzo de 2019 hasta el final de 2020, periodo que coincide con el posible plazo de transición, apunta Sam Hill de RBC Capital Markets.

Los analistas creen que esta hipotética oferta no convencería a Bruselas, que pide al Gobierno británico que financie también parte de las inversiones a largo plazo aprobadas ya por la UE en varios países y aporte dinero para cubrir parte de las futuras pensiones de los trabajadores de la Comisión. Según una nota de Barclays, la factura final podría situarse entre los 40.000 y los 50.000 millones de libras.

Theresa May mostrará hoy su deseo de un acuerdo amistoso de ruptura: “Aunque la salida británica de la UE es inevitablemente un proceso difícil, es en el interés de todos nosotros que las negociaciones tengan éxito. Creo que compartimos un profundo sentimiento de responsabilidad para hacer que este cambio sea sensato y suave”.

Negociaciones atascadas

Hasta ahora, las negociaciones han estado atascadas por el citado asunto de la factura final británica, la petición europea para que se respeten al máximo los derechos de los europeos que residen en Reino Unido, y por la dificultad de mantener abierta la frontera entre Irlanda del norte y la República de Irlanda tras el Brexit.

Según las condiciones planteadas por Bruselas, solo cuando se aclaren estos asuntos, se podrá pasar a hablar de un acuerdo sobre un futuro tratado comercial entre ambas partes. May podría dar pasos hoy también para garantizar los derechos de los europeos en Reino Unido.

La intención de la primera ministra era ser más generosa en su discurso de hoy, para facilitar el avance de los contactos. Pero miembros de su propio Gobierno, como el ministro de Exteriores Boris Johnson, vienen presionando para que Theresa May mantenga una posición de firmeza y mantenga la puerta abierta a un divorcio hostil sin acuerdo con la UE.

- Theresa May pide dos años de transición para abandonar la UE (Cinco Días - **22/9/17**)

La primera ministra británica asegura que seguirán aportando al presupuesto comunitario hasta 2020

Afirma que ese periodo es “en el interés mutuo”

(Por Bernardo de Miguel)

La primera ministra británica, Theresa May, ha abandonado este viernes las posiciones más duras sobre el brexit y se ofreció a negociar todas las demandas de la UE con tal de evitar un cataclismo en marzo de 2019, cuando expira el plazo de dos años fijado para negociar la definitiva salida del Reino Unido del club. A cambio pide un período transitorio de otros dos años (hasta 2021) y una relación como socio privilegiado a partir de entonces.

El drástico giro de la tambaleante líder británica fue recibido con satisfacción en Bruselas. Pero podría costarle una rebelión del ala euroescéptica de su partido, liderada por el ministro de Asuntos exteriores, Boris Johnson, que no oculta sus deseos por un brexit duro ni su disgusto con las tácticas de negociación de May.

Por si acaso, May pronunció su discurso en la ciudad italiana de Florencia, lejos de un Londres donde sus palabras provocaron agitación y una caída de la cotización de la libra esterlina ante la falta de detalles sobre cómo espera lograr May ese trato de favor de la UE.

“Los ciudadanos y las empresas, tanto en Reino Unido como en la UE, saldrían beneficiados con un período para ajustarse a la nueva situación de manera suave y ordenada”, señaló May. La primera ministra cifró ese plazo “en dos años”, lo que aplazaría la salida efectiva y definitiva del Reino Unido al menos hasta 2021, cinco años después del referéndum del 23 de junio de 2016 que desencadenó el brexit.

El ruego de May llegó acompañado de una cascada de gestos de buena voluntad hacia Europa, con la esperanza de relanzar las negociaciones iniciadas con poco éxito en marzo del año pasado. La primera ministra se comprometió a saldar las cuentas con el club europeo hasta 2020 (aunque sin concretar una oferta económica) y a respetar los derechos de los tres millones de europeos que residen o trabajan en Reino Unido.

May, además, retiró las veladas amenazas lanzadas en anteriores discursos y documentos, en los que había sugerido la posibilidad de convertir a Reino Unido en un paraíso fiscal para dañar a la UE y había amenazado con restringir la colaboración en la lucha antiterrorista si no se lograba un acuerdo sobre el brexit satisfactorio para Londres.

Las palabras conciliadoras de May llegan solo 48 horas antes de las elecciones en Alemania, una señal a la canciller Angela Merkel, de quien espera obtener ayuda para un brexit suave si, como parece muy probable, sale reelegida. La industria alemana no oculta su deseo de una transición suave, como pide May, y una relación comercial especial a partir de entonces.

El negociador-jefe de la UE, Michel Barnier, celebró el cambio de tono en Londres. “Theresa May ha expresado un espíritu constructivo (...) y su discurso muestra el deseo de avanzar”, señaló.

Barnier considera “un paso adelante” la oferta sobre los ciudadanos europeos, pero espera que se concrete. Y también se reserva la última palabra sobre la oferta presupuestaria de Londres, para comprobar si cubre todas las partidas. Bruselas no ha puesto cifra a su factura pero podría oscilar entre 40.000 y 60.000 millones, aunque algunos cálculos la elevan a 100.000 millones.

Barnier confía en que el discurso de May permita avanzar más rápido, aunque la situación en Londres parece cada vez más caótica.

Las negociaciones se retoman el lunes

El negociador jefe de la UE para el brexit recordó este viernes que las principales prioridades de Bruselas en la negociación con Londres son la situación de los europeos residentes en el Reino Unido y los británicos en el resto de la UE, las relación fronteriza entre Irlanda e Irlanda del Norte y la factura del “divorcio” entre Londres y Bruselas.

Las delegaciones de la Unión Europea y Reino Unido han celebrado hasta ahora tres rondas de negociaciones en las que se han logrado exiguos avances. En la última de ellas, celebrada a finales de agosto, Bruselas advirtió que solo estaba avanzando en temas secundarios, como en el estatus de los trabajadores transfronterizos, los procedimientos en marcha ante los tribunales de justicia o el área de viaje común entre Reino Unido e Irlanda. Las parálisis llevaron a Barnier a proponer a Londres elevar la frecuencia de las reuniones.

Este lunes arrancará en Bruselas la cuarta ronda de negociaciones, que se prolongará hasta el jueves. Las tres anteriores arrojaron escasos resultados. El discurso de May y la conclusión del período electoral en Alemania podrían permitir mayores avances a partir de ahora.

- Moody's rebaja la nota de Reino Unido por la incertidumbre sobre el “Brexit” (El Economista - **22/9/17**)

La agencia de calificación crediticia Moody's ha rebajado un escalón, de Aa1 a Aa2, el “rating” de Reino Unido a largo plazo, en gran medida por las consecuencias que podría tener para su economía la incertidumbre relacionada con el proceso de ruptura con la Unión Europea.

Moody’s, que sitúa en estable la perspectiva de la calificación, ha explicado que las finanzas públicas británicas han sufrido un debilitamiento “significativo” desde el último examen, con unos planes de consolidación fiscal cada vez más cuestionados y una deuda que, en principio, seguirá aumentando.

La economía

La agencia también teme que la presión fiscal aumente por la “erosión” de la fortaleza económica de Reino Unido a medio plazo, debido al proceso de negociaciones con la UE y a las complicaciones políticas que conlleva a nivel interno.

Moody's analiza las consecuencias que el “Brexit” acarreará para la economía británica y, en este sentido, no prevé que Reino Unido recupere sus niveles históricos de crecimiento en los próximos años. “La UE es, de largo, su mayor socio comercial”, ha recordado.

En este sentido, no espera que Reino Unido vaya a ser capaz de acordar algún tipo de acuerdo comercial que compense “el impacto económico negativo” con el “Brexit”. Incluso en “el mejor escenario”, el nivel de relaciones no será equivalente al actual mercado común, según Moody's.

- May propone crear un tribunal compartido para que resuelva las disputas entre la UE y Reino Unido tras el Brexit (El Economista - **22/9/17**)

En el esperado discurso de Theresa May, premier británica en Florencia, que abrirá la nueva ronda de negociaciones del Brexit, la dirigente se ha comprometido a respetar las decisiones del TJUE que “afecten a los ciudadanos europeos en Reino Unido” hasta que el país abandone la UE; pero indica que después ni los tribunales británicos ni europeo podrán hacerse cargo de las disputas que surjan. Propone “crear un mecanismo fuerte” y compartido de justicia que las resuelvas.

Tal como se había filtrado en la prensa británica, la premier británico ha tendido la mano al resto de líderes europeos con un acuerdo de transición de dos años en el que Reino Unido aceptará someterse a las normas de la UE y a seguir con las aportaciones económicas hasta 2020 al presupuesto comunitarios. Una cifra que puede oscilar sobre los 20.000 millones, y que está lejos de los 100.000 millones que pide Bruselas.

Por primera vez, la ministra británica habla públicamente de dinero, o de lo que se ha conocido como la factura del Brexit que tiene que pagar el Reino Unido por su salida del bloque comunitario. Con ello, May espera desencallar las negociaciones que estaban atascadas por la falta de concreción de cifras por parte británica.

May ha mostrado una cara más amable en territorio europeo. Y también ha cedido parcialmente en otros de los temas espinosos que mantiene Londres con Bruselas sobre el papel que tiene jugar el Tribunal de Justicia de la Unión Europea. La premier se ha comprometido a que las sentencias europeas serán tenidas en cuenta cuando afecte a los ciudadanos europeos en el país. Pero solo hasta 2020. Ha añadido que quiere que los ciudadanos europeos que viven en Reino Unido se queden con los mismos derechos.

Mecanismo común de justicia

Que sus propuestas pongan el límite en 2020 no es causalidad. La fecha marcada en rojo para que el Brexit se materialice es de marzo de 2019, con lo que el tiempo extra para pagar y aceptar las normas europeas entran en el campo de las concesiones a Bruselas.

May ha explicado que cuando se produzca la salida de Reino Unido de la UE no será posible que ninguno de los tribunales británicos sea capaz de zanjar las disputas legales que surjan. Ha propuesto la creación un mecanismo fuerte y compartido cuyas decisiones sean aceptadas por ambas partes.

Seguridad y terrorismo

Aunque la dirigente tampoco ha desaprovechado para ratificar las líneas generales que ha defendido Reino Unido durante las negociaciones. **“Jamás se ha sentido completamente en casa y la UE nunca ha formado parte de la historia nacional”, ha dicho May.**

Con todo, la primera ministra ha reiterado que Reino Unido nunca terminará de desvincularse con las naciones europeas gracias a los valores que comparten. **“Podremos dejar la UE, pero no vamos a dejar Europa”**, ha manifestado May, antes de destacar que “el éxito de la Unión Europea va en beneficio de Reino Unido”.

Modelo creativo

En este sentido, May ha dado un giro al planteamiento sobre la seguridad y lucha contra el terrorismo. En algunos momentos de la partida, Londres especuló con hacer la guerra por su cuenta contra el terrorismo. May ha garantizado un “compromiso incondicional con la seguridad en Europa”, con la firma de un nuevo tratado.

Además, ha insistido en pedir a los líderes europeos un “modelo creativo” para las relaciones comerciales de las islas con el continente. May ha subrayado que los acuerdos existentes de la UE con Canadá o Noruega, no son suficientes para Reino Unido. Su Gobierno busca mantener el acceso al mercado comunitario, aunque los partidarios de un Brexit duro optan por perder el libre el acceso al territorio continental.

Valoraciones

Desde el punto de vista político May ha realizado concesiones. El mensaje británico ha pasado de “mejor un no acuerdo a un mal acuerdo” a intentar ser más constructivo, pero desde el punto vista pragmático y de las negociaciones abiertas, a las propuestas “le han faltado detalle y pueden ser insuficientes” para que satisfaga a la UE, indica James Knightley, economista jefe de ING.

El experto destaca que pese a la concesión económica no ha puesto encima de la mesa la “factura definitiva” de la salida del Reino Unido, que además de incluir las aportaciones al presupuesto comunitario, afecta a los pasivos por pensiones, compromisos jurídicos y otros económicos.

- Barnier y Davis chocan en el orden de las negociaciones del Brexit (Expansión - **26/9/17**)

(Por Miquel Roig)

Comienza la cuarta ronda de negociaciones para que Reino Unido salga de la UE.

Hoy empieza la cuarta ronda de negociaciones entre Bruselas y Londres para pactar las condiciones de salida de Reino Unido de la Unión Europea. Y lo hacen en un estado muy similar a como acabaron las anteriores: con los británicos jugando al ratón y al gato y los europeos valorando cada paso adelante, pero pidiendo más concreción. Pero además, Michel Barnier, negociador jefe del Brexit por parte de la UE a 27, y David Davis, su homólogo británico, han mostrado públicamente uno de los principales escollos: el orden de la negociación.

Por un lado, Bruselas no quiere hablar de acuerdos futuros ni de la fase de transición de dos años que pide Londres hasta que no haya un acuerdo en los tres puntos principales del divorcio (derechos de los ciudadanos expatriados en cada territorio, Irlanda del Norte y los compromisos financieros asumidos por Londres que quedarían todavía por pagar). Pero hoy Davis ha dicho que no van a acordar nada sobre esa factura financiera hasta que no quede claro cuál es el marco de relación futuro entre Reino Unido y los 27.

“Necesitamos saber cómo Reino Unido pretende traducir el discurso de la primera ministra Theresa May en propuestas concretas”, ha advertido Barnier en una comparecencia junto al negociador jefe británico, David Davis. “Un progreso real en los tres asuntos principales (...) es esencial para llevar la discusión tanto a la transición como a la relación futura”, ha continuado el francés.

Nada más lejos de lo que pretende Londres. Llegado su turno de palabra Davis ha dicho que Reino Unido está “absolutamente comprometido” en “trabajar sobre los detalles”. Y aunque afirmó que su deseo es que ningún país de la UE tenga que pagar más al presupuesto europeo o recibir menos de él por culpa del Brexit, ha vinculado un acuerdo en este sentido al pacto comercial posterior entre Reino Unido y los 27.

“Esto (un acuerdo sobre los compromisos financieros pendientes de Londres para con la UE) solo puede hacerse en el contexto de y de acuerdo con un acuerdo especial y profundo sobre la nueva asociación entre Reino Unido y la UE”, ha advertido el británico.

De momento las negociaciones avanzan muy lentamente y va a ser prácticamente imposible que se cumpla el plan inicial, que era terminar el mes de octubre de 2017 con un principio de acuerdo sobre esos tres puntos básicos. Entonces, y solo entonces, los 27 empezarán a negociar con Londres el acuerdo comercial y político que marcará su nueva relación. O al menos eso es a lo que se han conjurado en las directrices de negociación. Si no hay un acuerdo para prorrogar las negociaciones, lo que requiere un apoyo unánime de los 27 Estados Miembros que van a permanecer en la UE, Reino Unido quedará automáticamente fuera del club el 29 de marzo de 2019.

- El alcalde de Londres pide que se realice una segunda votación sobre el Brexit (El Economista - **26/9/17**)

El alcalde de Londres, Sadiq Khan, influyente miembro del Partido Laborista, ha pedido a su formación que se celebre un segundo referéndum sobre el Brexit. Durante una conferencia del partido, el alcalde londinense aseguró que iba a presionar para incluir en el manifiesto final una referencia a esta segunda votación, una opción que no han descartado algunos referentes laboristas.

“Aún no he visto que el Gobierno tenga un plan que pueda funcionar para nuestro país”, aseguró Sadiq Khan en declaraciones al Evening Standard, insistiendo en que no observaba ningún acuerdo ahora mismo que fuera a ser mejor que una segunda votación.

Misma postura mantuvo Kezia Dugdale, ex líder de los laboristas en Escocia. “Nadie votó para ser más pobre, que es lo que todos vamos a ser”, aseguró la política. “El Brexit está fuera de control y contra los intereses de los trabajadores, por eso la gente debe retomar el control con una votación final sobre el acuerdo”, advirtió.

En el lado contrario, Andre Gwynne, jefe electoral del Partido Laborista y aliado de Jeremy Corbyn, aseguró el pasado domingo que mostrarse divididos sobre el Brexit podría acabar destrozando el partido, según recoge The Independent.

- Tusk y May intentan desatascar el “brexit” (El Español - **26/9/17**)

El presidente del Consejo Europeo cree que “no se han hecho progresos suficientes” para pactar el divorcio entre el Reino Unido y la UE.

El divorcio entre el Reino Unido y la Unión Europea (UE) no será exprés. El presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, ha advertido este martes que “no se han hecho progresos suficientes” en las negociaciones del brexit.

Tusk, que se ha reunido en Londres con Theresa May, para intentar lograr avances en la cuarta ronda de negociaciones entre ambas partes, dice que es “moderadamente optimista” sobre la evolución de este diálogo que deberá sentar los términos en los que el Reino Unido debe abandonar la Unión.

A su salida de Downing Street, el presidente del Consejo Europeo ha prometido a la prensa que “seguirán trabajando” para lograr un progreso. Esto no significa que el brexit no vaya a ser un camino empedrado sobre el que avanzar entre acusaciones confrontadas. Por eso Tusk ha querido recalcar que se hará todo lo posible por minimizar “los daños” y que en ningún caso la salida del Reino Unido es “algo positivo”.

A pesar de las turbulencias que se aproximan, el líder europeo se ha mostrado “mucho más optimista” sobre la posición británica desde el discurso pronunciado el 22 de septiembre por May en Florencia (Italia), cuando aseguró que Londres cumplirá con sus obligaciones financieras para el actual periodo presupuestario comunitario (2014-2020).

**“La filosofía de “conservar el pastel y comerlo” está llegando a su fin”** ha asegurado Tusk, quien ha celebrado que los británicos se hayan abandonado la supuesta idea inicial de salir de la UE, pero conservando sus beneficios.

Voluntad de un brexit “blando”

Al recibir a Tusk en su despacho, May ha asegurado que los dos están de acuerdo en que el proceso negociador “ha avanzado” y subrayó la necesidad de lograr “una buena asociación económica y de seguridad” bilateral para cuando el Reino Unido deje la UE, el 29 de marzo de 2019.

La primera ministra del Reino Unido ha coincidido con el presidente del Consejo Europeo en la voluntad de apuntalar los tabiques para un brexit “blando”, consensuado entre ambas partes a través del mutuo acuerdo. “Siendo creativos en las formas en que abordamos estas cuestiones, podemos encontrar soluciones que funcionen tanto para la UE como para el Reino Unido y mantengan que la cooperación y la asociación entre el Reino Unido y la UE”, ha señalado la premier a la prensa.

May ha pedido a los negociadores europeos que adopten el mismo espíritu que ella mostró en Florencia para desbloquear la ruptura. En aquella intervención, además de asegurar que ningún país de la UE saldrá perjudicado económicamente por la marcha del Reino Unido, pidió dos años de transición después del “brexit” y precisó que quiere un eventual acuerdo comercial “especial”.

Construyendo las futuras relaciones

Desde las islas se han ido anunciado por entregas cómo quieren que sean la futura relación con Europa. May ha descartado una relación con la UE como la que tiene Noruega a través del Espacio Económico Europeo (EEE), que obligaría a Londres a incorporar futuras normas aprobadas por los veintisiete estados comunitarios sin poder influir en ellas, o un acuerdo como el de la Unión y Canadá, conocido como CETA, que se considera de beneficios limitados.

Al inicio de esta cuarta ronda, el ministro británico para la salida de la UE, David Davis, dijo que la factura que deberá abonar el Reino Unido por abandonar el bloque solo podrá concretarse “en el contexto” de la futura relación bilateral

El jefe negociador de la UE, Michel Barnier, ha calificado de “constructiva” la nueva posición de Londres, pero ha avisado de que, antes de hablar de la futura relación, será necesario “hacer progresos significativos” en los tres puntos clave de la primera fase de negociación: los derechos de los ciudadanos, la frontera irlandesa y la factura de salida.

El Reino Unido y la Comisión Europea (CE) retomaron ayer las negociaciones del “brexit”, que se habían pospuesto del 18 al 25 de septiembre, a fin de crear un contexto más propicio para alcanzar un pacto.

- Primeros progresos en el Brexit: Londres pisa a fondo y Bruselas echa el freno (El Confidencial - **28/9/17**)

(Por María Tejero Martín)

Seis meses les ha costado al Reino Unido y la Unión Europea (UE) ponerse de acuerdo en una cuestión básica: las negociaciones del Brexit, ahora sí, están dando sus primeros frutos. El cuarto careo entre los equipos negociadores de ambas partes, que ha terminado este jueves, ha sido “constructivo”. “Ha sido una ronda de negociaciones vital (…) estados dando pasos adelante decisivos”, ha asegurado el británico David Davis al término de la misma.

El optimismo de Davis se ha visto matizado por la cautela de su contraparte europea, Michel Barnier. Si hace dos meses los equipos negociadores no eran capaces de ponerse de acuerdo siquiera sobre el día en el que iban a sentarse a conversar, tras el discurso que la “premier” Theresa May dio la semana pasada en Florencia las cosas ahora se van encarrilando. Pero para los europeos no es suficiente.

May ha apostado por un periodo de transición de dos años, para evitar que el 29 de marzo 2019 -cuando debería formalizarse automáticamente el Brexit- Reino Unido salga de la UE de manera brusca, sin haber tenido el tiempo para dejar todos los cabos atados e impedir serias disrupciones en cuestiones tan delicadas como la gestión de las fronteras o del espacio aéreo.

Los líderes europeos, que esta noche se verán las caras con May en una cena previa a la cumbre informal de Tallin, no ven con malos ojos la propuesta. De hecho, en los pasillos de Bruselas se asume que este periodo tendrá que ser incluso mayor, para poder cerrar todas las negociaciones. Sin embargo, no hay consenso en las condiciones.

Los Veintisiete tampoco ven nada claro entrar a discutir el futuro acuerdo comercial que regulará las relaciones entre la UE y Reino Unido tras el Brexit antes de tener acordadas las tres cuestiones básicas del divorcio. En una de ella, los derechos de los europeos que se queden en el Reino Unido tras el Brexit y viceversa, se han logrado esta semana algunos progresos concretos.

Londres ha aceptado que el acuerdo que cierre con Bruselas para su salida de la UE -con sus términos- sean incorporados a la legislación británica, para dar “certidumbre” a los ciudadanos europeos que se queden en Reino Unido una vez que se consume el Brexit.

Sin embargo, Londres sigue rechazando la jurisprudencia del Tribunal de Justicia de la UE, requisito exigido por los europeos para asegurar que sus derechos quedan blindados y no podrán ser mermados a capricho de los sucesivos gobiernos británicos.

La UE quiere también compromisos más tangibles en los otros dos asuntos que considera clave: las cuentas por saldar -entre 60.000 y 100.000 millones de euros espera Bruselas de Londres- y cómo garantizar que la frontera entre Irlanda e Irlanda del Norte siga siendo fluida. Sin pasos en este sentido, los líderes europeos no podrán considerar que se haya avanzado lo suficiente como para iniciar en paralelo las conversaciones sobre el acuerdo comercial.

Para Barnier, pese a los progresos hechos esta ronda, a este ritmo puede llevar “semanas o incluso meses” dar este paso. Un golpe para las esperanzas de los británicos, que aspiran a que los líderes europeos den su beneplácito al inicio de las negociaciones comerciales en la cumbre que celebrarán en Bruselas el 19 y 20 de octubre.

“El Consejo Europeo deberá concluir que no ha habido “avances suficientes” (…), a no ser que la quinta ronda negociadora suponga un cambio significativo”, avisa el Parlamento Europeo, institución que tiene el poder de vetar el acuerdo final entre la UE y Reino Unido. Y es muy improbable que en esta última ronda, que se celebrará del 9 al 12 de octubre, se recupere el tiempo perdido.

No obstante, May aprovechará el encuentro en Tallin con sus socios para defender su posición, con la esperanza de dar un nuevo impulso a unas negociaciones que dan señas de deshielo, pero logran pocos avances.

- Revés para May: la Eurocámara pide aplazar la negociación comercial con Londres (El Español - **29/9/17**)

Alega que no ha habido “progresos suficientes” en los tres temas del divorcio: derechos de ciudadanos, factura del “brexit” y frontera con Irlanda.

(Por Juan Sanhermelando)

El Parlamento Europeo no está nada satisfecho con la lentitud de las negociaciones del brexit. Durante la cuarta ronda de diálogo, que ha concluido este jueves, al menos ha mejorado el ambiente gracias a las concesiones que la primera ministra británica, Theresa May, hizo en su discurso de Florencia. Pero sigue sin “haber progresos suficientes” en el divorcio. Por eso, la Eurocámara pedirá la semana que viene a los líderes europeos que aplacen la segunda fase del brexit: la discusión sobre el futuro acuerdo comercial entre la UE y Reino Unido y el periodo transitorio.

“El Parlamento considera que en la cuarta ronda de negociaciones todavía no se han logrado progresos suficientes sobre los derechos de los ciudadanos, Irlanda y el norte de Irlanda y el cumplimiento de las obligaciones financieras de Reino Unido (la factura del brexit)”, sostiene el borrador de resolución que aprobará el pleno de la Eurocámara el próximo martes 3 de octubre. El texto saldrá adelante sin problemas porque lleva la firma de los cinco grupos principales: populares, socialistas, liberales, izquierda radical y verdes.

La resolución de la Eurocámara supone un duro revés para May, que esperaba que su discurso de Florencia desatascara de inmediato las negociaciones. Reino Unido necesita que sus relaciones futuras con la UE se definan cuanto antes para evitar una fuga y relocalización en el continente de empresas alarmadas por el impacto del brexit. La primera ministra británica ha pedido a sus socios europeos una prórroga, un periodo transitorio de dos años tras el brexit, con el fin de dar tiempo a empresas y ciudadanos a adaptarse.

El borrador pactado por los principales políticos “solicita al Consejo Europeo que, salvo que haya un avance decisivo en las tres áreas (del divorcio) durante la quinta ronda de negociación, decida en su reunión de octubre posponer su evaluación sobre si se han hecho progresos suficientes”. La siguiente ronda de diálogo está programada para la semana del 9 de octubre.

Según el calendario original, los líderes europeos debían aprobar en la cumbre del 19 y 20 de octubre el paso a la segunda fase del brexit. Pero lo más probable ahora es que la decisión se aplace al menos hasta diciembre. El resultado es que apenas quedarán nueve meses para definir las relaciones futuras entre la UE y Reino Unido, así como el periodo transitorio. El resto de tiempo, hasta la salida el 29 de marzo de 2019, se necesita para ratificar el acuerdo de divorcio. Este pacto debe ser aprobado también por la Eurocámara, por lo que su opinión es determinante.

Europeos amenazados con la deportación

“La primera ministra May ha abierto la puerta a realizar progresos con su discurso en Florencia. Pero nos gustaría que el Gobierno de Reino Unido aportara una mayor claridad. Todavía estamos esperando respuestas en cuestiones vitales”, se ha quejado el portavoz de la Eurocámara para el brexit, Guy Verhofstadt.

Por lo que se refiere a los derechos de los 3,2 millones de europeos que residen en Reino Unido, la resolución sostiene que las garantías ofrecidas hasta ahora por Londres “se quedan cortas”. El Parlamento expresa su “preocupación” por las “lamentables prácticas administrativas” y los casos de “discriminación” en Reino Unido hacia los ciudadanos comunitarios. De hecho, Verhofstadt ha escrito a la ministra de Interior, Amber Rudd, quejándose de las amenazas de deportación a europeos. “Esto debe parar”, avisa.

A la Eurocámara también le parecen insuficientes los planes de May para salvaguardar el acuerdo de paz del Viernes Santo en el Ulster. En cuanto a la factura de salida, que Bruselas cifra en 100.000 millones de euros, la resolución critica que “la ausencia de propuestas claras (por parte de la delegación británica) ha impedido seriamente las negociaciones”.

El negociador de la UE, Michel Barnier, comparte plenamente el análisis pesimista del Parlamento sobre la marcha del diálogo con Londres. A su juicio, se necesitarán todavía “varias semanas o incluso meses” para pasar a la segunda fase del brexit. “Veo positivo que el discurso de Theresa May haya permitido desbloquear la situación y dar una nueva dinámica a estas negociaciones. Pero todavía estamos lejos de alcanzar el momento en que podamos constatar progresos suficientes”, ha dicho durante la rueda de prensa final de la cuarta ronda de diálogo.

Su homólogo británico, David Davis, ha hecho de la necesidad virtud y ha puesto todo el énfasis en los escasos avances logrados esta semana. Se han dado “pasos decisivos hacia adelante”, sostiene. No obstante, no ha ocultado su deseo de cuanto antes "hablar sobre el futuro" y, especialmente, sobre el periodo de transición. “Estoy seguro de que (la prórroga) podría acordarse rápidamente, una vez que Michel tenga un mandato para explorarla con nosotros”, ha afirmado.

Pero la Eurocámara avisa de que esta prórroga no le saldrá gratis a Reino Unido. Durante estos dos años, hasta marzo de 2021, deberá mantener la libre circulación de personas, aceptar la jurisdicción del Tribunal de Justicia de Luxemburgo y seguir haciendo aportaciones al presupuesto comunitario. La única diferencia es que Londres ya no tendrá ni voz ni voto en la elaboración de las leyes de la UE que sí estará obligada a aplicar.

- Necesitamos un “Brexit” rápido (El Economista - **30/9/17**)

(Por Matthew Lynn)

¿Debería ser la factura de salida de 20.000 millones de euros o de 40.000 millones? ¿Debería ser el acuerdo de comercio potente como el de Suiza o bajo en calorías como el de Canadá? ¿Deberíamos llevar nuestra estrategia de negociación hasta el borde del precipicio o deberíamos optar por la marcha atrás? Si tuviéramos un par de fábricas de microchips por cada versión diferente del brexit en oferta, probablemente nos preocuparía mucho menos.

Pero de hecho hay algo mucho más importante que si el Reino Unido acabará con un brexit duro o suave: un brexit rápido.

Pregunte a cualquiera del mundo de los negocios -y el debate sobre cómo dejar la UE trata sobre todo de proteger la economía- y le dirán que a menudo es tan importante hacer las cosas rápido como hacerlas completamente bien. Por eso la industria del software lanza la Versión 1.0 y la Versión 2.0 de cada paquete, y por eso las compañías de apps lanzan nuevos aparatos en beta. Reino Unido debería desplegar la misma táctica con la UE, por tres razones.

Primera, acabará con la incertidumbre. Resulta que desde el referéndum la mayoría de compañías ha desarrollado tanta actividad comercial como siempre. Pero si va a haber aranceles o controles de aduanas modestos en la frontera, y si las firmas van a tener que nombrar un representante en París o Fráncfort para cumplir con las normas del mercado único, entonces cuanto antes lo sepa todo el mundo mejor. No será un gran problema. La mayoría de aranceles son bastante insignificantes. Pero si se sabe cuáles son, se puede proceder a hacer los ajustes necesarios.

Segunda, podemos empezar a planificar lo que viene después. ¿Qué clase de economía queremos después de irnos? ¿Será todo un Singapur a la orilla del Támesis? ¿O algo más estatista? ¿Qué clase de impuestos y regulaciones queremos? ¿Queremos subsidiar a los granjeros como hacemos ahora? ¿O preferiríamos gastar el dinero en otra cosa? Hay un montón de asuntos que Reino Unido debe debatir una vez hayamos recuperado las competencias de Bruselas. Pero no podemos empezar de verdad ese diálogo hasta que se haya cerrado el acuerdo de salida.

Por último, siempre podemos mejorarlo después, como hacen en Apple. En realidad, dejar la UE siempre es más probable que sea un proceso cambiante (igual que lo habría sido quedarse). Nuestra relación con Europa cambiará a lo largo del tiempo estemos dentro o fuera. Acordemos lo que acordemos sobre comercio, derechos de los ciudadanos, o la frontera irlandesa, siempre podrá retorcerse más tarde una vez veamos cómo ha funcionado. Es igual de importante para la UE. Puede pasar meses debatiendo consigo misma si quiere tener comercio libre de aranceles con Reino Unido, si quiere 30.000 millones de euros en pagos pendientes, o 50.000, o 70.000, y si quiere que los pensionistas británicos que viven en el sur de España o en la costa del Algarve de Portugal tengan derechos de ciudadanía completos, o visados temporales, o algo entre medias.

Y aun así, es probablemente una pérdida de tiempo y energía obsesionarse con esos asuntos.

En la UE deberían dedicar su tiempo a debatir cómo hacer que la eurozona funcione mejor, cómo reconectar con sus ciudadanos, cómo extender la cooperación en defensa y seguridad, y, quizás por encima de todo, cómo recortar el gasto o aumentar los ingresos una vez los británicos ya no sean miembros. Todo eso será mucho más productivo que regatear los términos de la partida de Reino Unido.

Una vez Gran Bretaña esté fuera de la UE, la relación evolucionará y avanzará de todos modos. Nadie tiene una idea real de qué aspecto tendrá en 2030 o 2040 -y no tiene ningún sentido intentar adivinarlo. De hecho, los ocasionales 10.000 millones de la factura de salida, o unos pocos derechos extra de ciudadanía, no importan ni de lejos tanto como cerrar el asunto por completo.

Theresa May hizo algunas concesiones en su discurso en Florencia para tratar de lograr eso y puede que no estén del todo justificadas. Pero si nos permiten acabar con el folletín rápidamente habrán valido la pena. Podremos pasar a lo siguiente, y no seguir dieciocho meses regateando sobre cada pequeño detalle de nuestra salida de la Unión Europea.

- La UE se harta del Gobierno británico: ¿quién manda, May, Johnson o Davis? (El Español - **3/10/17**)

La Eurocámara rechaza pasar a la segunda fase de negociaciones del brexit por falta de “progresos suficientes”

(Por Juan Sanhermelando)

La Unión Europea ha perdido la paciencia con las luchas internas y la cacofonía de voces dentro del Gobierno británico sobre el brexit. Mientras que la primera ministra, Theresa May, con el apoyo del responsable de Finanzas, Philip Hammond, ha adoptado un tono más conciliador con concesiones hacia sus socios comunitarios, su ministro de Asuntos Exteriores, Boris Johnson, sigue apostando por una ruptura total y trata de sabotear a su jefa. Esta falta de unidad en Londres hace imposible avanzar en las negociaciones de divorcio, según han denunciado este martes los principales grupos políticos en la Eurocámara.

El resultado es el bloqueo total en las negociaciones y el riesgo creciente de un brexit caótico, sin acuerdo entre el Reino Unido y la UE. El Parlamento Europeo ha aprobado este martes -por una amplia mayoría de 557 votos a favor, 92 en contra y 29 abstenciones- una resolución en la que constata que no ha habido “progresos suficientes” en los tres temas del divorcio: los derechos de los ciudadanos, la factura de salida de 100.000 millones de euros y la frontera con Irlanda. Por eso, la resolución pide aplazar indefinidamente el inicio de la segunda fase de negociaciones, que en principio estaba prevista para octubre.

La opinión del Parlamento supone un duro revés para May, cuya prioridad es abordar cuanto antes las relaciones comerciales futuras entre la UE y Londres y el periodo transitorio. Estas cuestiones son las que deben discutirse en la segunda fase de diálogo. Y cuanto más se tarde, mayor será el número de empresas que se deslocalicen desde Reino Unido al continente debido a la incertidumbre del brexit. Pero la Comisión, que negocia en nombre de los 27, comparte plenamente el diagnóstico de la Eurocámara.

“No puedo decir que estamos preparados para entrar en la segunda fase de las negociaciones del brexit”, ha dicho durante el debate el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker. “No hemos realizado progresos suficientes para entablar la segunda fase de diálogo sobre la transición y las relaciones futuras”, coincide el negociador jefe de la UE, el conservador francés Michel Barnier, que también ha viajado a Estrasburgo.

“La gran pregunta es a quién hay que llamar en Londres. ¿Quién habla en nombre de Reino Unido? ¿Theresa May, Boris Johnson o David Davis?”, se ha preguntado el líder del grupo popular en la Eurocámara, el alemán Manfred Weber, estrecho aliado de la canciller Merkel. Weber le ha pedido a May que pase de los discursos a la acción y que “por favor eche a Boris Johnson” del Gobierno.

Que se vaya May

“Nuestra idea era que en octubre podríamos ver progresos suficientes. Pero si al otro lado hay falta de claridad, desunión, divisiones entre Hammond y (el responsable de Comercio, Liam) Fox, entre Johnson y May, es difícil hacer progresos suficientes”, ha resaltado el portavoz de la Eurocámara para el brexit, el liberal belga Guy Verhofstadt. A su juicio, la prioridad ahora es que la UE mantenga su unidad frente a las demandas de Reino Unido.

También el eurófobo del UKIP Nigel Farage, admite que el Gobierno británico emite “mensajes confusos” sobre el brexit. Pero ha culpado de ello a la debilidad de May y ha pedido que sea derrocada durante la conferencia de los conservadores británicos que se celebra esta semana. A su juicio, Reino Unido debe irse de la UE sin acuerdo. “Esta charada no puede seguir, después de todo hemos votado brexit”, ha dicho.

Para Juncker, lo más importante es que la UE no puede malgastar todas sus fuerzas en el debate sobre la salida de Reino Unido, sino que debe concentrarse en su futuro. “Nuestro futuro no es el brexit, es Europa”, ha dicho Juncker. La decisión final sobre si pasar o no a la segunda fase de las negociaciones deben tomarla los jefes de Estado y de Gobierno de los 27 en la cumbre del 19 y 20 de octubre. Y con toda probabilidad el veredicto será negativo y el diálogo sobre las relaciones futuras entre la UE y Reino Unido se aplazará al menos hasta diciembre.

- La Eurocámara certifica la parálisis de las negociaciones del Brexit (El Economista - **4/10/17**)

(Por Eva M. Millán)

Las diferencias del Gobierno británico en materia de Brexit han llegado hasta la Eurocámara, que ha resuelto que la negociación no debería pasar a la siguiente fase salvo que haya un “hito considerable”. Aunque la votación, respaldada ayer por una apabullante mayoría de 557 diputados, no es vinculante, revela la temperatura política del bloque y confirma la dificultad de un proceso que continúa estancado.

Para los europarlamentarios, la evidente división del Ejecutivo será la responsable del incumplimiento del calendario inicialmente fijado, el que aspiraba a evaluar la nueva relación a partir de octubre. El propio negociador jefe de la UE lo constataba ayer en la Eurocámara, donde reiteró que no ha habido “progresos suficientes” para hablar del futuro encaje de la segunda economía del continente en el mayor bloque comercial del mundo.

Para mayor escarnio del Ejecutivo de Theresa May, Michel Barnier expresó su preocupación ante las “serias discrepancias” que todavía mantienen las partes, “especialmente en la negociación financiera”, a pesar de que, al norte del Canal de la Mancha, los tres mosqueteros del Brexit -el titular de Exteriores, el del Departamento de Salida y el de Comercio Internacional- apelaban durante el congreso anual de los conservadores a superar el “pesimismo” ante el divorcio.

Estrategias muy diferentes

La disparidad de estrategias es palpable. Frente a las invocaciones más patrióticas de eurófobos como Boris Johnson, quien tras haber coqueteado con forzar su despido de la oficina de Exteriores proponía este martes “que el león británico ruja de nuevo”, Barnier se ceñía a la asepsia matemática para recordar a Londres su obligación de pagar por los compromisos asumidos como miembro.

A prácticamente cinco días de la quinta ronda de conversaciones, la última antes del Consejo Europeo que decidirá si autoriza el avance del proceso a la siguiente fase, las diferencias continúan tanto en ciudadanía, con Barnier insistiendo en que el Tribunal Europeo “garantice” los derechos, como en frontera con Irlanda y, sobre todo, factura por el divorcio. Así, el negociador de la UE fue ayer muy claro: “Nunca aceptaremos que 27 paguen por lo que habían decidido 28”.

- El discurso que debía salvar la carrera de May se convierte en su peor pesadilla (El confidencial - **4/10/17**)

Nunca antes la intervención de un líder ante sus filas había sido tan bochornosa. El discurso con el que la “premier” cerró el congreso del Partido Conservador se convirtió en la mejor metáfora de su declive

(Por Celia Mazza)

Se quedó literalmente sin voz, no paró de toser, las letras del eslogan que decoraba el escenario comenzaron a caerse y, en un alarmante fallo de seguridad, un espontáneo fue capaz de acercarse hasta ella para entregarle en mano una carta de despido “firmada” por Boris Johnson, su enemigo acérrimo. Si hay una imagen de un líder a la deriva esa es la de Theresa May. El discurso con el que la “premier” cerró este miércoles el congreso anual del Partido Conservador se convirtió en la mejor metáfora de su declive. Y aunque el público se puso en pie en varias ocasiones para aplaudirla, daba la sensación que lo hacía más por compasión que por apoyo.

Tras el gran fracaso en las elecciones generales (que ella misma adelantó), May tenía que realizar el discurso de su vida para ganarse de nuevo la autoridad perdida. Pero esta cita pasará a la historia por motivos muy distintos. Nunca antes la intervención de un líder ante sus filas había sido tan bochornosa. En los corrillos se comenta que al abandonar la sala, May se abrazó a su marido y comenzó a llorar. Nadie la puede culpar por ello.

De antemano, no se presentaba como algo fácil. La “premier” protagonizó en junio la peor campaña de los últimos tiempos, puso en el diccionario la palabra “Maybot” -al repetir cual robot que el país necesitaba un “Gobierno fuerte y estable”- y terminó perdiendo la mayoría absoluta cuando había partido con 20 puntos de ventaja en las encuestas.

Por todo ello, comenzó pidiendo perdón y responsabilizándose del humillante resultado en las urnas. Desde entonces, los conservadores, embarcados en una gran guerra civil, se comportan como si hubieran perdido los comicios y los laboristas como si los hubieran ganado.

La popularidad de Jeremy Corbyn está ahora al mismo nivel que la de cualquier estrella de rock, sobre todo entre los jóvenes. En los “tories”, sin embargo, el número de afiliados está en mínimos históricos y la media de edad de sus simpatizantes ronda los 70 años.

De ahí que May quisiera centrar su intervención en políticas domésticas, anunciando una batería de medidas de giro social: desde el impulso a un plan de viviendas sociales y al nuevo programa de salud mental pública, pasando por las ayudas para aliviar el peso de la deuda entre los jóvenes universitarios.

Tardó hasta 20 minutos en pronunciar la palabra Brexit. Y tal como se esperaba, no dio titulares al respecto. Se limitó a remitirse a las palabras ya pronunciadas en Lancaster House y más recientemente en Florencia, y aunque aseguró que su intención es llegar a un acuerdo “beneficioso tanto para el Reino Unido como para la Unión Europea”, repitió el mensaje lanzado este martes por su ministro David Davis, señalando que el Gobierno se tiene que preparar en todo caso para cualquier escenario posible.

¿Mejor no acuerdo que uno malo? Lo cierto es que desde enero, May ha dulcificado mucho su tono en un intento por desbloquear las negociaciones con Bruselas. Aunque, según “The Times”, la UE espera que la “premier” ceda tanto en la factura como en el papel del Tribunal Europeo de Justicia tan pronto como termine el congreso “tory”. Hacerlo antes le habría supuesto aún más malestar entre los suyos.

En este sentido, May hizo este miércoles una llamada a la unidad con una petición para que sus colegas dejen de lado sus propias ambiciones para “dar al país el Gobierno que necesita”. Se desconoce si Boris Johnson se dio por aludido.

En definitiva, que la intención de May era “renovar el sueño británico”. Pero el discurso acabó convirtiéndose en su peor pesadilla, aumentando aún más las dudas sobre su supervivencia política.

- La libra cae a mínimos de un mes tras desvelarse una conspiración para derrocar a May (El Economista - **6/10/17**)

La libra esterlina ha tocado su nivel más bajo en un mes frente al dólar y también ante el euro tras revelarse una conspiración de varios diputados conservadores para derrocar a la primera ministra, Theresa May.

La divisa británica baja un 0,4% frente al dólar estadounidense, hasta 1,306 dólares, y un 0,43% con el euro, hasta 1,115 euros, en una jornada en la que la Bolsa de Valores se mantiene prácticamente plana.

Guerra interna en los tories

Los inversores reaccionaron con nerviosismo a las luchas internas en el Partido Conservador, después de que el expresidente honorario, Grant Shapps, admitiera hoy que una treintena de diputados quiere echar del cargo a May.

Estos parlamentarios consideran que la líder “tory” carece de credibilidad y autoridad tras perder la mayoría absoluta en las elecciones generales del 8 de junio, que ella mismo convocó precisamente con el fin de afianzar su mandato.

Aunque es improbable que el desafío de este grupo de diputados salga adelante, pues se necesita una proporción mayor para instigar unas elecciones internas, los mercados financieros prevén que estas tensiones provoquen una depreciación de la libra.

“Cuchillos” contra May

“El sonido de cuchillos afilándose se ha incrementado” desde el accidentado discurso que pronunció May el miércoles en el congreso anual del Partido Conservador, ha declarado Connor Campbell, analista financiero de Spreadex.

El discurso de May, en el que abogó por “renovar el sueño británico” de “oportunidades y aspiración”, se vio arruinado por un fuerte ataque de tos que la dejó afónica, la actuación de un cómico que le entregó una notificación de despido y la caída de las letras del mensaje electoral que tenía detrás.

La debilidad del Partido Conservador británico coincide además con el ascenso del Partido Laborista de Jeremy Corbyn, que logró destacados avances en las pasadas elecciones con un programa socialdemócrata y contra la austeridad.

- Boris Johnson pide apoyo para May tras desvelarse un complot para derrocarla (Expansión - **7/10/17**)

El ministro británico de Asuntos Exteriores, Boris Johnson, instó hoy a sus compañeros en el Partido Conservador a acabar con las “tonterías” y a respaldar a la jefa del Gobierno, Theresa May, tras desvelarse un complot de una treintena de diputados “tories” para echarla del cargo.

En un mensaje lanzado a través de su cuenta de “WhatsApp”, Johnson aseguró que “la gente está harta”, al tiempo que lamentó de que se dé la impresión de que “se habla de cualquier cosa” excepto de política.

“¡Gente, estoy fuera, pero acabo de leer todo esto!”, dijo el jefe de la diplomacia británica, en referencia al citado complot y las reacciones de apoyo de varios ministros hacia May, entre ellos la de la titular de Interior, Amber Rudd, en un artículo publicado ayer en “The Daily Telegraph”.

“He visto el texto de Amber esta mañana. Tiene mucha, mucha razón. Acabamos de tener elecciones y la gente está harta de estas tonterías. Apoyad a la primera ministra”, escribió Johnson.

El expresidente honorario del Partido Conservador Grant Shapps admitió ayer viernes que una treintena de diputados quiere echar del cargo a May, aunque para lanzar una moción de confianza contra ella se requieren las firmas de un 15 % del grupo parlamentario, lo que actualmente se cifraría en 48 diputados.

Estos parlamentarios críticos consideran que la líder “tory” carece de credibilidad y autoridad tras perder la mayoría absoluta en las elecciones generales del 8 de junio, que ella mismo convocó precisamente con el fin de afianzar su mandato.

Tras conocerse su descontento, varios pesos pesados del partido se han unido en torno a la “premier”, como la líder de la formación en Escocia, Ruth Davidson, quien ha pedido que den espacio a May para “que ponga las cosas en orden” y “vuelva a gobernar”.

No obstante, las dudas sobre la estabilidad de su Ejecutivo se han acrecentado después de que la primera ministra protagonizara esta semana un accidentado discurso en el congreso anual del partido, en el cual debía hacer una muestra de autoridad.

En esa alocución, el pasado miércoles, se quedó afónica tras varios ataques de tos, un bromista le notificó el despido y se cayeron las letras del mensaje electoral que tenía detrás.

La primera ministra recalcó ayer que cuenta con “todo el apoyo de su gabinete” y añadió que seguirá guiando al país con el “liderazgo calmado” que necesita en estos momentos, cuando, entre otros retos, negocia su salida de la Unión Europea (UE).

- May prepara una purga en su gabinete para evitar un motín (El Español - **9/10/17**)

Boris Johnson, secretario de Exteriores y al que se atribuye la voz cantante en el ala crítica, podría ser relegado a un ministerio menor.

“No rehuiré el desafío, no lo he hecho nunca, no es mi estilo”, respondió preguntada por los crecientes rumores de una revuelta en su partido para tratar de derrocarla. La premier británica, Theresa May, advierte que hará frente a cualquier complot, incluso si pasa por la remodelación de su gabinete, incluyendo una degradación de uno de los ministros estrella, el secretario de Exteriores, Boris Johnson, al que se atribuye la voz cantante dentro del ala crítica. Johnson, alcalde de Londres de 2008 a 2016, ha salido al paso de esos rumores, pidiendo públicamente que se apoye a Theresa May.

Según The Sunday Times, tres ministros abordaron el pasado jueves la posibilidad de forzar la dimisión de la premier antes de las próximas navidades, mientras que otros miembros del Gobierno quieren una “transición ordenada”, con un plazo de hasta dos años.

Remodelación antes del Consejo Europeo

Según The Sunday Times, la primera ministra tiene previsto reformar su Ejecutivo después de la próxima reunión del Consejo Europeo (19 y 20 de octubre) y rebajar el peso del jefe de la diplomacia británica, destinándolo a una cartera menor.

“Mi trabajo me obliga a tener siempre a los mejores en mi gabinete, a aprovechar al máximo el gran talento disponible en mi partido”, dijo May al ser preguntada por el futuro de Johnson.

30 diputados quieren deshacerse de May

En este clima de tensión, el expresidente honorario del Partido Conservador, Grant Shapps, reveló el viernes que una treintena de diputados quiere echar del cargo a May, aunque para lanzar una moción de confianza contra ella se requieren las firmas de un 15% del grupo parlamentario, lo que actualmente se cifraría en 48 diputados.

Estos parlamentarios críticos consideran que la líder “tory” carece de credibilidad y autoridad tras perder la mayoría absoluta en las elecciones generales del 8 de junio, que ella mismo convocó precisamente con el fin de afianzar su mandato.

En la entrevista con The Sunday Times, la primera desde el accidentado discurso pronunciado el pasado miércoles en la conferencia anual de los tories, May negó que llorara después y criticó la imagen que algunos medios proyectan de ella.

“Un día me llaman robot y al siguiente llorona”

“Un día los periodistas me acusan de estar hecha de hielo o de ser un robot y otro dicen que soy una mujer llorona que necesita una buena noche de sueño reparador”, dijo May, quien confesó que, “como todo el mundo”, puede “sufrir”, pero recalcó que es “muy resistente”.

A pesar del apoyo mostrado por pesos pesados del partido, entre ellos Johnson, las dudas sobre la estabilidad de su Ejecutivo se han acrecentado después de aquel discurso, en el cual debía hacer una muestra de autoridad.

En esa alocución se quedó afónica tras varios ataques de tos, un bromista le notificó el despido y se cayeron las letras del mensaje electoral que tenía detrás.

- La City le pide cuentas a May ante la parálisis en las negociaciones del Brexit (El Confidencial - **9/10/17**)

La primera ministra británica se reúne con empresarios para tranquilizarlos, el mismo día que su Gobierno lanza dos documentos en los que admite la posibilidad de que no haya acuerdo con Bruselas

(Por Celia Maza)

A la City se le acaba la paciencia. Siete meses después de que Londres activara oficialmente el artículo 50 del Tratado de Lisboa, no se atisba ningún progreso en las negociaciones del Brexit. El Gobierno de Theresa May vive una auténtica guerra civil y la falta de autoridad de la líder plantea ya incluso dudas en Bruselas. ¿Hasta qué punto merece la pena seguir conversando con un interlocutor que tiene los días contados? Según The Telegraph, diplomáticos comunitarios habrían iniciado incluso acercamientos con el Partido Laborista ante la posibilidad de que Jeremy Corby -que aboga por la nacionalización de sectores estratégicos- pudiera acabar convertido en primer ministro.

En definitiva, el clima que se respiraba en Downing Street no era especialmente festivo cuando May se reunió este lunes con el llamado Consejo Asesor Empresarial (BAC, por sus siglas en inglés). Después de ser criticada por la retórica anti-City durante su primer año en el cargo, cuando mostró un tono mucho más agresivo con Bruselas y dejó claro que el Reino Unido no estaría dentro del mercado común, la premier ha intensificado en los últimos meses su compromiso con los empresarios. De hecho, ésta era la segunda reunión desde el pasado mes de julio. Pero quizá los mimos llegan demasiado tarde.

Ejecutivos de compañías como HSBC Holdings Plc, Morgan Stanley y Vodafone se dieron cita en una velada a la que también asistieron el ministro del Brexit, David Davis, y el responsable del Tesoro, el europeísta Philip Hammond. El Chancellor siempre ha sido el gran apoyo de los empresarios, pero podría perder su puesto en la reestructuración del Gabinete prevista para las próximas semanas ante las presiones de los tories más euroescépticos, que le acusan de estar dispuesto a pagar el precio que sea por mantener el acceso al mercado único tras el divorcio.

Ante la incertidumbre que se plantea, son muchos los bancos de inversión que ya han empezado a estudiar la posibilidad de abandonar Londres para mudar su sede a Dublín, Frankfurt o París. En este sentido, los empresarios habrían dado un ultimátum a May para que antes de Navidades especifique los planes de su Gobierno.

En la reunión en el Número 10, el objetivo de la premier era precisamente calmar los ánimos. Pero no ayudó el hecho de el Ejecutivo publicara minutos antes del encuentro dos documentos en los que explora posibles escenarios en materia de comercio y relaciones aduaneras tras el Brexit, entre los que se incluye la posibilidad de abandonar la UE sin sellar un pacto. Acabar las negociaciones sin acuerdo supondría una auténtica pesadilla para City. En cualquier caso, el Libro Blanco aclara que “respondiendo a las llamadas de las empresas a la continuidad, la nueva legislación del Reino Unido (tras el divorcio) reproducirá, en la medida de lo posible, el efecto de las leyes aduaneras de la UE”.

Según May, estos documentos “allanan el camino hacia una legislación que permita al Reino Unido operar como una nación comercial independiente y crear un sistema aduanero innovador, que nos ayude a lograr un comercio con las menores tarifas y barreras posibles al abandonar la UE”. Del mismo modo, el informe sobre comercio confirma que el Reino Unido no podrá aplicar ningún acuerdo con terceros países durante el periodo de transición de unos dos años que se prevé establecer tras el Brexit, en el cual, Londres seguiría sujeto a los dictámenes del Tribunal Europeo de Justicia.

Una relación “única y ambiciosa”

“Debemos estar preparados para cualquier eventualidad”, aseguraba May en un discurso pronunciado en Westminster antes de su encuentro con el Consejo Asesor Empresarial donde, una vez más, defendió que la futura relación económica con el bloque debe ser “única y ambiciosa” y no basarse en modelos de cooperación ya existentes como el noruego o el canadiense.

Lo cierto es que la premier llegaba a su encuentro con empresarios más debilitada que nunca. El bochornoso discurso que ofreció la semana pasada en el Congreso Anual del Partido Conservador y el complot organizado por 30 diputados tories pidiendo su dimisión han mermado aún más la poca autoridad que le quedaba tras perder la mayoría absoluta en las generales de junio que ella mismo adelantó. Su imagen es la de una líder a la deriva.

Pero, pese a todo, May debía demostrar -o al menos aparentar- que ella sigue al mando ante la creciente preocupación que existe al respecto en Bruselas, donde este lunes ha comenzado la quinta ronda de negociaciones del Brexit. En el Consejo Europeo del próximo 19 y 20 de octubre, los líderes comunitarios deberán decidir si se pasa a la siguiente fase para tratar la futura relación con Londres, aunque fue especialmente significativo la moción aprobada la semana pasada en el Parlamento Europeo donde se instaba a Reino Unido a hacer primero más concesiones.

Ante el estancamiento de las negociaciones, May ha advertido que “la pelota está en la pista de la UE”. La líder tory considera que ella ya dio un paso importante el mes pasado con el discurso pronunciado en Florencia, donde se comprometió a cumplir con sus obligaciones económicas y propuso el mencionado periodo de transición.

Aunque aquella intervención fue celebrada inicialmente en Bruselas por su espíritu “constructivo”, la falta de detalles hace imposible ahora el avance. “Aunque el progreso no será siempre fácil, si nos aproximamos a estas negociaciones con un espíritu constructivo y de cooperación, podemos demostrar que las predicciones agoreras están equivocadas”, matizó la premier. El problema es que el optimismo no es suficiente para la City.

- Bruselas y Londres se culpan mutuamente del bloqueo en el “brexit” (El Español - **12/10/17**)

La quinta ronda de negociaciones para el divorcio concluye sin ningún avance.

La quinta ronda de negociaciones de divorcio entre la Unión Europea y Reino Unido ha concluido este jueves sin ningún avance. Seis meses después de que la primera ministra británica, Theresa May, activara la cuenta atrás de dos años para el brexit, las conversaciones han desembocado en un punto muerto. Y los negociadores de Bruselas, Michel Barnier, y de Londres, David Davis, se han acusado mutuamente de este bloqueo.

“Esta semana hemos trabajado con espíritu constructivo, hemos aclarado algunos puntos, pero no hemos dado grandes pasos adelante”, admitía Barnier en la rueda de prensa final de esta quinta ronda de diálogo.

A su juicio, la culpa del atasco está en la negativa del Gobierno británico a discutir sobre la factura de salida, que Bruselas cifra en 100.000 millones de euros. “Sobre este tema, estamos en un impase. Es extremadamente preocupante” para los receptores de ayudas comunitarias y los contribuyentes, ha sostenido el negociador de la UE.

En su discurso de Florencia, Theresa May ofreció de entrada pagar 20.000 millones de euros a Bruselas y se mostró dispuesta a discutir otros compromisos financieros asumidos por Londres en tanto que miembro de la UE. Pero desde entonces no ha habido progresos. “Esta semana, Reino Unido nos ha repetido que aún no está preparado para precisar esos compromisos. No ha habido negociación, sólo discusiones técnicas”, ha lamentado Barnier.

El negociador de la UE ha concluido que no hay “progresos suficientes” en los tres temas del divorcio: además de la factura, los derechos de los ciudadanos y la frontera con Irlanda. Por ello, recomendará la semana que viene a los líderes europeos en la cumbre que se celebra el 19 y 20 de octubre en Bruselas que aplacen, al menos hasta diciembre, el paso a la segunda fase del brexit: la discusión sobre las relaciones futuras entre la UE y Reino Unido y el periodo de transición de dos años que ha pedido May.

Las dos partes se preparan para el fracaso

Para Davis, el bloqueo se debe precisamente al rechazo de los 27 a hablar de estas relaciones futuras hasta que no esté resuelto el divorcio. “No oculto que para dar certidumbre necesitamos hablar sobre el futuro”, ha insistido el negociador británico. Para Londres, no es posible calcular la factura del brexit o diseñar la nueva frontera con Irlanda sin saber cómo será el futuro acuerdo comercial entre la UE y Reino Unido.

Por eso, el negociador británico ha reclamado a los líderes europeos que en la cumbre de la semana que viene amplíen el mandato de Barnier y le autoricen a hablar de la transición y del futuro. “Hay momentos de tensión en todas las negociaciones, en esta como en cualquier otra. No es una sorpresa”, admite Davis. “Lo más importante ahora es el Consejo Europeo de octubre. Espero que le den a Michel los medios para progresar”, ha dicho.

En el capítulo de los derechos de los europeos que residen en Reino Unido es en el que más avances se han realizado, pero persisten los puntos de desacuerdo. Bruselas reclama a Londres que reconozca el derecho a la reagrupación familiar de por vida y que simplifique al máximo los procedimientos administrativos para lograr la residencia permanente.

Además, Barnier sigue insistiendo en que el Tribunal de Justicia de la UE debe ser el garante de estos derechos. Davis ha repetido que esta tarea corresponde a los tribunales británicos. Por lo que se refiere a la frontera con Irlanda, las dos partes están de acuerdo en hacer todo lo posible por salvaguardar el acuerdo de paz del Viernes Santo en el Ulster. Pero de momento no han encontrado soluciones concretas para lograrlo.

Ante la falta de avances, Bruselas y Londres empiezan ya a plantearse la posibilidad de un brexit sin acuerdo, caótico. “El Gobierno debe estar preparado para todas las alternativas”, ha dicho Davis. Las autoridades británicas aumentarán el presupuesto para poner en marcha nuevas aduanas y órganos reguladores cuando sea necesario, ha apuntado.

“Un no acuerdo sería un muy mal acuerdo. Pero por nuestra parte estaríamos preparados para todas las eventualidades”, ha señalado Barnier.

- Las dudas de May y Merkel paralizan el “brexit” al menos hasta diciembre de este año (Cinco Días - **12/10/17**)

Bruselas y Londres prorrogan dos meses el plazo de octubre para cerrar la primera fase de negociación

Aumenta el riesgo de una abrupta salida del Reino Unido en marzo de 2019

(Por Bernardo de Miguel)

La suerte aún no está echada, pero pinta muy mal para las negociaciones del brexit, que este jueves quedaron temporalmente embarrancadas tras la quinta ronda de contactos en Bruselas.

El proceso ha entrado en vía muerta por las dudas del Gobierno británico sobre el rumbo a seguir y la incertidumbre en el bando europeo sobre la posición del futuro Gabinete de la canciller alemana, Angela Merkel, todavía en formación.

El frenazo aumenta el riesgo de una ruptura sin acuerdo en marzo de 2019, cuando expira el plazo de dos años para concluir las negociaciones de salida de Reino Unido de la UE. La creciente amenaza provocó este jueves una caída inmediata de la libra, que perdió en torno al 1% en su cotización frente al dólar y pasó de 1,326 a 1,318.

De momento, ya se ha incumplido el primer objetivo temporal, que preveía cerrar en la cumbre europea de octubre (19 y 20) la primera fase de negociación para pasar a la segunda, centrada en la futura relación comercial, política y diplomática entre la UE y Reino Unido.

“Dado el estado actual de las cosas, no estoy en condiciones de proponer al Consejo Europeo la semana que viene abrir las discusiones sobre la futura relación”, señaló el negociador jefe de la Comisión Europea, Michel Barnier, tras la conclusión de la quinta ronda de contactos. Aun así, el negociador británico, David Davis, se mostró esperanzado en que la próxima cumbre europea autorice a Barnier a iniciar los trabajos sobre la futura relación.

Pero Bruselas, de momento, no se da por satisfecha con las ofertas presentadas por Londres para resolver los tres puntos espinosos de la primera fase: la factura de la salida del Reino Unido para abandonar el club, los derechos de los ciudadanos europeos en suelo británico (y viceversa) y la gestión de las fronteras entre Irlanda (socio de la UE) y Gran Bretaña.

La primera ministra, Theresa May, se mostró dispuesta el pasado 22 de septiembre a mantener su aportación a las arcas de la UE hasta 2020, un año después de la salida, para cubrir los compromisos del actual periodo presupuestario europeo (2014-2020).

Pero ni a Bruselas le parece suficiente, ni May parece en condiciones de ofrecer garantías sobre el cumplimiento de su oferta, dada su inestabilidad al frente del Gobierno como consecuencia de la rebelión larvada de los conservadores partidarios de un brexit tajante y sin factura.

“Estamos estancados”, reconoció Barnier en relación con las cuentas pendientes, solo dos semanas después de que May hiciera su oferta con un discurso en Florencia en el que intentó, sin éxito, imponer su liderazgo en Londres e impulsar las negociaciones del brexit.

Aparte de los titubeos de May, el estancamiento de la negociación también se debe a las dudas de Berlín sobre la conveniencia de un brexit más o menos duro.

La industria alemana, con la automovilística al frente, reclaman un brexit lo menos traumático posible para sus intereses. Pero una parte de la clase política alemana, sobre todo, la más europeísta, desea que el brexit marque un claro precedente sobre la diferencia de pertenecer o no al mercado interior europeo, como aviso para euroescépticos de otros países.

La canciller alemana, Angela Merkel, vacila entre ambas opciones. Y su decisión final dependerá, en parte, de la coalición de Gobierno que negocia con los Liberales (más proclives a un brexit blando) y los Verdes (partidarios de no hacer concesiones a Londres).

El nuevo Gobierno alemán no asumirá sus funciones hasta final de año, como pronto. Y a la espera de mayor claridad a ambos lados del canal de la Mancha, la UE ha prolongado dos meses, hasta diciembre, el plazo para cerrar la primera fase de negociación.

Pero de momento, según fuentes europeas, prevalece la idea de mantener una posición dura frente a May, aunque sea a riesgo de causar daños a ciertas industrias europeas. “Los británicos nunca calcularon que la UE está dispuesta a pagar un precio económico para salvar su proyecto político”, resume un alto cargo europeo.

13.000 euros por británico si no hay pacto

Londres se resiste a aceptar la factura de salida que reclama Bruselas, que podría oscilar entre 40.000 y 100.000 millones de euros. Pero el coste podría ser descomunalmente mayor si la salida se produce sin acuerdo, según los cálculos de la entidad financiera Rabobank.

Ese banco calcula que una salida en 2019 sin acuerdo tendría un impacto en el PIB del Reino Unido de unos 445.000 millones de euros hasta 2030, o unos 12.800 euros por persona. Tan tremendo impacto sería producto de las barreras comerciales que surgirían por la falta de acuerdo, la caída de la inversión, la pérdida de los sectores financieros y la reducción de la emigración europea hacia Reino Unido, según el estudio de Rabobank.

La libra cayó ayer un 0,37% frente al euro. Desde los máximos que alcanzó la divisa británica en septiembre -cuando volvió a niveles del brexit- retrocede un 3%.

- Ofensiva de May para salvar las negociaciones del “brexit” de la ruptura total (El Español - **16/10/17**)

(Por Juan Sanhermelando)

En vísperas de la decisiva cumbre de líderes de la Unión Europea que se celebra el jueves y el viernes de esta semana, la primera ministra británica, Theresa May, lanza una ofensiva urgente para tratar de salvar las negociaciones del brexit de una ruptura total. En las últimas horas, May ha asumido personalmente las riendas de las conversaciones tras el fracaso de las cinco rondas de diálogo llevadas a cabo hasta ahora entre Bruselas y Londres.

Para tratar de desbloquear el divorcio, la primera ministra británica telefoneó el domingo a la canciller alemana, Angela Merkel. Este lunes ha hablado con el presidente francés, Emmanuel Macron, y con el primer ministro irlandés, Leo Varakdar. Además, May ha cenado en Bruselas con el presidente de la Comisión, Jean-Claude Juncker, y el negociador de la UE para el brexit, Michel Barnier. Le acompañaban su asesor de confianza, Oliver Robbins, y el negociador británico, David Davis. En la lista de invitados figuraba también el jefe de gabinete de Juncker, el todopoderoso Martin Selmayr.

La reunión entre May y Juncker ha durado poco más de hora y media. No ha habido saludo para los fotógrafos ni retrato de la reunión ni ruedas de prensa. Al finalizar, los dos dirigentes han publicado un breve comunicado conjunto en el que se comprometen a “acelerar” las negociaciones de divorcio. “La cena de trabajo se ha desarrollado en una atmósfera constructiva y amigable”, concluye la declaración.

A todos sus socios europeos, la primera ministra británica les reclama lo mismo: flexibilidad para empezar a hablar cuanto antes de las relaciones futuras entre Bruselas y Londres tras el brexit, así como de la prórroga de dos años que May ha pedido para que empresas y ciudadanos tengan tiempo de adaptarse al divorcio. De lo contrario, los británicos temen que se acelere la fuga de empresas hacia el continente debido a la actual incertidumbre jurídica.

“En Reino Unido pensamos que es el momento de avanzar en estas negociaciones”, ha dicho este lunes el ministro de Exteriores británico, Boris Johnson, a su llegada a la reunión de los jefes de la diplomacia de los 28 en Luxemburgo. Johnson ha pedido a sus socios europeos “iniciar conversaciones serias sobre el futuro y la nueva relación, la asociación profunda y especial que esperamos construir”.

La UE, inflexible

Pero lo cierto es que los 27 mantienen de momento un frente unido contra Londres y se niegan a flexibilizar su posición. Para la UE, lo primero es resolver los problemas creados por el divorcio: los derechos de los europeos que viven en Reino Unido, la factura de salida y la frontera con Irlanda. Sólo cuando haya “progresos suficientes” en estas tres cuestiones, podrá pasarse a la segunda fase del brexit: las relaciones futuras.

El primer plazo límite para examinar si hay o no “progresos suficientes” se había fijado para la cumbre del jueves y viernes. Y el diagnóstico unánime entre los 27 es que Londres todavía debe mejorar su oferta y hacer más concesiones, según figura en el borrador de conclusiones. La única señal positiva para May es que los líderes encargan a Barnier que comience los trabajos preparatorios internos para pasar a la segunda fase y fijan el siguiente examen para diciembre.

Juncker ha dejado claro que el principal problema que bloquea el divorcio es el dinero. Mientras que la primera ministra británica ha ofrecido pagar 20.000 millones de euros, Bruselas cifra en 100.000 millones la factura de salida. “Si estás en un bar y pides 28 cervezas y de repente algunos de tus colegas se marchan sin pagar, eso no es factible. Tienen que pagar”, se quejó la semana pasada el presidente de la Comisión durante un coloquio en Luxemburgo.

May no tiene previsto hacer esta semana una nueva oferta económica para desbloquear el brexit, según han avanzado sus portavoces. Su cena con Juncker en Bruselas se produce seis meses después de la desastrosa reunión que los dos mandatarios mantuvieron en Londres a finales de abril. El presidente de la Comisión salió de allí convencido de que la primera ministra no era consciente de las dificultades del divorcio. El contenido del encuentro se filtró a la prensa alemana y provocó un choque diplomático entre Bruselas y Londres.

Aunque las negociaciones de separación han desembocado en punto muerto, la cuenta atrás de dos años hacia el brexit sigue avanzando de forma imparable: Reino Unido quedará fuera de la UE el 29 de marzo de 2019, ya sea con acuerdo con el resto de socios o de forma caótica y desordenada. May volvió a repetir la semana pasada que su Gobierno se preparará para todas las alternativas, gastando más si es necesario.

**- Anexo de la hemeroteca: “no hay peor astilla que la del mismo palo”**

Un gran amigo y colaborador, residente en Inglaterra, me envía varios artículos de la prensa británica sobre el Brexit y los brexiteers. Les adjunto algunas “historias de almanaque”, para que puedan conocer que opinan, sobre “los gozos y las sombras”, los medios locales.

- Michael Gove’s Appointment As Environment Secretary Is Already Causing Alarm (Huffpost United Kingdom - **11/6/17**)

“May throws a bone to DUP dogs with a climate sceptic minister”.

Michael Gove has made a dramatic comeback as Theresa May appointed the MP to the Cabinet in her post-election reshuffle.

But questions have been raised about his new brief as Environment Secretary as critics pointed to his record on climate change and wildlife.

The former Justice Secretary was sacked by May when she became Prime Minister last year, and it seemed his frontline career was over while she remained in Downing Street.

Yet during May’s increasingly wobbly General Election campaign, Gove was frequently on television defending the Prime Minister, and it seems his actions have been rewarded.

Gove takes over from fellow Brexiteer -and one-time Tory leadership contender- Andrea Leadsom, who has been moved to Leader of the Commons, and will take over a role that includes farming, fisheries and flooding.

But the appointment has upset campaigners.

Here’s what they’re alarmed about:

He tried to remove climate change from the curriculum

In 2013, the Guardian reported the then Education Secretary was blocked in an attempt to drop climate change from the geography national curriculum.

It was written up as a victory for Lib Dem Energy Secretary Ed Davey as Gove wanted to slim down the “unwieldy” curriculum and give teachers more freedom.

Sources told the newspaper climate change would appear under science and the human impact on global warming would be included, but environmentalists and science teachers feared the downgrade would pit its existence in dispute.

He wants to roll back wildlife regulations after Brexit

In March, the Independent reported on a speech Gove gave arguing for regulations preventing building near protected wildlife habitats to be scrapped when the UK leaves the European Union. He said:

“I am very, very keen -I may be odd in this respect as Conservative MP- on having more homes built in my constituency. It’s a social and economic good. But homes built in my constituency are governed by the Habitats Directive.

“The Habitats Directive holds that if you build a home within five kilometres of a particular type of terrain, heathland, then you have to allocate, at the same time, something called suitable alternative natural green space to offset the environmental impact”.

He backs badger culling and repealing the fox hunting ban

It would be strange for an Environment Secretary to be against two long-standing Tory policies, but his support for badger culling to curb the spread of TB in cows and likelihood of voting in favour of scrapping Labour’s Hunting Act is likely to draw criticism from environmentalists.

But he has supporters...

Freshly re-elected Tory MP and former Ecologist magazine editor Zac Goldsmith pointed to a “brilliant” speech where he argued there was a “Conservative instinct” at the heart of protecting the environment.

In the speech, he said “man and his activities clearly have an influence on the climate” and “we need to be guided by the science” while being “hard-headed but realistic”.

- Video evidence emerges of Nigel Farage pledging EU millions for NHS weeks before Brexit vote (Independent - **25/6/17**)

The Ukip leader distanced himself from the pledge just hours after EU referendum results became known

(By Jon Stone)

Video evidence has emerged of Nigel Farage saying EU cash should be spent on the National Health Service after Brexit.

The Ukip leader on Friday morning denied having endorsed a pledge to spend Britain’s EU contribution on the NHS just hours after the referendum results came in.

He told ITV’s Good Morning Britain that the pledge came from others in the Leave campaign and that it was their “mistake” to loudly earmark £ 350 million for the health service during the campaign.

Nigel Farage disowns Vote Leave “£ 350m for the NHS” Brexit pledge

However footage from BBC Question Time on 9 June -just weeks before the referendum- shows the Ukip leader claiming the available cash was higher than £ 350 million and saying money should be spent on hospitals and GPs.

“Can we just get to the truth of this - £ 350 million a week is wrong, it’s higher than that”, he told the programme’s audience.

“FACT -absolute fact- from the official statistics cross-checked from the EU: we pay 55 million a day as a contribution. Some of that is the rebate which doesn’t go but our gross contribution is £ 55 million a day”.

“We should spend that money here, in our own country, on our own people”, he added.

When subsequently challenged by an audience member who said he advocated an insurance system and did not “believe in the NHS”, he said.

- David Davis: Brexit “as complicated as moon landing” (BBCNews - **27/6/17**)

The minister in charge of the UK's exit from the EU says elements of his job make landing on the moon look simple.

Brexit Secretary David Davis made the remark to business leaders as he discussed the interim arrangements that will be in place after the UK leaves.

He suggested the UK would no longer be in the EU's customs union and single market during this period.

And he said a “new international body” -not the European Court of Justice- would monitor new trade arrangements.

The UK is due to leave the European Union in March 2019.

Official negotiations began last week, and the UK is committed to leaving both the EU single market and its customs union.

The government has promised a “phased process of implementation” - or “transition period” - to avoid a “cliff-edge” scenario as new arrangements kick in.

Mr Davis was asked how this would work at an event for business leaders hosted by The Times.

Migration controls

Asked whether the UK would be out of the customs union in March 2019 -and therefore able to strike its own international trade deals- he replied: “I would have thought so”.

He was also asked whether the UK would remain in the EU single market during the transition phase.

“No, no” he replied, adding that the government had taken “as written” the public's desire to control immigration, which could not be done as a single market member.

We are witnessing an emboldened cabinet, unshackled from an obligation to be quite as publicly loyal as they once were to either their leader, or each other.

So just today, the Chancellor Philip Hammond began a scripted speech in Berlin with a pop at the Foreign Secretary Boris Johnson.

And the Brexit Secretary David Davis suggested Mr Hammond's views on the length of any transition period after Brexit were “not quite consistent with one another”.

Ouch.

And then the prime minister's official spokesman intervened to insist Mr Davis and Mr Hammond's views on Brexit were consistent with each other, and with hers.

It all amounts to the flavour of Brexit being advocated: what happens to the economy? What happens to immigration? How freely, and in which sectors, will the UK be able to strike trade deals around the world?

Enter then a tangled web of confusing language to describe a vast array of potential outcomes: and welcome to the politics of the next few years at least.

The pro-EU Open Britain campaign group said it was “truly concerning” that Mr Davis seemed to have ruled out staying in the customs union and single market during the transitional phase.

Chancellor Philip Hammond, who was also making a speech on Tuesday afternoon, said the transitional phase should protect the “free flow of trade”.

Moon shot

Mr Davis, who said the timescale for any transition period was likely to end in 2022, said preparing for Brexit involved “loads of preparation for various outcomes”.

“Half of my task is running a set of projects that make the Nasa moon shot look quite simple”, he said.

The UK is seeking a new free trade deal with the EU to replace the current arrangements - but talks on this cannot begin until the EU is happy with the progress made in the initial “divorce” stage.

How the new trade deal will be policed is likely to be a sticking point in the negotiations, with the UK vowing to leave the jurisdiction of the European Court of Justice.

Mr Davis said the UK's trade with the EU would be monitored by a “new dispute resolution mechanism”.

He did not give any details about what this new mechanism would look like, or where it would be based, beyond saying it would be an international body and not the European Court of Justice.

He also sought to reassure his audience that new arrangements for EU nationals would impose “practically no burden” on businesses, and that the government's approach to Brexit “puts jobs and prosperity first”.

He added: “My job is to bring back control of migration to Westminster”.

“It is not to slam the door on immigration. We will bring immigration down but in a way and at a pace that does not cause labour shortages or, worse, undermine the nation's need for new talent”.

While Mr Davis was speaking, Mr Hammond was addressing Conservative economists and business leaders in Berlin.

He said the transitional phase would have to be one that “protects the free-flow of trade across our borders and the integrity of pan-European supply chains”.

The chancellor said “petty politics” should not interfere with “economic logic” in the Brexit process and called for transitional arrangements to avoid a cliff-edge scenario.

“Early agreement on these transitional arrangements so that trade between our countries can carry on flowing smoothly will reduce uncertainty, unlock investment decisions, instil business confidence and protect jobs and prosperity, in Britain, in Germany and across this continent”, he said.

- European leaders can “go whistle” over EU divorce bill, says Boris Johnson (The Guardian - **11/7/17**)

(By Rowena Mason Deputy political editor)

Foreign secretary hits out at “extortionate” demands in event of Britain’s withdrawal from the European Union

Boris Johnson has suggested European leaders can “go whistle” if they expect Britain to pay a divorce bill for withdrawing from the European Union.

Speaking in the House of Commons, the foreign secretary also told MPs that the government had “no plan for no deal” because of its confidence in securing a strong Brexit settlement with the bloc.

He went on to say the sums demanded by Brussels as a price for a deal were “extortionate” and signalled that the UK would refuse to pay.

Johnson made the defiant remarks at the dispatch box in the House of Commons after Philip Hollobone, a Eurosceptic Tory MP, pressed him to reject requests for a multibillion-pound exit payment.

“Since we joined the common market on 1 January 1973 until the day we leave, we will have given the EU and its predecessors, in today’s money, in real terms, a total of £ 209bn. Will you make it clear to the EU that if they want a penny piece more then they can go whistle?” Hollobone said.

Johnson replied: “I’m sure that your words will have broken like a thunderclap over Brussels and they will pay attention to what you have said”.

“He makes a very valid point and I think that the sums that I have seen that they propose to demand from this country seem to me to be extortionate and I think “to go whistle” is an entirely appropriate expression”.

The foreign secretary, who was one of the leaders of the Vote Leave campaign to exit the EU, struck a similarly bullish tone about the UK’s prospect of getting a deal with the other 27 nations.

“There is no plan for no deal, because we’re going to get a great deal and I would, just for the sake of example and illustration, I would remind the honourable lady that there was a time when Britain was not in what we then called the common market”, he said in response to another question in the House of Commons.

However, Downing Street immediately slapped down Johnson’s claim that there was no work being done on the possibility of no deal, insisting that “contingency planning is taking place for a range of scenarios”.

No 10 sources have also played down suggestions that May intends to walk out of Brexit talks in September to show defiance over EU demands for a divorce bill.

Johnson’s warning to the EU was dismissed by the Labour leader, Jeremy Corbyn, who said it was “ridiculous for the foreign secretary to approach important and serious negotiations with that silly, arrogant language that he so often employs”.

“Treat people with respect and there’s a fair chance you will be treated with respect in return. If you start on the basis of those silly remarks, what kind of response does he expect to get?” he said.

Corbyn is due to meet the EU’s chief Brexit negotiator, Michel Barnier, in Brussels on Thursday, to set out his party’s approach to Brexit and hold “exploratory discussions” about the negotiations ahead.

He said Labour would “pay what we are legally required to pay”, but nothing beyond that.

“We have to negotiate intelligently and sensibly, but above all negotiate with respect and expect to be respected in return”, Corbyn said.

The Labour leader is facing calls from some on his own side to put the issue of staying in the EU back on the table.

Manuel Cortes, general secretary of the TSSA union, which has helped fund Corbyn’s Labour and Momentum, used an article in LabourList to call for Corbyn to leave open the possibility of staying in the EU.

“Why should we confine ourselves to the second-rate option of EEA or EFTA membership when what we already have is something far better?” Cortes said.

“I can’t see how we win the hearts and minds of those who voted for Brexit by telling them that we should now enter into a new arrangement which, in exchange for a large fee, will allow the EU to make all the rules for us because we gave up our EU seat and ability to shape things”.

“This is such a poor proposal, it beggars belief that some serious players within our movement are making the case for it. And may I remind you, no one voted to leave the EU to join a second-best European economic unit?”

“The best Brexit option to put on the table is one which says we stay put. I hope our party leader, Jeremy Corbyn, will be holding out that olive branch when he meets the EU’s chief Brexit negotiator, Michel Barnier, this week. Anything lesser is to cede to a deal meaning Britain will be agreeing to taxation without representation. What serious tribune of the people can advocate that?”

This position was praised by Chuka Umunna, the Labour MP and former shadow business secretary, who said it was a “bold and important” move for Cortes to say Labour should forget single market membership and now argue to stay in the EU.

- Liam Fox: EU trade deal after Brexit should be “easiest in history” to get (The Guardian - **20/7/17**)

International trade secretary tells Today programme the government is not making contingency plans for leaving without deal

(By Matthew Weaver)

Liam Fox has said a post-Brexit free trade deal with the EU should be the “easiest in human history”, but insisted that the UK could survive without one.

Speaking to BBC Radio 4’s Today programme on Thursday, the international trade secretary said: “The free trade agreement that we will have to do with the European Union should be one of the easiest in human history”.

“We are already beginning with zero tariffs, and we are already beginning at the point of maximal regulatory equivalence, as it is called. In other words, our rules and our laws are exactly the same”.

However, he went on to concede that securing a deal would probably not be easy in practice. “The only reason that we wouldn’t come to a free and open agreement is because politics gets in the way of economics”, Fox said.

He said the government has had positive talks with the World Trade Organisation about Britain becoming an independent member. “What we are doing is to discuss at the WTO why Britain believes in free trade, why we reject the concepts of protectionism, why we think that we need to liberalise the services economy globally”, he said.

But Fox denied that the government was making contingency plans for the UK crashing out of the EU without a trade deal.

“We don’t want to have no deal. It is much better that we have a deal than no deal,” he said. “We can of course survive with no deal. And we have to go into a negotiation with those on the other side knowing that’s what we think”.

Fox also ruled out the UK continuing to be a member of the single market or customs union. He claimed this was legally impossible if the UK left the EU, despite the example of Norway, a non-EU country that is in the single market but not the customs union.

“You cannot leave the European Union and be in the single market or the customs union, they are EU legal entities,” he said. “That’s the legal definition - if you are out of the European Union, you are not in the single market or the customs union”.

Asked about his future and that of Theresa May, Fox said Brexit was more important than personalities.

“I think the prime minister is likely to be there for the rest of this parliament. I think she has the support of her colleagues in the House of Commons”, he said.

“I think she has a mandate to be the prime minister. I don’t think there is anything to be gained by speculation about leadership”.

“We’ve got a job to do, a historic task and that’s what we should concentrate upon, and to be diverted into personality issues doesn’t either do the Conservative party, the government or the country any good”.

- New poll suggests a THIRD of Brits convinced by Vote Leave's claim Brexit would mean £ 350 million for the NHS (Mirror - **21/8/17**)

Just 8% of people said they didn't believe Vote Leave had made the pledge at all

A new poll suggests a third of Brits believe or believed Vote Leave's claim that Brexit would mean a £350 million a year boost to the NHS.

- Liam Fox admits UK doesn't have the “capacity” to strike international trade deals (Business Insiders UK - **5/9/17**)

(By Adam Becket)

London.- The UK does not have the “capacity” to strike international free trade deals and has had to turn down countries who wish to sign one, International Trade Secretary Liam Fox has admitted.

Speaking to Politico, Fox said that there are a “number” of countries who want to sign an agreement with the UK, but the UK is “simply unable” to make it work.

Fox also said that he had told countries with existing EU trade deals that the UK wished to copy these treaties, and then update them when possible.

He said: “There are a number of countries who said they would like to move directly to a new free-trade agreement but we have said we are simply unable to do that at the moment”.

“It requires the willingness of the country involved to want to move the process further on and it’s dependent on our own capacity in our own department”.

According to Fox, his first priority is signing a trade deal with the US after Brexit, and then agreements with Australia and New Zealand, although he admitted that this could not happen until a deal has been signed with the EU.

He said a deal with the US was “already moving” and “Australia and New Zealand (are) our next highest priorities because they are very keen to establish open markets and they are more like us in terms of the markets that they are”.

The international trade secretary maintained that the UK would eventually sign its own trade deals with countries around the world after leaving the EU.

He said: “The EU has got some 40 free-trade agreements with third countries. We have always said that our aim is twofold - first of all, to provide continuity as we leave the EU but then to move to more bespoke and more liberal agreements when we are able to do so”.

“Cut and paste” Brexit

This follows Prime Minister Theresa May signing an agreement in Japan last week that committed to a “new economic partnership” based on the economic partnership agreement (EPA) between the EU and Japan.

Attacked as a “cut and paste” Brexit by opponents, the government believes that the copycat deals will secure continuity and confidence after the UK's exit, but it is also a sign of Whitehall's lack of resources to be able to sign deals with as many as 40 countries.

Liberal Democrat leader Vince Cable said that it “defied all logic”. He said: “Far from bagging lots of new trade deals, the government is simply trying to cut and paste our existing arrangements. Its Brexit strategy has just reached new levels of absurdity”.

Labour MP Darren Jones, a leading supporter of Open Britain told the Guardian: “The promise of new trade deals with countries around the world is starting to look like yet another broken Brexit promise. Given we have not negotiated a single trade deal for forty years, it’s hardly surprising that the government lacks the capacity to take on 50 at a time”.

“Ministers should focus on our most important trade deal -the one with the European Union- and ensure that half of all our trade remains truly free by seeking to negotiate for continued British membership of the single market and customs union”.

- MPs brutally mock Tory David Davis for falsely claiming “nobody said Brexit would be easy” (Mirror - **5/9/17**)

MPs burst out laughing when he made the claim - because his own Cabinet chum said an EU deal would be “one of the easiest in human history”

(By Dan Bloom)

Tory David Davis has been mocked brutally in the House of Commons for claiming “nobody pretended (Brexit) would be easy”.

MPs burst out laughing when the Brexit Secretary made the false claim - because his own Cabinet chum said an EU deal would be “one of the easiest in human history”.

Mr Davis also admitted the row over Britain's divorce bill will go on “for the full duration of the negotiations” - even though the EU wants to wring a figure out of Britain before it starts talks on trade.

The row came as MPs were given their first chance in months to grill the Cabinet minister on Britain's increasingly bitter Brexit talks.

It followed a dramatic morning in which Jeremy Corbyn ordered Labour MPs to vote against the Tories' flagship Repeal Bill.

Mr Davis started as he meant to go on by telling MPs there had been “concrete progress on the important issues” with the EU - prompting gales of laughter and jeers from Labour.

When MPs mocked him again over Brexit talks, he protested: “Nobody ever pretended this would be simple or easy”.

That claim is false.

Cabinet minister Liam Fox said six weeks ago: “The free trade agreement we will have to come to with the European Union should be one of the easiest in human history”.

Then-UKIP leader Paul Nuttall said in January: “It will be easy to negotiate a trade deal. It's in the EU's interests”.

Brexit-backing Tory MP John Redwood said last year: “Getting out of the EU can be quick and easy”.

And Mr Davis himself said last year: “Be under no doubt: we can do deals with our trading partners, and we can do them quickly”.

“I would expect the new Prime Minister on September 9th to immediately trigger a large round of global trade deals with all our most favoured trade partners”.

“I would expect that the negotiation phase of most of them to be concluded within between 12 and 24 months”.

Labour's Shadow Brexit Secretary Sir Keir Starmer gleefully quoted Mr Davis' and Mr Fox's words back to the House of Commons.

“We are reaching the stage of the negotiations where fantasy meets brutal reality”, he said.

“The truth is too many promises have been made about Brexit which can't be kept”.

And he sounded a warning over talks descending into bitter mudslinging last week when EU chief Brexit negotiator Michel Barnier branded Britain's demands “impossible”.

Sir Keir warned MPs: "The parties appear to be getting further apart, rather than closer together.

“Round three of five in phase one is gone, we would expect agreement to be emerging on the key issues”.

“The last round is in October and that should be for formal agreement. There's now huge pressure on the negotiating round in September”.

He added: “No deal, which I had hoped had died a death since the election, could yet rise from the ashes”.

Mr Davis admitted there were “significant differences to be bridged” on the divorce bill and he did not expect a quick solution.

The Tory minister told MPs: “My expectation is that the money argument will go on for the full duration of the negotiations”.

“The famous European line “nothing’s agreed until everything’s agreed” will apply here absolutely as in everywhere else”.

“So there will be a vote so the House (of Commons) can reflect its view on the whole deal, including the money”.

The admission will add to Britain's deadlock with the EU - which wants a gauge of how much Britain will pay before it moves to trade talks.

Despite this Mr Davis claimed most talks were “going pretty well” including on the European Court of Justice and the Northern Irish border.

And he claimed the UK approach was “substantially more flexible and pragmatic” than the EU’s.

Meanwhile Mr Davis' Repeal Bill, which faces a vote in six days, will convert EU law to British law after 29 March 2019.

But there has been an outcry over plans to implement thousands of laws without MPs' approval under so-called “Henry VIII” powers.

The Bill is expected to pass its first hurdle but is set to face a rebellion by Remain-backing Tories over the detail - with whips warning any revolt could put Jeremy Corbyn in power.

A Labour spokesman said: “As democrats we cannot vote for a Bill that unamended would let Government ministers grab powers from Parliament to slash people’s rights at work and reduce protection for consumers and the environment”.

Labour's decision comes after the party softened its stance by saying it would stay in the customs union and single market during a transition period.

- Brexit: UK Government launches plea for “valued” EU citizens to stay in Britain (Independent - **14/9/17**)

Campaigners angered at appeal issued as protesters demand assurances in Westminster

(By Lizzie Dearden Home Affairs Correspondent)

The Government has pleaded for “valued” EU citizens to stay in the UK after Brexit amid warnings of an exodus of skilled workers.

Figures released last month showed that 122.000 Europeans left Britain in the year to March, sparking concern over the impact of a “Brexodus” on the economy, universities and public services.

As European residents prepared to protest outside the Houses of Parliament demanding reassurances over their rights after Britain leaves the EU, the immigration minister released a public appeal.

“They bring with them ideas, innovation and skills which our employers and businesses rely on - from our universities to our farms to our financial institutions”, he wrote in an article for The Times.

“Since the referendum, the Prime Minister, the Home Secretary and I have been clear that we want EU citizens in the UK to stay and have made protecting their rights a top priority”.

“That is why in June the government outlined its offer to do just that. We confirmed that no-one living here lawfully will be asked to leave when we exit the EU and they will have a period to make an application to remain here”.

In a direct appeal to the many Europeans considering leaving the UK ahead of Brexit, Mr Lewis added: “We want you to stay… the Government recognises how vital you are to this country, we are committed to protecting your rights”.

The conciliatory message struck a markedly different tone to last month, when ministers celebrated a drop in net migration driven by departing EU citizens.

At the time, Mr Lewis hailed the figures as “encouraging”, with the Government continuing controversial plans to cut net migration to a target of 100.000 a year.

But the Home Office promoted his latest article in an email to EU citizens, responding to protests while directing them to advice on their status.

Tanja Bueltmann, a history professor at Northumbria University, said the email -sent to anyone who signed up to receive Government updates- “took the biscuit”.

“If they really meant they want us to stay, they would have guaranteed our rights fully on 24 June 2016”, she told The Independent.

“We’re over a year later and the rhetoric remains the same. It all sounds very nice but I don’t see the action, I see the exact opposite”.

Prof Bueltmann said leaked Home Office documents had worsened fears by revealing plans to target low-paid EU migrants in a crackdown seeing Europeans stripped of their rights to bring relatives into Britain, while the Government could have powers to refuse entry and the right to work.

“The aim of that policy document is to create a hostile environment”, Prof Bueltmann said.

“It might be for people coming in the future but it still sends a message to all of us”.

“Citizens are leaving because they’re simply fed up - how long would you put up with this if you have other options?”

Mr Lewis claimed he had personally sought to reassure concerned Europeans and said that anyone living in the UK before an unspecified cut-off date will receive settled status giving them the same access to education, healthcare, benefits, pensions and social housing as Brits.

“EU citizens living here should be able to continue their lives as before”, he added.

“However, we have also been clear about agreeing a reciprocal deal to protect the more than 1 million UK nationals living and working in the EU”.

No agreement has yet been reached in floundering Brexit talks, which are now the subject of a parliamentary inquiry over the Government’s lack of progress.

Campaigners have been unconvinced by the protections announced so far, with some rejecting the “settled status” option and arguing it would strip them of equal family reunification rights and the ability to leave the UK and return after two years.

Activists at a protest in Westminster on Wednesday said they wanted their rights guaranteed for life under the European Court of Justice to prevent a future government rolling back assurances.

Protesters called for a “free and simple registration process” ensuring the 3,2 million EU citizens in the UK and 1,2 million British expats in the EU retain their current status for life.

Nicolas Hatton, who founded The 3 Million campaign group, said Europeans felt their rights were “under threat”.

The Frenchman, who has lived in Britain for 22 years, said it was “wrong to move the goalposts after the match has started for those of us who are already living and working here”.

“We came to Britain and made it our home. We paid taxes, we started businesses, we started families”, he added.

“All we want is exactly what we have now. We're not asking for anything new or anything special”.

Por si quieren seguir la prensa británica, les adjunto la página web que me aconseja mi amigo. Es ésta: <http://www.newsnow.co.uk/h/Hot+Topics/Brexit> Ahí pueden excluir los tabloides, es decir los periódicos basura (por ejemplo Daily Mail, Express, etc.) y quedarse con los que de veras son periódicos profesionales (BBC, Financial Times, The Guardian, etc.) (sic)

**- El Reino Unido, a la sombra del “Brexit” ¿quién le teme a Theresa May?**

Un espontáneo fue capaz de acercarse hasta ella para entregarle en mano una carta de despido “firmada” por Boris Johnson, su enemigo acérrimo

El escenario en el que Reino Unido puede verse tras la salida de la Unión Europea es todavía desconocido y los expertos ya hacen cábalas ante una crisis en potencia. La premisa es que si la salida de Reino Unido toma el camino difícil, conocido como el “hard Brexit”, podría derivar en una recesión. La reciente caída de hasta el 19% de la libra esterlina frente al dólar es un pequeño ejemplo de lo que puede suceder. Sin embargo, la verdadera crisis financiera, para algunos analistas, surgiría si las relaciones comerciales con la Unión Europea se rompiesen completamente, algo que tendría serias repercusiones económicas y geopolíticas para ambas partes.

“Sense and sensibility” (el misterio de la fe, en el ex-imperio británico)

Los confines de la estupidez: algunas “cuentas y cuentos” sobre el Brexit

El ministro de Asuntos Exteriores (Boris Johnson) escribió una columna a favor de la permanencia en la UE dos días antes iniciar la campaña por el Brexit.

Dos días antes de mostrarse públicamente como firme partidario del Brexit, Boris Johnson, uno de los líderes de la campaña para salir de la UE, advirtió de que la salida del Reino Unido de la Unión Europea provocaría un “shock económico y podría conducir a la ruptura del país”. En una columna secreta nunca publicada por el Daily Telegraph, Johnson alertaba de que el Brexit podría conducir a una crisis económica, la independencia de Escocia y la agresión rusa.

La columna secreta recoge multitud de argumentos contrarios a la postura que Johnson defendió en campaña y defiende ahora como ministro de Asuntos Exteriores y responsable de la negociación de las condiciones de la salida del Reino Unido de la UE.

Algunas otras “perlas” del ínclito personaje:

“Napoleón, Hitler, varias personas intentaron esto (un súper Estado), y acaba de forma trágica. La UE es un intento de hacer esto con diferentes métodos”, declaró Boris Johnson

“Todo el mundo sabe por qué Angela Merkel está tan cínica y desesperadamente decidida a apaciguar al líder turco (...), y es porque en las próximas semanas y meses podríamos tener otra crisis migratoria en el Mediterráneo oriental”, dijo haciendo gala también del discurso antimigratorio que presidió la campaña por el brexit como tema prioritario junto al económico

Cuando Obama decidió retirar un busto de Winston Churchill del Despacho Oval hace unos meses, Johnson -que es autor de una biografía del histórico primer ministro británico- escribió en The Sun: “Algunos han dicho que era un símbolo de la ancestral aversión del parcialmente keniano presidente al Imperio Británico, del que Churchill había sido un ferviente defensor”.

“Para todos los que quieren a EEUU, es hora de pensar en apoyar a Hillary, no porque necesariamente la queramos a ella por sí misma, sino porque queremos a Bill en el papel de Primer Esposo. Y si Bill puede encargarse de Hillary, seguro que (él) puede ocuparse de cualquier crisis global”.

En una entrevista con la televisión británica ITV en marzo reconoció que paseando por Nueva York una viandante le había confundido con Donald Trump: “Puaj, ¿ese es Trump?”, había dicho. “Fue uno de los peores momentos”, aseguró Johnson al rememorarlo. En diciembre pasado ya dijo que “la única razón por la que no visitaría algunas partes de Nueva York es el riesgo real de encontrarme con Donald Trump”.

“Miren, no soy especialmente fan de Vlad (por Vladimir Putin). Más bien lo contrario”, escribió cuando la coalición internacional que apoya el combate al Estado Islámico a milicias contrarias a Bashar al Asad en Siria comenzó a tantear la posibilidad de unirse a Rusia en la lucha.

Rara es la ocasión en la que una crítica se queda en palabras sin polémicas: “A pesar de parecerse un poco a Dobby, el elfo doméstico (de Harry Potter), es un tirano “despiadado y manipulador”.

“Nunca hemos necesitado más la diplomacia. En lugar de ello, tenemos a Boris Johnson”, titula The Guardian un editorial, por ejemplo.

Otro, que tal baila:

“Aunque el resto de la UE diga que no va a darle a Reino Unido lo que quiere, acabarán haciéndolo porque nos necesitan”, afirma David Davis, el negociador principal del Brexit.

“Bastardo Encantador”, “Monsieur Non” y ahora “Mr. Brexit”. David Davis (York, 1948) ha recibido varios motes durante su vida política. Los nombres “Bastardo Encantador” y “Monsieur Non” se los ganó como responsable para Europa del Ministerio de Exteriores entre 1994 y 1997, en el Gobierno de John Major. “Intenté rechazar la oferta de convertirme en un ministro del Ministerio de Exteriores. Le dije a John Major: “Soy tu ministro más euroescéptico”. Y después de pasarse dos horas intentando encontrar a otro finalmente me dijo: “No, tú harás el trabajo””, contó al Yorkshire Post.

La etiqueta de “Bastardo Encantador” llegó a la prensa británica de la boca de un antiguo jefe diplomático portugués, quien también dijo que “David es el maestro de la obstrucción constructiva”.

Y ahora, vamos a la “cabeza de cartel” (marchas y contramarchas, por la boca muere el pez):

La primera ministra británica, Theresa May, ha afirmado que su Gobierno activará el Artículo 50 del Tratado de Lisboa para salir de la UE antes de las elecciones legislativas alemanas, previstas para septiembre de 2017.

En una entrevista que se publica el “The Sunday Times” May ha señalado esa fecha como límite para iniciar formalmente el “Brexit”, aunque ha descartado la convocatoria de elecciones anticipadas, puesto que provocaría “inestabilidad”.

En cambio, la primera ministra ha señalado que revocará la Ley de las Comunidades Europeas de 1972 que supuso el ingreso de Reino Unido en lo que se ha convertido más tarde en la UE. “Vamos a presentar en el próximo discurso de la Reina una Gran Ley de Derogación que eliminará la Ley de las Comunidades Europeas del libro de estatutos”.

“Este paso supone la primera fase para que Reino Unido vuelva a ser un país soberano e independiente. Devolverá poderes y autoridad a las instituciones electas de nuestro país. Significa que la autoridad de la ley de la UE en Reino Unido va a terminar”.

La primera ministra británica, Theresa May está detallando, más de seis meses después del referéndum que dio al Ejecutivo el mandato para salir de la UE, los planes para poner en práctica el brexit. “No queremos ser un socio parcial cuando nos marchemos; nos vamos de la UE, no de Europa, y mi trabajo es conseguir el mejor acuerdo posible”.

May apuesta por un acuerdo de libre comercio con la UE que permita, entre otras cosas, la libertad de prestación de servicios financieros o la unión aduanera. “Estamos abiertos a ser un miembro asociado y a llegar a un acuerdo arancelario”. “Queremos tener capacidad de negociar acuerdos comerciales. Tengo claro que no quiero que RU forma parte política comercial común pero no quiero problemas con aranceles del resto de países”. Además, añade que un Reino Unido fuera de la UE puede firmar acuerdos con otros países

“Queremos un proceso de salida ordenado y limpio. No es un momento de hacer oposición por hacerla, sino un proceso de negociación que debe hacerse ordenado. Por eso la UE mantiene su disciplina y nosotros debemos hacerlo. Este Gobierno va a trabajar en favor de los intereses nacionales”. “Ni pertenencia parcial a la UE, ni acuerdo de asociación ni nada que nos deje medio dentro y medio fuera”.

“Tenemos muchos ciudadanos europeos y de todas partes del mundo. Queremos viajar, comerciar con países más allá de Europa. Ahora que nos preparamos para dejar la UE nos preparamos para la reunión de la Commonwealth y nuestras relaciones con estos países. No hemos decidido alejarnos del mundo, sino crear un Reino Unido real. No se entendió del todo por parte de nuestros aliados. Temen que sea el inicio de un problema más profundo en la UE; pero eso no beneficiaría al Reino Unido. Vamos a analizar las consecuencias de la decisión”.

“El mensaje del público antes y durante la campaña del referéndum fue claro: el Brexit debe significar controlar del número de personas que vienen a Reino Unido desde Europa y eso es lo que haremos”.

Como no estará en el mercado único, Reino Unido no entregará “sumas enormes” al presupuesto de la UE, dijo Theresa May. Pero en algunas circunstancias tendrá que realizar alguna “contribución adecuada” para formar parte de los planes europeos, dijo. “Pero el principio es claro: los días de las grandes contribuciones de Reino Unido a la Unión Europea cada año terminarán”.

May dijo que no habrá “un estatus de transición ilimitado”, que deje a Reino Unido en “algún tipo de purgatorio político permanente”. Sin embargo, propuso un “proceso de implementación gradual” después de que se haya alcanzado un acuerdo, para permitir que cada elemento del acuerdo sea introducido.

“Debo ser clara”, señaló May. “Gran Bretaña quiere seguir siendo un buen amigo y vecino de Europa, pero sé que algunas voces piden un acuerdo punitivo para disuadir a otros países de seguir el mismo camino. Sería un calamitoso acto autopunitivo por parte de Europa y no sería un acto amistoso”.

“No creo que los líderes europeos le vayan a decir a los exportadores alemanes, a los agricultores franceses, a los pescadores españoles o a los jóvenes parados de la zona euro, que van a ser más pobres con el único objetivo de castigar a Gran Bretaña y hacer un gesto político”.

“Antes que un mal acuerdo preferimos que no haya acuerdo”, advirtió May. “Someteré el acuerdo final entre Reino Unido y la UE a votación en ambas Cámaras del Parlamento, antes de que entre en vigor”, prometió May.

La primera ministra británica, Theresa May, insiste en que “**el pueblo habló”** en el referendo y que con la salida de la UE **su país va a recuperar su soberanía, el control de sus fronteras y su estatus de potencia comercial global.**

Theresa May, ha abandonado las posiciones más duras sobre el brexit y se ofreció a negociar todas las demandas de la UE con tal de evitar un cataclismo en marzo de 2019, cuando expira el plazo de dos años fijado para negociar la definitiva salida del Reino Unido del club (22/9/17). A cambio pide un período transitorio de otros dos años (hasta 2021) y una relación como socio privilegiado a partir de entonces.

El drástico giro de la tambaleante líder británica fue recibido con satisfacción en Bruselas. Pero podría costarle una rebelión del ala euroescéptica de su partido, liderada por el ministro de Asuntos exteriores, Boris Johnson, que no oculta sus deseos por un brexit duro ni su disgusto con las tácticas de negociación de May.

“Los ciudadanos y las empresas, tanto en Reino Unido como en la UE, saldrían beneficiados con un período para ajustarse a la nueva situación de manera suave y ordenada”, señaló May. La primera ministra cifró ese plazo “en dos años”, lo que aplazaría la salida efectiva y definitiva del Reino Unido al menos hasta 2021, cinco años después del referéndum del 23 de junio de 2016 que desencadenó el brexit.

El ruego de May llegó acompañado de una cascada de gestos de buena voluntad hacia Europa, con la esperanza de relanzar las negociaciones iniciadas con poco éxito en marzo del año pasado. La primera ministra se comprometió a saldar las cuentas con el club europeo hasta 2020 (aunque sin concretar una oferta económica) y a respetar los derechos de los tres millones de europeos que residen o trabajan en Reino Unido.

May, además, retiró las veladas amenazas lanzadas en anteriores discursos y documentos, en los que había sugerido la posibilidad de convertir a Reino Unido en un paraíso fiscal para dañar a la UE y había amenazado con restringir la colaboración en la lucha antiterrorista si no se lograba un acuerdo sobre el brexit satisfactorio para Londres.

Aunque la dirigente tampoco ha desaprovechado para ratificar las líneas generales que ha defendido Reino Unido durante las negociaciones. “Jamás se ha sentido completamente en casa y la UE nunca ha formado parte de la historia nacional”, ha dicho May.

Con todo, la primera ministra ha reiterado que Reino Unido nunca terminará de desvincularse con las naciones europeas gracias a los valores que comparten. “Podremos dejar la UE, pero no vamos a dejar Europa”, ha manifestado May, antes de destacar que “el éxito de la Unión Europea va en beneficio de Reino Unido”.

¿Quién le teme a Theresa May? (el llanto de “Maybot”)

Se quedó literalmente sin voz, no paró de toser, las letras del eslogan que decoraba el escenario comenzaron a caerse y, en un alarmante fallo de seguridad, un espontáneo fue capaz de acercarse hasta ella para entregarle en mano una carta de despido “firmada” por Boris Johnson, su enemigo acérrimo. Si hay una imagen de un líder a la deriva esa es la de Theresa May. El discurso con el que la “premier” cerró el congreso anual del Partido Conservador (4/10/17) se convirtió en la mejor metáfora de su declive. Y aunque el público se puso en pie en varias ocasiones para aplaudirla, daba la sensación que lo hacía más por compasión que por apoyo.

Tras el gran fracaso en las elecciones generales (que ella misma adelantó), May tenía que realizar el discurso de su vida para ganarse de nuevo la autoridad perdida. Pero esta cita pasará a la historia por motivos muy distintos. Nunca antes la intervención de un líder ante sus filas había sido tan bochornosa. En los corrillos se comenta que al abandonar la sala, May se abrazó a su marido y comenzó a llorar.

De antemano, no se presentaba como algo fácil. La “premier” protagonizó en junio la peor campaña de los últimos tiempos, puso en el diccionario la palabra “Maybot” -al repetir cual robot que el país necesitaba un “Gobierno fuerte y estable”- y terminó perdiendo la mayoría absoluta cuando había partido con 20 puntos de ventaja en las encuestas.

Por todo ello, comenzó pidiendo perdón y responsabilizándose del humillante resultado en las urnas. Desde entonces, los conservadores, embarcados en una gran guerra civil, se comportan como si hubieran perdido los comicios y los laboristas como si los hubieran ganado.

La popularidad de Jeremy Corbyn está ahora al mismo nivel que la de cualquier estrella de rock, sobre todo entre los jóvenes. En los “tories”, sin embargo, el número de afiliados está en mínimos históricos y la media de edad de sus simpatizantes ronda los 70 años.

Tardó hasta 20 minutos en pronunciar la palabra Brexit. Y tal como se esperaba, no dio titulares al respecto. Se limitó a remitirse a las palabras ya pronunciadas en Lancaster House y más recientemente en Florencia, y aunque aseguró que su intención es llegar a un acuerdo “beneficioso tanto para el Reino Unido como para la Unión Europea”, repitió el mensaje lanzado este martes por su ministro David Davis, señalando que el Gobierno se tiene que preparar en todo caso para cualquier escenario posible.

¿Mejor no acuerdo que uno malo? Lo cierto es que desde enero, May ha dulcificado mucho su tono en un intento por desbloquear las negociaciones con Bruselas. Aunque, según “The Times”, la UE espera que la “premier” ceda tanto en la factura como en el papel del Tribunal Europeo de Justicia tan pronto como termine el congreso “tory”. Hacerlo antes le habría supuesto aún más malestar entre los suyos.

En este sentido, May una llamada a la unidad con una petición para que sus colegas dejen de lado sus propias ambiciones para “dar al país el Gobierno que necesita”. Se desconoce si Boris Johnson se dio por aludido.

En definitiva, que la intención de May era “renovar el sueño británico”. Pero el discurso acabó convirtiéndose en su peor pesadilla, aumentando aún más las dudas sobre su supervivencia política…

Un líder a la deriva. Una Thatcher de “utilería”, por falta de “coujones”. En vez de una general de la Royal Army, apenas es una directora de colegio con “mala uva”. Miren la foto.

No es que no quiera, es que ahora no puedo… Brexit sí, pero sin empujar… Sabido es que, en política, “cuando digo nunca, quiero decir hasta mañana”.

May hace de Groucho Marx: “Estos son mis principios. Si no les gustan… tengo otros”.

Las conversaciones entre Londres y Bruselas se han articulado en dos fases: la salida y las condiciones de asociación de Reino Unido con Europa.

El manejo del gigantesco entramado de relaciones económicas e intereses financieros que supone el brexit no es una tarea sencilla ni pacífica, pero a ello se suman las vicisitudes de un partido conservador británico sumido en una evidente crisis y con un liderazgo -el de Theresa May- cada vez más frágil. A las voces que se alzan poniendo en cuestión la conveniencia de la salida se añade una May que se ha negado a contestar qué votaría en otro referéndum sobre el brexit. Gran Bretaña debe aclarar y fortalecer su postura y Europa ha de presionar lo necesario para que esa clarificación se lleve a cabo. Porque solo hay una cosa más dañina para Europa y Reino Unido que un divorcio: un divorcio lento y conflictivo.

Con Londres arrastrando los pies, apenas se han logrado progresos en los tres pilares que exige la UE, derechos de los ciudadanos, frontera con Irlanda y presupuesto. Y ante esta situación, Barnier ha anunciado que no va a recomendar a los líderes europeos arrancar ya las negociaciones sobre el futuro acuerdo entre la Unión Europea y Reino Unido, tal y como quiere Londres. “No estoy en posición de recomendar al Consejo de la semana que viene abrir las negociaciones sobre el futuro acuerdo”, ha dicho el negociador.

Su contraparte británica, David Davis, ha vuelto a evidenciar las diferentes perspectivas de Londres y Bruselas. Reino Unido está jugando a la carta de tratar de impulsar el proceso fuera de la mesa de negociaciones, a nivel de líderes europeos. Y espera que durante la reunión que Theresa May mantendrá con el resto de jefes de Estado y de Gobierno el 20 y 21/10 (2017) estos reconocerán “los progresos hechos hasta el momento” y se muestren más flexibles que Barnier “Para dar certeza, tenemos que hablar del futuro”, ha insistido Davis.

Pese al conciliador discurso que la “premier” británica dio en septiembre (2017) en Florencia, en el que aseguró que Reino Unido cumpliría con sus “obligaciones” financieras, los británicos han llegado esta semana con las manos vacías a Bruselas. “Han afirmado que no están aún preparados para precisar estos compromisos. Por lo tanto, no ha habido negociaciones sobre este aspecto”, ha dicho Barnier. Considera que en lo que respecta a la conocida como “factura” del Brexit, “estamos en un punto muerto extremadamente preocupante, tanto para los proyectos (co-financiados por la UE) que hay en toda Europa, como para los contribuyentes”.

Más de seis meses después de la activación del Brexit, los progresos son escasos. Y la salida del Reino Unido será efectiva el 29 de marzo de 2019, haya o no acuerdo, con lo que el tiempo vuela. Por ello, ha dicho Davis, aunque Reino Unido persigue lograr un acuerdo de divorcio y otro que establezca las nuevas relaciones con sus socios, “es responsabilidad del Gobierno prepararse para lo contrario”. Unas palabras ante la que Barnier ha avisado que “un no-acuerdo sería un muy mal acuerdo”.

Y a medida que corre el tiempo, aumenta el riesgo de una separación no pactada, de un brexit caótico: problemas de abastecimiento en Reino Unido, perturbaciones muy graves en el tráfico aéreo en los aeropuertos de Londres, colas en el puerto de Dover por la reintroducción de controles aduaneros o incluso la suspensión de la circulación de materiales nucleares en territorio británico.

Un gran número de bancos y empresas con sede en Londres han empezado ya a mudarse al continente. No quieren perder las ventajas del mercado único y la unión aduanera. Otras compañías se dan de plazo hasta principios de 2018: si para entonces no se ha despejado la relación futura con la UE, se marcharán también. “No oculto que para dar certidumbre necesitamos hablar sobre el futuro”, ha dicho Davis. Anuncia que May pedirá a los 27 que, pese a la falta de progresos suficientes, flexibilicen el mandato de Barnier y le permitan empezar a discutir el nuevo acuerdo comercial.

¿Se están preparando ya Reino Unido y la UE para este escenario de brexit caótico? “Un no acuerdo sería un muy mal acuerdo. Pero seamos claros: por nuestra parte esteremos preparados para cualquier eventualidad”, ha respondido el negociador de la UE. “Nuestro objetivo sigue siendo un acuerdo bueno y mutuamente beneficioso. Es tan simple como eso. Si eso no es posible, el Gobierno tiene que estar preparado para todas las alternativas”, sostiene Davis.

Pero también sobre esta cuestión, el Gobierno de May está profundamente dividido entre los partidarios de un brexit suave y los que quieren una ruptura radical con la UE. Los conflictos dentro de su gabinete son tan graves, que May ya no es capaz ni de responder a las preguntas más básicas. ¿Qué votaría si hoy se celebrara un segundo referéndum sobre el brexit? La primera ministra británica, que hizo campaña (aunque tibia) por quedarse en la UE en la consulta del 23 de junio de 2016, ha causado polémica por negarse a contestar hasta en cuatro ocasiones en las últimas horas. “No hay segundo referéndum”, alega.

El mismo interrogante se le ha planteado este jueves al jefe de la oposición, Jeremy Corbyn. “No va a haber otro referéndum, así que es una pregunta hipotética. Pero sí, votaría quedarme porque creo que la mejor opción era quedarse. No he cambiado de opinión sobre eso”, ha dicho Corbyn.

**- Europa debe “despertar” y el Reino Unido debe “dejar de soñar”**



Reino Unido: un país que ni quiso ni supo adaptarse al proyecto europeo

Desde su acceso al club europeo en 1973, Reino Unido ha puesto numerosos palos en las ruedas de la integración, pese a su situación de privilegio: sin el euro, sin Schengen y con el “cheque británico”.

Desde su fundación, los países fundadores del proyecto europeo quisieron contar con la participación del Reino Unido e invitaron al Gobierno conservador de Anthony Eden en 1955 a las negociaciones previas para crear un mercado común. Pero el propósito de integración y aplicar un arancel común causó desconfianza en un Londres que se distanció.

La Comunidad Económica Europea empezó a funcionar el 1 de enero de 1958, después de la firma del Tratado de Roma. El liderazgo quedó en manos de París, y Londres perdió la gran oportunidad de configurar las instituciones de la nueva organización.

Lo acontecido en el continente llevó a una inmediata respuesta de Westminster. Su plan alternativo fue la creación de la Asociación Europea de Libre Cambio, por la que Europa quedó dividida.

El éxito casi inmediato de la recién creada CEE contrasta con el declive británico. En la década de los 60, el sabotaje británico fracasa. Su comercio con los países de la Commonwealth disminuye y los intercambios con el continente ganan peso. Londres se da cuenta de su error y ya no quiere quedar al margen. En un cambio de estrategia, el primer ministro conservador Harold Macmillan solicita el ingreso en la CEE el 9 de agosto de 1961.

En los meses posteriores se suceden arduas negociaciones, hasta que el 14 de enero de 1963 se produce el veto del presidente francés, Charles de Gaulle, que no solo desconfiaba de la voluntad británica de asumir las reglas comunitarias, sino que sospechaba que Londres era en realidad un caballo de Troya enviado por EEUU para dinamitar Europa.

La historia se repite con el siguiente primer ministro, el laborista Harold Wilson. La candidatura presentada por su Gobierno en mayo de 1967 es una segunda vez vetada por De Gaulle en noviembre de ese año. Hasta la dimisión del general en 1969 la situación de la adhesión no se desbloquea. El Gobierno conservador de Edward Heath cierra el acuerdo y el Parlamento británico lo aprueba en octubre de 1971 por 358 votos a favor y 246 en contra. Pero esa votación ya pone de manifiesto las profundas divisiones que provoca la pertenencia a la CEE, incluso dentro de cada partido. La fractura en la opinión pública británica sobre los beneficios y las desventajas de la adhesión se agrava en la misma proporción.

Entrada en Europa

Londres entra el 1 de enero de 1973, junto con Irlanda y Dinamarca. Es la primera de las ocho ampliaciones que experimenta la Unión. Sin embargo, desde el comienzo sus socios europeos acusan a Westminster de ambivalencia y obstruccionismo. El nuevo Gobierno laborista de Wilson reclama de inmediato renegociar las condiciones de adhesión.

En concreto, exige la reducción de la aportación británica al presupuesto comunitario, y los socios acceden a la mayoría de las pretensiones. En el referéndum del 5 de junio de 1975 para conocer la opinión de los ciudadanos sobre la CEE, Wilson, al igual que la líder conservadora, Margaret Thatcher, piden votar sí, y dos de cada tres británicos optan por la permanencia en Europa, pese a que en 1978 Reino Unido rechaza formar parte de la creación del Sistema Monetario.

Tras su llegada al poder ese año, Thatcher relanza la campaña para disminuir la contribución a Europa. Se queja de que Londres paga al presupuesto más de lo que recibe. Afirma que la mayor parte de las ayudas se destinan a los agricultores, lo que apenas beneficia a los británicos. La cumbre de Dublín de noviembre es recordada por la frase de la primera ministra: “¡Quiero que me devuelvan mi dinero!”.

La crisis abierta por las reivindicaciones de Thatcher generó conflictos durante cinco años en la CEE. Los enfrentamientos entre Reino Unido con Francia y Alemania fueron constantes. En junio de 1984, la primera ministra logró el famoso cheque británico, vigente hasta ahora. Europa cedió y esa rebaja negociada con los socios convirtió a los franceses y sobre todo a los alemanes en los principales contribuyentes netos al presupuesto comunitario.

El cheque británico no fue más que la primera de una serie de derogaciones especiales para el Reino Unido. A partir de ese momento, Londres continuó trazando una Europa a su antojo. No participó en numerosas políticas comunitarias. Durante la negociación del Tratado de Maastricht, firmado en 1992 y por el que se creó la Unión Europea, el premier John Major se benefició de una cláusula de exención que le permitía quedarse fuera del euro. Como es obvio, al entrar en circulación el euro el 1 de enero de 2002, no lo hizo en Reino Unido.

El país, con Tony Blair como mandatario, también rechazó entrar en Schengen y logró después una derogación para la Carta de Derechos Fundamentales, incluida en el Tratado de Lisboa firmado en 2007.

Charles de Gaulle tenía razón

14 de enero de 2013 se cumplieron 50 años del primer “no” del general y presidente francés Charles De Gaulle a la entrada del Reino Unido a la Comunidad Económica Europea, el embrión de lo que hoy es la Unión Europea. Los británicos tuvieron que esperar justo una década, hasta 1973, para poder ingresar aunque nunca han sido unos europeístas demasiado convencidos.

Francia era débil. Había sido derrotada por los alemanes en 1940 y solamente su prestigio y la insistencia de De Gaulle hicieron posible que se le mantuviera el status de potencia vencedora al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la derrota y pérdida de Indochina en 1954 y de Argelia en 1962, y la humillación en el Canal de Suez en 1956 -infringida por los EEUU- dejaron a Francia sin su imperio colonial y solamente con Europa.

Allí Francia tenía dos posibilidades: se resignaba a ser un socio protegido de los EEUU frente a la URSS, o trataba de conseguir la supremacía. De Gaulle optó por la segunda opción, siguiendo la tradición de Carlomagno, Luis XIV o Napoleón. Pero no lo podía hacer solo. No tenía fuerzas suficientes para ello y necesitaba un socio. Este sería la Alemania Federal de Konrad Adenauer.

Alemania era un país derrotado, dividido y sin soberanía. Pero con un potencial económico muy alto. Su industria seguía siendo la más poderosa de Europa y estaba claro que, una vez recuperada de la guerra y reconstruidas las ruinas, volvería a jugar un papel fundamental. La pregunta era ¿qué papel sería ese? Francia lo tenía claro: sería su socio. Ella pondría el prestigio y la política, y los alemanes pondrían la economía. Alemania, ansiosa por ser readmitida en la sociedad internacional y de integrarse en Occidente y protegerse así de la URSS aceptó encantada.

El acercamiento entre ambos países fue fulgurante, primero en 1951 con la fundación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA) -poniendo fin así al conflicto histórico por el control de los yacimientos de carbón entre ambas partes- y en 1952 con la firma del Tratado de la Comunidad Europea de Defensa, según el cual ambos unirían sus ejércitos en uno solo. Esta iniciativa resultó ser demasiado ambiciosa y los franceses –celosos de su independencia- no lo ratificaron. Pero sí se avanzó en el camino de la integración económica. Fue el nacimiento de la Comunidad Económica Europea en 1957.

El Reino Unido, por su parte, también había salido muy debilitado de la Segunda Guerra Mundial. Pero a diferencia de Francia, había sido una de las potencias fundamentales en la derrota de Hitler en 1945. Seguía siendo una potencia, pero sólo de prestigio. Arruinada por la guerra, tuvo que renunciar a su imperio en 1947 reconociendo la independencia de India y Pakistán, y pidiendo ayuda a los EEUU en la guerra civil griega entre monárquicos y comunistas. Londres entregó sus trastos a Washington y se conformó en ser el socio pequeño de los EEUU, eso sí, con una relación especial.

Esa relación especial era lo que les hacía sospechosos a los ingleses a ojos de De Gaulle. Él aspiraba a liderar una Europa independiente de las superpotencias, y el Reino Unido parecía ser el perro faldero de los EEUU. De hecho, al principio los británicos no se tomaron en serio a la CEE y se opusieron a cualquier tipo de participación en ella. No querían renunciar a su Commonwealth ni querían participar en una organización que blindaba su comercio exterior con una rígida política proteccionista. La patria de Adam Smith seguía siendo el adalid del libre comercio y para contrarrestar a la CEE fundó en 1960 la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA en inglés) a la que también pertenecieron los países nórdicos de Europa, Austria, Suiza, Irlanda y Portugal. Pero fue un fracaso y pronto sus miembros aspiraban a entrar en la CEE.

Pero De Gaulle dijo “no”, no una sino dos veces, la segunda en 1967. No quería a los ingleses en “su” Europa. No se podía fiar de ellos ni tampoco tenía sentido incluir a un tercer socio en su pareja con Alemania. Eso solamente podría o debilitar su plan de independencia al acercar más a los EEUU, o bien devaluar el papel de Francia al frente de Europa al sumar a Londres junto a Alemania. Hubo que esperar a la dimisión de De Gaulle en 1969 para que se iniciaran los trámites de adhesión y, finalmente, en 1973, el Reino Unido se incorporó a la CEE.

Hoy, 44 años después de su entrada y 54 después de ser rechazados por primera vez, los británicos han resuelto abandonar la Unión Europea en la peor crisis de su historia. En estas cuatro décadas nunca jugaron un papel constructivo ni fueron el motor de la integración europea, más bien todo lo contrario. Por lo tanto no son pocos en ambas orillas del Canal de la Mancha los que opinan que a lo mejor no sería tan mala idea que Londres corte sus amarras y navegue por el Atlántico en brazos de su aliado los EEUU. ¿Había tenido razón De Gaulle?

¿Qué opinaría Winston Churchill sobre el Brexit?

La figura del emblemático primer ministro ha sido utilizada durante la campaña por ambos bandos, un análisis de sus discursos puede dar la clave sobre si idea de Europa.

Lo cierto es que Winston Churchill dominaba, como buen victoriano, el noble y muy británico arte de no hablar claro, lo que hace difícil dar una respuesta rotunda. Por otro lado, su carrera política fue tan extensa que es necesario entender sus palabras en relación al contexto histórico. No obstante, la lectura de sus discursos dibuja a un Churchill que evoluciona respecto a su visión de la construcción de una Europa unida tras dos guerras mundiales y la relación que el Reino Unido debe tener con el continente.

Repasamos algunas de las frases más destacadas de Winston Churchill sobre Europa y su relación con el Reino Unido:

-En su obra “The World in Crisis”, publicada en 1923, afirma en referencia a la Primera Guerra Mundial: “¿Podríamos nosotros, desde Inglaterra, quizás mediante algún esfuerzo, algún sacrificio de nuestros intereses materiales, algún gesto apremiante al tiempo de amistad y de mando, haber reconciliado a Francia y Alemania a tiempo, y haber formado esa gran asociación, la única en la que la paz y la gloria de Europa Estaría a salvo?”.

-Bruselas, 16 de noviembre de 1945: “No veo razón por la que, bajo la tutela de una organización mundial, no puedan surgir los Estados Unidos de Europa, unificadores de este continente de un modo nunca conocido desde la caída del Imperio Romano, un espacio en el que todos sus pueblos coexistan en prosperidad, justicia y paz”.

- Zúrich, 19 de septiembre de 1946: “¿Por qué no puede haber una agrupación europea que confiera un sentido más amplio del patriotismo y una ciudadanía común a los pueblos que, replegados sobre sí mismos, viven en este turbulento y poderoso continente? ¿Por qué esta agrupación no habría de ocupar el sitio que le corresponde en la dirección de los destinos de los hombres al lado de otras grandes agrupaciones?”.

-La Haya, 14 de mayo de 1948: “Si la Europa unida ha de ser una fuerza viva, Gran Bretaña tendría que actuar en ella plenariamente como miembro de la familia europea que es”.

-Llandundo (Gales), 9 de octubre de 1948: “No es en modo alguno necesario elegir entre la unidad del Imperio y la unidad de Europa”.

-Londres, 17 de noviembre de 1948: “Entrar en una unión europea de la que el Imperio y la Commonwealth quedaran excluidos no solo sería imposible para Gran Bretaña, sino que, a los ojos de Europa, reduciría enormemente el valor de nuestra participación”.

-Intervención en la Cámara de los Comunes sobre el Consejo Europeo, 1950: “Hay un asunto trascendental de naturaleza moral e ideal, aunque irrelevante para nuestros objetivos inmediatos, que ha sido motivado, incitado por las negociaciones que han tenido lugar. Nos desafían con esta pregunta: “¿Están ustedes preparados para ceder una parte de su soberanía nacional en determinadas circunstancias y por el bien de una síntesis mayor?” (…). Los partidarios conservadores y liberal dicen, sin vacilación, que estamos preparados para considerar, y en caso de estar convencidos aceptar, la derogación de la soberanía nacional, siempre que nos satisfagan las condiciones y garantías. (…) La soberanía nacional no es inviolable”.

-Westminster, 9 de julio de 1957: “Mi mensaje a Europa es hoy el mismo que hace quince años -únete-. La seguridad y la prosperidad de Europa residen en la unidad”.

-Carta a Doris Moss, 14 de agosto de 1961: “Creo que el gobierno hace bien al solicitar la adhesión a la Comunidad Económica Europea, no porque yo esté ya convencido de que podremos unirnos a ella, sino porque me parece que no hay ninguna otra manera de saber exactamente si las condiciones de la adhesión son aceptables”.

El ángulo muerto del Brexit

Ante semejante gigantes de la historia (De Gaulle o Churchill) estos “alfeñiques” del presente parecen más insignificantes, mediocres, de vuelo gallináceo y memoria de pez.

¿Es Theresa May una “muñeca diabólica”? ¿Es Boris Johnson el “Joker”? ¿Es David Davis “Mr. Bean”? ¿Con estos “artistas” debe tratar la Unión Europea (aunque no esté muy sobrada de líderes) sobre los “términos” del divorcio?

Estos insípidos personajes (fatuos, arrogantes, insolentes, irritantes, ineptos…) solo pueden presumir de lo que ya no tienen (viejas glorias), y eso es mentir, manipular y engañar a los ciudadanos (perdón, “súbditos”).

Siempre existen explicaciones para todo, todo se explica con argumentos, retórica, y cuando hace falta se recurre a las “emociones” (pasiones) que mueven multitudes.

Antes de “entrar” en negociaciones, la UE deberían tener en cuenta que estos “trileros” (RU) suelen entrar por puertas trampa que dan paso a laberintos sin salida donde dedican su esfuerzo a responder preguntas equivocadas.

Por si les sirve de referencia, así opina mi amigo, el que me envía los periódicos de Inglaterra, sobre los “profetas” del Brexit: “luego es cuestión de mirar las chorradas que van diciendo día tras día. Brexit es el único circo que nunca cierra, y oye, como payasos son unos currantes increíbles, que conste... y como patéticos también se llevan la palma, pero bueno, this is England” (sic). Todo esto me lleva a preguntar: ¿El Brexit es el show de Benny Hill?

El Reino Unido ha pasado de una “indiferencia obstruccionista” (antes del Brexit) a un “euroescepticismo corrosivo” (después del Brexit). Si bien parece improbable que los partidos abiertamente euroescépticos ganen poder en alguna parte, estos giros políticos no favorecen la integración europea.

Los líderes de la Unión Europea que todavía quieren promover la integración ya no pueden contar con el argumento, utilizado durante la crisis financiera, de que no hay otra alternativa. Y el consenso permisivo de los primeros años de la integración hace mucho que se esfumó. Si se ha de progresar hacia una “unión cada vez más estrecha”, los líderes de Europa tendrán que encontrar un nuevo modelo que pueda superar el “euroescepticismo diluyente” (RU) y la “apatía y resentimiento” (los 27) cada vez más profundo de sus ciudadanos (que terminan abrazando causas nacionalistas y tradicionalistas contra la elite globalista y cosmopolita, en el nombre de una identidad con más raíces religiosas y culturales). El espectro actual de incertidumbre y desencanto económico, está reforzando el nativismo y el chovinismo.

**Viejas y queridas causas perdidas o la amargura de la victoria**

Algunos antecedentes, de puño y letra (políticamente incorrectos):

En mi anterior Paper **- La “Unión” (Europea) que no quiere ser “Jack”: “British go home” (and God save the Queen) - ¿Es imaginable una Unión Europea sin el Reino Unido?**, publicado el **15/8/08**, decía:

**El Reino Unido y la Unión Europea**

*“Este es un momento extraordinario en la historia de Europa. Hemos tomado decisiones de enorme importancia que expanden y extienden las fronteras de Europa, que convierten a Europa en una institución diferente, que la convierten realmente en una unión diferente para el futuro, y cuando miramos hacia atrás en la historia de Europa durante cientos de años y en particular en la historia del siglo XX y vemos la guerra, y la devastación y el desastre, y el conflicto y nos percatamos de que hoy estamos reuniendo a Europa, creo que es verdaderamente un momento del que podemos sentirnos orgullosos y que nos ofrece una inmensa esperanza para el futuro”.*

*Primer Ministro Tony Blair, Copenhagen, Diciembre 2002*

**Introducción**

Desde que era pequeño y me contaron “Caperucita Roja”, he aprendido que “no hay que jugar en el bosque mientras el lobo está”.

Cuando ya era menos pequeño y en la escuela me enseñaron la “Leyenda del caballo de Troya”, he aprendido que “hay que tener mucho cuidado con los presentes griegos”.

(Del mito - Fuente: Wikipedia) El caballo de Troya es un artilugio que aparece en el mito de la Guerra de Troya. Es mencionado en la Odisea de Homero (Octavo canto) y en otras fuentes como la Eneida de Virgilio (Libro II). El evento ocurre luego de los acontecimientos que se cuentan en la Ilíada de Homero y antes de los relatados en la Odisea y en la Eneida, pero igualmente es referida en estas dos últimas.

Las fuerzas griegas que asediaron Troya durante diez años no pudieron superar las altas murallas que la defendían.

Odiseo (Ulises para los romanos), el más astuto de los mortales propuso a los jefes griegos construir un enorme caballo de madera en cuya barriga han de caber los más valerosos héroes griegos. La flota griega se retiraría a la cercana isla de Ténedos, tras quemar el campamento para que los troyanos lo advirtieran y salieran confiados al campo. Un griego, fingiéndose fugitivo, quedaría fuera y contaría a los troyanos que este caballo está consagrado a la diosa Atenea, enemiga de los troyanos.

Bajo las instrucciones de Odiseo el caballo fue construido por Epeo el feocio, el mejor carpintero del campamento. Tenía una escotilla escondida en el flanco derecho y en el izquierdo tenía grabada la frase: “Con la agradecida esperanza de un retorno seguro a sus casas después de una ausencia de nueve años, los griegos dedican esta ofrenda a Atenea”.

Los troyanos, grandes creyentes en los dioses, cayeron en el engaño. Lo aceptaron para ofrendarlo a los dioses, ignorando que era un ardid de los griegos para traspasar sus murallas. Dentro del caballo se escondía un selecto grupo de soldados. El caballo era de tal tamaño que los troyanos tuvieron que derribar parte de los muros de su ciudad. Una vez introducido el caballo en Troya, los soldados ocultos en él abrieron las puertas de la ciudad, tras lo cual la fuerza invasora entró y la destruyó.

Este episodio no es narrado en La Ilíada, el poema atribuido a Homero, que relata parte de la Guerra de Troya. Se hace alusión a él en La Odisea, en la que Homero cuenta las aventuras del héroe griego Odiseo en su regreso a su patria, Ítaca. También es aludido por Virgilio en la Eneida.

Se ha sugerido que el Caballo de Troya podría ser una referencia a Poseidón, rey de las profundidades marinas y terrestres en la mitología griega, que contaba con el caballo como uno de sus símbolos. Durante la guerra de Troya, uno de los frecuentes terremotos que se producen en la región (atribuidos, por venir de las profundidades de la tierra, a Poseidón) pudo haber dañado parte del perímetro amurallado de la ciudad, facilitando así su toma por los griegos.

Ya los mismos clásicos dudaban de esta artimaña. Pausanias decía que podría haber sido un arma de asedio parecida a un caballo que derribó la muralla. Otros decían que Antenor habría hecho entrar a los griegos en Troya por un postigo que tenía pintado un caballo. Otros autores creían que los griegos después de incendiar el campamento se habrían ocultado detrás del monte Hipio (“del caballo”).

Robert Graves dice en su libro Los mitos griegos que Atenea habría inspirado a Prilis, hijo de Hermes, la idea del caballo, y que luego Ulises la había reclamado como suya. Pero esa es sólo una de las versiones del mito según Apolodoro e Higino.

A propósito “cuentos” y “mitos” (mira tú por donde), deseo utilizar esta metáfora para introducir mi propuesta (base del presente Paper) de que la Unión Europea “conmine” (exija) al Reino Unido su incorporación “completa, total y absoluta” a la Unión Europea (con todas sus consecuencias) o “resuelva” su expulsión de la misma, de forma “irreversible” (con todas sus consecuencias). Dicho lo cual, quedan avisados los lectores de qué se trata, y pueden ahorrarse unas cuantas páginas para descubrir su desilusión. A los demás (los dispuestos al debate, los que tienen ilusión), les invito a que pasen y lean.

Decía el politólogo Giovani Sartori, refiriéndose a Italia, que le preocupaban más los intereses de Silvio Berlusconi que todos los saludos y parafernalias fascistas. Y esta observación de Sartori es válida y extensible para otras geografías en las que lo político aparece afectado de metástasis económica.

En los últimos tiempos, entre Schröder y Blair, entre Berlusconi y Aznar y otras abundantes figuras de menor importancia, han conseguido hacer de aquella Europa de la diplomacia estratégica y del equilibrio inestable una dinámica y eficiente, hiperrealista y políglota, escuela de negocios. Y es previsible, con tanta innovación, que el anciano Sartori comience a sentir bascas, oiga voces extrañas y duerma cada noche peor.

Los ejemplos internacionales de intercambio entre empresa pública y privada son prolíficos. Tras abandonar Downing Street el pasado junio, Tony Blair fue contratado como asesor de JP Morgan y Zúrich. Blair, que sólo con el primer cargo se embolsará más de un millón de dólares al año, sigue los pasos de su predecesor, John Mayor, contratado en 1998 por The Carlyle. Tampoco dejó pasar la ocasión el ex canciller alemán Gerhard Schröder que, tras perder las elecciones de 2005, aceptó la propuesta de Gazprom para presidir el comité de accionistas de Nord Stream, además de asesorar a Rothschild. En EEUU, el ex presidente de la Fed, Alan Greenspan, encontró trabajo en el mayor fondo privado de bonos, Allianz Pimco, mientras el ex secretario del Tesoro, John Snow, fue nombrado presidente de Cerberus y Robert Rubin, contratado por Citi, donde llegó a asumir las funciones de presidente interino. Destaca también la apuesta del fondo de capital riesgo Centaurus por Aznar como miembro de su consejo asesor, del que forma parte el ex ministro británico Ken Clarke.

Entre todos estos “demócratas” nos están llevando a una crisis de imprevisibles consecuencias.

¿Usted aceptaría a Josef Frizl (el monstruo de Amstetten) como Director del Jardín de Infantes de su hija? ¿Usted aceptaría al General Augusto Pinochet al frente del Tribunal Penal Internacional? ¿Y entonces, por qué puede aceptar a Tony Blair (The USA submarine) como primer Presidente de la Unión Europea?

“A veces, la única diferencia entre la verdad y la mentira es sólo un punto de vista” (Albert Einstein)

En Macbeth, una tragedia que disecciona la ambición política, Shakespeare hizo famosa la descripción de la vida como “una historia contada por un idiota, lleno de rabia y de ira y que no significa nada”. A diferencia de Macbeth, el final no se ha escrito todavía, de manera que cabe confiar en que alguien ponga las cosas en su sitio, de modo que no acabe todo de mala manera.

El Reino Unido, desde 1946 (ahí es nada), ha tomado como costumbre jugar al “ni contigo ni sin ti” con Europa. Una historia muy chocante. Muchos errores y muy pocas responsabilidades…

**Aunque sorprenda, confieso mi “admiración” (¿sana envidia?) por el Reino Unido. Admiro su capacidad de “hacer de la necesidad, virtud”, su creatividad para haber pasado de ser un país colonialista a ser un país manufacturero, y de ser un país manufacturero a ser un país de servicios, y de ser un país de servicios a ser un casino, reino de la especulación absoluta. Y todo ello, en nombre de la “libertad de mercado”.**

**Esto sí que es “flexibilidad”. Todo lo que haga falta para prolongar la “ilusión” de riqueza, los privilegios de clase y continuar medrando. Los “mercaderes” de Adam Smith, devenidos en “croupiers” de casinos, “corredores” de apuestas, operadores de mesas de dinero, agentes bursátiles, brokers, traders, dealers, blanqueadores, banderas de conveniencia, gestores de paraísos fiscales… De las blancas pelucas hechas con crin de caballo y las anticuadas togas, a la Barbie Victoria Beckham con sus implantes y minifaldas. Unos “maestros” en el arte de la “reconversión”. ¿Hipocresía? ¿Cinismo? ¿Realismo? ¿Pragmatismo? ¿Ficción? ¿Falsificación? ¿Travestismo? ¿Eufemismo?...**

**El retorno del “Preguntero”**

¿Quedaríamos los europeos más demócratas y liberales muy tranquilos si el Reino Unido acabase marchándose? ¿Europa sin la “madre de los Parlamentos”? ¿El mercado único sin los “inventores del libre comercio”?

Mi respuesta (propuesta) es que hay que “invitar” (¿les gusta el eufemismo, tan british?) al Reino Unido a marcharse de la Unión Europea. Creo que su “lugar” en el mundo está en la relación transatlántica (con su aliado natural, los Estados Unidos) o si quieren ir a más, en una Commonwealth ampliada de la que nunca, repito, nunca, deberían haber salido y mucho más, haberlos dejado “fingir” que salían.

Pese a que ciertas partes interesadas hayan querido polarizar el debate construyendo un discurso simplista en torno a la supuesta existencia de dos únicos modelos sociales (el anglosajón, -supuestamente- eficaz, que crearía empleo, y el franco-alemán, -supuestamente- ineficaz, que produciría desempleo y estancamiento económico), en realidad son gente del pasado con ideas del pasado, tratando de imponer una visión retrógrada (disfrazada de modernidad) a problemas del presente. Una economía de “manos libres” implanteable e intolerable. Además, por si quedara alguna duda, su fracaso -clamoroso- como consecuencia de la crisis financiera y crediticia derivada de las hipotecas “subprime”, certifica el final del modelo de “partners in prosperity”.

El presidente Alemán ha comparado a los banqueros con los alquimistas que fueron responsables de la “destrucción masiva de activos”. Horst Köhler ha acusado a los banqueros que han practicado la especulación financiera en haber puesto el “sistema en una situación cercana al colapso”. La búsqueda de los beneficios ha convertido a los mercados en un “monstruo” (Financial Times -15/5/08). La resaca de la complacencia está siendo dura, pero siguen sin pararse a pensar en cuestiones como privatización de los beneficios (para unos pocos) y socialización de las pérdidas (para los muchos). Las evidencias que desean negar.

En consecuencia, frente a lo que se quiere hacer creer, es más que evidente que la globalización no exige en modo a alguno a Europa adoptar el modelo social anglosajón ni elevar la “Tercera Vía” de Blair a la categoría de política europea única. Resulta por ello preocupante que la Comisión Europea encabece bajo el título de “Los valores europeos” toda una serie de cuestiones relacionadas con la eficiencia económica que simplemente tiene que ver con la lógica de mercado, pero bien poco con el proyecto de integración europeo en sus aspectos políticos, económicos y sociales. Con ello -seguramente- no se podrá reconstruir el clima de confianza y reconectar a los ciudadanos con la Unión (A Citizen’s Agenda). Con ello no se conseguirán -seguramente- auténticas mejoras que harán a Europa más efectiva, más responsable ante los ciudadanos y más fácil de entender.

Quizá estas reflexiones deshilvanadas sirvan de algo. Después de todo, este breve espacio sólo alcanza para ver la superficie de un fenómeno tan antiguo (la actitud insolidaria y chauvinista del Reino Unido) como lamentable (por lo reiterativo con respecto a la Europa de los mercaderes), pero al mismo tiempo permite ofrecer hechos para que los lectores vayan más allá de esa superficie, si se atreven…

En mi anterior Paper **- United Kingdom: ‘come back home’ (Europe: ‘go to hell’) ¿Última traición de la City a Bruselas? (algunos comentarios sobre la permanente deslealtad y la reiterativa insolidaridad de los ‘mercaderes’ británicos con la Unión Europea)**, publicado el **14/1/12**, decía:

**Un referéndum para retirarse de la Unión Europea (¿la hora de la verdad?)**

(…)

**Opinión personal (todo lo que quepa en un simple blog)**

¿Se animará Cameron a “divorciarse” de la Unión Europea? ¿Tendrá el coraje democrático de dar la voz al pueblo? ¿Lo dejará la City? ¿Llegará la hora de la verdad?

Las “ganas” vienen de lejos… Margaret Thatcher, John Major (y como ellos, casi todos los Conservadores) y muchos Laboristas -todo hay que decirlo- (aunque con la boca pequeña) amagaron (chantajearon) pero nunca rompieron la baraja (patearon el tablero).

Hubo, hay (aunque ahora parezca menos) y habrá (si la Unión no salta por los aires) mucho en juego. Los intereses creados. La Unión Europea (aún con respiración asistida) sigue siendo el patio trasero del negocio bancario del Reino Unido. Business are business. ¿Cómo afectaría a la City que el Reino Unido se retirara de la Unión Europea?

El dilema de Cameron: ¿pragmatismo o euroescepticismo? That is the question…

La historia demuestra que los “valores” del Reino Unido siempre han estado “en línea con el mercado”. El “lenguaje de los hechos” confirma que el camino británico al Cielo pasa por la City. Sin negocio bancario no hay paraíso (lo demás, es puro cuento).

En su relación con la Unión Europea podrán pasar de la sempiterna traición (antieuropeísmo), al sempiterno debate (eurofobia), pero continuarán viviendo bajo el mismo techo (matrimonio de conveniencia). Otra cosa son… las infidelidades.

En el capítulo del adulterio cumple un papel fundamental su vínculo con los Estados Unidos. La razón (monetaria) de todos sus desvelos, ensoñaciones y fantasías. El “caballero blanco” que le permite “alimentar” las nostalgias victorianas. Sueño efímero.

Estados Unidos mantiene una “relación especial” con el Reino Unido, siempre y cuando acepte ser el submarino (al servicio de Wall Street) metido en la Unión Europea. ¿Amigos para siempre? Si no hay negocios con el euro-dólar, “bye bye” melancólicos “primeros” victorianos. The United Kingdom “risky business”. Un triste despertar.

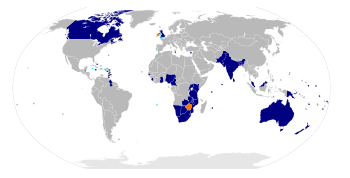
Por eso el ardoroso antieuropeísmo de Cameron se ha suavizado al llegar al Gobierno. Cuando tuvo que “pasar de las musas al teatro”, se acabaron para él “todas las farras”, y los “amos del dinero” comenzaron a “marcar su agenda”: “Una cosa es no estar en la zona euro y otra muy distinta es salirnos de la Unión Europea. Que ya no estás en campaña, David. En la permanencia, nos va el negocio, David. Repite con nosotros”…

“Por favor David no hagas como Bush padre cuando dijo: “lean mis labios”… (“Déjenme decir esto: mientras yo sea primer ministro nunca nos uniremos al euro. Y tampoco dejaré que se nos absorba en los interminables rescates de países que están en el euro”), que al “euroescepticismo” lo carga el diablo y la City necesita de Europa para mantener sus bonus, stock options, paracaídas de oro y pensiones de privilegio. Cuidadin… que el 10 de Downing Street, no es Eton, Oxford, el Octagon Club, o el Bullingdon Club… Please David William Donald, un poco de moderación y sensatez”...

La Mancomunidad de Naciones, en el pasado Mancomunidad Británica de Naciones (en inglés, Commonwealth of Nations, antiguamente British Commonwealth of Nations) es una organización compuesta por 54 países independientes y semi-independientes que, con la excepción de Mozambique y Ruanda, comparten lazos históricos con el Reino Unido. Su principal objetivo es la cooperación internacional en el ámbito político y económico, y desde 1950 su membrecía no implica sumisión alguna hacia la corona británica. Con el ingreso de Mozambique la organización ha favorecido el término Mancomunidad de Naciones (en inglés, Commonwealth of Nations) para subrayar su carácter internacionalista. Sin embargo, el adjetivo británico se sigue utilizando con frecuencia para diferenciarla de otras mancomunidades existentes a nivel internacional. La reina Isabel II del Reino Unido es la cabeza de la organización, según los principios de la Mancomunidad, “símbolo de la libre asociación de sus miembros”.

Otra fantasía trasnochada podría ser la resurrección de la Commonwealth of Nations

Mapa de la Mancomunidad de Naciones. Los países miembros aparecen resaltados en azul.

[](http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Commonwealth_of_Nations.svg)

Lista de países miembros (organizados por continente)

África: Botswana - Camerún -Gambia - Ghana - Kenia - Lesotho - Malawi - Mauricio - Mozambique - Namibia - Nigeria - Seychelles - Sierra Leona - Suazilandia - Sudáfrica - Tanzania - Uganda - Zambia

América: Antigua y Barbuda - Bahamas - Barbados - Belice - Canadá - Dominica - Granada - Guyana - Jamaica - Santa Lucía - Trinidad y Tobago - San Cristóbal y Nieves - San Vicente y las Granadinas

Asia: Bangladesh - Brunei - India - Malasia - Maldivas - Pakistán - Singapur - Sri Lanka

Europa: Chipre - Malta - Reino Unido

Oceanía: Australia - Fiyi - Kiribati - Nauru - Nueva Zelanda - Papúa Nueva Guinea - Islas Salomón - Samoa - Tonga - Tuvalu - Vanuatu

Me he tomado la licencia de subrayar los países más importantes (o “emergentes”) de esta “heterogénea” comunidad (por decirlo suave). Por mal que esté la Unión Europea actualmente (que lo está, sin lugar a dudas), no hay alternativa “razonable” de sustitución de mercado. Desde luego que la Commonwealth of Nations es la “sede” (por decirlo suave) de muchos de los paraísos fiscales desde donde los principales bancos británicos ofrecen opacos negocios financieros “urbi et orbi”. Pero, así y todo…

… Hay que tener estómago, cinismo e hipocresía para sentarse junto a algunos de los “líderes” (mejor llamarlos “déspotas” sanguinarios) asociados a la Mancomunidad. Para ilustrar lo señalado nada mejor que la opinión (en inglés -en el original-, para evitar errores de traducción) de Malcolm Fraser, quien fue tres veces Primer Ministro de Australia (The Commonwealth’s Missed Opportunity - Project Syndicate - **2/11/11**).

(…)

**Fuera de la Unión Europea hace mucho frío (quid pro quo)**

Me encantan los “referéndums” (además están de moda). Creo en la democracia participativa. Es muy importante y provechoso consultar con frecuencia a la ciudadanía. No parece suficiente darle una oportunidad electoral cada cuatro o seis años.

La democracia representativa está sufriendo una transformación. Nadie propone eliminar los órganos representativos como los parlamentos o los gobiernos. Pero en cambio se percibe la necesidad de abrir espacios de participación directa o semi-directa para la ciudadanía. A diferencia de lo que pasaba cuando se creó la democracia moderna, en el siglo XVIII, la gran mayoría de la ciudadanía hoy tiene una formación básica y dispone de tiempo libre para mantenerse mínimamente informada. De hecho la transformación de la democracia participativa ya está teniendo lugar en prácticamente todos los países del mundo, en lo que hablar de participación democrática es siempre considerado un valor positivo.

La democracia participativa es una evolución natural de las democracias representativas de partidos desarrolladas a lo largo del siglo XX. Es un tipo o modelo particular de democracia que propone complementar las estructuras representativas de toma de decisiones con mecanismos de participación directa o semi-directa de la ciudadanía, así como introducir procedimientos, mecanismos u otros elementos que permitan mejorar y hacer más estrecha la relación entre representantes y representados (asegurando una adecuada rendición de cuentas de los primeros a los segundos).

¿Se animarán los políticos ingleses a consultar a sus ciudadanos sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea? ¿Se animarían los políticos europeos a consultar a sus respectivos ciudadanos sobre la permanencia de sus países en la Unión Europa? ¿Se animarían los políticos europeos a consultar a sus respectivos ciudadanos sobre la expulsión de algún país miembro, por desinterés, incumplimiento, insolidaridad, o deslealtad? Cualquier país puede abandonar la Unión Europea -y, por supuesto, la eurozona- si la carga de sus obligaciones se vuelve demasiado onerosa.

Lo que no es democracia representativa y tampoco democracia participativa es el permanente “chantaje”, “nadar y guardar la ropa”, “estar en misa y repicando”, “soplar y sorber a la vez”, “estar a las maduras y no a las duras”… (podría seguir poniendo frases populares). Esto es lo que ha hecho (y hace) permanentemente el Reino Unido con la Unión Europea.

Si el referéndum sirve para terminar con este chantaje e indignidad, bienvenido sea. Habrá llegado la hora de la verdad para Gran Bretaña. Please… ¿dónde hay que votar?...

En mi anterior **Paper - To Brexit or not to Brexit: that is the question (la batalla de los “egos”) - Algunos escenarios “imaginables” y la teoría de la “sospecha”,** publicado el **15/2/16**), decía:

**Regreso al hogar, del “periférico” desubicado (WASP Market) - ¿Abandonará Cameron/City el Titanic de Merkozy a bordo del “helicóptero” de Obama/Fed?**

**Opinión personal (todo lo que quepa en un simple blog)**

El “Santo Grial” de David Cameron (“por mis frutos me conoceréis”…)

Tyranosaurus rex - Coaching dialógico e Inteligencia emocional - Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver tu enemigo - Aurea mediocritas

Etimología para “víctimas” de Twitter (o “analfabetizados” por SMS)

La palabra “grial” etimológicamente viene del latín tardío “gradalis” o “gratalis”, que deriva del latín clásico “crater”, vaso. En los libros de caballería de la Edad Media se entiende que es el recipiente o copa en que Jesús consagró su sangre en la última cena y que después utilizó José de Arimatea para recoger la sangre y el agua que se derramó al lavar el cuerpo de Jesús. Años después, según esos libros, José se lo llevó consigo a las islas británicas y fundó una comunidad de custodios de la reliquia, que más tarde quedaría vinculada a los Templarios.

El Tyranosaurus medía unos 13 metros de largo y 5 de alto hasta la cintura, pesando entre 6 y 8 toneladas. Tenía un cráneo desproporcionadamente macizo, balanceado por su pesada cola y miembros anteriores pequeños. No está claro si era carroñero o predador nato, pero inclinándonos hacia la segunda hipótesis podemos calificarlo como el más grande predador terrestre de su era. Tenía un grueso y musculoso cuello, y la morfología de su cráneo le garantizaba una visión periférica excelente, lo cual habría sido una buena herramienta para identificar persas. Su mandíbula era capaz de arrancar y desgarrar trozos importantes de la piel de cualquier oponente, y sus dientes de diversas formas contribuirían a ello.

Los procesos dialógicos son, básicamente, diálogos de entre 45 y 90 minutos orientados a conseguir objetivos o solucionar problemas personales, profesionales o empresariales. Son estos procesos dialógicos los encargados de sacar a la luz nuevas formas de hacer y ser para conseguir los objetivos más eficiente y eficazmente.

La inteligencia emocional es la capacidad para reconocer sentimientos propios y ajenos, y el conocimiento para manejarlos. Es sentir, entender, controlar y modificar estados anímicos propios y ajenos.

Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver tu enemigo es un proverbio de origen chino, el cual también podemos encontrar en la forma Siéntate pacientemente junto al río y verás pasar el cadáver de tu enemigo flotando. Este proverbio llama a la paciencia frente a la adversidad como forma de solucionar los problemas o querellas con otras personas.

Aurea mediocritas o Dorado término medio, especialmente dentro de la filosofía de Horacio alude al intento de alcanzar un deseado punto medio entre los extremos o un estado ideal en el que no afecten el exceso y la virtud, sino la justa medida de ambos. Está relacionado con el hedonismo epicureista basado en conformarse con lo que se tiene y no dejarse llevar por las emociones desproporcionadas. Aparece como tema poético por primera vez en Horacio, en Odas II 10. Es el equilibrio clásico, y también se formula como: “in medio stat virtus, quando extrema sunt vitiosa” (la virtud está en el medio cuando los extremos son viciosos)…

(…)

¿El annus mirabilis del Reino Unido?

Mientras la Unión Europea se “deshace” en sus dilemas: Prestatarios vs Prestamistas - Austeridad vs Crecimiento - Disciplina vs Solidaridad - Europa vs las Naciones…

… Cameron lo “tiene fácil” (ante tanta insignificancia), pudiendo optar por desempeñar diversos personajes:

El del “Tyranosaurus rex”, lanzándose sobre la presa “paralizada” (UE) para depredarla hasta el exterminio. Intentando recuperar el autismo insular y cierta gloria victoriana.

El del “Coaching dialógico” aplicando la “inteligencia emocional”, para mejorar la posición relativa del Reino Unido ante una Europa de las Naciones, con una revalidación de la Alianza Atlántica (EEUU).

Sentarse a la puerta de su casa (Downing Street 10) y ver pasar el cadáver su enemigo (la Unión Europea), para gozo de Conservadores y Laboristas… and God Save the Queen.

Adoptar el “Aurea mediocritas o Dorado término medio”, actuando con prudencia, generosidad, paciencia, conformándose con lo que se tiene y no dejándose llevar por las emociones desproporcionadas…

Pero antes debería preguntarse si el “decoupling” del Reino Unido puede funcionar.

Es posible que Cameron intente reemplazar a Shakespeare por Maquiavelo, pero puede encontrarse ante el riesgo de “representar” a Huxley /Un mundo feliz), para terminar “muriendo de sobredosis” como Amy Jade Winehouse. (Es sólo una metáfora).

A primera vista el gran enfrentamiento en Europa es entre el pagador y el sur europeo en bancarrota. Para los votantes alemanes, el milagro económico del país tras las Segunda Guerra Mundial fue construido a base de una moneda fuerte, prudencia en las finanzas y exportaciones sólidas. Es difícil para los electores alemanes entender que precisamente estas virtudes están en el centro de la crisis actual.

Sin embargo, Alemania tiene todo que perder si no ayuda al sur y la Eurozona se desintegra. Si Grecia, Italia y otros países caen en default, o cesación de pagos, los prestamistas alemanes y franceses serían los mayores perdedores. Si ellos también abandonan el euro, sería un desastre legal y financiero para todos.

Es más, el éxito de las exportaciones alemanas durante la pasada década se ha desarrollado sobre la base de un tipo de cambio débil más competitivo que entró en efecto al compartir la moneda con el sur de Europa. Sin el euro se podría esperar que Alemania, como refugio seguro, experimente un alza en su moneda con consecuencias devastadoras para la industria del país, que se basa en las exportaciones.

Mientras tanto, fuera del euro los países del sur en Europa verían caer en picada sus monedas, lo que conduciría a aumentos en la inflación y en el costo de la vida tan doloroso como las medidas de austeridad contra las que protestan actualmente.

Sin embargo estas crudas realidades no son ampliamente apreciadas en Alemania o en sus vecinos. Porque el verdadero problema es que no hay nadie que pueda tener la credibilidad para hablar por el interés común de Europa.

Desde sus inicios en los años cincuenta, el proyecto europeo ha sido manejado y controlado por un club de gobiernos nacionales. El proceso político ha sido de regateo tras bastidores con la presentación de los temas al electorado como un asunto de intereses nacionales en competencia. Sin embargo tal regateo es peligroso en una crisis financiera.

Cualquier solución debe ser acordada por los 17 gobiernos y ratificada por los 17 parlamentos en un proceso increíblemente lento. Y cuanto más tiempo toma, más se corre el riesgo que las disputas se vuelvan más amargas, y que la pérdida de confianza de los mercados en el euro sea mayor, socavando la frágil economía europea.

Pero tal como están las cosas, el público europeo está muy lejos de entender los temas o de aceptar que una mayor integración económica y política podría ser necesaria para salvar al euro.

Tristemente, este dilema político podría no tener una solución viable inmediata. Por ahora, parece que a lo único que atinan los “líderes accidentales” es a tratar de empujar algo con una cuerda, y siempre, un paso por detrás de los mercados, que son los que realmente “dictan” la atribulada agenda de la Unión Europea…

**Regreso al “Preguntero”, para plantear algunas cuestiones pendientes de explicación**

Mientras el Reino Unido reflexiona si le interesa o le conviene abandonar el modelo económico de la Unión Europea, que por el momento resulta inestable, desequilibrado, descoordinado y, en última instancia, insostenible, quedan preguntas por contestar:

¿El “decoupling” del Reino Unido puede funcionar?

¿Cuándo se queden solos, de dónde vendrán los euro-dólares? ¿Cómo reciclarán?

¿Cuándo se queden solos, trasladarán el “paraíso fiscal” a Singapur, a Hong Kong (bajo el protectorado chino), a Malasia, a Bahamas…?

¿Cuándo se queden solos, le interesará a los Estados Unidos mantener su “chiringuito” financiero (shadow banking) en la City londinense?

¿Qué harán cuando los bancos zombis entren al “jardín de senderos que se bifurcan”?

¿Qué pasará cuándo descubran que han llegado al lugar del que nunca se vuelve?

En tanto van alcanzando las “respuestas”, como viejo corresponsal de guerra (económica), me permito sugerir (humildemente): un prudente cuidado con las fantasías conscientes o inconscientes de omnipotencia, y el narcisismo (una reducción idealizada de quiénes son o, más exactamente, quiénes quisiera ser), tan… “british”, por otra parte.

Mientras Cameron lee a Jorge Luis Borges, muy anglófilo, para mayor gloria, y reflexiona sobre los “senderos que se bifurcan”, al “Preguntero” la actitud del Reino Unido con la Unión Europea, le recuerda la postura de Cataluña con España, (puro chantaje y simulación). Coacción e hipocresía. Un cuento macabeo. Una trola de mercaderes fariseos. Ellos, a lo suyo (y si cuela, cuela)… “The game is the game”…

**(Enero 2016) Con el permiso de ustedes…London calling: ¿tiempo de ruptura?**

(Aclaratoria: Todo lo escrito a continuación es anterior a la reunión del Consejo Europeo (febrero), donde -supuestamente- se tratará la solicitud del Reino Unido)

Análisis de alternativas (a partir de la mera sensación térmica)

Arrancada de caballo, parada de burro (maquillaje y manipulación del electorado)

David Cameron, luego de una “ardua negociación” (así lo vendería Downing Street, y la prensa cautiva), consigue algunas “concesiones de mínimo”, por parte de la Unión Europea, que le permiten salvar la cara (y “venderlas como un gran éxito” para el Reino Unido) y hacer campaña por el SI (permanencia en la UE), ante el electorado británico.

El SÍ a Europa, les permitiría continuar sus “business”, y aquí paz y después gloria.

El Consejo Europeo (en un momento de total falta de liderazgo) cede a la presión de UK

Con un crecimiento económico nonato (o de encefalograma plano), un estado de bienestar en “vías de subdesarrollo”, con más de un millón de refugiados (in crescendo) vagando por Europa, sin que ningún país se haga cargo del drama o comparta una solución, amenaza del terrorismo islámico, déficit público incontenible, crisis de deuda soberana, desapalancamiento, deflación, el riesgo de una nueva depresión, con España al borde del abismo… (y sigue la lista de problemas): la Unión Europea (“sin honor y sin barcos”), acepta “por consenso” (¡vaya cinismo!), las exigencias del Reino Unido, y todos tan contentos de haberse “humillado” ante el “hecho diferencial británico”. Los presidentes y jefes de gobierno de los países miembro se “felicitarían” de haber mantenido la unidad de Europa (¿qué unidad?), darán por “digna” la “bajada de pantalones” y “divertido” haberle “llenado los dedos de caras” a David Cameron”.

El SÍ a Europa, sería “absoluto” y Cameron pasaría a la gloria como Maggie Thatcher.

La Unión Europea le dice NO a Cameron (respetar las reglas del club o marcharse)

En una actitud “sorprendente” (justa y necesaria) los miembros del Consejo Europeo se niegan a aceptar las propuestas del Reino Unido. Todos los socios deben respetar las reglas que se han dado, e Inglaterra ya tiene demasiados privilegios (excepciones), como para solicitar nuevas ventajas. Ni win-win, ni opt-out. Solo “in” or “out”.

Sería muy probable que en el referéndum (Cameron no se podría negar a convocarlo) triunfe el NO a Europa, agregando nuevos problemas a la Unión Europea (que perdería un socio importante, aunque desleal e insolidario), y generando un periodo de inestabilidad económica en el Reino Unido, que tendría que asumir los costos y costas del “ultimátum” y el “referéndum”.

**Si el “egoísmo” ha ido demasiado lejos y debemos hacer caso a la “razón”, o si por contra la razón se queda corta para entender ciertas cosas muy británicas (individualismo, nostalgia imperial, insularismo militante, deslealtad con Europa…), lo dejo a la interpretación de cada cual. Yo me mantengo “escéptico” (aunque dentro de cierta “lógica” económica): la City (y sus colaboradores necesarios) votarán por continuar en la Unión Europea (le van los “bonus” en ello), pero aún no es posible saber cómo reaccionarán los ciudadanos de a pie (los convidados de piedra, que viajan en bus or underground, que hacen “get drunk” en los pubs suburbanos, que realizan “hooliganismo” en los partidos de la Premier League, o “jump from the balcony” en Baleares -drink, sex & drugs, included).**

**David Cameron, Boris Johnson, y los “tories” que le “bailan el agua” (tan señoritos, tan satisfechos, tan campantes), no deben olvidar que “las votaciones las carga el diablo”. Y después no vale decir: “donde dice digo, digo Diego”. O hacer compaña por el SÍ (tarde y mal), cuando se la pasaron diciéndole NO a Europa (con un desparpajo solo concebible en un “país miembro”, cuyas supuestas élites han perdido la vergüenza). Entonces ya será tarde para enfriar ese calentón social y evitar el riesgo de estallido de la Unión Europea. Tal vez no sean los únicos culpables de estas tropelías, cierto, pero sí los más importantes. Como si de una comedia se tratara, más bien una tragicomedia, después del terremoto, vendrán a decir que todo lo hicieron por el Reino Unido o porque la Unión Europea no aceptó una “Europa a dos (o más) velocidades”. Pura fatuidad, arrogancia, soberbia, desdén, necedad, hipocresía y banalidad.**

**¿Ustedes qué votarían si fueran ciudadanos británicos? ¿Ustedes qué votarían si fueran ciudadanos de alguno de los otros países miembro de la UE? La pregunta interesante no es si ocurre o por qué, sino cuáles serán los efectos para el Reino Unido y el resto de la economía de la Unión Europea, en los próximos años.**

**Pliego de condiciones del Reino Unido a la UE: ¿un socio de “manos libres”?**

Cameron planteó el 10/11 (2015) en un discurso las cuatro áreas principales en las que desea reformas: salvaguardar los derechos de los países que no utilizan el euro, garantizar la soberanía nacional, limitar el acceso de los inmigrantes a las prestaciones sociales de la UE y profundizar el mercado único reduciendo la burocracia. También dijo que desea unos “cambios legalmente vinculantes e irreversibles”.

* Restringir el acceso al sistema británico de prestaciones sociales a los ciudadanos de otros países miembros de la Unión Europea, para recortar la inmigración intracomunitaria. Esto es, según el programa electoral, un “requerimiento absoluto”. En concreto, exigir que los ciudadanos de otros Estados miembros hayan trabajado cuatro años en Reino Unido antes de que puedan solicitar prestaciones; negar ayudas de búsqueda de empleo a ciudadanos de otros países de la UE, y expulsarlos del país si en seis meses no han encontrado empleo.
* Reducir la regulación europea y devolver más poderes a los Parlamentos nacionales. Entre ellos, el de bloquear legislaciones europeas.
* Crear mecanismos que salvaguarden los intereses de los estados miembros con monedas distintas al euro frente al riesgo de que las decisiones de la eurozona puedan perjudicarlos. Que la integración de la eurozona no vaya en detrimento de la del mercado común.
* Exclusión de Reino Unido del compromiso, recogido en los tratados, de crear una “unión cada vez más estrecha”.
* Que la política de Defensa siga firmemente bajo control nacional británico.
* Negar la libertad de circulación a los ciudadanos de futuros nuevos Estados miembros hasta que sus economías converjan con las de los miembros existentes.
* Resistir los intentos de restringir las actividades legítimas del sector financiero. Proteger a la City de Londres de la legislación europea.

¿Qué propone, por tanto, Cameron?

Los cuatro pilares de las peticiones de Cameron son: competitividad, gobernanza económica, soberanía e inmigración.

Gobierno económico

De entrada, el primer punto que aborda el mandatario conservador tiene que ver con el gobierno económico de la Eurozona. En este punto Cameron pone el énfasis en “preservar la integridad del mercado único protegiendo los intereses de los países que no están en la Eurozona”. Sus puntos para alcanzarlo son los siguientes:

•Hay que proteger y garantizar el funcionamiento del mercado único.

•La creación de proyectos ligados a la Eurozona como por ejemplo la unión bancaria no pueden ser obligatorios para quienes no han adoptado la divisa única.

•Los países que están fuera de la Eurozona no tienen por qué “rescatar” a los países que están en la unión monetaria.

•La supervisión financiera del BCE no puede extenderse más allá de la Eurozona.

Competitividad para Europa

Cameron se jacta de que “la gente en Europa quiere que la Unión genere crecimiento y empleo. En ese campo, Reino Unido lleva años siendo uno de los campeones. Por eso, hay que adoptar medidas como el impulso al mercado único digital, que puede aumentar el PIB comunitario en un 3%, o el relanzamiento del mercado único de capitales, que puede ayudar a financiar a las empresas y emprendedores”.

El británico también pide “un relanzamiento de la agenda comercial, con la búsqueda de acuerdos de gran alcance que liberalicen los intercambios con América, China, Japón y las grandes economías asiáticas”.

Según Cameron, “es necesario frenar la continua aprobación de regulaciones europeas. De hecho, también es preciso reducir el cuerpo de normas que ya se han aprobado. Por eso, nos gustaría que se fijen objetivos concretos para reducir significativamente las obligaciones que se imponen a los negocios”.

El primer ministro británico también pide que la UE “cumpla con sus compromisos en materia de respeto a la libre circulación de capitales, bienes y servicios”, un tirón de orejas ante la aprobación de tasas financieras y la falta de reformas encaminadas a seguir facilitando el mercado único comunitario.

Soberanía nacional e inmigración

Cameron también pide más respeto a la soberanía nacional y menos proyectos de integración comunitaria. “En primer lugar, es importante que los Tratados no nos obliguen a trabajar “por una Unión más estrecha”. En segundo lugar, hay que permitir que los parlamentos nacionales frenen legislación de la Eurocámara que no consideren oportuna. En tercer lugar, hay que respetar más el principio de subsidiariedad: como dice el gobierno holandés, no todos los problemas se solucionan con más presencia de las instituciones comunitarias. Por último, también en materia de seguridad hay que respetar la soberanía de cada país miembro”.

En lo tocante a la inmigración, David Cameron pide que los europeos que residen en las islas tengan que cotizar durante al menos cuatro años para poder beneficiarse del grueso de “medidas de “gasto social” que ahora mismo se ofrecen de manera generalizada”. El portavoz de la Comisión Europea, Margaritis Schinas, se ha pronunciado sobre este punto, señalando que su aprobación puede resultar “altamente problemática”.

David Cameron ha lanzado sus propuestas para acomodar la relación entre el Reino Unido y la Unión Europea. A lo largo de este período de tiempo se han organizado múltiples conferencias, se han escrito infinidad de artículos al respecto y, de forma muy interesante, se han llevado a cabo incluso ejercicios de simulación de la negociación a venir en el Consejo Europeo y clasificaciones por países según si las peticiones serían aceptables o no.

Si bien son varias las cuestiones especialmente polémicas, el primer ministro británico considera que un éxito en las negociaciones daría lugar no solo a que el Reino Unido se sintiese más cómodo en la Unión Europea, sino también a una Unión Europea mejor y reformada, que se centraría en lo “importante”.

(…)

**Un balance de sumas y saldos (del “opt-out” al “win-win”)**

(…)

Brexit es, según numerosos estudios sobre los costes/beneficios, una pésima idea desde el punto de vista económico tanto para el Reino Unido como para el conjunto de la UE.

De avanzar hacia este escenario, se contemplan tres posibles alternativas: **a) el soft Brexit, según el cual se cerrarían acuerdos económicos con celeridad, creando un espacio económico común; b) el acceso fácil al mercado europeo, pero con la pérdida de todas las ventajas de la ausencia de barreras no arancelarias c) la desconexión de todos los acuerdos comerciales que la UE tiene con el resto del mundo y el establecimiento de barreras no arancelarias para el Reino Unido.**

Desde el punto de vista financiero, la salida de la Unión Europea impulsaría movimientos graduales desde la City londinense -el segundo mercado financiero del mundo detrás de Nueva York y actual centro financiero de la zona euro- hacia otras ciudades como Frankfurt.

Brexit impactaría notablemente en la visión del mercado interior, perdiéndose algunos de los contrapesos que aporta el Reino Unido con su enfoque liberal. España, hasta el momento ausente de este debate, podría jugar un papel destacado, pues aunque las relaciones políticas entre ambos países son de baja intensidad, la relación “people to people” (empresarial, de inversión, etc.) es muy intensa. Gracias a este sustrato estratégico estructural, España podría aumentar su protagonismo en un dossier clave.

Desde el punto de vista de la política interna británica, la posibilidad de su salida de la UE plantea, entre otras, la cuestión de hasta qué punto el gobierno británico podrá ser el abanderado del sí en el referéndum (que probablemente tenga lugar antes de 2017), en el caso de lograr avanzar en sus demandas, sin ser presionado en exceso por el ala euroescéptica de su partido, el UKIP y una opinión pública presionada por los tabloides eurofóbicos.

De entre las políticas que quiere renegociar David Cameron con Bruselas, las restricciones a la libre circulación de ciudadanos de la UE será una de las más problemáticas.

Desde el punto de vista comercial,ningún país no miembro de la UE tiene un completo acceso al Mercado Común sin aceptar a) libertad de movimientos y b) todas las regulaciones relevantes de la UE. ¿Por qué deberían otorgar al Reino Unido un mejor trato si abandonara las instituciones? Hay de tener en cuenta que el 10% de las exportaciones europeas van al Reino Unido, pero el 45 de las británicas vienen al resto de Europa.

Salir de la UE podría costarle al Reino Unido más de 300.000 millones de euros. El resto de los Estados miembro de la UE sólo experimentarían pérdidas económicas menores en caso de una salida. Pero las elecciones en la Cámara de los Comunes Británica podrían fijar el curso de una economía más resentida y sobre todo un revés político para toda la UE.

Si el Reino Unido sale de la UE en 2018 después de las elecciones de la Cámara de los Comunes el 7 de mayo de 2015 y un referéndum posterior sobre abandonar la Unión, esto podría tener consecuencias negativas a largo plazo para la vitalidad dinámica y económica del crecimiento del país. Por el contrario, las pérdidas económicas para Alemania y el resto de Estados miembro de la UE serían significativamente más pequeñas. Pero la conclusión final es que todo el mundo implicado perdería económica y políticamente si el Reino Unido dejase la UE (BREXIT).

Esta es la conclusión alcanzada por el actual estudio de Bertelsmann Stiftung en colaboración con el ifo Institute en Múnich. Es el primer estudio que examina las consecuencias de una salida del Reino Unido de la UE (BREXIT) no sólo para el Reino Unido, sino también para el resto de países de la UE.

Calcular los efectos económicos de una salida de la UE se asocia con muchas incertidumbres y debe tener en cuenta posibles periodos transicionales. Fueron desarrollados tres escenarios para estimar el rango de posibles efectos. En el caso más favorable, Reino Unido recibe un estatus similar a Suiza y aún tiene un acuerdo de comercio con la UE. En el escenario menos favorable, el país podría perder todos los privilegios comerciales surgidos de la asociación a la UE y sus acuerdos de libre cambio. En el año 2030 -12 años después de una posible BREXIT- se puede asumir que los efectos negativos habrán mostrado su impacto total.

Dependiendo del alcance del aislamiento de política comercial de Reino Unido, su producto interior bruto real (PIB) per cápita podría estar entre 0,6% y 3% por debajo en el año 2030 que si el país continuase en la UE. Si las pérdidas porcentuales se basan en valores de 2014, esto podría significar un PIB real per cápita que es 220 € menor en el escenario más favorable para Reino Unido. Con un aislamiento más riguroso, la pérdida de PIB podría resultar en 1.025 € per cápita. Si el comercio económico así como las consecuencias de la dinámica económica -como el debilitamiento del poder innovador y de Londres como centro financiero- se consideran conjuntamente, las pérdidas del PIB en el escenario no favorable podrían alcanzar el 14 por ciento. Si estas pérdidas porcentuales se basan en valores del año 2014, esto podría corresponder al PIB que está alrededor de 313.000 millones de euros por debajo para toda la economía nacional, o por debajo en torno a 4.850 euros per cápita. Posibles ahorros como la cancelación de pagos del presupuesto de la UE que actualmente ascienden a un total del 0,5% del PIB británico podrían no compensar las pérdidas económicas, incluso en el mejor de los casos.

Sobre todo, la salida de la UE podría aumentar los costes de comercio entre Reino Unido y la UE y reducir las actividades comerciales. La gravedad del impacto sería diferente para las industrias británicas individuales. Para la importante área de servicios financieros, se prevén pérdidas en valor añadido alrededor de un 5 por ciento en el escenario no favorable. Las industrias químicas, de ingeniería mecánica y automoción verán pronunciadas pérdidas en el valor añadido porque están fuertemente incorporadas en las cadenas de valor europeas. La industria química se enfrentará a los mayores descensos - casi un 11%.

Por el contrario, la pérdida de bienestar económico debido a BREXIT podría ser significativamente menor para Alemania y los restantes estados de la UE. Dependiendo del alcance del aislamiento político comercial de Reino Unido, el producto interior bruto (PIB) real de Alemania per cápita al considerar los efectos comerciales solo podrían estar entre el 0,1% y 0,3% por debajo para el año 2030 que si el país continuase en la UE. Según el PIB de 2014, esto corresponde a un PIB menor per cápita de entre 30 -115 euros.

Las industrias individuales podrían verse impactadas de forma diferente por niveles menores de exportación a Reino Unido. La industria del automóvil vería la mayor caída con un descenso de hasta el 2%. Además de la industria del automóvil, también las industrias de electrónica, producción de metal y alimentos verían recortes negativos. Considerando las consecuencias dinámicas, las pérdidas del PIB estimadas de Alemania estarían entre un 0,3% y 2%. En términos de la economía nacional de 2014, podría estar alrededor de 100 € per cápita (o 8.700 millones de euros para la economía total) para un nivel bajo de aislamiento de Reino Unido y en torno a 700 € per cápita (o unos 58.000 millones de euros para la economía total) para una pérdida de todos los privilegios comerciales de Reino Unido.

Los países europeos que podrían amortiguar las pérdidas medias anteriores debido a una BREXIT están encabezados por Irlanda, seguido de Luxemburgo, Bélgica, Suecia, Malta y Chipre. Además de las pérdidas de crecimiento económico, el resto de países de la UE tendrían que ajustarse a gastos mayores para el presupuesto de la UE. Por ejemplo, para compensar la pérdida de contribución financiera de Reino Unido, Alemania necesitaría pagar adicionalmente 2.500 millones de euros anualmente como el mayor contribuyente neto.

Para Aart De Geus, presidente y consejero delegado de Bertelsmann Stiftung, el estudio destaca la necesidad de abogar fuertemente porque Reino Unido permanezca en la UE: “Una BREXIT es un juego perdido para todos en Europa solo desde una perspectiva económica - particularmente para Reino Unido. Además de las consecuencias económicas, sería un revés especialmente amargo para la integración europea así como para el papel de Europa en el mundo. Establecer el curso para una BREXIT en las elecciones de la Cámara de los Comunes debilitaría la Unión”.

La membresía de Reino Unido es de interés para británicos y europeos. El mercado único beneficia enormemente a la economía británica y la UE es de lejos el más grande socio comercial de los británicos, recibiendo más del 50% de las exportaciones de este país…

(…)

**¿Habrá llegado la hora de decir NO a los que dicen que NO?**

Después de decantados los efectos de sus traspiés, la Unión Europea (UE) siempre encuentra una salida política para seguir adelante en su proceso de integración, que lleva ya más de medio siglo. Por ello, el “no” de la República de Irlanda al Tratado de Lisboa es otro frenazo institucional de la UE, pero no su final.

Sin embargo, el nuevo rechazo afecta la credibilidad internacional del proceso político de integración más ambicioso de la era moderna. Es un desastre que va a debilitar la posición y la credibilidad de Europa ante el resto del mundo

En su momento la ratificación del Tratado de Maastricht (9 de febrero de 1991), que consolidó la unidad política de la Unión Europea, fue inicialmente rechazada por Dinamarca el 2 de junio de 1992 en un referendo.

Ello obligó a ofrecer a ese país varias cláusulas de exclusión (entre ellas no unir su moneda al Euro) y el 18 de mayo de 1993 un segundo referendo le dio el Sí a la UE. En 2000, Dinamarca rechazó en un referendo formar parte del Euro (la moneda única europea), pero Gran Bretaña y Suecia, dijeron lo mismo.

Y sin embargo el proceso de integración continuó su marcha y llegó al Tratado de Niza (26 de febrero 26 de 2001), que en junio de ese año los irlandeses rechazaron en consulta popular. E igual que había ocurrido con Dinamarca, se le ofrecieron garantías jurídicas al gobierno de Bertie Ahern y al año siguiente, se convocó un nuevo referendo en que fue ratificado.

Dinamarca e Irlanda, dos países considerados pequeños dentro del bloque, son vistas por los analistas como naciones “euro-escépticas”, pero en términos jurídicos dentro de la UE, cada país es un voto y tiene igual peso.

Por ello la sorpresa mayúscula fue el “no” en 2005 de Francia y de Holanda -países fundadores de la UE en 1957- a la llamada Constitución Europea, que fue el paso político más osado del grupo y un avance en materia de integración política porque buscaba una “supranacionalidad” en decisiones de política exterior y asuntos internos, que no todos estuvieron dispuestos a aceptar.

Unanimidad por regla

Cuando se trata de asuntos fundamentales como los tratados institucionales, las decisiones de la UE deben ser aprobadas por todos los Estados miembros; por unanimidad. Es decir, que a diferencia de decisiones políticas internas nacionales, las reglas de la mayoría simple, absoluta o cualificada, no se aplican.

El rechazo franco-holandés a la Constitución, obligó a una nueva revisión y otro tratado; el de Lisboa, que es en realidad un texto simplificado que remplazó a la Constitución. Y ahora Irlanda, único país entre los 27 que constitucionalmente debía ratificar por referendo ese texto, le ha dicho “no”. Muy pocos de los que votaron se han leído el Tratado de Lisboa. No importa. Irlanda se ha creído que el espectacular crecimiento económico desde que ingresó en la UE ha sido únicamente por sus exclusivos méritos.

“La solución es acelerar el proceso de ratificaciones y cuando los 26 países lo hayan hecho, preguntarle a Irlanda: ¿Qué quiere hacer?”, le dijo a BBC Mundo, Alejo Vidal Cuadras, actual vicepresidente del Parlamento Europeo.

Hasta ahora 15 países lo han aprobado y el plazo se vence el primero de enero de 2009, aunque igual que ha ocurrido con otras decisiones de la UE en el pasado, puede extenderse por decisión de su máxima instancia, el Consejo de Jefes de Estado y de Gobierno. Nadie esperaba el nuevo frenazo y la UE no tenía un “plan B” para enfrentar esta nueva crisis porque la premisa es que el Tratado de Lisboa no será revisado. En Londres, el no irlandés ha inyectado nuevos bríos a los euroescépticos que buscan también una consulta popular sobre el Tratado de Lisboa o simplemente su achatarramiento.

Tres rechazos en tres años por consulta popular a su desarrollo, son un aviso serio y una imagen negativa para la UE. “Lisboa era una posibilidad política para recuperar un mínimo de nuestra reputación, pero el gobierno irlandés y su clase dirigente y académica, mostró un gran nivel de incompetencia para sacar adelante este proceso. No entendieron lo que se jugaba”, anotó Alejo Vidal Cuadras.

**Pero siempre hay una solución, ¿por qué no “invitar” a los euroescépticos (pueden llamarles disidentes, si quieren), comenzando por el Reino Unido e Irlanda (aunque la lista puede ampliarse) a que se retiren del bloque? O sea, decir NO a los que dicen NO. Decir NO a la Europa de los mercaderes. Algo para comenzar…**

**¿May-bot o May-nadie? (los papeles del divorcio y el cheque “azul” de 100.000 mill.)**



(**Octubre 2017**) Theresa pierde los papeles

Los doce objetivos de May en su particular hoja de ruta del Brexit, son los siguientes:

* Dar certidumbre a las empresas y al sector público siempre que sea posible durante el proceso de negociaciones.
* Recuperar el control de la legislación británica, poniendo fin a la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la UE.
* Fortalecer la unión entre las cuatro naciones del Reino Unido.
* Mantener la Zona de Viaje Común entre Irlanda y Reino Unido.
* Controlar la inmigración a Reino Unido desde Europa.
* Garantizar los derechos de los ciudadanos de la UE que ya vivan en Reino Unido y los derechos de los ciudadanos británicos que vivan en la UE lo antes posible.
* Asegurar la protección y el mantenimiento pleno de los derechos de los trabajadores.
* Procurar un acuerdo de libre comercio nuevo, audaz, integral y ambicioso con la UE, con el mayor acceso posible al mercado único, sin tener una pertenencia.
* Procurar acuerdos aduaneros con la UE para asegurar que el comercio transfronterizo con Europa esté “lo más exento de fricciones posible”. Procurar nuevos acuerdos de comercio con el resto del mundo.
* Mantenerse como uno de los principales destinos para la ciencia, la investigación y la innovación.
* Lograr acuerdos prácticos con la UE para la cooperación en la aplicación de la ley, terrorismo, asuntos internacionales, política exterior y de defensa.
* Realizar una implementación gradual de un Brexit ordenado y eficiente, buscando “evitar trastornos inesperados y repentinos”. La idea consiste en activar el proceso de salida el próximo marzo**,** abriendo con ello un proceso de negociaciones de dos años que culminaría en marzo de 2019. En caso de alcanzar un acuerdo, éste será sometido a la aprobación del Parlamento británico.

Theresa May se ha visto obligada a retrasar la introducción de su proyecto de ley de retirada de la Unión Europea ante la rebelión de los diputados conservadores proeuropeos que trabajan con el resto de partidos para redactar una nueva legislación. (Expansión - **14/10/17**)

Se esperaba que el proyecto de ley se presentara en la Cámara de los Comunes en la tercera semana de octubre (2017) para someterse al escrutinio de los diputados durante ocho días, pero el plazo se ha acabado ante las revueltas a las que se ha tenido que enfrentar el equipo de colaboradores de la primera ministra. Andrea Leadsom, líder de la Cámara de los Comunes, aseguró el jueves que “los diputados, recelosos del proyecto de ley, habían presentado 300 enmiendas y 54 nuevas cláusulas”. May está bajo presión para que conceda a los diputados el derecho a decidir sobre el acuerdo definitivo del Brexit que la primera ministra tendrá que presentar; además, los diputados exigen garantías de que las competencias transferidas desde Bruselas se trasladen a Edimburgo, Cardiff y Belfast.

“La ley de derogación de los conservadores no es adecuada para el propósito para el que ha sido diseñada. Daría un enorme poder a los ministros y pone en peligro derechos fundamentales”, lamentó el secretario laborista para el Brexit en la sombra, Keir Starmer.

Starmer está convencido de que al partido Laborista le costará modificar el proyecto de ley, si las enmiendas se rechazan por llevar el nombre del líder laborista, Jeremy Corbyn, razón por la que está trabajando con diputados proeuropeos de todos los partidos que persiguen el mismo objetivo. Diputados conservadores, laboristas, y de los partidos Nacional Escocés, Liberal Demócrata y Verde han estado trabajando juntos con el fin de coordinar sus enmiendas, que ahora mismo ocupan aproximadamente 70 páginas.

Los políticos favorables a la UE intentan dar salida a los numerosos intentos de enmendar el proyecto de Ley de notificación de salida de la UE a través del Artículo 50, que autorizó a Theresa May a iniciar las conversaciones con Bruselas.

**La respuesta europea: ¿esperando a Godot? (el ángulo muerto del Brexit)**

**¿Aquí no pasó nada?... ¿Ni vencedores ni vencidos?... No es la hora de los Chamberlain.**

**A los “brexiteers” hay que infligirles una derrota de la que tarden décadas en recuperarse si es que lo logran. Cualquier falta de rigor es este momento decisivo puede tener consecuencias estructurales nefastas para el proyecto europeo.**

**Una posición firme (rigurosa) no tiene nada que ver ni con la equidistancia ni con la claudicación ni, por supuesto, con la sumisión a la doctrina del Brexit (propuestas de May), sino con una visión racional (justa y necesaria) de la política que privilegie, en el largo plazo, los objetivos (estratégicos) de la Unión Europea.**

**“Condiciones mínimas” para aceptar un Brexit “suave” (transición amistosa):**

**- El cheque “azul” de 100.000 millones de euros (según la cifra máxima publicada)**

**- El libre movimiento de personas (ciudadanos de la Unión Europea)**

**- Mantener la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la Unión Europea**

**- Resolver el problema de frontera entre las dos Irlandas**

**- Establecer un acuerdo comercial bilateral (con cláusula de nación más privilegiada)**

**- Establecer un acuerdo de servicios bilateral (con cláusula de nación más privilegiada)**

**- Mantener los acuerdos de cooperación en seguridad y antiterrorismo**

**De no ser así, se pasaría a las condiciones de un Brexit “limitado” (ruptura limpia):**

**- El cheque “azul” de 60/80.000 millones de euros**

**- Mantener los permisos de trabajo a los europeos residentes en el Reino Unido**

**- Resolver el problema de frontera entre las dos Irlandas**

**- Establecer un sistema de tribunales de arbitraje para conflictos entre las grandes empresas y los gobiernos, cuando se desarrollen políticas contrarias a sus intereses**

**- Admitir que el Reino Unido participe en el Espacio Económico Europeo (EEE), a través de la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC)**

**- Mantener los acuerdos de cooperación en seguridad y antiterrorismo**

**Si tampoco se pueden alcanzar ese acuerdo, habría que ir a un Brexit “duro”:**

**- El cheque “azul” de 40/60.000 millones de euros**

**- Establecer un sistema de visados y permisos de trabajo especiales y de tramitación rápida, para los europeos en el Reino Unido y para los británicos en la Unión Europea**

**- Resolver el problema de frontera entre las dos Irlandas**

**- Que el comercio con el Reino Unido dependa de las condiciones básicas de la OMC**

**- Restringir el libre movimiento de capitales entre el RU y la UE (c/banca extranjera)**

**Si tampoco se pueden alcanzar ese acuerdo, habría que ir a un Brexit “hostil”:**

**Habrá que renunciar a las cuatro libertades básicas de la UE (personas, capitales, mercancías y servicios).**

**El Brexit “indoloro” debe ser imposible. Los británicos deben sentir que era una ilusión.**

**La “filosofía de conservar el pastel y comerlo” debe llegar a su fin.**

**Hace más de medio siglo, el canciller alemán Konrad Adenauer, le dijo a su homólogo francés, Guy Mollet, que una Europa unida sería la revancha de Francia frente a los pérfidos anglosajones. Aunque el mundo ha avanzado, los paralelismos son reveladores.**

**¿Puede convertirse Reino Unido en un paraíso fiscal?**

**Es una de las respuestas posibles (casi segura) que el Reino Unido emplearía ante un Brexit “hostil”. Ese paraíso fiscal (en las mismas “barbas” de la UE) se instrumentaría en dos vertientes: la primera, a través de la fiscalidad (bajando los impuestos a las empresas para hacer más atractiva su radicación o permanencia); y la segunda facilitando la instalación de zonas offshore (ampliación de servicios de la City).**

**De todos modos (para escarnio de la UE) el Reino Unido ya tiene varios “paraísos fiscales” operativos (Islas Vírgenes - Guernesey - Jersey - Isla de Man - Caimán - Gibraltar…). Y en alguna de ellas (Gibraltar), además de blanqueo de capitales, hace contrabando de tabaco, tráfico de drogas (en gran escala), y juego online (sin costo fiscal). Ninguna sorpresa. La City en la sombra. Muy al “britsh style”.**

**“Do it”**

**¿Sobrevivirá el Reino Unido sin la Unión Europea? SI.**

**¿Sobrevivirá la Unión Europea sin el Reino Unido? SI.**

**¿Hay posibilidades de “win-win”? NO.**

**Entonces… a qué esperar… “do it”.**

**Así lo veo yo… ¿y usted?**

Pero, por favor, no hagan caso a mi discurso (canto a los pájaros, mensaje en una botella…).

Miren lo que dicen y hacen los residentes, las empresas, los bancos… (y piensen);

- Un millón de comunitarios quiere dejar el Reino Unido: estos son sus motivos (El Confidencial - **31/8/17**)

(Por Eugenio Blanco)

“Lo único bueno que le veo al Brexit es que me ha hecho perder el miedo a la crisis”. Quien pronuncia estas palabras es Israel López, un joven economista de Elche que lleva viviendo tres años en Londres. Como tantos, llegó al Reino Unido para huir de la fragilidad del mercado laboral español y, después de encadenar diferentes trabajos en diferentes sectores, encontró un puesto bien remunerado en una empresa potente de comercio electrónico.

“Lo que ha hecho el Brexit en mi caso es adelantarme la expectativa de volverme. Siempre me vi regresando, pero le daba más tiempo psicológico a mi experiencia en el Reino Unido. Ahora, sin embargo, estoy buscando con intensidad trabajo para volver”, asegura este joven de 26 años, “ya no tengo tanto miedo al mercado laboral español; en parte porque tengo amigos que están encontrando trabajo allí, y también porque prefiero tomar ese riesgo, en vez de vivir en un país donde no soy enteramente bienvenido”.

Su caso no es el único. Según una reciente encuesta de la consultora KMPG, alrededor de un millón de europeos que residen en el país se están planteando abandonarlo debido a las causas directas e indirectas del Brexit. La cifra representa el 30% de los ciudadanos comunitarios que viven en el Reino Unido y más de un 3% de toda la fuerza laboral que tiene el país británico. Además, cuanto mayor es el nivel de formación de los encuestados, más profunda es la convicción de dejar el Reino Unido. El estudio de KPMG también revela que los encuestados no son únicamente críticos con la gestión de los poderes públicos, sino también con las empresas, que por lo general no han dado un paso adelante para tranquilizar de una manera eficaz a sus trabajadores comunitarios.

Estas conclusiones del estudio no le sorprenden a Alessandro Cardone, un profesor italiano que lleva afincado en Mánchester casi cuatro años. “Es muy difícil manejar la vida con esta inestabilidad e indefinición”, asegura con visible desencanto, “el resultado del referéndum fue un jarro de agua fría, porque no lo esperábamos, pero la gestión del mismo por parte de las instituciones es un jarro de agua helada”.

Un error sin precedentes

En este sentido, el envío por error de 100 cartas a comunitarios por parte del Departamento del Interior, asegurando que tenían que abandonar el país o enfrentarse a la deportación, ha generado un profundísimo malestar en la comunidad europea en el Reino Unido. Por mucho que la Home Office se haya disculpado y haya achacado a un extraño “caso de incompetencia” este hecho, las redes se han llenado de quejas y de más desconcierto.

La más potente ha sido la carta que los movimientos the3million y British in Europe, agrupaciones que velan por los derechos de los comunitarios en el Reino Unido (y viceversa), han escrito a la Secretaría de Estado, pidiendo a ambos bandos de las negociaciones en Bruselas que prioricen la ratificación de derechos a los ciudadanos europeos en el Reino Unido y los británicos en el resto de Europa.

Nicolas Hatton, el cofundador del movimiento the3million, asegura que han hablado con muchas de las personas que recibieron la carta. “Vivieron un momento de estupor, imagínate, muchos tienen familias y no daban crédito a la amenaza del Gobierno”, dice a El Confidencial en conversación telefónica.

El mismo Hatton, un francés enamorado de la cultura británica, lleva en el país desde 1995 y admite que el “Reino Unido ha perdido atractivo para los extranjeros”. Pese a tener pareja británica y una hija nacida en el país, Hatton está luchando incansablemente para que se produzca un acuerdo que certifique los derechos de los ciudadanos comunitarios en el país. “Creo que el hecho de que se vayan más o menos comunitarios dependerá de los acuerdos a los que se llegue, pero sí que creo que ya hay muchos de ellos que se irán igualmente porque se sienten dolidos por toda la gestión del Brexit”.

Otra de las voces más potentes en defensa de los derechos de los ciudadanos comunitarios en Reino Unido es Samia Badani, perteneciente al movimiento The New Europeans. También francesa, Badani lleva más de 17 años viviendo en Londres. Su nivel de integración es tal que es incluso una de las voces más críticas con el Gobierno por la gestión de la tragedia del incendio en la Torre Grenfell. “El nivel de incertidumbre es total, necesitamos muchas más certezas y que se garanticen nuestros derechos pos-Brexit”, asegura.

En un momento clave, justo cuando las negociaciones entre Bruselas y Londres se han retomado con las reticencias previstas sin resolver, Badani pide a los gobernantes que no utilicen los derechos de los ciudadanos como mercancía en la mesa de negociación: “Tienen que ser sensibles sobre lo que está en juego. No pueden permitir que tres millones de personas que llevan tiempo aquí construyendo sus vidas y aportando al sistema británico se vean ahora abocadas al sistema de inmigración”.

“No compro muebles, vivo en “stand by””

Después del incidente de las cartas, el Gobierno de Theresa May ha vuelto a garantizar los derechos de los ciudadanos comunitarios hasta que las negociaciones de salida del Reino Unido de la UE se produzcan. Pero el estado de indefinición y el nivel de ruido es tal que es muy difícil para los comunitarios residentes en el Reino Unido seguir con su vida normal.

Christina Giovi, profesora en una universidad londinense, también ha empezado a replantearse su futuro después del Brexit. “Estoy muy decepcionada con Reino Unido y es verdad que ahora considero mucho más mudarme”, dice esta griega que lleva más de una década estudiando y dando clase en el país anglosajón, “casi todos los europeos que conozco están reforzando su interés en volver a sus países o a otros países de la Unión”.

Uno de ellos es Tomás Alcaide, que curiosamente acaba de conseguir el permiso permanente de residencia, después de una segunda gestión. “Decidí sacarme el permiso para rebajar el nivel de incertidumbre”, asegura este salmantino a punto de cumplir los 40, “el proceso no ha sido nada sencillo: me han pedido nóminas desde que llegué al Reino Unido, facturas de la luz y el agua, las veces que he salido del país en estos nueve años que llevo aquí…”. Tomás hizo el proceso con su esposa, una ciudadana colombiana que necesitaba todas esas certezas si cabe con mayor urgencia. “Pese a todo, yo estoy abierto a volver a mudarme a otro lugar, estoy un poco harto de no amueblar ni siquiera la casa como me gusta porque no sé cuánto me voy a quedar”, dice este ingeniero informático.

Quien sí deja el Reino Unido este viernes es Antoine, un mánager francés de una agencia de comunicación. Su perfil se enlaza bien con el trabajador cualificado que recoge la encuesta de KMPG. Lleva seis años en Londres y ha dicho hasta aquí. “Cuando uno toma esta decisión, obviamente hay muchas razones que confluyen, pero no puedo negar que este último año de incertidumbre tiene un peso específico en mi decisión. El Brexit, y sobre todo su retórica, tiene importancia, claro que sí”. Antoine asegura que hace dos años sentía que el Reino Unido vivía un “clima de optimismo, mientras que ahora noto a mi alrededor una población más entristecida y, en parte, en “shock” después del Brexit”. Como él, muchas personas de su entorno están mirando opciones para volverse: “Los precios no dejan de subir y cala cada vez más que se puede tener mejor calidad de vida en otro lugar”. Su avión parte a París desde Gatwick el próximo viernes a las tres y cuarto de la tarde.

- La City intensifica su campaña contra el Brexit: “El Gobierno de May caerá en 2018” (El Confidencial - **5/9/17**)

(Por Ángel Martínez)

Malos augurios desde la City. El Gobierno británico “probablemente caerá en 2018” porque las negociaciones del Brexit dividirán de tal forma al gabinete de Theresa May que acabará convocando elecciones anticipadas. El principal argumento para los analistas de Morgan Stanley es que Londres podría ser incapaz de negociar o legislar un Brexit duro y se vería forzado a perseguir un proceso de ruptura más lento.

Las negociaciones para la salida de la UE progresarán durante 2017 porque Reino Unido hará suficientes concesiones para que estas puedan continuar. No obstante, el próximo año, la Unión Europea exigirá a Londres que decida por fin entre un Brexit blando -con el que continuaría en el mercado único y la unión aduanera, pero se mantendría bajo las leyes comunitarias- o “una relación a distancia” con Bruselas, opción que dividirá al gabinete y al propio Partido Conservador y conducirá a una moción de censura en el Parlamento, opinan los analistas de Morgan Stanley.

En su informe, añaden que la inestabilidad política resultante reducirá el consumo y debilitará la inversión, mientras que el crecimiento económico se frenará en seco.

La City lleva “intoxicando” el proceso de negociación desde hace meses. Como consecuencia del Brexit, Londres perderá unos 30.000 puestos de trabajo en el sector financiero -que representa casi el 12% del PIB británico, unos 208.000 millones de euros-, mientras que la salida de activos se calcula en 1.800 millones de euros en el país, según el centro de estudios Bruegel.

Un 10% de probabilidades de revertir el Brexit

El debate sobre si Reino Unido abandonará definitivamente el bloque comunitario se ha intensificado recientemente, impulsado por la falta de progresos en cinco meses de negociaciones. La frustración en la UE crece ante la “ambigüedad constructiva” que mantiene Londres en cuestiones como el acuerdo financiero o los derechos de los comunitarios. Michel Barnier, jefe negociador de la Unión, advierte de que cada vez está más cerca la medianoche del 29 de marzo de 2019, momento en que Reino Unido quedará automáticamente fuera del bloque. Mientras, la Eurocámara anunció ayer que la próxima ronda de negociaciones podría retrasarse a la cuarta semana de septiembre debido a una “intervención importante” de May el día 21, que se solaparía con las conversaciones en Bruselas.

Pese a los retrasos y a la imprecisión en las negociaciones, los analistas de Morgan Stanley aseguran que solo hay un 10% de probabilidades de revertir el Brexit. “La opinión pública no ha cambiado prácticamente desde el referéndum, y el país está de acuerdo en que el Brexit es la cuestión más importante (…) y, por ahora, el Gobierno no ha modificado su objetivo de abandonar la UE. Todos los partidos mayoritarios siguen comprometidos con el Brexit”, argumentan.

Señalan también que, tras la activación del artículo 50 del Tratado de Lisboa -que fija el protocolo a seguir para romper con la Unión-, el Brexit es el resultado por defecto. “Revocar esta decisión requeriría un cambio radical en la opinión pública y en la clase política antes de que el proceso sea irreversible. En la práctica, esto significa que tendría que revertirse el Brexit antes de que Reino Unido abandone el mercado único y la unión aduanera”, matizan. De hecho, añaden, un cambio de rumbo “probablemente requiera de un Gobierno laborista”.

El informe de Morgan Stanley sale a la luz después de que Philip Hammond, ministro de Economía británico, haya advertido a los diputados “tories” contra una rebelión anti-Brexit. Ya en junio, unos 30 diputados conservadores se alzaron contra la estrategia de ruptura total, asegurando que el impacto económico de un Brexit duro y el mal resultado de las elecciones generales obligaban a replantear la postura del Gobierno. Los “rebeldes” anticipaban una fase de transición de entre cinco y 10 años con el Reino Unido dentro del espacio económico europeo.

- “Brexit muy duro”: la industria alemana se pertrecha ante el peor de los escenarios (El Confidencial - **8/10/17**)

(Por Antonio Lorenzo)

La industria alemana acaba de alertar sobre un nuevo tipo de Brexit. El “muy duro”. Su poderoso lobby anima a todos sus miembros a prepararse para una ruptura muy dolorosa económicamente entre Reino Unido y la UE ante la falta de avances en la negociación y la falta de definición por parte de Londres. La economía alemana va a sufrir con la salida británica por sus intensos vínculos comerciales, pero está dispuesta a hacer sacrificios por motivos políticos. Está totalmente alineada con Berlín.

“Las empresas alemanas deben tomar medidas preventivas para la seria posibilidad de una salida muy dura” de Reino Unido de la UE, ha advertido Joachim Lang, director general de la influyente Asociación de la Industria Alemana (BDI), una organización que representa a unas 100.000 empresas con unos ocho millones de empleos, incluidos todos los gigantes del “Made in Germany”. El peor escenario, el de una salida sin ningún tipo de acuerdo, está sobre la mesa. “Cualquier otra posición sería ingenua”, ha agregado Lang.

En su opinión hay dos motivos para dar la voz de alarma. La primera es la falta de avances en las negociaciones, que entran ya en su quinta ronda sin progresos perceptibles. Todavía no hay un acuerdo en torno a los dos temas esenciales previos al núcleo de las conversaciones: los derechos futuros de los ciudadanos comunitarios en Reino Unido tras la separación (y viceversa) y el monto de la factura del divorcio. Mientras tanto, el reloj sigue avanzando y cada vez queda menos tiempo para abordar la ingente tarea de negociar las relaciones futuras. Pase lo que pase, el Brexit debe formalizarse en marzo de 2019.

La segunda razón tras este aviso de la industria alemana es el aparente caos que reina en la parte británica. “Al Gobierno británico, a pesar de tantas palabras, la falta un concepto claro”, ha lamentado el director general de la BDI. La primera ministra, Theresa May, no ha conseguido apartar la imagen de debilidad y falta de control sobre su partido en el reciente congreso de los conservadores. Más bien al contrario, tras un discurso gafado. Y la batalla interna en la formación -y dentro del propio gobierno- sigue adelante y sin visos de abatir entre los que querrían permanecer en la UE, los que quieren un Brexit lo más suave posible y los que abogan por dar un portazo para “recuperar el control” con todas sus consecuencias.

Sin “garantías” de un acuerdo

La situación es crítica. A juicio de Lang, “no hay ninguna garantía” de que las negociaciones entre Bruselas y Londres lleguen a buen puerto. No se puede dar por sentado que al final de los dos años de conversaciones previstos haya “un pacto final sobre las relaciones futuras entre la UE y Reino Unido” o siquiera las bases de un “acuerdo temporal de transición” que permita prolongar con más calma el diálogo, ha indicado el director general de la BDI.

“El Brexit, sea de la forma que fuere, suscita un número no desdeñable de cuestiones legales, de política económica y de gestión empresarial”, ha asegurado Lang en referencia a las repercusiones que tendrá el divorcio para las empresas alemanas que quieran seguir operando en Reino Unido tras el Brexit. Y añadió: “La industria alemana se prepara para cualquier escenario”.

Su advertencia es todo un aldabonazo. La BDI es uno de los lobbys mejor conectados de Alemania y de la UE. Saben de lo que hablan. Recientemente los dos responsables del departamento que se encarga del Brexit en el Ministerio de Asuntos Exteriores se reunieron por cuarta vez con representantes de los empresarios para informarles del avance de las conversaciones.

Un Brexit muy duro es una pesadilla para la industria alemana, que mantiene unos fuertes vínculos comerciales con Reino Unido. Un documento de trabajo interno del Ministerio de Finanzas alemán filtrado por el rotativo Handelsblatt habla de “graves consecuencias económicas y sistémicas” tanto para el sector financiero como para la economía real en su conjunto a causa de la marcha de Reino Unido.

Un reciente informe de la consultora Deloitte apuntaba que cinco sectores productivos alemanes se verían especialmente afectados por la separación. El estudio, que analizaba la situación de 160 empresas alemanas con filiales de al menos cien empleados en Reino Unido, alertaba sobre las consecuencias del Brexit para la industria automovilística, las eléctricas, los servicios financieros y los sectores logístico y comercial.

“Prioridad” a la política

Sin embargo, la BDI tiene muy claro con quién está en esta partida de ajedrez. Con Berlín, siempre. Aunque a veces duela. “La industria alemana aspira a una relación futura muy estrecha con Reino Unido. Pero algo debe estar claro: damos prioridad al buen funcionamiento futuro de la UE”, subrayó Lang, reflejando su perfecta sintonía con el Gobierno alemán. Esta unidad de acción no es nueva. La BDI ya apoyó sin fisuras a Berlín con las sanciones a Rusia, pese a las repercusiones económicas. Luego, a cambio, tiene acceso directo a las más altas esferas del Ejecutivo y el Legislativo.

El Gobierno alemán, por su parte, ha reiterado en múltiples ocasiones su postura. Quiere mantener a Reino Unido lo más cerca posible de la UE tras el Brexit. Desea una estrecha cooperación futura con Londres en seguridad y defensa, y unas relaciones económicas fluidas a través del Canal de la Mancha. Pero no a cualquier precio. Porque, como ha subrayado Angela Merkel, las cuatro libertades fundamentales del bloque van de la mano. Si Londres quiere limitar la entrada de comunitarios en el Reino Unido, la canciller exigirá restricciones en el comercio.

Merkel explicó su razonamiento este año en un encuentro con empresarios. “Si resulta finalmente posible (para Reino Unido) tener acceso completo al mercado único, si se pueden elegir algunas cosas (y dejar otras de lado), entonces el mercado común como tal se verá rápidamente en peligro. Porque todos los países querrán elegir qué les interesa”, señaló la canciller.

La comprensión inicial de Berlín con Reino Unido en los días posteriores al referéndum se ha evaporado. Merkel veía entonces “absolutamente comprensible” que el Gobierno de May, recién nombrada primera ministra, pidiese “tiempo” para “reflexionar”. Argumentaba que era “importante” concedérselo para poder diseñar una nueva relación. Pero la situación ha cambiado mucho en los últimos meses. Lo esencial, ahora, es mantener unidos a los restantes 27, como explicó el ministro de Finanzas, Wolfgang Schäuble al Financial Times: “No tenemos ningún interés en castigar a Reino Unido, pero tampoco tenemos ningún interés en poner en peligro la integración europea por Reino Unido”.

El Gobierno alemán envió este año un documento interno a todos sus altos cargos resumiendo su postura oficial con respecto al Brexit en el que se recalcaba, según publicó la agencia Bloomberg, que para Reino Unido debe haber una diferencia entre pertenecer a la UE y firmar un acuerdo de libre comercio con el bloque. Independientemente del tipo de relación que se establezca tras la marcha británica, “Brexit significará menos cooperación e integración económica que la pertenencia a la UE”, un “paso atrás”, afirmaba el texto. Reino Unido, concluía el documento, será un “país tercero”.

**Coda: Cordura y sentido común (recordar, o volver a estudiar, la historia)**



**Si ustedes (ínclitos “burócratas” europeos) no tienen el coraje de cumplir su tarea, dando vueltas a la calesita, dejen a los ciudadanos europeos expresarse. Hagan un referéndum ampliado, en los países miembro (ya que están de moda), consultando sobre un Brexit “suave”, “duro” o “medio pensionista”.**

**Antes de hacer un “tratado deshonroso” (mucha flexibilidad y poca razón) asuman el compromiso (si es necesario con el respaldo de la ciudadanía) de no prevaricar, de no buscar soluciones a corto plazo que causen perjuicios a largo plazo.**

**Ni victimismo ni escapismo. Ni confusión ni mesianismo. Democracia, legalidad, realismo, cohesión, integración y cumplimiento de los objetivos fundacionales de la UE.**

**No hace falta ni la espada, ni la cruz, solo cierta lógica económica y el respeto por la historia (libre comercio vs. mercantilismo o liberalismo vs. estado de bienestar).**

**Recuerdo histórico (de un argentino con memoria y escarmentado) para que tengan en cuenta cómo se las gastaban, gastan y gastarán (si los dejan) los “socios” ingleses:**

**“Uno de los puntos angulares de la política del gobierno fue la firma a principios de 1825 del Tratado Anglo-Argentino de Amistad, Comercio y Navegación, que establecía entre otras cuestiones, que los ciudadanos de ambos países tendrían acceso a libre comercio en el territorio del otro. También se otorgaba a Inglaterra el trato de nación más favorecida y se disponía que las mercancías involucradas en el comercio mutuo solo podrían ser transportadas en naves de alguno de los dos países”…**

**Si bien el tratado contenía una reciprocidad en las cláusulas formales, el desigual grado de desarrollo de los países firmantes lo convirtió en la consagración institucional de la hegemonía económica de Inglaterra durante más de un siglo.**

**Una de las clausulas más hirientes que recuerdo era la “libre navegación de los ríos”. Los navíos argentinos podrían navegar libremente por los ríos ingleses y viceversa. Por supuesto, nunca se pasó del “viceversa”. Una afrenta en toda regla. Una burla. O sea.**

**A los que quieran mayor información para el debate, les dejo con los “grandes bonetes”.**

**- Anexo: Brexit laberinth (¿brexiteers o “caganers”?): la opinión de “los que saben”**



(Un “caganer” es una figurita de nacimiento que se suele colocar en los belenes, como tradición en Cataluña y en la Comunidad Valenciana, normalmente escondida en un rincón, detrás de un arbusto, agachada y en postura de estar defecando. También es frecuente esta figura en los belenes de otros puntos de Italia, España y Portugal, donde reciben el nombre de “cagador” o “cagón”)

- La racionalidad británica, a prueba (Project Syndicate - **31/5/16**)

París.- Si en el referendo del 23 de junio los votantes británicos deciden que su país abandone la Unión Europea, no será por razones económicas. Puede que opten por el Brexit porque desean una soberanía completa, detestan a Bruselas o quieren que los migrantes vuelvan a sus países, pero no por esperar grandes beneficios económicos.

Al principio, los partidarios del Brexit parecían contar con dos argumentos económicos importantes. El primero era el abrumador rechazo de los británicos al aporte fiscal neto de su país al resto de la UE, que en la actualidad es de un 0,4% del PGB. Desde que en 1979 la Primera Ministro Margaret Thatcher exigiera por primera vez la “devolución del dinero”, a ojos de la opinión pública los costes presupuestarios de ser miembro de la UE han sobrepasado ampliamente sus beneficios económicos.

El segundo argumento era el lamentable estado de la economía de Europa continental. En promedio, otros países de la UE están por detrás del Reino Unido en términos de crecimiento del PGB, empleo o innovación (y, en un grado incluso mayor, de Estados Unidos). Si antes ser miembro de la UE se veía como una vía de acceso a la prosperidad, hoy cada vez más se considera como un freno al progreso.

Pero últimamente, como lo expresara John Van Reenen de la London School of Economics, se ha vuelto cada vez más difícil ver las ventajas económicas del Brexit. A sus partidarios les resulta difícil explicar qué tipo de acuerdos comerciales o de cooperación podría establecer el Reino Unido con la UE, y mucho menos de qué manera serían más ventajosos que los actuales. Así, es complicado argumentar que por salir de la UE el país recibiría un impulso económico neto, o incluso que no se vería seriamente perjudicado.

De las ocho evaluaciones económicas realizadas últimamente por el Instituto de Estudios Fiscales, solo una señala que abandonar la UE conllevaría ventajas económicas importantes. Y tal estudio, realizado, como era de esperar, por Economistas por el Brexit, fue blanco de intensas críticas por el resto de los economistas por carecer de una base analítica adecuada.

La mayor parte de los estudios concluyen que el Reino Unido se vería muy afectado si abandona la UE. Bajaría la participación de sus exportadores en el gran mercado de la UE y quedarían al margen de los acuerdos que se negociaran en la Unión para el acceso a importantes mercados internacionales. Si bien el Reino Unido podría negociar nuevos acuerdos con estos socios, eso tomaría tiempo y, al ir por libre, su poder de negociación probablemente sería menor.

Esto quiere decir que el RU comerciaría menos tanto con la UE como con terceros países. Pagaría más por los insumos y bienes de consumo, y la menor integración de las firmas británicas a las cadenas de valor globales socavaría su productividad**. El coste en términos de PGB perdido sería entre 5 y 20 veces mayor que el ahorro por dejar de aportar al presupuesto comunitario. Por decir lo menos, no sería un muy buen negocio.**

Los análisis modernos de la internacionalización económica muestran que el comercio exterior es un potente mecanismo de selección, ya que ofrece importantes oportunidades de selección para las empresas más productivas e innovadoras, al tiempo que les permite aprender de sus competidores del extranjero. No es casualidad que las mejores empresas del mundo (las que tienen los más altos índices de productividad, utilidades y salarios e invierten en mejorar su capital humano) sean líderes comerciales. El impacto adverso del Brexit sobre las posibilidades de desarrollo de las firmas británicas elevaría aún más el coste económico.

Se trata de argumentos que ya se han planteado claramente en el debate previo al referendo sobre los costes y beneficios del Brexit y, sin embargo, no lo han vuelto más simple. En parte, la causa puede ser el que los Conservadores del Primer Ministro David Cameron están muy divididos sobre el tema, mientras que los Laboristas de Jeremy Corbyn tienen una actitud más bien tibia hacia la UE. Los independientes han ganado peso, puesto que la elección no gira en torno al eje de derechas e izquierdas.

El referendo del 23 de junio tiene su propia importancia, debido a sus importantes consecuencias sobre la relación del Reino Unido con Europa, pero también ofrecerá lecciones de mayor alcance.

Si los votantes británicos deciden abandonar la UE, será señal de que los argumentos económicos racionales tienen menos peso que los llamamientos emocionales, reforzando a las fuerzas populistas de otros países (como Italia, Francia y Estados Unidos), partidarias de políticas aislacionistas que la mayoría de los expertos consideran absurdas en lo económico. Para oponerse a ellas, los partidos políticos convencionales tendrán que hacer frente a sus fallas, incluso si los hechos están de su lado, y ofrecer una narrativa lo suficientemente atractiva como para convencer a los votantes para que elijan posturas de apertura económica.

Si una mayoría de los ciudadanos británicos opta por permanecer en la UE, el efecto sería el opuesto, subrayando que más allá de los sentimientos negativos que tenga la gente sobre una política o entidad determinadas, no se puede dejar de lado la razón y la lógica. Igualmente importante es que fomentaría un mayor examen de las consecuencias económicas de los programas populistas en Estados Unidos y el resto de Europa.

**En consecuencia, en el referendo del 23 de junio no se juega solamente la relación entre el Reino Unido y la UE, y ni siquiera el futuro del “proyecto europeo”. Lo que elijan los votantes será una prueba importante sobre si las opciones democráticas en los países avanzados se rigen por la racionalidad económica o bien por las pasiones populares.**

(Jean Pisani-Ferry is a professor at the Hertie School of Governance in Berlin, and currently serves as Commissioner-General of France Stratégie, a policy advisory institution in Paris)

- La llamada de atención de Europa (Project Syndicate - **20/6/16**)

Bruselas.- Los nubarrones oscuros de euroescepticismo populista que se están formando en la Unión Europea tienen un costado positivo. En Bruselas y en varias capitales de Europa, los líderes saben que la UE debe responder al creciente descontento y que -por fin- esto puede traducirse en un rédito político.

El catalizador ha sido el debate muchas veces absurdo sobre el “Brexit” del Reino Unido. Los argumentos de quienes hacen campaña a favor de una salida frecuentemente son imprecisos, cuando no mentiras rotundas; pero el debate furioso en Gran Bretaña sobre si permanecer o no en Europa ha dejado al descubierto las flaquezas arraigadas de la UE -y ha obligado a los líderes europeos a no ignorarlas más.

El ascenso de los partidos populistas de Europa ejerce una presión similar en todo el continente. Sin embargo, aunque temidos, tienen una escasa credibilidad política. Quienes están a favor del Brexit en el Reino Unido, por el contrario, incluyen a ministros de gobierno que cuentan con la toma de decisiones supuestamente antidemocrática de la UE entre sus principales falencias.

En verdad, los principales fracasos de la UE tienen poco que ver con la democracia. No se le puede echar la culpa de cómo toma las decisiones la UE al caos de la crisis de refugiados y de inmigrantes, a la respuesta inadecuada de Europa a la Primavera Árabe de 2011, a la crisis de Ucrania tres años más tarde y a la firmeza de Rusia. Pero estos hechos sí subrayan su incapacidad para reaccionar de manera rápida y decisiva. Peor aún, destacan su impericia a la hora de evitar problemas acordando sobre estrategias económicas y de seguridad claras.

De todos modos, la democracia es clave para el futuro de la UE. Durante años, los críticos han señalado el “déficit democrático” de Europa. El Consejo de Ministros -que, junto con el Parlamento Europeo, conforma la legislatura de la UE- es tan impenetrable y reservado como el de Corea del Norte; por cierto, opera a puertas cerradas, sin ningún registro público de quién dijo qué.

Ha habido acciones modestas para aumentar los poderes del Parlamento Europeo, pero no han sido lo suficientemente reconocidas por la población europea como para acallar los reclamos. Para apaciguar la antipatía de los votantes hacia la UE hará falta un cambio sustancial, y los políticos tradicionales de Europa están empezando a tomar conciencia de esta verdad incómoda.

El principal temor de los gobiernos de la UE ha sido que un voto a favor del Brexit el 23 de junio desate una oleada de referendos similares en otras partes. Eso efectivamente asestaría un golpe devastador a la credibilidad de la UE, tanto en sus estados miembro como en el exterior.

Pero una decisión británica a favor de permanecer sería casi igual de mala si las instituciones de la UE en Bruselas simplemente enviaran una señal de alivio y regresaran a su actitud de siempre, sin modificar las estructuras disfuncionales. En ese caso, los populistas utilizarían el cuco del “superestado” de la UE para carcomer el respaldo de base de los partidos tradicionales.

¿Qué tipo de reforma democrática, entonces, se podría concebir? La última vez que se formuló esta pregunta fue en 2005, cuando los referendos francés y holandés torpedearon el propuesto Tratado Constitucional de la UE. La UE estaba en su apogeo en aquel momento, gracias al nuevo euro y a la ambiciosa expansión “Big Bang” hacia el este de 2004, de modo que las posibilidades de garantizar un cambio hoy, cuando la UE está en su punto más bajo de popularidad, parecerían a simple vista menos probables.

En realidad, podría ser el caso contrario. Cuando el “proyecto europeo” estaba en etapa de ebullición, sólo unos pocos visionarios veían la necesidad de centralizar más poderes. Puede sonar ilógico, pero la caída de la productividad y la reducción de la fuerza laboral de Europa señalan tiempos aún más difíciles por delante y refuerzan la necesidad de que la UE sea más eficiente, más democrática y más receptiva.

Y esa es la cuestión más delicada de todas. ¿Cómo puede la UE transformar mecanismos desvencijados de toma de decisiones que han sido objeto de adiciones temporales y reajustados durante casi 40 años en una democracia eficiente y operativa? En el camino está la preciada soberanía de 28 países con culturas políticas muy diferentes y un conjunto de intereses nacionales y regionales en conflicto. No existen modelos obvios a los cuales recurrir.

Los politólogos han sugerido decenas de ideas, que van desde la reintroducción de dobles mandatos (dándoles a los parlamentarios nacionales una banca en el Parlamento Europeo) hasta la creación de un Senado de la UE en un sistema bicameral. Pero los detalles de una UE más democrática, en la que la Comisión sea verdaderamente responsable ante la población, son menos importantes que la voluntad política de avanzar.

La mayoría de los gobiernos nacionales de Europa, más allá de su tinte político, se han opuesto durante mucho tiempo a una UE más simplificada y democrática. Ahora, sin embargo, deben elegir entre ser superados por los partidos euroescépticos tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha, o responder a esa amenaza creando una democracia supranacional que pueda satisfacer las preocupaciones legítimas de los votantes.

La Convención Europea de 2003 que produjo la desafortunada Constitución de la UE no ofrece ninguna fórmula para el futuro. Su actividad enrevesada se llevó a cabo en gran medida fuera de la vista. Para frenar las crecientes críticas de “Europa”, la UE necesita el golpe de efecto de un debate abierto que involucre a la sociedad civil, no sólo a un puñado de representantes políticos. Su premisa debe ser que la UE va camino a la disolución, y que sólo si se vuelve más receptiva a los reclamos de los ciudadanos de Europa podrá revertir la tendencia.

(Giles Merritt, Editor of Europe's World and Secretary-General of the think tank Friends of Europe, is the author of Slippery Slope: Europe’s Troubled Future)

- Will Brexit Destroy Britain and Europe? (Project Syndicate - **20/6/16**)

On June 23, British voters will decide in a referendum whether to remain in the EU or go it alone. Advocates of remaining, including Prime Minister David Cameron, may have the better arguments, but the future of the UK -and of Europe- is unlikely to be determined by reason alone.

London.- The long phony war about the United Kingdom’s place in Europe is over. An increasingly vicious domestic “Battle for Britain” has been underway for weeks. In a referendum on June 23, British voters will decide whether the UK remains in the European Union or, after more than four decades of membership, negotiates its withdrawal.

Opinion polls are finely balanced. With the EU increasingly seen through the lens of economic crisis, political turmoil, and unwanted migrants, a British exit -or “Brexit”- is a realistic prospect. Indeed, advocates would seem to have the wind at their backs: In an age of widespread anti-establishment rage, their claim that bossy Brussels bureaucrats are to blame for everything wrong with Britain resonates widely, tempting voters to project their personal visions of Utopia onto a post-EU future. The “remain” camp, by contrast, must somehow sell the reality of the EU as it is, warts and all.

While Britain’s debate about its relationship with “Europe” is often insular, Project Syndicate’s commentators bring a broader perspective to the question. They examine not only the likely implications of Brexit, but also how the UK arrived at this point and what the referendum -however it turns out- means for Europe’s future.

Getting to No

Carl Bildt, who was Sweden’s prime minister when his country joined the EU in 1995, provides an important reminder of what the European project has achieved - and thus what is at stake in the current threat to its integrity. “In the 1970s and 1980s,” he writes, “the magnetic promise of integration helped stabilize democracy in Greece, Spain, and Portugal”. After the collapse of communism, “the promise of EU accession eased, encouraged, and to some extent guided the transition” in Central and Eastern Europe in the 1990s. Likewise, the “soft power of an integrated Europe inspired democratic reform for decades in Turkey” and has had the same effect in Ukraine in recent years.

Given this record of success, why would any country want to leave? For Joschka Fischer, Germany’s former foreign minister, the Brexit debate reflects a simple reality: “The UK wants a different kind of Europe than the one that the EU currently represents. Its preference is a Europe that essentially consists solely of a common market”.

Actually, Brexit campaigners want to leave the EU for a variety of reasons. Free-market Conservatives argue that Britain would be freer, richer, and more democratic if it left the EU, regained “full” sovereignty, struck its own trade deals, scrapped burdensome EU regulation, and took control of its borders. For nativists, notably in the UK Independence Party, the priority is to restrict immigration. For some on the hard left, Brexit would enable the country to escape the EU’s “neoliberal” constraints, such as limits on state ownership and subsidies. Yet the overwhelming consensus is that Brexit would be bad for both Britain and the EU.

Better Off In

It’s not hard to see why. Most observers believe, for good reason, that Brexit would entail huge economic costs for Britain. Just the disruption and uncertainty of drawn-out and doubtless acrimonious divorce proceedings, I have argued, would depress investment and growth. Permanent separation would reduce trade, foreign investment, and migration, hurting competition, productivity growth, and living standards. And “independence” would deprive Britain of influence over future EU reforms -notably, the completion of the single market in services- from which it would benefit.

So why hasn’t that message sunk in with British voters? “Many advocates of withdrawal cherry-pick policies and regulations,” says Ana Palacio, a former Spanish foreign minister. “They want Britons to believe not only that the City of London would remain Europe’s top financial center, but also that the UK would retain access to the EU’s single market, even without free movement of labor”. This is “pure fantasy”.

In fact, in the event of Brexit, the pound would probably collapse, according to Princeton economic historian Harold James. And MIT’s Simon Johnson, a senior fellow at the Peterson Institute for International Economics, cites two leading reports suggesting dire consequences for financial stability following Brexit, with no new export opportunities to show for it once the turmoil subsided.

In fact, the long-term effects of Brexit, economic and otherwise, would be no less serious. Anglo-Dutch author Ian Buruma points out that Britain would lose global influence. Mark Leonard, director of the European Council on Foreign Relations, is scathing: Prime Minister David Cameron’s decision to call a referendum could “bring down his government, destroy his political party, and literally tear his country apart”. After all, given Scots’ (relative) enthusiasm for the EU, Brexit would likely be followed by a second independence referendum, ending the UK as we know it - a key reason why some prominent Euroskeptics, such as former Foreign Secretary William Hague, now favor remaining.

Mohamed El-Erian, chief economic adviser at Allianz, argues that other Euroskeptics should hedge their bets as well. Because the consequences of leaving are highly uncertain, Britons’ “most pragmatic choice would be to remain in the EU, at least for now, thereby preserving the option of changing their collective mind later, should new information warrant it”.

The Impact on Europe

Britain’s departure would doubtless damage the EU as well. At one time, France and others may have believed that the EU could integrate faster without Britain. But that was when European integration was much more popular than it is today. With support for an “ever-closer Europe” plumbing new lows, Brexit could cause the bloc to unravel further.

Javier Solana, a former EU high representative for foreign and security policy, argues that Brexit would “weaken the security, foreign policy, and international standing of both parties”. Similarly, Richard Haass, a former director of policy planning at the US State Department, is among many to warn that Brexit would add to the centrifugal forces of nationalism and “populism” that risk destroying the European project. Haass also worries that Brexit could undermine the peace agreement in Northern Ireland.

For his part, Buruma makes a point that is often overlooked. Britain is the EU’s second-largest economy and -with France- a significant global military power. Take away Britain and the EU will be “a Franco-German enterprise, with Germany very much the dominant partner, and all the smaller member states squeezed between the two”. Haass agrees: “Such a preponderance of power cannot be healthy in the long run, as it will fuel resentment of Germany and likely leave the EU less willing and able to act together on the world scene”. Some Germans, however, see another problem. As Clemens Fuest, president of the Ifo Institute, argues, Brexit would make it harder for his country to oppose protectionism (although it is debatable how liberal Germany really is).

The Fear Factor

The “remain” campaign, placed in the unenviable position of defending an EU that often appears dysfunctional, emphasizes the risks of a leap into the unknown - an approach that has prompted Brexit advocates, such as former London Mayor Boris Johnson, to deride what they call “Project Fear”.

Yet the Brexit camp makes its own appeal to fear, conflating terrorism and immigration with EU membership in an effort to tempt voters to pull up the drawbridge. This is not a uniquely British strategy: Danish voters -swayed by fears about refugees and terrorism- rejected proposals for closer cross-border policing cooperation with the EU in a referendum held a month after last November’s attacks in Paris.

Brexit advocates take the argument a step further. They claim that leaving the EU would not endanger Britain’s security, because NATO, not the EU, ensures its defense. But Jacek Rostowski, a former Polish deputy prime minister, points out that security and defense are not the same thing. “True security entails the expectation that a country will not have to call upon the defense alliances to which it belongs - and that is what membership in the EU, as it stands today, provides”.

In fact, Brexit poses a direct threat to NATO. Rostowski points out that a “flight to nationalism” across Europe would mean empowering forces that have become a fifth column of Vladimir Putin’s Kremlin. For example, the position adopted by France’s far-right National Front on Russia’s aggression in Ukraine suggests that, if Marine Le Pen, the Front’s leader, were elected President in 2017, “she would block any form of resistance to…Putin’s adventurism, which is threatening NATO’s eastern flank”.

Harvard’s Joseph Nye argues that Brexit would have broader geopolitical consequences, too. “Faced with a rising China, a declining but risk-inclined Russia, and the prospect of prolonged turmoil in the Middle East, close transatlantic cooperation will be crucial to maintaining a liberal international order over the long term”, he writes. “Recognizing that Brexit, by weakening both Europe and Britain, would make a disorderly international system more likely, should tip the balance in favor of maintaining the status quo”.

Anglos Are Us?

Brexit campaigners often argue that, outside the EU, Britain could nurture closer relations with the rest of the world, starting with the United States. But the US would be unlikely to take kindly to the idea. “By thumbing its nose at so fundamental an American interest” as European security, Rostowski suggests, “Britain would almost certainly undermine what remains of the bilateral “special relationship””. Haass seconds the point: “One reason why the US values its ties to the UK as much as it does is the UK’s role in Europe”.

That is also why the Obama administration has stated firmly that it would prefer Britain to remain in the EU. “Britain is important not just as a bilateral partner”, Haass explains. “(M)ore often than not it can be counted on to argue for and support positions in Brussels consistent with, or at least not far from, those of the US”. At the same time, if the post-Brexit UK broke up, “Americans would not welcome a difficult, controversial public debate with Scotland’s leaders over the stationing of nuclear weapons and submarines on their territory at a time when Russia is again seen as a threat to Europe”.

Brexit campaigners nonetheless talk of Britain playing a bigger role in an “Anglosphere” which also includes Australia, Canada, and New Zealand. Gareth Evans, a former Australian foreign minister, pours cold water on that idea. Simply put, none of the countries that would be members of such a club has an interest in joining. Geography, not history, dictates strategy. Britain and Canada are of no value to the US in facing up to China, while Australia and New Zealand are of no use in facing up to Russia. This is why the Commonwealth -born of the long-defunct British Empire- is a talking shop to which the US devotes little attention.

So, too, with economic relations. Trade with Britain is no longer all that important to Australia, and the US is focused on mega-regional trade deals, such as the Trans-Pacific Partnership (TPP) and the Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) with the EU. Thus, as Evans rightly concludes, “If Britain steps away from Europe, thinking it can compensate by creating an influential new international grouping of its own, it will find itself very lonely indeed”.

Reason and Emotion

Anatole Kaletsky, Co-Chairman of Gavekal Economics, believes that rational arguments will ultimately triumph, and that voters will reject Brexit because it would damage Britain’s economy and undermine its political influence. But if referenda were decided by rational argument alone, the result of the June vote would be a foregone conclusion.

It’s not. The emotional call to leave a crisis-hit EU, regain sovereignty, and keep out unwanted foreigners may still win the day. James warns that the anti-Brexit camp have “made one mistake after another” in failing to make a positive argument in favor of the EU. Reliance on dread of the unknown “may have seemed like a reasonable strategy, but fear is not rational; it may well drive voters toward the apparent certainties offered by the nation-state”.

Quite so. One can well imagine how a serious security threat or terrorist attack might strengthen the pro-Brexit camp.

A “Project Hope” is also needed, according to Dominique Moisi, a professor at Sciences Po in Paris. Fear alone, he argues, did not persuade Scots to vote to remain in the UK in the independence referendum in September 2014. The outcome also reflected an emotional appeal to UK identity, eloquently expressed at the time by Cameron’s predecessor, the Scotsman Gordon Brown.

But there is no comparable European identity to which the UK’s “remain” camp can appeal, and it is unrealistic to expect a majority of British voters to become enthusiastic about the EU by June. The key to winning the referendum can only be pragmatic: to convince Britons that they would be better off -and safer- staying in the EU, while continuing to seek to reform it.

(Philippe Legrain, a former economic adviser to the president of the European Commission, is a visiting senior fellow at the London School of Economics’ European Institute and the author of European Spring: Why Our Economies and Politics are in a Mess - and How to Put Them Right)

- Que la UE no espere nada bueno del Brexit (Project Syndicate - **21/6/16**)

Milán.- Hasta hace muy poco, los europeos apenas prestaban atención al referendo británico sobre la pertenencia a la Unión Europea. Ahora que la posibilidad de un “Brexit” se volvió real, están cada vez más interesados en sus derivaciones. Pero en vez de analizar seriamente los riesgos, muchos se comportan como miembros de una gran familia que está a punto de perder a un pariente rico, y se dividen mentalmente la herencia cuando todavía no se leyó el testamento.

Es lo que sucede en Italia, donde muchos esperan que la salida del Reino Unido sea una bendición inesperada; imaginan al primer ministro Matteo Renzi, decidido defensor de la UE, a la cabeza de un movimiento en pos de una Europa más integrada, con centro en una Italia próspera. Pero con esas expectativas sobrestiman considerablemente los beneficios del Brexit para el resto de la UE, a la vez que subestiman en gran medida los riesgos.

Para empezar, los exportadores italianos sufrirían el aumento de costos para el comercio con el Reino Unido (importante destino de las exportaciones de Italia), en momentos en que el país todavía se esfuerza por salir de su peor recesión desde la Segunda Guerra Mundial. La expectativa de la opinión pública de que ni el RU ni la UE se impondrán restricciones comerciales mutuas no parece convincente, dadas las tendencias proteccionistas que ayudaron al surgimiento del euroescepticismo británico y la posibilidad de que las autoridades europeas intenten disuadir a otros estados miembros de seguir el ejemplo del RU.

El Brexit también agitaría los mercados financieros, otro riesgo que muchos subestiman al afirmar que la turbulencia será efímera. Algunos economistas italianos, como Francesco Giavazzi de la Universidad Bocconi, incluso esperan beneficios sustanciales para el sector financiero, porque la ausencia de Londres como centro principal para las transacciones basadas en el euro mejoraría la situación de centros financieros continentales como Milán. Pero esta valoración se contradice con la experiencia del colapso financiero y de la economía real tras la quiebra de Lehman Brothers en 2008.

En la década anterior a 2008 y a la Gran Recesión que siguió, los sectores financieros de toda Europa se integraron estrechamente, en un proceso que trajo grandes beneficios para la City londinense. Si bien Londres ya tenía una importante ventaja comparativa como centro financiero mundial, la pertenencia de Gran Bretaña a la UE mejoró considerablemente su posición, al darle acceso seguro a la infraestructura financiera de la eurozona. Las instituciones financieras con sede en Londres ahora tienen acceso al sistema de pagos en euros, y la apertura de un programa de intercambio de divisas (swap) entre el Banco Central Europeo y el Banco de Inglaterra redujo todavía más el riesgo de crisis de liquidez.

Si Gran Bretaña abandona la UE, el riesgo de liquidez puede dispararse y crear dependencia del swap con el BCE, igual que después del derrumbe de Lehman la Reserva Federal de los Estados Unidos tuvo que sostener el mercado del dólar en Europa mediante líneas de intercambio de divisas con el BCE. Y el riesgo para el sector financiero británico sería aún mayor, porque los mercados de derivados (parte importante de las transacciones financieras en Londres) son extremadamente sensibles a problemas de liquidez, y porque el volumen de transacciones en euros en Londres es inmenso en comparación con el PIB británico.

Además, la pérdida de acceso del RU a la infraestructura financiera de la eurozona acentuaría la fragilidad de un mercado financiero caracterizado por semejante desequilibrio de divisas, lo que podría provocar un pánico entre los inversores. Por todo ello, una eventual salida del RU hace previsible un shock financiero importante.

Para Italia, cuyo sector bancario todavía no terminó de recuperarse de la última crisis financiera y sigue bajo el peso de un enorme volumen de préstamos en mora, semejante shock sería devastador. Súmese a eso unas tasas de desempleo juvenil superiores a 40%, con ingresos similares a los de hace 16 años (y menores a los niveles previos a 2000) y se verá que es improbable el surgimiento de la “Europa romana” que algunos imaginan.

Después de todo, ¿cuánto beneficio real traerá que se muden a Milán unas pocas cámaras de compensación, en un contexto de turbulencia financiera que aumenta el diferencial de tipo de interés para el crédito bancario y la deuda pública? ¿Beneficiarán esas pocas empresas más a los cientos de miles de jóvenes italianos (muchos de ellos talentosos, educados y trabajadores) que en los últimos tiempos se fueron en masa al RU en busca de trabajo, cuando se vean obligados a volver a Italia desempleados?

Todo esto nos lleva a un último riesgo final del Brexit: el fortalecimiento de los movimientos populistas, con su peligroso mensaje nacionalista. Es casi seguro que sus líderes, que hace mucho culpan a la UE por las dificultades económicas de Italia, tratarán de aprovechar las consecuencias del Brexit para poner a los ciudadanos contra Europa.

Claro que estarían mintiendo. El verdadero obstáculo a la estabilidad y la prosperidad de Italia es la presencia de poderosos grupos de intereses que hace tiempo se resisten a la implementación de reformas necesarias. En realidad, el país estaría peor fuera de la UE, que impone implícitamente algunos límites al poder de esos grupos. Pero si en su desesperación los ciudadanos italianos y de otros países sucumbieran a la tentación populista, todo el proyecto europeo estaría en riesgo.

De poco le serviría a Italia haber ganado algo de influencia en una UE en desintegración, incluso si en Milán hubiera unas pocas empresas de servicios financieros más que dieran empleo a unos pocos cientos más de profesionales bien pagos. Es hora de que los europeos empiecen a tomarse en serio las amenazas financieras, económicas y políticas que supone en realidad el Brexit. De lo contrario, puede que un día lean el testamento de un pariente que ya no está y se encuentren con las manos vacías y una herencia de deudas por pagar.

(Fabrizio Coricelli, Professor of Economics at the Paris School of Economics, was formerly an economist with the International Monetary Fund and the World Bank, and an economic adviser to the European Commission)

- Nietzsche y el referendo británico (Project Syndicate - **21/6/16**)

Cambridge.- Ataques terroristas. Tensiones por minorías religiosas y étnicas. Apoyo creciente a partidos políticos extremistas. Una brecha cada vez mayor entre Norte y Sur. Una poderosa Canciller alemana. Una Rusia agresiva que busca ampliar su influencia territorial. El Reino Unido enmarañado en guerras distantes, cuestionándose si se debería desvincular de la Europa continental. Un orden político joven, nacido de una serie de devastadoras guerras internacionales, en peligro de implosión.

Es larga la lista de problemas a los que se enfrenta hoy Europa, pero no le faltan precedentes. De hecho, en muchos aspectos la situación actual se parece notablemente a las que enfrentó la Alemania de Otto von Bismarck.

En esa época se temía que las minorías católicas del sur socavaran el recién fundado imperio germánico, cuyo propósito era generar estabilidad ante un partido socialista radical en ascenso, después de una serie de sangrientas guerras (la última, contra los franceses) y varios intentos de asesinato del Káiser. Alemania tenía al este una Rusia imperialista y, al oeste, una Francia sedienta de venganza. Mientras tanto, Gran Bretaña estaba entrampada en aventuras militares en Asia y Oriente Próximo.

Hoy, cuando Europa enfrenta complejas preguntas sobre su futuro, como las del próximo referendo del Reino Unido sobre su continuidad en la Unión Europea, tal vez sea útil la experiencia de la Alemania de fines del siglo diecinueve. De ser así, pocos guías mejores para esa experiencia (y la nuestra) que Friedrich Nietzsche, uno de los pensadores más perceptivos de su tiempo.

Nietzsche criticó implacablemente la política de “sangre y hierro” que usó Bismarck para unificar Alemania. La consideraba un ejemplo de la “moralidad de esclavos” contra la que arremete en su gran obra La genealogía de la moral: un enfoque “inferior” de lo moral, centrado simplemente en el alivio del sufrimiento.

Nietzsche sabía de lo que hablaba: había sido voluntario como oficial de caballería en la Guerra Franco-Prusiana. Aunque una mala caída le impidió combatir, cumplió funciones de asistencia médica que le permitieron tener una experiencia directa del trauma de la guerra. En su opinión, la Alemania militarista que emergió de aquella guerra había perdido contacto con su misión cultural original.

En Más allá del bien y el mal, Nietzsche fue más allá, explorando cómo sería un sistema político superior que se basara en la “moralidad de los amos” y trascendiera las nociones simplistas del “bien” y el “mal” para desarrollar valores desde una posición de nobleza y fuerza. Vislumbró una Europa unida y liderada por una élite cultural paneuropea que se centrara no en la grandeza, sino en el desarrollo de una nueva cultura europea.

Nietzsche argumentó que sólo a través de su unificación Europa continental podría tener una voz fuerte en los asuntos mundiales, lo que en ese tiempo significaba estar en igual pie con los imperios británico y ruso en su “gran juego” estratégico, cuyo premio sería el control de Afganistán y el norte de la India. La alternativa (la política de poder en la que Bismarck estaba enzarzado) era “mezquina”, ya que se fundaba en la fragmentación y la desintegración de Europa.

Nietzsche reflexionó mucho sobre cómo se podría hacer realidad su nueva visión de la política y especuló que una amenaza creciente de Rusia podría servir de aliciente para la unificación. También creía que Europa continental tendría que “llegar a un acuerdo” con Inglaterra, cuyas colonias eran importantes socios comerciales.

Puede que los detalles hayan cambiado, pero muchos de los temas centrales (como la amenaza que representa Rusia o los beneficios estratégicos de la integración europea) siguen siendo los mismos. En cuanto al Reino Unido, si bien ya no es un imperio, sigue teniendo una enorme importancia para la economía de Europa; de hecho, la logística del comercio tras su potencial abandono de la UE es un tema clave del debate en torno al referendo. Y aunque Nietzsche no podría haber predicho el nivel de integración entre el Reino Unido y la Europa continental, advirtió precisamente contra el tipo de fragmentación que el referendo británico amenaza acrecentar.

Buena parte del debate sobre el “Brexit” tiene poca relación con las ideas de Nietzsche, pero puesto que tan a menudo los argumentos políticos, económicos y sociales de ambos bandos vienen alimentados por el miedo, tal vez el debate se beneficiaría de una mayor profundidad filosófica. Teniendo en mente las ideas de Nietzsche, los votantes británicos podrían reconocer que la verdadera pregunta a la que deben responder el 23 de junio es si apoyar una política de poder mezquina y controvertida o la gran y noble política de la unificación.

(Hugo Drochon, who teaches politics at the University of Cambridge, is the author of Nietzsche’s Great Politics)

- El Brexit y el futuro de Europa (Project Syndicate - **25/6/16**)

Nueva York.- En mi opinión, Gran Bretaña tenía con la Unión Europea el mejor de los arreglos posibles; era miembro del mercado común sin pertenecer al euro y había conseguido otras exenciones a las reglas de la UE. Pero eso no bastó para evitar que el electorado británico votara por la salida del bloque. ¿Por qué?

La respuesta puede hallarse en las encuestas de opinión realizadas los meses previos al referendo por el “Brexit”. La crisis migratoria europea y el debate por el Brexit se reforzaron mutuamente. La campaña por el “Leave” (la salida de la UE) explotó el empeoramiento de la situación de los refugiados (simbolizado por atemorizadoras imágenes de miles de solicitantes de asilo concentrados en Calais y desesperados por entrar a Gran Bretaña a cualquier costo) para atizar el temor a la inmigración “descontrolada” desde otros países de la UE. Y las autoridades europeas demoraron decisiones importantes sobre la política de refugiados para no incidir negativamente en el referendo británico, lo que perpetuó escenas de caos como la de Calais.

La decisión de la canciller alemana Angela Merkel de abrir las puertas de su país a los refugiados fue un gesto inspirador, pero sin la suficiente reflexión, ya que no se tuvo en cuenta el factor de atracción. Una súbita afluencia de solicitantes de asilo trastornó la vida cotidiana de la gente en toda la UE.

Además, la falta de controles adecuados creó un pánico que afectó a todos: a la población local, a las autoridades a cargo de la seguridad pública y a los refugiados mismos. También facilitó el veloz ascenso de partidos xenófobos antieuropeos, como el Partido de la Independencia del RU, que lideró la campaña por el “Leave” mientras los gobiernos nacionales y las instituciones europeas parecían incapaces de manejar la crisis.

Ahora el escenario catastrófico que muchos temían se materializó, con lo que la desintegración de la UE es prácticamente irreversible. A la larga puede que la salida de la UE deje a Gran Bretaña relativamente mejor que otros países o no, pero en el corto a mediano plazo su economía y su pueblo van a sufrir considerablemente. Inmediatamente después de la votación, la libra se hundió a su nivel más bajo en más de tres décadas, y es probable que la conmoción financiera mundial se prolongue mientras se desarrolla el largo y complicado proceso de negociación del divorcio político y económico de la UE. Las consecuencias para la economía real serán comparables solo a la crisis financiera de 2007 y 2008.

Es seguro que ese proceso estará cargado de más incertidumbre y riesgo político, porque lo que estaba en juego nunca fue simplemente alguna ventaja real o imaginaria para Gran Bretaña, sino la supervivencia misma del proyecto europeo. El Brexit deja la vía libre a otras fuerzas antieuropeas dentro de la Unión. Apenas se había anunciado el resultado del referendo, y en Francia el Frente Nacional pidió un “Frexit”, mientras que el populista neerlandés Geert Wilders promovió un “Nexit”.

Además, es posible que el RU tampoco sobreviva. Es de esperar que Escocia, donde el voto por la permanencia en la UE obtuvo una mayoría abrumadora, haga otro intento de independizarse, y algunos funcionarios en Irlanda del Norte, cuyos votantes también respaldaron el “Remain”, ya pidieron la unificación con la República de Irlanda.

La respuesta de la UE al Brexit puede convertirse en otra trampa. Es posible que los líderes europeos, preocupados por disuadir a otros estados miembros de seguir el ejemplo británico, no estén dispuestos a ofrecer al RU condiciones (en particular, en relación con el acceso al mercado común europeo) que le hagan menos dolorosa la salida del bloque. Como la UE supone la mitad del intercambio comercial británico, el impacto en los exportadores puede ser devastador (aunque mejore la competitividad del tipo de cambio). Y con la reubicación de instituciones financieras y de su personal a ciudades de la eurozona en los próximos años, la City (y el mercado inmobiliario) de Londres acusarán el golpe.

Pero las derivaciones para Europa pueden ser mucho peores. Las tensiones entre los estados miembros alcanzaron un punto crítico, no solo en relación con los refugiados, sino también por las dificultades excepcionales entre los países deudores y acreedores dentro de la eurozona. Al mismo tiempo, los gobiernos de Francia y Alemania, debilitados, ahora están obligados a concentrar la atención en los problemas locales. En Italia, una caída bursátil del 10% tras el Brexit dejó en claro la vulnerabilidad del país a una crisis bancaria con todas las letras, algo que podría llevar al poder al populista Movimiento Cinco Estrellas (que acaba de obtener la alcaldía de Roma) tan pronto como el año entrante.

Nada de esto es buen presagio para un programa serio de reformas en la eurozona, que debería incluir una auténtica unión bancaria, una unión fiscal limitada y mecanismos de rendición de cuentas democrática mucho más sólidos. Y el tiempo no está del lado de Europa, conforme presiones externas de países como Turquía y Rusia (que están sacando provecho de la discordia) agravan la competencia política interna europea.

Esa es la situación actual. A toda Europa (Gran Bretaña incluida) la perjudica la pérdida del mercado común y de los valores comunes para cuya protección se creó la UE. Pero lo cierto es que la UE dejó de funcionar y de satisfacer las necesidades y aspiraciones de sus ciudadanos. Va camino de una desintegración caótica que dejará a Europa peor que si la UE nunca hubiera existido.

Pero no debemos abandonar. La UE es, hay que reconocerlo, una creación imperfecta. Después del Brexit, todos los que creemos en los valores y principios que ella encarna debemos agruparnos para salvarla reconstruyéndola por completo. Estoy convencido de que a medida que en las semanas y los meses siguientes se revelen las consecuencias del Brexit, cada vez más gente se nos unirá.

(George Soros is Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations. A pioneer of the hedge-fund industry, he is the author of many books, including The Alchemy of Finance, The New Paradigm for Financial Markets: The Credit Crisis of 2008 and What it Means, and The Tragedy…)

- Tragedia británica en un acto (Project Syndicate - **24/6/16**)

Oxford- Dicen que la noche del jueves fue trascendental para los que hicieron campaña por dejar la Unión Europea y volver la espalda de Gran Bretaña al siglo XXI. En eso, al menos, puedo estar de acuerdo. En palabras de Cicerón: “Trágico e infeliz fue aquel día”.

La decisión de abandonar la UE dominará la vida nacional británica durante la próxima década, o tal vez más. Se puede discutir acerca de la magnitud exacta de la conmoción económica (a corto y largo plazo), pero es difícil imaginar alguna circunstancia en la que el Reino Unido no se volverá más pobre e insignificante en el mundo. Muchos de los que fueron alentados a votar, presuntamente, por su “independencia” hallarán que en vez de ganar libertad perdieron el empleo.

¿Cómo pudo pasar?

En primer lugar, los referendos reducen la complejidad a una sencillez absurda. El vínculo entre cooperación internacional y soberanía compartida que supone la pertenencia de Gran Bretaña a la Unión Europea se tradujo a una serie de afirmaciones y promesas mendaces. Se le dijo al pueblo británico que abandonar la UE no traería ningún costo económico ni ninguna pérdida para aquellos sectores de la sociedad a los que la pertenencia a Europa benefició. Se prometió a los votantes un tratado comercial ventajoso con Europa (el mayor mercado de Gran Bretaña), menos inmigración y más dinero para el Servicio Nacional de Salud y otros valiosos bienes y servicios públicos. Sobre todo, se dijo que Gran Bretaña recuperaría la vitalidad creativa necesaria para tomar el mundo por asalto.

Uno de los horrores que nos esperan es la creciente decepción de los partidarios del Brexit conforme todas estas mentiras queden expuestas. Se les dijo a los votantes que “recuperarían su país”. No creo que les guste el país con el que se encontrarán.

Un segundo motivo del desastre es la fragmentación de los dos principales partidos políticos británicos. Por años, el antieuropeísmo erosionó la autoridad de los líderes del Partido Conservador. Además, toda noción de disciplina y lealtad partidaria se derrumbó hace años, conforme menguaba la cantidad de simpatizantes conservadores comprometidos. Aún peor es lo que sucedió en el Partido Laborista, cuyos simpatizantes tradicionales dieron impulso a la gran victoria del voto por la salida de la UE en muchas áreas de clase trabajadora.

Con el Brexit, hemos visto al populismo a lo Donald Trump llegar a Gran Bretaña. Es obvio que hay una difundida hostilidad, mezclada en una ola de resentimiento populista, hacia cualquiera al que se estime miembro del “establishment”. Exponentes de la campaña por el Brexit, como el secretario de justicia Michael Gove, desacreditaron la opinión de todos los expertos, por considerarlos miembros de una conspiración interesada de los que más tienen contra los que menos tienen. Tanto si era la opinión del director del Banco de Inglaterra, del arzobispo de Canterbury o del presidente de los Estados Unidos, sus consejos no valieron nada. A todos se los pintó como representantes de otro mundo, sin relación con las vidas del pueblo británico ordinario.

Eso apunta a un tercer motivo del voto pro-Brexit: la creciente inequidad social contribuyó a una revuelta contra una presunta élite metropolitana. La vieja Inglaterra industrial, en ciudades como Sunderland y Manchester, votó contra una privilegiada Londres. A esos votantes se les dijo que la globalización solo beneficia a los que están arriba (cómodos trabajando con el resto del mundo), a costas de todos los demás.

Además de estas razones, por años casi nadie defendió vigorosamente la pertenencia de Gran Bretaña a la UE. Esto creó un vacío que permitió ocultar los beneficios de la cooperación europea tras un manto de espejismos y engaños, y alentar la idea de que los británicos se habían vuelto esclavos de Bruselas. A los votantes pro-Brexit se los imbuyó de un concepto de soberanía ridículo, que los llevó a anteponer una pantomima de independencia al interés nacional.

Pero ahora no sirve de nada lamentarse y rasgarse las vestiduras. En estas circunstancias difíciles, las partes involucradas deben tratar de asegurar honrosamente lo mejor para el RU. Solo nos queda esperar que los partidarios del Brexit tengan al menos la mitad de razón, por difícil que sea imaginarlo. En cualquier caso, las cartas están dadas y hay que hacer lo mejor que se pueda con ellas.

Pero nos salen a la mente tres desafíos inmediatos.

En primer lugar, ahora que David Cameron dejó en claro que renunciará, el ala derecha del Partido Conservador y algunos de sus miembros más acérrimos dominarán el nuevo gobierno. Cameron no tenía elección: no podía de ningún modo ir a Bruselas como representante de unos colegas que lo traicionaron, para negociar algo en lo que no cree. Si su sucesor es un líder del Brexit, a Gran Bretaña le espera ser gobernada por alguien que se pasó las últimas diez semanas esparciendo mentiras.

En segundo lugar, los lazos que mantienen unido al RU (en particular a Escocia e Irlanda del Norte, ambos lugares donde ganó el voto a favor de la permanencia) comenzarán a sufrir grandes tensiones. Espero que la revuelta pro‑Brexit no conduzca inevitablemente a un referendo por la ruptura del RU, pero sin duda ahora es una posibilidad.

En tercer lugar, Gran Bretaña tendrá que empezar a negociar su salida muy pronto. Es difícil imaginar que pueda terminar en una relación con la UE mejor que la que tiene hoy. A todos los británicos les aguarda la difícil tarea de convencer a sus amigos en todo el mundo de que no abandonaron también la sensatez.

La campaña del referendo revivió la política nacionalista, que en definitiva siempre gira en torno de la raza, la inmigración y las conspiraciones. Todos los que estamos en el campo proeuropeo tenemos por delante la tarea de tratar de contener las fuerzas que el Brexit liberó y afirmar la clase de valores que en el pasado nos ganaron tantos amigos y admiradores en todo el mundo.

Esto comenzó en los años cuarenta, con Winston Churchill y su visión de Europa. Para describir el modo en que terminará, nada mejor que uno de los aforismos más famosos de Churchill: “El problema con el suicidio político es que uno queda vivo para lamentarlo”.

En realidad, muchos votantes pro‑Brexit tal vez no vivan lo suficiente para lamentarlo. Pero es casi seguro que lo lamentarán los jóvenes británicos que en abrumadora mayoría votaron por seguir siendo parte de Europa.

(Chris Patten, the last British governor of Hong Kong and a former EU commissioner for external affairs, is Chancellor of the University of Oxford)

- El fracaso democrático de Gran Bretaña (Project Syndicate - **24/6/16**)

Cambridge.- Lo lunático de la votación sobre la salida del Reino Unido de la Unión Europea no es el hecho que los líderes británicos se atrevieran a pedir a su población que sopese los beneficios de la adhesión del país a la Unión Europea frente a las presiones migratorias que dicha adhesión conlleva. Por el contrario, la verdadera locura fue colocar la valla de medición de los resultados de dicha votación en una posición absurdamente baja, misma que requería solamente una mayoría simple. Dado que la participación electoral fue del 70%, se puede decir que la campaña por dejar la UE ganó el referéndum con sólo el respaldo del 36% de los electores habilitados para votar.

**Esto no es democracia; esto es un juego de ruleta rusa para las repúblicas**. Una decisión que conlleva enormes consecuencias -mucho mayores incluso que modificar la constitución de un país (por supuesto, el Reino Unido carece de una constitución escrita). se ha llevado a cabo sin aplicar ningún sistema de controles y equilibrios de pesos y contrapesos.

**¿Se debe repetir la votación después de un año para estar seguros? No. ¿Tiene que contar la brexit con el respaldo de una mayoría en el Parlamento? Aparentemente no. ¿Sabía realmente la población del Reino Unido sobre qué ellos estaban emitiendo su voto? Absolutamente no**. De hecho, nadie tiene idea cuáles serán las consecuencias para el Reino Unido tanto interna como externamente; es decir, cuál será el efecto para el Reino Unido en el sistema de comercio mundial, y cuál será el efecto sobre su estabilidad política interna. Me temo que todo esto no pintará un escenario muy bonito.

Eso sí, los ciudadanos de Occidente cuentan con la bendición de vivir en tiempos de paz: se puede abordar la evolución de las circunstancias y prioridades mediante procesos democráticos en lugar de hacerlo a través de guerras exteriores y guerras civiles. Sin embargo, ¿cómo se define, exactamente, un proceso justo y democrático para tomar decisiones irreversibles que definen lo que es una nación? ¿Es realmente suficiente obtener el 52% de los votos a favor de una ruptura en un día lluvioso?

En términos de durabilidad y convicción de las preferencias, la mayoría de las sociedades plantean mayores obstáculos en el camino que tiene que recorrer una pareja de esposos que busca un divorcio en comparación con lo que planteó el gobierno del primer ministro David Cameron para tomar la decisión de salir de la UE. Los que apoyan a la brexit no inventaron este juego ni sus reglas; se tiene amplios precedentes, incluyendo el referéndum en Escocia el año 2014 y el referéndum de Quebec del 1995. Sin embargo, hasta ahora, el cilindro de la pistola nunca se detuvo en la bala. Ahora que la bala sí se disparó, es momento de replantear las reglas del juego.

**La idea de que de alguna manera cualquier decisión tomada en cualquier momento según la regla de la mayoría es necesariamente una decisión “democrática” es una perversión del término. Las democracias modernas cuentan con sistemas avanzados de controles y equilibrios de pesos y contrapesos para proteger los intereses de las minorías y para evitar que se tomen decisiones desinformadas con consecuencias catastróficas. Cuanto más grande y más duradera sea una decisión, más altas serán las vallas a superar para tomarla.**

Es por esta razón, por ejemplo, que la promulgación de una enmienda constitucional típicamente requiere que se superen vallas muchísimo más altas en comparación con las que se deben superar para aprobar una ley de gastos. Sin embargo, la actual norma internacional para la salida de un país de una unión de países es, sin duda, menos exigente que la que se aplica a una votación para disminuir la edad para beber bebidas alcohólicas.

Ya que Europa se enfrenta ahora al riesgo de que se presente una gran cantidad de nuevas votaciones para salidas de países de la Unión Europea, una pregunta urgente es si existe una mejor manera de tomar estas decisiones. Sondeé la opinión de varios científicos políticos líderes para ver si existe algún consenso académico; lamentablemente, la respuesta corta a dicha pregunta es no.

Por un lado, la decisión brexit puede haber parecido simple en la papeleta de votación, pero en verdad nadie sabe lo que viene a continuación después de una votación a favor de una salida. Lo que sí sabemos es que, en la práctica, la mayoría de los países requieren de un “súper mayoría” para tomar decisiones que definen a una nación, no un mero 51%. No existe una cifra universal, como por ejemplo el 60%, pero el principio general es que, mínimamente, la mayoría debe ser estable de manera demostrable. Un país no debería hacer cambios fundamentales e irreversibles sobre la base de una minoría muy estrecha que podría prevalecer sólo durante un breve período de un estado emocional pasajero. Incluso si la economía del Reino Unido no cae en una recesión plena después de esta votación (la caída del precio de la libra podría amortiguar el golpe inicial), existen muchas posibilidades de que el desorden económico y político causará que algunos que votaron a favor de la salida sientan lo que se denomina como “el remordimiento después de la compra”.

Desde la antigüedad, los filósofos han tratado de idear sistemas para tratar de equilibrar las fuerzas de la regla de la mayoría con la necesidad de garantizar que los participantes informados obtengan una mayor voz en las decisiones críticas, por no hablar de que se escuchen las voces de la minoría. En las asambleas espartanas de la antigua Grecia, los votos se emitían por aclamación. Las personas podían modular su voz para reflejar la intensidad de sus preferencias, y el funcionario que presidía dicha evento tenía que escuchar cuidadosamente y luego declarar cuál era el resultado. Esta fue una forma imperfecta, pero quizás fue una mejor forma de la que acaba de acontecer en el Reino Unido.

Según algunas versiones, el Estado hermano de Esparta, Atenas, había puesto en práctica el ejemplo histórico más puro de lo que era una democracia. Se otorgó a todas las clases sociales un número igual de votos (aunque, cabe mencionar, que solamente votaban los hombres). En última instancia, sin embargo, después de algunas decisiones catastróficas sobre guerras, los atenienses vieron la necesidad de dar más poder a organismos independientes.

¿Qué debería haber hecho el Reino Unido si tenía que formular la pregunta sobre su adhesión a la UE (pregunta que, dicho sea de paso, no se formuló)? Sin duda, la valla debería haber sido colocada en una posición mucho más alta; es decir, la brexit debería haber exigido, por ejemplo, que se ganen dos votaciones populares espaciadas a lo largo de al menos dos años, tras las cuales se debía obtener una votación de 60% de votos a favor en la Cámara de los Comunes. Si la brexit aún prevalecía, al menos hubiéramos sabido que no fue sólo una foto instantánea tomada en una sola oportunidad de lo que quería un fragmento de la población.

La votación del Reino Unido ha lanzado a Europa a una situación de caos. Mucho dependerá de cómo reaccione el mundo y de cómo maneje el gobierno del Reino Unido su propia reconstitución. Es importante hacer un balance no sólo de los resultados, sino que también del proceso. Cualquier acción para redefinir un acuerdo de larga data sobre las fronteras de un país debería requerir mucho más que una mayoría simple en un referéndum que se celebra en una única oportunidad. La norma internacional vigente en la actualidad de la regla de la mayoría simple es, como acabamos todos de ver, una fórmula para el caos.

(Kenneth Rogoff, Professor of Economics and Public Policy at Harvard University and recipient of the 2011 Deutsche Bank Prize in Financial Economics, was the chief economist of the International Monetary Fund from 2001 to 2003. His most recent book, co-authored with Carmen M. Reinhart, is This Time is…)

- Has Brexit Undermined the West? (Project Syndicate - **24/6/16**)

Few saw Britain’s stunning rejection of the EU coming until it was staring them in the face. And now that the unthinkable has happened, similar upheavals are becoming all too thinkable elsewhere, with political, economic, and security implications that go far beyond the UK.

London.- Political earthquakes don’t get much bigger than this. The United Kingdom’s shocking vote to leave the European Union threatens to break up Britain, further unravel the EU, and destabilize the West. It creates a gaping crack in the liberal international order painstakingly built by American and European leaders since World War II. Worse, it does so at a time when that structure faces severe threats from Vladimir Putin’s Russia and violent extremist groups like the Islamic State.

Moreover, the “Brexit” vote could presage a broader nationalist, anti-establishment, anti-immigration backlash in many of the world’s democracies. Arriving in Britain on June 24, Donald Trump, the presumptive Republican nominee in November’s US presidential election, was quick to exult that Britons “took their country back”.

But back to what? Quoting Winston Churchill, Chris Patten, Chancellor of Oxford University, says that “the trouble with committing political suicide is that you live to regret it”. The question now is whether the UK’s apparent death wish also drags down the EU, NATO, and the global economy.

Project Syndicate’s commentators bring to the issue a global perspective that was notably lacking in Britain’s insular debate about its relationship with “Europe”. They examine not only the fallout from “Brexit”, but also how the UK arrived at this point and what the decision to leave will mean for Europe’s future and that of the West.

Democracy Deranged

The UK’s “Remain” campaign, based on reason and economic interests, had a big weakness. As Patten says, “a referendum reduces complexity to absurd simplicity. The tangle of international cooperation and shared sovereignty represented by our membership of the EU was morphed into a series of mendacious claims and promises”.

But perhaps the “real lunacy of the Brexit vote”, says Harvard professor and former IMF chief economist Kenneth Rogoff, “is not that British leaders dared to ask their populace to weigh the benefits of the European Union against the immigration pressures it presents. Rather, it was the absurdly low bar for exit, requiring only a simple majority”. With 72% voter turnout, Leave won with only 37.5% of the electorate. “This isn’t democracy”, says Rogoff, “it is Russian roulette”. Indeed, “most societies place greater hurdles on a couple wanting to get divorced than Prime Minister David Cameron did on the decision to divorce the EU”.

Now Europe’s leaders must confront the fact that the Brexit vote, according to Mark Leonard, director of the European Council on Foreign Relations, “might be the initial tremor that triggers a tsunami of referenda in Europe in the coming years”. Princeton University economic historian Harold James agrees, suggesting that Brexit may presage a “revolt so significant that it will shake and may destroy the European Union”.

According to Leonard, “Across Europe, there are 47 insurgent parties turning politics on its head,” and “their success” -they are in government coalitions in one-third of the EU member states- “has driven mainstream parties to adopt some of their positions”. From Poland’s Law and Justice party and Hungary’s ruling Fidesz party, to the National Front in France and the Danish People’s Party, populist insurgencies “replacing traditional left-right battles with clashes pitting their own angry nativism against the cosmopolitanism of the elites they disdain”.

Globalization is one key reason why populists have gained ground. After all, says Sławomir Sierakowski, Director of the Institute for Advanced Study in Warsaw, despite a globalized economy, “politics is still a national process”. And when so many have become convinced “that democracy -the people’s will- has been undermined” by this disconnect, “influence becomes the sole domain of the populists, because only they can effect change - and only through destruction. This is why populists seem credible even when they lie”.

Cameron, as elite as Western politicians come, has now resigned, his legacy forever tarnished by his decision to appease Conservative Euroskeptics by holding the referendum. As Leonard puts it, also channeling Churchill, Cameron “was given a choice between his party and his country, chose his party, and ended up losing both”. And in the wake of his failed partisan maneuver, he succeeded only in “making the EU ungovernable”.

That, according to Javier Solana, a former EU high representative for foreign and security policy, is bound to “weaken the security, foreign policy, and international standing of both parties”. For example, Richard Haass, the president of the Council on Foreign Relations, is not alone in worrying that Brexit could undermine the peace agreement in Northern Ireland. Britain is the EU’s second-largest economy and -with France- a significant global military power. Take away Britain and, Ian Buruma observes, the EU will be “a Franco-German enterprise, with Germany very much the dominant partner, and all the smaller member states squeezed between the two”.

Haass agrees: “Such a preponderance of power cannot be healthy in the long run, as it will fuel resentment of Germany and likely leave the EU less willing and able to act together on the world scene”. And Germans see another problem. As Clemens Fuest, president of the Ifo Institute, argues, Brexit will make it harder for his country to oppose protectionism.

Little England, Wounded UK

So how did Britain come to this point? Carl Bildt, a former prime minister and foreign minister of Sweden, reminds us that British membership of the EU had bipartisan support for decades.

Margaret Thatcher, it is often forgotten, “signed the Single European Act, which created the single market - one of the most important steps in European integration, and one that owed much to British inspiration”. But these and other “remarkable achievements” in shaping the EU were “mostly a well-guarded secret back home”, where “a certain nostalgia about the past” set in, “constantly reinforced by a vitriolic anti-European -and, in particular, anti-German- campaign spearheaded by some of the country’s leading media”.

Now that the Euroskeptics have won, Britain’s bitter divisions seem unbridgeable. While older, less educated, suburban and rural English and Welsh voters supported Brexit, young, better educated, and urban voters backed remaining in the EU. Scotland, which voted 62% to remain, now looks set for a second referendum on independence. How long before London, where three in five voters backed Remain, seeks independence as a globalized city-state? In Northern Ireland, Sinn Fein, the leading Catholic party, has called for a referendum on a united Ireland. Spain is seeking joint sovereignty over Gibraltar.

Moreover, the UK’s political direction is unclear. Ostensibly pro-market, pro-globalization “Brexiteer” Conservatives won the referendum on the back of a nationalist, populist campaign. They will surely deliver tougher immigration controls, an issue on which Conservative and Labour voters who backed Leave are united. But how can they square their support for free trade and deregulation with their vow to working-class voters to do more to protect jobs and public services? Inevitably, angry anti-establishment voters will revolt when pro-Brexit leaders fail to deliver what they promised.

Certainly, Cameron’s successor will need to try to clean up the mess that the Brexit referendum has wrought. Boris Johnson, the former mayor of London and a leading Brexiteer, is the favorite for the job, but may not get it. Many of those who backed the Remain campaign consider him a traitor, and many Leavers deem him a dishonest opportunist.

Regardless of who succeeds Cameron, the exit process “will dominate the next decade in Britain and maybe longer”, says Patten. And that process will certainly leave the UK “poorer and less significant in the world”. Many who supported Brexit “will find that far from gaining freedom, they have lost their job”.

The economic aftershocks for the UK will indeed be profound. Alongside the pound’s plunge to its lowest level since 1985, share prices have collapsed in Britain and around Europe. As investors scramble for (relative) safety, yields on US Treasury bonds and German Bunds have fallen to new lows. While central bankers have pledged to provide emergency liquidity to banks if necessary, they cannot fully insulate economies from the real shock of rupture.

Patten is surely right that years of crippling uncertainty about trading relationships and domestic regulations lie ahead. As investment and employment decisions are postponed or canceled, the economic downturn will damage public finances, necessitating tax increases and spending cuts at some point. George Soros believes that

European leaders, eager to deter other member states from following suit, may be in no mood to offer the UK terms -particularly concerning access to Europe’s single market- that would soften the pain of leaving. With the EU accounting for half of British trade turnover, the impact on exporters could be devastating (despite a more competitive exchange rate). And, with financial institutions relocating their operations and staff to eurozone hubs in the coming years the City of London (and London’s housing market) will not be spared the pain.

Yet these risks failed to resonate with British voters. According to Columbia’s Jeffrey Sachs, Leave voters discounted them largely as a result of “implicit class warfare”. Simply put, whatever their concerns about immigration, “the working class voting for Brexit reasoned that most or all of the income losses would in any event be borne by the rich, and especially the despised bankers of the City of London”.

Ana Palacio, a former Spanish foreign minister, sees a different problem: “Many advocates of withdrawal cherry-pick policies and regulations”, she says. They wanted “Britons to believe not only that the City of London would remain Europe’s top financial center, but also that the UK would retain access to the EU’s single market, even without free movement of labor”. This is “pure fantasy”. And now Britain must live with the consequences of its delusions.

Coming Apart

Cameron has left to his successor the decision to trigger the formal Article 50 procedure to leave the EU. Ideally, Britain and the EU would agree on some form of associate membership that preserved as much economic and political cooperation as possible. But politics militates against that. Britain is likely to be increasingly chauvinistic, while EU governments have every incentive to be tough - both to deter others from following the UK out the door and to gain a competitive economic advantage. Indeed, leading Swedish economist Anders Åslund says that “the EU should set an ultimatum with clear and onerous principles for the UK’s exit”.

European federalists dream that Brexit could trigger a new drive for EU integration; but there is little appetite for that. “Tensions among member states”, Soros reminds us, “have reached a breaking point, not only over refugees, but also as a result of exceptional strains between creditor and debtor countries within the Eurozone”. Germany and France, their weak leaders facing re-election next year, are at loggerheads. A recent poll found support for the EU even lower in France than in Britain. As Soros rightly concludes, “None of this bodes well for a serious program of EU reform”.

Quite the contrary: with the EU looking feeble, fragile, and fractious, Brexit is likely to fracture it further. Far-right, anti-EU parties will now have the wind in their sails. Marine Le Pen, the leader of France’s National Front, wants a referendum on “Frexit”. Geert Wilders of the Netherlands’ Party for Freedom wants a vote on “Nexit”.

Along with the risk of further exits is another threat: while the EU may survive on paper, countries may increasingly go their separate ways. Witness how the European Commission has rubber-stamped the reimposition of national border controls in the supposedly border-free Schengen Area. What would it do if a nationalist government unilaterally imposed controls on EU migrants, or indeed on trade?

The Fear Factor

The UK’s Remain campaign, placed in the unenviable position of defending an EU that often appears dysfunctional, emphasized the risks of a leap into the unknown - an approach that prompted Brexit advocates like Johnson to deride what they called “Project Fear”. Yet the Brexit camp’s campaign only reliable weapon turned out to be fear: conflating terrorism and immigration with EU membership in an effort to tempt voters to pull up the drawbridge.

Of course, this is not a uniquely British strategy: Danish voters -swayed by fears about refugees and terrorism- rejected proposals for closer cross-border policing cooperation with the EU in a referendum held a month after last November’s attacks in Paris. But Brexit advocates took the argument a step further. They claimed that leaving the EU would not endanger Britain’s security, because NATO, not the EU, ensures its defense.

But Jacek Rostowski, a former Polish deputy prime minister, points out that security and defense are not the same thing. “True security entails the expectation that a country will not have to call upon the defense alliances to which it belongs - and that is what membership in the EU, as it stands today, provides”.

In fact, Brexit poses a direct threat to NATO. Rostowski points out that a “flight to nationalism” across Europe would mean empowering forces that have become a fifth column of Vladimir Putin’s Kremlin. For example, the position adopted by France’s far-right National Front on Russia’s aggression in Ukraine suggests that, if Le Pen were elected President in 2017, “she would block any form of resistance to…Putin’s adventurism, which is threatening NATO’s eastern flank”.

Harvard’s Joseph Nye argues that the geopolitical consequences of Brexit are immense. “Faced with a rising China, a declining but risk-inclined Russia, and the prospect of prolonged turmoil in the Middle East, close transatlantic cooperation will be crucial to maintaining a liberal international order over the long term”, he writes. “Brexit, by weakening both Europe and Britain” makes “a disorderly international system more likely”.

Anglos Are Us?

Brexit campaigners dismissed such concerns, often arguing that, outside the EU, Britain could nurture closer relations with the rest of the world, starting with the United States and the other “English-speaking peoples.” But the US spurns this idea. Rostowski suggests that “by thumbing its nose at so fundamental an American interest” as European security, Britain will “undermine what remains of the bilateral “special relationship””. Haass seconds the point: “One reason why the US values its ties to the UK as much as it does is the UK’s role in Europe”.

Brexit campaigners nonetheless spoke dreamily of Britain playing a bigger role in an “Anglosphere,” which also includes Australia, Canada, and New Zealand. But Gareth Evans, a former Australian foreign minister, pours cold water on that idea. Simply put, none of the countries that would be members of such a club has an interest in joining. Geography, not history, dictates strategy. Britain and Canada are of no value to the US in facing up to China, while Australia and New Zealand are of no use in facing up to Russia. This is why the Commonwealth -born of the long-defunct British Empire- is a talking shop to which the US devotes little attention.

So, too, with economic relations. Trade with Britain is no longer all that important to Australia, and the US is focused on mega-regional trade deals, such as the Trans-Pacific Partnership (TPP) and the Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) with the EU. Thus, as Evans rightly concludes, “If Britain steps away from Europe, thinking it can compensate by creating an influential new international grouping of its own, it will find itself very lonely indeed”.

The Path of True Reform

But it may not be lonely by itself. Given the threat of more Brexit-style referendums to come, EU leaders recognize that the Union’s very existence is in question. According to French political strategist Dominique Moisi, they “must urgently undertake a massive self-assessment, both literally and metaphorically. They need to figure out what they have done - or not done- to lose the trust of their citizens and devise a plan, at the national and EU levels, to regain that trust”.

That plan should include an effort to remind EU citizens of what the European project has achieved - and thus what is at stake in the threat that Brexit poses to its integrity. As Bildt, who was Prime Minister when Sweden joined the EU in 1995, pointed out earlier this year, “In the 1970s and 1980s, the magnetic promise of integration helped stabilize democracy in Greece, Spain, and Portugal”. After the collapse of communism, “the promise of EU accession eased, encouraged, and to some extent guided the transition” in Central and Eastern Europe in the 1990s. Likewise, the “soft power of an integrated Europe inspired democratic reform for decades in Turkey” and has had the same effect in Ukraine in recent years.

Yet Europe’s leaders must also understand why remembering wasn’t enough for the British – and why it isn’t enough for many others. “Crucially”, argues Moisi, “such an assessment must precede a push for greater integration. If the EU launches a panicked effort to lurch forward, it will prove its lack of understanding of what is really happening”.

For Joschka Fischer, Germany’s former foreign minister, the Brexit debate reflected a simple reality: “The UK wants a different kind of Europe than the one that the EU currently represents. Its preference is a Europe that essentially consists solely of a common market”.

But Euroskeptics on the left had a different reason for supporting Brexit. They believe that withdrawal from the Union will enable their countries to escape the EU’s “neoliberal” constraints, such as limits on state ownership and subsidies. Former Greek finance minister Yanis Varoufakis, an icon of the Western left, isn’t buying it: “The good society is to be won by entering the prevailing institutions in order to overcome their regressive function”, he argues, not by “inviting European progressives to join neo-fascists”.

So what should be done in the wake of the Brexit vote? Laura Tyson, President Bill Clinton’s chief economic adviser, says that Brexit “strengthens the case for more stimulus and unconventional measures in Europe” in order to boost growth and employment, the best antidotes to populism. Nobel laureate economist Michael Spence hopes that Brexit will “bring about a major rethink of European governance structures and institutional arrangements” of the type that Moisi advocates. But, “to restore a sense of control and responsibility to the electorates”, according to Spence, “would require inspired leadership from all corners of Europe - including government, business, organized labor, and civil society, as well as a renewed commitment to integrity, inclusiveness, responsibility, and generosity”.

Anatole Kaletsky, Co-Chairman of Gavekal Dragonomics, is not optimistic. If Brexit could win “in a country as stable and politically phlegmatic as Britain”, he argues, “financial markets and businesses around the world will be shaken out of their complacency about populist insurgencies in the rest of Europe and the US”. That has already started, and, as he correctly emphasizes, “heightened market concerns will, in turn, change economic reality”. In the worst case, “financial markets will amplify economic anxiety, breeding more anti-establishment anger and fueling still-higher expectations of political revolt”.

Soros recognizes the same risk, singling out Italy as especially susceptible “to a full-blown banking crisis - which could well bring the populist Five Star Movement, which has just won the mayoralty in Rome, to power as early as next year”. The EU cannot simply try to muddle through, as it has done in the past. “But we must not give up”, Soros says. “After Brexit, all of us who believe in the values and principles that the EU was designed to uphold must band together to save it by thoroughly reconstructing it”. Sometimes the battles we think we’ll lose are those that most need to be fought.

(Philippe Legrain reviews what Carl Bildt, Ken Rogoff, George Soros, and others regard as the causes and effects of Europe’s biggest political earthquake in a generation)

- Lo que debe hacer la UE, ahora (Project Syndicate - **26/6/16**)

Washington, DC.- La votación brexit del Reino Unido es, sin duda, el mayor desastre que ha golpeado a la Unión Europea. Ahora, la UE debe actuar con rapidez si desea sobrevivir - además, sin relegar la tarea de dar fin al caos posterior al referéndum que se suscitó en los mercados.

David Cameron, el primer ministro británico, después de haber perdido el referéndum, hizo lo obvio al presentar su renuncia. Sin embargo, el otro perdedor es la Comisión Europea, cuyo presidente, Jean-Claude Juncker, hizo poco por cambiar el resultado de la votación brexit. Este puesto no había sido ocupado por un líder que tuviese algo de visión o influencia política desde que fue ocupado por Jacques Delors, presidente de la Comisión durante el período de los años 1985 al 1995. Juncker, al igual que Cameron, debe aceptar la responsabilidad que tiene y renunciar. La UE nuevamente necesita un líder fuerte. Hay muchos buenos candidatos, pero personalmente recomiendo al ex primer ministro de Suecia Carl Bildt.

Antes de que se asiente el polvo levantado de manera posterior al referéndum, la UE debería establecer un ultimátum con principios claros y onerosos para la salida del Reino Unido - deberán ser principios claros para minimizar el costo, y severos para disuadir a los populistas en otros Estados miembros que desean convocar, también, a referéndums de salida. Con sensatez, los líderes de la Comisión Europea ya han avanzado en esta dirección anulando las concesiones hechas por la UE en favor del Reino Unido en el mes de febrero y declarando que no “habrá una renegociación”.

El Consejo Europeo, por su parte, ya ha solicitado una cumbre inmediata. Después de fracasar durante seis años en lo que se refiere a resolver la crisis financiera griega, la UE finalmente parece entender que su supervivencia depende de una acción rápida y decidida.

Sin embargo, la UE debe ir más allá de sólo realizar el control de daños causados por el brexit. Durante las últimas cuatro décadas, el problema fundamental de Europa ha sido que este continente ha mostrado complacencia frente al bajo crecimiento económico, mismo que ha sido causado por regulaciones e impuestos excesivos. Europa no puede permitirse esa paralización. Tiene que empezar, ahora, a llevar a cabo reformas fundamentales: cortar los beneficios sociales injustificados; liberalizar los servicios, los mercados laborales y los mercados digitales; reducir los impuestos laborales; desregular la industria; mejorar la educación; y, promover la investigación y el desarrollo.

Las normas actuales de la UE son claras al estipular las responsabilidades de las instituciones de la UE y de los gobiernos nacionales, respectivamente. El problema es que la mayoría de los gobiernos europeos (especialmente los gobiernos conservadores británicos) tienden a usar a la UE como chivo expiatorio para ocultar su propia miopía política. No es de extrañar que la UE se haya tornado tan impopular. Teniendo en cuenta que ya recibe la culpa, ahora la Comisión Europea debe conceder el poder para actuar políticamente. La UE tiene razones sólidas que plantear a su favor, pero necesita líderes honestos que transmitan su mensaje a las personas.

Los populistas europeos apuntan al mal manejo de los temas migratorios para justificar su planteamiento. Así que, para empezar, la UE debe establecer una política migratoria ordenada con cuotas y criterios, tal como Australia y Canadá lo hicieron de manera exitosa, y debe imponer un control adecuado sobre sus fronteras exteriores. La agencia de control de fronteras de la UE, Frontex, necesita un mandato más fuerte y más recursos para cumplir este papel crucial.

Avanzando aún más, la UE debería instituir una política exterior y de defensa conjunta para abordar las causas subyacentes de la crisis migratoria - concretamente, los conflictos en Libia y Siria. Durante un cuarto de siglo, Europa se ha beneficiado de la paz posterior a la Guerra Fría y de manera irresponsable ha permitido que el gasto promedio de defensa de los Estados miembros se deslice a un magro 1,4% del PIB. Se debe aumentar este gasto a por lo menos el 2% del PIB, nivel al que cada miembro de la OTAN se ha prometido. Hoy en día, sólo cinco países de la UE tienen gastos de defensa en ese nivel.

De manera justificada, el presidente estadounidense Barack Obama ha llamado a los europeos “viajeros colados”. El candidato presidencial republicano Donald Trump, yendo mucho más allá, cuestiona abiertamente a la OTAN y los gastos militares estadounidenses en el extranjero. En un futuro próximo, Europa ya no podrá confiar en EEUU para que la defienda y debe prepararse para un escenario en el que se vea obligada a valerse por sí misma.

El principio de la democracia representativa se encuentra en el corazón de la identidad europea; irónicamente, solamente Suiza, que no es miembro de la UE, tiene un historial sólido de referéndums. Una de las consecuencias positivas de la escuálida campaña brexit es que demostró que los referéndums y plebiscitos son demagógicos, no son verdaderamente democráticos. Los miembros de la UE deben reconocer los riesgos de la llamada democracia directa y endurecer los criterios para la aprobación de referéndums. Como mínimo, se debe requerir que los referéndums logren una súper mayoría con un alto porcentaje de participación de votantes.

Lo mejor que se puede decir sobre brexit es que finalmente puede haber puesto fin a la complacencia europea. Vamos a saber con seguridad si Europa opta por salvarse a sí misma, y cuándo decide hacerlo.

(Anders Åslund is a senior fellow at the Atlantic Council in Washington, DC, and the author, most recently, of Ukraine: What Went Wrong and How to Fix It)

- El significado del Brexit (Project Syndicate - **25/6/16**)

Nueva York.- La votación a favor del Brexit fue una triple protesta: contra la oleada migratoria, contra los banqueros de la City londinense y contra las instituciones de la Unión Europea, en ese orden. Y tendrá importantes consecuencias. La campaña de Donald Trump por la presidencia de los Estados Unidos recibirá un enorme impulso, lo mismo que otros políticos populistas anti‑inmigrantes. Además, la salida de la UE dañará la economía británica, y puede ser que empuje a Escocia a abandonar el Reino Unido (y ni hablar de las ramificaciones del Brexit para el futuro de la integración europea).

De modo que el Brexit es un punto de inflexión que señala la necesidad de una nueva clase de globalización muy superior al statu quo rechazado en las urnas británicas.

El Brexit refleja en esencia un fenómeno muy difundido en los países de altos ingresos: el creciente apoyo a partidos populistas que promueven restricciones a la inmigración. Alrededor de la mitad de la población de Europa y Estados Unidos, generalmente votantes de clase trabajadora, cree que la inmigración está descontrolada y que plantea una amenaza al orden público y las normas culturales.

En medio de la campaña por el Brexit, en mayo, se conoció que en 2015 la inmigración neta al RU había sido de 333.000 personas, más del triple de la meta de 100.000 previamente anunciada por el gobierno. La noticia se sumó a la crisis de refugiados sirios, a los atentados terroristas cometidos por emigrantes sirios y jóvenes de ascendencia extranjera desvinculados de su país, y a las muy publicitadas historias de agresiones sexuales a mujeres y niñas por parte de emigrantes en Alemania y otros lugares.

En EEUU, los simpatizantes de Trump también hacen campaña contra los 11 millones de inmigrantes indocumentados que, se calcula, viven en el país, en su mayoría hispanos que llevan vidas pacíficas y productivas, pero no cuentan con visas o permisos de trabajo adecuados. Para muchos simpatizantes de Trump, el quid del reciente ataque en Orlando se reduce a que el perpetrador era hijo de inmigrantes musulmanes afganos y actuó en nombre del sentimiento antiestadounidense (aunque desatar una masacre con armas automáticas sea por desgracia tan típicamente estadounidense).

Las advertencias en el sentido de que el Brexit reduciría los niveles de ingresos fueron totalmente desestimadas en la errónea creencia de que eran meras amenazas, o superadas por un interés en el control de fronteras. Pero hubo otro factor importante: una lucha de clases implícita. Los votantes pro‑Brexit de clase trabajadora pensaron que en todo caso la mayor parte de la pérdida de ingresos sería para los ricos, y especialmente para los despreciados banqueros de la City londinense.

Los estadounidenses ven a Wall Street y su conducta codiciosa y a menudo criminal con no menos desdén que el que la clase trabajadora británica reserva para la City. Esto también indica una ventaja de campaña para Trump sobre su oponente en noviembre, Hillary Clinton, cuya candidatura cuenta con amplia financiación de Wall Street (Clinton debería tomar nota y distanciarse).

En el RU, a estas dos poderosas corrientes políticas (el rechazo a la inmigración y la lucha de clases) se les sumó un difundido sentimiento de que las instituciones de la UE son disfuncionales. Y sin duda lo son. Basta mencionar los últimos seis años de mala gestión de la crisis griega por políticos europeos miopes e interesados. Es comprensible que el desorden continuo en la eurozona haya ahuyentado a millones de votantes británicos.

Las consecuencias inmediatas del Brexit ya son claras: la libra se hundió a un mínimo en 31 años. En el corto plazo, la City londinense se enfrentará a grandes incertidumbres, pérdida de empleos y caída de las bonificaciones. Las propiedades inmobiliarias en Londres se desvalorizarán. Los efectos secundarios que pueden afectar a Europa a más largo plazo (entre ellos una probable independencia escocesa; la posible independencia de Cataluña; la interrupción del libre movimiento de personas dentro de la UE; y el ascenso de la política anti‑inmigratoria, con la posible elección de Trump, y de Marine Le Pen en Francia) son enormes. Otros países tal vez celebren sus propios referendos y algunos tal vez elijan irse de la UE.

En Europa, ya se oyen llamados a castigar a Gran Bretaña para dar el ejemplo (advertir a otros países que estén pensando lo mismo). Es la política europea en el colmo de la estupidez (algo que también se ve claramente en relación con Grecia). En vez de eso, lo que queda de la UE debería reflexionar sobre sus propios errores y corregirlos. Castigar a Gran Bretaña (por ejemplo, negándole acceso al mercado común europeo) solo logrará profundizar la desintegración de la UE.

¿Qué debe hacerse entonces? Yo sugeriría diversas medidas, tanto para reducir los riesgos de que se formen ciclos de retroalimentación catastróficos en el corto plazo como para maximizar los beneficios de las reformas a largo plazo.

En primer lugar, poner fin de inmediato a la guerra en Siria, para detener la oleada de inmigrantes. Esto puede lograrse cortando el pacto CIA‑Arabia Saudita para derrocar a Bashar al-Assad, lo que permitiría a este último (con apoyo ruso e iraní) derrotar a Estado Islámico y estabilizar Siria (más una estrategia similar en el vecino Irak). La adicción estadounidense a los cambios de régimen (en Afganistán, Irak, Libia y Siria) es la causa profunda de la crisis de refugiados en Europa. Córtese la adicción, y los refugiados recientes podrán volver a sus hogares.

En segundo lugar, detener la expansión de la OTAN a Ucrania y Georgia. La nueva Guerra Fría con Rusia es otro error garrafal obra de EEUU, con un montón de ingenuidad europea adicional. Cerrar la puerta a la expansión de la OTAN permitiría aliviar tensiones y normalizar las relaciones con Rusia, estabilizar Ucrania y volver a concentrar la atención en la economía y el proyecto europeos.

En tercer lugar, no castigar a Gran Bretaña. En vez de eso, vigilar las fronteras nacionales y de la UE para detener a los inmigrantes ilegales. No es xenofobia, racismo o fanatismo: es sentido común. Países con la provisión de bienestar social más generosa del mundo (los de Europa occidental) deben poner límites a millones (de hecho, cientos de millones) de potenciales inmigrantes. Lo mismo vale para EEUU.

En cuarto lugar, restaurar un sentido de justicia y oportunidad para la clase trabajadora desencantada y para aquellos a quienes las crisis financieras y la reubicación de empleos perjudicaron económicamente. Esto implica guiarse por el ethos socialdemócrata de implementar amplios programas de gasto social en salud, educación, capacitación, esquemas de pasantías y apoyo familiar, financiados mediante impuestos a los ricos y el cierre de paraísos fiscales, que menoscaban el ingreso público y agravan la injusticia económica. También implica darle a Grecia un muy esperado alivio de deuda, lo que pondría fin a la larga crisis de la eurozona.

En quinto lugar, concentrar recursos, incluidas ayudas adicionales, en el desarrollo económico de los países de bajos ingresos, en vez de la guerra. La migración descontrolada desde las regiones pobres y afectadas por conflictos se volverá inmanejable (con cualquier política migratoria) si el cambio climático, la pobreza extrema y la falta de capacidades y educación debilitan el potencial de desarrollo de África, América central y el Caribe, Medio Oriente y Asia central.

Todo esto subraya la necesidad de cambiar de una estrategia de guerra a una de desarrollo sostenible, especialmente por parte de EEUU y Europa. Muros y vallas no detendrán a millones de emigrantes que huyen de violencia, pobreza extrema, hambre, enfermedades, sequías, inundaciones y otros males. Solo la cooperación internacional puede hacerlo.

(Jeffrey D. Sachs, Professor of Sustainable Development, Professor of Health Policy and Management, and Director of the Earth Institute at Columbia University, is also Director of the UN Sustainable Development Solutions Network. His books include The End of Poverty, Common Wealth, and, most recently…)

- El ascenso de la democracia demótica en Europa (Project Syndicate - **25/6/16**)

Londres.- Aún queda por asimilar la conmoción causada por la votación británica a favor de salir de la Unión Europea. No obstante, los líderes europeos deben acorazarse frente a lo que está por venir. De hecho, el brexit podría ser el temblor inicial que desencadene un tsunami de referéndums en Europa durante los próximos años.

A lo largo de toda Europa, hay 47 partidos políticos insurgentes que hacen que la política se pare de cabeza. Ellos están ganando el control de la agenda política, dándole forma según sus intereses - y ganan poder en el proceso. En un tercio de los Estados miembros de la UE, tales partidos son miembros de los gobiernos de coalición, y su éxito ha impulsado a los partidos tradicionales a adoptar algunas de sus posiciones.

A pesar de estos partidos tienen raíces muy diferentes, todos ellos tienen un aspecto en común: todos están tratando de provocar un vuelco en el consenso sobre política exterior que ha definido a Europa desde hace varias décadas. Son euroescépticos; desdeñan a la OTAN; quieren cerrar sus fronteras y detener el libre comercio. Ellos están cambiando la cara de la política, sustituyendo las batallas tradicionales entre izquierda y derecha con enfrentamientos entre su propio nativismo enojado contra el cosmopolitismo de las élites que desprecian.

El arma favorita de estos partidos es el referéndum, ya que mediante los referéndums estos partidos pueden obtener rápidamente apoyo popular para sus pequeños temas. De acuerdo con el Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, se están solicitando 32 referéndums en 18 países de la UE. Algunos, como el Partido Popular Danés, quieren seguir el ejemplo del Reino Unido y realizar una votación sobre la membresía en la UE. Otros quieren escapar de la eurozona, o bloquear la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP) con Estados Unidos, o restringir la movilidad laboral.

El esquema de reubicación de los refugiados de la UE ha demostrado ser un tema particularmente divisivo. El primer ministro húngaro, Viktor Orbán ha declarado que va a celebrar un referéndum sobre las cuotas propuestas. Y, el partido de la oposición polaca Kukiz’15 viene recogiendo firmas para su propio referéndum sobre el tema.

Devolver el poder a las masas a través de la democracia directa puede realmente ser la propuesta más revolucionaria que hacen estos partidos. De hecho, refleja una comprensión de las frustraciones que han impulsado una ola mundial de protestas populares durante los últimos años - protestas que, en el mundo árabe, provocaron revoluciones reales. El mismo espíritu de protesta que condujo, por ejemplo, a españoles, griegos, y neoyorquinos a salir a las calles -con diferentes demandas, ciertamente- está alimentando el apoyo a estos nuevos referéndums y a los partidos insurgentes que los provocan.

Esto es una pesadilla no sólo para los partidos establecidos, sino que también para la gobernabilidad democrática. Tal como la experiencia de California con referéndums ha demostrado, el público a menudo vota por cosas contradictorias – por ejemplo, a favor de impuestos más bajos y a favor de más programas de bienestar; o, por la protección del medio ambiente y por tener gas más barato.

Sin embargo, para la UE, esta dinámica es exponencialmente más difícil; de hecho, anula los cimientos de la Unión Europea. La UE es, al fin y al cabo, la máxima expresión de la democracia representativa. Se trata de un organismo ilustrado que se sustenta sobre valores liberales básicos, tales como los derechos individuales, la protección de las minorías, y una economía basada en el mercado.

Pero las capas de la representación sobre las que se asienta la UE han creado la sensación de que una especie de “élite-sobre-la élite” es la que está al mando, una élite que está muy alejada de los ciudadanos comunes. Esto ha proporcionado a los partidos nacionalistas el blanco perfecto para sus campañas anti-UE. Todo esto, más la añadidura de miedos alarmistas sobre temas como la inmigración y el comercio, hace que la capacidad que tienen los partidos nacionalistas para atraer a votantes frustrados o ansiosos sea fuerte.

Se tienen dos visiones de Europa -la diplomática y la demótica- que ahora se enfrentan una contra la otra. La Europa diplomática, encarnada por el padre fundador de la UE Jean Monnet, es la que recibió grandes y delicadas preguntas que surgieron de la esfera de la política popular y las redujo a temas técnicos manejables por los diplomáticos, quienes podían abordarlos a través de compromisos burocráticos a puerta cerrada. La Europa demótica, ejemplificada por el Partido de la Independencia del Reino Unido, que ayudó siendo punta de lanza para el brexit, es como Monnet, pero a la inversa, ya que toma compromisos diplomáticos como el TTIP o el acuerdo de asociación con Ucrania, y los politiza intencionalmente.

Mientras la Europa diplomática se caracteriza por la búsqueda de la reconciliación, la Europa demótica se caracteriza por ir tras la polarización. La diplomacia es un ámbito donde todos ganan; la democracia directa es un ámbito de suma cero. La diplomacia trata de bajar la temperatura; el paradigma demótico la eleva. Los diplomáticos pueden trabajar unos con otros; los referéndums son binarios y fijos, dejando nada de espacio para la maniobra política y para llegar a un compromiso creativo necesario para resolver los problemas políticos. En la Europa demótica, la solidaridad es imposible.

El alejamiento de Europa de la diplomacia comenzó hace más de una década, cuando se rechazó el Tratado por el que se establece una Constitución para Europa en los referéndums populares en Francia y los Países Bajos. Ese resultado puede haber sacado por completo a la UE de la actividad de elaborar tratados, lo que significa que la esperanza de una futura integración también puede haberse arruinado.

Sin embargo, en la estela del brexit, la futura integración no es la mayor preocupación de Europa. En vez de ello, tiene que lidiar con fuerzas cada vez más poderosas que socavan la integración que ya se ha logrado, fuerzas que intentan empujar a Europa hacia atrás. Por supuesto, solo hay que recordar lo que había antes de la UE para realmente darse cuenta cuán peligroso puede ser este camino.

En esta nueva era de “vetocracia” en Europa, la diplomacia que sustentó la creación del proyecto europeo ilustrado y progresista no puede funcionar, dejando a la UE en una situación ingobernable. Ahora que los euroescépticos se han salido con la suya en el Reino Unido, la vetocracia se hará más fuerte que nunca. Las votaciones directas sobre temas como las normas de comercio o la política de inmigración destriparán la democracia representativa de Europa, de la misma forma que las votaciones directas sobre membresías amenazan las entrañas de la propia UE.

En una novela popular escrita por el premio Nobel José Saramago, la Península Ibérica se desprende de la parte continental de Europa y se aleja flotando por el mar. Con un tsunami de plebiscitos presionando al continente, esta puede llegar a ser una metáfora profética.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- Europa necesita una bola de demolición para repararse (El Confidencial - **28/6/16**)

(Por Fareed Zakaria)

Imaginemos a una joven Margaret Thatcher, una política que desconfía profundamente del “establishment” político y se identifica profundamente con las frustraciones de la clase media. Eso es poco comparado con lo que Reino Unido necesitará mientras repara los daños del referéndum sobre el Brexit celebrado este jueves.

Los 'amigos' de Inglaterra (y de Europa también) necesitan dejar de pretender que el apoyo para la salida de la Unión Europea es simplemente producto de un nacionalismo de derecha xenófobo. Casi la mitad del país apoya la salida del Reino Unido del club comunitario, de acuerdo a encuestas anteriores a la consulta y no todas estas personas son reaccionarios ilusos.

La Unión Europea es poco popular en Reino Unido por la misma razón que en otras partes de Europa: es vista como el proyecto de una elite financiera y política que a menudo opera sin tener en cuenta el sentimiento público. El nacionalismo podrá ser un sentimiento retrógrado, pero eso no quita que muchas personas sientan un profundo apego a sus países.

Este sentimiento patriótico no puede ser eliminado. Sin embargo, debería modernizarse. Y ahí es donde una Thatcher moderna podría hacer maravillas. Pensemos en una política británica inquieta, moderadamente rebelde, que podría encontrar una causa común con los europeos afines que están cansados de ser sermoneados por Bruselas.

Thatcher lanzó una bola de demolición contra una generación anterior de opiniones de élites, afianzadas en el país. Cuando se convirtió en primera ministra en 1979, Inglaterra aún estaba encerrada en un sistema de clases que mantenía el statu quo conservador en ambos extremos: el poder de la elite conservadora, aristocrática y los líderes del sindicato del Partido Laborista, quienes, conjuntamente, se resistieron a cualquier reforma que podría desafiar su poder.

Thatcher, hija de un propietario de dos tiendas de comestibles, despreciaba este status quo. Desafió una huelga amarga en 1983-84 por la Unión Nacional de Mineros, en donde los primeros ministros anteriores, partido laborista y de los conservadores, se habían derrumbado. También desreguló el sector financiero, en lo que se llamaba el “Big Bang”, restaurando la cuidad de Londres a primacía global.

En los últimos años el Reino Unido parece estar retrocediendo. David Cameron, el líder conservador, estudiante del colegio Eton (uno de los más prestigioso del mundo), y en forma y en función, es una materialización de los últimos días de la elite conservadora. El líder del partido laborista, Jeremy Corbyn, de manera similar, es un salto atrás hacia el sindicato consentido de izquierda de su partido.

El aspecto más esperanzador del debate de Brexit es que la mayoría de los jóvenes británicos parecen ser instintivamente europeos. Han crecido en una economía global en donde las personas se cambian de un trabajo a otro y también de país. En una encuesta del 13 de junio realizada por ICM para el periódico “The Guardian”, se encontró que el 56 por ciento de los votantes desde los 18 hasta los 34 años querían permanecer en la UE, mientras solo el 39 por ciento querían salirse. Por el contrario, el 55 por ciento de aquellos mayores a 65, están a favor de la ruptura.

Otros estudios prueban la misma cuestión: cuanto más envejecen las personas en Gran Bretaña, más desconfían de la UE. Ese es el peligro más grande de la campaña pro-Brexit, más allá de los daños económicos. Ataría el futuro del país a la cohorte más antigua y conservadora de su población.

El liderazgo de la UE en Bruselas merece su mala reputación. Sin los instrumentos para una verdadera gobernanza, los eurócratas han dado vueltas al asunto con reglas y regulaciones que implican un destino común pero dejan a otros las preguntas difíciles, tales como la seguridad fronteriza y la disciplina fiscal.

Alemania permanece por encima de esta empresa inestable. Los alemanes tienen suerte de tener una canciller que, sin importar cuán rico y privilegiado sea su país, todavía actúa como la hija del pastor luterano que fue criada en Alemania oriental. Cuando una vez se le preguntó qué era distintivo de Alemania, ella dio esta respuesta sólida, aunque poco probable: “Ningún otro país puede construir ventanas tan herméticas y hermosas”. Su poder viene, en parte, de su habilidad por parecer sencilla.

Europa solamente está comenzando su proceso de cambio. Un alto funcionario alemán me dijo algunos meses atrás, que lo extraño acerca del voto Brexit era que “el mejor caso y peor caso están tan juntos”. Lo que quería decir, es que Alemania comprende que las instituciones europeas deben cambiar, sin importar si Gran Bretaña está dentro o fuera.

Los puristas de la UE podrán seguir soñando con un federalismo más severo. No obstante, eso conllevaría una rendición de poder nacional que nadie, menos todos los alemanes o franceses, en realidad desea. Lo más probable es una UE central que funcione a velocidad alemana y permita a la periferia algunas de las variantes que Cameron ganó para Inglaterra en la negociación que precedió a la lamentable campaña Brexit.

En vez de derramar lágrimas de cocodrilo por la antigua versión de la UE, los políticos en Inglaterra y en el continente deberían estar pensando en el cambio. Es tiempo de un “resurgente de Maggie”. Traigan la bola de demolición.

- Will America Win or Lose From Brexit? (Project Syndicate - **26/6/16**)

Washington, DC.- The British vote to leave the European Union has shaken world financial markets. The immediate and medium-term prospects for economic growth in the United Kingdom are severely diminished, and the impact on the rest of Europe will be negative.

Some of the obvious political winners from Brexit are people who do not like Western Europe and what it stands for. Ironically, the United States -Europe’s greatest ally and the EU’s largest trading partner- may also end up as a beneficiary, though not if Donald Trump, the presumptive Republican nominee, wins the presidential election in November.

Britain has a population of just over 65 million people and what was, at least until Thursday, the world’s fifth-largest national economy, with annual GDP totaling nearly $ 3 trillion. In the context of a $ 75 trillion global economy, Britain’s is a relatively small, open one that relies heavily on foreign trade - annual exports are typically in the range of 28%-30% of economic activity.

That is now likely to change. The EU accounts for about half of Britain’s exports, and the prospects for continued full market access are dim. Trade in goods may be affected, but the impact on exports of services -including financial services- will be more severe. In principle, Britain could now negotiate a great deal of market access, but this would almost certainly require accepting rules made in Brussels - which is just what the British voted against. Growth in the UK will consequently be lower and for a long period of time.

The direct impact on the world economy is likely to be limited by the fact that other countries will to some extent gain from Britain’s loss. For example, the UK was until recently one of the top destinations for foreign direct investment, precisely because companies saw it as a good base from which to sell into the rest of Western Europe. The UK’s attractiveness -and the creation of good jobs that resulted from it- will now decline.

The big political loser is obviously the EU itself, which, without one-sixth of its current GDP, will fall in the economic rankings from just below the US to around -or some would say below- the level of China (measured using current exchange rates). The precise policy reaction of EU leaders is unclear; but, given the inept way the eurozone crisis has been handled since 2010, a return to more dynamic growth seems unlikely.

A weaker Europe is bad for the world - and people like Vladimir Putin who hold democracy in contempt are undoubtedly smiling today. But many authoritarian regimes are funded by the export of natural resources. Slower global growth and consequently lower oil prices are not good for countries such as Putin’s Russia and Iran. And China remains an economy where growth is very much based on the export of manufactured goods to richer countries, so a slowdown in the UK and the EU does not favor the Chinese, either.

**In geopolitical and economic terms, the US is potentially the biggest winner from the disintegration of the EU**. The US rose to global predominance as Europeans fought one another and their empires declined. The post-1945 US role was challenged first by the Soviet Union, which, for a time, posed a real technological challenge. Today, Russia has a small - and shrinking- economy and a population in decline.

Next up was 1980s Japan, with its innovative management practices and well-run companies. Japan is much richer than Russia today, but it, too, remains mired in economic malaise and may be trapped in a perpetual downward demographic spiral.

Leaders of the EU have, in recent times, seen themselves as a rival to the US on the global stage. The question now is which parts of Europe will stick together and on what basis.

Prosperity is based on people and ideas. Who can attract the most talented people, educate them and their children, and give as many individuals as possible the opportunity to work productively? The US has some serious problems, but absorbing immigrants and encouraging creativity have been among its main strengths for more than 200 years.

The UK has also been a relatively open society in recent decades, and many of its younger people would like that to continue. But older people, living outside large urban areas, have voted instead to build barriers and -to a significant extent- attempt to close off the country from the rest of the world.

The politics of the US presidential election are obviously quite different from those of the UK’s Brexit debate. But Trump is offering a strikingly similar vision to that of Nigel Farage, head of the UK Independence Party - and on Friday both of them seemed equally delighted with the outcome of the referendum.

The choice that Americans will make in November now comes into clearer focus. Will voters heed the siren song of Trump - and do great damage to the US economy and to the world by embracing a self-destructive effort to wall themselves off from the world? Or will they choose prosperity and a leading global role?

(Simon Johnson, a former chief economist of the IMF, is a professor at MIT Sloan, a senior fellow at the Peterson Institute for International Economics, and co-founder of a leading economics blog, The Baseline Scenario. He is the co-author, with James Kwak, of White House Burning: The Founding Fathers…)

- Gran Bretaña, a la deriva (Project Syndicate - **26/6/16**)

Roma.- A comienzos de los años 1960, el ex secretario de Estado norteamericano Dean Acheson dijo en un tono satírico que el Reino Unido había perdido un imperio y que todavía no había encontrado un rol. Más tarde, sucesivos líderes británicos intentaron cambiar eso, forjando un nuevo papel para Gran Bretaña en Europa. El referendo “Brexit” que acaba de concluir en el país, en el que una mayoría de los votantes expresó su deseo de abandonar la Unión Europea, representa el fracaso espectacular de ese esfuerzo - y el fin de una era.

El viaje de Gran Bretaña hacia Europa comenzó a principios de los años 1970, cuando el primer ministro Edward Heath, firmemente pro-europeo, hizo entrar al país en la Comunidad Económica Europea, el precursor de la UE. Su sucesor, Harold Wilson, aseguró la membrecía con un referendo en 1975.

Y Margaret Thatcher firmó el Acta Única Europea, que creó el mercado único -uno de los pasos más importantes en la integración europea y que le debió mucho a la inspiración británica-. Su sucesor, John Major, que hizo campaña activamente para que Gran Bretaña permaneciera en la UE antes del reciente referendo, fue instrumental en la implementación del Tratado de Maastricht. Mientras Tony Blair estaba en el poder, habló elocuentemente de la misión europea de Gran Bretaña.

Luego llegó David Cameron, que flaqueó en su intento de mantener unido al Partido Conservador, y terminó perdiendo tanto Europa como el partido.

Sin duda, Cameron no necesariamente le estaba vendiendo la idea de Europa a una audiencia afable. Muchos británicos conservan una cierta nostalgia por el pasado, al que recuerdan como más familiar, controlado y seguro.

Esa nostalgia se vio constantemente reforzada por una campaña antieuropea corrosiva -y, en particular, anti-alemana- encabezada por algunos de los principales medios del país. Leer el Daily Mail o el Sun en los últimos años era encontrar un tipo de nacionalismo atávico -muchas veces respaldado por mentiras descaradas- en una escala pocas veces vista en otros países europeos.

Pero también hubo un problema con el discurso. Por temor a las consecuencias políticas, hasta los líderes que genuinamente respaldaban la integración europea vacilaron a la hora de defender a la UE de una manera audaz o motivadora para sus votantes. Por su parte, los líderes que sí se oponían a la UE, como el ex alcalde de Londres Boris Johnson, que lideró la campaña “Leave” (partir), no hicieron más que seguir aplicando una fórmula probada y real: avivar los fuegos de un nacionalismo basado en el miedo.

Sin embargo, cuando los líderes británicos cruzaron el Canal de la Mancha hacia Europa, todo cambió. Dejaron atrás su euroescepticismo y siguieron profundizando el rol del Reino Unido en Europa. Cuando fui ministro de Relaciones Exteriores de Suecia, asistí a más de 130 reuniones de los diferentes consejos ministeriales de la UE y, honestamente, puedo asegurar que la voz del Reino Unido era una de las más prominentes en cada uno de ellos.

La verdad es que la UE que ha surgido en los últimos diez años fue forjada, y no en menor medida, por el Reino Unido. El progreso en el mercado único ha ayudado a impulsar la competitividad. Nuevos acuerdos de libre comercio están brindándoles a las economías europeas acceso a mercados importantes en todo el mundo. El logro de un acuerdo global sobre el clima promete no sólo proteger el medio ambiente, sino también cimentar el papel de Europa como líder en materia de sustentabilidad. Y la ampliación ha mejorado la seguridad de Europa de manera sustancial.

No hay duda de que estos son logros remarcables liderados por el Reino Unido. Pero éste fue, esencialmente, un secreto bien guardado en casa. Y ése es el fracaso que reside en la raíz de la calamidad que es el Brexit.

Hoy, el Reino Unido ha perdido oficialmente su oportunidad de garantizar, de una vez y para siempre, el papel de liderazgo en Europa que estaba allí para que alguien lo tomara. Es más, el paisaje político nacional del Reino Unido está en ruinas. El Partido Conservador está profundamente dividido; el Partido Laborista está inerte bajo un liderazgo izquierdista nostálgico; y los demócrata-liberales prácticamente han abandonado la escena.

Y el Reino Unido puede ir camino a mayores rupturas. Nicola Sturgeon, la primera ministra de Escocia, que abrumadoramente votó a favor de permanecer en la UE, ha dicho que otro referendo sobre la independencia escocesa es “altamente probable” y calificó la salida de Escocia de la UE como “democráticamente inaceptable”.

Si bien la posibilidad de una ruptura sigue siendo imposible de predecir, el virus del divorcio político, por cierto, ha resultado ser contagioso -y una Europa más fragmentada es, sin duda, una Europa menos segura.

Al responder una pregunta, los votantes ingleses de más edad -el núcleo del electorado a favor del “Leave”- han planteado un manojo de nuevos interrogantes. ¿El Reino Unido se conformará con una relación tipo satelital con la UE? ¿Se convertirá en algo más que el interior rural de un centro financiero offshore situado sobre el Támesis? ¿Sus líderes encontrarán otro rol para que desempeñe en el mundo o dejarán que su país se vaya esfumando lentamente hasta volverse irrelevante?

Sólo el tiempo lo dirá. Mientras tanto, el Reino Unido sin duda va a soportar un dolor político y económico sustancial.

(Carl Bildt was Sweden’s foreign minister from 2006 to October 2014 and Prime Minister from 1991 to 1994, when he negotiated Sweden’s EU accession. A renowned international diplomat, he served as EU Special Envoy to the Former Yugoslavia, High Representative for Bosnia and Herzegovina, UN Special Env…)

- Europa después de la Brexit (Project Syndicate - **26/6/16**)

París.- El presidente de EEUU Franklin D. Roosevelt afirmó una vez que “a lo único que debemos temer es al propio miedo”. El referendo por el brexit en el Reino Unido, en el cual apenas más de la mitad de quienes votaron decidieron abandonar la Unión Europea, demostró que no estaba del todo en lo cierto. También debemos temer a quienes, como los líderes populistas británicos, se aprovechan de los miedos del público para lograr resultados verdaderamente aterradores. En este caso, la consecuencia bien puede ser la desintegración de la UE.

Después de 43 años ser miembro de la UE, Gran Bretaña ha -en la forma supuestamente más democrática posible- decidido retraerse hacia sí misma. Sin importar cuán pragmáticos y realistas son supuestamente los británicos, han votado en contra de sus propios intereses. Con su rechazo a la UE probablemente hayan condenado a su país a un empobrecimiento gradual y, tal vez, a una desintegración no tan gradual, ya que los líderes de Escocia e Irlanda del Norte, que votaron por abrumadora mayoría a favor de continuar formando parte de la UE, han afirmado que desean escindirse.

De hecho, los británicos debieron haber temido al brexit. Sin embargo la razón, débilmente defendida por voces de la clase dirigente carentes de inspiración y confianza, no logró hacer frente a los temores de lo que podía pasar por una puerta abierta hacia el resto de Europa y, de hecho, del mundo.

La verdadera paradoja aquí es que precisamente cuando le dicen “Non” a Europa (para hacer eco del famoso veto de Charles de Gaulle a la primera solicitud británica para participar en la integración europea), los británicos son quienes más cerca están en términos emocionales del resto de los ciudadanos europeos. Y, de hecho, tal vez ese sea el problema.

**La gente tiene miedo en toda Europa, de hecho, en todo el mundo. Por sobre todas las cosas, las personas temen a la globalización que, para ellas, ha metido a un “otro” amenazador en sus vidas diarias y socavado su sustento, beneficiando solo a las élites. Temen por su seguridad y sus empleos, y están furiosos con los líderes que no han defendido sus intereses.**

El resultado es que los “desposeídos” se están enfrentando cada vez más a las élites privilegiadas -y con ello a la apertura que estas favorecen, exigiendo en su lugar un regreso a lo que perciben como un pasado más predecible y seguro-. La nostalgia fue la fuerza que impulsó la campaña para abandonar la UE, al igual que el deseo de castigar a los sinvergüenzas a cargo.

El voto por el brexit no fue una casualidad, ni debió haber sido una sorpresa. Fue el resultado de temores y frustraciones de larga data, aunque tal vez no hubiéramos esperado que para muchos británicos el instinto se convirtiera en un punto de llegada, más que en uno de partida. En todo caso, hace unos pocos años esos instintos no hubieran sacado al RU de la UE. Fue un grave error de cálculo político el que posibilitó esta tragedia política.

Una de las lecciones más importantes de la campaña del brexit es que cuando los políticos tratan de manipular las emociones de la sociedad en beneficio propio, como lo hizo el primer ministro David Cameron, las cosas rápidamente pueden irse de las manos. Lanzar gasolina a las llamas del miedo y la frustración tal vez le haya permitido a Cameron y su partido ganar las elecciones de 2015, pero también generó la conflagración que hizo pedazos a su partido, su legado y su país.

El problema para resto de Europa es que el propio brexit podría funcionar como acelerante de las pasiones populares, mientras las irresponsables figuras populistas alegremente echan leña al fuego. Hasta Donald Trump, presunto candidato republicano para la presidencia estadounidense, ha expresado su apoyo al brexit; a pesar de su total falta de comprensión, reconoce cuán poderosa puede ser la promesa de “recuperar el propio país”. Y no parece que personas como Trump se preocupen demasiado por las consecuencias. No son versiones modernas de Winston Churchill.

El grado en que Europa se desmembrará y las consecuencias de ese proceso quedan por verse, pero es razonable esperar que los movimientos populistas e independentistas en Europa y otros lugares se sientan vigorizados por esta decisión. Con seguridad, la imagen de Europa en una aparente decadencia terminal socavará su poder de atracción.

**Con la amenaza al papel de Europa en el escenario internacional, sus líderes deben encarar urgentemente una autoevaluación masiva, tanto en términos literales como metafóricos. Deben descubrir qué hicieron -o dejaron de hacer- para perder la confianza de sus ciudadanos, y desarrollar un plan tanto al nivel nacional como de la UE para recuperarla.**

Es fundamental que una evaluación de ese tipo preceda a un impulso para aumentar la integración. Si la UE se deja llevar por el pánico y lanza un esfuerzo precipitado para avanzar, demostrará que no comprende lo que verdaderamente está ocurriendo.

El 23 de junio de 2016 no pasará a la historia como el día de la independencia del RU, como prometió Boris Johnson, exalcalde de Londres y líder de la campaña separatista, pero podría ser recordado como el día en que Europa finalmente se despertó y se dio cuenta de que, para garantizar su futuro, su única opción es obligarse a reinventarse a sí misma.

(Dominique Moisi, a professor at L'Institut d’études politiques de Paris (Sciences Po), is Senior Adviser at the French Institute for International Affairs (IFRI) and a visiting professor at King’s College London. He is the author of La Géopolitique des Séries ou le triomphe de la peur)

- Así vemos el Brexit desde EEUU: Europa se va por el desagüe (El Confidencial - **28/6/16**)

(Por Thomas Palley)

En los años por venir, el referéndum del Brexit podría verse como el día en que entramos en el ojo de un huracán que amenaza con causar una enorme destrucción. Parece que su consecuencia inmediata será una crisis financiera, pero incluso si ésta logra, evitarse no será posible frenar los otros “costes” de la ruptura con el bloque comunitario.

La economía de Europa ya estaba en el círculo exterior del huracán. El Brexit solo la ha empujado hacia el centro, acelerando el proceso a través del cual la alienación social y los resultados económicos negativos producen consecuencias políticas negativas, las cuales generan aún peores resultados económicos y más alienación social.

Implicaciones económicas

Los mercados financieros serán la punta del iceberg de todo lo que se avecina. Incluso si se contiene la sangría inmediata, es razonable prever turbulencias a la baja significativas durante los próximos meses, que afectarán a la economía real. Además, un baño de sangre ahora no degenerará en pánico. En cambio, puede ser justificado racionalmente por las previsiones políticas y económicas y por el hecho de que los mercados de valores ya estaban profusamente valorados.

Los mercados financiero británicos y la economía del Reino Unido serán el epicentro. El castigo a la bolsa londinense golpeará a la riqueza y a la confianza de las familias, lo que tendrá un impacto negativo en el consumo y en la economía real del Reino Unido.

El mercado inmobiliario del país (especialmente en Londres) ya se encontraba en una situación de precios altos, y ahora es muy vulnerable a una reducción de adquisiciones locales y extranjeras. Los bancos británicos se financian en libras esterlinas y una caída de la libra tendrá implicaciones negativas e impredecibles para las propias entidades y sus equivalentes.

Las empresas reducirán considerablemente sus inversiones en Reino Unido porque a las compañías no les gusta la incertidumbre. Las inversiones de calado se mantendrán a la espera de que se esclarezca cuál será el acceso del Reino Unido a los mercados de Europa.

Todas estas consecuencias se ramificarán hacia el exterior, golpeando a otras economías, incluida la de EEUU. Los mecanismos son contagio financiero, turbulencias en las divisas e incertidumbre, y todos ellos generarán efectos negativos en la demanda agregada que se verán multiplicados por el proceso de contracción. La primera parada obligada será la economía de Europa, que ya se encuentra en una situación de fragilidad y que está extremadamente integrada con la del Reino Unido.

Implicaciones políticas

Si las previsiones económicas son malas, las consecuencias políticas por venir pueden ser aún peores.

El mapa electoral del Brexit muestra que toda Escocia votó a favor de la permanencia. Ello significa que es probable que la crisis constitucional relacionada con la independencia escocesa regrese.

En España existe la ya vieja cuestión de la independencia de Cataluña, a la que el Brexit ha dado un nuevo impulso. Ahora, la Liga Norte de Italia, que goza de un considerable poder político en la rica mitad norte del país, solicita un referéndum para abandonar la Unión Europea.

De hecho, el Brexit ha supuesto una bandera verde para separatismos de toda condición. Ello tiene implicaciones adversas para el euro, que ya sufre la amenaza de un Grexit. En consecuencia, la debilidad de la libra esterlina se verá acompañada de un declive del euro, lo que crea una vía adicional para que las ondas del Brexit se extiendan por la economía global.

En relación a la política en EEUU, las repercusiones económicas negativas del Brexit afectarán a la candidata Hillary Clinton y beneficiarán a Donald Trump.

Más allá de dichas repercusiones, el Brexit esconde lecciones políticas vitales para la Administración Obama y la campaña de Clinton, quienes no deben dar más razones a los votantes estadounidenses para despreciar el “establishment”.

El Brexit tiene similitudes estructurales con el auge de Trump. Es la consecuencia lógica de la estrategia política del Partido Conservador de los últimos veinte años. Los conservadores han utilizado a la Unión Europea como chivo expiatorio para aplicar sus políticas económicas neoliberales “Thatcher-Reagan”. El Partido Laborista ha defendido a las minorías, pero no a la UE ni se ha enfrentado adecuadamente al neoliberalismo.

En EEUU, Trump es el candidato “exit”. Su ascenso es la consecuencia lógica de 30 años, durante los cuales los Republicanos han utilizado el racismo y la cultura de la guerra para aplicar su agenda económica neoliberal que ha traído la destrucción de la prosperidad compartida. Los demócratas han plantado cara al racismo y a la cultura de la guerra, pero también han sido cómplices en la promoción del neoliberalismo.

La lección para la campaña de Clinton es que la candidata debe ir más allá de una retórica crítica con el neoliberalismo y adoptar soluciones serias que se enfrenten a su legado de desigualdad, inseguridad económica y pérdida de esperanza. **El neoliberalismo es la causa del desprecio al “establishment”.** Puede que el racismo, la inmigración y el nacionalismo sean la cerilla que ha prendido el fuego anti-establishment; el estancamiento de los salarios y la deslocalización de puestos de trabajo son el combustible.

En cuanto a la Administración Obama, la lección está en el Acuerdo Estratégico Trans-Pacífico de Asociación Económica (TPP). En ambos bandos, los votantes de EEUU han rechazado el TPP, pero el Gobierno de Obama sigue presionando. Y ello desacredita al establishment y beneficia a Trump, que es el candidato “outsider”. Clinton es la “insider” que abiertamente ha difundido sus vínculos con Obama.

En este contexto, el esfuerzo de la Administración Obama en pos del TTP es una temeridad política irresponsable que nos envía hacia el ojo del huracán.

(Thomas I. Palley ha sido economista jefe de US-China Economic and Security Review Commission, asesor del presidente Barack Obama y de la federación sindical más importante de EEUU. En la actualidad es miembro “Schwartz Economic Growth” de la New America Foundation)

- El Reino Unido se fue por un exceso de Unión Europea (Project Syndicate - **28/6/16**)

Cambridge.- Un pensativo amigo británico me dijo unos pocos días antes del referendo por el “Brexit” que votaría por la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, porque le preocupaba la incertidumbre económica que se produciría en caso contrario. Pero añadió que si hubiera sabido de antemano en qué se convertiría la UE, no hubiera apoyado el ingreso de Gran Bretaña en 1973.

Los motivos de los votantes que eligieron salir de la UE son muy diversos, pero una inquietud en que muchos coinciden es cómo la dirigencia europea se extralimitó de su mandato original y creó una organización cada vez más grande e invasiva.

**El sueño de Jean Monnet de crear un Estados Unidos de Europa no era lo que querían los británicos cuando se unieron a la UE hace 40 años. Tampoco buscaban que Europa hiciera de contrapeso a Estados Unidos, como quería Konrad Adenauer, el primer canciller alemán de la posguerra. Gran Bretaña solo quería las ventajas de una mayor integración comercial y del mercado laboral con los países al otro lado del Canal de la Mancha.**

La UE fue en sus inicios un acuerdo entre seis países para lograr el libre movimiento de bienes y capital, y eliminar barreras a la movilidad de la mano de obra. Cuando los líderes de la UE quisieron reforzar la idea de solidaridad europea con la creación de una unión monetaria, Gran Bretaña pudo felizmente quedarse afuera y conservar la libra (y con ella, el control de su política monetaria). Pero con esa decisión, Gran Bretaña quedó relativamente apartada dentro de la UE.

Cuando la UE se expandió de seis países a 28, Gran Bretaña no pudo limitar en forma permanente la entrada a su mercado laboral de trabajadores de los nuevos estados miembros. Eso llevó a que la cantidad de trabajadores extranjeros en Gran Bretaña se haya duplicado desde 1993 hasta llegar a más de seis millones (10% de la fuerza laboral), que en su mayoría ahora proceden de países de bajos salarios que no formaban parte de la UE original.

A los votantes pro-Brexit les preocupa la presión resultante sobre los salarios británicos, pero en general no rechazan el objetivo original de incrementar los flujos comerciales y de capital, esencia de la globalización. Algunos partidarios del Brexit pueden señalar el ejemplo del exitoso tratado de libre comercio que firmó Estados Unidos con Canadá y México, que no estipula la movilidad de la mano de obra.

A diferencia de Gran Bretaña, los otros países de la UE (liderados por Francia y Alemania) querían más que libre comercio y un mercado laboral ampliado. Desde el primer momento, los líderes europeos estaban resueltos a ampliar el “proyecto europeo” para lograr lo que el Tratado de Roma denominó “una unión cada vez más estrecha”. Los partidarios del traspaso de autoridad a las instituciones de la UE lo justificaron con el principio de “soberanía compartida”, por el cual la soberanía británica podía quedar supeditada a decisiones de la UE, sin que hubiera ningún acuerdo formal con el gobierno o el pueblo del Reino Unido.

El “pacto de estabilidad y crecimiento” de 1998 impuso un límite al déficit anual que podían tener los países miembros y exigió que el cociente de endeudamiento respecto del PIB se redujera a no más de 60%. Al comenzar la crisis financiera global en 2008, la canciller alemana Angela Merkel vio una oportunidad de fortalecer todavía más la UE mediante la aprobación de un nuevo “pacto fiscal” que autorizaba a la Comisión Europea a vigilar los presupuestos anuales de los países miembros y multar a los que no cumplieran las metas presupuestarias y de deuda (aunque no se han aplicado). Alemania también lideró el intento de establecer una “unión bancaria” europea con un único marco normativo y un mecanismo de resolución vinculante para las instituciones financieras en problemas.

Aunque ninguna de estas políticas afectó directamente al RU, todas ampliaron el abismo intelectual y político entre Gran Bretaña y los miembros de la UE agrupados en la eurozona, reforzando la diferencia fundamental entre los gobiernos británicos promercado y los de muchos países de la UE, con sus tradiciones de socialismo, planificación estatal y fuerte regulación.

La división de poderes entre la burocracia de la UE y los países miembros se rige por el ambiguo principio (tomado de la doctrina social de la Iglesia católica) de subsidiariedad, por el que las decisiones se deben tomar en el nivel “más bajo” o menos centralizado de “autoridad competente”. Pero en la práctica, eso no limitó a los reguladores de Bruselas y Estrasburgo. La subsidiariedad ofrece a los gobiernos de los países miembros de la UE mucho menos protección que la dada por la Décima Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos (que niega al gobierno federal todo poder que no le sea delegado por la Constitución) a los gobiernos de los estados.

La opinión pública británica no es la única disconforme con la UE. Una encuesta reciente realizada en países de la UE por la Fundación Pew encontró que una mayoría de votantes en tres de los países más grandes (Gran Bretaña, Francia y España) tienen mala imagen de la UE. En Alemania, la opinión pública está dividida en mitades iguales. En Italia, una clara mayoría se consideró beneficiada por la pertenencia a la UE; y sin embargo, el populista Movimiento Cinco Estrellas, que hace poco ganó las elecciones municipales en 19 de las 20 ciudades en las que se presentó (incluido el 70% de los votos en Roma), prometió que si este año gana la elección parlamentaria celebrará un referendo sobre la salida de la eurozona.

Muchos funcionarios y expertos predicen que el Brexit traerá terribles consecuencias económicas, pero no es inevitable. Mucho depende ahora de los términos de la futura relación entre la UE y Gran Bretaña.

Además, el RU ahora está en mejor posición para negociar un tratado de comercio e inversión más favorable con Estados Unidos. La propuesta de Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (ATCI) entre Estados Unidos y la UE está empantanada, pero a un gobierno británico fuera de la UE le resultará más fácil negociar con Estados Unidos, ya que los estadounidenses tendrían que hablar con un solo país en vez de 28, muchos de los cuales no comparten las políticas británicas promercado.

La cuestión de la pertenencia de Gran Bretaña a la UE ya está decidida. Ahora su futuro económico depende de lo que haga con esta nueva independencia.

(Martin Feldstein, Professor of Economics at Harvard University and President Emeritus of the National Bureau of Economic Research, chaired President Ronald Reagan’s Council of Economic Advisers from 1982 to 1984. In 2006, he was appointed to President Bush's Foreign Intelligence Advisory Board, and,…)

- La Pequeña Inglaterra y la Bretaña no tan grande (Project Syndicate - **29/6/16**)

Ámsterdam.- Como angloholandés -de madre británica y padre holandés- no puedo evitar que el brexit me resulte algo personal. No soy un entusiasta incondicional del euro, pero la Unión Europea sin Gran Bretaña produce una sensación similar a la de haber perdido un brazo en un terrible accidente.

De todas formas, no todos mis compatriotas se sienten desdichados, Geert Wilders, holandés, anti-unión europea, antimusulmán y demagogo tuiteó: “¡Hurra por los británicos!, ahora nos toca a nosotros”. Este tipo de sentimiento es más alarmante y ominoso que las implicaciones del brexit para el futuro de la economía británica. El impulso destructivo puede ser contagioso.

La imagen del Reino Unido ha cambiado, literalmente, de la noche a la mañana. Durante más de 200 años, Gran Bretaña representó un cierto ideal de libertad y tolerancia (al menos para muchos europeos; es posible que los habitantes de la India tengan una percepción un tanto distinta). Los anglófilos admiraban a Gran Bretaña por muchos motivos, incluida su relativa apertura a los refugiados provenientes de regímenes continentales intransigentes. Era un lugar donde un hombre de origen judío sefardí, Benjamín Disraeli, pudo convertirse en primer ministro. Y se enfrentó a Hitler virtualmente solo en 1940.

El escritor Arthur Koestler, un excomunista nacido en Hungría que sabía todo sobre las catástrofes políticas europeas, y casi fue ejecutado por los fascistas españoles, escapó a Gran Bretaña en 1940. Llamó a su país adoptivo el “Davos para los veteranos con magullones internos de la era totalitaria”.

Mi generación, nacida no mucho después de la guerra, creció con mitos basados en la verdad y fomentados en libros de historietas y películas de Hollywood: mitos de Spitfire luchando contra Messerschmitt sobre sus condados, de los gruñidos desafiantes de Winston Churchill, y de gaiteros escoceses en las playas de Normandía.

La imagen de Gran Bretaña como un país de libertad fue impulsada aún más por la cultura joven de la década de 1960. Los pilotos de los Spitfire dejaron de ser vigorosos símbolos de la libertad para ser reemplazados por los Beatles, los Rolling Stones y los Kinks, cuya música se extendió por toda Europa y Estados unidos como una bocanada de aire fresco. Tener una madre británica me llenó de un sentimiento de orgullo cándido e inmerecido. Para mí, a pesar de su decadencia industrial, su menor influencia mundial y un fútbol cada vez más inepto, algo de Gran Bretaña siempre siguió siendo lo mejor.

Hubo, por supuesto, muchos motivos por los cuales el 52 % de quienes votaron respaldaron la opción de abandonar la UE. Hay razones entendibles por las cuales las víctimas de la decadencia industrial pueden sentirse heridas. Ni la izquierda ni la derecha protegieron los derechos de la antigua clase trabajadora en pueblos mineros en bancarrota, puertos oxidados y ciudades de chimeneas deterioradas. Cuando quienes fueron dejados atrás por la globalización y el Big Bang de Londres se quejaron porque los inmigrantes hacían aún más difícil encontrar un empleo, fueron desestimados demasiado fácilmente como racistas.

Pero esto no es excusa para que una desagradable versión del nacionalismo inglés, fomentada por el Partido de la Independencia del RU de Nigel Farage y cínicamente explotada por los miembros del Partido Conservador partidarios del brexit, liderados por el exalcalde de Londres Boris Johnson y Michael Gove, secretario de justicia del Gabinete del primer ministro David Cameron. La xenofobia inglesa ha crecido con fuerza especialmente en zonas donde rara vez se ve a extranjeros. Londres, donde vive la mayoría de los extranjeros, votó por quedarse en la UE por amplio margen. La zona rural de Cornwall, que se beneficia enormemente gracias a los subsidios de la EU, votó por abandonarla.

La ironía más asqueante para un europeo de mi edad y temperamento reside en la forma en que un nacionalismo intolerante y desalentador se expresa tan a menudo. La intolerancia contra los inmigrantes está envuelta en los propios símbolos de libertad que crecimos admirando, incluidas las filmaciones de los Spitfire y las referencias al mejor momento de Churchill.

Los partidarios más salvajes del brexit -con cabezas rapadas y tatuajes de la bandera nacional- se parecen a los barrabravas del fútbol que infestan los estadios europeos con su particular violencia. Pero los refinados hombres y mujeres de los condados rurales de la Pequeña Inglaterra, que aclaman las mentiras de Farage y Johnson con el éxtasis que alguna vez estuvo reservado a las estrellas británicas de rock en el extranjero, no son menos inquietantes.

Muchos partidarios del brexit dirán que no hay contradicción alguna. Los símbolos de los tiempos de guerra no se aplicaron equivocadamente en absoluto. Para ellos, el argumento de dejar la UE no tiene menos que ver con la libertad que la Segunda Guerra Mundial. “Bruselas”, después de todo, es una dictadura, dicen, y los británicos -los ingleses, en realidad- están defendiendo la democracia. Millones de europeos, nos dicen, están de acuerdo con ellos.

Es realmente cierto que los europeos aceptan esta perspectiva. Pero la mayoría son partidarios de Marine Le Pen, Geert Wilders y otros agitadores populistas que promueven plebiscitos para socavar a los gobiernos electos y abusar de los temores y resentimientos populares para abrir su propio camino al poder.

La UE no es una democracia, ni pretende serlo. Pero las decisiones europeas aún son tomadas por gobiernos nacionales soberanos -y, más importante aún, elegidos- después de deliberaciones interminables. Este proceso a menudo es opaco y deja mucho que desear, pero las libertades de los europeos no se verán más beneficiadas destruyendo las instituciones cuidadosamente construidas sobre las ruinas de la última y desastrosa guerra europea.

Si el brexit dispara una revuelta en toda Europa contra las elites liberales, será la primera vez en la historia que Gran Bretaña dirigirá una oleada de intolerancia en Europa. Esta sería una gran tragedia (para Gran Bretaña, para Europa y para un mundo donde la mayoría de las grandes potencias ya se están volcando hacia políticas cada vez más intransigentes).

**La ironía final es que la última esperanza para revertir esta tendencia y proteger las libertades por las cuales tanta sangre se ha derramado probablemente resida hoy en Alemania, el país que mi generación creció odiando como símbolo de una sangrienta tiranía. Pero, al menos hasta el momento, los alemanes parecen haber aprendido las lecciones de la historia mejor que una alarmante cantidad de británicos.**

(Ian Buruma is Professor of Democracy, Human Rights, and Journalism at Bard College. He is the author of numerous books, including Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance and Year Zero: A History of 1945)

- Europa debe despertar (Project Syndicate - **30/6/16**)

Berlín.- La decisión de los votantes del Reino Unido de abandonar la Unión Europea no es un ejemplo del humor negro británico que tanto me gusta. No es el “Monty Python’s Flying Circus”, “Yes, Prime Minister” o “Fawlty Towers”, sino sólo Boris, Michael y Nigel y su desastroso reality show político.

Considerando el peso económico, político y militar de Gran Bretaña, el Brexit dejará un enorme hueco en la UE, pero no destruirá a Europa. En estos momentos no puede decirse lo mismo del Reino Unido. ¿Seguirá unido el país, o lo abandonarán los escoceses e Irlanda del Norte buscará unirse a la República de Irlanda? ¿Ha sentado el Brexit las bases del declive de una de las economías más dinámicas de la UE y el fin de Londres como uno de los centros financieros globales?

La retirada de Gran Bretaña de la UE es un paso del que hasta ahora no había precedentes y que, sin duda, deparará muchas sorpresas desagradables. Hasta ahora, con la sola excepción de Groenlandia, la UE sólo se había ampliado, por lo que nadie sabe realmente cómo se llevará a cabo el proceso del Brexit, cuánto tiempo tomará (en el caso de Groenlandia fueron tres años) y qué implicaciones tendrá para Gran Bretaña y la UE.

En cualquier caso, una cosa es segura: incluso si se lleva a cabo de la manera más rápida imaginable, la decisión británica ha dado inicio a un largo periodo de incertidumbre política y económica y a una preocupación de Europa con sus propios asuntos, incluso si el mundo a su alrededor cambia radicalmente. Si las decisiones se tomaran solamente de manera racional, los demás 27 estados miembros fortalecerían la UE, adoptando medidas inmediatas que fueran en línea con sus intereses para garantizar la estabilización y afianzar la integración. Pero hay pocas esperanzas de que así sea.

Sencillamente, son demasiado profundas las diferencias entre los estados clave de la unión monetaria, en especial Alemania y Francia, y entre los miembros del sur y el norte de la eurozona. Todos saben lo que hay que hacer: llegar a un nuevo acuerdo entre el terco énfasis de Alemania sobre la austeridad y la necesidad de los países mediterráneos de elevar el gasto para recuperar el crecimiento e impulsar la competitividad. Pero a los líderes políticos de Europa parece faltarles el coraje para hacerlo.

Como resultado, no cabe esperar signos de fortalecimiento o un nuevo inicio de la UE. Por el contrario, a pesar de las muchas afirmaciones de que las cosas tienen que cambiar después del shock del Brexit, hay muchas señales que hacen pensar que las cosas seguirán como hasta ahora.

**Pero las causas subyacentes al rechazo de Europa son mucho más profundas que los actuales conflictos. La reaparición de los nacionalismos ha revivido el mito de una época dorada de estados nacionales étnica y políticamente homogéneos, libres de limitaciones externas e inmunes a las consecuencias negativas de la globalización.**

Escribo esto unos pocos días antes del aniversario de la masacre ocurrida en el Somme el 1 de julio de 1916. Parece ser que el poder desmitificador de dos terribles guerras mundiales, que alguna vez bastó para forjar una Europa común y fundar la UE, ya no es suficiente para sostener el proyecto de integración europea posterior a 1945. Parece que las palabras del ex Presidente François Mitterrand en su último discurso ante el Parlamento Europeo (“Le nationalisme c’est la guerre!”) han caído en el olvido.

Hoy el nacionalismo está creciendo en casi todos los países europeos, y se dirige principalmente contra los extranjeros y la UE, dos objetivos que se usaron también en la campaña del Brexit. Sus partidarios apelaron principalmente al mito nacionalista, mientras que a menudo quienes apostaban por la permanencia sonaban como contables sosos y aburridos.

El reverso de la visión positiva de Europa no solamente hace caso omiso al pasado. Es también un síntoma del declive europeo (o, más precisamente, occidental que), al menos en términos relativos, ha generado una profunda desconfianza en las “elites”. Europa no está sola en este respecto: en Estados Unidos, el probable nominado republicano Donald Trump saludó al Brexit y hace uso de varios de los mismos recursos nacionalistas.

Para muchos ciudadanos occidentales, entidades como la UE, no menos que el ascenso de importantes economías emergentes como China e India, se perciben como agentes de este declive más que como una manera de influir en los cambios de poder a nivel global y reaccionar en función de sus valores e intereses. En consecuencia, se busca la salvación en el estado nación. Lamentablemente, como lo demostrará Gran Bretaña, se trata de una estrategia que equivale a poco más que a una profecía de decadencia autocumplida.

No se podrá hacer retroceder la marea en ascenso del nacionalismo a menos que la idea de Europa recupere su poder visionario en positivo. Para ello será necesaria no sólo una nueva narrativa europea (a cuya creación podría contribuir el propio experimento de autodestrucción de Gran Bretaña), sino también una UE renovada.

Antes que todo, se debe dejar en claro a millones de ciudadanos europeos dónde reside el poder real de la UE: no en Bruselas ni en Estrasburgo, sino en manos de los gobiernos nacionales. Se culpa a las instituciones de la UE de todo tipo de problemas: la globalización, la inmigración, los recortes a los beneficios sociales y el Thatcherismo, el paro juvenil, la falta de democracia, y muchos más. De hecho, al impedir que la UE aborde estos problemas, los gobiernos nacionales (impotentes para darles una respuesta eficaz por sí mismos) no han hecho más que agravarlos.

Por ahora, los gobiernos de casi todos los estados miembros tienen una postura contradictoria, rechazando una mayor integración al tiempo que insisten que la UE tiene que “cumplir”. Nadie explica qué es lo que debería cumplir, ni cómo, sin esa mayor integración. Pero, incluso en Europa, nadie puede tener el oro y el moro.

Puede que todavía haya tiempo para revertir las actuales tendencias de Occidente. No necesitamos una victoria de Trump ni de la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen, para saber hacia dónde lleva el nacionalismo que subyace al voto del Brexit.

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protest…)

- ¿EEUU gana o pierde tras el referéndum? (El Economista - Project Syndicate - **3/7/16**)

(Por Simon Johnson)

El voto británico de abandonar la Unión Europea ha conmocionado a los mercados financieros de todo el mundo. Los pronósticos a corto y medio plazo del crecimiento económico en el Reino Unido se han reducido mucho, y los efectos para el resto de Europa serán negativos.

A algunos ganadores políticos obvios del Brexit no les gusta Europa occidental ni lo que representa. Irónicamente, Estados Unidos (el principal aliado de Europa y mayor socio comercial de la UE) podría acabar saliendo beneficiado, aunque no si Donald Trump, el presunto candidato republicano, gana las elecciones presidenciales en noviembre. Gran Bretaña tiene una población de poco más de 65 millones de personas y, hasta el día de ayer, era la quinta mayor economía, con un PIB nacional de casi 3 billones de dólares. En el contexto de una economía global de 75 billones de dólares, Gran Bretaña es relativamente pequeña y abierta, y depende en gran manera del comercio exterior. La exportación anual suele rondar el 28-30 por ciento de la actividad económica.

Todo eso ahora podría cambiar. La UE representa casi la mitad de las exportaciones británicas y las posibilidades de que continúe el acceso total al mercado son escasas. El comercio de bienes podría verse afectado, pero las repercusiones para la exportación de servicios (los financieros también) serán todavía más duras. En principio, Gran Bretaña podría negociar un gran acuerdo de acceso al mercado, pero eso exigiría sin duda aceptar las normas de Bruselas, precisamente contra lo que han votado los británicos. El crecimiento del Reino Unido decaerá en consecuencia y durante mucho tiempo.

La repercusión directa para la economía mundial podría ser limitada porque otros países se beneficiarán en cierto modo de las pérdidas británicas. Por ejemplo, el Reino Unido era hasta hace poco uno de los principales destinos de la inversión directa extranjera, precisamente porque las empresas lo consideraban una buena base desde la que vender a Europa occidental. El atractivo británico y la creación de buenos empleos que se derivaba de ello disminuirán ahora. El gran perdedor político es lógicamente la UE que, sin una sexta parte de su PIB actual, caerá en las clasificaciones económicas de estar justo debajo de EEUU, hasta el nivel de China (por debajo, dirán algunos), medido en tipos de cambio actuales. La reacción política de los líderes de la UE no está clara pero, dada la ineptitud con la que se ha gestionado la crisis de la eurozona desde 2010, el regreso de un crecimiento más dinámico parece improbable. Una Europa más débil es mala para el resto del mundo, y personas como Vladimir Putin, que desprecian la democracia, están riéndose hoy. Muchos regímenes autoritarios se financian mediante la exportación de recursos naturales. Un crecimiento global más lento y, por lo tanto, precios más bajos del petróleo, no convienen a países como la Rusia de Putin o Irán. China sigue siendo una economía donde el crecimiento se basa sobre todo en la exportación de bienes manufacturados a países más ricos, por lo que una recesión en el Reino Unido y la UE tampoco le favorece. **En términos geopolíticos y económicos, Estados Unidos es potencialmente el principal ganador de la desintegración de la UE**. El país ascendió hasta el dominio global cuando los europeos luchaban mutuamente y sus imperios declinaban. El papel posterior a 1945 de EEUU, lo desafió la Unión Soviética que, por un momento, supuso un problema tecnológico real. Hoy en día, Rusia tiene una economía pequeña (y menguante), y una población en declive.

Después estaba Japón en los ochenta, con sus prácticas innovadoras de gestión y empresas bien gestionadas. Japón es mucho más rico que Rusia hoy en día, aunque también está sumido en el malestar económico y podría quedarse atrapado en una espiral demográfica descendente perpetua.

Los líderes de la UE últimamente se han visto como rivales de Estados Unidos en la escena global. La cuestión es qué partes de Europa permanecerán juntas y en qué condiciones. La prosperidad se basa en la gente y en las ideas. ¿Quién puede atraer a las personas de más talento, formarlas a ellas y a sus hijos, y dar la oportunidad al mayor número de personas posible de trabajar productivamente? Estados Unidos tiene graves problemas, pero absorber inmigrantes y fomentar la creatividad han sido algunos de sus grandes puntos fuertes desde hace más de 200 años.

El Reino Unido también ha sido una sociedad relativamente abierta en las últimas décadas y muchos de sus jóvenes quieren que siga siendo así. Pero los mayores, que viven fuera de las grandes zonas urbanas, han votado para levantar barreras y (en cierta medida) tratar de cerrar el país al resto del mundo. La política de las elecciones presidenciales en Estados Unidos es, como es obvio, muy diferente del debate del Brexit en el Reino Unido, pero Trump plantea una visión sorprendentemente similar a la de Nigel Farage, el líder del Partido por la Independencia del Reino Unido, y el viernes ambos parecían igual de satisfechos con el resultado del referéndum.

La elección que tomarán los estadounidenses en noviembre se centra cada vez más. ¿Cederán los votantes al canto de Trump, perjudicando enormemente a la economía nacional y a todo el mundo, al lanzarse hacia un esfuerzo autodestructivo de separarse del resto del mundo? ¿O elegirán la prosperidad y un papel líder global?

- La Brexplosión antiglobalización (Project Syndicate - **30/6/16**)

Seúl.- El populismo, el nacionalismo y la xenofobia contribuyeron a la victoria de la campaña “Leave” (partir) en el reciente referendo del Reino Unido sobre la pertenencia a la Unión Europea. Pero esas fuerzas flotan en la superficie de un cambio radical más trascendente: un giro fundamental a nivel mundial en la relación entre el estado y el mercado.

Desde el nacimiento del capitalismo moderno, esos dos marcos de actividad humana generalmente estuvieron enfrentados. Mientras que el mercado tiende a expandirse geográficamente en tanto sus participantes persiguen beneficios económicos, el estado busca mantener en orden a todos y a todo dentro del territorio que controla. Un comerciante puede reconocer oportunidades de mercado en un país extranjero, pero, si pretende aprovecharlas, se topará con el estado -más inmediatamente, con las autoridades inmigratorias del país.

De qué manera reconciliar la tensión entre el mercado y el estado es la preocupación central de la economía política hoy, del mismo modo que lo fue para Adam Smith en el siglo XVIII, para Friedrich List y Karl Marx en el siglo XIX y para John Maynard Keynes y Friedrich von Hayek en su extenso debate sobre el tema a mediados del siglo XX.

Consideremos dos extremos hipotéticos en la relación estado-mercado. El primero es un mercado global sin fisuras en el que los individuos pueden maximizar sus beneficios materiales sin ninguna intervención del estado. El problema con este escenario es que uno puede vivir en un país que es vulnerable a todas las consecuencias negativas de la globalización irrestricta, como la devaluación de la moneda, la explotación laboral, el incumplimiento de las leyes de propiedad intelectual y demás.

El otro extremo es un mundo integrado enteramente por estados autárquicos aislados, donde los individuos están protegidos de las fuerzas económicas externas y el estado tiene plena autonomía en las cuestiones domésticas. En este escenario, habrá que renunciar a todos los beneficios económicos conocidos de la división global del trabajo.

Entre estos dos extremos se encuentra gran parte del mundo tal como es, caracterizado por proyectos de integración regional como la UE y el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte.

Podemos identificar oscilaciones importantes durante la historia del capitalismo en los dos últimos siglos, hacia el mercado y hacia el estado. Por ejemplo, el rechazo de las Leyes del Maíz en el Reino Unido en 1846 favoreció un mercado libre en el comercio internacional y una globalización acelerada hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Después de la Primera Guerra Mundial, el péndulo volvió a oscilar hacia el estado. El capital financiero en Occidente estaba debilitado políticamente y una clase trabajadora movilizada aprovechó la oportunidad para exigir empleos y programas de asistencia social que iban en contra de la lógica y las reglas de un mercado globalizado. En las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, sobrevino un creciente proteccionismo de la mano de políticas aislacionistas -como cuando Gran Bretaña abandonó el patrón oro en 1931 en respuesta a una gran demanda de la libra-. The Economist declaró ese lunes 21 de septiembre “el fin definitivo de una época en el desarrollo financiero y económico del mundo”. Después de la aprobación del Brexit, el mismo periódico advirtió: “Gran Bretaña está navegando en una tormenta con nadie frente al timón”.

La conferencia de Bretton Woods en 1944 marcó otra nueva oscilación hacia el mercado, sólo que esta vez permitió cierto grado de autonomía nacional. Hasta fines de los años 1960, un equilibrio armonioso de apertura internacional y autonomía nacional dio lugar a una prosperidad generalizada.

Ahora bien, la turbulencia regresó en los años 1970 cuando el crecimiento lento y los precios elevados de la “estanflación” así como una crisis energética global hicieron oscilar el péndulo hacia mercados totalmente liberalizados - un cambio del mundo keynesiano al mundo hayekiano, ayudado por Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos.

Esto nos trae al presente. La crisis económica de 2008, y la imposibilidad de la economía global de recuperarse de ella plenamente, pusieron fin al proyecto iniciado por Thatcher y Reagan. Como en el período posterior a la Primera Guerra Mundial, los trabajadores empezaron a pensar que la globalización los había dejado atrás y que los líderes políticos favorecían a los financistas y a las grandes empresas a costa suya. En el caso del Brexit, la campaña “Leave” votó por más autonomía nacional, aunque tenga un claro costo material.

Una versión norteamericana del Brexit tal vez no esté muy lejos si el próximo presidente de Estados Unidos desecha el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica con 11 países de la costa del Pacífico, firmado en febrero de este año. En un momento en que las negociaciones comerciales a nivel global están casi muertas, el TPP (por su sigla en inglés) debería parecer una estrategia razonable para impulsar el comercio multilateral. Y, sin embargo, ambos candidatos presidenciales en Estados Unidos dicen que se oponen a él y proponen lo que sería un equivalente a un “Amexit” del sistema de comercio global.

**Estamos en un interregno. El descontento social y político seguirá creciendo en todo el mundo hasta que volvamos a colocar a la relación estado-mercado en un equilibrio saludable. El problema es que nadie sabe cómo hacerlo mejor.**

Algunos proponen rearmonizar los mercados internacionales con autonomía nacional, como sucedió en Bretton Woods. Pero el orden económico internacional de posguerra fue creado para la era pre-globalización, y no podemos volver a poner al genio dentro de la botella, aun si fuera posible hacerlo. **El Brexit marca el comienzo del fin de la última era de globalización. Nadie puede saber qué viene a continuación, pero sí podemos estar seguros de que no será el destino final.**

(Yoon Young-kwan, former Minister of Foreign Affairs of the Republic of Korea, is Professor Emeritus of International Relations at Seoul National University)

- Donde Europa aún vive (Project Syndicate - **4/7/16**)

Lviv.- El resultado del referendo por el Brexit en el Reino Unido causó conmoción en todos los pueblos de Europa. Pero ver la reacción en Lviv (Ucrania occidental), un polo de entusiasmo por la Unión Europea, fue particularmente estremecedor.

Mientras en el RU un grupo de oportunistas y populistas irresponsables se dedica a demoler las instituciones de su propio país y las de Europa, los reformistas ucranianos están tratando de crear algo nuevo. Mientras los partidarios del Brexit en el RU promovieron su causa apelando a una amenaza migratoria inventada, los activistas ucranianos que trabajan por darle a la sociedad civil un marco capaz de resistir las presiones internas de los oligarcas y la influencia externa de Rusia se enfrentan a amenazas muy reales.

Tal vez pocas ciudades guarden en su historia un recordatorio tan claro de la capacidad autodestructiva de Europa como Lviv. Alrededor de sus pintorescas plazas, cada adoquín y cada fachada ornamental fueron mudos testigos del derramamiento de sangre que acompañó el ascenso y la caída de los imperios. Pero Lviv es también un lugar donde hallar esperanzas para la promesa europea.

Lviv es una ciudad profundamente antirrusa y proeuropea; pero todos los veranos, durante cinco días, es sede del Alpha Jazz Festival, patrocinado por un banco ruso. Mientras la guerra entre Rusia y Ucrania todavía no terminó, las calles de Lviv se llenan de funcionarios, ciudadanos locales, miembros de la diáspora ucraniana e incluso algunos rusos que van allí a disfrutar del mejor jazz del mundo.

Además de su animada vida cultural y su ubicación geográfica, Ucrania tiene importancia estratégica para Occidente. Es un frente clave en la confrontación mundial entre democracia y autocracia. Para Europa, representa una oportunidad única de promover el Estado de Derecho, la transparencia, el libre comercio y la buena administración más allá de sus fronteras.

Ucrania es un país grande, con abundancia de capital humano, recursos naturales y potencial de crecimiento en muchos sectores. Y el éxito de su programa de reformas aumentará la probabilidad de que se produzcan cambios positivos en Rusia. Sin embargo, de 2006 a esta parte la economía ucraniana (medida en dólares) se contrajo dos tercios, lo que la convierte en el país más pobre de Europa.

Tras la caída en 2014 del presidente prorruso Víktor Yanukóvich, el sueño europeo pareció de pronto menos lejano para muchos ucranianos, que esperaban la posibilidad de viajar sin visa y hallar oportunidades de empleo en la UE en un futuro cercano. El resultado del Brexit dañó esas esperanzas y dañó el modelo europeo que por tanto tiempo fue inspiración para las sociedades que salían de la confusión postsoviética. En muchos ucranianos presentes en el festival de jazz de Lviv era palpable la sensación de desesperanza e incredulidad ante el espectáculo renovado de la autodestrucción europea.

El Brexit beneficia gratuitamente a las fuerzas de la autocracia. Debilita la capacidad de Europa de proyectar su poder blando (y su deseo de hacerlo). Las ventajas de un mundo posteuropeo y post Primavera Árabe son evidentes para los dictadores, que ahora pueden dormir más tranquilos.

Pero aún hay razones para la esperanza. Las reformas en Ucrania todavía tienen margen para el éxito; en los últimos dos años se logró más que en los veinte anteriores. Para empezar, al menos la economía está estabilizada y los combates en el este perdieron intensidad.

El actual primer ministro de Ucrania, Volodymyr Groysman, está decidido a impulsar reformas adicionales para combatir la corrupción, entre ellas anular los subsidios a la energía y adoptar una política monetaria más transparente (pasar de metas de tipo de cambio a metas de inflación).

Al este, la economía rusa sufre el abaratamiento de la energía y las sanciones de Occidente (dos factores que no cambiarán en lo inmediato), e incluso sin esas condiciones externas, ya luchaba contra un aumento de los costos y la falta de crecimiento de la productividad. Pero al menos algunas personas cercanas al círculo íntimo del liderazgo ruso insinuaron que ahora hay voluntad de discutir asuntos de interés regional o global.

Al oeste, la UE todavía puede recuperar la compostura, siempre que actúe rápido para resolver la incertidumbre generada por el Brexit. Si lo logra, podrá encarar oportunidades de inversión en Ucrania y el sudeste de Europa que prometen reaprovisionarla de capital político y dar nuevos bríos a su productividad.

La UE debe ver el Brexit como una oportunidad de avanzar en sus propias reformas fundamentales, cuyo estancamiento se debe en parte a la oposición del RU. Las encuestas de opinión muestran que los ciudadanos de la UE entienden la necesidad de crear un marco paneuropeo para el control del sector financiero (particularmente la banca transfronteriza), el manejo de los flujos de refugiados y la implementación de medidas para combatir el cambio climático y mitigar sus efectos.

Para los ciudadanos de Lviv, el proyecto europeo no solo es un modelo para la reconstrucción de su propia sociedad, sino también un modelo de integración a algo más grande. En el RU, los defensores de la permanencia en la UE no supieron presentar al electorado esa visión más amplia, con la notable excepción del ex primer ministro Gordon Brown y su llamado a que Gran Bretaña se quedara para liderar la UE en vez de abandonarla. Hasta los proeuropeos del RU se preguntaban si valía la pena votar por la permanencia, dado el escaso interés de su gobierno en asumir ese papel de liderazgo. Lo que necesitaba (y todavía necesita) el RU es poner ante los ojos de su pueblo una visión de cómo mejorar su país haciendo mejor a la UE.

Los reformistas ucranianos que siguen con valentía la tarea de crear nuevas instituciones miran a la UE (y especialmente al RU) en busca de modelos. Ojalá algún día podamos mirar a Lviv (una ciudad de la que cada uno de sus ciudadanos se siente propietario hasta la última piedra) como fuente de inspiración para Europa.

(Erik Berglöf, Director of the Institute of Global Affairs at the London School of Economics, is a former chief economist of the European Bank for Reconstruction and Development)

- La mentira y el liderazgo (Project Syndicate - **6/7/16**)

Cambridge.- Esta temporada electoral, han sido frecuentes las acusaciones de deshonestidad. Durante el debate por el “Brexit” en Gran Bretaña, los dos bandos se acusaron mutuamente de distorsionar la verdad (pero la rapidez con que el campo vencedor pro‑Brexit comenzó a desdecirse de sus promesas de campaña, mientras las afirmaciones del campo perdedor resultaban ciertas, señala cuál de los dos decía las cosas como son). En la campaña para la elección presidencial de los Estados Unidos, el virtual candidato republicano, Donald Trump, se refirió casi siempre a su competidor más cercano en las primarias como “Ted Cruz el mentiroso”.

Trump tampoco deja pasar oportunidad de adosarle el calificativo de “deshonesta” a Hillary Clinton, la virtual candidata demócrata. Cuando hace poco Clinton pronunció un cuidado discurso sobre política exterior, Trump dijo que era “una mentirosa de primera”. Pero PolitiFact, una organización que se dedica a corroborar lo que dicen los políticos (y que ganó el premio Pulitzer), determinó que eran falsas el 60% de las afirmaciones de Trump que investigó desde el inicio de su campaña, contra un 12% para Clinton.

Algunos cínicos no dan importancia a estos intercambios entre candidatos; los consideran una conducta típica de políticos. Pero esto es un error, ya que implica pasar por alto serias cuestiones relacionadas con el grado de honestidad que esperamos de nuestros líderes y del debate político.

Es cierto que en algunos casos preferimos que los políticos no digan toda la verdad. En tiempo de guerra o durante una operación antiterrorista, el engaño puede ser condición necesaria para la victoria o el éxito, que claramente redundan en nuestro interés.

Hay otros casos no tan dramáticos pero no menos importantes. A veces, los líderes tienen objetivos que difieren de los de gran parte de sus seguidores, así que optan por engañarlos, en vez de revelar las diferencias. Cuando esas mentiras son en interés propio (para ocultar la corrupción o complacer la vanidad del líder), la censura moral es inmediata y adecuada. Pero hay otros líderes que cuando tienen objetivos diferentes a los de sus seguidores, hacen grandes esfuerzos para educar a los posibles críticos y lograr que adopten otro punto de vista.

Sin embargo, a veces no hay tiempo suficiente para cambiar el parecer de los seguidores, o estos están demasiado divididos para llegar a un consenso que permita sostener una acción colectiva. Sucede entonces que algunos líderes adoptan una visión paternalista y los engañan en aras de lo que consideran un bien mayor o a más largo plazo.

Por ejemplo, cuando Lyndon B. Johnson era jefe del bloque mayoritario en el Senado de los Estados Unidos, engañó a sus simpatizantes sureños para lograr la aprobación de la ley de derechos civiles de 1957. Charles de Gaulle no reveló su estrategia para la independencia de Argelia cuando asumió la presidencia de Francia en 1958, porque sabía que si lo hacía condenaría el plan al fracaso. John F. Kennedy no reveló a la opinión pública que una de las condiciones del acuerdo que puso fin pacífico a la Crisis de los Misiles en 1962 fue la retirada de las armas nucleares estadounidenses desplegadas en Turquía.

Franklin D. Roosevelt mintió a la opinión pública estadounidense en relación con un ataque alemán a un destructor de Estados Unidos, para vencer la resistencia aislacionista a ayudar a Gran Bretaña antes de la Segunda Guerra Mundial. Y Winston Churchill afirmó que “la verdad es tan preciosa que siempre debe ir protegida por una guardia de mentiras”.

Que los objetivos de los líderes justifiquen algunas veces una insinceridad no implica que todas las mentiras sean iguales ni que debamos suspender el juicio moral en esos casos. A menudo el engaño maquiavélico es parte de una estrategia; por ejemplo, en una negociación o cuando se trata de convencer a un grupo de personas para que acepten objetivos nuevos. Pero hay que tener en cuenta la intención. Cuando el engaño es por interés propio, en vez de una estrategia para beneficiar a otros se convierte en un acto de manipulación egoísta.

Aun admitiendo que el engaño a veces puede ser necesario, subsiste la duda de si el objetivo es importante, si no hay otros medios para lograrlo, si hay riesgo de que la mentira siente un precedente o ejemplo que invite a otros a hacer lo mismo, qué daño causará a las diversas víctimas y si los mentirosos deberán responder por sus mentiras (que más tarde su conducta sea descubierta y haya que explicarla). En su libro When Presidents Lie, el historiador Eric Alterman concluye que las mentiras presidenciales “se convierten inevitablemente en monstruos que estrangulan a sus creadores”.

Y los presidentes pueden sentar malos precedentes. La mentira de Roosevelt en 1941 respecto del ataque alemán al destructor Greer dejó la puerta abierta a la descripción muy adornada con la que en 1964 el presidente Johnson anunció un ataque norvietnamita a buques de los Estados Unidos, lo que condujo a la resolución del Golfo de Tonkin.

A los líderes no les cuesta nada convencerse de que están diciendo una mentira piadosa por el bien de sus seguidores, cuando solo mienten por conveniencia política o personal. Por eso es tan importante para una democracia examinar atentamente la naturaleza del cálculo de medios y fines que hacen los líderes. Puede haber casos en que estaremos de acuerdo con que un líder político nos mienta, pero deben ser los menos, y sujetos a un cuidadoso escrutinio. Lo contrario supone desvalorizar la moneda de cambio de la democracia y reducir la calidad del discurso político.

Por eso los cínicos se equivocan al desestimar la retórica de Trump como simple cosa de políticos. Si PolitiFact y otras organizaciones similares están en lo cierto, los políticos no son todos, igual de mentirosos. Trump dijo muchas más falsedades que cualquiera de sus oponentes, y un examen revelaría que la mayoría (tal vez todas) fueron en interés propio. Para preservar la integridad de la democracia es imprescindible una prensa independiente y activa que vele por la verdad; pero también un electorado que se oponga al cinismo y a la degradación del discurso político.

(Joseph S. Nye, Jr., a former US assistant secretary of defense and chairman of the US National Intelligence Council, is University Professor at Harvard University. He is the author of Is the American Century Over?)

- Las líneas políticas divisorias de la globalización (Project Syndicate - **4/7/16**)

Nueva York.- La votación del Reino Unido a favor de salir, aunque por un margen muy estrecho, de la Unión Europea aconteció debido a razones específicamente británicas. Y, no obstante, también es como el proverbial canario en la mina de carbón, envía señales sobre una amplia reacción populista/nacionalista -al menos en las economías avanzadas- en contra de la globalización, el libre comercio, la deslocalización, la migración laboral, las políticas orientadas al mercado, las autoridades supranacionales, e incluso en contra del cambio tecnológico.

Todas estas tendencias reducen los salarios y el empleo de los trabajadores con bajas cualificaciones en las economías avanzadas, que son economías que tienen escasez de mano de obra y son ricas en capital, y los incrementan en las economías emergentes que tienen abundancia de mano de obra. Los consumidores en las economías avanzadas se benefician de la reducción de los precios de los productos objeto de comercio; pero, los trabajadores con bajas e incluso medianas cualificaciones pierden ingresos ya que sus salarios de equilibrio caen y sus puestos de trabajo se ven amenazados.

**En la votación “Brexit”, las líneas divisorias estuvieron claras: ricos frente a pobres, ganadores frente a perdedores del comercio y la globalización, cualificados frente a no cualificados, personas con un alto nivel de educación formal frente a personas con un menor nivel de educación formal, jóvenes frente a personas maduras, lo urbano frente a lo rural, y comunidades diversas frente a comunidades más homogéneas. Las mismas líneas divisorias están apareciendo en otras economías avanzadas, incluyendo en las de Estados Unidos y la Europa continental.**

Ya que sus economías y mercados de trabajo son más flexibles, EEUU y el Reino Unido se han recuperado con más fuerza que la Europa continental en términos de PIB y empleo desde la crisis financiera mundial del año 2008. La creación de empleo ha sido robusta, situándose la tasa de desempleo por debajo del 5%, aunque los salarios reales no están creciendo mucho.

No obstante, en EEUU, Donald Trump se ha convertido en el héroe de los trabajadores enojados y amenazados por el comercio, la migración y el cambio tecnológico. En el Reino Unido, el voto Brexit fue fuertemente influido por el temor a que los inmigrantes provenientes de países de la UE con bajos salarios (el proverbial “fontanero polaco”) se apoderen de los puestos de trabajo y de los servicios públicos de los ciudadanos.

En Europa continental y la eurozona, sin embargo, las condiciones económicas son mucho peores. La tasa promedio de desempleo se sitúa por encima del 10% (y es mucho mayor en la periferia de la eurozona - más del 20% en Grecia y España) con un desempleo juvenil superior al 30%. En la mayoría de estos países, la creación de empleo es anémica, los salarios reales están cayendo, y los mercados duales de mano de obra se traducen en que en el sector formal, los trabajadores sindicalizados tienen buenos salarios y beneficios, mientras que los trabajadores más jóvenes tienen empleos precarios que pagan salarios más bajos, no proporcionan ninguna seguridad en el empleo, y ofrecen pocos o ningún beneficio.

En lo político, las tensiones de la globalización vienen por partida doble. En primer lugar, los partidos dentro del sistema tradicional de derecha e izquierda, que desde hace más de una generación apoyaron al libre comercio y la globalización, están siendo cuestionados por partidos anti-sistema, nativistas/nacionalistas y populistas. En segundo lugar, los partidos del sistema están siendo perturbados -e incluso hasta destruidos- desde dentro, en la medida que surgen defensores de la anti-globalización y desafían la ortodoxia convencional.

Los partidos del sistema que en algún momento fueron controlados por los beneficiarios de la globalización: los propietarios del capital; trabajadores cualificados con un alto nivel de educación formal y digitalmente inteligentes; élites urbanas y cosmopolitas; y, empleados de cuello blanco y azul pertenecientes a sindicatos. Sin embargo, estos partidos también incluían a trabajadores -tanto de cuello blanco y azul- que se encontraban en las filas de los perdedores de la globalización, pero que a pesar de ello se mantenían leales, ya sea porque eran conservadores social o religiosamente, o porque los partidos de centro izquierda fueron en el pasado partidarios de los sindicatos, de los derechos de los trabajadores, y de los programas de ayuda social.

Después de la crisis financiera del año 2008, los perdedores de la globalización comenzaron a organizarse y encontrar a los campeones anti-sistema, tanto en la izquierda y la derecha. En la izquierda, los perdedores en el Reino Unido y EEUU, especialmente los jóvenes, encontraron campeones en los partidos tradicionales de centro izquierda: Jeremy Corbyn en el Partido Laborista del Reino Unido, y Bernie Sanders en el Partido Demócrata de Estados Unidos.

Las líneas divisorias más profundas surgieron entre los partidos de centro-derecha. Estos partidos -los republicanos en EEUU, los conservadores en el Reino Unido, y los partidos de centro-derecha en toda Europa continental- enfrentan una revuelta interna contra sus propios líderes. El surgimiento de Donald Trump -un líder anti-comercio, anti-migración, anti-musulmanes, y nativista- es un reflejo de un hecho incómodo para las corrientes tradicionales republicanas: el votante promedio del partido está más cerca de aquellos que han perdido a consecuencia de la globalización. Una revuelta similar tuvo lugar en Partido Conservador del Reino Unido, donde los perdedores de la globalización se han congregado en torno de la campaña “Salir” del partido o han desplazado su apoyo hacia el Partido de la Independencia del Reino Unido.

En la Europa continental, donde los sistemas parlamentarios multipartidistas son prevalentes, la fragmentación política y la desintegración son aún más graves que en el Reino Unido y EEUU. En la periferia de la UE, los partidos anti-sistema tienden a ser de la izquierda: Syriza en Grecia, Movimiento Cinco Estrellas de Italia, Podemos de España, los partidos de izquierda en Portugal. En el núcleo de la UE, estos partidos tienden a ser de la derecha: Alternativa para Alemania, el Frente Nacional de Francia, y partidos similares de extrema derecha en Austria, los Países Bajos, Dinamarca, Finlandia, Suecia, y en otros lugares.

Pero, a pesar del creciente número y de la organización y movilización de los perdedores de la globalización, la globalización propiamente dicha no es necesariamente condenada. Para empezar, continúa produciendo beneficios netos para los mercados emergentes y avanzados por igual, por lo que los perdedores no terminan de ser una minoría en la mayoría de las economías avanzadas, mientras que aquellos que se benefician de la globalización son una gran mayoría - si bien a veces son una mayoría silenciosa. De hecho, incluso los “perdedores” se benefician de los precios más bajos de bienes y servicios que traen consigo la globalización y la innovación tecnológica.

Esto también se debe a que los partidos populistas y anti-corrientes tradicionales son todavía una minoría política. Incluso Syriza, una vez en el poder, dio marcha atrás y tuvo que aceptar la austeridad, ya que una salida de la UE habría sido mucho más costosa. Y, las recientes elecciones generales en España, que se celebraron tres días después del referéndum Brexit, sugieren que, a pesar de un alto desempleo, austeridad y reformas estructurales dolorosas, las fuerzas pro-europeas moderadas siguen siendo una mayoría.

Incluso en EEUU, el atractivo de Trump es limitado, debido a la estrechez demográfica de su base electoral. La posibilidad de que pueda ganar las elecciones presidenciales en noviembre es altamente dudosa.

Esta es también la razón por la que las coaliciones pro-europeas de centro-izquierda y centro-derecha se mantienen en el poder en la mayor parte de la UE. El riesgo de que los partidos anti-UE pueden llegar al poder en Italia, Francia y los Países Bajos -entre otros- está aumentando, pero sigue siendo una posibilidad lejana.

Por último, la teoría económica sugiere que se puede hacer que la globalización beneficie a todos, siempre y cuando los ganadores compensen a los perdedores. Esto puede tomar la forma de compensación directa o mayor provisión de bienes públicos gratuitos o casi libres (por ejemplo, educación, reentrenamiento, asistencia sanitaria, prestaciones por desempleo, beneficios de pensiones trasferibles).

Para que los trabajadores acepten una mayor movilidad y flexibilidad laboral en la medida que la destrucción creativa elimina algunos puestos de trabajo y crea otros, son necesarios sistemas adecuados para reemplazar la pérdida de ingresos como consecuencia del desempleo transicional. En la Unión Europea continental, los partidos del sistema se mantienen en el poder, en parte debido a que sus países mantienen extendidos sistemas de bienestar social.

La reacción contra la globalización es real y creciente. Sin embargo, puede ser contenida y gestionada a través de políticas que compensen a los trabajadores por sus daños y costos colaterales. Sólo mediante la promulgación de dichas políticas, los perdedores de la globalización empezaran a pensar que, con el transcurso del tiempo, ellos también podrán unirse a las filas de los ganadores.

(Nouriel Roubini, a professor at NYU’s Stern School of Business and Chairman of Roubini Macro Associates, was Senior Economist for International Affairs in the White House's Council of Economic Advisers during the Clinton Administration. He has worked for the International Monetary Fund, the US Feder…)

- Solo más Europa puede vencer al nacionalismo europeo (Project Syndicate - **7/7/16**)

Bruselas.- Aunque desafortunada, la decisión de los votantes británicos de abandonar la Unión Europea era esperable. Década tras década, sus políticos se han abstenido de defender la pertenencia a la UE, o al menos explicar al pueblo británico cómo funciona y por qué es necesaria.

En todo su mandato, David Cameron no mostró liderazgo ni voluntad para comprometerse realmente con la UE. Gran Bretaña siempre tuvo un pie afuera mientras su primer ministro no dejaba de lanzar críticas a los burócratas anónimos de Bruselas. Lamentablemente, su tardío intento de defender la pertenencia a la UE durante la campaña del Brexit no bastó para revertir los efectos de décadas de mentiras sobre la opinión pública británica.

Contra los consejos de amigos y aliados, Gran Bretaña eligió aislarse del resto de Europa. Ahora que su decadencia postimperial está completa, la lección más importante que podemos extraer del referendo por el “Brexit” que selló su destino es que no se puede vencer al nacionalismo accediendo a las demandas de los nacionalistas. Si la UE quiere hacer frente a las vertientes nacionalistas que están socavando su raison d’être misma, tendrá que escuchar las inquietudes de la gente y ofrecer una visión radical nueva para una gobernanza eficaz. De lo contrario, el cáncer del nacionalismo se extenderá.

En primer lugar, los países que se quedan en la UE ahora deben sostener la legalidad europea y demandar un divorcio completo y rápido. Los ciudadanos del Reino Unido votaron por irse, y sus líderes políticos aseguran que respetarán el resultado del referendo, así que insistir en que lo hagan lo antes posible no es un “castigo”. Si la inacción británica prolonga el sufrimiento económico de Europa derivado de la incertidumbre política, hay que encarar una separación plena en forma unilateral.

En lo político, el RU ya va camino a convertirse en adversario, más que socio de confianza, de la UE. Antes de desdecirse bajo intensa presión, Theresa May (secretaria de interior y ahora principal candidata para suceder a Cameron como primera ministra) sembró dudas sobre la situación futura de los nacionales de la UE residentes en el RU, al prometer solamente que serían “parte de la negociación” para la salida de Gran Bretaña.

En realidad, May se opuso al Brexit, pero su hostilidad antieuropea solo difiere en grado, no en cualidad, de la de políticos pro-Brexit como Daniel Hannan, un eurodiputado conservador, y Nigel Farage, líder del Partido de la Independencia del RU, quienes celebran la posibilidad de que haya otros referendos por el abandono en toda la UE.

Felizmente, el contagio post-Brexit todavía no se materializó, lo que muy probablemente se debe al lamentable espectáculo que está dando el RU desde el 23 de junio: un futuro económico incierto, el sector financiero (una potencia mundial) en busca de nuevos lugares donde radicarse y sus líderes políticos acuchillándose unos a otros por la espalda.

De hecho, es posible que el referendo haya alentado a los países de la UE (incluso aquellos con partidos declaradamente euroescépticos, como Dinamarca y Suecia) a cerrar filas en apoyo de la pertenencia a la UE. Una encuesta realizada en Suecia después del referendo por el Brexit halló que el 66% de los encuestados todavía aprueba la pertenencia a la UE; una encuesta similar en Dinamarca mostró un 9% de aumento del apoyo a la pertenencia.

Los líderes de la UE no deben quedarse de brazos cruzados. La crisis del Brexit debe verse como una oportunidad para la Unión, ahora que las inquietudes por la globalización, el terrorismo, la inmigración y la desigualdad están a la orden del día. Una Europa dividida no pudo responder a estos desafíos; y aunque la ausencia de los británicos se notará, la UE ahora estará menos dividida.

Pero en su estado actual la UE no es capaz de una acción decisiva a gran escala. Para ofrecer una alternativa al atractivo emocional del nacionalismo populista, la Unión debe volverse más atenta a las demandas de sus ciudadanos. Esto requiere reformas estructurales profundas a la eurozona y a las instituciones políticas centrales de la UE.

Los economistas generalmente coinciden en que una moneda única no es sostenible sin unión fiscal o un organismo de hacienda en común. Si los europeos no terminan de hacer lo que empezaron al crear el euro, seguirán sufriendo el malestar económico de la desunión estructural. Completar la integración traerá prosperidad y una mejor administración.

Similares falencias se ven en los mecanismos de defensa europeos. Es absurdo que Europa tenga la internacionalmente reconocida Agencia Espacial Europea y al mismo tiempo carezca de un organismo creíble para obtener y compartir datos de inteligencia en la lucha antiterrorista. Tras los ataques del pasado noviembre en París debería haber quedado claro que el terrorismo sin fronteras demanda una inteligencia sin fronteras, pero los estados miembros de la UE siguen anteponiendo la soberanía individual a la seguridad colectiva. No basta con aumentar la cooperación intergubernamental. Europa necesita una autoridad central de inteligencia con capacidad efectiva.

Iniciar estas reformas de largo alcance es el único modo de que Europa corte el ascenso populista que condujo al triunfo de la campaña pro‑Brexit en el RU. Disiento por completo de los que dicen que hay que devolver soberanía a los estados miembros: eso sólo debilitaría más el proyecto de integración que protegió la paz y la prosperidad de Europa por décadas. El populismo y el euroescepticismo son enemigos de ese proyecto, y el único modo de vencerlos es construir una Europa funcional para sus ciudadanos. Menos que eso solamente servirá para los demagogos dispuestos a seguir al RU al desierto.

(Guy Verhofstadt, a former Belgian prime minister, is President of the Alliance of Liberals and Democrats for Europe Group (ALDE) in the European Parliament)

- Del Brexit al futuro (Project Syndicate - **6/7/16**)

Nueva York.- Pasará mucho tiempo antes de que Gran Bretaña y Europa asimilen, en su plenitud, las implicaciones del referéndum “Brexit” del Reino Unido. Las consecuencias más profundas, por supuesto, dependerán de la respuesta de la Unión Europea a la retirada del Reino Unido. En un principio, la mayoría de las personas asumieron que la UE no “se patearía a sí misma, autocastigándose”, al fin y al cabo, un divorcio amigable parece ser lo mejor para todos. Sin embargo, el divorcio -como pasa en muchos casos- podría llegar a ser problemático.

Los beneficios del comercio y la integración económica entre el Reino Unido y la EU son mutuos y si la UE tomó en serio su convicción de que una mayor integración económica es la mejor alternativa, sus líderes deberían buscar garantizar los vínculos más cercanos posibles teniendo en consideración las circunstancias. Sin embargo, Jean-Claude Juncker, el arquitecto de los mecanismos de evasión de impuestos corporativos masivos de Luxemburgo y en la actualidad Presidente de la Comisión Europea, está tomando una línea dura: “fuera significa fuera”, dice él.

Es posible que esta reacción precipitada sea comprensible, si se tiene en cuenta que Juncker puede llegar a ser recordado como la persona que presidió la etapa inicial de disolución de la UE. Él argumenta que para disuadir a otros países que pudiesen querer salir de la UE, se debe actuar de manera inflexible; y, se debe ofrecer al Reino Unido solamente un poco más de lo que ya está garantizado mediante los acuerdos de la Organización Mundial del Comercio.

En otras palabras, no se debe mantener unida a Europa por los beneficios que brinda, mismos que superan con creces los costos. La prosperidad económica, el sentido de la solidaridad y el orgullo de ser un europeo no son suficientes, según Juncker. Se debe mantener unida a Europa mediante amenazas, intimidación y miedo.

Esa posición ignora una lección enseñada tanto por el voto Brexit como por las elecciones primarias del Partido Republicano de Estados Unidos: grandes porciones de la población no tienen una vida próspera. La agenda neoliberal de las últimas cuatro décadas puede haber sido buena para el 1% en la cúspide de la pirámide, pero no lo fue para el resto. Yo predije tiempo atrás que, con el pasar del tiempo, llegaría el día en el que este estancamiento tendría consecuencias políticas. Ese día ya ha llegado.

A ambos lados del Atlántico, los ciudadanos culpabilizan a los acuerdos comerciales, señalándolos como una de las fuentes de sus males. Si bien esa es una simplificación excesiva, es comprensible. Los tratados comerciales de hoy en día se negocian en secreto, en estos tratados los intereses corporativos están muy bien representados, pero los ciudadanos o trabajadores de a pie están completamente excluidos. Como era de esperar, los resultados han sido parcializados: la posición de negociación de los trabajadores se ha debilitado aún más, agravando los efectos que tienen las leyes que socaban los derechos de sindicatos y empleados.

Si bien los tratados comerciales desempeñaron un papel en la creación de esta desigualdad, hubo mucho más que contribuyó a inclinar la balanza política en dirección al capital. Las normas de propiedad intelectual, por ejemplo, han aumentado el poder que tienen las compañías farmacéuticas para elevar los precios. Sin embargo, cualquier aumento en el poder de mercado de las corporaciones de hecho se traduce en una reducción de los salarios reales – hoy en día, el aumento de la desigualdad se ha convertido en una característica principal de la mayoría de los países avanzados.

A lo largo y ancho de muchos sectores, la concentración industrial es cada vez mayor - así como también lo es el poder del mercado. Los efectos de los salarios reales estancados y en descenso se han combinado con los efectos de la austeridad, lo que hace que se ciernan amenazas de recortes de los servicios públicos, de cuyas prestaciones sociales dependen grandes cantidades de trabajadores de medianos y bajos ingresos.

La incertidumbre económica resultante para los trabajadores, al combinarse con la migración, fermentó una pócima tóxica. El Occidente contribuyo a muchas de las guerras y opresiones de las que hoy son víctimas los refugiados. Proporcionar ayuda es una responsabilidad moral de todos, pero especialmente de las Potencias que en el pasado fueron colonizadoras.

Y, sin embargo, a pesar de que muchos podrían negarlo, un aumento en la oferta de mano de obra poco cualificada conduce -siempre y cuando se tengan curvas de demanda normales con pendientes negativas- a salarios de equilibrio más bajos. Y, cuando los salarios no se pueden bajar, o directamente no se los baja, el desempleo aumenta. Esto es más preocupante en los países donde la mala gestión económica ya ha dado lugar a un nivel alto de desempleo generalizado. Europa, especialmente en la eurozona, ha sido mal administrada durante las últimas décadas, hasta llegar al punto de que su desempleo promedio es de dos dígitos.

La migración libre dentro de Europa, de manera predecible, se traduce en que los países que han tenido un mejor desempeño en cuanto a la reducción del desempleo van a ser los países que terminen con una proporción de refugiados superior a la que se consideraría como equitativa. Los trabajadores de estos países asumen el costo de los salarios disminuidos y el aumento del desempleo, mientras que los empleadores se benefician de tener a disposición mano de obra barata. No es de extrañar que la carga de los refugiados recaiga sobre quienes tienen menor capacidad para llevar su peso.

Por supuesto, se habla mucho acerca de los beneficios netos de la migración de lugares menos poblados a lugares más poblados. En el caso de un país que proporciona a todos sus ciudadanos un bajo nivel de prestaciones garantizadas -es decir, niveles bajos de protección social, educación, salud y otros- eso sí puede ser cierto. Sin embargo, en países que proporcionan una red de seguridad social bastante decente es todo lo contrario.

El resultado de toda esta presión a la baja que se ejerce sobre los salarios y para incrementar los recortes en los servicios públicos ha aniquilado a la clase media, extrayendo sus entrañas; y ha tenido consecuencias similares en ambos lados del Atlántico. Los hogares de clase media y trabajadora no han recibido los beneficios del crecimiento económico. Ellos están conscientes de que los bancos son los causantes de la crisis del año 2008; sin embargo, acto seguido vieron que se destinaron miles de millones para salvarlos y montos triviales para salvar sus hogares y puestos de trabajo. Si se considera que el ingreso promedio real (ajustado por la inflación) de un trabajador a tiempo completo en EEUU está en un nivel más bajo del que estuvo hace cuatro décadas, la presencia de un electorado enojado no debería causar ninguna sorpresa.

Para añadir a todo esto, los políticos que prometieron el cambio no cumplieron con lo esperado. Los ciudadanos de a pie sabían que el sistema no era justo, pero se tuvieron que enfrentarse a la realidad de que el sistema es incluso más amañado de lo que habían imaginado, y perdieron la poca confianza que aún tenían en la capacidad o la buena voluntad de los políticos tradicionales para corregir dicha situación. Eso, también, es comprensible: los nuevos políticos compartían la visión de futuro de aquellos quienes habían prometido que la globalización beneficiaría a todos.

Sin embargo, emitir un voto iracundo no resuelve los problemas, y puede hacer que una situación política y económica pase del sartén a las brasas. Esta apreciación también es válida con respecto a la respuesta que se da frente a dicho voto iracundo.

El pasado pisado es un principio básico en economía. A ambos lados del Canal de la Mancha, el ámbito político ahora debería dirigir sus esfuerzos a comprender cómo, dentro de una democracia, la clase política pudo hacer tan poco por abordar las preocupaciones de tantos ciudadanos. Todos y cada uno de los gobiernos de la UE deben ahora considerar la mejora del bienestar de los ciudadanos de a pie como su objetivo principal. Una mayor cantidad de ideología neoliberal no ayudará en lo absoluto. Y, debemos dejar de confundir los fines con los medios: por ejemplo, el libre comercio, en el caso de ser bien administrado, podría traer mayor prosperidad compartida; pero, si es mal administrado, sin lugar a dudas reducirá el nivel de vida de muchos ciudadanos - posiblemente de la mayoría.

Existen alternativas al actual régimen neoliberal, son alternativas que pueden crear prosperidad compartida, al igual que también hay alternativas – como por ejemplo la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión con la UE que propone el presidente estadounidense Barack Obama - que podrían causar muchísimo más daño. Hoy en día el desafío es aprender del pasado, con el fin de abrazar las alternativas mencionadas primero y evitar las segundas.

(Joseph E. Stiglitz, recipient of the Nobel Memorial Prize in Economic Sciences in 2001 and the John Bates Clark Medal in 1979, is University Professor at Columbia University, Co-Chair of the High-Level Expert Group on the Measurement of Economic Performance and Social Progress at the OECD, and Chief…)

- La alarma del Brexit (Project Syndicate - **7/7/16**)

Londres.- Como el entusiasta europeísta que soy, el resultado del referendo británico sobre su calidad de miembro de la Unión Europea me horrorizó. Casi con seguridad hará que abandonemos la UE. De todos modos, por años había albergado el temor de que la inmigración de gran escala al Reino Unido produjera una respuesta populista nociva.

Ahora las elites globales tienen que aprender de la crucial lección del “Brexit” y actuar en consecuencia. **Contrariamente a las suposiciones simplistas, la globalización del capital, el comercio y los flujos migratorios no es “beneficiosa para todos”. Si no abordamos sus efectos adversos, puede que el Brexit no sea la última consecuencia, ni la peor.**

La inmigración neta a Inglaterra era cercana a cero en los años 90. Comenzó a aumentar más entrada esa década y creció con rapidez después de que ocho países ex comunistas se unieran a la UE en 1994, cuando (a diferencia de, por ejemplo, Francia o Alemania) el país prefirió no usar su derecho de imponer una demora de siete años antes de permitir la libre circulación de personas procedentes de los nuevos estados miembro. El año pasado la inmigración neta fue de 333.000 y la población total creció en cerca de 500.000 personas. Los pronósticos creíbles sugieren que la población británica, que ahora asciende a 64 millones, podría superar los 80 millones hacia mediados de siglo.

Sin duda, la migración aporta muchos beneficios: Londres es una ciudad maravillosa en parte debido a que es un crisol de diversas culturas. Pero, como argumentara ya en 2008 el Comité de Asuntos Económicos de la Cámara de los Lores, de los cuales entonces yo era miembro, la inmigración a gran escala ha generado importantes desventajas para muchas personas.

Entre los economistas se debate mucho el impacto preciso de la migración sobre los salarios, pero ninguna economía puede enfrentar un aumento repentino de la oferta de trabajo sin que haya algunas consecuencias adversas para al menos algunos grupos de trabajadores “nativos”. Si la población aumenta de improviso, y en particular si se concentra en zonas específicas, también habrá un alza de la demanda de servicios públicos clave, como la educación y la atención de salud, a menos que se compense con un aumento bien planificado y financiado de la inversión pública. En el Reino Unido, tal inversión no se hizo.

En Inglaterra –que compite con los Países Bajos por ser el país más densamente poblado de Europa- muchos temen que un mayor crecimiento de la población signifique una presión indeseada sobre las muy apreciadas zonas rurales. Esto ha causado una intensa oposición local a nuevos e importantes proyectos de infraestructura, inevitablemente causando retrasos interminables, mayores costes o un persistente resentimiento.

Por todas estas razones, era inevitable que el aumento de la migración a Gran Bretaña produjera una reacción política, que en parte reflejó una xenofobia acrecentada por una exageración deliberada: por ejemplo, quienes hicieron campaña por la opción de salir de la UE afirmaron falazmente que Turquía, con su población de gran tamaño y en veloz crecimiento, pronto entraría a la UE sin el consentimiento británico. Pero fueron mentiras que funcionaron porque se crearon en torno a un núcleo de verdad, y negarse a reconocer esa verdad no hizo más que intensificar la reacción populista.

De hecho, frente a la creciente inquietud sobre la inmigración, los políticos y académicos del establishment respondieron ya sea desestimándolos como racismo encubierto o negando que incluso la existencia misma de esas consecuencias adversas; de cualquier modo, parecía que millones de ciudadanos sufrían de falsa conciencia. Pero si al menos algunos padecen problemas reales, darles sermones sobre los beneficios de la migración no hará más que aumentar su furia.

El hecho de que la campaña para permanecer (“Remain”) no haya refutado las preocupaciones sobre la inmigración refleja la incapacidad general de la elite global de convencer a la gente de que la libre circulación del capital, los bienes y las personas es buena para todos en términos generales. De hecho, no lo es, y una buena fundamentación económica nos puede explicar la razón.

**Según la teoría económica, cada una de estas tres libertades puede aumentar el tamaño del pastel global, pero también nos indica que inevitablemente habrá perdedores y ganadores, por lo que la liberalización y la globalización serán beneficiosas para todos sólo si la cantidad de ganadores compensa la de perdedores. En todo el mundo, esa compensación ha sido notablemente pequeña.**

En los Estados Unidos, el principal reto del futuro será el impacto del comercio más que la inmigración, porque es probable que pronto llegue a su fin la era de los flujos de entrada en gran escala desde América Latina, a medida que la baja de los índices de fertilidad estabiliza la cantidad de habitantes de la región. Paradójicamente, el candidato presidencial estadounidense Donald Trump se las ha arreglado para entusiasmar a muchos votantes con su absurdo plan de construir una muralla en la frontera con México en el momento mismo en que la migración neta desde ese país se vuelve negativa.

Pero su argumento de que muchos trabajadores estadounidenses han sufrido efectos negativos (y podrían sufrir más) del libre comercio ha tocado una fibra porque tiene una parte de verdad. A menos que el sistema político estadounidense pueda poner en práctica respuestas eficaces a esta realidad, es probable que se fortalezca el rechazo populista al libre comercio, combinado con el antagonismo hacia los inmigrantes.

En contraste, en Europa el enorme reto del futuro será la migración, no tanto al interior de la UE sino desde fuera. Según las Naciones Unidas, la población de África podría aumentar de los 1,2 mil millones actuales a más de 4,3 mil millones para 2100. A menos que este crecimiento vaya acompañado de una mayor prosperidad y un gran aumento de las oportunidades laborales, será inevitable que se produzcan flujos migratorios continuos y de grandes proporciones.

En consecuencia, toda Europa se encuentra frente a dos enormes desafíos: ayudar a impulsar el desarrollo económico en África y Oriente Próximo, y enfrentar de la mejor manera posible los importantes flujos migratorios que sin duda ocurrirán, con significativas consecuencias adversas para algunos ciudadanos.

Para dar respuesta a estos desafíos será necesaria una respuesta coordinada a nivel europeo, y lamento mucho que Gran Bretaña pase a jugar un papel mucho menor en la determinación de los planes para abordar los retos futuros del continente. **Si algún beneficio se puede derivar de este triste resultado, será el que ha sonado una llamada de alerta sobre los aspectos negativos de la globalización. A menos que se los reconozca y aborde, seguirá creciendo la fuerza de la reacción que dio origen al Brexit.**

(Adair Turner, a former chairman of the United Kingdom's Financial Services Authority and former member of the UK's Financial Policy Committee, is Chairman of the Institute for New Economic Thinking. His latest book is Between Debt and the Devil)

- La promesa de un Regrexit (Project Syndicate - **8/7/16**)

Londres.- Hasta que el pueblo del Reino Unido votó por la salida de la Unión Europea, la crisis de los refugiados era el principal problema al que se enfrentaba Europa. De hecho, esa crisis fue un factor crucial de la calamidad mayor, el Brexit.

El voto pro‑Brexit fue un baldazo de agua fría; la mañana después del referendo, la desintegración de la Unión Europea parecía prácticamente inevitable. Diversas crisis en formación en otros países de la UE (especialmente Italia) profundizaban el pronóstico aciago para la supervivencia de la Unión.

Pero ahora que comienza a amainar la conmoción inicial del resultado del referendo, está sucediendo algo inesperado: la tragedia ya no parece un fait accompli. Muchos votantes británicos comienzan a arrepentirse de su decisión ahora que lo hipotético se volvió real. La libra se derrumbó; es muy probable la celebración de otro referendo en Escocia; los que antes lideraron la campaña pro‑Brexit se han lanzado a destruirse en una peculiar guerra fratricida; y algunos de sus seguidores comenzaron a vislumbrar el ominoso futuro que les espera, como país y personalmente. Una señal de este giro de la opinión pública es el lanzamiento de una campaña (que ya cuenta con más de cuatro millones de firmas) para peticionar al Parlamento la celebración de un segundo referendo.

Así como el Brexit fue una sorpresa negativa, la respuesta espontánea que produjo es una sorpresa positiva. Se han movilizado personas de ambos bandos (y lo más importante, algunas que ni siquiera votaron en el referendo, particularmente jóvenes de menos de 35 años). Es la clase de participación de base que la UE nunca pudo generar.

La conmoción posterior al referendo dejó a la vista del pueblo británico lo que perderá abandonando la UE. Si este sentimiento se extiende al resto de Europa, lo que parecía la desintegración inevitable de la UE puede ser en cambio motor de una Europa mejor y más fuerte.

El proceso podría comenzar en Gran Bretaña. El voto popular no puede revertirse, pero la campaña de recolección de firmas puede transformar el panorama político al revelar un nuevo entusiasmo por la pertenencia a la Unión Europea. Esto podría luego trasladarse al resto de la UE y generar un movimiento en pos de salvarla por medio de una reestructuración profunda. Estoy convencido de que a medida que en los meses venideros se vayan desarrollando las consecuencias del Brexit, cada vez más gente querrá unirse a este movimiento.

Lo que la UE no debe hacer es penalizar a los votantes británicos e ignorar sus legítimas inquietudes sobre las deficiencias de la Unión. La dirigencia europea debe admitir sus errores y reconocer el déficit democrático de la estructura institucional presente. En vez de tratar el Brexit como negociación de un divorcio, hay que aprovechar la oportunidad para reinventar la UE y convertirla en el tipo de club al que el RU y otros en riesgo de irse querrían ingresar.

Si los votantes descontentos en Francia, Alemania, Suecia, Italia, Polonia y los demás países ven que la permanencia en la UE los beneficia, esta saldrá fortalecida. Si no, se romperá mucho antes de lo que gobernantes y ciudadanos creen.

El próximo punto candente es Italia, que se enfrenta a una crisis bancaria y a un referendo en octubre. El primer ministro Matteo Renzi está en un dilema: si no resuelve la crisis bancaria a tiempo, perderá el referendo, lo que podría llevar al gobierno al Movimiento Cinco Estrellas, socio en el Parlamento Europeo del Partido de la Independencia del RU (que estuvo a favor del Brexit). Para hallar una solución, Renzi necesita ayuda de las autoridades europeas, pero estas son demasiado lentas e inflexibles.

Los líderes europeos deben reconocer que la UE está al borde del colapso. En vez de culparse unos a otros, deben ponerse de acuerdo y adoptar medidas excepcionales.

En primer lugar, hay que trazar una distinción clara entre la pertenencia a la UE y a la eurozona. Aquellos países que tienen la suerte de no ser miembros de la segunda no deben ser blanco de discriminación. Si la eurozona desea una integración más estrecha (como debería ser), necesita un presupuesto y un organismo de hacienda propio que actúe como autoridad fiscal a la par de la autoridad monetaria (el Banco Central Europeo).

En segundo lugar, la UE debe poner en acción su excelente (y casi no utilizada) capacidad crediticia. Sería irresponsable que los líderes no lo hagan, cuando la existencia misma de la UE está en juego.

En tercer lugar, la UE debe fortalecer sus defensas para protegerse de los enemigos externos, que probablemente buscarán aprovechar su debilidad actual. El mayor activo de la UE es Ucrania, cuyos ciudadanos están dispuestos a morir en defensa de su país; al defenderse, también defienden a la UE (algo infrecuente en la Europa de hoy en día). Ucrania tiene la suerte de contar con un gobierno nuevo con más determinación y capacidad para implementar las reformas por las que tanto sus ciudadanos como sus amigos externos han estado clamando. Pero la UE y sus estados miembros no están dando a Ucrania el apoyo que se merece (a diferencia de EEUU).

En cuarto lugar, hay que revisar totalmente los planes de la UE para el manejo de la crisis de refugiados: son ineficaces por la multitud de equívocos y contradicciones que contienen, están terriblemente mal financiados y usan medidas coercitivas que generan resistencia. En otro lugar propuse una solución detallada para estos problemas.

Si la UE logra avances en esta dirección, se convertirá en una organización a la que la gente querrá pertenecer. Entonces volverá a ser posible una modificación de los tratados (y una mayor integración).

Si los líderes europeos no actúan, los que quieren salvar a la UE para reinventarla deben seguir el ejemplo de los jóvenes activistas británicos. Hoy más que nunca, los defensores de la UE deben hacerse oír.

(George Soros is Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations. A pioneer of the hedge-fund industry, he is the author of many books, including The Alchemy of Finance, The New Paradigm for Financial Markets: The Credit Crisis of 2008 and What it Means, and The Tragedy…)

- La democracia directa y el brexit (Project Syndicate - **8/7/16**)

Princeton.- ¿Qué papel deben jugar los referendos en una democracia? La relevancia de esta cuestión alcanzó su punto máximo después del referendo por el brexit, cuyo resultado fue un voto del 52 % contra el 48 % a favor de dejar la Unión Europea y puso fin abruptamente a la carrera política del primer ministro británico David Cameron.

Quienes se oponen al brexit han sugerido desde entonces que, como los referendos no están convalidados por la Constitución de Gran Bretaña y la decisión final está en manos del Parlamento, su resultado debe ser ignorado. ¿Tienen razón?

Independientemente de lo que pensemos sobre la salida de Gran Bretaña de la UE, podemos hacer dos preguntas adicionales: una general y otra relacionada específicamente con el brexit. En primer lugar, ¿cuál es el margen que debieran tener los ciudadanos de una democracia para tomar decisiones directamente mediante un referendo en vez de hacerlo a través de sus representantes electos? Y, más específicamente, ¿deben considerar los propios legisladores británicos al resultado del referendo del 23 de junio como vinculante?

En cuanto a la pregunta general, el argumento más fuerte a favor de la democracia directa es que deriva de la idea misma de la democracia, limitada solo por una cuestión de factibilidad. En los tiempos antiguos, las pequeñas ciudades-estado podían ser democracias directas; pero en los países más grandes, cuando las comunicaciones eran lentas, resultaba necesario elegir representantes para decidir sobre las muchas cuestiones que había que discutir y votar.

Ahora que los debates se pueden llevar a cabo a través de los periódicos, la televisión o en línea, ese límite ha sido superado y la democracia directa debiera, según esta línea de pensamiento, convertirse en la posición por defecto (o, al menos, ser usada con mayor frecuencia). La tecnología que tenemos actualmente nos permite abolir la democracia representativa por completo y dejar que cada ciudadano emita su voto sobre cada una de las cuestiones que las legislaturas deciden hoy día. ¿No sería esa la forma más fiel de aplicar el ideal democrático?, ¿dar a cada ciudadano la misma voz?

Existe otro argumento, más práctico, en favor de la democracia directa: funciona como barrera a la influencia del dinero sobre los resultados. Por supuesto que el dinero puede comprar publicidad, pero no puede comprar a los legisladores, como a menudo ocurre en las democracias representativas. En Estados Unidos, por ejemplo, el cabildeo de los granjeros ha llevado a que sea difícil persuadir al Congreso o a las legislaturas estatales de aprobar legislación a favor del bienestar animal para limitar incluso las formas más extremas de confinamiento del ganado. Sin embargo, cuando California mantuvo un referendo en 2008 sobre la necesidad de que todos los animales en granjas tuvieran suficiente espacio para girar y estirar sus miembros, el 63 % de los votantes apoyó la medida.

La legislación sobre animales en granjas de California es uno de los mejores ejemplos del uso de un referendo para superar obstáculos y alcanzar un resultado deseable (y deseado). Pero California también ofrece uno de los mejores ejemplos de los peligros que implica permitir que los votantes decidan cuando no comprenden completamente el impacto económico del resultado.

En 1978, los votantes de California aprobaron la Propuesta 13, que reducía los impuestos sobre los inmuebles, limitaba sus futuros aumentos y al mismo tiempo exigía una mayoría de dos tercios en ambas cámaras legislativas para cualquier aumento de los impuestos estatales o de los ingresos captados por esa vía. El resultado, sostienen muchos, ha sido la falta de fondos suficientes para mantener la calidad de los servicios estatales, incluido su sistema educativo, que alguna vez destacó por su calidad.

La pregunta más profunda, sin embargo, es si deseamos ser tan democráticos como lo implica la democracia directa. El defensor más famoso de la democracia representativa diría que no.

En 1774, Edmund Burke, quien recientemente había sido elegido para el Parlamento por Bristol, dijo a sus electores que, aunque sus deseos tendrían un gran peso en sus decisiones y sus opiniones gozarían de su máximo respeto, no sacrificaría ante ellos su parecer imparcial, su criterio maduro ni su conciencia educada. “Su representante está en deuda con ustedes”, dijo, en una frase citada a menudo, “no solo en cuanto a su diligencia, sino también a su criterio; y los traiciona en vez de servirlos, si los sacrifica ante sus opiniones”.

Burke era un conservador, cuya insistencia en el deber de los representantes electos de ejercer su propio criterio se fundaba en que pensaba que era probable que estuviesen mejor informados y fuesen más sabios que sus electores, y limitarían sus excesos. El referendo por el brexit torna esa perspectiva más plausible.

El factor que más probablemente explique la diferencia en el voto de la gente fue su nivel educativo. Solo el 29 de quienes contaban con un título universitario votaron a favor de abandonar la UE. Parece deseable que, sobre cuestiones tan complejas como el brexit, quienes cuenten con mayor pericia tengan más influencia. Dar a los representantes del Parlamento una opción independiente es una forma de lograrlo.

En cuanto a la cuestión específica sobre qué deben hacer los miembros del parlamento británico dados los resultados del referendo, Burke sostendría que deberían votar según su parecer imparcial, su criterio maduro y su conciencia educada. Si lo hacen, Gran Bretaña continuará dentro de la UE.

El argumento de Burke no es una opción para Cameron, ya que Burke nunca hubiese llamado a un referendo en primer lugar y Cameron, que lo hizo para aplacar una rebelión en su Partido Conservador, no puede afirmar en forma creíble que solo se llevó a cabo en términos consultivos. Hizo campaña para continuar siendo parte de la UE, pero tanto él como quienes lo apoyaron para llevar a cabo el referendo deben respetar el resultado.

Otros miembros del Parlamento, sin embargo, no están tan atados al resultado. Consultar al público es algo bueno, tal vez se lo debiera hacer con mayor frecuencia (y no requeriría un procedimiento tan caro como referendo británico). Aceptar como vinculante el veredicto de una mayoría relativamente pequeña de votantes (quienes en su mayor parte estaban menos informados que el ciudadano promedio sobre lo que votaban) es algo completamente distinto.

(Peter Singer is Professor of Bioethics at Princeton University and Laureate Professor at the University of Melbourne. His books include Animal Liberation, Practical Ethics, The Ethics of What We Eat (with Jim Mason), Rethinking Life and Death, The Point of View of the Universe, co-authored with Kata…)

- Britain’s Long Goodbye (Project Syndicate - **10/7/16**)

The UK’s shocking vote to leave the EU continues to generate uncertainty at home and abroad, not least because of the rapid meltdown of British politics. The EU’s future remains in limbo, but the Union could thrive - if its leaders learn what they must from the Brexit calamity.

Two weeks after Britain voted to withdraw from the European Union, the shock waves rumble on unabated. Prime Minister David Cameron’s resignation triggered a contest for the leadership of the Conservative Party that is as vicious and duplicitous as the “Leave” campaign. A bare-knuckle leadership fight has engulfed the opposition Labour Party as well. It is as though some atavistic contagion has now infected Britain’s political class.

Project Syndicate commentators have been asking just how far this infection may spread, and what its impact will be on Britain, Europe, and the wider world. Few have found anything remotely positive to say about the domestic, regional, and global consequences of Britain’s ill-conceived choice.

Fooled Britannia

Apparently stunned by the magnitude of what they had done, within hours of the announcement of the outcome of the June 23 “Brexit” vote, Boris Johnson and Michael Gove, the Leave campaign’s leaders (along with Nigel Farage of the UK Independence Party), began abandoning their promises. The government should take its time in negotiating Britain’s exit; there would not be £ 350 million ($ 453 million) a week to spend on the National Health Service; of course all EU migrants would be allowed to stay.

Their shameless retreat reflects the Leave campaign’s recklessness. But any effort to underplay the importance of the vote would be foolhardy. NYU’s Nouriel Roubini sees the Brexit vote as “the proverbial canary in the coalmine, signaling a broad populist/nationalist backlash -at least in advanced economies- against globalization, free trade, offshoring, labor migration, market-oriented policies, supranational authorities, and even technological change”.

But what will happen to the canary? “You reap what you sow”, former Belgian Prime Minister Guy Verhofstadt, perhaps with a hint of schadenfreude, says of Cameron and the UK. While Brexit “will not destroy Europe”, says former German Foreign Minister Joschka Fischer, “the same cannot be said of the UK”. The British now face not only “the decline of one of the EU’s most dynamic economies and the end of London’s reign as a global financial center”, but also a split with Scotland and Northern Ireland, where voters overwhelmingly backed the “Remain” camp”.

Harvard’s Martin Feldstein, by contrast, sympathizes with the English. Alone among Project Syndicate commentators, Feldstein thinks that Brexit was justified. But even he has a caveat: “Much now depends on the terms of the future relationship between the EU and Britain”.

Breaking Up is Hard to Do

Just what that relationship will be, and when it will be sorted out, is an open question. Cameron washed his hands of the matter the day after the vote, saying that the decision to initiate the withdrawal procedure under Article 50 of the Treaty of Lisbon is one for his successor. But all of the leading contenders seem to want to take their time.

Uffe Ellemann-Jensen, a former Danish foreign minister who managed the delicate talks between the EU and Denmark after the Danes voted down the Maastricht Treaty in 1992, thinks that’s a good idea. “This is not the time for rash decisions or unproductive recrimination”, he says. “Decision-makers in the EU and in the UK should let the full consequences of what has happened sink in; only then will it be appropriate to begin work on making the best of a very complicated situation”.

But once the talks begin, insists Verhofstadt, the “remaining EU countries” should press for “a quick and clean divorce, in keeping with EU treaties.” Given UK voters’ negative verdict on EU membership, he says, “it is not “punishment” to insist that they do so as soon as possible. If British inaction causes Europe to continue to suffer economically from political uncertainty, a full separation should be carried out unilaterally”.

For the Swedish economist and former diplomat Anders Åslund, whether the divorce is fast or slow, “the EU should set an ultimatum with clear and onerous principles for the UK’s exit – clarity to minimize the cost, and severity to deter populists in other member states from calling for exit referenda.” Likewise, Daniel Gros, Director of the Center for European Policy Studies, worries that, with the UK “in disarray,” the country’s relationship with the EU could become stuck “in limbo”. Already, “Every day that passes deepens the impasse…and also creates new uncertainties”.

Nobel laureate Joseph Stiglitz questions the EU’s emerging emphasis on speed and deterrence. The highest priority should be to tame the political currents that the Brexit vote exposed -and which run deeper than one referendum- rather than making an example of the UK. A harsh, “kneejerk reaction is perhaps understandable”, he says, but it “ignores a lesson seen in both the Brexit vote and America’s Republican Party primary: large portions of the population have not been doing well”.

Stiglitz attributes that to the “neoliberal agenda of the last four decades”, which brought huge benefits for “the top 1%, but not for the rest.” He singles out the mega-regional trade agreements concluded over this period - deals that “are negotiated in secret, with corporate interests well represented, but ordinary citizens or workers completely shut out”. As a result, “workers’ bargaining position has been weakened further, compounding the effects of legislation undermining unions and employees’ rights”.

Stiglitz’s Columbia University colleague Jeffrey Sachs goes further. He sees in Brexit a case of anti-immigrant anger piggybacking on “implicit class warfare”. According to Sachs, “(w)orking-class “Leave” voters reasoned that most or all of the income losses would in any event be borne by the rich, and especially the despised bankers of the City of London”.

Brexit Goes Global

Harvard’s Carmen Reinhart is concerned that the aftershocks of the UK’s political earthquake will be felt worldwide. “With its systemic negative effects on finance, trade, and labor mobility”, she warns, “Brexit marks a major setback for globalization”. What “is unique, and particularly far-reaching, is the precedent Brexit sets for other countries (or regions) to “exit” from their respective political and economic arrangements”. And, as she points out, “this impulse extends beyond Europe”, underpinning Donald Trump’s broad appeal in the United States’ presidential campaign.

Likewise, Ian Buruma thinks that the “urge to destroy can be contagious”, as do others. Peter Sutherland, United Nations Special Representative of the Secretary-General for International Migration and Development, distills the essence of the anti-immigrant rhetoric now heard in one developed country after another. Migration, according to the populists, “is draining national resources and eroding national sovereignty. The only way to regain control, they claim, is to batten down the hatches and retreat from international alliances, behind national borders”.

Any country that thinks it can remain immune to this type of sentiment is deluding itself. Former South Korean Foreign Minister Yoon Young-kwan is fatalistic: “Brexit marks the beginning of the end of the latest era of globalization”.

Yuriko Koike, a former Japanese defense minister and national security adviser, fears that many Asians will simply turn away, viewing the EU’s challenges like “Neville Chamberlain viewed Central Europe in 1938: as problems in faraway countries about which they know and care little”. But “the populist surge now rocking the West has its own echoes in Asia,” Koike argues, and they are particularly dangerous there, because Asia “lacks the West’s connective institutional framework and regional shock absorbers”.

The Trust Deficit

Harvard’s Joseph Nye points to a pathology exposed by the Leave campaign that seems undeniable. In democracies around the world, he argues, it “is all too easy for leaders to convince themselves that they are telling a noble lie for the good of their followers, when in fact they are merely lying for political or personal convenience”. The Brexit campaigners, says Sutherland, “mendaciously and recklessly capitalized on popular distrust of the ruling elites and discontent about growing inequality and rapid social change to advance their own interests”.

The public’s suspicion of expertise, argues Jean Pisani-Ferry, Commissioner-General of France Stratégie, “provides fertile ground to demagogues”, and thus “poses a threat to democracy”. But the Brexiteers’ triumph, says Harvard’s Ricardo Hausmann, was not a “case of emotion defeating economic logic”. On the contrary: “Our emotions”, says Hausmann, “are the algorithms, bequeathed by evolution, by which we make most decisions, including political ones; economic cost-benefit analysis that does not connect to our emotional compass does not move the needle”.

None of this surge in anti-globalization, anti-immigrant sentiment should be surprising. “Increased migration to the UK”, says Adair Turner, Chairman of the Institute for New Economic Thinking, was bound to “produce a harmful populist response”. Like Hausmann, Turner focuses not on the Brexiteers’ dishonesty, but on the conditions that made their claims seem credible to so many voters. “The lies and exaggerations” -such as that Turkey would be admitted to the EU without the UK’s consent- “were effective because they built on a kernel of truth, and attempts to dismiss that truth only made the populist reaction worse”. Fischer agrees: “In the face of the Leave campaign’s powerful emotional appeals to nationalism,” he says, the “bloodless bean counters” of the Remain campaign “didn’t stand a chance”.

Europeans don’t have to look far to see that a trust deficit is bad not only for democracy, but also for economic growth and social progress. Duke University economic historian Timur Kuran argues that low levels of trust in the Middle East limit commercial transactions to family, friends, and acquaintances. Moreover, “individuals personalize their interactions with government agencies, and even their dealings with private companies, by seeking the intermediation of a flesh-and-blood person with… connections”.

The Hollow Economy

The “kernel of truth” to which Turner refers is the economic precariousness that many working- and middle-class people now face. Their fears and grievances are real. Globalization, argues Angus Deaton, the 2015 Nobel laureate in economics, is far from “splendid for those who not only don’t reap its benefits, but suffer from its impact”. He points out that “less-educated and lower-income Americans, for example, have seen little economic gain for four decades”, while “the bottom end of the US labor market can be a brutal environment”.

The scale of that brutality, as Deaton shows, is mind-boggling: “several million Americans -black, white, and Hispanic- now live in households with per capita income of less than $ 2 a day, essentially the same standard that the World Bank uses to define destitution-level poverty in India or Africa”. And, given the cost-of-living gap between advanced and developing countries, “$ 2-a-day poverty is almost certainly much worse in the US than $ 2-a-day poverty in India or Africa”.

Of course, with their country’s cradle-to-grave health system and extensive social safety net, few Britons live in such perilous poverty. Yet, as Turner argues, increased immigration has put downward pressure on low-skill workers’ wages, and, in the absence of higher public investment, has placed severe strain on services long taken for granted. Ominously for Europe, such problems -which Brexiteers exploited for all they were worth- exist throughout much of the EU.

Joblessness is perhaps the key source of anxiety, according to Laura Tyson, a professor at the University of California at Berkeley’s Haas School of Business, and Eric Labaye of McKinsey. “In several European countries, more than a quarter of the population has been unemployed for close to a decade”, they point out. “Despite bold quantitative easing and record-low interest rates”, demand remains weak and economic growth anemic.

That, too, has played into the populists’ hands. Brexiteers, for example, claimed that the EU was holding back British trade, employment, and growth. Unshackled from the Union, Johnson and Gove promised, Britain would become under Elizabeth II the swashbuckling trading nation that it was under Elizabeth I.

Such thinking is delusional. No one boosts trade by deliberately evicting his or her country from a market of a half-billion people. And most of Britain’s other major trading partners have shown scant interest in negotiating new agreements with a post-EU Britain. Even US President Barack Obama has said that, despite his country’s vaunted “special relationship” with the UK, Brexit would move Britain to “the back of the queue” when it comes to trade deals.

But UC Berkeley’s Barry Eichengreen thinks that relying on trade is a dubious proposition for another reason: “global trade, having long grown faster than world GDP, is now expanding more slowly”. A key reason is that international liquidity, needed to finance global trade, “has plummeted from nearly 60% of global GDP in 2009 to barely 30% today”. A go-it-alone Britain is in no position to do anything about that impediment to trade.

Antidotes to Populism

The Brexit vote confirmed many Project Syndicate authors’ worst fears. As Turner says, “Contrary to glib assumptions, globalization of capital, trade, and migration flows is not “good for everyone””. Unless the winners start compensating the losers, “Brexit will not be the last -or the worst- consequence”. Or, as Stiglitz puts it, “Every EU government must now regard improving ordinary citizens’ wellbeing as its primary goal”.

So what should be done? Sachs calls for “following the social-democratic ethos of pursuing ample social spending for health, education, training, apprenticeships, and family support, financed by taxing the rich and closing tax havens, which are gutting public revenues and exacerbating economic injustice”. And Nobel laureate Edmund Phelps believes that, fundamentally, “It is time to focus on workers and elevating the experience of their labor, the importance of which -positive and negative- economists from Adam Smith to Karl Marx and Alfred Marshall have placed at the center of their concerns”.

But beyond ameliorating economic insecurity, Sutherland argues, Europe needs a “cool-headed debate on migration”, which will require “challenging the corrosive narrative promoted by xenophobes”. For Ana Palacio, a former Spanish foreign minister, such a debate presupposes that Europe’s leaders “can overcome their parochialism and commit to cooperation”.

Can they?

“The early returns are not promising”, Palacio fears. But George Soros sees an opportunity for EU leaders in the remarkable swing in popular sentiment since the UK’s June 23 referendum. “Just as Brexit was a negative surprise, the spontaneous response to it”, he says, “is a positive one”. Indeed, “what seemed like the inevitable disintegration of the EU could instead create momentum for a stronger and better Europe”.

But, with the EU’s survival still very much in doubt, Soros warns, its leaders must act fast to “pull together and adopt exceptional measures”, thereby capitalizing on “newfound enthusiasm for EU membership”. If they view Brexit as an “opportunity to reinvent the EU” as an organization to which Europe’s citizens want to belong, “treaty change -and thus further integration- will once again become possible”.

An optimistic scenario? No doubt, not least because the next European crisis (Soros points to Italy) may be just around the corner. But if EU leaders act -and if citizens mobilize in favor of action- the loss of Britain could leave Europe far better off. It is difficult to imagine a similar scenario for Britain. The canary always gets the worst of it.

- La solución al Brexit: seguir adelante y no pensar demasiado (Project Syndicate - **14/6/16**)

Santa Bárbara.- Los mercados se han vuelto presa del pánico; caen los bonos y las acciones, la libra se hunde a niveles insospechados, cunde el temor a la recesión. Y todo porque una exigua mayoría de votantes en el Reino Unido decidió que el país dejara la Unión Europea.

El electorado británico habló, la suerte está echada. La nueva primera ministra del RU, Theresa May, tendrá que invocar el artículo 50 del Tratado de Lisboa, y en un plazo de dos años, Gran Bretaña estará oficialmente fuera de la Unión, le guste o no.

**Pero ¿se justifica el pavor del mercado? Hay motivos para pensar que la situación es mucho menos terrible de lo que la mayoría cree. Mi consejo es respirar profundo y adoptar una visión a largo plazo, porque esta historia todavía no terminó. Cuando se aquieten las aguas, el final puede resultar sorprendentemente benigno e, irónicamente, similar a lo que hay ahora.**

Los desafíos que nos aguardan son obvios. La estrecha mayoría cosechada por el “Leave” implica que todavía hay muchos en Gran Bretaña que lamentan profundamente la idea del “Brexit”.

Empezando por “la City”, el equivalente londinense de Wall Street, que a pesar de que el RU usa la libra en vez del euro, es desde hace mucho el centro financiero que marca el ritmo de la UE, y su puerta de acceso al resto de los mercados mundiales. La salida de Gran Bretaña hace prever que muchas empresas de la City migrarán a otros lugares en el continente. La única cuestión es saber qué ciudad reemplazará a Londres. La opción más lógica parece Frankfurt, sede del Banco Central Europeo, pero París y Ámsterdam también están en carrera.

Otros que están descontentos son los exportadores británicos, porque la mitad de lo que venden va a países de la UE. Y no hay que olvidar a los escoceses y norirlandeses, que votaron mayoritariamente contra el Brexit y están dispuestos a defender su pertenencia al club europeo a toda costa.

Incluso algunos de los defensores del Leave más entusiastas muestran signos de arrepentimiento ahora que el precio del Brexit se hace cada vez más evidente. El caso más notorio es Boris Johnson, exalcalde de Londres, quien apenas cuatro días después del referendo, escribió un artículo en el Daily Telegraph, titulado “No puedo insistir suficiente: Gran Bretaña es parte de Europa y siempre lo será”.

¿Cómo puede Gran Bretaña respetar la voluntad democrática de sus votantes, y al mismo tiempo seguir siendo “parte de Europa”, como la City y otros quieren? La respuesta es simple: seguir adelante y no pensar demasiado. No debería ser tan difícil: hablamos del país que, como escribió el historiador John Robert Seeley, “conquistó y pobló la mitad del mundo estando distraído”.

Felizmente, la UE también puede enorgullecerse de una larga tradición de tirar para adelante los problemas a los que se enfrenta: lleva mucho tiempo poniendo parches para hacer lugar a las demandas y necesidades de sus diversos miembros. Es probable que se hubiera derrumbado en poco tiempo si no fuera por lo que The Economist describió como “espíritu de componendas”. Enfrentada a la dificultad de conciliar los intereses divergentes de sus partes, la UE dominó las artes de la confusión y la ambigüedad para hacer que el buey siga arando.

¿Podría un esquema similar mantener a Gran Bretaña dentro de Europa? Si me gustara apostar, yo diría que sí. Los políticos saben que aunque la redacción del referendo por el Brexit era clara, nunca fue una elección tajante entre “dentro” y “fuera”. Entre los dos extremos hay un sinfín de arreglos posibles que dejarían a Gran Bretaña como socio informal de la UE, aunque ya no sea un miembro formal.

La alternativa más probable que viene a la mente se llama “opción noruega”. Noruega es miembro del Área Económica Europea, pero tiene acceso al mercado común de la UE. A cambio de ese privilegio, el país aporta cada año al presupuesto de la UE, acepta respetar todas las reglas del bloque (incluso aunque no participe en su formulación) y permite el libre movimiento de los ciudadanos de la UE. Nada indica que Gran Bretaña sea incapaz de negociar algo similar.

La parte más fácil de negociar sería el aporte anual, que no tendría por qué ser muy diferente de lo que el RU transfiere a la UE en la actualidad. Tampoco sería difícil hallar un modo de dar a Gran Bretaña la posibilidad de exceptuarse de futuras normas que apruebe la UE, algo similar a lo que ya disfruta al estar fuera de la eurozona, bajo el epígrafe de “intereses nacionales vitales”.

La parte más difícil es la cuestión migratoria, que motivó a muchos votantes pro‑Brexit. Pero incluso en este tema es de suponer que los diplomáticos podrán apañar alguna solución que permita llegar a un acuerdo aceptable incluso para los partidarios del Leave.

En síntesis, es muy probable que en dos o tres años, cuando se asiente la polvareda, la relación entre el RU y la UE no haya tenido grandes cambios en la práctica. Desde un punto de vista estrictamente legal, Gran Bretaña ya no será miembro de la UE, pero fuera de eso, la vida seguirá más o menos igual. Y el “espíritu de componendas” de la UE habrá triunfado una vez más.

(Benjamin J. Cohen is Professor of International Political Economy at the University of California, Santa Barbara, and is the author of Currency Power: Understanding Monetary Rivalry)

- Aliviando a la generación Facebook (Project Syndicate - **18/7/16**)

Los Angeles.- Una vez más, los jóvenes se han llevado la peor parte de la situación política. El resultado del referendo sobre el Brexit en el Reino Unido no es más que un recordatorio de la creciente división generacional que atraviesa la afiliación política, los niveles de ingreso y la raza.

Casi el 75% de los votantes del Reino Unido entre 18 y 24 años votaron por “quedarse” en la Unión Europea y el “irse” les fue impuesto por los votantes de más edad. Y ésta es apenas una manera entre varias en las que el futuro económico de la Generación Y, y el de sus hijos, está siendo decidido por otros.

**Yo estoy cerca de cumplir 60 años y me preocupa que nuestra generación en el mundo avanzado sea recordada -para nuestra vergüenza y pesar- como la que perdió el norte en materia económica.**

En el período previo a la crisis financiera global de 2008, nos deleitamos con el apalancamiento, y nos sentíamos cada vez con más derechos a recurrir al crédito para vivir más allá de nuestros medios y para asumir demasiado riesgo financiero especulativo. Dejamos de invertir en motores genuinos de crecimiento, permitiendo que nuestra infraestructura se deteriorara, que nuestro sistema educativo decayera y que nuestros programas de capacitación y reestructuración laboral se erosionaran.

Permitimos que el presupuesto fuera rehén de intereses especiales, lo que ha resultado en una fragmentación del sistema tributario que, para sorpresa de nadie, ha impartido al sistema económico un nuevo sesgo anti-crecimiento injusto. Y fuimos testigos de un drástico agravamiento de la desigualdad, no sólo de ingresos y riqueza, sino también de oportunidades.

La crisis de 2008 debería haber sido nuestra llamada de atención económica. No lo fue. En lugar de utilizar la crisis para catalizar el cambio, básicamente nos dimos por vencidos y volvimos a hacer más de lo mismo.

**Concretamente, no hicimos más que intercambiar fábricas privadas de crédito y apalancamiento por fábricas públicas. Cambiamos un sistema bancario excesivamente apalancado por inyecciones de liquidez experimentales suministradas por autoridades monetarias hiperactivas. En el proceso, sobrecargamos a los bancos centrales, poniendo en riesgo su credibilidad y su autonomía política, así como su estabilidad financiera futura.**

**Al salir de la crisis, trasladamos los pasivos privados de los balances de los bancos a los contribuyentes -los de hoy y los futuros-, pero no logramos reparar plenamente el sector financiero rescatado. Dejamos que la desigualdad se agravara y nos cruzamos de brazos mientras demasiados jóvenes en Europa languidecían en el desempleo, corriendo el riesgo de una transición alarmante de desempleo a inempleabilidad.**

En resumen, no hicimos lo suficiente como para revitalizar los motores de un crecimiento inclusivo sustentable, debilitando al mismo tiempo la producción potencial y amenazando el futuro desempeño económico. Y estamos agravando estos errores en serie con una gran imposibilidad a la hora de actuar en materia de sustentabilidad a más largo plazo, particularmente en lo que concierne al planeta y la cohesión social.

La economía precaria naturalmente se propagó a la política alborotada, en tanto segmentos crecientes de la población han perdido su confianza en el establishment político, en las elites empresariales y en la opinión de los expertos. La fragmentación política resultante, inclusive el ascenso de movimientos marginales y anti-establishment, ha hecho que resultara más difícil aún diseñar respuestas más apropiadas en materia de políticas económicas.

Para colmo de males, ahora estamos permitiendo un contragolpe regulatorio contra innovaciones tecnológicas que afectan a industrias arraigadas e ineficientes, y que le ofrecen a la gente un mayor control de su vida y su bienestar. Las crecientes restricciones aplicadas a compañías como Airbnb y Uber perjudican especialmente a los jóvenes, tanto como productores como consumidores.

**Si no cambiamos el curso pronto, las próximas generaciones enfrentarán tendencias económicas, financieras y políticas que se retroalimentan y que las agobian con demasiado poco crecimiento, demasiada deuda, precios de activos inflados artificialmente y niveles alarmantes de desigualdad y polarización política partidaria.** Afortunadamente, somos conscientes del creciente problema, nos preocupan sus consecuencias y tenemos un buen criterio respecto de cómo generar el cambio tan necesario.

Dado el rol de la innovación tecnológica, gran parte de la cual es liderada por los jóvenes, hasta una reorientación pequeña de las políticas podría tener un impacto significativo y rápido en la economía. A través de una estrategia política más integral, podríamos transformar un círculo vicioso de estancamiento económico, inmovilidad social y volatilidad de mercado en un círculo virtuoso de crecimiento inclusivo, estabilidad financiera genuina y mayor coherencia política. Lo que se necesita, en particular, es un progreso simultáneo en reformas estructurales pro-crecimiento y una mejor gestión de la demanda. También debemos ocuparse de los sectores excesivamente endeudados y mejorar los marcos políticos regionales y globales.

Si bien son altamente deseables, estos cambios sólo se materializarán si se ejerce una mayor presión constructiva sobre los políticos. En otras palabras, son pocos los políticos que defenderán cambios que prometen beneficios a más largo plazo pero que suelen implicar alteraciones en el corto plazo. Y los votantes de más edad que los respaldan se opondrán a cualquier erosión significativa de sus derechos -recurriendo, inclusive, a políticos populistas y soluciones peligrosamente simplistas como el Brexit cuando perciben que sus intereses están amenazados.

Lamentablemente, los jóvenes han sido demasiado complacientes en lo que concierne a la participación política, en especial en cuestiones que afectan directamente su bienestar y el de sus hijos. Sí, casi las tres cuartas partes de los votantes jóvenes respaldaban la campaña a favor de “quedarse” en el Reino Unido. Pero sólo una tercera parte de ellos se presentó a votar. Por el contrario, la tasa de participación de las personas de más de 65 años superó el 80%. Sin duda, la ausencia de jóvenes en las urnas dejó la decisión en manos de la gente de más edad, cuyas preferencias y motivaciones difieren, aunque sea de manera inocente.

La Generación Y ha ganado extraordinariamente una mayor autoridad respecto de cómo comunica, propaga, consigue y disemina información, comparte sus recursos, interactúa con empresas y mucho más. Ahora debe aspirar a una mayor autoridad en la elección de sus representantes políticos y en cómo obligarlos a asumir responsabilidades. Si no lo hace, mi generación -por lo general de manera inadvertida- seguirá endeudándose excesivamente a costa de su futuro.

(Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz and a member of its International Executive Committee, is Chairman of US President Barack Obama’s Global Development Council. He previously served as CEO and co-Chief Investment Officer of PIMCO. He was named one of Foreign Policy's Top 100 Glob…)

- La necesidad de un populismo constructivo (Project Syndicate - **20/7/16**)

Washington, DC.- El voto por el Brexit desató un vendaval de comentarios sobre la política anti-establishment, el fracaso de los expertos, la abdicación de la izquierda, etcétera. Visto al lado de la campaña presidencial en Estados Unidos, muchos consideran el Brexit una llamada de atención.

En respuesta, el exsecretario del Tesoro de los EEUU y expresidente de Harvard Larry Summers propone un “nacionalismo responsable” para contrarrestar el lenguaje a menudo chauvinista, antiinmigrante y proteccionista del populismo de derecha. El autor promueve una respuesta “en la que se entienda que la primera responsabilidad de los países es buscar el bienestar económico de sus ciudadanos, pero de modo tal que su capacidad de perjudicar los intereses de los ciudadanos de otros países esté circunscrita”. Deberíamos evaluar los acuerdos internacionales “no tanto por cuánto logran armonizar o cuántas barreras derriban, sino por su capacidad de empoderar a los ciudadanos”.

**Como Summers y otros sostienen, la globalización trajo enormes beneficios a la economía mundial en su conjunto, pero los ganadores rara vez compensaron a los perdedores, directa o indirectamente.** Además, últimamente los ganadores suelen ser muchos menos que los perdedores, particularmente dentro de un área geográfica dada o en mercados donde el ganador se queda con todo. Por último, las políticas económicas preferidas por los “ganadores” (y adoptadas bajo su influencia) distan de ser ventajosas para todos.

Todo esto es cierto. Por desgracia, estos argumentos suelen llevar a que el campo político de los moderados retroceda ante la presión del nativismo, el nacionalismo agresivo y la repetición de consignas económicas incoherentes. Los que promueven una estrecha política identitaria coreando o tuiteando frases cortas y efectivas obligaron a los que creen en una comunidad humana global ligada por intereses compartidos a dar un combate de retaguardia para explicar por qué esas frases no tienen sentido.

Pero los autores de ese contraataque, si cabe llamarlo así, al parecer no han podido refutar las afirmaciones tendenciosas de los populistas con frases que sin ser tan cortas sean igual de efectivas. Es verdad que desde el campo de los moderados se ofrecen análisis económicos aceptables y propuestas políticas sensatas; pero el debate suele darse en un lenguaje (y un lenguaje corporal) de tecnócratas, que incita al bostezo, no al apoyo popular.

Hay necesidad imperiosa de un populismo moderado, humanista, global y “constructivo” que pueda contrarrestar a los extremistas, no con complejos modelos matemáticos de, por ejemplo, las consecuencias del Brexit para el nivel de empleo, sino con ideas simples y a la vez poderosas capaces de movilizar a las multitudes. Cuando las democracias liberales se enfrentaron a duros desafíos en el pasado supieron encontrar esas voces. Pensemos en la retórica de Franklin Roosevelt en los años treinta, o en la de los padres fundadores de la Comunidad Europea.

**Lo que hace “constructivo” al populismo constructivo es tomar aquello que se sabe con un grado razonable de certeza y simplificarlo. En cambio, los populistas “destructivos” distorsionan deliberadamente lo que se sabe y lo que no, lo inventan sin el menor escrúpulo.**

Esta clase de populismo destructivo es mucho más infrecuente en el nivel municipal, donde el debate está centrado en hallar soluciones concretas a los problemas reales de los ciudadanos. Esto no implica que la política municipal sea fácil; basta ver las tensas relaciones entre la policía y las minorías raciales en las ciudades de Estados Unidos. Pero como Bruce Katz y Luise Noring han demostrado, en muchas ciudades estadounidenses y de otros países, los funcionarios electos, las organizaciones civiles y las empresas privadas saben unirse trascendiendo divisiones partidarias para diseñar proyectos innovadores en transporte público, vivienda o desarrollo económico y hallarles financiación.

Donde más se necesita un populismo constructivo es en los niveles nacional e internacional, porque hay muchos problemas que no pueden resolverse en el nivel municipal. Pensemos en la política exterior. Hay en muchos países una fuerte tendencia hacia la clase de nacionalismo agresivo que produjo tantas catástrofes en la historia, sobre todo en la primera mitad del siglo XX.

Algunos desestiman los peligros de este resurgimiento nacionalista, con el argumento de que la interdependencia económica nos protegerá de nuestras pulsiones atávicas. Pero no fue así en el pasado. No hay que olvidar que las tres décadas desastrosas que empezaron en 1914 siguieron a un período de veloz y profunda globalización.

Es esencial una vez más un mensaje político que encarne el compromiso con la vigilancia constante en favor de la paz. Pero hay que ponerlo en práctica. En las democracias liberales, ese mensaje debe hacer hincapié en tres componentes: fuertes capacidades de defensa e inteligencia; la legitimidad de negociar con amigos y enemigos por igual en busca de coincidencias; y la comprensión de que las alianzas y amistades para ser duraderas deberán basarse en el respeto compartido de los valores democráticos y los derechos humanos.

**No debe permitirse que intereses comerciales o de otro tipo a corto plazo debiliten cuestiones de principios básicas**. Entendiendo que los derechos humanos, incluidos por ejemplo los derechos de las mujeres, son un elemento clave de los valores democráticos, podemos negociar toda clase de temas con aquellos que los reprimen, pero hasta que no haya avance en relación con esos derechos, no podemos ser auténticos amigos de esos países y al mismo tiempo decir que defendemos los valores humanos universales. **El populismo constructivo no puede ser cínico; pero debe ser realista, y debe reconocer que el progreso puede ser gradual y tener formas diferentes en diferentes lugares.**

En política económica hay muchos desacuerdos razonables que impiden un consenso. **Pero no hace falta hablar difícil para decir que los mercados solamente benefician a todos si se los regula en función de los intereses de todos; que el gasto público que crea activos productivos puede reducir el cociente entre la deuda pública y la renta nacional; y que el desempeño económico debe medirse por la amplitud de la distribución de los frutos del crecimiento.**

El modo de superar la política identitaria y el populismo irresponsable no es negociar con ellos un término medio o combatirlos con un análisis técnico detallado. El modo de evitar el desastre es el populismo constructivo: simple, exacto y siempre sincero.

(Kemal Derviş, former Minister of Economic Affairs of Turkey and former Administrator for the United Nations Development Program (UNDP), is a vice president of the Brookings Institution)

- A liderazgo pobre, globalización mala (Project Syndicate - **20/7/16**)

Ciudad de México.- Los países europeos vienen desde los años cincuenta debatiendo los costos y los beneficios de la integración regional. Pero no fue sino hasta el referendo por el “Brexit” en el Reino Unido que el debate comenzó a girar en torno de cuestiones centrales como la globalización, el libre comercio, la inmigración y sus efectos económicos.

La decisión de los votantes británicos de abandonar la UE fue un error, que cometieron engañados, sobre todo por el nuevo ministro de asuntos exteriores británico, Boris Johnson. Pero también sería un error que eurócratas y eurófilos no presten atención a las mentiras que animaron la campaña pro‑Brexit. Así como funcionaron en el RU, pueden funcionar en otros estados miembros de la UE y en democracias de todo el mundo.

No será fácil seguir avanzando hacia una “unión cada vez más estrecha” en Europa. El continente debe luchar con muchas cuestiones al mismo tiempo, entre ellas los refugiados, la inmigración, la deuda soberana, el alto desempleo y un Estado de Bienestar que ya no cumple sus promesas, a pesar de los altos impuestos y la disponibilidad de inmensos recursos para financiarlo. Para hacer frente a estos desafíos, la dirigencia de la UE tendrá que reunir una base de apoyo firme, para lo que necesita dar una respuesta directa a las necesidades y demandas de los europeos.

También en otras partes las élites llevan mucho tiempo sin prestar la debida atención a la globalización, el libre comercio, la inmigración y la desigualdad. La obsesión con el libre comercio de los presidentes estadounidenses George Bush (padre) y Bill Clinton en los noventa, así como la de sucesivos gobiernos mexicanos, volvió casi imposible desde lo político compensar a los que resultaron perjudicados.

Ahora, 20 años después de este fracaso de las políticas, no es extraño que en Estados Unidos un importante grupo de votantes marginados apoye masivamente a Donald Trump, el candidato presidencial republicano, así como muchos en la izquierda apoyaron masivamente a Bernie Sanders, el senador por Vermont que intentó ganarle a Hillary Clinton la nominación por el Partido Demócrata.

Ambos candidatos ajenos al establishment supieron explotar los padecimientos y los temores de los votantes estadounidenses. En el caso de Trump, se generó un espectáculo muy desagradable, lleno de guiños al sentimiento antimusulmán y antimexicano. En el caso de Sanders, a los votantes estadounidenses se les presentaron algunas ideas atractivas, como la gratuidad universitaria y la atención médica universal, pero estas y otras medidas siguen siendo políticamente impracticables.

Ambas respuestas son resultado del fracaso de las dirigencias nacionales para mitigar, o incluso reconocer, los resultados de las políticas instituidas a lo largo de los últimos 20 años. Todo intento de comenzar a corregir este fracaso debe basarse en la realidad. Por ejemplo, a los simpatizantes de Trump y Sanders tal vez les sorprendería enterarse de que en Estados Unidos se crearon muchos empleos fabriles nuevos después de la Gran Recesión de 2008-2009, y también después de la aprobación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) en 1993. Muchos de estos empleos fueron resultado del alza de las exportaciones a China, México y unos pocos países más pequeños con los que EEUU negoció acuerdos comerciales (Chile, Perú y Colombia, entre otros).

Es cierto que el traslado de millones de empleos fabriles a países como China y México contrarrestó en parte esta tendencia, aunque puede decirse con razón que se crearon más empleos de los que se perdieron; que el cambio volvió más competitivo a Estados Unidos; que China se convirtió en un importante mercado de consumo; y que incluso México hizo algunos avances.

El problema principal en EEUU fue la clase de empleos que cubrieron el faltante dejado por los puestos fabriles que se fueron a otra parte. Es algo que no vieron las autoridades, concentradas en las cifras macroeconómicas, pero sí lo vieron las personas de unos cincuenta o sesenta y tantos años que perdieron un empleo de treinta dólares la hora con seguro médico y jubilación, y tuvieron que contentarse con conseguir otro empleo por la mitad del salario y pocas o nulas prestaciones sociales.

**Las autoridades no pensaron en las víctimas de la globalización, porque no creyeron que fuera necesario: ya se encargaría el mercado de arreglarlo todo. El mercado no arregló nada, pero las autoridades no aprendieron**. El éxito de las negociaciones para el Acuerdo Transpacífico el año pasado se debió, en parte, a la falta de introducción de medidas que protejan a los trabajadores estadounidenses.

Una reacción antiglobalización similar ha surgido en México, donde tanto los elogios cuanto las críticas al NAFTA siempre han sido exageradas. El NAFTA trajo consigo el boom exportador que muchos proclamaron y predijeron, pero no consiguió frenar la migración hacia el norte. Volvió más competitivas a muchas empresas industriales y agrícolas mexicanas, pero sólo logró un aumento pequeño y transitorio de la inversión extranjera como porcentaje del PIB.

Además, si bien el NAFTA obligó a México a encarar muchas reformas económicas necesarias y deseables, nunca cumplió la promesa de crecimiento: desde 1994, la tasa anual de crecimiento económico promedio no supera el 2,5% (poco para un mercado emergente), mientras que las cifras de productividad, empleo y remuneración salarial son igualmente decepcionantes.

Después del NAFTA, nunca se implementaron las políticas necesarias para mitigar los efectos negativos de la globalización, por ejemplo, elevar el salario mínimo de los trabajadores fabriles. Hoy el país entero paga el precio, y los mexicanos no están contentos. Si bien la culpa de esta situación, en general mediocre, no es toda del NAFTA, este ayudó a que surgiera el sentimiento antisistema, que puede afectar el resultado de la elección general de 2018.

**La reacción popular contra el cambio disruptivo es inevitable, y a veces sirve de contrapeso a un liderazgo irreflexivo. La novedad hoy es la magnitud de la reacción en Europa y América del Norte, regiones que en opinión de muchos expertos y políticos estaban mejor preparadas que nunca para hacer frente al cambio. A juzgar por la reacción de los votantes en Gran Bretaña, Estados Unidos y México, ningún país está a salvo de los errores de sus líderes.**

(Jorge G. Castañeda was Mexico’s Secretary of Foreign Affairs from 2000-2003, after joining with his ideological opponent, President Vicente Fox, to create the country’s first democratic government. He is currently Global Distinguished Professor of Politics and Latin American and Caribbean Studies at New York Un…)

# - Deserción en la batalla por Gran Bretaña (Project Syndicate - 21/7/16)

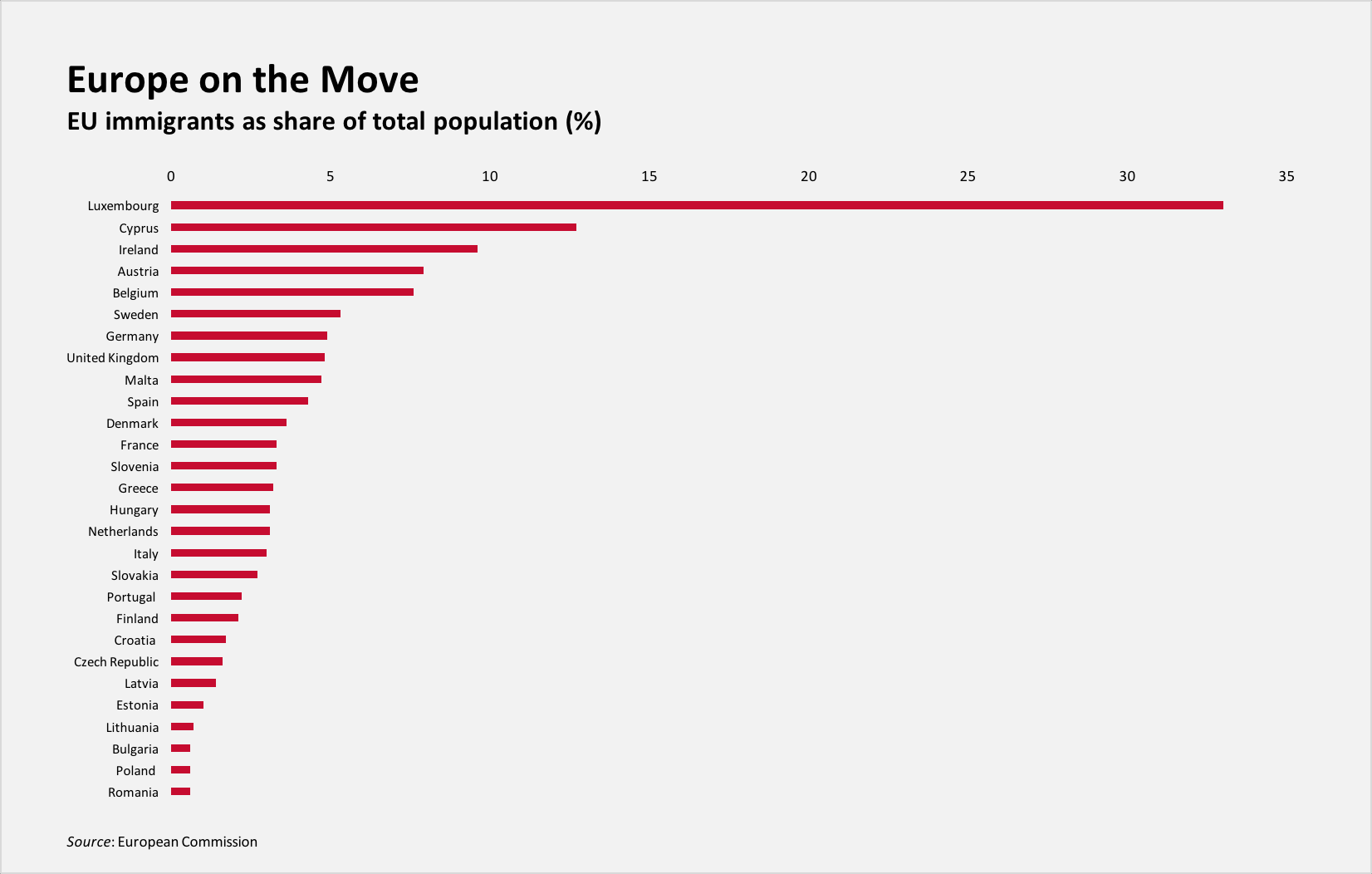
Saint Pierre D’Entremont, Francia.- En el triste estado de cosas que quedó tras el referendo por el Brexit en el Reino Unido, parece que quienes hicieron campaña por seguir dentro de la UE han renunciado a luchar por el futuro de su país. Peor aún, parece que muchos han aceptado la premisa fundamental del bando opuesto: que en Gran Bretaña hay demasiados europeos.

Esto cambió para peor los términos del debate, y llevó a que se planteen un sinfín de hipótesis infundadas. Que aunque el RU imponga restricciones a la inmigración de nacionales de la UE, el acceso a los mercados no resultará tan afectado. Que la UE podría renunciar a la libre movilidad de los trabajadores para complacer al RU. Que podría introducir excepciones especiales para proteger al sector universitario británico, o dispensar al RU un trato similar al de Liechtenstein, un microestado con acceso al mercado común.

En realidad, si los que votaron por quedarse en la UE aceptan el argumento de que Gran Bretaña debe restringir el ingreso de europeos, el RU (o al menos Inglaterra y Gales, si Escocia e Irlanda del Norte, proeuropeas, lo abandonan) se encaminará a una salida “dura”, no solo de la Unión, sino del mercado común europeo. De ser así, el precio para el país será alto. No sabemos a cuánto ascendería el costo total, pero es de prever que será penoso para mucha gente y perjudicial para muchas instituciones.

¿Tiene alguna validez la afirmación de que el RU se llenó de gente de otros estados miembros de la UE? El gráfico siguiente muestra, para cada país de la UE, el porcentaje de inmigrantes de otros países de la Unión allí presentes. El RU está en la parte superior de la distribución, pero a la par con muchos otros países de la UE, y dista de tener la mayor cantidad de inmigrantes de la UE per cápita. En realidad, la proporción respecto de la población total es el doble en Irlanda.

Al trazar el camino a seguir después del Brexit, las autoridades británicas deberían considerar el caso de Irlanda, dadas las semejanzas entre ambos países.



Tanto Irlanda como el RU padecen [escasez de viviendas](https://www.project-syndicate.org/commentary/ireland-housing-bubble-by-stefan-gerlach-2016-07/spanish), especialmente alrededor de centros metropolitanos como Dublín y Londres. Y los servicios públicos de los dos países dejan bastante que desear; de hecho, los de Irlanda son mucho peores que los de Gran Bretaña.

Los irlandeses no son británicos, pero culturalmente están más cerca de ellos que otros europeos. Como vimos en 2008, cuando los votantes irlandeses llamados a referendo se negaron a ratificar el Tratado de Lisboa, en las partes más pobres de Dublín hay un electorado potencialmente antiinmigrante. Es la misma clase de votantes que apoyaron el Brexit en el RU: gente de menos recursos que no percibió los beneficios de la globalización.

¿Por qué en Irlanda no se desarrolló un nivel de hostilidad hacia los inmigrantes de la UE como el del RU, especialmente en vista de lo mal que trataron al país las instituciones europeas después de la crisis financiera de 2008?

Es evidente que buena parte de la diferencia se debe a los medios de prensa británicos. En Irlanda no hay nada parecido a la prensa amarillista, mendaz y patriotera que abunda en el RU.

Pero gran parte de la culpa es de los políticos británicos. Por un lado, están los que hicieron carrera atacando a la UE, a menudo con argumentos totalmente falaces. Por el otro, hay europeístas tibios, como el ex primer ministro David Cameron, que nunca hicieron una defensa firme de la pertenencia a la UE. Ahora, hasta los europeístas comprometidos han dejado de defender la continuidad de la movilidad bidireccional de trabajadores entre el RU y la UE, y la pertenencia al Área Económica Europea (AEE).

Irlanda no tuvo este problema. Hay que destacar que Sinn Féin, el partido nacionalista irlandés, y ex brazo político del Ejército Republicano Irlandés, no cayó en la clase de retórica xenófoba que usa el Partido de la Independencia del RU. De hecho, y esto es digno de elogio, Sinn Féin ha hecho todo lo posible por adoptar una postura progresista en materia de inmigración, tanto si procede de la UE como de otros lugares.

Muchos analistas, acertadamente, han apuntado a los [efectos económicos de la globalización](https://www.project-syndicate.org/commentary/failure-of-free-migration-by-robert-skidelsky-2016-07/spanish) como explicación del sentimiento xenófobo. El hecho de que la globalización genera ganadores y perdedores [explica](http://www.irisheconomy.ie/index.php/2016/05/03/the-davos-lie/) sin duda gran parte de la reacción antiglobalización que hoy vemos en el RU y otras partes. Pero también hay otros factores en juego, como el chauvinismo cultural. Dicho llanamente, la hostilidad inglesa hacia la presencia de otros europeos tiene mucho que ver con algunos de los peores aspectos de la sociedad inglesa.

Encarar las deficiencias de los servicios públicos puede ayudar a mitigar las inquietudes económicas relacionadas con la inmigración, y con la globalización en general. Pero es igual de importante que los que hicieron campaña por seguir en la UE sigan explicando a los ingleses por qué el libre movimiento de bienes, servicios y personas de y hacia Europa es bueno para Gran Bretaña.

El RU votó por abandonar la UE, pero el Brexit puede adoptar dos formas: pertenencia al AEE, con acceso al mercado común europeo y libre movimiento de personas, o salida del mercado común, seguida de tratativas comerciales impredecibles. Todavía hay mucho en juego, ya que no se sabe cuál será la forma preferida por los votantes ingleses.

Por desgracia, parece que el RU se encamina a la segunda opción (un Brexit “duro”) por omisión. Que los que antes defendieron la permanencia en la UE ahora no defiendan la pertenencia al AEE es un abandono de responsabilidad inexplicable.

(Kevin Hjortshøj O’Rourke is Professor of Economic History and Fellow of All Souls College, University of Oxford)

- Boris Johnson, el contrarrevolucionario (Project Syndicate - **27/7/16**)

Londres.- Si la historia se repite (primero como tragedia, después como farsa), lo que viene a continuación es Boris Johnson, un político camaleónico que personifica a la perfección las contradicciones de nuestra era. Johnson es un tribuno del pueblo que creció con los privilegios del 1%; un hijo de inmigrantes que hizo campaña por el cierre de fronteras; un conservador que quiere trastocar el orden político; un erudito que se burla de los expertos; y un cosmopolita que como al pasar se refiere a los negros con términos despectivos. Nadie hizo más que Johnson por sepultar el futuro europeo de Gran Bretaña; pero su ultraflexibilidad puede terminar siendo su salvación.

En su primera aparición pública tras ser designado ministro de exteriores, Johnson comparó la victoria del Brexit con la Revolución Francesa. En un gesto que le valió abucheos en la celebración del Día de la Bastilla en la embajada francesa, celebró el referendo como “un gran levantamiento popular contra un antiguo régimen (sic) burocrático y asfixiante cuyas credenciales democráticas ya no eran para nada obvias”.

Pero la victoria del Brexit (con su promesa de recrear la Gran Bretaña del ayer) es menos revolución que contrarrevolución. Boris y su banda de antieuropeístas tienen más en común con Luis Napoleón Bonaparte (quien derribó la república francesa para crear una nueva monarquía) que con Danton o Robespierre.

Si alguien o algo tiene derecho a decir que representa los ideales progresistas de 1789, es la Unión Europea. Sus políticos y funcionarios tradujeron la vaga trinidad de libertad, igualdad y fraternidad a una forma concreta: 80 000 páginas de leyes con exposición de derechos y regulaciones que van del dormitorio al taller fabril. Y la aplicación de estas normas ayudó a varias oleadas de países (desde Grecia y España hasta Estonia y Polonia) a pasar de la autocracia a la democracia.

La UE impulsó una revolución de la coexistencia entre naciones; promovió los derechos individuales, la ley internacional y la soberanía compartida. Su poder transformador emana de la promesa de ingreso al bloque, una “política de vecindario” que exporta los valores europeos y su papel de facilitadora en la creación global de instituciones y modelo de integración regional.

Ahora, como resultado de la contrarrevolución, el club de la UE se está reduciendo, en lugar de crecer. En vez de recrear el mundo a su imagen, la UE se ve amenazada por vecinos que exportan el caos antes que importar valores. La interdependencia se volvió causa de conflicto intraeuropeo (en vez de ponerle fin). Y la idea europea se convirtió en blanco de oposición política en todo el continente.

En realidad, el hecho más preocupante de la Europa actual no es la salida del Reino Unido, sino la fragilidad y desunión de los 27 estados restantes, donde el consenso interno en favor de Europa casi ha desaparecido. La campaña pro‑Brexit en el RU dio vía de expresión a un extendido deseo de restaurar certezas del pasado, no de establecer nuevos derechos. Y todos los estados miembros sufren inseguridad económica, ansiedad cultural y alienación política, que las nuevas fuerzas políticas explotan mediante referendos para reformular la política como una lucha entre el pueblo y élites egoístas.

Los padecimientos económicos y políticos de Gran Bretaña después del referendo harán que otros estados miembros de la UE lo piensen dos veces antes de plebiscitar la pertenencia. Pero no nos equivoquemos: la UE ya entró a una era de desintegración. Un descenso lento hacia la ingobernabilidad puede ser igual de devastador que una ruptura declarada.

Algunas decisiones de la UE ya están bajo amenaza de referendos nacionales, como el plebiscito sobre las cuotas de refugiados previsto por el primer ministro húngaro Viktor Orbán. En Francia, es posible que no se implemente la Directiva sobre Desplazamiento de Trabajadores (que permite a los empleadores pagar a los empleados enviados en misión no más que el salario mínimo del país de destino). Y la Comisión Europea está dando marcha atrás en proyectos preferenciales, como el tratado de libre comercio con Canadá.

En vez de unirla más, cada nuevo desafío dividió a la UE en grupos cada vez más pequeños. El euro separó al norte del sur; Ucrania y la crisis de los refugiados separaron al este del oeste.

Es necesario que los proeuropeos enfrenten las fuentes de malestar y reconsideren las formas empleadas para expresar el ideal europeo. La UE se basó en la idea de que la interdependencia reduciría automáticamente el conflicto. Al vincular entre sí los medios de producción europeos (primero a través de la comunidad europea del carbón y el acero, más tarde a través del mercado único y el euro), se esperaba que la UE uniera tan estrechamente a los estados europeos que una guerra entre ellos ya no fuera posible.

Es verdad que hoy una guerra en Europa es casi impensable, con tanta riqueza como se creó. Pero la reacción contra la interdependencia (tanto si se trata del euro, el libre movimiento de personas o el terrorismo) es innegable.

Para salvar a la UE, los líderes europeos deben concentrarse en hacer que la gente no tema la interdependencia. Esto implica redistribuir algunos de los beneficios económicos de la libre movilidad a las comunidades que soportan su carga; fortalecer el control de las fronteras externas y la cooperación contra el terrorismo; dar más flexibilidad en lo concerniente a migraciones e integración en la eurozona; y regresar a la idea de que el deber mayor de las instituciones de la UE es defender a las naciones‑estado de Europa, no desarrollar su propio poder.

La crisis del Brexit da a los miembros restantes de la UE una oportunidad de reformular el proyecto europeo. Si lo logran, hasta puede que algún día el RU quiera volver a entrar.

Por supuesto, no es lo que buscan los partidarios del Brexit ni sus aliados en otras partes, quienes tal vez logren desmantelar la UE, pero difícilmente cumplirán su promesa de recrear un mundo que ya no existe, y ni hablar de un futuro mejor. De hecho, es posible que inadvertidamente, destruyan los beneficios de la integración europea que la gente más valora.

Los votantes que apoyaron el Brexit todavía pueden repetir aquello que dijo Marx de la contrarrevolución de Luis Napoleón: “Todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución, se encuentra de pronto retrotraído a una época fenecida”. Descubren que lo que derribaron no fue la tiranía del ancien régime, sino “las concesiones que le habían sido arrancadas por seculares luchas”.

Es allí donde el travestismo político de Johnson podría servirle. Si el RU ingresa en una recesión profunda y tiene problemas para cumplir las promesas de la campaña pro‑Brexit, muchos votantes tal vez quieran seguir formando parte del mercado único, incluso de la UE. Dar semejante voltereta sería imposible para la mayoría de los integrantes del campo del Brexit, para quienes el sueño soberanista prevalece sobre la amenaza de derrumbe económico. Pero Johnson está culturalmente a gusto con Europa, y por momentos pareció ambivalente en relación con la campaña pro‑Brexit que lideró.

La capacidad de Johnson para desligarse de sus declaraciones previas serviría de inspiración a Houdini. Si la UE logra reformarse y los problemas económicos del RU se profundizan, bien puede ser que todo lo que parece sólido (en particular, el euroescepticismo de Johnson) se desvanezca en el aire.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- Los efectos del Brexit para Europa (Project Syndicate - **1/8/16**)

Nueva york.- La reacción de los mercados a la conmoción del Brexit fue ligera en comparación con otros dos episodios recientes de volatilidad financiera global: el de mediados de 2015 (por los temores a un aterrizaje forzoso de China) y el de los primeros dos meses de este año (por la repetición de esos temores sobre China, y otras incertidumbres globales). El alcance de la conmoción fue regional en vez de global (los mercados más afectados fueron los del Reino Unido y Europa); y la volatilidad duró solamente una semana, mientras que los otros dos episodios serios de huida hacia activos seguros duraron unos dos meses y produjeron una fuerte corrección de las cotizaciones bursátiles en Estados Unidos y el mundo.

¿Por qué la sacudida fue tan breve y ligera?

Para empezar, el RU equivale a solo el 3% del PIB global; en cambio, China (la segunda economía del mundo) equivale al 15% de la producción mundial y a más de la mitad del crecimiento global.

Además, las muestras de unidad de la Unión Europea después del Brexit, sumadas al resultado de las elecciones en España, calmaron los temores a una desintegración inmediata de la UE o la eurozona. Y el rápido cambio de gobierno en el RU aumentó las esperanzas de que las negociaciones para la salida de la UE, por más difíciles que sean, produzcan un acuerdo que mantenga la mayor parte de los vínculos comerciales dando al RU acceso sustancial al mercado único y la posibilidad de fijar restricciones moderadas a la inmigración.

Lo más importante es que los mercados no tardaron en reflejar en sus cotizaciones la conclusión de que el Brexit llevaría a los principales bancos centrales del mundo a adoptar una actitud más flexible. De hecho, como en los dos episodios anteriores de huida hacia la seguridad, los mercados y las economías recibieron un respaldo de liquidez por parte de los bancos centrales.

Pero es posible que el riesgo de volatilidad europea y global solo se haya pospuesto por poco tiempo. Aun dejando a un lado otros riesgos globales (entre ellos la desaceleración de un crecimiento estadounidense que ya es mediocre, más temores a un aterrizaje forzoso de China, la debilidad de precios del petróleo y los commodities, y las fragilidades en mercados emergentes clave), abundan los motivos para preocuparse por Europa y la eurozona.

En primer lugar, si las negociaciones de divorcio entre el RU y la UE se prolongan y complican, el crecimiento y los mercados resultarán afectados. Y un divorcio en malos términos puede llevar a que Escocia e Irlanda del Norte abandonen al RU. En ese supuesto, también Cataluña podría insistir en reclamar la independencia de España. Y ya sin el RU, tal vez Dinamarca y Suecia (que no tienen planes de unirse a la eurozona) teman quedar marginadas dentro de la UE y se planteen la posibilidad de salirse del bloque.

En segundo lugar, el continente está ingresando a un campo minado electoral. En septiembre, Austria repetirá la elección presidencial (la anterior terminó en un virtual empate), lo que dará otra oportunidad a Norbert Hofer, del ultraderechista Partido de la Libertad. Al mes siguiente, Hungría celebrará por iniciativa del primer ministro Viktor Orbán un referendo sobre la derogación de las cuotas de reubicación de inmigrantes exigidas por la UE. Y lo más importante, en Italia se plebiscitará una propuesta de reforma constitucional que de fracasar puede poner en riesgo la pertenencia del país a la eurozona.

Hoy Italia es el eslabón más débil de la eurozona. El gobierno del primer ministro Matteo Renzi se ha vuelto políticamente inestable, apenas hay crecimiento económico, los bancos están necesitados de capital, y será difícil cumplir las metas fiscales de la UE sin provocar otra recesión. Un fracaso de Renzi (algo cada vez más posible) puede llevar al poder al Movimiento Cinco Estrellas (antieuro, y con buenos resultados en las últimas elecciones municipales) tan pronto como el año próximo.

Si tal cosa ocurriera, los temores de 2015 a un Grexit serían nada en comparación. Italia, la tercera economía de la eurozona, es demasiado grande para quebrar. Pero con una deuda pública diez veces más grande que la de Grecia, también es demasiado grande para rescatarla. Ningún programa de la UE puede respaldar los dos billones de euros (2,2 billones de dólares) de la deuda pública italiana (el 135% del PIB).

Además, añaden incertidumbres las elecciones en Francia, Alemania y los Países Bajos en 2017, a la par que el escaso crecimiento y el alto desempleo en la mayor parte de Europa refuerzan el apoyo a partidos populistas que se oponen al euro, a los inmigrantes, a los musulmanes y a la globalización; unos de derecha (en el núcleo de la eurozona) y otros de izquierda (en la periferia).

Al mismo tiempo, el vecindario de Europa está mal y empeorando. Ha aumentado la asertividad de una Rusia revisionista, no solo en Ucrania, sino también en el Báltico y los Balcanes. Y el caos continuo en Medio Oriente trae al menos dos clases de consecuencias: nuevos episodios de terrorismo en Francia, Bélgica y Alemania, que con el tiempo pueden hacer mella en la confianza de empresas y consumidores; y una crisis migratoria que demanda cooperación más estrecha con Turquía, que también enfrenta inestabilidad tras el fallido golpe militar.

Hasta que termine la próxima ronda de elecciones, es difícil que la UE avance en el proyecto de completar la inacabada unión monetaria con la introducción de más mecanismos de coparticipación de riesgos y una aceleración de las reformas estructurales que aliente una convergencia económica más rápida. Dada la lentitud actual de las reformas (y el envejecimiento poblacional), el crecimiento potencial sigue siendo bajo, y el crecimiento real pasa por una recuperación cíclica muy moderada que ahora se enfrenta a los riesgos e incertidumbres generados por el Brexit. Al mismo tiempo, los elevados niveles de déficit y endeudamiento, sumados a las normas de la eurozona, limitan el uso de la política fiscal para impulsar el crecimiento; y es posible que el Banco Central Europeo esté llegando al límite de lo que incluso la política monetaria no convencional puede hacer para sostener la recuperación.

Una desintegración súbita de la eurozona y la UE es improbable, ya que muchos de los riesgos que enfrentan no son inmediatos. Y por supuesto, la desintegración puede evitarse mediante una visión política que equilibre la necesidad de más integración con el deseo de cierto grado de autonomía y soberanía nacional en una variedad de cuestiones.

Pero es imperioso hallar modos de integración democráticos y políticamente aceptables. La estrategia de ir poniendo parches sobre la marcha dio lugar a un equilibrio inestable que volverá inevitable la desintegración de la eurozona y de la UE. Con tantos riesgos que enfrenta Europa, es hora de adoptar una visión distinta.

(Nouriel Roubini, a professor at NYU’s Stern School of Business and Chairman of Roubini Macro Associates, was Senior Economist for International Affairs in the White House's Council of Economic Advisers during the Clinton Administration. He has worked for the International Monetary Fund, the US Feder…)

- Salvar la libre circulación de personas en Europa (Project Syndicate - **29/7/16**)

Múnich.- Según una encuesta de opinión de YouGov, realizada el día del referendo sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, la migración era el problema más importante para los partidarios del “Brexit”, seguida de una preferencia general por la independencia misma. Pero quienes piensen que esos votantes son xenófobos no entienden la naturaleza del problema. Gracias a la Commonwealth, el Reino Unido es uno de los países de mentalidad más abierta del mundo. Es absurdo acusar de xenófobos a los británicos.

**En realidad, el resultado del referendo refleja una crítica legítima al diseño de la UE, que se basa en gran medida en fronteras abiertas al mundo y una combinación de libertad de movimiento y el llamado principio de inclusión a nivel interno. La UE debería ver este voto británico de no confianza como una oportunidad para cambiar de modo fundamental sus normas migratorias internas.**

El ex Primer Ministro británico David Cameron estaba en lo correcto al pedir más concesiones para la restricción de la libre circulación de ciudadanos de la UE. Por su propio interés, la UE debería implementar medidas: un proceso más prolongado para la integración de los trabajadores migrantes de la UE a los sistemas de protección social de los países de destino. Si la UE no elimina el actual poder de atracción de estos beneficios, se desintegrará, porque la migración es el problema más importante para gran parte de sus ciudadanos. Los partidos políticos que niegan esta realidad enfrentarán duras consecuencias.

**El problema fundamental es un “trilema” muy difícil de abordar. Es imposible cumplir en su totalidad los siguientes objetivos de la UE: la libre circulación de las personas, el estado de bienestar y la inclusión de los migrantes en los sistemas de protección social de los países de destino.**

En la actualidad, si un ciudadano de la UE se muda a otro país de la unión se integra muy rápidamente a su sistema de protección social. Quienes sean incapaces de trabajar tienen derechos completos a beneficios sociales financiados por el fisco tras cinco años como mucho. El acceso antes de ese plazo depende de las leyes nacionales, y en algunos casos de la jurisdicción.

En Alemania, de acuerdo a una decisión del Tribunal Social Federal Germano, los ciudadanos de la UE que busquen empleo pero no lo encuentren tienen derecho de inmediato a los beneficios Hartz IV (desempleo y protección social), seguro médico gratuito y pagos de alquiler de viviendas clasificadas como adecuadas, así como a beneficios para todos sus niños, incluso si siguen viviendo en sus países de origen al cuidado de sus abuelos. Los autónomos tienen derecho de inmediato a beneficios Hartz IV complementarios, subsidio de vivienda y beneficios por niños (que, para una familia con cinco niños ascienden a € 1.018 o $ 1.335 al mes, suma muy superior al salario neto de un trabajador en Bulgaria o Rumanía).

Si no se modifican, las reglas de acceso a los sistemas nacionales de protección social socavarán los estados de bienestar de la UE, porque los países más generosos cargarán cada vez más con la mitigación de la pobreza. Es posible que los estados de bienestar de los países más desarrollados a los que acudan los pobres acaben en una desastrosa competencia disuasiva, en que las poblaciones locales se manifiesten en las calles en defensa de “sus” beneficios.

**Es un resultado que solo se puede prevenir restringiendo la libertad de circulación, o bien el principio de inclusión. La UE debe reconocer la incompatibilidad relativa entre la calidad del estado de bienestar, la libertad de circulación de las personas y la inclusión, y ha de decidir cuál puede sacrificar.**

**La mejor opción sería restringir el principio de inclusión para los migrantes de la UE, porque reducir el tamaño y alcance del estado de bienestar aumentaría la inestabilidad social. Y restringir la libre circulación significaría violar una de las libertades fundamentales de la UE.**

No sería problemático restringir el principio de inclusión, ya que todos los países de la UE cumplen los requisitos de la Acquis Communautaire (el conjunto de las leyes de la UE) y garantizan un mínimo de protección social. Por ende, en caso de que se percibiesen beneficios sociales no derivados del trabajo (beneficios financiados por impuestos y contribuciones otorgados durante los primeros años en el nuevo país de residencia), el principio del país de origen debería regir por sobre el de inclusión. En los países de destino, se otorgarían a los inmigrantes únicamente en un sistema de seguros con primas ligadas a los costes.

**Más aún, la UE tiene que cerrar sus fronteras externas. Su mercado laboral, infraestructura, sistema legal y beneficios sociales representan valiosos bienes colectivos que no pueden quedar expuestos al consumo de migrantes económicos aleatorios de cualquier parte del mundo. Quienes creen que una sociedad liberal precisa de fronteras abiertas no entienden que la protección de la propiedad es un requisito para la libertad.**

No obstante lo anterior, sigue habiendo el imperativo humanitario de otorgar asilo a los perseguidos políticos e incluirlos en el sistema de protección social. Pero para separar de los migrantes económicos a las pocas personas (apenas un 0,7% de todas las solicitudes procesadas en Alemania) que corresponden a esa categoría son necesarios sistemas de solicitud y campos de recepción donde se puedan tomar las decisiones fuera de las fronteras de la UE.

**Quienes se centran únicamente en la airada retórica nacionalista que se escucha en determinadas voces de la campaña británica a favor del abandono de la UE no ven la verdad mayor. A menos que la UE abandone el principio de inclusión, el tono de esa retórica aumentará y será inevitable que otros países acaben saliendo de la UE.**

(Hans-Werner Sinn, Professor of Economics and Public Finance at the University of Munich, was President of the Ifo Institute for Economic Research and serves on the German economy ministry’s Advisory Council. He is the author, most recently, of The Euro Trap: On Bursting Bubbles, Budgets, and Beliefs)

- Globalization RIP? (Project Syndicate - **6/8/16**)

Why is the goal of an open and increasingly integrated global economy coming under such fierce attack - and why now? If the ideal world of economists seems more distant than ever, blame the management of that process.

Beyond the rancor and taunts heard at last month’s Republican National Convention, something even more ominous could be heard: the last rites for globalization. To adoring hoots, Donald Trump, the party’s presidential nominee, denounced US participation in international trade deals, and the foreign policy he sketched would pull the plug on the entire US-led liberal international order within which globalization has flourished. Should Trump enter the White House, globalization would not undergo a retreat; it would suffer a rout.

Half a world away, G20 finance ministers met almost simultaneously in Chengdu, China, where they made revitalizing globalization a priority for 2016/2017. The fact that all of the major advanced and emerging economies fear for the future of global openness suggests the degree to which surging support for populist challengers has imperiled existing rules and structures.

For many Project Syndicate commentators, globalization seems trapped in a pincer movement: assailed from one direction by those who claim that it has created a reserve army of economic losers lorded over by a small cadre of winners, the infamous 1%; and besieged from the opposite direction by unscrupulous politicians who, feeding on economic resentment, attack it in the once discredited language of nationalism, of blood and soil, of herrenvolk.

More Pain than Gain

For most middle-class people in most developed economies, the last four decades of economic globalization pale in comparison with les trente glorieuses, the 30 post-war years of ever-rising living standards. According to University of California, Berkeley’s Laura Tyson and Lenny Mendonca of the Presidio Institute, the root cause of disappointment with globalization is clear: “From 2005 to 2014, the real income of two-thirds of households in 25 developed economies was flat or fell. Only after very aggressive government intervention in taxes and transfers have some countries been able to hold families at least even”.

Nobel laureate Joseph Stiglitz paints an even grimmer picture. “Median income for full-time male workers” in the US, he points out, “is actually lower in real (inflation-adjusted) terms than it was 42 years ago. At the bottom, real wages are comparable to their level 60 years ago”. And it’s not just incomes that are moving in the wrong direction. “The effects of the economic pain and dislocation”, Stiglitz continues, “are even showing up in health statistics” - specifically, declining life expectancy among some non-Hispanic whites. For the United Nations’ Jomo Kwame Sundaram and Vladimir Popov of the Russian Academy of Sciences, the unvarnished truth is that “developed countries should not expect further gains from the process of globalization”.

Income stagnation in many developed countries is a direct result of what Yale’s Stephen Roach calls “the globalization disconnect”. While “seemingly elegant in theory”, Roach says, “the lesson of Brexit and of the rise of Donald Trump” is that “globalization suffers in practice. In fact, the theory of globalization itself hasn’t advanced much since the early 1800s”.

The Anatomy of Anti-Globalization

For former Costa Rican trade minister Anabel González, globalization’s political vulnerability stems from the difficulty of implementing “policies which will ensure that all people -in developed and developing countries- reap the benefits”. But Andrés Velasco, Chile’s former finance minister, asks a fundamental question: given that US wages have been stagnating since the 1970s and unemployment in Europe was persistently high for long periods in the 1980s and 1990s, why is globalization coming under assault now?

The reason, he argues, “has everything to do with politics”:

Elites in Western countries discredited themselves by permitting the financial excesses that helped trigger the Great Recession and by being slow -particularly in Europe- to deal with the social consequences. Next they underestimated the effect that unfettered migration and the perceived weakening of the nation-state would have on the sense of “us” - the people with whom we share a destiny and of whom we ask sacrifices (one of which is paying taxes).

Former Greek finance minister Yanis Varoufakis agrees. “What we are experiencing”, he says, “is the natural repercussion of the implosion of centrist politics, owing to a crisis of global capitalism in which a financial crash led to a Great Recession and then to today’s Great Deflation”. In “drawing upon the righteous anger and frustrated aspirations of the victims to advance its own repugnant agenda”, the populist right has formed “a nationalist international -a classic creature of a deflationary period- united by contempt for liberal democracy and the ability to mobilize those who would crush it”.

Harvard’s Ricardo Hausmann adds a crucial dimension, arguing that populist forces -whether in the US, Venezuela, or Europe- succeed only when they anchor their programs in an alternative mental universe. Citing the example of the seventeenth-century Salem witch trials, he notes that, “Whether policies sound crazy or sensible depends on the conceptual paradigm, or belief system, that we use to interpret the nature of the world we inhabit”. Thus, just as “Venezuela’s chavismo blamed inflation and recession on devious business behavior”, Trump’s supporters inhabit a mental universe where “the US is led by weaklings who are being exploited by savvy foreign powers, masquerading as allies. Free trade is a Mexican invention to take away American jobs. Global warming is a hoax invented by China to destroy American industry”.

It is also a mental universe in which globalization is equated with terror. “If people feel that their leaders are failing to protect them, the French geo-strategist Dominique Moisi argues, “they may turn to more radical alternatives” and “may even decide to take the law into their own hands”. The specter of vigilantism underscores a fundamental point made by Ngaire Woods, dean of Oxford’s Blavatnik School of Government, about rising support for populist parties and candidates. “The message to the establishment is clear: we don’t trust you anymore” - not to secure our economic wellbeing; not even to protect us.

And, as Jean Pisani-Ferry, Commissioner-General of France Stratégie, would add, “We don’t trust your experts, either”. Indeed, suspicion of those with specialized knowledge is not limited to economic policy. Pisani-Ferry reports a remarkable finding by the French sociologist Gerald Bronner: “education neither increases trust in science nor diminishes the attraction of beliefs or theories that scientists regard as utter nonsense”. This, Pisani-Ferry argues, is obviously “a cause for deep concern”, and not only because dysfunctional beliefs can lead to economic disaster: “Representative democracy is based not only on universal suffrage, but also on reason”.

The Price of Mud

Irrationality and fear mongering are not cost-free. Nobel laureate economist Robert Shiller suggests that some of the “stories circulating today -related to growing nationalism or fear of challenges by immigrants to traditional cultural values- might underpin greater hesitation” to invest. Whether that could “bring on another worldwide recession” remains uncertain; but the very possibility of such an outcome implies that “we should not shrink from considering how such fears are affecting economic decision-making”.

Consider Britain and Europe in the aftermath of the fear-induced Brexit vote - the populists’ lone triumph so far. Although the immediate impact has been less severe than anticipated, NYU’s Nouriel Roubini sees “plenty of reason to worry about Europe and the Eurozone”. Perhaps most important, an “ugly divorce” could roil markets and “lead Scotland and Northern Ireland to leave the UK”, fueling secession movements elsewhere. And the other non-eurozone EU members, Denmark and Sweden, could “fear that they will become second-class members of the EU, thus leading them to consider leaving as well”.

Britain’s choice about what sort of Brexit to pursue will also have a profound impact. “A “hard” Brexit”, says Princeton’s Harold James, “would entail the severing of all existing links between the UK and the EU: no more contributions to the common budget and an end to free labor mobility”. By contrast, “a “soft” Brexit would reflect the view that the UK is still a part of Europe, and that Britain still has much to gain from close EU ties”. The latter course, in James’s view, “is the UK’s better option”, reflecting “the triumph of a realistic worldview over a self-defeating perspective underpinned by an implausible notion of sovereignty”.

The presence of leading Brexiteers in Prime Minister Theresa May’s new cabinet would seem to make the “better option” unlikely. But Anatole Kaletsky of Gavekal Dragonomics goes even further. Instead “of rushing Brexit”, he argues, “Europe’s leaders should be trying to avert it, by persuading British voters to change their minds”.

With opinion polls showing overwhelming public support for a “soft” approach, and with the new government holding only a “slender parliamentary majority” that “depends on disgruntled “Remain” rivals”, Kaletsky thinks “the EU could advance this strategy by calling May’s bluff on “Brexit means Brexit”. That means “telling her that only two outcomes are possible: either Britain loses all single-market access and interacts with Europe solely under World Trade Organization rules, or it remains an EU member, after negotiating reforms that could persuade voters to reconsider Brexit in a general election or a second referendum”.

Some Call It Treason

Populists like Trump and Boris Johnson, a leader of the UK’s “Leave” campaign and now the British foreign secretary, portray themselves as national saviors. But, given the high costs that populists can impose on countries -even threatening their survival, as in the UK, or plunging them into a humanitarian crisis, as in Venezuela- are such leaders actually “traitors”? French philosopher Bernard-Henri Lévy isn’t afraid to say so. If Trump were to win in November, “(t)he problem would not only be his vulgarity, sexism, racism, and defiant ignorance. It would be his possible infidelity to America itself”.

To be sure, Trump’s infidelity may not technically constitute “treason,” which the US Constitution explicitly delimits. But Lévy is surely right that Trump is a leader “who betrays not only his country’s ideals, but also its fundamental national interest”.

The primary source of concern is what the New School’s Nina Khrushcheva calls Trump’s “international bromance” with Russian President Vladimir Putin. Trump, she points out, “has complimented Putin’s leadership frequently”, and has said “he would consider accepting Russia’s annexation of Crimea and lifting the sanctions that were imposed in response - all without asking for anything in return from Putin”. Even more shocking, “Trump has called into question America’s automatic defense of NATO allies such as the ex-Soviet Baltic states, whose independence Putin has questioned”.

Like Khrushcheva, Christopher Smart, US President Barack Obama’s former special assistant for international economics, believes that Putin has no serious interest in a Trump presidency. “It may be fun to watch the US body politic squirm, and to gloat as America’s allies wring their hands, but a President Trump would make Putin’s life far more difficult”. Long-term growth “requires a global economy that is stable and predictable. A Trump presidency would mean the opposite”.

Whose Truth?

When belief systems based on lies make inroads into countries’ politics, is there a way back? Peter Sutherland, a former EU commissioner and the UN’s Special Envoy for Migration, believes that it “is now up to rational political leaders and mass media to reintroduce facts” into debates hijacked by populists, in particular debates about migration. The Brexit vote, he says “was driven by a distorted picture -eagerly painted by tabloid newspapers and populist politicians- of a country overflowing with migrants”. And the UK is hardly alone: “In Eastern European countries, Muslim migrants are perceived as being up to 70 times more numerous than they are”.

But it is not only the populists who have misled the public. Hans-Werner Sinn of Munich University and the IFO Institute thinks that free labor mobility in the EU does indeed pose a threat, which is precisely why Brexiteers were able to capitalize on it. Unless changed, Sinn argues, the current “rules of access to national welfare systems will erode the EU’s welfare states”. This can be prevented only “by restricting either freedom of movement or the inclusion principle”. If Europe’s populists are to be defeated, “the EU must acknowledge the trade-off between the welfare state’s quality, freedom of movement, and inclusion, and it must decide which can be sacrificed”.

Likewise, Stiglitz argues that much of the blame for today’s populist revolt should be laid at the feet of globalization’s boosters. Rather than acknowledging the widespread pain and dislocation reflected in income and health data, many “neoliberal economists who advocated for these policies” have remained in denial, claiming “that people are better off. They just don’t know it. Their discontent is a matter for psychiatrists, not economists”.

That dismissive response, together with “governments’ offers of generous bailouts for the banks that had brought on the 2008 financial crisis, while leaving ordinary citizens largely to fend for themselves”, Stiglitz continues, convinced many people that their pain “was not merely a matter of economic misjudgments”.

China to the Rescue?

Where does the incipient anti-globalization agenda in the advanced countries leave developing and emerging economies? Nobel laureate Michael Spence suggests that, “developing countries, particularly those in the earlier stages of economic development, must find new external markets for their goods, by maximizing trade opportunities with their counterparts in the developing world, many of which have considerable purchasing power”. Although “such demand will surely not offset the drop in advanced-country demand completely,” he says, “it can help to soften the blow”.

If so, what Roach calls “the increasingly virulent China-bashing now sweeping the world” won’t help. As Claremont McKenna College’s Minxin Pei argues, “Regardless of how Brexit or the US election plays out, it is very likely that governments in Western democracies will respond to voter angst and take measures that imply a return to some degree of protectionism”. At a time when China, the world’s second largest economy, is attempting to manage a complicated structural transition to consumption-led growth, any threat to its economic performance would harm developing countries’ prospects.

And Peking University’s Justin Yifu Lin shows that China’s importance to developing countries reflects not only the size of its market, but also its role as a source of much-needed foreign direct investment. As Lin points out, “in 2013 China became the third largest source of other countries’ FDI and is expected to become a net capital exporter for the first time in 2016”.

So far, say Andrew Sheng and Xiao Geng of Hong Kong University, “China’s supply-side rebalancing is moving in the right direction”. But a new direction means new challenges: “unless China’s leaders also tackle the challenges posed by market and bureaucratic inefficiencies, the objective of strong and sustainable growth will remain out of reach”.

Joseph Jimenez, the CEO of Novartis, is optimistic. He thinks that China is on the verge of becoming an innovation powerhouse: “In science and engineering alone, China generates nearly 30.000 PhDs annually”, he points out, while McKinsey estimates that expenditure on innovation will “reach $ 1 trillion by 2020”. In particular, Jimenez believes that, “China has a real opportunity to become a major force in global pharmaceuticals research, and that there will soon come a time when breakthrough innovation occurs in China on a regular basis”.

Korea University’s Lee Jong-Wha is less sanguine. “To avert a crisis”, he says, “China’s leaders must act now to address the weaknesses in the corporate and financial sectors and to improve macroeconomic- and financial-policy frameworks”. And if they are to ensure that living standards continue to rise -a political imperative for China’s ruling Communist Party- “they must continue to implement structural reforms that support labor-market flexibility and the development of human capital, while privatizing SOEs and liberalizing the financial sector”.

For the London School of Economics’s Keyu Jin, the biggest threat to China’s prosperity and stability lies elsewhere. As a result of decentralization, “subnational governments accounted for an average of 71% of total public expenditure in 2000-2014 - a far larger share than in the world’s largest federal countries”. And while decentralization has spurred growth, “three decades of lax governance” have enabled corruption to flourish. Defending President Xi Jinping’s anti-corruption drive, she argues that “(e)mbezzlement and misappropriation of astronomical sums of public funds would have been impossible without accomplices who helped one another ascend the political ladder”. And now, Xi, whose crackdown has led to the detention of officials throughout China in the last two years, has “stopped turning a blind eye”.

The Open Economy and Its Enemies

If only in that respect, democratic leaders should take a lesson from Xi. After all, turning a blind eye to populists’ lies -and, equally important, to the grievances that make those lies seem credible- will only make the problem worse.

But so will doubling down on the status quo. For the last generation, Stiglitz argues, the problem “was not globalization, but how the process was being managed”. Redeeming the promise of an open global economy demands bold initiatives to ameliorate the plight of those left behind. “The Scandinavians”, Stiglitz points out, “figured this out long ago”. As Bo Lidegaard, a former editor-in-chief of Politiken argues, the Scandinavians have succeeded where others have failed because they have been “successful in expanding the scope of work, and of the labor market, to make jobs available to segments of the population that otherwise would have lacked access to well-paid employment”.

As Woods notes, however, innovative policy must be accompanied by credible leadership. “Voters need to see candidates who show purpose, impartiality, and competence. If they don’t, they will continue to vote against the establishment that they believe has failed them - even if it means voting for turmoil in Europe or a reckless narcissist in the US”.

- Migraciones: los hechos y las ficciones (Project Syndicate - **6/8/16**)

Londres.- En muchos países, el debate político sigue dominado por las migraciones. Y con razón: es una cuestión que afecta a economías y sociedades de todo el mundo. Pero la opinión pública respecto de este tema crucial tiende a guiarse por las emociones más que por los hechos. Esto lleva a una falta de diálogo abierto y eficaz sobre los riesgos de las migraciones, o sus muchos beneficios.

Los líderes populistas, en particular, han sido prestos a manipular el debate sobre las migraciones apelando a cifras infladas y otras exageraciones groseras para atizar el temor popular. Esa retórica incendiaria perjudica directamente a los inmigrantes, incluso aquellos que llevan mucho tiempo viviendo en sus países nuevos. En el Reino Unido, en el período previo al referendo por el Brexit en junio y después de la votación, las denuncias de crímenes de odio contra inmigrantes crecieron un 42% respecto del año anterior.

Pero el impacto del sentimiento xenófobo va mucho más allá de las fronteras nacionales. Si la prédica populista del miedo impulsa a los países a adoptar políticas proteccionistas y de exclusión, el efecto sobre la economía global (y sobre los medios de vida de millones de personas en todo el mundo) será desastroso.

Es hora de que los políticos racionales y los medios masivos reintroduzcan los hechos en el debate. Deben publicar las cifras reales de flujos migratorios de sus países, tanto los de entrada como los de salida. Deben explicar a los ciudadanos que muchos de los problemas por los que se acusa a los inmigrantes no son en realidad culpa suya. Y deben destacar los grandes aportes sociales y económicos que hacen los inmigrantes.

El voto por el Brexit obedeció a una imagen distorsionada (impulsada por periódicos tabloides y políticos populistas) de un país inundado de inmigrantes. Y de hecho, la mayoría de las encuestas muestran que en casi todos los países, los residentes exageran en gran medida la cantidad de inmigrantes. En algunos países de Europa del este, la gente cree que los inmigrantes musulmanes son hasta 70 veces más que en la realidad.

La verdad es que en proporción, la cantidad de personas que viven fuera de sus países de origen es casi la misma hace varias décadas: alrededor del 3% de los casi 7500 millones de personas vivas. En los últimos cinco años, dejaron sus lugares de origen 36,5 millones de personas (apenas el 0,5% de la población mundial).

Es un mito que todos los ciudadanos de países en desarrollo busquen trasladarse a sociedades ricas del primer mundo: la mayoría de los que deciden emigrar se quedan en su región de origen. Menos del 1% de los africanos se reubicaron en Europa. Además, las cifras migratorias mundiales incluyen gran cantidad de ciudadanos de países avanzados (entre ellos, 4,9 millones de nacionales del RU).

Igualmente inexactas son las afirmaciones de que los inmigrantes son una carga para los presupuestos nacionales. En el RU, los inmigrantes aportan más en impuestos de lo que reciben en prestaciones.

De hecho, muchos países avanzados necesitan inmigrantes. Nueve de los diez países con mayor proporción de población de edad superior a 65 años están en Europa. Si bien los países industrializados suelen sufrir escasez de trabajadores poco calificados (hace poco Hungría reconoció que necesita 250000 trabajadores extranjeros para cubrir faltantes en su mercado laboral) no es verdad que los inmigrantes sean necesariamente personas con bajo nivel académico. En 2010, el 29% de los emigrantes a países de la OCDE tenían títulos universitarios.

Además de beneficiar a las economías receptoras como trabajadores, emprendedores, inversores y contribuyentes, los emigrantes (y los refugiados) colaboran con el desarrollo de sus países de origen por medio de las remesas, que suponen una parte importante del PIB de muchos países en desarrollo, y a menudo son su fuente principal de divisas extranjeras. Las remesas no solo ayudan a pagar importaciones cruciales, sino que al mejorar la balanza de pagos, permiten a los países reducir los tipos de interés que pagan en los mercados de capitales privados.

Es cierto que las migraciones también suponen desafíos, pero son superables. La crisis de los refugiados en el Mediterráneo, que alentó el pánico en toda Europa, se podría haber encarado eficazmente con una acción internacional coordinada, como ya se hizo en el pasado. En los setenta y los ochenta, la comunidad internacional se unió para reubicar a más de un millón de vietnamitas; en los noventa, cuando la guerra en los Balcanes desplazó a casi cuatro millones de personas, Europa estuvo pronta para ayudar.

Pero hoy la atmósfera política es más hostil. En Estados Unidos, Donald Trump, candidato republicano a la presidencia, presenta a los refugiados sirios que huyen para salvar sus vidas como una amenaza a la seguridad, a pesar de los exhaustivos procedimientos de selección implementados por el gobierno actual, que se comprometió a aceptar 10.000 refugiados antes de que termine el año fiscal. En Hungría, se celebrará en octubre un referendo sobre las cuotas de refugiados exigidas por la UE.

Mientras los países avanzados se esfuerzan por impedir el ingreso de solicitantes de asilo (que en el caso de Hungría solo son unos pocos miles), los países en desarrollo hospedan a millones. **Cinco países que en conjunto equivalen a menos del 2% del PIB global (Turquía, Jordania, Pakistán, Líbano y Sudáfrica) albergan a casi la mitad de los refugiados del mundo. Los seis países más ricos (Estados Unidos, China, Japón, Alemania, Francia y el RU) equivalen al 60% del PIB global, pero el año pasado hospedaban a menos del 9% de todos los refugiados.**

No es casualidad: de 2010 a 2014, los estados europeos gastaron más de mil millones de euros (1.100 millones de dólares) en vallados y controles fronterizos. Estos intentos de “recuperar el control” alzando nuevas barreras dejan a los emigrantes a merced de traficantes abusivos y debilitan el comercio y la cooperación internacionales.

Hasta ahora, solo han llegado a destino 7.200 de los 22.504 refugiados no europeos que el año pasado la UE se comprometió a reubicar. Miles de niños no acompañados (los emigrantes más vulnerables) todavía no encuentran un lugar. Más allá de las obligaciones legales de todos los firmantes de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, de 1951, esto es una prueba de humanidad y decencia que los países denominados avanzados están reprobando.

Es hora de que estos países reconozcan que el mejor modo de garantizar el orden migratorio es abrir canales legales para refugiados y emigrantes. En cuanto a la integración, algunas de las dificultades prácticas pueden superarse con más inversión local y una mayor coherencia entre los diversos departamentos de los gobiernos.

El movimiento de personas, sea por elección o por la fuerza de las circunstancias, ocurrió siempre, y eso no va a cambiar. Es hora de dejar de resistirlo y en cambio, armados con los hechos, empezar a manejarlo.

(Peter Sutherland, United Nations Special Representative of the Secretary-General for International Migration and Development, is former Director General of the World Trade Organization, EU Commissioner for Competition, and Attorney General of Ireland)

- Brecht sobre Brexit (Project Syndicate - **17/8/16**)

Londres.- Tras el levantamiento de los trabajadores en Alemania Oriental el año 1953, el dramaturgo Bertolt Brecht propuso mordazmente que “si el pueblo había perdido la confianza en el gobierno”, al gobierno le resultaría más fácil “disolver al pueblo y elegir otro pueblo”. Hoy en día, este es un sentimiento que reverbera en muchas personas en el Reino Unido, a consecuencia del referéndum Brexit del pasado mes de junio.

Al calor de la campaña del referéndum, Michael Gove, en aquel entonces ministro de Justicia y miembro líder de la campaña a favor de “Salir” de la UE, dijo: “Creo que el pueblo de este país ya está harto de todo tipo de expertos que representan a organizaciones que se denominan mediante siglas, expertos que se equivocaron una vez tras otra. Gove fue al ataque de organizaciones como el FMI, la OCDE, la LSE, y todos los otros conciliábulos de economistas que sostenían que la salida de la Unión Europea causaría daño a la economía británica.

Lamentablemente, Gove tenía razón – no en cuanto a lo que sucedería a la economía, sino sobre el bajo respeto que las personas tienen por los conocimientos especializados en economía. A pesar de la opinión casi unánime de los profesionales en economía sobre que la salida Brexit inclinaría al Reino Unido hacia la recesión y reduciría su tasa de crecimiento a largo plazo, los votantes actuaron según lo que les dictaban sus corazones, no sus billeteras. La campaña “Permanecer” fue acusada de utilizar las advertencias de los economistas para tratar de asustar a los votantes llevándolos a la sumisión.

Algunos han señalado que quienes tienen la culpa del resultado del referéndum son los propios economistas, debido a que no fueron capaces de hablar en un idioma comprensible para las personas comunes y corrientes. Se hizo una acusación similar en contra de los banqueros y de otros financistas, quienes de igual manera no fueron convincentes; y a quienes, además, se los percibió como personas que expresaban argumentos que se originaban en su estrecho egoísmo sectorial.

Hay, sin duda, algo de verdad en estas críticas, pero el problema no fue simplemente el lenguaje extremadamente complejo y la jerga indescifrable. Todos los economistas comenzaron sus argumentos partiendo del supuesto de que al Reino Unido le estaba yendo muy bien, con un crecimiento del PIB muy por encima, y un nivel de desempleo muy por debajo, del promedio europeo. Parecía evidente que la adhesión era buena para Gran Bretaña, en especial, porque se había evitado unirse al euro; y, por lo tanto, los británicos no estábamos atados por nudos monetarios y fiscales diseñados en Bruselas y Frankfurt.

El problema fue que este panorama color de rosa no tuvo eco entre los votantes fuera de Londres y en el sureste de Inglaterra, por las razones expuestas con gran claridad en un discurso reciente de Andy Haldane, el economista en jefe del Banco de Inglaterra.

Haldane cita estadísticas nacionales que muestran que el PIB de Gran Bretaña está un 7% por encima de su máximo antes de la crisis, el empleo se ha incrementado en un 6%, y la riqueza ha aumentado en un 30%. Sin embargo, añade, que el ingreso nacional per cápita permanece plano. La mediana de los salarios reales (ajustados a la inflación) apenas ha aumentado desde el año 2005. La población del Reino Unido ha crecido, en parte, debido a la inmigración.

El incremento registrado en la riqueza ha surgido principalmente de los aumentos en los precios inmobiliarios en zonas favorecidas, sobre todo en Londres, y por el valor de las pensiones de los profesionales jubilados. Si usted no tiene la suerte de poseer una propiedad en el sureste de Inglaterra, y no está en un plan de pensiones basado en el último salario, su riqueza se ha estancado o ha disminuido. El desglose regional de las cifras del PIB muestra que Londres y el sureste son las únicas zonas del Reino Unido, donde las personas están mejor, en promedio, de lo que estaban en el año 2009, durante el punto más bajo de la recesión.

Bien puede ser cierto que la salida Brexit acentuará aún más las desigualdades. Si se imponen barreras al comercio intraeuropeo, y las empresas optan por invertir en otros lugares para acceder al mercado único europeo, los empleos peor pagados en regiones desfavorecidas pueden desaparecer en su conjunto, o los salarios caerán aún más. No obstante, esta aseveración suena a un discurso de los “expertos”; y, quienes estuvieron a favor de la campaña por “Salir” tienen una respuesta a dicho discurso: los economistas hablan con altanería sobre el Reino Unido para demostrar que sus sombríos pronósticos eran correctos. Si no se podía confiar en los expertos antes del referéndum, ciertamente no se puede confiar en ellos ahora.

Este es el telón de fondo nada auspicioso frente al cual pronto se iniciarán las discusiones sobre el futuro de la relación del Reino Unido con la UE. Este telón es especialmente desfavorable para la ciudad de Londres. Es evidente que existe una relación inversa entre el acceso al mercado único, que la mayoría de las empresas financieras desean en gran medida, y una de sus principales condiciones: libre circulación de los ciudadanos de la UE, que se percibe como un factor que contribuyó al estancamiento salarial en el resto del Reino Unido. Por lo tanto, un resultado que beneficie a Londres (que, como era de esperar, votó abrumadoramente a favor de permanecer en la UE) debe ser defendido con sutileza y cuidado, para que no sea visto como el sacrificio del bienestar de muchos por los intereses de unos pocos.

El argumento más fuerte a favor de permanecer en el mercado único es: si se pone a la ciudad de Londres en peligro, se pone en riesgo a toda la economía del Reino Unido. Los servicios financieros sólo dan cuenta del 3% del empleo, pero generan el 11% de los ingresos fiscales. Matar a la gallina de los huevos fiscales de oro sería temerario: si la economía se desacelera, que parece ser el mejor escenario que podemos esperar, se necesitarán urgentemente esos ingresos fiscales. Además, en un momento en el que el déficit de la balanza de pagos del Reino Unido es más del 5% del PIB (el segundo más grande en la OCDE), el superávit comercial del 3% del PBI del sector financiero ha sido esencial para evitar una explosión externa.

No es de extrañar, por lo tanto, que la libra esterlina haya caído drásticamente desde la votación Brexit. Algunos argumentan que la depreciación del tipo de cambio achicará el déficit comercial, ya que hará que las exportaciones británicas sean más competitivas, pero la experiencia del año 2008, cuando la libra esterlina también cayó con fuerza, es que el impacto sobre el déficit puede que no sea muy grande. El Reino Unido tiene pocas exportaciones sensibles a los precios, para las cuales existe una importante capacidad excedentaria disponible para ampliar la producción.

Por lo tanto, esta es una época de nerviosismo en los mercados financieros de Londres. Necesitamos nuevos expertos, que no vengan engalanados con siglas menospreciadas como por ejemplo “FMI”, expertos que tendrán que explicar los hechos desagradables de la vida económica a un público altamente desconfiado. Nadie debería tomar la irónica sugerencia de Brecht en serio. Los británicos han expresado lo que desean, y se debe encontrar la manera de alcanzar esos deseos al menor costo económico posible.

(Howard Davies, the first chairman of the United Kingdom’s Financial Services Authority (1997-2003), is Chairman of the Royal Bank of Scotland. He was Director of the London School of Economics (2003-11) and served as Deputy Governor of the Bank of England and Director-General of the Confederation of…)

- El “Brexit” y el rey Canute (El Economista - Project Syndicate - **28/8/16**)

(Por Anatole Kaletsky)

La leyenda del Rey Canute narra la historia de cómo uno de los primeros monarcas anglosajones enseñó a sus súbditos los límites del poder real. Un día, Canute mandó poner su trono a la orilla del mar y ordenó a la marea que retrocediese. Cuando la marea subió como de costumbre y empapó al monarca, este le dijo a sus cortesanos: “Conoced ahora todos los hombres la vacuidad propia del poder real”.

La primera ministra británica Theresa May, cuya consigna es Brexit, parece creer que el mensaje de Canute trataba de democracia y no de astronomía. Aunque May se opuso a la retirada del Reino Unido de la Unión Europea, ahora ha adoptado el lema contrario de que “el Brexit sea un éxito porque así lo han querido los votantes”.

**Qué disparate. Si Gran Bretaña se convierte en el único país europeo, además de Rusia, autoexcluido del mercado único, no prosperará económicamente, quieran lo que quieran sus votantes.** La democracia no habría impedido que la marea, impulsada por la gravedad, ahogase al Rey Canute si se hubiera quedado en el trono, y un referéndum no será capaz de revertir la ola de la globalización.

Las empresas lo saben y por eso Gran Bretaña ahora se enfrenta a lo que los economistas llaman la “incertidumbre radical”, una situación donde los riesgos no pueden ser cuantificados racionalmente y los cambios de los tipos de interés, impuestos y valores de divisas son en gran medida ineficaces. Como ha observado el Banco de Inglaterra, muchas decisiones de inversiones y contratación se retrasarán ahora hasta que estén claros los términos comerciales del país. Si el Brexit sigue adelante, habrá que esperar años.

Mientras la economía británica se hunde en una recesión y las promesas del Gobierno de un Brexit eficaz y rápido se tornan irrealistas, la opinión pública cambiará. La reducida mayoría parlamentaria de May se verá presionada, cuando menos por los muchos enemigos que se ha labrado purgando a todos los aliados del exprimer ministro David Cameron en el gabinete. Las principales decisiones sobre el Brexit no se tomarán desde Londres sino en Bruselas y en Berlín. Y al tomar esas decisiones, los líderes europeos deben plantearse dos cosas: ¿debería Gran Bretaña conservar las principales ventajas de la membresía de la UE si rechaza sus normas y sus instituciones? Y, ¿es necesario reformar algunas de esas normas e instituciones para que la UE sea más atractiva para los votantes, no solo los británicos sino de toda Europa?

La respuesta a esas dos preguntas está clara. No a la primera, sí a la segunda.

Los líderes de la UE deben presentar una opción inequívoca: o Gran Bretaña sigue siendo miembro de la UE tras negociar reformas adicionales que satisfagan a la opinión pública, o se separa completamente y negocia con la UE desde la misma base que “cualquier país de la Organización Mundial del Comercio, desde Afganistán hasta Zimbabue”, que es como el Instituto Británico de Estudios Fiscales describe la alternativa más plausible a la plena adhesión.

Al hacer las condiciones de salida innegociables, mientras ofrece margen de maniobra sobre los términos de su continuidad, Europa podría desviar la atención hacia la segunda cuestión constructiva: ¿puede persuadirse a los votantes de que vuelvan a sentirse a favor con respecto a la UE?

Abordar esta cuestión seriamente centraría la atención en las muchas ventajas tangibles de la membresía de la UE, más allá de las abstracciones tecnocráticas sobre el mercado único: mejoras medioambientales, ayudas rurales, financiación de la ciencia, infraestructuras, educación superior y libertad para vivir y trabajar en toda Europa.

Al excluir opciones intermedias ficticias, como el modelo noruego o sueco, que de todos modos May ha rechazado porque implican la libertad de movimiento de personas, la UE podría dejar inequívocamente claras las implicaciones económicas del Brexit. Londres dejaría de ser la capital financiera de Europa porque las normativas se modificarían deliberadamente para trasladar la actividad empresarial hacia jurisdicciones de la UE. Por ese mismo motivo, muchas industrias exportadoras con sede en el Reino Unido dejarían de ser viables.

Ante este panorama, las empresas a ambos lados del Canal de la Mancha se verían movidas a defender abiertamente la permanencia de Gran Bretaña como miembro pleno de la UE, en lugar de cabildear por lo bajo acuerdos especiales para sus propios sectores. Los medios hasta podrían destacar la absurdidad constitucional de una democracia representativa que acepta el resultado de un referéndum por mayoría escueta como vinculante en las decisiones parlamentarias.

A los nacionalistas de línea dura seguramente les diese igual pero más de un euroescéptico marginal reconsideraría su posición y esa mayoría del 52-48 por ciento del Brexit podría cambiar de bando.

La revocación de la opinión pública sería casi segura si los líderes europeos acataran sinceramente el mensaje de los votantes británicos no facilitando el Brexit sino admitiendo que el referéndum es una llamada a la acción para reformar la UE.

Supongamos que los líderes de la UE invitasen al Gobierno británico a negociar las políticas que dominaron el referéndum y que alimentan el resentimiento en otros países europeos: la pérdida de control local de la inmigración, el traslado de poder de los parlamentos nacionales a Bruselas y la erosión de unos modelos sociales que dependen de unos vínculos fuertes de la ciudadanía y de un estado del bienestar.

Imagine, por ejemplo, que los líderes europeos respaldaran la propuesta reciente de Dinamarca de permitir que los gobiernos nacionales diferencien entre los subsidios sociales a ciudadanos y a inmigrantes recientes, o que se extendiera por toda Europa el plan suizo de un “freno de emergencia” a las olas repentinas de inmigración. Imagine que se relajara el presupuesto contraproductivo y la normativa bancaria que han sofocado al sur de Europa. Y que la UE reconociera que la centralización de poder se ha pasado de la raya y zanjase el impulso de “una unión más unida”.

Esas reformas son impensables en Bruselas porque exigirían cambios en los tratados y los votantes podrían rechazarlas, aunque el electorado que se opuso a los tratados de la UE de centralización de poder seguramente estaría a favor de unas reformas que restaurasen la autoridad de los parlamentos nacionales. El verdadero obstáculo de la reforma no es la dificultad de cambiar los tratados sino la resistencia burocrática a la cesión de poder.

La Comisión Europea sigue estando obsesionada con defender el acquis communautaire, la colección de poderes “adquiridos” por la unión, que la doctrina europea dicta que nunca deben devolverse a los estados. Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión, y su jefe de personal Martin Selmayr, incluso se han alegrado del Brexit como una oportunidad para “reforzar el acquis” y centralizar el poder aún más.

Juncker, al igual que May, debería recordar al rey Canute La marea de la democracia natural sube por toda Europa y los eslóganes de “una unión más unida” no la van a cambiar. Los líderes europeos deben aceptar la realidad si no quieren ver cómo Europa se hunde.

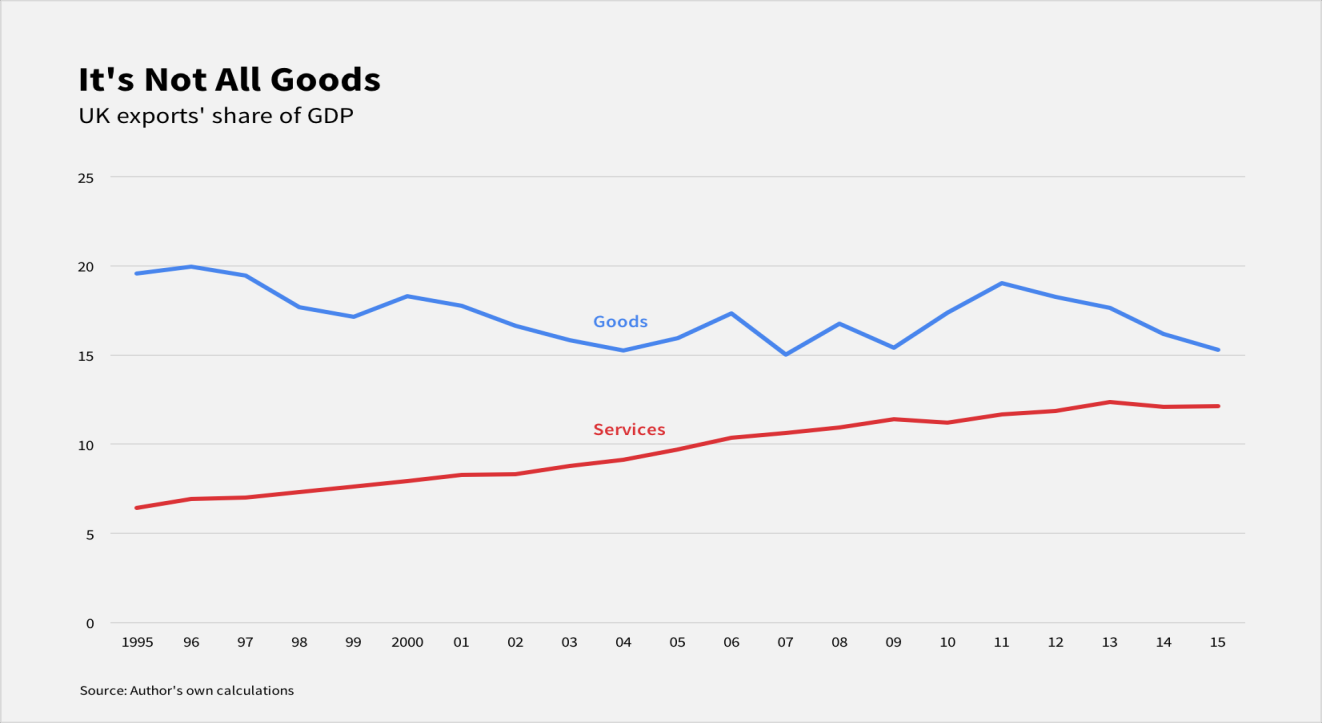
- Los costos supuestamente no muy altos de Brexit (Project Syndicate - **8/9/16**)

Bruselas.- La votación del Reino Unido a favor de su salida o “Brexit” de la Unión Europea está en camino de convertirse en el mayor no-acontecimiento del año. Más allá de una libra esterlina más débil y tasas de interés más bajas en el Reino Unido, el referéndum no ha tenido un gran impacto duradero. Los mercados financieros se tambalearon durante unas pocas semanas después de dicha consulta popular, pero se han recuperado desde entonces. El gasto de los consumidores permanece inmóvil. Lo que es más sorprendente, la inversión se ha mantenido constante, a pesar de la incertidumbre sobre las futuras relaciones comerciales de Gran Bretaña con la Unión Europea. ¿Se exageró al pronosticar los costos esperados de Brexit?

La respuesta es verdaderamente no. De hecho, el Reino Unido bien puede acabar perdiendo el pronosticado 2 a 3% del PIB a consecuencia de Brexit. Pero es la salida del mercado único, no la votación inicial para salir, la que traerá consigo esas pérdidas, y eso puede ocurrir en el transcurso de un largo período. Si la salida llega a ser un proceso de diez años de duración, las pérdidas serían soportadas gradualmente a lo largo de dicho período, costando al Reino Unido alrededor de 0,2 a 0,3% de su PIB por año, en promedio.

Esto podría ser una muy buena noticia para el Reino Unido. Ya que con una moneda más débil, el país se beneficiará de un aumento en la competitividad de sus exportaciones, competitividad que podría compensar por las pérdidas incrementales y la debilidad de inversión transitoria que probablemente surjan.

Otros factores también amortiguarán el golpe de Brexit. Durante las dos últimas décadas, el Reino Unido ha transformado su economía con el propósito de fomentar un nivel de especialización sin precedentes en el ámbito de los servicios. A mediados de la década de 1990, las exportaciones de mercancías fueron tres veces más importantes que las exportaciones de servicios, y la mayoría de las exportaciones británicas se realizaban hacia la UE. Hoy en día, el Reino Unido exporta en su mayoría servicios - y sobre todo a mercados ubicados fuera de la UE.



Como resultado, hoy en día el mercado interior para venta de mercancías es mucho menos importante para el Reino Unido de lo que lo es para otros países de la UE. El valor agregado que contienen las exportaciones de mercancías británicas a la UE da cuenta de tan sólo el 5% del PIB – varias veces menos de lo representa para, digamos, Alemania. Al mismo tiempo, las exportaciones de Gran Bretaña a países fuera de la UE representan alrededor del 7% del PIB.

El desplazamiento en las exportaciones de mercancías del Reino Unido, que aleja a este país de la UE, refleja un cambio en las fuentes de crecimiento económico, considerando que Asia, en particular, está ganando primacía. En cierta medida, otros Estados miembros de la UE también han desplazado sus exportaciones hacia afuera de Europa, pero el efecto ha sido más pronunciado en el caso del Reino Unido.

El hecho de que el Reino Unido ahora depende más de su acceso a los mercados mundiales en comparación a su dependencia en su acceso al mercado interior de la UE, con seguridad, contribuyó a la votación a favor de Brexit, ya que minimiza el sacrificio que el Reino Unido tendría que hacer para poder recuperar el control sobre asuntos candentes, como ser la inmigración. También ayudó la creencia de que el Reino Unido podría asegurarse un mejor acceso a los mercados mundiales por cuenta propia, en comparación del acceso que lograría como parte de la UE.

Es en este punto que la apuesta de Brexit se torna en más riesgosa. Sin duda, aprobar acuerdos comerciales será mucho más fácil para el Reino Unido que para la UE, que requiere el acuerdo de 30 parlamentos (incluso de algunos parlamentos regionales). Los desafíos políticos que han impedido la aprobación de un acuerdo de libre comercio de perfil relativamente bajo con Canadá son un ejemplo de este reto. Sin embargo, el Reino Unido también tendrá menos peso en las negociaciones del que tiene la UE, especialmente a momento de negociar con grandes economías emergentes.

De manera similar, el Reino Unido no tiene por qué temer grandes cambios en su capacidad para exportar servicios a la UE, exportaciones que hoy en día representan alrededor del 40% del total de las exportaciones del RU, debido a que el mercado interno de servicios de la UE ya está más que abierto. Pero hay una excepción: los servicios financieros. Y, es una excepción muy grande.

En la actual situación, los servicios financieros representan alrededor de un tercio de las exportaciones totales de servicios de Gran Bretaña y dos tercios del superávit total de servicios que el Reino Unido necesita para pagar por su déficit en la exportación de mercancías. El éxito de la industria de servicios financieros es el resultado, al menos en parte, de la adhesión del Reino Unido a la UE.

La especialización de la economía del Reino Unido y de sus cuentas externas en cuanto a servicios financieros (y servicios en general) se inició el momento en el que los movimientos de capital se liberalizaron en el marco del programa de mercado interior de la década de 1990. Esta especialización se aceleró con la introducción de la moneda común, introducción que, combinada con la eliminación de los obstáculos a los flujos transfronterizos de capital y el auge del crédito a nivel mundial, fomentó la concentración de muchos tipos de servicios financieros al por mayor en la ciudad de Londres.

El sector financiero tiene una tendencia natural a formar clústeres, y Londres -lugar donde se habla el idioma inglés, el sistema legal es eficiente, los mercados laborales son flexibles y el régimen regulatorio es relativamente simplificado- ofrece ventajas sustanciales. Si se añade a todo esto el “sistema de pasaportes” de la UE, que permite a los bancos con sede en Londres vender sus servicios directamente en toda la UE, se puede aseverar que el crecimiento del sector de servicios financieros de la ciudad tiene mucho sentido - al igual de que tiene sentido el hecho de que los ciudadanos de Londres votaron abrumadoramente en contra de Brexit.

Sin embargo, la realidad es que la mayor parte de las ventajas que han convertido a Londres en un centro de servicios financieros se mantendrán, incluso después de Brexit. Y, la pérdida del sistema de pasaportes podría ser compensada por la creación de filiales o enclaves-puente dentro de la UE, tales como Dublín, Frankfurt o París. Por lo tanto, la industria de servicios financieros de Londres podría sobrevivir a Brexit, si bien es poco probable que mantenga su vitalidad anterior.

De hecho, sin importar cuáles son las condiciones que el Reino Unido negocie con la UE, es probable que el RU tenga que cambiar su modelo de crecimiento, probablemente a través de una modesta reactivación del sector de manufactura, entre otras cosas. Dadas las décadas de declino en la industria manufacturera británica, esto sería más fácil de decir que de hacer. Pero, si el RU no logra ese restablecimiento del equilibrio, el costo de Brexit a largo plazo podría llegar a ser sustancialmente más alto en comparación con las estimaciones actuales.

La expansión de la industria de servicios financieros -que crea pocos puestos de trabajo, pero los que sí crea son muy bien pagados- ha contribuido al aumento de la desigualdad de ingresos, misma que ha sido más pronunciada en el Reino Unido en comparación a lo que ocurre en el resto de la UE. Y, dicha desigualdad ayudó a alimentar la frustración generalizada con la globalización y con las llamadas “élites formadas por grupos dominantes”, mismas que llevaron a la victoria a la campaña Brexit.

En este sentido, uno de los principales beneficios económicos de la adhesión a la UE del Reino Unido condujo a que los británicos rechazaran el proyecto. La pregunta es si los cambios económicos que Brexit requerirá van a producir los beneficios para los trabajadores británicos que la campaña “Salir” prometió. La respuesta a esa interrogante aún está lejos de ser clara.

(Daniel Gros is Director of the Brussels-based Center for European Policy Studies. He has worked for the International Monetary Fund, and served as an economic adviser to the European Commission, the European Parliament, and the French prime minister and finance minister. He is the editor of Economie…)

- El “Brexit” y las libras en su bolsillo (El Economista - **25/9/16**)

(Por Barry Eichengreen)

Tres meses después de su aprobación, los primeros efectos del Brexit ya se notan y, al contrario de lo que algunos decían, no son buenos. Ya en julio, tras el referéndum, la confianza de los consumidores se hundió a la velocidad más rápida desde 1990.

Las estadísticas de manufacturas y construcción se desmoronaron precipitadamente. Aunque los datos de agosto eran mejores, es demasiado pronto para saber si la mejora no ha sido más que un rebote del gato muerto.

En el mundo post-referéndum patas arriba, la buena noticia es la caída de la libra en el mercado de divisas. Un tipo de cambio más bajo dará más competitividad a las exportaciones británicas. Frente a unos precios más altos de la importación, los consumidores desviarán su gasto hacia productos nacionales y eso también reforzará la economía británica.

La cuestión es cuánto. Los escépticos advierten de que Reino Unido depende mucho de las exportaciones de servicios financieros, que no son especialmente sensibles al precio, y que el margen de crecimiento de las exportaciones de mercancías está limitado por una demanda global deprimida.

El país ya ha pasado por esto y la historia puede arrojar luz al respecto. En 1931, cuando abandonó el patrón oro, la libra se hundió un 30 por ciento. Como ahora, el país dependía mucho de las exportaciones de servicios (no solo bancarios sino también de envíos y seguros). Y el contexto internacional era incluso más desfavorable que ahora.

Y pese a los vientos de cara, el déficit comercial se dividió por cuatro entre 1931 y 1932. En 1933, el saldo de servicios también se consolidaba. Llegado ese momento, la economía iba camino de la recuperación.

Tres circunstancias lo hicieron posible. Primero, el exceso de capacidad permitió a las empresas aumentar la producción. Segundo, Gran Bretaña fue enseguida capaz de establecer una serie de acuerdos comerciales favorables, negociados con países de la Commonwealth en la Conferencia de Ottawa de 1932. Tercero, la incertidumbre política cayó bruscamente cuando el gobierno laborista, culpado en general por la crisis de 1931, fue reemplazado por un gabinete dominado por conservadores, con amplio apoyo popular.

Está claro que ninguna de esas condiciones existe hoy en día. El exceso de capacidad en los sectores de bienes comerciales es pequeño. En el complejo contexto legal actual, se tardarán años en negociar acuerdos comerciales con la UE y otros socios. La incertidumbre política es alta y no hay visos de unas elecciones generales que la resuelvan en un futuro próximo. Los inversores tienen todos los motivos del mundo para adoptar una actitud pasiva.

En 1949, Gran Bretaña se vio en la misma posición, con déficit comercial respecto a Estados Unidos y débil confianza de los inversores. En septiembre de ese año, la libra volvió a devaluarse, como lo hizo 18 años antes, un 30 por ciento.

Dado que la presión por unos salarios más altos era menor, las exportaciones británicas se volvieron más competitivas. El déficit comercial con la zona del dólar, compuesta por Estados Unidos y otros países que usan esta moneda en sus pagos internacionales, se contrajo bruscamente. La cuenta corriente del balance de pagos osciló de un déficit en 1949 a un excedente en 1950, y el PIB creció con fuerza.

Otra vez, tres cosas lo hicieron posible. Primero, hubo una demanda sólida en Estados Unidos, que se recuperaba de su recesión de 1948-1949. Segundo, el estallido de la Guerra de Corea en 1950 creó demanda de exportaciones de todo tipo. Tercero, con la creación de la Unión Europea de Pagos, el Reino Unido y sus socios europeos acordaron desmantelar los controles del comercio entre sí.

Aquí, también, la situación actual no podría ser más distinta. El crecimiento en Estados Unidos dista mucho de ser sólido y los países de la UE han dejado claro que no les corre prisa negociar un acuerdo comercial con el Reino Unido.

Un tercer precedente es la devaluación de la libra en 1967, de nuevo tras un intervalo de 18 años. La crisis del balance de pagos de 1966 y 1967 reflejó la tendencia de los salarios británicos de crecer más deprisa que la productividad, los déficits comerciales consiguientes y la reticencia de los inversores foráneos a financiar una postura que vieron insostenible. Esta vez, pasaron dos años para que las cuentas externas mejoraran. Con un desempleo bajo de por sí, todo ese tiempo fue necesario para reasignar recursos de los sectores de bienes no comercializados a comercializados.

En el ínterin, los inversores extranjeros siguieron siendo reacios a financiar los déficits británicos. Vista la dificultad del ajuste, les preocupaba que la libra se hundiese. El Reino Unido, incapaz de atraer flujos de entrada de capital a corto plazo, se vio obligado a pedir prestado al Fondo Monetario Internacional.

Esta historia sugiere que los tipos de cambio importan para la competitividad y que la depreciación de la libra debería ayudar porque mejora la competitividad de las exportaciones británicas. Sin embargo, los políticos no deben esperar demasiado. El entorno externo no es favorable. Hará falta tiempo para reasignar recursos hacia la producción de bienes comercializados. Y un nuevo paquete de acuerdos de comerciales no se tramita de un día para otro.

Mientras tanto, los líderes británicos deben resolver la persistente incertidumbre política. No solo deben hacer uso de la política monetaria sino también de las herramientas fiscales para apuntalar el gasto y reforzar los incentivos a la inversión. Hasta ahora, han demostrado estar poco concienciados de la urgencia.

- Gestionando las consecuencias económicas del nacionalismo (Project Syndicate - **26/9/16**)

Laguna Beach.- Las repercusiones del voto inesperado del Reino Unido en junio para abandonar la Unión Europea están siendo monitoreadas con atención. La gente en todo el mundo -y particularmente en Europa- quiere saber cómo se desarrollará el Brexit, no sólo para manejar sus efectos específicos, sino también para entender lo que probablemente suceda si otras votaciones inminentes se inclinan a favor de agendas nacionalistas.

Esas agendas, por cierto, están haciendo un retorno político. En Alemania, que llevará a cabo una elección general en 2017, el respaldo por el partido de extrema derecha Alternativa para Alemania (AfD por su sigla en alemán) está en aumento, lo cual quedó ejemplificado en los resultados sólidos que obtuvo el partido en las recientes elecciones estatales. En Francia, la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen, espera llevar el nacionalismo al poder en las elecciones presidenciales del próximo año.

La tendencia no es exclusiva de Europa. En Estados Unidos, el candidato presidencial republicano, Donald Trump, ha prometido imponer aranceles comerciales a China, construir un muro en la frontera con México y prohibirles a los musulmanes ingresar al país.

Ahora bien, ¿qué consecuencias económicas tendría un voto a favor del nacionalismo? A juzgar por el referendo del Brexit, los efectos inmediatos podrían incluir una agitación de los mercados financieros y una sacudida de la confianza de los consumidores y los inversores. Pero, en muy poco tiempo, esto podría dar lugar a una calma económica y financiera. El interrogante real es qué viene después.

Sin duda, la calma que se ha asentado en Gran Bretaña es tenue. Es posible que todavía se materialicen las predicciones previas al referendo de que un voto a favor del Brexit se traduciría en un padecimiento económico y una volatilidad financiera sustanciales. La gravedad de los efectos dependerá de cómo negocien el Reino Unido y sus socios europeos su separación complicada, particularmente el alcance del pasaporte comercial y financiero.

Pero, por ahora, la volatilidad sigue contenida. Eso se puede atribuir en parte al nuevo gobierno de la primera ministra Theresa May, que deliberadamente ha adoptado una estrategia gradual para el proceso del Brexit. May también dejó en claro que ella y los miembros de su gabinete no tienen planeado ofrecer informes regulares sobre el progreso.

El Banco de Inglaterra (BoE por su sigla en inglés) también ayudó, al inyectar liquidez en la economía casi de inmediato. Es más, la entidad bancaria tranquilizó de manera convincente a los participantes del mercado asegurándoles que está comprometida a mantener la estabilidad fiscal y a evitar el desorden que puede causar los mercados cuando funcionan mal.

La vigilancia del BoE, junto con el hecho de que los acuerdos económicos y financieros con Europa todavía no han sido modificados, ha convencido a las empresas y a los hogares de posponer sus planes de cambiar su comportamiento. Actualmente están esperando a ver si el Reino Unido negocia un Brexit “blando” o “duro” antes de tomar cualquier decisión significativa.

La capacidad de Gran Bretaña de restablecer una sensación de calma en medio de una incertidumbre de amplio alcance respecto de su futuro económico y financiero demuestra cómo, con la estrategia correcta, los actores políticos pueden administrar las sacudidas y las sorpresas. Si los líderes de Gran Bretaña se hubieran apresurado a desmantelar sistemas comerciales y otros acuerdos económicos y financieros de larga data con la UE, antes de desarrollar una alternativa creíble e integral, la situación hoy podría ser mucho más volátil. Quienes aspiren a imponer agendas igualmente egocentristas -ya sean partidos europeos nacionalistas que buscan reducir la conectividad internacional o candidatos presidenciales norteamericanos que proponen aranceles que bien podrían desatar represalias de parte de los socios comerciales- deberían tomar nota.

Por supuesto, en las circunstancias actuales, los efectos beneficiales de un liderazgo sólido en el Reino Unido son limitados. Cuando se anuncien los detalles del divorcio de Gran Bretaña de la UE, las empresas y los hogares responderán, particularmente si los vínculos comerciales, económicos y financieros del país con la UE cambian considerablemente. Esa respuesta, parece casi inevitable, afectará el crecimiento económico y desatará la volatilidad financiera.

Pero aquí también una estrategia medida y cautelosa puede ayudar. El gobierno británico debería hacer el máximo esfuerzo por conducir las partes más sensibles de las negociaciones con sus socios europeos en secreto. Cuando llegue el momento de anunciar los cambios, debería hacerlo en el contexto de un programa más amplio de reformas domésticas creíbles que apunten a un crecimiento fuerte e inclusivo y a una mayor estabilidad financiera.

No es fácil mantener un avión volando sin sobresaltos si se le están cambiando los motores. Y ése es precisamente el desafío que enfrenta el gobierno de May. Ahora se está preparando para esta maniobra ultra delicada identificando y ordenando los componentes del nuevo motor, y planificando su rápido ensamblaje; recién entonces podrá desmantelar el motor del comercio europeo sin el riesgo de una fuerte turbulencia o, inclusive, de un penoso accidente.

Pero aún con un plan cuidadosamente programado en marcha, el gobierno de May tendrá que mostrar un nivel de resiliencia y de agilidad mucho más allá de lo que se les exigió a sus antecesores, para poder manejar la transición sin desviarse del camino del crecimiento y la estabilidad. Lo mismo sería válido para cualquier figura o partido político nacionalista que llegara al poder. El interrogante es si alguno de ellos estaría a la altura de un desafío tan complejo.

(Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz, the corporate parent of PIMCO where he served as CEO and co-Chief Investment Officer, is Chairman of US President Barack Obama’s Global Development Council. He previously served as CEO of the Harvard Management Company and Deputy Director at th…)

- Los mercados dan a Theresa May una lección sobre soberanía (Expansión - FT - **12/10/16**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

El Reino Unido está dispuesto a “recuperar el control” de su destino. Pero la soberanía formal no equivale a poder.

Los políticos proponen y los mercados disponen. La semana pasada comenzó con un discurso de la primera ministra británica Theresa May sobre sus planes para el Brexit. Los mercados de divisas respondieron reduciendo el valor de los activos británicos. El Reino Unido está dispuesto a “recuperar el control” de su destino. Pero la soberanía formal no equivale a poder. El Gobierno británico anuncia sus intenciones. La reacción de otros determina los resultados.

Los dos discursos de May durante la conferencia de su partido hicieron de un Brexit duro el resultado más probable. Esto es así tanto por razones sustantivas como de procedimiento.

La razón de procedimiento es que May ha decidido poner en marcha el proceso de salida del Artículo 50 de la Unión Europa no más tarde de marzo de 2017. Esto daría la iniciativa a los otros miembros y centraría las negociaciones sobre un divorcio que deberá finalizar en dos años. Dada la complejidad de la toma de decisiones de la UE, se trataría de un periodo muy corto para negociar un acuerdo confeccionado a la medida.

La razón sustantiva por la que un Brexit duro es abrumadoramente probable es que la primera ministra también ha descartado ese acuerdo a la medida. Según sus palabras, “nosotros vamos a ser un país soberano plenamente independiente, un país que ya no forma parte de una unión política con instituciones supranacionales que pueden ignorar los parlamentos y los tribunales nacionales...Por lo tanto, no va a ser un “modelo noruego ni suizo”, sino un acuerdo entre un Reino Unido soberano e independiente y la UE”.

El procedimiento y el objetivo subrayados por May harían que el país saliera no solo de la UE, sino de los términos preferenciales de acceso a los mercados de la UE de los que dependen los inversores extranjeros y británicos.

Además, los negociadores comerciales de Reino Unido no podrán cerrar acuerdos compensatorios con el resto del mundo, en parte, porque no existe tal posibilidad, dado que la UE abarca casi la mitad de las exportaciones británicas. También porque el Reino Unido no será considerado como un socio creíble hasta que finalice su acuerdo con la UE. Entonces, en marzo de 2019, el país podría encontrarse sin acceso preferencial a ningún mercado.

May también afirmó que “si ustedes creen que son ciudadanos del mundo, entonces no son ciudadanos de ninguna parte”. Negó la posibilidad de que alguien pueda ser ciudadano del mundo y ciudadano de alguna parte. Pero muchos de los extranjeros cualificados de los que el Reino Unido depende se consideran precisamente eso. ¿Por qué querrían quedarse en un país cuya primera ministra parece menospreciarles? La xenofobia fue también una parte importante de la campaña por el Brexit. ¿Puede alguien creer que semejante lenguaje no tiene efecto sobre los trabajadores e inversores potenciales o, al menos, sobre los de nuestros socios de la UE?

La insensatez tiene consecuencias. Los objetivos extremos del Reino Unido están ahora claros. Los inversores han rebajado el valor de los activos del país de la forma más simple, vendiendo la libra. El tipo de cambio real efectivo está cerca de donde estaba a finales de 2008, inmediatamente después de la crisis financiera. En términos del dólar, los índices bursátiles están más bajos que antes del referéndum y también en relación a otros mercados.

La devaluación de los activos británicos era inevitable. Refleja la creencia de los inversores de que sus perspectivas económicas han empeorado. Pero los malos resultados de sus exportaciones sugieren que la depreciación no es suficiente para generar el cambio necesario en la estructura de la economía hacia la producción de bienes y servicios. Además, es bastante probable que el enorme déficit por cuenta corriente actual sea insostenible después del Brexit.

Los flujos de capital necesarios para financiar el enorme déficit externo podrían continuar, ante la percepción de que la tierra de una libra depreciada podría ser un chollo. Pero si cesaran, la moneda podría hundirse y entonces los políticos se enfrentarían a lo que les ocurre a las economías emergentes que pierden la confianza de los inversores: la necesidad de subir los tipos de interés y cerrar el déficit fiscal durante una crisis. ¿Es eso probable? No. ¿Lo está haciendo más probable el discurso del Gobierno? Sí.

El Gobierno aprendería entonces los límites de la soberanía en una economía abierta. El ministro de Hacienda Philip Hammond, que recordó a su partido recientemente que los británicos no votaron el 23 de junio “ser más pobres o sentirse menos seguros”, podría entonces contar más y los partidarios del Brexit del gabinete, menos. En una crisis, lo impensable se convierte en lo contrario. Poner en marcha el Artículo 50 sin la aprobación del Parlamento podría ser imposible. Por un estrecho margen, el país votó cierta clase de Brexit. Pero el Gobierno no tiene el encargo de poner en marcha la versión más extrema. Además, los partidarios del Brexit insisten en que su objetivo es restaurar la soberanía parlamentaria. ¿Por qué entonces el Gobierno planea ignorar al Parlamento?

También nos han dicho que los partidarios del Brexit creen en “el principio de que las decisiones sobre el Reino Unido deberían tomarse en el Reino Unido”. Los mercados de divisas demuestran el vacío de ese principio. La premisa de la campaña a favor de la salida era falsa: un conjunto de decisiones que afectan al Reino Unido siempre se tomarán fuera. Pero no es probable que esta verdad frene el tren hacia un Brexit completo. Pararlo sería un milagro, o más bien una crisis. ¿Probable? No. ¿Posible? Sí.

- La lógica política del Brexit duro (Project Syndicate - **10/10/16**)

París.- Pasados poco más de tres meses de la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea, el rumbo político del Brexit se está descarrilando. Se ha afianzado una dinámica casi revolucionaria (y muy poco británica) y, como indicara la Primera Ministra Theresa May en su discurso de tipo “Little Englander” (o “Pequeño inglés”) en la conferencia del Partido Conservador el mes pasado, el Reino Unido se encamina a un “Brexit duro”.

Se trata de un resultado que va en contra de lo que piensa la opinión pública del país, que sigue siendo moderada con respecto a romper de lleno con la UE. Según una encuesta de julio de BB/ComRes, un 66% de los encuestados manifestaban que “mantener el acceso al mercado único” era más importante que restringir la libre circulación de las personas. En una encuesta de ICM del mismo mes, sólo un 10% señaló que priorizaría poner fin a la libre circulación por sobre mantener acceso al mercado único, mientras que un 30% veían ambos temas como igual de importantes y un 38% consideraba que la prioridad era mantener el acceso pleno al libre mercado.

Son resultados que sólo sorprenden a quienes se creen la narrativa de que Occidente se enfrenta a una revuelta xenofóbica a gran escala contra las élites. Si bien no hay duda de que en el campo de los partidarios de abandonar la UE (los “Brexiteers”) había gente para la cual lo más importante era poner fin a la libre circulación de las personas, también había quienes creyeron a Boris Johnson, el ex alcalde de Londres y actual ministro de exteriores, cuando prometió (como sigue haciéndolo) que el Reino Unido podía quedarse con el pastel y comérselo.

De hecho, a pesar de la importante facción de airados votantes blancos de clase trabajadora, los “Brexiteers” de clase media y favorables al comercio, junto con los del quienes eran partidarios de permanecer en la Unión, constituyen una clara mayoría del total de quienes votaron en el referendo. En circunstancias normales cabría esperar que la política del gobierno reflejara la preferencia de la mayoría y apuntara a un “Brexit suave”. En lugar de ello, ha surgido un patrón revolucionario clásico.

Según los partidarios de la salida, el pueblo se ha pronunciado y ahora corresponde al gobierno cumplir con un Brexit “de verdad”. Pero debe superar a los aguafiestas, como los altos funcionarios y la mayoría a favor de permanecer en la Unión que existe en la Cámara de los Comunes, que dicen querer un Brexit meramente de nombre, una versión “falsa” que jamás podría dar los beneficios de la verdadera.

En esta narrativa revolucionaria, los peores elementos de la tradición política de Europa han dañado el pragmatismo británico. Es irrelevante lo que piense la mayoría de los votantes británicos. Con un Brexit duro, los partidarios de abandonar la Unión pueden dejar de ser vistos como un suplicante en las negociaciones con la UE, como será inevitable aunque May lo niegue una y otra vez.

**La UE tendrá las de ganar en las negociaciones por dos sencillas razones. Primero, el Reino Unido tiene más que perder en términos económicos. Mientras las exportaciones totales de otros países de la UE al Reino Unido son el doble de las de éste hacia el resto del bloque, sus exportaciones a la UE son más de tres veces la proporción de su PIB. De manera similar, el Reino Unido tiene un superávit de servicios, lo que le importa mucho menos al resto de la UE que a Gran Bretaña.**

**Segundo, tal como el Acuerdo integral de Economía y Comercio de la UE con Canadá, todo acuerdo negociado entre la UE y el Reino Unido tendrá que ser ratificado unánimemente por la totalidad de los países de la Unión, por lo que la negociación en realidad no será entre el Reino Unido y la UE, sino más bien entre los estados miembro. Dado que estará ausente de esas conversaciones, el Reino Unido simplemente tendrá que aceptar y rechazar lo que sea que la UE le ofrezca. Sería así incluso si el Reino Unido buscara un acuerdo preparado de antemano, como ser miembro del Área Económica Europea o de la Unión Aduanera de la UE, y mucho más si el Reino Unido busca un acuerdo a la medida, como May ha dicho que desea.**

Si los votantes británicos reconocieran la debilidad de la posición negociadora de su país, los “Brexiteers”, que ganaron el referendo con la promesa de “recuperar el control”, se enfrentarían a un desastre político. No tomar parte en negociaciones de peso es la manera más sencilla de evitar un desenmascaramiento así de embarazoso.

Por consiguiente, el Brexit duro en realidad es una opción suave para el gobierno. Sin embargo, tendrá un alto precio en lo económico que el Reino Unido tendrá que pagar en los años venideros.

El único consuelo es que puede que el impulso revolucionario del Brexit no sea sostenible. Poco después de que el bando partidario de la salida tachara a los burócratas de la Administración Pública de Su Majestad como “enemigos del pueblo” (típica declaración de las etapas tempranas de una revolución), Liam Fox, Ministro de Comercio Exterior y partidario del Brexit se refirió a los exportadores británicos como “demasiado perezosos y gordos” como para tener éxito en su utópica Gran Bretaña campeona del libre comercio.

Ese tipo de retórica es un síntoma de desesperación. Tiene ecos de los años de declive de la Unión Soviética bajo Leonid Breznev, cuando los defensores del marxismo aseguraban que no había problema alguno con el comunismo, excepto que la humanidad todavía no estaba madura para él. Al paso que vamos, puede que el celo revolucionario que vemos en los políticos británicos se queme a sí mismo antes de que se consume el “Brexit duro”.

(Jacek Rostowski was Poland’s Minister of Finance and Deputy Prime Minister from 2007 to 2013)

- La peligrosa deriva del gobierno de May en el RU (Project Syndicate - **11/10/16**)

Londres.- Los conservadores que hicieron campaña por la salida del Reino Unido de la Unión Europea siguen parloteando acerca de crear una Gran Bretaña abierta al mundo y al libre comercio. Pero la realidad es que el RU se está volcando hacia dentro. La primera ministra Theresa May, que se presenta a sí misma como la respuesta británica a Angela Merkel, está revelando más parecidos con Marine Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional de Francia, que con la internacionalista canciller alemana.

May expuso su visión del futuro de Gran Bretaña en el congreso del Partido Conservador celebrado este mes. Prometió activar el proceso formal de salida del Reino Unido antes de fin de marzo de 2017, y declaró que su prioridad en las próximas negociaciones para el “Brexit” será el control nacional de la inmigración (no la permanencia en el mercado común europeo). Su postura encamina al RU a un Brexit “duro” en abril de 2019.

Los gobiernos de la UE insisten, con razón, en que la libertad de movimiento es un pilar central del mercado común, y el giro nativista de May ya llevó a que Merkel y otros líderes europeos, en particular el presidente francés François Hollande, adopten una actitud más dura con el RU.

Como era de prever, la libra se derrumbó en los mercados de divisas, en anticipación del perjuicio económico de un Brexit duro, al quedar los mercados del RU y la UE separados por costosas barreras comerciales (controles aduaneros, normas sobre origen de productos, aranceles a las importaciones y regulaciones discriminatorias) que afectarán a casi la mitad del comercio internacional británico.

Pero May no sólo sentó las bases de una ruptura completa con la UE; también adoptó una visión profundamente iliberal para el futuro británico: intervencionismo en lo económico, nacionalismo en lo político y xenofobia en lo cultural. La primera ministra (no electa) está rechazando el manifiesto liberal conservador del ex primer ministro David Cameron (con el que este ganó la mayoría parlamentaria el año pasado), el compromiso de Margaret Thatcher con la globalización en los ochenta y una larga tradición británica de apertura liberal.

Tras apoyar casi en silencio la permanencia en la UE durante la campaña por el Brexit, May se ha puesto el traje del populismo antieuropeísta y ataca tanto a las “élites internacionales” como a los británicos de mirada cosmopolita. En su discurso en el congreso del partido, declaró: “Oíd tan sólo cómo muchos políticos y comentaristas hablan de la gente: consideran de mal gusto vuestro patriotismo, provincianas vuestras inquietudes sobre la inmigración, iliberales vuestras opiniones sobre el delito”.

En un eco de nacionalistas como Le Pen y Viktor Orbán (el autoritario primer ministro de Hungría), aseveró: “Quien cree ser ciudadano del mundo, no es ciudadano de ningún lugar; no comprende el verdadero significado de la palabra “ciudadanía””. Irónicamente, la noción de May de que hay un solo modo de pertenecer a la comunidad política británica es precisamente lo más antibritánico.

May demandó que las empresas radicadas en el RU privilegien a los trabajadores británicos en un “espíritu de ciudadanía” (otro término para referirse a lo que Le Pen llama “preferencia nacional”. No es sólo retórica. La situación de los nacionales de la UE en el RU es moneda de cambio en las próximas negociaciones sobre el Brexit. May quiere evitar el ingreso de futuros inmigrantes de la UE, a los que erróneamente acusa de quitar empleos a los británicos y deprimir sus salarios. La ministra del interior, Amber Rudd, está dispuesta a más. Hace poco pidió que las empresas radicadas en el RU declaren su personal extranjero, para poder “denunciar públicamente” a las que no contraten “suficientes” trabajadores británicos. “Los empleos británicos para los trabajadores británicos” era un eslogan usado por el partido racista Frente Nacional en el RU en los setenta; ahora tiene partidarios en el gabinete.

Este chauvinismo no sólo es despreciable: también es tonto. Ya provocó indignación y amenazas de otros países. En un momento en que muchas empresas están reconsiderando sus planes de inversión post-Brexit, deja en ridículo la afirmación del gobierno de que el RU está abierto a los negocios. Parece que el gobierno de May pretende que el Citibank opere en Londres sin personal estadounidense, Nissan sin gerentes japoneses y las empresas globales sin talentos internacionales.

Ya ni los médicos nacidos en el extranjero que salvan vidas británicas son bienvenidos; May quiere que el RU sea “autosuficiente” en atención médica de aquí a 2025. Como uno de cada tres médicos en el RU es inmigrante, el país se verá en problemas si muchos ahora decidieran llevarse sus consultorios a otra parte.

La experiencia de gobierno de May se limita a funciones dirigistas: estuvo a cargo de supervisar la seguridad interna y la inmigración como ministra del interior del gabinete de Cameron. Parece no tener idea del funcionamiento de una economía de mercado abierta y desconocer que el comercio internacional, la inversión y las migraciones están entrelazados. Hace poco alardeó de que Londres es la capital financiera del mundo, pero omitió decir que esto se debe en gran medida a la presencia de bancos extranjeros que emplean personal extranjero (“ciudadanos del mundo”) para atender a mercados internacionales (entre ellos, los de la UE).

En un nivel más básico, May parece no darse cuenta de que controlar la inmigración equivale a poner barreras comerciales. Cuando una empresa británica subcontrata trabajo informático a Bangalore es “comercio”, pero si programadores indios hacen el mismo trabajo en Birmingham es “inmigración”; sin embargo, las transacciones son análogas. Si Polonia se especializa en construcción y el RU quiere comprar sus servicios, el intercambio no será posible sin movilidad de las personas entre los países.

Oficialmente, el gobierno británico sigue proclamándose fanático del libre comercio, pero en la práctica, su política iliberal es más fuerte: la eurofobia vale más que el libre intercambio con los vecinos y principales socios comerciales de Gran Bretaña, y la xenofobia vale más que la necesidad de trabajadores extranjeros. ¿Cuánto más durará el resto de su agenda de globalización? Aun suponiendo que el gobierno encuentre socios bien dispuestos, el populismo puede impedir cualquier acuerdo comercial que parezca servir a las “élites internacionales”. El nacionalismo también puede llevar a que Gran Bretaña se cierre a la inversión china.

Los votantes británicos eligieron abandonar la UE, pero no dijeron cómo: May no tiene mandato electoral para su giro hacia el iliberalismo. Pero su oposición oficial es un Partido Laborista que, capturado por la izquierda dura, no es electoralmente viable. Así que de no mediar una recuperación de los liberaldemócratas, es posible que Gran Bretaña necesite un nuevo partido político (o una alianza multipartidaria) que luche por un país abierto al mundo, liberal y tolerante.

(Philippe Legrain, a former economic adviser to the president of the European Commission, is a visiting senior fellow at the London School of Economics’ European Institute and the author of European Spring: Why Our Economies and Politics are in a Mess – and How to Put Them Right)

- Is Populism Being Trumped? (Project Syndicate - **15/10/16)**

The reactionary parochialism embraced by many voters in recent years has shaken political establishments and roiled markets. They needed it, but can policymakers build on recent signs of buyers’ remorse?

Is the populist tide going out? The last fortnight has given democrats everywhere reason to cheer - or at least to sleep a little better.

For starters, Donald Trump’s bid for the US presidency is being buried by a cascade of damning revelations, including that he has not paid any federal income tax for perhaps two decades, and that he feels entitled by his fame to assault women - call it droit de célébrité. Many Republican leaders have finally had enough, repudiating their party’s presidential nominee in an effort to preserve its House and Senate majorities.

In Hungary, Prime Minister Viktor Orbán’s anti-immigrant referendum failed to attract sufficient turnout. Orbán says that he will nonetheless seek to constitutionalize the result; but the fact that more than half of the electorate stayed home suggests that his Svengali-like hold on voters may be slipping.

And in Poland, enormous nationwide protests, led by women, forced Jarosław Kaczyński’s Law and Justice (PiS) party to withdraw a bill that would have criminalized virtually all abortions, even in cases of rape or incest. After a year of hollowing out Poland’s institutions and concentrating power in his own hands, Kaczyński, the unelected master of Polish politics, may have overreached, as he did in 2007, when he was Prime Minister.

Of course, populism is hardly a spent force, as Colombian voters recently showed. Following a campaign that rivaled the United Kingdom’s Brexit debate for mendacity, a razor-thin majority rejected a peace deal with the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC) that promised to end more than a half-century of guerrilla war. But, while the New School’s Nina L. Khrushcheva rightly worries about a return to “the violent abyss of never-ending war”, only a week later President Juan Manuel Santos was awarded the Nobel Peace Prize for his efforts, putting the agreement’s opponents, led by former President Álvaro Uribe, back on the defensive. With the world standing behind him, Santos may yet be able to prevent renewed violence.

Even Brexit -the lodestar of populists worldwide since the June referendum- has fallen on hard times. In early October, after British Prime Minister Theresa May explicitly embraced “hard Brexit” -an approach to leaving the European Union that emphasizes controlling immigration over retaining access to the single market- the market response was brutal. Sterling fell to a 31-year low, and a number of Conservative MPs broke with May over her curt rejection of any role for Parliament in shaping the Brexit talks.

Despite these setbacks for populists, many Project Syndicate commentators are unconvinced that the genie can be put back in the bottle. They may be right: populism is an enormously complex phenomenon, and some of its avatars -such as Philippine President Rodrigo Duterte, who boasts of murdering drug users-, are more brazen than ever. Nonetheless, growing resistance appears to be shortening their leash.

Markets Vote, Too

May’s move toward the Trump/Orbán/ Kaczyński camp has shocked many, particularly those Conservatives who dreamed that Brexit would bring about some second Elizabethan age of economic openness and creativity. Instead, says the LSE’s Philippe Legrain, May has “adopted a deeply illiberal vision for the UK’s future, consisting of economic intervention, political nationalism, and cultural xenophobia”.

No surprise, then, that financial markets have been voting with their wallets. Market participants like Mohamed A. El-Erian , Chief Economic Adviser at Allianz, are acutely aware that as “bad politics crowds out good economics, popular anger and frustration will rise, making politics even more toxic”. Unless “enlightened political leadership takes the reins in time to make the needed mid-course corrections voluntarily”, he adds, “unambiguous signs of economic and financial crisis” will “force policymakers to scramble to minimize the damage”.

The UK, Legrain suggests, is now feeling the heat of that dynamic. “The pound has duly plunged on currency markets, anticipating the economic harm of a hard Brexit: costly trade barriers -customs controls, rules-of-origin requirements, import duties, and discriminatory regulation- will divide UK and EU markets and affect nearly half of Britain’s trade”.

But can markets really be relied upon to provide a robust barrier to demagogy? In the 1920s and 1930s, after all, fascism was elevated to power in Italy and Germany on the back of big business. One reason why markets are behaving differently nowadays may be that they are more global than ever: businesses that compete in a globalized economy cannot afford parochial nationalism. And parochialism is what May, increasingly following the lead of her cabinet’s most strident Brexiteers, is now offering when she condemns anyone who considers himself or herself “a citizen of the world”.

And it’s not just markets that are turning on May. In pushing for a hard Brexit, she has been running roughshod over the actual desires of the British people and the representative institutions designed to channel those desires. But democratic institutions are starting to protect themselves. Opposition Labour, Liberal Democrat, and Scottish Nationalist MPs are joining forces with a large number of disgruntled Conservatives to insist on Parliament’s right to scrutinize May’s approach to Brexit. More importantly, perhaps, Britain’s highest court is now hearing a case challenging May’s appropriation of the “royal prerogative” to deny Parliament a say over Brexit. The case, being heard before the Lord Chief Justice of England and Wales, Lord Thomas, is almost unprecedented, offering Britain’s supreme court an opportunity to rein in the executive and establish the power of judicial review within Britain’s unwritten constitution.

Baskets of Deplorable Elites

The post-referendum trajectory of May, a quiet denizen of the “Remain” camp prior to the Brexit referendum, suggests that populism can be as much a matter of political logic as of political sociology. No one, argues former Polish finance minister and deputy prime minister Jacek Rostowski, should be surprised by May’s decision to seize upon hard Brexit, despite fears for Britain’s economic future and the preferences of most referendum participants.

“Under normal circumstances”, Rostowski says, “one would expect the government’s policy to reflect the majority’s preference, and to aim for a “soft Brexit””, which would imply maintaining some form of membership in Europe’s single market. Instead, “a classic revolutionary pattern has emerged”, because the Brexiteers in May’s cabinet, having campaigned on a promise to “take back control”, would face “political disaster” were they “seen by voters as the supplicant in negotiations with the EU”, as they “inevitably would be, no matter how often May denies it”, The simplest way to avoid that “embarrassing unmasking”, Rostowski points out, is by “(w)alking away”.

Nobel laureate economist Joseph E. Stiglitz blames elites in another way for many voters’ willingness to play “Russian roulette” with their economies and societies. He attributes Trump’s rise to “simplistic neo-liberal market-fundamentalist theories that have shaped so much economic policy during the last four decades”. As a result of this agenda, Stiglitz argues, in the US “median income of full-time male employees is lower than it was 42 years ago, and it is increasingly difficult for those with limited education to get a full-time job that pays decent wages”. Not surprisingly, “those whose standard of living has stagnated or declined have reached a simple conclusion: America’s political leaders either didn’t know what they were talking about or were lying (or both)”.

But Harvard’s Joseph S. Nye admonishes readers to “be wary of attributing populism solely to economic distress”. After all, “Polish voters elected a populist government despite benefiting from one of Europe’s highest rates of economic growth, while Canada seems to have been immune in 2016 to the anti-establishment mood roiling its large neighbour”. Nye cites a study of European populist parties’ supporters by the political scientists Ronald Inglehart and Pippa Norris, who “found that economic insecurity in the face of workforce changes in post-industrial societies explained less than cultural backlash”. And Nye believes that their conclusion -that “populism is a reaction by once predominant sectors of the population to changes in values that threaten their status”- applies to the US as well:

“In the US, polls show that Trump’s supporters are skewed toward older, less-educated white males. Young people, women, and minorities are under-represented in his coalition. More than 40% of the electorate backs Trump, but with low unemployment nationally, only a small part of that can be explained primarily by his support in economically depressed areas”.

The cultural critic Ian Buruma agrees -but only up to a point. He is similarly skeptical of the idea that populist politicians can be defeated solely by policies aimed at promoting their supporters’ economic welfare. Many “don’t seem to care much about reasoned argument- that is for the liberal snobs”. For them, “Emotions count more, and the prime emotions that demagogues manipulate, in the US and elsewhere, are fear, resentment, and distrust”. And this, Buruma argues, “is at least partly the result of leaving education too much to the market: those with money are highly educated, and those with insufficient means are not educated enough”.

Geography is Destiny

Populism, however, has become a powerful force even in countries with more egalitarian education systems. Jean Pisani-Ferry, Commissioner-General of France Stratégie, refines and extends Buruma’s argument, suggesting that education is part of a form of geographical determinism that affects how people vote.

“Regional or local voting patterns are as old as democracy”, Pisani-Ferry notes. “What is new is a growing correlation of spatial, social, and political polarization that is turning fellow citizens into near-strangers”. Voters “in traditional manufacturing districts caught in the turmoil of globalization” have become “multiple losers: their jobs, their housing wealth, and the fortunes of their children and relatives are all highly correlated”. Thus, “US districts where the economy was severely hit by Chinese exports have responded by replacing moderate representatives with more radical politicians - either from the left or the right”.

Here, Pisani-Ferry is highly pessimistic, because growth in modern economies “puts a premium on agglomeration, which is why larger cities tend to thrive, while smaller cities struggle”. As a result, “(o)nce an area has started losing skills and firms, there is little hope that the trend will naturally reverse”. More often than not, aggregate economic expansion simply “means even more prosperity and dynamism in the better-off cities, and little, if any, gain” for voters elsewhere. Indeed, Pisani-Ferry’s stark conclusion that “(g)rowth itself has become divisive” captures perfectly the geographical voting pattern evident in the Brexit referendum and in support for Trump. For many people in these bastions of populist support, unemployment “can quickly become the new normal”.

Rage at this new normal has turned trade into a bellwether issue for populists. And in a crucial sense, says Daniel Gros of the Center for European Policy Studies, the populists are not to blame for this. “Blind faith in globalization led many to overhype it, creating impossible expectations for trade liberalization”, he argues. Rather “than acknowledge the role of commodity prices in bolstering both trade and growth in the early 2000s, most economists and politicians attributed those positive trends to trade-liberalization policies”. That “reinforced the notion that “hyper-globalization” was the key to huge gains for everyone”. Not surprisingly, when those gains failed to materialize, “many people felt duped and rejected free trade”.

It’s Not the Populists, It’s Us

Instead of addressing the economic and cultural factors driving populism, governments and other institutions sometimes reinforce them by devoting too much energy to protecting their own turf. While globalization, argues Princeton economic historian Harold James, “is beleaguered partly because of decisions made by governments under the auspices of an open international order”, the larger problem consists in “judicial and quasi-judicial decisions to impose large financial penalties on foreign corporations”, a pattern that is “now straining transatlantic relations”.

James cites some telling examples. “After the EU announced that it would require Apple to pay € 13 billion ($ 14,6 billion) in back taxes” that Ireland’s government should have collected, he notes, “the US fined Deutsche Bank, a German company, $ 14 billion to settle claims relating to its mortgage-backed securities business prior to the 2008 crash”.

To be sure, James continues, such measures could be regarded as an “effective response in a world where multinational corporations have become extremely skilled at reducing their conventional tax liabilities”. But, “unlike normal taxes, fines against companies are not predictably or uniformly levied, and must be haggled over and settled individually in each case”, through negotiations that “are often politicized and involve high-level government interventions” in which domestic firms have the upper hand. “Market economies”, James concludes, “cannot operate when their established rules are haphazardly enforced, which is what happens when national and international regulators turn into advocates for local enterprises and enemies of foreign businesses”.

The absence of uniform and predictable rules is wreaking havoc on debt-distressed governments as well. As Harvard’s Ricardo Hausmann and Mark Walker of Millstein & Co. point out, Venezuela is now paying a heavy price for rule changes that are blocking any international plan to restructure the country’s vast liabilities. “Argentina’s 15-year legal battle with its creditors -in which holdouts did measurably better than creditors who had years earlier accepted a debt exchange- destabilized the international financial architecture and generated a new set of rules”. And, as Hausmann and Walker note, “Venezuela will be the first country to navigate” those rules.

Hausmann, a former Venezuelan government minister, is a trenchant critic of the populist mismanagement that has left the country’s economy in ruins. At bottom, Venezuela’s crisis is “of its own making”. Nearly a generation of skewed policies and priorities, he and Walker argue, “led to a collapse in oil production, because the national oil company PDVSA failed to maintain its productive infrastructure and defaulted on payments to key contractors in order to pay its bondholders - thereby killing the goose that laid the golden eggs”. Nonetheless, “Venezuela will need to restructure its existing debt,” which will be impossible without a strategy to undermine holdout creditors. Indeed, the absence of such a strategy might well preclude any “restructuring at all, which could mean chaos or even a failed state”.

Don’t Look East

In sharp contrast to Venezuela’s Chavista leaders, China’s government has long been considered a model of wise and consistent economic policymaking. In fact, says the University of California, Berkeley’s Barry Eichengreen, China’s ruling communists can be as misguided and self-serving as political leaders anywhere. He takes aim at their successful campaign to have the renminbi included in the basket of currencies that make up the International Monetary Fund’s unit of account, Special Drawing Rights, calling it an effort that was “more about symbolism than substance”.

Chinese officials, Eichengreen notes, argue that inclusion in the SDR currency basket “is one of a series of steps to encourage use of the renminbi in international transactions”. But they have been putting the cart before the horse, believing “that relaxing capital controls and allowing financial capital to flow more freely in and out of the country will force financial market participants to up their game”. In fact, so long as “Chinese banks and firms are slow to adjust, liberalizing international capital flows will lead only to more volatility, fewer offshore deposits, and less reliance on the renminbi for settling merchandise transactions - exactly as has been the case recently”. Instead, Eichengreen concludes, “the most important steps” the authorities “can take to foster renminbi internationalization are to strengthen domestic financial markets, modernize regulation, and streamline contract enforcement”.

But China’s policy mistakes pale in comparison with those of Pakistan, where decades of portraying India as an existential threat have nurtured a xenophobic, fearful citizenry and a state that is making life ever worse and more precarious for its people. Clearly, any effective challenge to this dangerous, long-entrenched dynamic, whereby the Pakistani military’s powerful Inter-Services Intelligence (ISI) agency has for years supported terrorist groups and helped them to coordinate attacks on India, will have to come from outside. And, as Shashi Tharoor, an Indian MP and former Minister of State for Foreign Affairs, and Brahma Chellaney of the Center for Policy Research in New Delhi, argue, that challenge may have begun in late September.

According to Tharoor, India’s “surgical strikes” across the Line of Control (LoC) in Kashmir” proved highly successful. The operation “destroyed terrorist “launch pads” and “eliminated significant numbers of militants poised to cross over for attacks on the Indian side, as well as some who were protecting them (presumably Pakistani soldiers)”. More important, although India has conducted such strikes in the past, the strikes in September were “the first to be announced publicly, providing a clear signal of intent and a bold statement that business as usual -Pakistani pinpricks followed by Indian inaction- is no longer to be expected”.

Chellaney goes further, suggesting that India’s turn away from appeasement could have a significant effect on global security, because “Pakistan is “ground zero” for the terrorist threat the world faces”. Many attacks in the West, he points out, have had Pakistani footprints, “including the 2005 London bombings and the 2015 San Bernardino killings”, while Ahmad Khan Rahami, the suspect in the recent bombings in New York and New Jersey, “was radicalized in a Pakistan seminary located near the Pakistani military’s hideout for the Afghan Taliban leadership”.

But India can’t rein in Pakistan alone, and Chellaney is sharply critical of Pakistan’s foreign enablers, particularly the US. “Yes, even after finding the likes of Bin Laden on Pakistani soil”, he laments, “the US -the country that has spearheaded the so-called War on Terror- not only continues to deliver billions of dollars in aid to Pakistan, but also supplies it with large amounts of lethal weapons”. The implication is clear: the US should use its “leverage to ensure that the Pakistani military is brought to heel - and held to account”.

Attack on All Fronts

In the effort to halt and reverse the populist advances of recent years, there is no magic bullet. It is a battle that must be waged on many fronts: economic, electoral, legal, cultural, and, where appropriate, military. But, however challenging that battle may be, what is increasingly clear is that it must be joined without delay. As Project Syndicate commentators have indicated, in a wide variety of countries and contexts -from the UK to Latin America and Asia -those who would jeopardize their own countries’ prospects and place global security and prosperity at risk can be knocked back on their heels. The task for the world’s political leaders, including the next US president -who will not be a populist- is to keep them there.

- El argumento a favor de la sustitución de importaciones en el Reino Unido (Project Syndicate - **21/10/16**)

Londres.- El efecto económico más dramático de la votación del Reino Unido a favor de Brexit ha sido el colapso de la libra esterlina. Desde junio, la libra ha caído en un 16% frente a una cesta de monedas. Mervyn King, el anterior gobernador del Banco de Inglaterra, elogió el tipo de cambio más bajo, llamándolo un “cambio bienvenido”. En verdad, debido a que el déficit de cuenta corriente de Gran Bretaña se encuentra en un nivel superior al 7% del PIB -de lejos el déficit más grande desde que se comenzó a recolectar datos en el año 1955- la depreciación de la moneda podría ser considerada como una bendición. Sin embargo, ¿es realmente una bendición?

Los economistas suelen afirmar que la forma de equilibrar las cuentas externas de un país es mediante una caída del valor de su moneda, lo que haría que las importaciones sean más costosas y las exportaciones más baratas, causando que las primeras mencionadas disminuyan y las últimas aumenten. Los precios más altos de las importaciones -que significan una pérdida neta para el país- se verían compensados por el aumento del empleo y los salarios generados por la posición más competitiva de las exportaciones del país.

Sin embargo, para que la depreciación de la moneda haga su magia, se debe esperar que haya una mayor demanda de las exportaciones en el futuro próximo cuando baje el tipo de cambio (o, como dicen los economistas, la elasticidad del precio de la demanda de las exportaciones debe ser alta). Sin embargo, diversos estudios han demostrado que la elasticidad del precio de la demanda de exportaciones del Reino Unido es baja. Por ejemplo, un trabajo reciente de Francesco Aiello, Graziella Bonanno y Alessia Via del European Trade Study Group considera que “el nivel de largo plazo de las exportaciones no parece estar relacionado con el tipo de cambio real en el caso del Reino Unido”.

Esto significa que los consumidores y productores británicos tendrán que soportar todo el peso de la devaluación: su consumo de importaciones será racionado a través de un fuerte aumento en la inflación de los precios, sin que ninguna ganancia proveniente de las exportaciones compense dicha situación. De ninguna forma, esta es una propuesta meramente teórica. En el período 2008-09, cuando el resto del mundo estaba al borde de la deflación, el Reino Unido estaba soportando una recesión inflacionaria, con una contracción del PIB a una tasa máxima del 6,1% anual, mientras que la inflación alcanzó una cifra aproximada del 5,1%. Esto se debió a que la libra esterlina cayó desde el 2007 al 2008 más de un 21%, desde su pico máximo a su nivel mínimo.

Además, si bien el déficit en cuenta corriente se redujo a alrededor del 1,7% del PIB en el año 2011, la mejora fue sólo temporal. Después del año 2011, el déficit en cuenta corriente empezó a ensancharse una vez más, a pesar de que la libra esterlina nunca revirtió sus pérdidas. En jerga económica, el Reino Unido parece estar sufriendo de una variante extrema del efecto Houthakker-Magee - llamado así por los dos economistas que en el año 1969 descubrieron que las elasticidades de los precios de las importaciones y exportaciones podrían diferir sustancialmente, dando lugar a una tendencia permanente con dirección al desequilibrio de cuenta corriente.

La razón parece ser la contracción masiva del sector manufacturero del Reino Unido - desde un nivel de alrededor de un 28% del valor agregado bruto en el año 1978 a menos del 10% en la actualidad. Tal como el economista Nicholas Kaldor señaló mucho tiempo atrás, ya que la manufactura tiene un mayor rendimiento a escala que los servicios, los exportadores de manufacturas tienden a vencer a los exportadores de servicios.

De manera adicional, las reformas estructurales desde mediados de la década de 1990 han garantizado que los exportadores británicos estén profundamente integrados dentro de las cadenas de suministro globales. Como resultado, muchas de las exportaciones de Gran Bretaña requieren de insumos importados; por lo tanto, cuando la libra esterlina se deprecia y los precios de las importaciones se elevan, el efecto en cadena sobre los precios de las exportaciones hace que dichas exportaciones sean menos competitivas. Los datos más recientes de la OCDE muestran que el contenido de insumos importados incluido en las exportaciones del Reino Unido se sitúa en alrededor del 23%, en comparación con aproximadamente el 15% en las exportaciones de Estados Unidos y Japón.

Por el momento, para limitar la caída de la libra esterlina, el Reino Unido deposita su confianza en los flujos de capital que fluyen hacia la ciudad de Londres. Pero, como demostró el colapso del tipo de cambio del año 2008, esta fuente de demanda externa para la libra esterlina es altamente inestable. Cuando la tortilla se dé inevitablemente la vuelta, es decir cuando dichos flujos se reviertan, tanto la libra esterlina como las exportaciones recibirán otro duro golpe más.

El peor de los casos implicaría una fuerte caída en el valor de la libra esterlina que estaría seguido por una inflación pegajosa que reforzaría la subida de los precios de las exportaciones británicas, impulsando así aún más la depreciación monetaria. Este ciclo vicioso fatal se detendría sólo cuando los consumidores británicos sufrieran una caída en su ingreso real que sea de una magnitud que no se observa típicamente en lugares fuera de los países en desarrollo.

El resultado más probable es una especie de efecto de pudrimiento lento, con depreciaciones periódicas que conduzcan a que los estándares de vida británicos gradualmente disminuyan para todas las personas quienes se ganan la vida en libras esterlinas.

¿Qué se debe hacer? Sólo la acción gubernamental rápida para sustituir los bienes importados actualmente con bienes de producción nacional ofrecerá una solución suficiente. La solución clásica es la imposición de controles de importación. Sin embargo, están disponibles otras medidas que son menos perjudiciales para las normas del comercio exterior y la amistad internacional entre los países.

El banco nacional de inversión por cuya creación actualmente aboga el Partido Laborista podría dar un mandato para invertir en industrias con un alto potencial de sustitución de importaciones. Una alternativa sería la de subvencionar este tipo de industrias directamente desde el ministerio de Hacienda, con subvenciones vinculadas al precio ajustado a la calidad de la importación que se sustituye. A medida que los bienes producidos en el país se tornen competitivos con los productos extranjeros, se retirarán gradualmente los subsidios y se permitirá que las industrias se sostengan por sí solas.

Lo ideal sería que el gobierno británico fije como objetivo reducir las importaciones como porcentaje del PIB desde su actual alto nivel de alrededor del 30% a los niveles anteriores al año 1974 que rondaban el 20%. Esto puede resultar ser demasiado ambicioso, y puede que el Reino Unido tenga que conformarse con situarse en algún nivel que ronde alrededor del 25% del PIB. Sin embargo, si no se hace algo, Gran Bretaña corre el riesgo de un deterioro permanente de su prosperidad. Se puede reflotar una economía deprimida, y se puede deprimir una economía inflacionaria. Sin embargo, la pérdida de acceso a mercados extranjeros que son de crucial importancia, como resultado de los movimientos de divisas que están fuera del control del país causa un daño que, en gran medida, es irreversible.

(Robert Skidelsky, Professor Emeritus of Political Economy at Warwick University and a fellow of the British Academy in history and economics, is a member of the British House of Lords. The author of a three-volume biography of John Maynard Keynes, he began his political career in the Labour party, b…)

- La Gran Bretaña desagradable de Theresa May (Project Syndicate - **25/10/16**)

Londres.- La Primera Ministra británica Theresa May advirtió una vez a sus compañeros conservadores sobre el riesgo de acabar siendo conocidos como el “partido desagradable”. Sin embargo, tras 100 días en el gobierno corre peligro de ir más allá todavía, convirtiendo al Reino Unido en “el país desagradable”.

En apenas unos meses, May ha lanzado diatribas contra las “elites internacionales” y ha decidido priorizar los controles migratorios por sobre el acceso al mercado único en las negociaciones de la salida de su país de la Unión Europea. Hace poco, hasta se amenazó a las compañías con tener que proporcionar una lista de sus empleados extranjeros. Y los 3,5 millones de ciudadanos europeos que se han asentado en el Reino Unido han quedado en la incertidumbre de si el gobierno de May garantizaría sus derechos de residencia.

No pasó mucho tiempo antes de que la normalización de la retórica nacionalista afectara las vidas cotidianas de la población inmigrante de Gran Bretaña. De hecho, casi inmediatamente después del referendo del Brexit en junio comenzaron a proliferar crímenes de odio, incluso antes de que May llegara al gobierno. Su actitud parece un síntoma, más que una causa, de un resurgimiento general del autoctonismo en el país.

El resurgimiento ha ocurrido de manera más bien rápida. Hace unos pocos años, en los Juegos Olímpicos de 2012 de Londres, el Reino Unido mostraba al mundo un rostro muy distinto: acogedor, bien conectado y confiado en su diversidad. El arranque de política identitaria actual parece reflejar una reacción contra todo ese espíritu de apertura. De hecho, el país parece estar oscilando entre inclusión y exclusión, como ha sido por más de cuatro décadas.

Cuando Margaret Thatcher fue Primera Ministra en los años 80, promovió la exclusión al definir la identidad británica con referencia a sus enemigos, y no sólo los adversarios externos como la Unión Soviética o la Comisión Europea. No había escasez de villanos internos: los sindicatos, los mineros, los profesores, los médicos, la BBC, las minorías étnicas, los escoceses, los galeses y los irlandeses católicos.

Para cuando John Major asumió el cargo en 1990 había una sensación de malestar nacional, alimentada por la ansiedad sobre Europa y frustración por el decreciente prestigio de las instituciones británicas. En 1995 las encuestas de opinión indicaban que solo una minoría del país se sentía “británica”, mientras que muchos grupos se sentían subrepresentados (los jóvenes, las minorías étnicas, los londinenses, los escoceses y los galeses).

Más o menos en esa época yo, entonces con precoces 23 años de edad, me encontré metido en el debate sobre la identidad nacional. En 1997, unos cuantos meses antes de la elección de Tony Blair y unos pocos después de la muerte de la Princesa Diana, escribí un informe donde argumentaba que, en lugar de lamentar la muerte de las viejas narrativas, debíamos celebrar el nacimiento de otras nuevas que reflejaran el orgullo sobre nuestros logros del pasado, al tiempo que celebraran nuestra creatividad, diversidad y espíritu de apertura a los negocios.

El punto de mi informe, elogiado por ayudar a impulsar la iniciativa política y mediática para dar un giro a la imagen de Reino Unido para convertirla en “Cool Britannia”, fue reconocer al país como un “revolucionario silencioso” que se renueva constantemente, en lugar de refugiarse en la tradición. Mi intención era promover un tipo de patriotismo progresista que pronto iba a ser adoptado por la clase política británica, partiendo por Blair mismo.

Para mi sorpresa, cuando el Partido Conservador comenzó a renovarse bajo David Cameron, el predecesor de May, se centró en celebrar una identidad nacional incluyente. Cameron y el ex alcalde de Londres, Boris Johnson, representaban la Gran Bretaña moderna, abierta, multirracial y multiétnica que se difundió al mundo en la electrizante ceremonia de apertura de las Olimpíadas de 2012.

De todos modos, en un par de años Cameron ya estaba convocando al referendo del Brexit en una apuesta por obtener votos y Johnson salía al frente como líder de la campaña para abandonar la UE. En todo caso, no deshicieron los avances de los años anteriores.

Una importante encuesta de opinión mostró hace poco que un tercio del pueblo británico tiene una “sensación muy positiva acerca de nuestra sociedad multicultural”, en comparación con un 24% en 2011. Mientras tanto, ha bajado la proporción con una actitud hostil a la inmigración y una sociedad multicultural, de un 13% a un 8%. Como argumentara Jeremy Cliffe en The Economist en un artículo de 2015, factores como la creciente diversidad racial, una ciudadanía más educada , la urbanización y una mayor variedad de estructuras familiares parecen apuntar a una “mayoría cosmopolita emergente” en el Reino Unido.

Como ocurre con todo cambio social importante, la diversidad tiene sus detractores. Los hombres blancos, ingleses y de clase trabajadora mayores de 55 años se sienten particularmente excluidos del patriotismo progresista y temen acabar siendo una minoría en “su propio” país. (Según datos citados por Cliffe, la mayoría de la población del Reino Unido será racialmente no blanca para el 2070). Así que se están revelando contra el cosmopolitismo, y May les sigue el juego.

Algunos temen que este sea el nuevo criterio de normalidad. Cuando el gobierno de May primero amenazó con obligar a las compañías que dieran una lista de sus trabajadores extranjeros, estaba yo cenando con emprendedores del sector tecnológico de otros países de la UE que están asentados en el Reino Unido, que bromearon con humor negro sobre tener que usar estrellas azules en sus ropas, especulando que un día los años 90 pudieran llegar a verse como la versión anglosajona del infausto periodo de Weimar en Alemania. Puede que sea una exageración, pero las inquietudes en torno a que la decisión de May de salir del centro político pueda representar un fuerte retroceso de la moderación política británica son muy reales.

Sin embargo, por suerte la tendencia de largo plazo parece ir hacia la inclusión, incluso si el Reino Unido retrocede hoy un par de pasos. Hasta May misma, en su reciente ataque al cosmopolitismo, parece haber elogiado sin querer a Gran Bretaña precisamente por lo que ha logrado gracias a él, como la importante proporción de Premios Nobel o la reputación financiera de la City de Londres.

Sin embargo, como lo ha demostrado el voto por el Brexit, el éxito de Gran Bretaña es frágil. Y el aumento de los crímenes de odio es un indicador de que la mayoría cosmopolita emergente simplemente no puede sentarse en segunda fila a esperar ver los efectos de la historia. Tiene que ofrecer el tipo de política que sea capaz de hacer una separación entre los temores genuinos y el aislacionismo. Debe mostrar cómo Gran Bretaña puede reinventar su economía y su estado para hacer posible un crecimiento equitativo y, con ello, recuperar su papel en el mundo. Debe ofrecer nuevas maneras de crear solidaridad y avanzar en la inclusión. No debemos permitir que Gran Bretaña acabe convirtiéndose en el “país desagradable”.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- La paradoja del brexit (Project Syndicate - **24/10/16**)

Madrid.- Del matemático francés Blaise Pascal es célebre el “no es cierto que todo sea incierto”. Pero si se hubiese enfrentado a la realidad del brexit, quizás habría reconsiderado su postulado. Pese a que una salida moderada sigue pareciendo probable, la incertidumbre y la animosidad no han cesado de crecer en las últimas semanas. Es la paradoja del brexit: cuanto más se tarde en reintroducir el pragmatismo en el debate, más posibilidades hay de que los inquietantes efectos de lo desconocido inflijan un daño irreversible tanto en el Reino Unido como en la Unión Europea.

El futuro del RU -en fase de preparación para su retirada- y de la UE debía haberse esclarecido en el Consejo Europeo de este mes de octubre. Sin embargo, la cumbre no sólo no trató formalmente las negociaciones sobre el brexit, sino que cristalizó la falta de rumbo percibida en septiembre tras la reunión informal del Consejo en Bratislava, que resultó en vagas promesas de unidad.

Por su parte, el RU se halla a las puertas de asistir a un amargo debate entre la Primera Ministra, Theresa May, y el Parlamento sobre el papel de este último en las negociaciones. Entretanto, en el seno mismo del Gabinete de May surgen desavenencias, al tiempo que se intensifican las dudas acerca del status del que gozará Escocia en el futuro.

Pero el problema va más allá de la confusión. Cada bando busca seducir a electorado nacional y adoptar posiciones crecientemente polarizadas, incluso antagónicas. May dio su primer golpe de efecto en el Congreso del Partido Conservador cuando, después de haber declarado que invocaría el artículo 50 del Tratado de la Unión Europea no más tarde de marzo de 2017, endureció su discurso y aseveró que frenar la inmigración primaría sobre mantener el acceso al Mercado Interior.

Los líderes de la UE han respondido con la misma moneda. La Canciller alemana, Angela Merkel, que en un inicio apostó por un enfoque pragmático, pronunció un abrumador discurso ante empresarios alemanes en el que garantizó que el acceso al Mercado Interior no podría entenderse sin la aceptación de las cuatro libertades de la UE -y, entre ellas, de la libre circulación de personas-. Poco después, el Presidente francés, François Hollande, declaró que el RU debía pagar “el precio” del brexit.

El Presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, ha sido el más tajante de todos con su máxima: “la única alternativa real al brexit duro es que no haya brexit”; mensaje que se confirmó con el frío recibimiento a May en el Consejo Europeo de octubre. Las negociaciones sobre el brexit no han empezado todavía y la batalla ya está servida: Tusk sólo ve pan y agua mientras que el Secretario de Exteriores británico, Boris Johnson, pretende quedarse con el oro y el moro.

Si May se atiene a los tiempos que ella misma marcó -y, con las elecciones al Parlamento Europeo previstas para 2019, no podrá ser de otra manera- es probable que esta dinámica se recrudezca. Los primeros meses de las negociaciones oficiales coincidirán con las elecciones en Países Bajos, Francia y Alemania, con lo que del lado europeo sólo destilarán posicionamientos firmes.

A pesar de todo, un escenario de “brexit duro” donde el RU corte todos sus lazos con el Mercado Interior resulta altamente improbable por lo desastroso de sus consecuencias. Pero el diseño de una nueva relación entre las partes no será tarea fácil. De hecho, sólo parece haber consenso en que la duración del proceso superará con creces los dos años previstos por el Tratado. Y ni Europa ni el RU pueden permitirse años de incertidumbre, hostilidades y actitud fragosa.

La animadversión ya ha pasado factura al sector empresarial -y no sólo en la City de Londres-. El mes pasado, Renault-Nissan anunció que revisaría su plan de inversión en el RU debido a la falta de claridad sobre el régimen jurídico y comercial que regirá el escenario post- brexit. Ha sido la primera gran empresa en hacerlo pero, sin duda, no será la última. En efecto, se masculla que los bancos contemplan salir del RU a principios de 2017 motivados por la retórica crecientemente envenenada en torno al brexit. Las empresas de la UE establecidas en las islas -que representan ni más ni menos que la mitad de la inversión directa que recibe el RU- se exponen por tanto a un alto riesgo. Además, los acechantes giros regulatorios ponen en peligro el progreso en otras áreas tan cruciales como la integración de los mercados de capitales, necesaria para producir mejoras en la productividad y la inversión en el continente.

Se necesita -y rápido- una hoja de ruta responsable. Una opción que ha ganado peso últimamente es la relativa a un acuerdo de transición estable parecido al que rige entre Noruega y la UE. Un acuerdo de estas características puede definirse con cierta celeridad y rebajar la urgencia en la toma de decisiones sobre cuestiones espinosas como el presupuesto de la UE, la jurisdicción de sus tribunales y la regulación migratoria, y a su vez serviría para generar un marco más amplio para la cooperación. También permitiría a la UE ganar tiempo para hacer su propia evaluación interna de la situación e incluir en ella un rediseño de los límites de la exigencia de la libre circulación de personas. Pero, para llegar a ello, los líderes a ambos lados del Canal deberán dar un paso atrás e inyectar algo de sobriedad en el debate.

Los políticos deben adoptar medidas para reducir la incertidumbre a mínimos. Nadie en el Reino Unido o la Unión Europea -ni empresas, ni inversores, ni consumidores- puede permitirse residir en un caos de improperios y electoralismos.

(Ana Palacio, a former Spanish foreign minister and former Senior Vice President of the World Bank, is a member of the Spanish Council of State, a visiting lecturer at Georgetown University, and a member of the World Economic Forum's Global Agenda Council on the United States)

- Pensionistas y populismo (El Economista - Project Syndicate - **6/11/16**)

(Por Anatole Kaletsky)

Si Donald Trump pierde las elecciones de Estados Unidos, ¿la marea populista que amenazó con inundar el mundo tras el referéndum del Brexit en junio se desvanecerá? ¿O la revuelta contra la globalización y la inmigración cambiará de forma?

El auge del proteccionismo y el rechazo a la inmigración en Reino Unido, Estados Unidos y Europa se piensa que es un reflejo de los sueldos estancados, el aumento de la desigualdad, el desempleo estructural e incluso de una flexibilización cuantitativa excesiva, pero hay varias razones que cuestionan el vínculo entre la política populista y el malestar económico.

Para empezar, la mayoría de los votantes populistas ni son pobres ni están parados; no son víctimas de la globalización, la inmigración y el libre comercio. Los grandes grupos demográficos detrás del movimiento antisistema han sido personas ajenas a la población activa: pensionistas, amas de casa de mediana edad y hombres con escaso nivel educativo, que cobran subsidios por discapacidad.

En Reino Unido, donde ya existen análisis detallados de los votos reales en el referéndum del Brexit, el grupo más afectado directamente por la competencia de salarios bajos de los inmigrantes y las importaciones chinas (los jóvenes menores de 35 años) votó contra el Brexit por un amplio margen, del 65 al 35 por ciento. Mientras tanto, el 60 por ciento de los jubilados apoyaron la campaña del Leave, junto al 59 por ciento de los votantes con alguna discapacidad. Por el contrario, el 53 por ciento de los trabajadores a jornada completa que participó quería que Gran Bretaña permaneciera en Europa, al igual que el 51 por ciento de los trabajadores a media jornada.

Los datos británicos sugieren que las actitudes culturales y étnicas, y no las motivaciones económicas directas, son los factores reales de la diferencia en los votos antiglobalización. Preguntados sobre si el socialiberalismo es una fuerza positiva o negativa, el 87 por ciento de los votantes del Remain respondieron que positiva y el 53 por ciento de los votantes del Leave que negativa. Sobre la multiculturalidad, la diferencia fue aún más aguda: el 65 por ciento de los votantes del Leave estaban en contra y el 86 por ciento de los votantes del Remain a favor. Otro análisis publicado por la BBC después del referéndum descubrió que uno de los indicadores más firmes de los defensores del Leave era el apoyo a la pena de muerte.

En Estados Unidos, las encuestas sugieren que el género es un indicador más importante del apoyo a Trump que la edad o la formación. A principios de mes, cuando Trump estaba a escasos puntos por detrás de Clinton en apoyo global, una encuesta de Washington Post/ABC comparó la intención de voto con los comicios de 2012. Concluyó no solo que los hombres blancos respaldan a Trump por un margen de 40 puntos porcentuales, sino también que su apoyo a Trump es 13 puntos más alto que a Mitt Romney, el candidato republicano en 2012.

Las mujeres blancas, sin embargo, apoyan marginalmente a Clinton y han oscilado en 15 puntos porcentuales contra los republicanos. Entre los votantes sin título universitario, la diferencia de género es más acusada aún: los hombres blancos con niveles de educación más bajos respaldan a Trump con un margen del 60 por ciento y se han decantado a favor de los republicanos en 28 puntos porcentuales, mientras que las mujeres se han desviado en 10 puntos en la dirección contraria y solo apoyan marginalmente a Trump.

Parece que los conflictos atribuidos en general a las reivindicaciones económicas y la globalización son las últimas batallas en las guerras culturales que han dividido a las sociedades occidentales desde finales de los años sesenta. La principal relevancia de la economía es que la crisis financiera de 2008 sentó las condiciones de la contrarreacción política de los votantes mayores y más conservadores, que habían ido perdiendo las batallas culturales por la raza, el género y la identidad social.

El predominio de la ideología de libre mercado antes de la crisis permitió que muchos cambios sociales controvertidos, como la desigualdad salarial, la mayor competencia salarial, mayor igualdad de género y acción afirmativa, pasasen casi inadvertidos. El liberalismo social “progresista” y las economías de libre mercado “conservadoras” parecían ser las dos caras de una misma moneda pero cuando el liberalismo económico de mercado libre fracasó en la crisis de 2008, los cambios políticos del socialiberalismo ya no podían desviarse invocando unas leyes económicas impersonales.

Si el cambio social ya no podía legitimarse como la condición necesaria del progreso económico, parece improbable que las democracias voten ahora para reinstaurar las condiciones sociales anteriores al predominio del liberalismo económico y la globalización. La igualdad racial y de género está respaldada por una gran mayoría en Estados Unidos, Reino Unido y casi todos los países europeos, e incluso las políticas aparentemente populares como el proteccionismo comercial y los controles estrictos de la inmigración no suelen juntar más del 30-40 por ciento de apoyo en los sondeos de opinión. ¿Por qué ganó el Brexit entonces? ¿Y por qué sigue siendo posible que Donald Trump gane las elecciones en Estados Unidos?

**Tanto al Brexit como a Trump les ha alimentado una alianza inestable entre dos movimientos muy diferentes e incluso contradictorios. El grueso de sus defensores era, sin duda, conservadores sociales y proteccionistas que querían revertir los cambios sociales iniciados a finales de los sesenta.**

Dos de los eslóganes más eficaces de las campañas del Brexit y Trump han sido “recuperar el control” y “que me devuelvan mi país”, pero los conservadores sociales inspirados por tales sentimientos atávicos y autoritarios no conforman mayorías en ningún país de Occidente. Por sí solo, el conservadurismo social jamás podría movilizar a más del 30-40 por ciento de los votantes. Para obtener mayorías, los proteccionistas socialmente conservadores tuvieron que unirse a los vestigios del movimiento laissez faire de Thatcher-Reagan, que reniega de la gestión intervencionista económica del periodo post 2008 y quiere incrementar la competencia, la desregulación y la globalización que los conservadores sociales rechazan.

Esta mezcla inestable política se está disolviendo en Estados Unidos y también en Gran Bretaña, donde el Gobierno de la primera ministra Theresa May se divide entre nacionalistas ideológicos y liberales económicos. Si las elecciones estadounidenses del 8 de noviembre confirman el fracaso de Trump de unir a los conservadores sociales y liberales económicos en una coalición victoriosa, una desintegración similar es probable en los populistas europeos también.

En ese caso, el referéndum del Brexit empezará a parecerse a una aberración y no el inicio de una nueva tendencia poderosa hacia el nacionalismo, el proteccionismo y la desglobalización, sino el final de una reacción contra la modernidad por una alianza inestable de autoritarios sociales y liberales de mercado del laissez faire. **Será el último jadeo de una generación envejecida que intentó imponer su provincianismo a una generación más joven y cada vez más cosmopolita, pero solo lo logró en un país desgraciado.**

- ¿Qué nos dice la libra esterlina? (Project Syndicate - **17/11/16**)

Londres.- Durante mis 32 años en el ámbito de las finanzas aprendí que, a veces, el extraño mundo de los mercados de divisas puede desafiar la comprensión lógica y que tratar de estimar el valor de equilibrio, la línea base de la libra esterlina, puede ser un ejercicio fútil.

De hecho, en las atolondradas horas posteriores al cierre de los precintos del referéndum Brexit, el pasado 23 de junio, la libra esterlina del Reino Unido se transó inicialmente a un valor de cambio de £ 1,5/$ 1. Este tipo de cambio resultó reflejar la ahora ridícula suposición que el lado que apoyaba la campaña por “Permanecer” en la UE había ganado. Desde aquel entonces, la libra ha bajado un 20% con respecto a dicho pico inicial, y ha disminuido de manera similar en relación con el euro.

A pesar de estas discrepancias, tenemos maneras de medir, en una forma razonablemente buena, el rendimiento de la libra después de Brexit. Para empezar, podemos comparar su valor actual con su valor promedio durante el período de la campaña del referéndum, el período de febrero a junio de este año. Si se observa el desempeño de la libra desde dicha perspectiva, su valor aún muestra una disminución significativa del 13% desde el momento en que los votantes decidieron que el Reino Unido debía salir de la Unión Europea.

Más allá de observar la paridad de poder adquisitivo, también tenemos modelos para estimar el equilibrio del tipo de cambio real (RER); como por ejemplo, identificando el tipo de cambio al que un país puede alcanzar un balance de cuenta corriente sostenible o identificando la tasa que permitiría que una economía llegue a un nivel de pleno empleo.

Estos modelos incluyen el Modelo del Tipo de Cambio Real de Equilibrio Dinámico de Goldman Sachs (GSDEER) y el Modelo del Tipo de Cambio de Equilibrio Fundamental del Instituto Peterson de Economía Internacional (FEER). La actual tasa de equilibrio estimada del GSDEER es £ 1,44/$ 1,63, y la FEER es £ 0,88/ € 0,74, lo que implica que la libra está ahora infravalorada -en un nivel que se sitúan entre el 14% al 24% frente al dólar, y hasta un 20% frente al euro- en relación con su valor nocional razonable.

Estos desajustes podrían atribuirse en parte a la sobrevaloración de las demás monedas. Pero supongamos que estas estimaciones sean, como mínimo, más o menos precisas y que la libra está ahora ampliamente infravalorada en relación con las monedas de sus principales socios comerciales.

Una interpretación optimista es que, en igualdad de condiciones, la caída de la libra implica una mejora de la situación de la balanza de pagos en el futuro y que la economía del Reino Unido experimentará un muy necesario reequilibrio. Sin duda, los datos económicos publicados desde el referéndum sugieren una tendencia alcista en el sector manufacturero y el Instituto Nacional de Investigaciones Económicas y Sociales pronosticó recientemente que la balanza de pagos del Reino Unido podría lograr un pequeño superávit en el año 2019.

Por supuesto, todas las cosas no son iguales, por lo que otra interpretación indica que los actuales tipos de cambio de equilibrio van a disminuir aún más, reflejando el pesimismo del mercado sobre las perspectivas del lado de la oferta de la economía del Reino Unido y sobre el futuro crecimiento de la productividad. Mucho dependerá de si el Reino Unido realmente sale de la UE y, si lo hace, de los arreglos comerciales y las políticas económicas del gobierno post-Brexit.

Otra interpretación complementaria indica que la debilidad de la libra, a pesar de sus beneficios cíclicos potenciales, refleja una prima de riesgo en el Reino Unido, debido al difícil camino de salida de la UE que enfrenta y a otras incertidumbres relativas a las políticas.

Podemos estimar tales primas de riesgo ajustando los modelos de equilibrio RER para tener en cuenta las evoluciones económicas cíclicas “normales”. Los tipos de tasa interés más altos y la inflación baja y estable pueden dar a la moneda de un país una ventaja sobre otras monedas, por lo que si tomamos en cuenta el diferencial del tipo de tasa de interés real, podemos determinar un precio nocional al que una divisa debe transarse. Cuando se toma en cuenta estos factores para la libra frente al dólar y el euro, el tipo de cambio nocional de la libra es todavía sustancialmente más débil que su tasa de cambio spot real, lo que sugiere que el mercado, realmente, tomó en cuenta una prima de riesgo considerable.

Estas estimaciones tienen implicaciones de política pública. Para empezar, los formuladores de políticas del Reino Unido deben reconocer que una libra a la baja es útil, pero no lo suficientemente útil, para mejorar la posición externa del Reino Unido y reequilibrar su economía.

En segundo lugar, los giros diarios y semanales que da el tipo de cambio de la libra reflejan una suposición del mercado que indica que un Brexit “duro” -en el que el Reino Unido pierda su acceso al mercado único de la UE con el propósito de restringir la inmigración- afectará negativamente al crecimiento de la productividad. Si el mercado está en lo correcto, entonces en tal caso, el crecimiento futuro del Reino Unido dependerá aún más de la capacidad de las autoridades para impulsar el comercio post-Brexit. Por otra parte, los formuladores de políticas tendrán que desarrollar una estrategia sofisticada de inmigración para atraer a trabajadores con altas cualificaciones, aun mientras simultáneamente restrinjan el desplazamiento de las personas en general.

Finalmente, si aún existe alguna posibilidad de que los mercados de divisas tengan incluidas primas de riesgo para el caso del Reino Unido (y parece que sí existen dichas primas), los formuladores de políticas tendrán que tener cuidado sobre no sugerir otros cambios al marco de la política económica del Reino Unido. Nuevas amenazas a la independencia del Banco de Inglaterra, en particular, podrían provocar que el mercado realice su propio ajuste de cuentas.

(Jim O'Neill, a former chairman of Goldman Sachs Asset Management and former Commercial Secretary to the UK Treasury, is Honorary Professor of Economics at Manchester University and Chairman of the Review on Antimicrobial Resistance)

- La nueva xenofobia (Project Syndicate - **7/12/16**)

Oxford.- Los gobiernos democráticos occidentales están perdiendo cada vez más soportes. Desde el cambio hacia el antiliberalismo en Polonia y Hungría al voto por el Brexit en el Reino Unido y la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, una cepa particularmente letal de populismo están infectando las sociedades, y se sigue propagando.

El atractivo del populismo es simple. Frente a unos salarios estancados y el declive de la calidad de vida, la gente se siente frustrada, y más todavía cuando sus gobernantes siguen diciéndoles que las cosas están mejorando. Entonces aparece el populista con sus promesas de remecerlo todo para defender los intereses de la “gente” (aunque en realidad solo sea una parte de ellos), ofreciendo algo presumiblemente más atractivo que soluciones factibles: chivos expiatorios.

El más importante de la lista son las “elites”, es decir, los partidos políticos y los líderes corporativos establecidos. El populista señala que, en lugar de proteger a la “gente” de la presión y la incertidumbre económica, este grupo se enriquece a costa de su sufrimiento. Al impulsar la globalización, obligando a la gente a aceptar cada vez más apertura, han acumulado enormes riquezas que protegen mediantes formas de evasión tributaria, externalización y otros planes.

Aunque no se culpa solo a las elites. Sí, han traicionado a la gente, pero una manera en que lo han hecho es imponiendo la igualdad de derechos y oportunidades para las minorías, los inmigrantes y los extranjeros, que “roban” trabajos, amenazan la seguridad nacional y socavan los modos de vida tradicionales.

Entre otras razones, Trump ganó la presidencia de Estados Unidos por sus promesas de deportar a millones de inmigrantes indocumentados y prohibir la entrada de musulmanes al país. Los partidarios del Brexit prometieron poner fin a la inmigración desde la Unión Europea. Tras el referendo, la Secretaria de Interior británica Amber Rudd sugirió que había que exponer los nombres de las empresas que contrataran a extranjeros.

El populismo de hoy anticipa una nueva y tóxica xenofobia que amenaza con fracturar nuestras sociedades. Para los políticos es una manera fácil de transformar rápidamente el temor y la impotencia de la gente en una embriagadora mezcla de ira y autoridad. Persuade a los votantes temerosos (a menudo mayores de edad) de que, en el lenguaje de los partidarios del Brexit, pueden “recuperar el control” de sus vidas y sus países, principalmente mediante el rechazo a los extranjeros.

Los datos demográficos hacen particularmente peligrosa a esta nueva xenofobia. En gran parte de Occidente, las sociedades se están volviendo cada vez más diversas. Los hispanos representan ahora un 17,6% de la población estadounidense. Un tercio de los habitantes de Londres nació fuera del Reino Unido. Se estima que en Francia un 10% de la población es musulmana. Y cerca de un 20% de la población alemana tiene raíces inmigrantes.

En este contexto, cuando los políticos hacen campaña para obtener votos al impulsar medidas identitarias hostiles y divisorias, plantan las semillas de la animosidad, la desconfianza y la violencia en sus propias sociedades. Si los candidatos dicen una y otra vez que los musulmanes son peligrosos, por ejemplo, no debería sorprender a nadie que aumenten los crímenes de odio contra ellos, como ha ocurrido tras el referendo del Brexit y la victoria de Trump. Para controlar sociedades así de divididas se requieren niveles crecientes de coerción y fuerza.

La diversidad debería ser una fortaleza que ayude a florecer las sociedades. Por eso es tan importante luchar contra la nueva xenofobia. Una manera es fomentar y habilitar una mayor interacción, mezcla y deliberación entre grupos diversos. Hay amplios estudios psicológicos que demuestran que el contacto entre grupos reduce la sensación de amenaza entre la gente, elevando con ello las posibilidades de desarrollar lazos de confianza al interior de la sociedad.

Si los centros comunitarios, las escuelas y los espacios públicos son lugares de encuentro entre personas de diferentes religiones, culturas y razas, es menos probable que arraigue la xenofobia. Incluso puede ayudar vivir en un área donde otros se mezclan. Por eso es que la nueva xenofobia ha encontrado resistencia en las ciudades de Europa con mayor diversidad.

Una segunda manera de combatir la nueva xenofobia es reforzar la protección de las libertades civiles, lo cual significa sostener el imperio de la ley, incluso frente a amenazas terroristas, y asegurar la independencia de los jueces.

Sin embargo, últimamente ha habido medidas amenazadoras en la dirección opuesta. Los gobernantes de Hungría y Polonia han ido desmantelando las garantías constitucionales; Francia ha hecho uso de un prolongado estado de emergencia para suspender derechos, y los políticos británicos y estadounidenses han denigrado públicamente a ciertos jueces. Los xenófobos acabaron con la democracia en los años 30 no por la fuerza de los partidos antidemocráticos, sino por el hecho de que los líderes democráticos no lograron defender las constituciones de sus países.

Una tercera manera de combatir la nueva xenofobia es la innovación. Por ejemplo, aunque a menudo se considera a la Internet como la gran niveladora, las redes sociales están contribuyendo a la fragmentación. Los contenidos que la gente ve llegan filtrados por selección propia o algoritmos.

El resultado son cámaras de resonancia en que la gente de opiniones similares refuerza sus convicciones, creando reductos cada vez más polarizados. Pero si las plataformas de las redes sociales se reconfiguraran de modos creativos podrían tener el efecto opuesto, creando espacios para la interacción de ciudadanos de diversos orígenes culturales.

No se debería subestimar la amenaza que supone la nueva xenofobia. Hoy, no menos que en el pasado, rechazar la diversidad equivale a rechazar la democracia. Por eso hay que defenderla antes de que sus enemigos ganen más terreno.

(Ngaire Woods is Dean of the Blavatnik School of Government and Director of the Global Economic Governance Program at the University of Oxford)

- La próxima tragedia del Brexit (Project Syndicate - **21/12/16**)

Londres.- Este año que se acaba todo cambió, excepto el modo de pensar de los gobiernos. En ningún sitio es esto más claro que en las negociaciones preparatorias del Brexit. En un contexto en que ambos bandos pasan por alto las consecuencias de amplio alcance de la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos (concretamente, el declive del orden mundial liberal), el proceso parece encaminado a causar una tragedia tanto para el Reino Unido como para la Unión Europea.

A juzgar por la conducta de los diplomáticos de la Primera Ministra británica Theresa May, se podría creer que el Brexit hoy es la única incertidumbre real. De hecho, parecen convencidos de que su único imperativo -más allá de proteger la unidad del Partido Conservador, por supuesto- es conseguir tantos beneficios para el Reino Unido como sea posible.

Puesto que los negociadores del Brexit del gobierno suponen que pueden contar con un crecimiento global constante, se centran en conseguir un mayor trozo de pastel para el Reino Unido. Y ya que también suponen que el orden económico liberal internacional persistirá, esperan que una vez “liberado” de los grilletes de la UE, el Reino Unido encontrará socios ansiosos por firmar acuerdos de comercio con él. Finalmente, a los partidarios del Brexit les parecen importar poco las implicancias de seguridad de ir por su cuenta, porque suponen que Estados Unidos mantendrá su papel de policía global, por no mencionar la continuidad de la protección de la OTAN.

Todo eso es mucho suponer. Pero los británicos no son los únicos en pensar que nada ha cambiado. En Bruselas, las instituciones de la UE (y el Presidente de la Comisión Europea Jean-Claude Juncker) todavía creen que el efecto dominó del euroescepticismo gatillado por el Brexit es la mayor amenaza a la Unión.

En ese contexto, el objetivo de los negociadores de la UE para el Brexit sería evidente: dejar en claro que ser miembro del club europeo conlleva beneficios sustanciales y que abandonarlo implica costos sustanciales. Esa es la lógica que llevó a Donald Tusk, Presidente del Consejo de la UE, a declarar que el Reino Unido tiene dos opciones: un Brexit duro o ningún Brexit. También es esa la lógica que llevó a los estados miembros a rechazar participar en negociaciones previas o aceptar un acuerdo de transición.

Pero esta lógica es para el mundo de ayer, e incluso entonces no funcionaba muy bien. Durante la crisis griega, la estrategia de la UE fue decidir los términos de un trato y decirle a Grecia que lo aceptara o lo dejara. Si Grecia intentaba negociar, la UE iba a haciendo las condiciones cada vez menos atractivas, hasta que la presión se hacía insoportable.

Durante las negociaciones de 2015 al Primer Ministro griego Alexis Tsipras y su entonces Ministro de Finanzas Yanis Varoufakis les conmocionó la intransigencia de la UE, en las que tenían también mucho que perder. Sin embargo, Tsipras lo aceptó… y aun así la crisis griega todavía está lejos de solucionarse.

A pesar de esta experiencia (y el hecho de que el entorno global es hoy mucho menos estable que en ese entonces), la UE parece decidida a recurrir a la misma técnica negociadora. Michel Barnier, jefe del equipo negociador de la UE para el Brexit, ya ha presentado al gobierno británico una factura de 50 mil millones de euros ($ 52 mil millones) para cubrir las pensiones y otras obligaciones hasta el 2030. Los políticos británicos no creen que las autoridades de la UE realmente lo hagan en serio, pero se equivocan.

El Reino Unido y la UE están enzarzados en una danza mortal que bien puede continuar hasta que se les acabe el tiempo. El resultado será incluso peor que un mal Brexit: uno sin negociar, en el que el Reino Unido no deja la UE, sino que cae fuera de ella. Más allá de provocar daños económicos a ambas partes, un resultado así generaría tanta amargura en ellos que le resultaría casi imposible negociar acuerdos en muchísimas otras áreas, como la defensa territorial y el contraterrorismo, el comercio y las sanciones, la diplomacia internacional y el cambio climático.

Ya no hay ninguna equivalencia moral entre el solipsismo contraproducente de la Inglaterra post-Brexit y los intentos de la UE de defender un orden europeo que se ha ido construyendo con gran esfuerzo sobre las ruinas de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Pero ambos tipos de respuesta aportarían al mismo trágico resultado: una Europa atrapada en el nuevo orden mundial hobbesiano de Trump.

La realidad más allá de las bolas de cristal de Barlaymont y Westminster es que las vacaciones históricas de Europa han llegado a un abrupto final. Es probable que las políticas proteccionistas de Trump afecten seriamente el crecimiento económico mundial y que sus ataques a las instituciones internacionales socaven la paz y la cooperación, con implicancias a la seguridad potencialmente devastadoras.

Contrariamente a lo que el gobierno británico pueda creer o querer, la UE y no la OTAN es el actor más importante para su seguridad. Actualmente la OTAN se enfrenta a serios retos. Más allá de la obvia falta de interés de Trump por mantener las responsabilidades de EEUU para con el bloque, los miembros de la OTAN están bajo presión, desde el Báltico a Turquía.

En todo caso, la UE y no la OTAN han logrado los mayores éxitos de política exterior en las últimas décadas, desde la pacificación de los Balcanes al acuerdo nuclear con Irán o la respuesta a Rusia por la anexión de Crimea. Si bien la elección de Trump ha llevado a la UE a acordar una estructura permanente para la cooperación de defensa, el efecto general del próximo gobierno estadounidense sobre la seguridad europea no será positivo.

Es hora de que los negociadores del Brexit acepten la realidad y cambien de estrategia. Los británicos no pueden seguir tratando de seguir tácticas de negociación que socavan las bases mismas de las que esperan beneficiarse. Y la UE debe ir alejándose de su estricta postura, con todo lo comprensible que ésta pueda ser.

John Maynard Keynes una vez observó que las personas “prácticas” (quienes creen que son “inmunes a las influencias intelectuales”) de hecho “suelen ser esclavos de algún economista obsoleto”). Hoy, Inglaterra y la UE se han convertido en esclavos de un pensamiento caduco. Si no rompen sus cadenas intelectuales, no lograrán más que mayores desgracias para sí mismos.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- Un New Deal para salvar a Europa (Project Syndicate - **23/1/17**)

Londres.- “No me importa lo que cueste. ¡Recuperamos nuestro país!” Este es el mensaje orgulloso que se escucha por toda Inglaterra desde el referendo del Brexit en junio pasado. Y es una demanda que está resonando en todo el continente. Hasta hace poco, cualquier propuesta para “salvar” a Europa era vista con misericordia, aunque con escepticismo sobre su viabilidad. Hoy, el escepticismo gira en torno de si vale la pena o no salvar a Europa.

El repliegue de la idea europea está siendo impulsado por la fuerza combinada de una negación, una insurgencia y una falacia. La negación del establishment de la UE de que la arquitectura económica de la Unión nunca estuvo pensada para sustentar la crisis bancaria de 2008 ha resultado en fuerzas deflacionarias que deslegitiman el proyecto europeo. La reacción predecible ante la deflación ha sido la insurgencia de partidos antieuropeos en todo el continente. Y, lo más preocupante de todo, el establishment ha respondido con la falacia de que una “federación light” puede frenar la ola nacionalista.

No puede. Después de la crisis del euro, los europeos se estremecen ante la idea de darle a la UE más poder sobre sus vidas y comunidades. Una unión política de la eurozona, con un pequeño presupuesto federal y cierta mutualización de las ganancias, las pérdidas y la deuda, habría sido útil en 1999, cuando nació la moneda común. Pero ahora, bajo el peso de las gigantescas pérdidas bancarias y las deudas heredades causadas por la arquitectura defectuosa del euro, la federación light (como propuso el candidato presidencial francés Emmanuel Macron) es demasiado poco demasiado tarde. Se convertiría en la Unión de la Austeridad permanente que el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schaüble, ha buscado durante años. No podría existir mejor regalo para la “Internacional Nacionalista” de hoy.

Para decirlo en términos sencillos, los progresistas necesitan formular una pregunta directa: **¿Por qué la idea europea se está muriendo? Las respuestas son claras: desempleo involuntario y migración intra-UE involuntaria.**

El desempleo involuntario es el precio de una inversión inadecuada en toda Europa, debido a la austeridad, y de las fuerzas oligopólicas que han concentrado empleos en las economías superavitarias de Europa durante la resultante era deflacionaria. La migración involuntaria es el precio de la necesidad económica en la periferia de Europa. La gran mayoría de los griegos, búlgaros y españoles no se mudan a Gran Bretaña o Alemania por el clima; se trasladan porque deben hacerlo.

La vida para los británicos y los alemanes mejorará no construyendo cercos fronterizos electrificados y replegándose al seno del estado-nación, sino creando condiciones decentes en cada país europeo. Y eso es precisamente lo que se necesita para revivir la idea de una Europa democrática y abierta. Ninguna nación europea puede prosperar sustancialmente si otros europeos son víctimas de la depresión. Es por eso que Europa necesita un New Deal mucho antes de empezar a pensar en una federación.

En febrero, el movimiento DIEM25 revelará un New Deal europeo, que lanzará al mes siguiente, en el aniversario del Tratado de Roma. Ese New Deal estará basado en un principio rector simple: todos los europeos deberán gozar en su país natal del derecho a un empleo digno del que puedan vivir, una vivienda decente, atención médica y educación de alta calidad y un medio ambiente limpio.

A diferencia del New Deal original de Franklin Delano Roosevelt en los años 1930, un New Deal europeo debe materializarse sin las herramientas de una federación operativa, sino basándose en las instituciones existentes de la UE. De lo contrario, la desintegración de Europa se acelerará, sin dejar nada detrás para federar.

El New Deal europeo debería incluir cinco objetivos precisos y los medios para alcanzarlos bajo los tratados existentes de la UE, sin ninguna centralización del poder en Bruselas o una mayor pérdida de soberanía:

· Una inversión verde de gran escala que estará financiada por una asociación entre bancos públicos de inversión (el Banco Europeo de Inversiones, KfW y otros) y bancos centrales (sobre la base de dirigir el alivio cuantitativo a bonos de proyectos de inversión) para canalizar hasta el 5% del ingreso total europeo a inversiones en energía verde y tecnologías sustentables.

· Un programa de garantía de empleo para ofrecer empleos con salarios dignos en los sectores público y sin fines de lucro para todo europeo en su país natal, disponible a pedido de todos los que lo quieran. Con la condición de que el programa no sustituya empleos en la administración pública, traslade la antigüedad o reemplace los beneficios existentes, ofrecería una alternativa para la elección entre miseria y emigración.

· Un fondo anti-pobreza que se ocupe de las necesidades básicas en toda Europa, que también debería funcionar como el cimiento de una eventual unión de beneficios.

· Un dividendo básico universal para socializar un porcentaje mayor de los crecientes rendimientos del capital.

· Una protección anti-desalojo inmediata, representada en una regla de derecho a alquilar que permite a los propietarios que enfrenten una ejecución hipotecaria permanecer en sus hogares mediante el pago de una renta justa pautada por las juntas comunitarias locales. En el más largo plazo, Europa debe financiar y garantizar una vivienda decente para todos los europeos en su país natal, restableciendo el modelo de vivienda social que ha sido desmantelado en todo el continente.

Tanto el programa de empleo como el programa anti-pobreza deberían basarse en una versión moderna de una práctica antigua: la banca pública para fines públicos, financiada por una reforma monetaria pragmática pero radical al interior de la eurozona y de la UE, así como en países europeos no pertenecientes a la UE. Específicamente, todos los ingresos de señoreaje de los bancos centrales serían utilizados para estos fines.

Además, se establecería en cada país un mecanismo electrónico de compensación pública para depósitos y pagos (fuera del sistema bancario). Las cuentas fiscales servirían para aceptar depósitos, recibir pagos y facilitar transferencias a través de la banca online, aplicaciones de pago y tarjetas de débito emitidas por entidades públicas. Los saldos activos luego podrían ser prestados al fondo que respalde los programas de empleo y anti-pobreza, y estarían avalados por un esquema de seguro de depósitos europeos, mientras que los déficits estarían cubiertos por bonos de los bancos centrales, ofrecidos a tasas bajas por los gobiernos nacionales.

Sólo un New Deal europeo de estas características puede frenar la desintegración de la UE. Se debe estabilizar a todos y cada uno de los países europeos y hacer que se vuelvan prósperos. Europa no puede sobrevivir ni como una ley de la selva ni como una Unión de la Austeridad en la que algunos países, detrás de una máscara de federalismo, están condenados a una depresión permanente y donde a los deudores se les niegan derechos democráticos. Para "recuperar nuestro país", tenemos que recuperar una decencia común y restablecer el sentido común en toda Europa.

(Yanis Varoufakis, a former finance minister of Greece, is Professor of Economics at the University of Athens)

- Los cinco principales retos del Brexit (Expansión - FT - **9/2/17**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

La falta de tiempo o los intereses divergentes son algunos de los principales desafíos existentes para alcanzar un acuerdo.

La legislación propuesta por el Gobierno de Reino Unido sobre su prevista salida de la Unión Europea contiene una extraordinaria declaración: “Aunque el Parlamento ha mantenido su soberanía a través de nuestra pertenencia de la UE, no siempre se ha sentido así”. El Ejecutivo tiene razón, tal y como aseguré durante la campaña del referéndum: el parlamento británico siempre ha sido soberano, como lo demuestra su capacidad para refrendar al Brexit. ¿Qué país sensato cortaría los lazos con sus principales socios comerciales y renunciaría a su posición estratégica en los consejos de su continente por un sentimiento que su propio Gobierno ha reconocido como erróneo?

Sin embargo, esto es lo que busca el Gobierno. Lógicamente, el Gobierno quiere un divorcio amistoso: “Queremos seguir comerciando con la UE lo más libremente posible; cooperar para mantener la seguridad; promover los valores que comparten Reino Unido y la UE, incluyendo el respeto de los derechos humanos y de la dignidad, de la democracia y del Estado de derecho, tanto en Europa como en el resto del mundo; apoyar una fuerte voz europea en el escenario mundial; y continuar fomentando los viajes entre Reino Unido y la UE”.

Sin embargo, el Gobierno - movido por su deseo de controlar la inmigración y de liberarse del Tribunal de Justicia Europeo, siempre “fiel a la voluntad del pueblo” - quiere abandonar el mercado único y la unión aduanera.

¿Llegará a un acuerdo? Y ¿cuál sería el resultado? Al tratar de llegar a un acuerdo, Reino Unido tiene que hacer frente a cinco grandes retos.

Principales desafíos

El primero es la falta de tiempo. El artículo 50 establece que: “Los Tratados dejarán de aplicarse al Estado implicado a partir de la fecha de entrada en vigor del acuerdo de retirada o, en su defecto, a los dos años de la notificación ... salvo si el Consejo Europeo, de acuerdo con dicho Estado, decide por unanimidad prorrogar dicho plazo”. Las posibilidades de una ampliación son escasas. Por tanto, el límite es de dos años.

El segundo reto son los intereses divergentes. Como señaló el general prusiano Helmuth von Moltke, ninguna estrategia bélica sobrevive al contacto con el enemigo. Lo mismo le ocurrirá a Reino Unido, ya que está negociando con la Comisión Europea, con 27 países y con el Parlamento Europeo, todos con sus correspondientes líneas rojas. Su necesidad de llegar a un acuerdo es menos urgente que la de Reino Unido. Además, todos querrán mostrar que la salida tiene sus consecuencias. Y muchos piensan que cuanto más se prolonguen las conversaciones, mayores serán las posibilidades de que los negocios de Reino Unido se terminen beneficiando.

El tercer reto son las distintas prioridades en materia de negociación. La Comisión, la principal entidad negociadora, quiere empezar con las condiciones del divorcio antes de comenzar las conversaciones sobre un marco futuro y sobre la transición. Reino Unido no quiere cerrar nada hasta que todo esté acordado. Lógicamente, no aceptará el divorcio a menos que se acuerden también las condiciones de un acuerdo posterior y de la transición hacia él. Es probable que el desacuerdo sobre cómo negociar los términos ralentice el progreso.

El cuarto reto es el dinero. Esto siempre ha sido un punto difícil para Reino Unido. Pero la Comisión calcula que Reino Unido debe 60.000 millones de euros. Como apunta el Centro para la Reforma Europea (CER, por sus siglas en inglés), esta suma “está muy lejos de ser la recompensa de 350 millones de euros a la semana que prometieron los activistas del Brexit durante la campaña del referéndum”.

El quinto es la complejidad. Además de la emisión de dinero, el divorcio cubrirá los compromisos pendientes, los derechos de los ciudadanos y las cuestiones administrativas. Londres también ha decidido seguir el acuerdo comercial post-Brexit más complejo posible: un tratado de libre comercio a la medida, con la posible suma de uniones aduaneras sectoriales.

En definitiva, las probabilidades de que no se llegue a un acuerdo a tiempo son elevadas. De hecho, supuestamente, el artículo 50 fue concebido para ser inviable. Pero supongamos que se alcanzara un acuerdo siguiendo los deseos del Gobierno de Reino Unido. ¿Qué significaría ese acuerdo para el país, sobre todo en materia de comercio?

Dos puntos son cruciales. En primer lugar, el trabajo empírico demuestra lo que el Dr. Angus Armstrong -director de macroeconomía del Instituto Nacional de Investigación Social y Económica (NIESR, por sus siglas en inglés)- llama la ley de hierro de los modelos comerciales: “El comercio entre dos países se reduce a la mitad cuando la distancia entre ellos se duplica”. En segundo lugar, los aranceles son barreras mucho menos significativas para el comercio que las regulaciones. Esto es cierto en el caso de los servicios y también en el de la industria manufacturera.

Es por eso que un minucioso estudio indica que pasar de la pertenencia al Espacio Económico Europeo (EEE) a un Tratado de Libre Comercio podría conducir a una enorme reducción del comercio afectado.

En total, el comercio de Reino Unido pudiera reducirse hasta en un 25% tanto en servicios como en bienes. Debido a la distancia y a las barreras regulatorias, los acuerdos con EEUU, con otros “países de la angloesfera”, y con los principales países emergentes no compensarían esto: según los expertos, estos tratados podrían aumentar el comercio global del Reino Unido en tan sólo un 5%. Esto se debe a la distancia entre países y a que es probable que las barreras regulatorias sigan siendo altas. Además, si se redujeran las normas, surgirían cuestiones complejas de armonización y de compatibilidad de los distintos regímenes.

Reino Unido se ha comprometido a convertirse en la “Gran Bretaña mundial”. Llegar allí con éxito será un enorme reto. Es cierto que el efecto económico a corto plazo ha sido mucho menor de lo que muchos anticiparon. Pero la salida aún no ha comenzado. En su prefacio al libro blanco, Theresa May afirmó que Reino Unido se está uniendo. La primera ministra tiene razón en que la mayoría de los que votaron por permanecer en la UE esperan que el Brexit funcione.

Sin embargo, la mayoría de nosotros todavía cree que el camino al que se ha lanzado Reino Unido va contra sus intereses. Ojalá estemos equivocados.

- El Brexit en un mundo al descampado (Project Syndicate - **7/2/17**)

Bruselas.- Cuando se trata de comercio bilateral, las ganancias y pérdidas se distribuyen asimétricamente entre la economía más grande y la más pequeña. En el mejor de los casos, eso sería una mala noticia para el Reino Unido, ya que busca nuevos acuerdos comerciales con la Unión Europea y otros países. Y, para peor, estos no son los mejores tiempos.

La teoría económica predice que erigir nuevas barreras comerciales perjudica a ambas partes. Pero los principios económicos también sugieren que es probable que la mayor de las dos economías pierda menos.

Por ejemplo, en el caso de un arancel la menor demanda de la economía más grande tenderá a empujar a la baja los precios de los bienes que importe. Es poco probable que la economía más pequeña logre tener un efecto suficiente sobre la demanda global de los bienes que importa y, por tanto, sobre sus precios.

La ventaja de la economía más grande es aún mayor cuando se trata de barreras no arancelarias, que a menudo son causadas por las diferencias de normas y estándares entre los países que comercian entre sí. En la mayoría de los casos, el país más pequeño simplemente debe aceptar las reglas del más grande.

Dado esto, los partidarios del Brexit (o brexiteers) se equivocan al afirmar que el Reino Unido, como importador neto, estará en una posición fuerte en las negociaciones comerciales con la UE.

Varios estudios lo confirman, y concluyen que el Reino Unido asumirá la mayor parte de los costes de Brexit. Si el Reino Unido y la UE acuerdan una nueva relación comercial basada en las normas de la Organización Mundial del Comercio (OMC), los estudios prevén que el Reino Unido perderá unos 110.000 millones de euros, mientras que la UE perderá sólo unos 50.000 millones de euros. Dado que la economía de la UE es aproximadamente cinco veces mayor que la del Reino Unido, esto implica que la pérdida para el Reino Unido, como parte del PIB, sería aproximadamente diez veces mayor.

Si no se llega a un acuerdo, surgirá el mismo desequilibrio, solo que los costos para el Reino Unido serán aún mayores: una realidad que se niega reconocer la primera ministra británica Theresa May, al declarar que el Reino Unido abandonará la mesa de negociación si las condiciones no le convienen. A pesar de la retórica política, en realidad para el Reino Unido un "mal trato" es mejor que ninguno.

Pero las conversaciones con la UE son solo el comienzo. El Reino Unido también tendrá que negociar acuerdos comerciales con otros socios, entre ellas las dos mayores economías del mundo: Estados Unidos y China.

A primera vista, las negociaciones con Estados Unidos pueden parecer nada de preocupantes. Después de todo, el presidente Donald Trump ha indicado que el Reino Unido sería “el primero en la fila” para un acuerdo comercial con su país. Además, ha elogiado al Brexit, incluso alentando a otros Estados miembros de la UE a seguir el ejemplo británico de abandonar el bloque.

Pero Trump también se ha comprometido a poner a “Estados Unidos primero” en todos los acuerdos que haga y las acciones que emprenda, sobre todo en relación con el comercio. Esto plantea dudas sobre si Trump estará dispuesto a abrir los mercados estadounidenses en las pocas áreas donde el Reino Unido todavía puede competir, como la aeroespacial y la automotriz. Incluso si lo hace, no es probable que lo haga de forma gratuita. Como mínimo, el Reino Unido tendrá que seguir las normas y los estándares estadounidenses.

May sabe que, para conseguir de Trump un trato decente, tiene que jugar su juego. Así que evitó hacer declaraciones fuertes cuando Trump firmó una orden ejecutiva para prohibir durante 90 días la entrada a Estados Unidos a cualquier persona de siete países de mayoría musulmana y cerrar la puerta a los refugiados de Siria indefinidamente. Por el contrario, sus contrapartes de la UE, confiadas en el tamaño y la fuerza de la UE como bloque comercial, no se limitaron a la hora de condenar la medida.

Esto pone de relieve un desafío que los brexiteers no esperaban. Esperaban que el Brexit se produjera con el telón de fondo del sistema multilateral de un comercio basado en normas. Con marcos comerciales mundiales como el de la OMC en vigor, parecía que incluso el peor escenario para Gran Bretaña no iba a ser tan malo y, por lo tanto, las consecuencias de salir de la UE serían menores.

Pero el mundo ha cambiado bastante desde entonces. Trump llegó al poder impulsado por las promesas de deshacerse de las trabas de la OMC -de hecho, de todas las organizaciones internacionales- y tomar decisiones unilaterales según los propios intereses de Estados Unidos. Incluso las negociaciones comerciales con la UE parecen demasiado multilaterales para algunos de los seguidores de Trump, porque involucran a 27 países miembros.

Sin Estados Unidos a bordo, el sistema internacional basado en reglas sería mucho menos seguro, no en menor medida porque pronto otros podrían seguir el ejemplo de Trump, eligiendo acuerdos bilaterales en lugar de la cooperación multilateral. A medida que el sistema de comercio mundial se fuera volviendo menos abierto, todos perderían, pero no por igual. A Estados Unidos, China y la UE (siempre que sobreviva) les iría mucho mejor que a economías más pequeñas, como el Reino Unido.

Queda por verse si los Estados Unidos, con su poderío económico, puede permitirse el enfoque proteccionista de Trump. Pero parece claro que el Reino Unido tendrá que asumir costes bastante altos durante el proceso del Brexit, costes que no harán más que aumentar si más países siguen la senda de Trump y el sistema global basado en reglas continúa deteriorándose.

(Daniel Gros is Director of the Brussels-based Center for European Policy Studies. He has worked for the International Monetary Fund, and served as an economic adviser to the European Commission, the European Parliament, and the French prime minister and finance minister. He is the editor of Economie…)

- Un acuerdo de Brexit es más probable de lo que cabe pensar (Expansión - FT - **21/3/17**)

(Por Wolfgang Münchau - Financial times)

A partir de que la primera ministra Theresa May active el Brexit el 29 de marzo, Reino Unido estará fuera de la UE en julio de 2019 como muy tarde. Las posibilidades de alcanzar un acuerdo de salida bajo el Artículo 50 del Tratado de la Unión Europea no son tan malas.

El debate sobre el Brexit se inspira principalmente en el sesgo. Si se es partidario de la salida, es probable que se ignore toda información de que dejar la UE sería malo para la economía, o de que las negociaciones van a ser endiabladamente difíciles. Si se está a favor de la permanencia, se siguen lanzando advertencias exageradas sobre los problemas económicos. También puede decirse que la UE negará a Reino Unido un acuerdo de salida decente. Y se hará porque se está enfadado, o porque se anhela el momento de saborear la dulce venganza -ese en el que se puede decir: “Os lo advertí”. Sigue habiendo gente que espera -o teme- que aún pueda darse marcha atrás, lo cual no es posible.

La realidad de las grandes batallas futuras por el Brexit es que son, en comparación, aburridas. A partir de que la primera ministra Theresa May active el Brexit el 29 de marzo, Reino Unido estará fuera de la UE en julio de 2019 como muy tarde, posiblemente unos meses antes. Y, en contra de las advertencias que sigo oyendo, creo que las posibilidades de alcanzar un acuerdo de salida bajo el Artículo 50 del Tratado de la Unión Europea no son tan malas.

Evidentemente, no cuesta mucho imaginar un escenario en el que un político británico abandone las negociaciones resoplando tras una provocación. El asunto más importante será el dinero. Siempre lo es. Margaret Thatcher quiso recuperar su dinero en los años 80. Durante varios años, la UE apenas hizo nada para solucionar el reembolso británico - o “descuento”, como lo llamaron apropiadamente los alemanes. Fue un conflicto muy amargo. Pero terminaron llegando a un acuerdo. Siempre lo hacen.

La lucha en torno a la factura que tendrá que pagar Reino Unido por la salida no debería ser tan dura. Se habla de unos 60.000 millones de euros, aunque no está confirmado. En términos financieros, no se sitúa en la misma liga que las grandes luchas del pasado. El problema con la factura de salida es la falta de una base legal y de precedentes. Los tratados no dicen nada, y no existe un manual a seguir.

Los problemas son solucionables siempre y cuando ambas partes se ciñan a un sencillo principio: que el Brexit no debería ser una oportunidad ni para que la UE haga caja ni para que Reino Unido eluda los costes directos que se derivarán para la unión a causa de su decisión.

Aunque es justo que Reino Unido pague los costes del Brexit, no lo sería que la UE obtenga un premio por el acceso al mercado. Afortunadamente, existen opciones de sobra entre cero y 60.000 millones de euros.

Hay 18 meses para que las dos partes discutan los detalles del proceso de salida según el Artículo 50. Esto no incluirá un acuerdo comercial, sino únicamente las condiciones del divorcio. La UE y Reino Unido negociarán un acuerdo provisional aparte que seguiría en vigor hasta que se negocie y ratifique un pacto comercial definitivo. El acuerdo provisional entraría en vigor después del que el Brexit cobre fuerza legal.

Sería una imprudencia predecir que no surgirán inconvenientes. Todo lo contrario; será un proceso igual de amargo y duro que cualquiera de las grandes luchas de pasado. Lo que observo, no obstante, es que ambas partes tienen más que perder, que ganar. Hay algo más importante que la observación de que Reino Unido tiene relativamente más que perder que la UE. Es cierto, pero no es fundamental. Es mucho más importante el hecho de que Reino Unido es una parte esencial de las cadenas de suministro de la industria europea del automóvil -sobre todo ahora, tras la venta de Vauxhall y Opel a la francesa Peugeot. La industria del automóvil encontrará una forma de vivir con el Brexit. Pero no puede afrontar una ruptura súbita.

Así que, la próxima vez que se oiga decir que la UE tiene una posición de superioridad en las negociaciones, hay que recordar que sea quien sea el que haga este tipo de declaración, no es consciente de estas cadenas de suministro y de otros vínculos entre Reino Unido y la UE: en la cooperación en materia de seguridad y de defensa, y en la coordinación de la política económica al nivel del G-7 o del grupo de las 20 naciones más ricas y desarrolladas. Reino Unido no desaparecerá por arte de magia después del Brexit.

Con respecto al principal argumento, que la UE tiene que castigar a Reino Unido para desincentivar la salida de otros, es una auténtica estupidez. Soy incapaz de identificar un solo país que se aproximase siquiera. La nación más aislada de la UE es Polonia, pero su electorado sigue estando mayoritariamente a favor de la pertenencia a la UE. Es posible que los países nórdicos hayan perdido su viejo entusiasmo por la integración europea, pero ninguno se plantea salir. Las elecciones holandesas de la semana pasada acabaron con el miedo, o la esperanza, de un “Nexit”. La salida del euro es otra cuestión. Pero no hay una cola de países a punto de abandonar la UE. La situación puede cambiar si Francia elige a Marine Le Pen, pero no creo que algo así vaya a suceder.

Todo proceso político puede sufrir accidentes. Pero soy realmente incapaz de identificar un solo obstáculo insalvable para llegar a un acuerdo. Mi consejo, especialmente para los enfadados partidarios de la permanencia, es que respiren hondo, acepten que el Brexit ocurrirá y se concentren en cómo reconectar con la UE después de la salida. Hay mucho en juego.

- Los partidarios del Brexit tienen que perder para que éste sea un éxito (Expansión - FT - **29/3/17**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

Los partidarios del Brexit aprenderán que la geografía determina el destino político. Reino Unido nunca podrá dejar de ser un país europeo.

Hoy, el Gobierno británico notificará a la UE su intención de marcharse. Será un momento cumbre de una tragedia: una tragedia para Reino Unido, pero también para Europa. Es una forma terrible de celebrar el 60 aniversario de la UE.

Aunque las negociaciones del Brexit vayan bien, la decisión de dejar la UE tendrá enormes consecuencias para Reino Unido. A nivel económico, perderá un acceso favorable al que es con diferencia su mayor mercado. En el ámbito político, creará grandes tensiones dentro de Reino Unido e Irlanda. Con respecto a la estrategia, privará a Londres de su papel en los consejos de la UE. Reino Unido será más pobre, estará más dividido y tendrá menos influencia.

Los defensores del Brexit negarán todo esto. Se equivocan. Las evidencias en las relaciones comerciales modernas son claras: la distancia tiene una enorme importancia. Las cadenas de suministro que unen los bienes físicos y los servicios funcionan mejor en las distancias cortas. Los modelos en los que se basan los partidarios del Brexit ignoran esta realidad. Esta es también la razón de que la creación del mercado único requiriese una coordinación económica sustancial, que permite un comercio transfronterizo relativamente sencillo. Los defensores del Brexit también descubrirán que todos los acuerdos comerciales imponen limitaciones a la autonomía nacional, y cuanto más abra el acuerdo el mercado, mayores serán las limitaciones.

Los partidarios del Brexit también aprenderán que la geografía determina el destino político. Reino Unido nunca podrá dejar de ser un país europeo. Siempre se verá estrechamente afectado por los sucesos que acaezcan en el continente. Pero ahora, frente a la amenaza de Rusia, la indiferencia de EEUU, el caos en Oriente Próximo, el auge de China y la amenaza global del cambio climático, va a retirar su voz del sistema que organiza el continente. Reino Unido ya no está en el s.XIX, sino en el s.XXI. El aislamiento no será algo maravilloso - sólo aislamiento.

La salida de Reino Unido también supone una tragedia para Europa. La nación siempre ha sido el baluarte de la economía liberal y la política democrática. Es una de las dos mayores potencias militares del continente. Posee estrechos vínculos con los países de habla inglesa. Tiene una perspectiva global. Ha sido, al menos hasta ahora, pragmático. Sus opiniones sobre lo que beneficiaría a la UE (el mercado único y su ampliación) y lo que la dañaría (la moneda única) eran acertadas.

Sólo alguien que ignore la historia soñaría con que Europa sería mucho más próspera, estable, influyente, democrática y liberal si la UE se rompiese en 28 fragmentos nacionales. El sistema de los estados nación ha demostrado ser inestable en numerosas ocasiones. En este caso, ante el repliegue cada vez mayor de EEUU, el colapso de la UE podría dar pie a una lucha por la hegemonía entre Alemania y Rusia o, peor aún, a un pacto a costa de los vecinos más débiles. Si la UE sobrevive, como espero, Alemania tendrá un peso dominante. Los alemanes no quieren esto. ¿Por qué lo quieren los británicos?

Sin embargo, el Brexit va a producirse, gracias a la estupidez que cometió David Cameron al acceder a celebrar el referéndum, manejando mal las negociaciones y fijando de forma chapucera las condiciones de la propia consulta. Seguir adelante con el Brexit no es una necesidad constitucional; el referéndum no es vinculante. Pero es una necesidad política: el Partido Conservador se rompería sin él.

Es necesario llegar a un acuerdo. Este hecho es más evidente por motivos económicos: sería absurdo tratar de obtener un acceso mejor a mercados relativamente poco importantes mientras el acceso a los mercados de mayor peso para Reino Unido sufren un gran deterioro. Si no se alcanza un acuerdo sobre el dinero adeudado, el trato de las personas, las instituciones comunes, la naturaleza de los futuros acuerdos comerciales y la transición a ellos se envenenarían las futuras relaciones. Reino Unido será el que más pierda: el impacto sobre Escocia podría ser determinante para Reino Unido. No obstante, un divorcio despiadado también tendría grandes consecuencias sobre la UE.

Si se pretende llegar a un acuerdo, Reino Unido, al ser la parte más débil, tendrá que hacer concesiones, empezando por el dinero que debe. No sólo es lo más sensato, sino también lo correcto. El país tiene unas obligaciones que derivan de más de cuatro décadas como miembro de la UE. Y, como país civilizado y fiable, tiene que cumplirlas.

Esto, a su vez, implica que la primera ministra debe prepararse para oponerse a aquellos que no quieren un acuerdo. La postura negociadora de la UE es razonable. Reino Unido debe estar dispuesto a corresponderle. El país debe hacer concesiones para garantizar que en el futuro se establezca una relación de armonía y cooperación.

Sin embargo, Theresa May ha declarado que “es mejor no llegar a un acuerdo que cerrar un mal acuerdo para Reino Unido”. Sólo espero que no sea lo que piensa realmente. Si no se alcanzase un acuerdo, sería perjudicial para todos. May no ha recibido el mandato de cumplir la amenaza que ha hecho de convertir a Reino Unido en un país con bajos impuestos y una regulación mínima. Las divisiones internas que esta estrategia podría provocar harían que las disputas del referéndum pareciesen una nimiedad. Es evidente que Reino Unido necesita un acuerdo, pero también la UE. La tragedia sería mucho peor de no llegarse a ninguno.

Ya no creo que el Brexit pueda evitarse. Pero esto no implica que deba festejarse. Y mucho menos significa que no importa cómo se produzca. La primera ministra debe llegar a un acuerdo que preserve en la medida de lo posible las relaciones estratégicas, económicas y políticas de Reino Unido con la UE. La historia la juzgará en base al grado en que lo consiga.

Sin embargo, el clima de las negociaciones y su resultado están por determinar. Sabemos que serán complejas y difíciles. Sabemos que el proceso de salida y los detales de una nueva relación no van a completarse en el plazo de dos años. Lo que desconocemos es cómo se abordarán estas negociaciones, al menos, en lo que respecta a Reino Unido, porque la UE tiene claras sus prioridades.

- Cómo lograr que Reino Unido regrese a la UE (Expansión - FT - **4/4/17**)

(Por Wolfgang Münchau | Financial Times)

No tiene ningún sentido apoyarse en argumentos económicos.

En Europa, aún merece la pena luchar por Reino Unido, y ahora quizás es el mejor momento para hacerlo. Puede que parezca una locura hablar de este tema una semana después de que Theresa May, la primera ministra de Reino Unido, iniciase el proceso del Brexit. Sin embargo, mis consejos van dirigidos a todos los proeuropeos en Reino Unido que quieren regresar a la UE.

En primer lugar, se debe aceptar el resultado del referéndum y que el Brexit es una realidad. No, no habrá un segundo referéndum. Cualquier remota probabilidad de que se impugnase el resultado entre el 23 de junio de 2016 y el 29 de marzo de 2017 se ha esfumado. La activación del Artículo 50 ha zanjado el asunto. Y sí, soy consciente de las consecuencias legales de la revocación del proceso. En política, no importan. Hay que olvidarlo y seguir adelante.

Mi segundo consejo, que está directamente relacionado con el primero, es dejar de sentir rabia y de comportarse como si aún se tuviese que hacer campaña. De nada sirve quejarse de que los votantes se creyeron las farsas de los partidarios del Brexit y no las sofisticadas mentiras de los proeuropeos.

Puede que uno de los errores fuese basar la campaña en previsiones económicas que no tendrían fundamento unos meses después. El Brexit no cumplió con las expectativas de los proeuropeos, como demostraron las subidas bursátiles, un hecho que podría haberse pronosticado si las previsiones a largo plazo hubiesen sido realistas. Debe tenerse en cuenta que habría sido más complicado evitar los efectos del Brexit si la economía se hubiese debilitado. Por lo tanto, no tiene ningún sentido apoyarse en argumentos económicos.

Mi tercer consejo es tomar a los opositores más en serio. No todas las personas con las que no se está de acuerdo son irracionales. No todas las personas que votaron a Donald Trump o a favor del Brexit son estúpidas. Puede que, tras el referéndum, el Gobierno de May no estuviese preparado para el Brexit. Pero ahora sí lo está, aunque la mayoría de los proeuropeos aún no se haya concienciado. Conozco a muchos proeuropeos que opinan que el país se arrepentirá de su decisión.

Mi cuarto consejo es que se calme la indignación contra la postura negociadora del Gobierno en relación a la salida de la UE. Sabemos que el proceso del Artículo 50 va en contra del país que abandona el bloque. La única oportunidad de igualar las condiciones del juego es un compromiso creíble de salirse sin un acuerdo. Las palabras de May, en las que dice que “ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo”, tienen su lógica. Su propio cometido será hacer que la amenaza sea creíble. ¿Recuerdan lo que les pasó a los griegos que amenazaron con salirse de la eurozona?

Mi último consejo sería ser conscientes de que la UE a la que un día se desee volver será muy distinta de la que se abandona. Desde una perspectiva británica, la UE era poco más que una unión aduanera y un mercado único. Pero si Reino Unido decidiera volver algún día, tendría que hacerlo cumpliendo el Artículo 49 del Tratado de la Unión Europea. Es decir, con el euro, la zona Schengen, la implicación de la UE en los asuntos nacionales, sin cláusulas de salida y aceptando los presupuestos.

Si se pregunta a las personas que no son de Reino Unido cuáles son las tres características más importantes de la UE, probablemente no mencionen ni al mercado único ni a la unión aduanera. Si los proeuropeos de verdad quieren regresar a la UE, no tienen que mirar por su propio interés. La campaña debe centrarse en los ciudadanos, no en la City. Para ello, es necesario buscar más argumentos.

Hay que escuchar a las personas, como el joven que el año pasado dio un discurso en Londres con un tono diferente al del resto de partidarios de Europa. El joven declaró que nació como ciudadano europeo y que el Brexit le arrebataría parte de su identidad. Eso es lo que yo también habría mencionado. No se debe pensar en la libre circulación de trabajadores como una molestia, sino como una ventaja. Sin embargo, la campaña proeuropea ni siquiera trató este tema y prefirió basar su mensaje en la economía. Creo que ahora es el mejor momento para oponerse a la opinión general, y no después del desastre. No estoy seguro de que una campaña para convencer a Reino Unido de que regrese a la UE tendría éxito. Pero, de ser así, sería gracias a estos factores, no porque la economía británica no pudiese acceder al mercado único o porque los bancos más importantes recoloquen sus oficinas en Frankfurt.

- La UE, en la encrucijada: ¿cómo enfocar el futuro? (El Economista - **26/3/17**)

(Por Juergen B. Donges)

Al cumplir la Unión Europea 60 años los dirigentes políticos tienen que reconocer que el entusiasmo de antaño por el proyecto europeo se ha esfumado. El sí de los británicos al Brexit y el auge de los partidos populistas eurófobos en diversos Estados miembros, tan sólo ralentizado algo en las recientes elecciones holandesas, son señales de alarma inequívocas de que la UE está inmersa en una profunda crisis de confianza. El riesgo de deshacerse, si no reaccionamos adecuadamente, es real.

Los políticos hablan de la necesidad de recuperar la confianza de los ciudadanos. Pero todavía actúan en una forma ambigua y con ideas contrapuestas. Por ejemplo, el dúo conductor de la UE, Hollande y Merkel, propugna un modelo de “más Europa”, sin concretar detalles (¿a distintas velocidades?, ¿con una unión fiscal?, ¿hacia una Europa federal?).

Los Estados miembros del Este, sin embargo, apuestan por recetas nacionalistas, sobre todo Polonia y Hungría. Obviamente, para estos países el proyecto de integración europea se reduce a tener acceso a los Fondos Estructurales, y poco más. Y en la periferia meridional lo que más interesa es que se relajen las reglas fiscales y se mancomunen a nivel europeo las deudas de cada uno de los Estados miembros, reclamando de los países del Norte “solidaridad”, lo cual allí se percibe como una “tomadura de pelo”.

Habría que preguntarse si la UE no debiera reinventarse. ¿Cómo? Resucitando el espíritu de los Tratados Europeos. Todo tendría que empezar con que los dirigentes europeos expliquen a los ciudadanos de forma inteligible cómo piensan perseguir los grandes objetivos de paz, libertad y bienestar, a todas luces loables. Deben dejar de hablar tanto de que vamos hacia una Unión Política, que nadie quiere de verdad. Los ciudadanos tienen el derecho a no ser enfrentados ante unos hechos consumados. La forma en que se profundice la integración debería seguir el ritmo que puedan asumir los pueblos con sus sentimientos e idiosincrasias, aunque sea más lento de lo que los políticos anhelan.

Para que una estrategia de relanzar el proyecto europeo sea efectiva debería basarse en los siguientes cinco criterios, que son de importancia capital: primero, hay que romper de una vez para siempre la rutina de infringir las normas que sustentan la zona del euro (como las que rigen respecto al cumplimiento del objetivo de déficit público y a la aplicación del mecanismo de resolución bancaria a entidades maltrechas). ¡Pacta sunt servanda! Todos aceptamos este principio clave del derecho mercantil porque crea confianza en el mundo de los negocios (empresas, hogares, trabajadores) y permite así el buen funcionamiento de la economía. Del mismo modo lo tienen que ver los políticos. Quien no quiera aceptar las reglas de juego debe tener el derecho a abandonar la UE (o la eurozona), o de no adherirse a la UE (como hicieron Noruega, Suiza e Islandia), o de no adoptar el euro (como es el caso de Dinamarca y Suecia, además del Reino Unido). La incorporación con su moneda propia en el Sistema Monetario Europeo II con la posibilidad de efectuar ajustes cambiarios sería una opción positiva para estos países.

Un segundo criterio es el de conservar y fortalecer el núcleo por antonomasia de la UE: el Mercado Único Europeo, incluido el Acuerdo de Schengen. El principio de la competencia en los mercados es esencial para lograr unos máximos niveles de eficiencia en la economía, lo cual a su vez es la fuente para generar los recursos que se necesitan para poder aplicar con eficacia políticas educativas y sociales, además de medioambientales. El Acuerdo de Schengen tiene que ser complementado con una política europea común sobre la migración. No hay más que resucitar el espíritu del Reglamento Dublín III (de 2013) y reconocer que la capacidad de las sociedades europeas para absorber afluencias migratorias es limitada, como lo es, por ejemplo, en Australia, Canadá y Estados Unidos (ya antes de que llegara Trump) y que por eso regulan por ley la inmigración de un modo restrictivo y selectivo.

Tercer criterio: en la eurozona es imprescindible cuidar la línea divisoria entre la política presupuestaria, que está bajo la soberanía de los Estados miembros, y la política monetaria europea del BCE. Los Gobiernos tienen que tomarse en serio la sostenibilidad de las finanzas públicas promulgada en el Tratado de Maastricht de 1992, en bien de un crecimiento económico estable y satisfactorio, además de la igualdad intergeneracional. Eventuales fallos de los Gobiernos en materia presupuestaria tienen que ir a cuenta de los países correspondientes; y para que los Gobiernos lo sepan necesitamos un mecanismo de regulación ordenada de una insolvencia de Estado. El BCE, por su parte, debe concentrarse en los asuntos que tiene encomendado, principalmente la estabilidad del nivel de precios en la zona euro a medio plazo. No debe dejarse dominar por intereses fiscales, como hace actualmente con la compra masiva de bonos soberanos (y corporativos); mantener los tipos de interés sobre emisiones (primas de riesgo) en niveles artificialmente bajos no favorece la disciplina presupuestaria requerida. Es muy importante que el mecanismo de los tipos de interés recupere su función conductora de los ahorros y los capitales hacia los usos más productivos. El BCE fue configurado como una institución independiente, no como un prisionero de los Estados miembros.

En cuarto lugar, debe aplicarse con seriedad el principio de la subsidiaridad, que contempla el Tratado de Lisboa de 2009. El control de este principio le está encomendado a los parlamentos nacionales. Con arreglo a este principio, la integración sólo se profundizaría en aquellos campos en los que decisiones supranacionales generan mejores resultados que las nacionales, como es el caso de las políticas de asuntos exteriores, de seguridad y de defensa. En muchos otros casos, las políticas pueden ser nacionales, incluida la política tributaria, las políticas activas de mercado de trabajo, las políticas educativas, y las políticas sociales. Mediante la subsidiaridad se atajaría la desmesurada burocratización de Bruselas, que es percibida por empresarios y ciudadanos como fuente de injerencias no deseadas en sus asuntos y causa de todos los males habidos y por haber, lo cual supone un caldo de cultivo para los populismos anti-europeos.

Finalmente, hay que anteponer la consolidación institucional de la UE-27 (ya sin el Reino Unido) a nuevas ampliaciones, que tanto gustan a la Comisión Europea y su actual presidente. Una extensión de la UE hacia el sureste llevaría el grado de heterogeneidad económica a niveles insostenibles, dado el atraso en su desarrollo que exhibe esa región; Turquía (de Erdogan) no comparte nuestros valores de libertades democráticas y derechos humanos, lo que descarta su adhesión, a pesar de las negociaciones en curso y el pacto sobre refugiados. Las futuras relaciones económicas con estos países se pueden configurar perfectamente en base de Acuerdos Preferenciales de comercio, inversiones y ayuda al desarrollo.

- La apuesta electoral de Theresa May (Project Syndicate - **19/4/17**)

Londres.- Un año electoral europeo que ya era trascendente, ahora lo es más. Mientras crece la inquietud por la inminente elección presidencial en Francia y los alemanes se preparan para votar en septiembre, ahora la primera ministra británica Theresa May llamó a una elección anticipada para el 8 de junio. El resultado influirá seriamente no sólo en las negociaciones para el Brexit, sino también en la supervivencia misma del Reino Unido.

Aunque últimamente la política británica se ha vuelto impredecible, es de prever que el Partido Conservador de May ganará la elección con facilidad. Una encuesta reciente de YouGov/Times predijo que los conservadores recibirán un 44% de los votos, contra 23% del Partido Laborista, 12% de los liberaldemócratas y 10% del Partido de la Independencia del RU. Como el sistema electoral británico es uninominal, es probable que los conservadores consigan una amplia mayoría de más de cien escaños en la Cámara de los Comunes (contra los catorce de la actualidad).

May debe el cargo de primera ministra a la mayoría parlamentaria que obtuvo David Cameron en 2015, antes de renunciar como consecuencia del referendo por el Brexit. Pero si el resultado de la elección da la razón a los encuestadores, May tendrá un mandato popular considerablemente más fuerte que el que tuvo Cameron.

Aunque es improbable que los conservadores obtengan más del 50% de los votos, May podrá presentar una gran mayoría parlamentaria como aval a su idea de Brexit “duro”, que implica abandonar el mercado único europeo y la unión aduanera, para que el RU pueda imponer controles migratorios a los ciudadanos de la UE, liberarse de la jurisdicción del Tribunal Europeo de Justicia y negociar tratados comerciales propios. Esa mayoría también puede dar a May más margen para hacer concesiones durante las negociaciones para el Brexit, ya que la protegería de las presiones de los partidarios de un Brexit a ultranza.

Una victoria de los conservadores en este momento sería muy oportuna para May. Podría proclamar que tiene mandato para implementar un Brexit duro, mientras todavía no se sienten las consecuencias y la economía sigue impulsada por el consumo a fuerza de endeudamiento. Y le daría más flexibilidad para implementarlo, al no tener que volver a encontrarse con los votantes hasta 2022.

Si Gran Bretaña abandona la UE como está previsto en 2019, también puede haber dos o tres años de transición hasta la elección de 2022, en los que el RU podrá permanecer en el mercado único y la unión aduanera (con libre movilidad) mientras negocia un futuro tratado comercial. Esto permitiría postergar la mayor parte de las pérdidas que preanuncia el Brexit en materia de comercio, inversión e inmigración.

Pero la estrategia de May es arriesgada. Para empezar, desdice la postura que mantuvo desde que anunció su candidatura para reemplazar a Cameron como líder de los conservadores (y luego primera ministra). Una semana después del referendo por el Brexit aseguró que no había necesidad de adelantar las elecciones y que la próxima elección general se celebraría en 2020, una promesa (aparentemente inamovible) que repitió en varias ocasiones desde entonces.

El argumento que da May ahora para llamar a una elección anticipada (que la oposición parlamentaria actual podría poner obstáculos al Brexit) es absurdo. El Parlamento dio a May permiso incondicional para iniciar el proceso de salida de la UE el mes pasado. Su eventual rechazo al futuro acuerdo con la UE no impediría la salida del país. Además, tener mayoría parlamentaria no fortalecerá la posición negociadora de May frente a la UE; por el contrario, la debilitará, ya que todos sabrán que tiene margen para hacer concesiones.

Este cínico incumplimiento de promesas puede dañar la confianza pública en May, pero es evidente que eso no le preocupa: incluso si los votantes independientes dudan de ella, es improbable que den su apoyo al profundamente impopular líder del ala radical de izquierda del laborismo, Jeremy Corbyn.

En cuanto a los liberaldemócratas, para ellos la elección es una oportunidad de robarles simpatizantes a los conservadores y a los laboristas haciendo campaña contra el Brexit duro que promueve May. Aunque su líder, Tim Farron, no parece una opción probable para primer ministro, su oposición a la alianza del partido con los conservadores entre 2010 y 2015 puede atraer a votantes decepcionados con el laborismo. Y el compromiso liberaldemócrata con la permanencia en el mercado común europeo también puede atraer a votantes conservadores más moderados. Además, tampoco hay que descartar la posibilidad de que antes de junio aparezca un nuevo partido de centro.

Si May no consigue una amplia mayoría, su autoridad dentro del Partido Conservador quedará debilitada. Pero eso no impedirá el Brexit, a menos que todos los parlamentarios anti‑Brexit optaran por respaldar la formación de un gobierno transitorio y el llamado a un segundo referendo nacional. Como esta alternativa es extremadamente improbable, lo máximo que podemos esperar de la elección es que suavice el Brexit.

Pero la apuesta de May también pone en juego la supervivencia misma del RU. Hace poco rechazó el pedido del gobierno escocés de que se celebre otro referendo independentista (el segundo desde 2014), con el argumento de que sería un error que los escoceses voten antes de saber el resultado de las negociaciones para el Brexit. Pero ahora está pidiendo a los británicos que hagan exactamente eso.

La posición de May respecto de Escocia apenas se sostiene. Si el independentista Partido Nacional Escocés mantiene su nivel de apoyo en la elección general, su líder, la primera ministra escocesa Nicola Sturgeon, tendrá una posición mucho más fuerte para volver a pedir un referendo (quizá tan pronto como el año entrante).

Como el 62% de los escoceses votó por permanecer en la UE, y muchos ven mal que un gobierno británico conservador los arrastre a un Brexit duro en aras del nacionalismo inglés, el argumento independentista puede resultar convincente. Y el futuro de Irlanda del Norte también está en duda. Así que no es impensable que la “Pequeña Inglaterra” que algunos imaginan termine haciéndose realidad.

(Philippe Legrain, a former economic adviser to the president of the European Commission, is a visiting senior fellow at the London School of Economics’ European Institute and the author of European Spring: Why Our Economies and Politics are in a Mess - and How to Put Them Right)

- ¿Sobrevivirá Londres al Brexit? (Project Syndicate - **24/4/17**)

Londres.- El Brexit desató una tormenta en el mundo financiero de la City londinense. Nadie sabe todavía qué clase de acceso al mercado financiero único de la Unión Europea tendrán las empresas con sede en el Reino Unido, y la decisión de la primera ministra Theresa May de convocar a una elección general el 8 de junio complica todavía más el panorama, al menos en el corto plazo. Pero hay una molesta sensación de que ya nada será igual, y que se pagará un precio por abandonar la UE.

Así que las empresas de servicios financieros con sede en el RU, especialmente las que habían elegido Londres como base de operaciones europea precisamente para poder acceder a todo el mercado de la UE desde un único lugar, están analizando opciones. Incluso están siendo obligadas a ello por las autoridades, que exigen saber cómo piensan mantener la continuidad del servicio a sus clientes si se diera un Brexit “duro” (el gobierno de May prefiere hablar de un Brexit “limpio”, pero son sutilezas semánticas).

Los centros europeos rivales vieron aquí una oportunidad de llevarse una parte del negocio de vuelta al continente (o a Irlanda). Y hace mucho que los gobiernos de otros países lamentan la primacía londinense: que el principal centro de transacción de instrumentos denominados en euros estuviera fuera de la eurozona era algo difícil de aceptar.

Hace pocos años, el Banco Central Europeo intentó imponer que la compensación de instrumentos en euros tuviera lugar dentro de su jurisdicción, pero un fallo del Tribunal Europeo de Justicia se lo impidió. Tiene su ironía: ahora uno de los objetivos principales de May es sacar al RU de la órbita del TEJ.

Así que los mejores hoteles de Londres han visto llegar delegación tras delegación de ministros, alcaldes y un sinfín de lobistas de centros financieros, que también dieron un bienvenido impulso al negocio de los restoranes de lujo. Luxemburgo, Frankfurt, Dublín y otras ciudades organizaron glamorosas presentaciones de las ventajas competitivas de sus ciudades respecto de Londres: menos costo inmobiliario, impuestos corporativos más bajos (algo que suena creíble dicho con acento irlandés), restoranes con estrellas Michelin y concesionarias de Porsche: todos los servicios esenciales que conforman un centro financiero vibrante.

No faltó en estas presentaciones motivo para la sorna. El presidente francés François Hollande ganó la elección diciendo que el mundo de las altas finanzas era su enemigo. Pero la presidenta de la región de París prometió hace poco “una alfombra roja, blanca y azul” para los gestores de fondos de cobertura que se compren un billete de ida en Eurostar a la Gare du Nord (un dardo envenenado en dirección al ex primer ministro británico David Cameron y su promesa de tender una alfombra roja a banqueros franceses que quisieran huir de impuestos prohibitivos, huelgas y leyes laborales restrictivas).

De pronto, todos aman a los amos del universo que en 2008 casi destruyeron el sistema financiero mundial: aquí no ha pasado nada.

Semejante despliegue de actividad promocional puso otra vez sobre el tapete la cuestión de qué combinación de características debe tener un centro financiero exitoso. Es una pregunta que ya se hizo muchas veces (y las consultoras de gestión ganaron fortunas con sus respuestas).

Un estudio hecho antes de la crisis por McKinsey para el exalcalde de Nueva York, Michael Bloomberg, recomendaba copiar el sistema regulatorio de Londres (que poco después estalló). Cuando las autoridades de Hong Kong reseñaron las regulaciones de su ciudad para encontrar modos de mejorar su atractivo para las empresas internacionales, encontraron que lo que estas realmente quieren es aire más puro y más escuelas internacionales. Nada de eso es competencia de la autoridad monetaria (y ni siquiera del gobierno de Hong Kong, en el caso de la contaminación del aire).

Cuando en las encuestas se pregunta a las empresas por qué eligieron un lugar en particular, se obtienen en esencia respuestas circulares: están allí porque otras empresas también están, y así es más fácil hacer negocios con sus contrapartes principales. De todos modos, hay algunas pautas que se repiten.

A las empresas extranjeras les gusta pensar que se las trata igual que a sus competidoras locales: es decir, las regulaciones con motivaciones políticas son un repelente. También quieren un sistema judicial independiente que proteja el derecho de propiedad. Y quieren acceso a personal capacitado.

En todos estos aspectos, Londres y Nueva York siguen haciendo un buen papel. El último Índice Global de Centros Financieros, publicado el mes pasado por Z/Yen, muestra que Londres sigue liderando el pelotón, apenas por delante de Nueva York.

Pero las calificaciones de ambas ciudades declinaron marcadamente el año pasado, y la distancia entre ellas y la tercera ciudad, Singapur, que el año pasado superaba los 30 puntos, este año se redujo a 20. De hecho, casi todos los centros asiáticos subieron en el listado; el ascenso más veloz fue el de Beijing, que pasó del 26º al 16º lugar.

**Dentro de Europa, el único otro centro financiero ubicado entre los primeros veinte del mundo es Luxemburgo, que entró apenas en 18º lugar, seis puestos más abajo que el año pasado. Frankfurt, número 23, cayó cuatro lugares este año, y París lleva un par de encuestas anclada en el 29. Así que Londres lleva una gran delantera en Europa.**

¿Puede el Brexit provocar algún cambio radical? Aún es difícil saberlo. De los factores clave para las empresas, no parece probable que cambie el sistema regulatorio londinense indiferente a nacionalidades; tampoco el judicial. De modo que esas ventajas deberían mantenerse.

El principal factor decisivo será probablemente la disponibilidad de personal capacitado. Las empresas financieras radicadas en Londres están habituadas a poder reclutar personal en toda la UE, y las autoridades británicas incluso han sido flexibles en relación con el personal extracomunitario. Como en Europa la mayoría de los aspirantes a profesionales financieros hablan buen inglés, las empresas tienen muchos candidatos a su disposición.

La continuidad de esa disponibilidad tras el Brexit será la pregunta política de mayor peso a la que se enfrentará la City londinense en las negociaciones inminentes. Quien ocupe el cargo de primer ministro del RU después de la elección (bien podría ser May) tendrá que dar una buena respuesta, o Londres no seguirá en la delantera del pelotón por mucho tiempo.

(Howard Davies, the first chairman of the United Kingdom’s Financial Services Authority (1997-2003), is Chairman of the Royal Bank of Scotland. He was Director of the London School of Economics (2003-11) and served as Deputy Governor of the Bank of England and Director-General of the Confederation of…)

- A Gran Bretaña la sacan de Europa engañada (Project Syndicate - **4/5/17**)

Londres.- Hace varios meses, predije que el gobierno de la primera ministra británica Theresa May caería en breve, cuando el pueblo británico se diera cuenta de que el “Brexit blando” que les prometieron era imposible. ¡Cómo me equivoqué! Ahora May llamó a una elección anticipada, que tiene buenas probabilidades de ganar.

Lo que sucedió es que May se dio cuenta de lo que pasaría si la gente se ponía a discutir y cuestionar sus planes para el Brexit, así que ideó una estrategia política que evitara una reapertura del debate. Esto implicaba no permitir jamás una votación popular (y tampoco parlamentaria) sobre el tipo de Brexit que debe encarar el gobierno de May, y mucho menos volver a plebiscitar la decisión de abandonar la Unión Europea.

Pero el referendo de junio pasado sobre la pertenencia de Gran Bretaña a la UE (esto siempre estuvo claro) fue meramente consultivo y no era vinculante para el Parlamento británico. Además, durante la campaña previa al referendo, nunca se discutieron (ni votaron) opciones alternativas para la implementación del Brexit.

A lo sumo, sus propagandistas, como Boris Johnson (ahora ministro de exteriores de May), hicieron creer a los votantes que podían tener el pan y la torta. Johnson y otros prominentes líderes de la campaña por el Brexit aseguraron que Gran Bretaña mantendría el acceso fluido al mercado común y al mismo tiempo podría poner límites al ingreso de inmigrantes desde la UE.

En vez de reactivar esas cuestiones y revelar cuán mendaces fueron las promesas de los promotores del Brexit, May decidió impedir toda discusión del asunto, un cometido que logró asombrosamente bien.

El primer paso de la estrategia de May fue cuando el año pasado declaró sin ambigüedades que no habría elección general anticipada. Esto sirvió para prevenir la movilización del 48% de votantes que optaron por la permanencia en la UE y que, contra las expectativas de la mayoría de los políticos profesionales, siguen firmes en la oposición al Brexit. Si May no hubiera dado ese paso, podría haber surgido un proyecto político anti‑Brexit (liderado, por ejemplo, por los liberaldemócratas o algún nuevo partido de centroizquierda) dispuesto a competir con los conservadores por el poder. El resultado de una elección marcada por el Brexit, cuando los votantes ya vieran el Brexit como una posibilidad cierta, se hubiera convertido en una repetición (altamente impredecible) del referendo.

Pero hasta el anuncio de May, actores políticos experimentados, como el ex primer ministro Tony Blair, pensaban que lo del Brexit ya estaría terminado antes de la próxima elección general, así que ninguno se planteó iniciar un proyecto de ese tipo. Esto los pone en seria desventaja.

El segundo paso de la estrategia de May fue evitar que se debata el tipo de Brexit que debería elegir el Reino Unido. Contra lo que dice el gobierno, no lo hizo para mantener al resto de la UE en la ignorancia respecto de los propósitos de Gran Bretaña y así mejorar su posición negociadora. (Después de todo, el resultado ideal para Gran Bretaña no es ningún secreto.) Lo que realmente quería el gobierno de May era evitar que los votantes británicos se dieran cuenta del nivel del engaño sufrido a manos de los promotores del Brexit.

Según las encuestas de opinión, el año pasado la mayoría de los votantes quería a la vez permanencia en el mercado común y control de la inmigración desde la UE. Si se los obligaba a elegir, la gran mayoría prefería el mercado común. Pero es probable que el gobierno de May obtenga el resultado opuesto: control sobre la inmigración, al precio de una ruptura total con el mercado común, como ella expresó.

El gobierno de May sabía que si se hubiera revelado el engaño de la campaña, el Partido Conservador, cuya suerte ahora está atada al Brexit, correría riesgo de un castigo contundente de los votantes. Peligro que la semana pasada puso en claro una encuesta de YouGov, que mostró por primera vez un malestar mayoritario con el resultado del referendo por el Brexit. Así que May está tratando de “hervir el sapo a fuego lento”, para que no se dé cuenta de que lo están cocinando hasta que sea demasiado tarde para saltar de la olla.

Esta estrategia casi fracasa cuando el gobierno no consiguió impedir que la activación del artículo 50 para el inicio oficial de las negociaciones para el Brexit se sometiera a votación del Parlamento. El gobierno de May se había resistido a esa votación precisamente porque no quería explicitar sus planes, lo que lo hubiera obligado a repetir las promesas de la campaña pro‑Brexit a sabiendas de que eran falsas (algo que la UE no tardaría en declarar inaceptable) o admitir el engaño promovido por aquella campaña (y el actual gobierno).

Cuando la Suprema Corte habilitó la votación parlamentaria, el gobierno de May tuvo que encontrar una tercera vía. Así que apeló a las mismas tácticas de confusión que tan bien supo aprovechar la campaña por el Brexit antes del referendo, y consiguió ganar la votación.

El último paso decisivo del plan de May para impulsar una versión del Brexit que los votantes británicos jamás quisieron es impedir que se vote sobre el acuerdo final. Si May mantuviera el calendario electoral normal, las negociaciones terminarían justo dieciocho meses antes de la elección general. No sería buen momento para que el gobierno viera expuesto sus engaños, especialmente porque el acuerdo al que apunta May puede terminar dividiendo a su propio partido.

Al celebrar la elección ahora, May se evita ese riesgo. Ya es tarde para una campaña centrada en si había que activar o no el artículo 50, y suficientemente pronto para que los votantes (e incluso muchas empresas) sigan sin percatarse del significado de un Brexit duro. **En pocas palabras: los británicos todavía no saben que los estafaron.**

En nombre de la democracia y la soberanía, se niega a los votantes británicos toda chance de reconsiderar el Brexit (aun cuando muchos votaron a su favor influidos por falsedades) o de expresar una opinión informada sobre el tipo de salida de la UE que debe buscar el gobierno. En vez de eso, se los manipula para que voten una vez más por lo imposible.

Todo esto provoca serias dudas sobre el estado de la democracia en Gran Bretaña, su cultura política e incluso su estabilidad futura. Cuando los extranjeros preguntan cómo puede la democracia británica funcionar sin una constitución escrita, la respuesta habitual es que hay un consenso implícito entre los británicos respecto de lo que es lícito e ilícito que los conduce a rechazar las conductas antidemocráticas. ¿Seguirá siendo válida esa respuesta?

(Jacek Rostowski was Poland’s Minister of Finance and Deputy Prime Minister from 2007 to 2013)

- El método Macron (Project Syndicate - **29/5/17**)

Londres.- La elección de Emmanuel Macron como presidente de Francia da a la Unión Europea una oportunidad de superar los conflictos internos que han acelerado su desintegración. En vez de una opción excluyente entre las viejas élites o los nuevos populistas, Macron prometió convocar una base de apoyo político amplia bajo la bandera de la reforma europea. Pero, ¿cuáles son sus posibilidades reales de insuflar nueva vida en un proyecto desfalleciente?

En el encuentro de Macron con la canciller alemana Angela Merkel, el nuevo presidente ofreció un plan para poner fin a la guerra fría entre el norte y el sur de Europa, o lo que es lo mismo, la tensión entre los defensores de la austeridad y los que están a favor de políticas de crecimiento. Y cuando esta semana se reúna con el presidente ruso Vladimir Putin, tal vez encuentre el modo de trascender la división entre el flanco oriental de Europa y el flanco occidental, que quieren, respectivamente, una política de contención o de relación con Rusia.

Asimismo, Macron trató de reconciliar la idea de una Europa de brazos abiertos con la defensa de una “Europa fortaleza”. A la vez que quiere recibir más refugiados, exhorta a la UE a crear una fuerza de fronteras con 5000 soldados y acelerar la repatriación de migrantes ilegales.

Muchos líderes europeos recibieron la elección de Macron con alivio; pero en muchos casos, es porque esperan que el nuevo presidente francés traerá nueva vida al viejo proyecto europeo, más que un corte radical con el pasado. Para generar cambios auténticos, Macron tendrá que trascender los dos modelos políticos que han definido la última década de gobernanza de la UE, dos modelos que se contradicen y a la vez se refuerzan mutuamente: la tecnocracia y el populismo.

La tecnocracia ha sido un aspecto central de la integración europea desde el inicio. Jean Monnet, el economista francés considerado uno de los fundadores de la UE moderna, tenía una capacidad notoria para convertir grandes conflictos políticos en pequeñas cuestiones técnicas. Este método fue muy exitoso durante el período de reconstrucción europea de la posguerra, porque permitió a diplomáticos y funcionarios de diferentes países pasar por alto desacuerdos nacionales o resentimientos irresueltos y encarar los problemas más acuciantes del continente.

Pero con los años, la discusión de políticas en la UE se alejó del modelo de Monnet, y ahora tiende a estar totalmente desconectada de las políticas nacionales, y a depender de la lógica de las instituciones europeas tanto como de las necesidades de los estados miembros. Además, las decisiones de nivel europeo quedaron impresas en códigos rígidos que los estados miembros deben respetar, aun si sus gobiernos o sus electorados no están de acuerdo. La combinación de estas tendencias alentó la difundida idea de que no hay otras formas posibles de gobernanza para la UE, y que a Europa la gobiernan élites a las que poco preocupan los intereses de las personas a las que supuestamente deberían servir.

La explosión populista de los últimos años es una reacción natural a esta forma de tecnocracia desconectada. No es casual que líderes como Marine Le Pen en Francia, Geert Wilders en los Países Bajos, Viktor Orbán en Hungría y Nigel Farage en el Reino Unido coincidan en hacerse pasar como tribunos del “pueblo”. Mediante referendos (su herramienta política favorita) han logrado infligir daño al tratado constitucional europeo, al Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la UE, a los acuerdos de repatriación de refugiados y, con el Brexit, a la composición misma de la UE.

A los intentos de los tecnócratas europeos de resolver las crisis del euro y de los refugiados con integración encubierta, los populistas respondieron con una oposición aún más intensa; y cada vez que impulsando referendos contra los tratados de la UE obligan a los gobiernos a refugiarse en más tecnocracia, el relato populista se refuerza.

Las negociaciones para el Brexit ya se han convertido en un campo de batalla entre tecnócratas y populistas, en el que cada bando lucha por obtener un resultado que sostenga su propio relato. La afirmación de la primera ministra británica Theresa May de que quiere que el Brexit sea “un éxito” enciende alarmas en Bruselas y otras capitales europeas, porque ese resultado podría inspirar a movimientos populistas contrarios a la UE en otros países.

Para evitarlo, algunos integrantes del gobierno alemán, temerosos de no poder hacer lugar a otras demandas de Macron (en particular las referidas a la reforma de la eurozona), confían en poder colaborar con él para quitarle atractivo al Brexit. Ese también parece ser el objetivo al que apuntó este último tiempo el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, quien declaró: “El Brexit mostrará cuán atractivo es ser parte de nuestra Unión. Europa da a la gente libertad para vivir, comprar, amar y comerciar sin distinción de fronteras”.

Es comprensible que la dirigencia europea quiera aferrarse al Brexit, como único tema en que los estados miembros de la UE pueden ponerse de acuerdo. Pero por desgracia, el debate por el Brexit tiende a sacar a la luz los peores instintos de las élites de la UE, sobre todo porque las alienta a luchar por el statu quo en vez de por la reforma y la innovación.

Si la UE va a seguir ensimismada en torno de los cuestionamientos que le plantea el Brexit, los próximos cinco años serán tan estériles e improductivos como los anteriores. La gran pregunta ahora es si Europa puede agarrar el salvavidas que le tira Macron y mirar hacia el futuro en pos de un nuevo proyecto, en vez de hacia el pasado y sus dificultades.

Es verdad que muchos observadores se burlan de Macron por negarse a tomar partido en ningún debate. Y los autores satíricos señalan su costumbre de empezar casi todas las oraciones con “en meme temps” (al mismo tiempo). Pero en una UE que lleva largo tiempo paralizada, los grandes acuerdos que propone Macron pueden ser una salida valiosa, basada no en cambios institucionales, sino en la búsqueda de equilibrios políticos.

Las políticas de seguridad de Macron tratan de compatibilizar la dureza contra el terrorismo con la adopción de un enfoque más humanitario en relación con los refugiados. En materia de política económica, ofreció reformas a cambio de inversiones. Y con su postura firme ante Rusia, sumada a su apoyo a la acción en África y el Mediterráneo, tal vez consiga reunir a los países del sur y del este de la UE en torno de una causa común en política exterior.

Si Macron cumple sus promesas, no defenderá ni la tecnocracia ni el populismo, sino una auténtica tercera vía. Aunque se trata de una expresión indudablemente desgastada, tal vez Macron pueda imbuirle nuevo significado, si logra armonizar (en vez de aceptar) las falsas antinomias del presente. **Para esto tendrá que trascender las divisorias geográficas de la UE y posicionarse como alguien capaz de conjugar europeísmo y patriotismo, sistema y antisistema, aperturismo y proteccionismo, crecimiento y responsabilidad fiscal.**

¿Puede el método Macron dar a la dirigencia de la UE un modo de cortar el círculo vicioso de tecnocracia y populismo, y poner fin a la parálisis de la última década? Por ahora, la única certeza es que (si se nos permite usar otra frase trillada) no hay otra alternativa.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- La divergencia entre el populismo británico y el estadounidense (El Economista - **7/6/17**)

(Por Anatole Kaletsky)

Reino Unido, Francia, Estados Unidos... ¿Cuál es el raro políticamente? La respuesta parece obvia. El referéndum del Brexit hace un año en el Reino Unido y la elección de Donald Trump en Estados Unidos fueron símbolos gemelos de la revolución populista contra las élites globales. Por el contrario, con Emmanuel Macron, Francia eligió de presidente al “hombre de Davos” por excelencia, un tecnócrata orgullosamente globalista que se identifica con las instituciones financieras, administrativas y educativas más elitistas de su país.

Retrocedamos un momento de los clichés políticos, como hice a principios de mes cuando hui de la campaña electoral británica para asistir a la conferencia global del Instituto Milken en Los Ángeles.

La conferencia Milken es el equivalente estadounidense a Davos, aunque con un enfoque empresarial más serio y la representación importante del gobierno de Estados Unidos que Davos nunca ha conseguido.

Oyendo allí a los principales responsables económicos de Trump (el secretario del Tesoro Steven Mnuchin y el secretario de comercio Wilbur Ross, más una galaxia de congresistas y empresarios) me quedó claro que la elección de Trump es solo una aberración pasajera. El país ha tomado un desvío hacia el parque temático de la nostalgia nacionalista pero sigue centrado en el futuro y las ventajas de la globalización, no en el coste.

En la conferencia Milken se hizo patente que Trump no cumplirá casi ninguna de sus promesas internas. El “cinturón oxidado” no protagonizará un aumento del gasto en infraestructuras. Las relaciones de EEUU con México o China no cambiarán casi nada. Las principales propuestas fiscales de Trump no se aprobarán en el congreso. Y la promesa de Trump de “derogar y reemplazar” el Obamacare nada más asumir el cargo se convertirá casi probablemente ante la presión pública en “reformar y reparar”.

Tras esta inmersión en el pragmatismo de EEUU, mi regreso a la política británica fue profundamente deprimente. Las trayectorias políticas que parecían paralelas hace solo unos meses se habían bifurcado. Mientras que EEUU solo ha tardado cien días en percatarse de la “realidad alternativa” de Trump (aunque quizá no él), casi nadie en Reino Unido se cuestiona siquiera la realidad alternativa del Brexit, pese a la oportunidad imprevista que nos regalan las elecciones del 8 de junio de evitar una ruptura autodestructiva con Europa.

¿Cómo explicar las respuestas profundamente distintas de la sociedad civil americana y británica ante el peligroso coqueteo con el populismo nacional? En EEUU, la respuesta inmediata a las políticas incoherentes lógicamente, emocionalmente deshonestas y diplomáticamente inviables de implementar fue el recrudecimiento de la oposición y el debate. Los demócratas mostraron una unidad sin precedentes en el congreso, los humoristas televisivos hicieron una oposición todavía más efectiva, millones de votantes progresistas se echaron a las calles, los medios de comunicación lanzaron investigaciones incesantes y la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles recibió 24 millones de dólares a las 24 horas del intento del gobierno de prohibir la entrada a musulmanes en el país.

Más importante todavía, las empresas estadounidenses empezaron a presionar de inmediato para bloquear cualquier política de Trump que amenazara a sus intereses económicos. Como dijo un alto cargo del senado en la conferencia Milken, Walmart y otros comercios “demostraron una eficacia asombrosa para concienciar a nuestros miembros” en cuanto al precio político de nuevos impuestos a las importaciones de Estados Unidos. Esto eliminó la principal amenaza proteccionista de Trump y echó por tierra las esperanzas de financiar grandes recortes fiscales con ingresos procedentes de un impuesto de “ajuste fronterizo”.

Comparemos ahora esta oposición en EEUU con la pasividad británica tras el referéndum. Abandonar la UE supone un trastorno político y económico mucho mayor que nada de lo que haya propuesto el gobierno de Trump pero el Brexit se ha convertido en un dogma inamovible, inmune al desafío o cuestionamiento de cualquier tipo. Al contrario que el agresivo lobbying contra las promesas electorales de Trump, ninguna gran empresa británica ha intentado proteger sus intereses defendiendo el retroceso de la decisión del Brexit. Ninguna ha señalado en público que el referéndum no daba mandato a la primera ministra Theresa May de descartar la membresía al mercado único europeo y la unión aduanera cuando Reino Unido abandone la UE.

Peor aún, el tabú de cuestionar el Brexit no se ha justificado apelando a la razón, la economía o el interés nacional sino que se ha invocado “la voluntad del pueblo”. Esta frase escalofriante, junto con su homóloga aún más siniestra, “los enemigos del pueblo”, es ahora materia prima retórica tanto en EEUU como en Reino Unido. Pero hay una diferencia crucial: en EEUU, el lenguaje protofascista se escucha en la periferia extremista mientras que en Gran Bretaña hasta los medios de masas y los debates parlamentarios se refieren de forma sistemática a los oponentes del Brexit como conspiradores antidemocráticos y saboteadores antipatrióticos.

Los factores culturales podrían explicar en parte el contraste entre el activismo estadounidense de respuesta a Trump y la pasividad británica ante el Brexit. Cuando un estadounidense se enfrenta a un reto, se espera que haga algo aunque no tenga probabilidades de éxito. Los británicos, sin embargo, admiran al héroe que se enfrenta a la adversidad sin hacer nada más que gala de su estoicismo.

Quizá más importante todavía es que jamás se ha cuestionado la legitimidad democrática de la oposición en EEUU, donde una clara mayoría de los habitantes votaron en contra de Trump. De hecho, Trump perdió el voto popular por un 2%, el mismo margen con el que Jimmy Carter y George W. Bush ganaron en 1976 y 2004, respectivamente.

En Gran Bretaña, al contrario, el Brexit ganó por una mayoría pequeña pero decisiva del 52% frente al 48%. Aunque muchas democracias maduras exigirían alguna clase de súper mayoría para confirmar un cambio constitucional de tantas dimensiones como el Brexit, el Reino Unido no ha visto nunca la necesidad de esos controles. En su constitución no escrita, solo hay una limitación al poder del primer ministro con mayoría parlamentaria: el derecho de los votantes a cambiar de opinión. ¿Qué ocurre cuando cualquiera que trata de convencer a los votantes de cambiar de opinión es deslegitimado como un renegado de la democracia y “enemigo del pueblo”?

Si animar a los votantes a repensarse la mayor decisión política de sus vidas sigue tratándose como una afrenta a la democracia, el Reino Unido perderá su única salvaguardia contra la autolesión permanente. Y Reino Unido dará el giro equivocado hacia el pedregoso camino del nacionalismo nostálgico, mientras EEUU se reincorpora a Europa en la moderna autopista hacia la globalización multicultural.

- El ángulo empresarial de Brexit (Project Syndicate - **6/6/17**)

Londres.- Hace casi un año, los británicos votaron -52% a 48%- a favor de abandonar la Unión Europea. Muchos esperaban que el voto produjera una grave volatilidad económica. Pero la economía, hasta ahora, ha demostrado tener resiliencia, aunque a medida que nos acercamos a las elecciones generales de esta semana, hay señales de que el mayor nivel de inflación está afectando a los consumidores y a algunos negocios. La pregunta es si la economía puede resistir, en los hechos, los procedimientos de divorcio de la UE.

Inmediatamente después de la votación a favor de Brexit, la rápida actuación del Banco de Inglaterra ayudó a calmar los mercados financieros y a mantener el flujo de crédito. A diferencia de la crisis financiera mundial del año 2008, el costo del crédito para la mayoría de las empresas y familias en el Reino Unido no ha aumentado; en todo caso, dicho costo ha bajado. Durante todo este tiempo, los consumidores británicos han hecho lo que mejor saben hacer: gastar su dinero en tiendas y vía internet. El gasto de los hogares apoyó un crecimiento general cercano al 2% el año pasado.

El gran cambio en los mercados financieros ha sido la fuerte caída en el valor de la libra. El tipo de cambio más débil ha contribuido a la competitividad de los exportadores en el Reino Unido. La encuesta de tendencias industriales del mes de abril, realizada por la Confederación de la Industria Británica (institución en la que trabajo como economista en jefe), mostró el aumento más fuerte en la fabricación de pedidos de exportación desde el año 2011. Pero, ese aumento es una espada de doble filo: los fabricantes británicos también enfrentan el aumento más rápido en los costos unitarios promedio desde el mismo año 2011, debido a los precios crecientes de las importaciones.

La disminución en el valor de la libra también puede comenzar a dañar a los hogares. Se pronostica que la inflación de los precios al consumidor llegará a un pico cercano al 3% este año. Sin embargo, dada la dinámica cambiante del mercado de trabajo y el crecimiento moderado de la productividad, es probable que las ganancias salariales promedio no superen el 2,5%. En términos reales, por lo tanto, es probable que los ingresos promedio de los hogares se mantengan planos o incluso se reduzcan, socavando el motor del gasto del consumidor que es de crucial importancia para la economía del Reino Unido.

Peor aún, estos retos macroeconómicos inminentes bien pueden verse empequeñecidos por los que surgirán de las próximas negociaciones de Brexit, aunque tal vez no por la razón que se podría esperar. El principal peligro para las empresas, como me dijo el líder de una empresa de ingeniería de la construcción, es que la planificación de todos los posibles escenarios de Brexit pueda llegar a convertirse en un asunto que consuma toda la atención, provocando que las compañías pierdan de vista sus objetivos estratégicos más amplios.

La buena noticia es que, hasta ahora, la comunidad empresarial parece tener confianza en sí misma. Los empresarios y directores ejecutivos tienen mucha experiencia en la toma de decisiones en un mundo incierto. Por lo tanto, a pesar de las incógnitas de Brexit, continúan invirtiendo en áreas orientadas al futuro como computación en la nube, inteligencia artificial y análisis de datos.

La verdad es que esto ocurre debido a que la revolución tecnológica y el aumento rápido del consumo en Asia -y no así la relación del Reino Unido con la UE- son los aspectos que va a transformar la forma de hacer negocios durante el próximo par de décadas. Al iniciar negociaciones entre el Reino Unido y la UE, es fundamental que las empresas tengan en cuenta dichos aspectos, y que usen una cerca de protección para aislar a los grupos de trabajo dedicados a Brexit y mantengan al resto del personal gerencial centrado en una estrategia comercial más amplia.

Esto no quiere decir, por supuesto, que debemos reducir la complejidad de la tarea que tenemos por delante, y mucho menos ignorar los desafíos que Brexit traerá consigo. Por el contrario, debemos enfrentar esos desafíos de manera frontal, incluyéndose el tener que afrontar algunas verdades duras y exigir que se tomen decisiones difíciles lo más antes posible.

Desde una perspectiva empresarial, una de las mayores preocupaciones relacionadas con Brexit se relaciona con las personas. En su situación actual, la economía del Reino Unido se ve afectada por la escasez de habilidades de trabajo de las personas: más de dos tercios de las empresas no tienen la seguridad de poder cubrir vacantes, durante los próximos 3 a 5 años, en puestos de trabajo que requieren altas especializaciones. La solución a largo plazo es una mejor educación y capacitación en habilidades a lo largo y ancho de todo el Reino Unido. Pero, a corto plazo, la migración debe desempeñar un papel.

Los migrantes de la UE -desde los trabajadores estacionales que cosechan frutas y hortalizas hasta los académicos que amplían las mentes de la próxima generación y los médicos y enfermeras que protegen nuestra salud- ya realizan una contribución importante a la economía del Reino Unido. En muchas organizaciones y empresas, los ciudadanos de la UE representan más del 40% de los empleados. Estos ciudadanos de la UE y sus familias se enfrentan ahora a una verdadera incertidumbre.

La comunidad empresarial, en general, aboga a favor de que se garantice de manera inmediata que los ciudadanos de la UE quienes trabajan actualmente en el Reino Unido puedan seguir haciéndolo en el futuro. De la misma manera, se debe conceder a los ciudadanos británicos que trabajan en la UE el derecho a permanecer donde están. Esto no es sólo hacer lo correcto; es llevar a cabo una acción económica inteligente, ya que las habilidades y el talento de la fuerza de trabajo serán el motor que impulsará a las empresas en las próximas décadas.

No obstante, los ciudadanos de la UE que ya se encuentran en el Reino Unido no serán suficientes, por sí solos, para alimentar ese motor. Es por eso que el Reino Unido también necesita un nuevo sistema de inmigración basado en la evidencia - y lo necesita rápido. Las empresas, los trabajadores y las familias necesitan saber a finales de este año cómo será dicho sistema, incluyendo cuáles serán los criterios de ingreso al país.

Otra decisión crítica que debe hacerse ahora es que “ningún trato” no es una opción. Más allá de mantener esta posibilidad abierta, como lo ha hecho el gobierno de la primera ministra Theresa May, el Reino Unido y la UE deben comprometerse a establecer un acuerdo claro sobre asuntos reglamentarias, garantizando así que las empresas de ambos lados del Canal de la Mancha puedan seguir haciendo negocios. Un escenario de “acantilado” -en el que el final del período de negociación de dos años traiga consigo un cambio repentino a un régimen regulador poco claro o incluso a un escenario en el que no se tenga aún un régimen regulador decidido- debe evitarse a toda costa.

Para que la economía británica pueda hacer frente a Brexit, tan bien como enfrentó una votación a favor de Brexit, ambos, el gobierno al igual que las empresas, deben minimizar el impacto de la incertidumbre manejando eficazmente dicha incertidumbre. Cualquiera que sea el argumento político a favor de retrasar el inicio de negociaciones serias sobre Brexit, no se debe permitir que los mismos eclipsen el argumento económico a favor de avanzar en las mencionadas conversaciones.

(Rain Newton-Smith is Chief Economist at the Confederation of British Industry)

- La incertidumbre de las elecciones británicas podría afectar a los mercados y a la economía (Expansión - FT - **10/6/17**)

(Por Mohamed El-Erian - Financial Times)

Probablemente, se pospondrán las reformas estructurales y se mitigará la austeridad fiscal, lo que, de hecho, complicaría los retos políticos a los que se enfrenta el Banco de Inglaterra.

Las elecciones parecían una apuesta segura para Theresa May y para los mercados, que, convencidos de la estrategia de la primera ministra, impulsaron la libra y propiciaron un repunte generalizado en el mercado de valores. No obstante, los resultados muestran que Reino Unido se tendrá que adaptar a las posibles consecuencias que puedan tener estas elecciones para la política, la economía y los mercados.

Ante las numerosas encuestas que mostraban la clara victoria de la primera ministra del Partido Conservador frente a la debilitada oposición del Partido Laborista, May convocó elecciones anticipadas en abril con la esperanza de conseguir una mayoría más amplia en el Parlamento que, entre otros asuntos, le permitiría negociar el Brexit desde una posición de poder (tanto a nivel interno, como externo). La estrategia no tuvo en cuenta la posibilidad de que la campaña electoral podía fracasar, y de que el electorado no confiaría en su liderazgo y en su compromiso.

La apuesta les ha salido mal a May y a su partido. La primera ministra podría perder su cargo. Y, aunque los conservadores continuarán siendo el partido con más representación en la Cámara de los Comunes, han perdido su mayoría de Gobierno. Esta situación, abre la posibilidad de formar coaliciones, que en algunos casos excluirían a los conservadores del Gobierno.

Llevará algún tiempo descubrir no sólo cómo se gobernará Reino Unido sino cuánto tiempo transcurrirá hasta que se convoquen nuevas elecciones. Inevitablemente, esta situación arrojará una larga sombra de incertidumbre sobre la economía en general y, de forma más específica, sobre la estrategia que debe adoptar Reino Unido en las negociaciones ahora que ha iniciado el proceso de abandono de la UE.

El resultado de las elecciones también tendrá consecuencias en otros aspectos económicos. Probablemente, se pospondrán las reformas estructurales y se mitigará la austeridad fiscal, lo que, de hecho, complicaría los retos políticos a los que se enfrenta el Banco de Inglaterra.

A corto plazo, todo ello se traduciría en una divisa más debilitada, una mayor inestabilidad financiera y la posibilidad de que existan grandes discrepancias en el mercado de valores entre las compañías británicas con proyección internacional y las que, por el contrario, se centran en el mercado interior.

En lo que respecta a las consecuencias a largo plazo, todo dependerá de cómo evolucione el proceso del Brexit.

La mayoría de hipótesis que se han barajado podrían aumentar las posibilidades de que Reino Unido entre en un proceso de negociaciones muy complicado, agravando las posibles consecuencias del Brexit. La unidad política interna sería aún más complicada de mantener, lo que, con toda probabilidad, socavaría la relación de Reino Unido con los negociadores europeos.

En general, puede que estas elecciones tan solo sean el preámbulo de otras elecciones, cuyo resultado también está en el aire. Para hacer frente a esta constante incertidumbre, es probable que las compañías y las familias actúen con mayor prudencia, lo que frenaría el crecimiento económico y aumentaría la posibilidad de que haya inestabilidad en el mercado financiero.

La intención de May era conseguir una mayor seguridad para la histórica transición de la estructura económica de Reino Unido y la relación regional. Pero el resultado ha hecho resurgir de nuevo la amenaza de meses de acalorado debate político, una economía debilitada y mercados más volátiles.

(Mohamed El-Erian es asesor económico jefe de Allianz y autor del libro “Lo único importante”)

- El escaso efecto de las elecciones británicas en el Brexit (Expansión - FT - **12/6/17**)

(Por Wolfgang Münchau - Financial times)

La caída del Muro de Berlín cambió la historia de Europa, como lo hizo el referéndum del Brexit del año pasado.

Las elecciones en Reino Unido de la semana pasada pertenecen a otra categoría: la de las cosas que brillan en la oscuridad de una noche electoral pero se desvanecen a la mañana siguiente. Los comicios son importantes para la política de Reino Unido y para Theresa May, pero son irrelevantes para el Brexit.

Los comentarios que he leído en los últimos días pasan por alto tres aspectos fundamentales.

El primero es que el Brexit, duro o blando, no es decisión exclusiva de Reino Unido. La segunda es que el proceso del Brexit está conducido por los procedimientos legales de la UE, con independencia de que los medios crean que la primera ministra británica disponga de autoridad. Y, por último, desde una perspectiva europea, no importa si Reino Unido tiene un gobierno en minoría, una coalición o un partido con una mayoría de cien escaños. La canciller alemana, Angela Merkel, nunca ha conseguido un resultado tan bueno como el que logró May la semana pasada.

¿Puede frenarse el proceso del Brexit? Para que eso ocurra, tendrían que sucederse una serie de acontecimientos inesperados en el próximo año y medio, en el orden adecuado: unas elecciones ganadas por un partido que se postule públicamente a favor de un segundo referéndum, seguido de una victoria favorable a la permanencia en la UE.

Estas dos hipótesis son muy improbables. Pero incluso entonces, la revocación del Artículo 50 no ocurriría de forma automática. Puede incluso que desde el punto de vista legal no fuera posible.

Incluso en el improbable caso de que el Tribunal de Justicia Europeo se pronunciara sobre este caso, la decisión final no reside en el Parlamento británico, sino en el Consejo Europeo, que actúa en función de sus propios intereses.

Revocación

Si el Brexit no puede revocarse técnicamente, ¿se puede modificar o suavizar de alguna forma?

No veo cómo sería posible, excepto pasando por un periodo de transición más prolongado. La carta de May mediante la cual activó el Artículo 50 estableció dos condiciones bien claras: la no pertenencia a la unión aduanera y la no pertenencia al mercado único.

De lo que pocos partidarios de permanecer en la UE parecen darse cuenta es que Bruselas es partidaria de un Brexit sin mercado único y unión aduanera, porque facilita el difícil proceso negociador.

Los grados de dureza y suavidad no son opciones unilaterales que toma el electorado británico.

Anteriormente ya he argumentado que Reino Unido debería -y seguramente lo haga- buscar un acuerdo de transición suficientemente extenso. Resultaría prudente seguir siendo un miembro del mercado único y la unión aduanera durante este periodo, simplemente para ganar algo de tiempo de cara a introducir los cambios técnicos y legislativos que el Brexit necesita, y acordar un acuerdo bilateral de comercio con la UE.

Un largo periodo de transición es la única forma de relajar las diferencias sobre la factura que debe pagar Reino Unido por abandonar la UE. Durante ese periodo, Londres seguiría aportando dinero al presupuesto de la UE.

Si las elecciones británicas van a tener algún impacto, será en la duración y naturaleza de este acuerdo de transición, no en el propio proceso del Brexit. Incluso una victoria aplastante de May habría resultado en un periodo más largo de transición de lo que admitió el Gobierno con anterioridad, sobre todo por motivos técnicos.

En ningún caso la primera ministra hubiera podido optar por un Brexit al borde del precipicio porque habría sido demasiado costoso e irresponsable.

Ya vimos la semana pasada la rapidez con la que puede cambiar el destino en política. Un periodo de transición habría sido necesario en cualquier escenario. La única conclusión que puedo extraer, por tanto, es que las elecciones no han cambiado absolutamente nada para el Brexit.

- Las consecuencias económicas de un parlamento sin una mayoría absoluta (Project Syndicate - **9/6/17**)

Manchester.- Se suponía que la elección que acaba de tener lugar en el Reino Unido iba a arrojar -como decía el eslogan de campaña del Partido Conservador- un gobierno “fuerte y estable”. Terminó consiguiendo lo contrario: el resultado fue un parlamento sin una mayoría absoluta y la posibilidad de otra elección general más avanzado el año.

Mientras tanto, el reloj sigue corriendo para concluir las negociaciones con los otros 27 miembros de la UE sobre el retiro del Reino Unido de la Unión Europea. Para cualquiera que tenga idea de lo exigentes y complicadas que serán las conversaciones por el Brexit, y de lo mal preparados que están para ellas los políticos y los funcionarios británicos, la perspectiva es desalentadora.

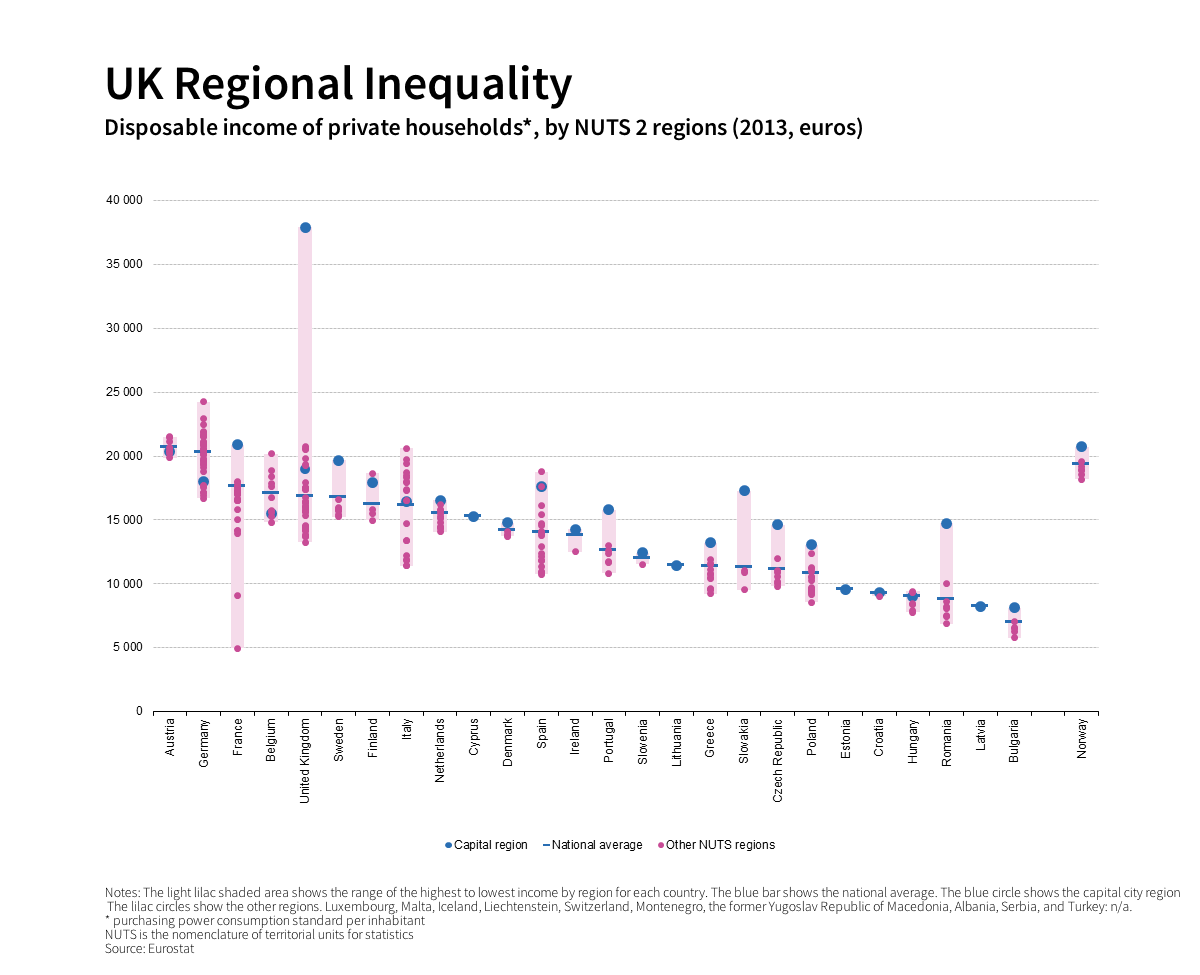
Si bien un parlamento sin una mayoría absoluta, en momentos en que los Tories intentan formar un gobierno minoritario, podría inclinar la política británica en dirección de un Brexit “más blando”, por lo menos en términos de la futura relación comercial con la UE, tal vez deje a los líderes políticos de Gran Bretaña en peores condiciones para llevar adelante las negociaciones. Los británicos tendrán que esperar que los líderes de la UE estén dispuestos a mostrar cierta compasión: después de todo, el único mensaje claro de los votantes fue su falta de confianza en las alternativas sobre la mesa.

Sin embargo, la economía del Reino Unido enfrentará desafíos importantes -para nada ignorados durante la campaña electoral- aún sin el Brexit. Uno es el abismo entre los ganadores y los perdedores del comercio y la tecnología, una brecha que ayuda a explicar el voto pro-Brexit del año pasado.

A esto se vincula el nivel sorprendentemente bajo de productividad del Reino Unido. Por supuesto, la brecha entre ganadores y perdedores -que, en términos generales, corresponde al mapa electoral- no es exclusiva de Gran Bretaña; ha incitado al populismo y otras formas de políticas anti-establishment en Occidente. Tampoco el Reino Unido es el único país que está experimentando un crecimiento plano o lento de la productividad.

Pero el nivel de productividad del Reino Unido es un 16% más bajo que el promedio del G7. Y es, por lejos, la economía más desigual a nivel regional de la UE.

Para mejorar la productividad del Reino Unido, las regiones del país con un desempeño peor del esperado deben mejorar sus resultados. El voto del Brexit torna doblemente necesario centrarse en estas regiones más pobres: es preciso encarar la política divisiva que apuntaló la estrecha mayoría del Leave (Irse) y minimizar el daño económico que seguramente causará la ruptura con los principales socios comerciales del Reino Unido, especialmente si la negociación no es buena.



La mayor esperanza de enfrentar los profundos problemas estructurales surgió con el anuncio previo a la elección del gobierno de May de su intención de adoptar una estrategia industrial. Si bien la política industrial está en línea con los instintos corporativistas de May, las clases políticas del Reino Unido han sido alérgicas a la idea desde fines de los años 1970.

Las autoridades se estremecen ante el recuerdo de intervenciones desafortunadas destinadas a apuntalar a empresas en crisis (como fabricantes de autos y productores de acero) o invertir en nuevas tecnologías que terminaron condenadas al fracaso (Concorde, autos DeLorean). Después de su elección en 1979, a Margaret Thatcher no le llevó mucho tiempo degradar a la Oficina Nacional de Desarrollo Económico (conocida como Neddy), el organismo responsable de intervenciones estratégicas por parte del estado, que finalmente fue desmantelado por el sucesor de Thatcher, John Major, en 1992.

La alergia a la política industrial es particularmente fuerte entre aquellos que la equiparan con subsidios y exenciones impositivas. Sin embargo, considerando que el gobierno interviene constantemente en la economía, sin duda tiene sentido pensar en sus acciones e interacciones con el sector privado de una manera mucho más estratégica. Por cierto, algunas políticas industriales fuera del radar -o hasta accidentales- han sido bastante exitosas.

Uno de los beneficiarios han sido las finanzas, gracias a una regulación benigna y a una inmensa inversión en infraestructura en la City de Londres y Canary Wharf. Otro ha sido la industria farmacéutica, debido a exenciones impositivas especiales como el incentivo fiscal “Patent Box” y el Servicio Nacional de Salud (NHS) como un cliente muy importante.

El sector creativo también se ha beneficiado, gracias a la BBC. Si bien recibe un constante ataque político, la BBC actúa exactamente como debería actuar un socio público, llevando a cabo investigación y desarrollo, fijando estándares técnicos, ofreciendo capacitación laboral y adhiriendo a una contratación abierta de pequeños y medianos proveedores, que están entre los productores y exportadores más exitosos del Reino Unido.

La justificación económica para la política industrial es convincente, en la medida que se la entienda como un vehículo para una coordinación estratégica, la mancomunación de riesgos y el suministro de bienes públicos. Los viejos errores -apuntalar industrias deficitarias o apostar a tecnologías específicas- pueden evitarse en gran medida a través de políticas sólidas en materia de competencia y ayuda estatal (para garantizar que el respaldo al sector automotriz, por ejemplo, no sea visto como un apoyo sólo a los propietarios actuales) y cláusulas de suspensión para asistencia específica.

El argumento en contra de no tener una política industrial explícita también es convincente. El carácter accidental de la intervención del gobierno ayuda a explicar por qué la economía es tan asimétrica regionalmente. Por ejemplo, los análisis de costo-beneficio de los proyectos de infraestructura propuestos que dependen de métricas de mercado como tasas salariales o precios de la propiedad para evaluar los potenciales beneficios crearán una inversión cada vez mayor en torno a Londres, y un círculo vicioso de inversión aparentemente cada vez menos atractiva en el norte del Reino Unido.

Una visión estratégica reconocería los beneficios para la productividad de crear nuevos conglomerados en otras partes -como las medidas accidentales que ubicaron a las automotrices del Reino Unido en el noreste de Inglaterra y al segundo sector más importante de medios audiovisuales del país fuera de Londres en Salford, Greater Manchester, cuando la BBC trasladó allí parte de sus operaciones.

Existe una amplia evidencia histórica de los méritos (y desméritos) de determinadas políticas. Como Gran Bretaña desde hace mucho tiempo está plagada de políticas de vaivén y una plétora de iniciativas que, aunque inefectivas, acaparan los titulares, el verdadero desafío será establecer un marco político e institucional para implementar iniciativas viables, y forjar la interacción gubernamental con el sector privado.

Por supuesto, cualquier idea pre-electoral en materia de políticas podría resultar víctima de acuerdos políticos o simplemente de la gigantesca incertidumbre planteada por el reciente resultado electoral. Sería una lástima. Cuanto mayor la inestabilidad política, más fuerte la necesidad de un marco que finalmente empiece a abordar las profundas divisiones y desafíos que enfrenta la economía británica.

(Diane Coyle is Professor of Economics at the University of Manchester and co-director of Policy@Manchester)

- Una estrategia Brexit para un gobierno británico débil (Project Syndicate - **9/6/17**)

Oxford.- Mientras la primera ministra Theresa May busca integrar un nuevo gobierno, luego de una elección en la cual su Partido Conservador perdió la mayoría parlamentaria, sabe que, en cuestión de días, también tendrá que enfrascarse en el meollo de negociar la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea. Los preparativos para las negociaciones por el Brexit están en marcha desde hace un tiempo, pero hasta el momento se han visto afectados por tres errores de negociación elementales, y ahora deben lidiar con el hecho de que el mandato para actuar del gobierno británico ha resultado seriamente deteriorado.

El primer error clásico que se cometió hasta aquí fue que el gobierno británico imaginara que iba camino a una batalla. Según este punto de vista, los negociadores deben ocultar sus verdaderos planes o intenciones, mientras se esfuerzan por conseguir una posición dominante y, finalmente, vencer a sus enemigos. Si a esto se suma una cuota de engaño elaborado, es como si nos estuviéramos preparando para los desembarcos del Día D en Normandía.

Pero el Brexit no es el Día D. Lejos de intentar derrotar a sus enemigos, el Reino Unido está intentando preservar relaciones mutuamente benéficas con países de los cuales no se puede distanciar geográficamente -y de los cuales no puede darse el lujo de distanciarse como sea-. No debería mantener sus planes en secreto, como ha hecho hasta ahora, y por cierto no debería involucrarse en una política arriesgada, como la ejemplificada por el grito de batalla de May de que “ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo”.

En verdad, el Reino Unido debe promover un proceso de colaboración centrado en la resolución de un problema conjunto. Las negociaciones deberían centrarse en generar el mayor valor posible para ambas partes, inclusive a través del acuerdo de libre comercio (FTA por su sigla en inglés) específico entre el Reino Unido y la Unión Europea que May aspira a crear. La equidad, la sinceridad y la transparencia son vitales para permitir que ambas partes aprecien los posibles réditos con precisión y eficiencia, para no mencionar que el sector privado y otros actores también pueden aportar soluciones innovadoras.

El segundo error de negociación clásico es centrarse exclusivamente en los intereses propios. Las negociaciones efectivas requieren de un entendimiento profundo de los intereses, prioridades y limitaciones de la otra parte. ¿Qué tienen para ganar o para perder? ¿Dónde no pueden permitirse una concesión? ¿Qué podría impedir su capacidad para llegar a un acuerdo?

Por ejemplo, tanto el Reino Unido como la Unión Europea tienen limitaciones de capacidad. Gran Bretaña está reuniendo improvisada y presurosamente un equipo para manejar las negociaciones comerciales. En cuanto a la UE, ya participa de negociaciones para unos diez FTA, con todo tipo de interlocutores, desde el Consejo de Cooperación del Golfo hasta Estados Unidos. Los gobiernos europeos seguirán necesitando implementar otros FTA acordados previamente con Canadá, Singapur, Vietnam, África occidental y África oriental.

Gran Bretaña aspira a poder saltearse la fila, debido a la magnitud, la profundidad y la importancia de su relación económica con la UE. Pero, si lo hace, la UE puede enfrentar cierta reacción negativa de quienes vienen esperando en la fila. Por cierto, a lo largo de las negociaciones por el Brexit, la UE necesitará considerar los mensajes que está enviando a sus socios en la negociación. Si el Reino Unido pretende ayudar a generar un acuerdo mutuamente beneficioso, su estrategia debe reconocerlo, así como las otras restricciones que puedan afectar a la UE y sus estados miembro.

El tercer error es generar expectativas poco realistas. Las conversaciones por el Brexit serán, sin duda, largas y difíciles -mucho más si los ciudadanos, las empresas o los negociadores pasan a sentirse desalentados, después de que las expectativas excesivas no se cumplen.

Manejar las expectativas respecto del momento oportuno puede ser lo más importante. El Reino Unido espera concluir un FTA a medida con la UE durante el período de negociación asignado de dos años. Pero negociaciones comparables con otros socios importantes de la UE, como Japón y Canadá, han llevado entre 9 y 10 años. Y se han elaborado de manera gradual, no de un plumazo.

Consideremos el FTA de la UE con Canadá, que comenzó con la creación, en 2004, de un marco para las negociaciones. Casi nueve años más tarde, en 2013, se llegó a un acuerdo "de principio". El acuerdo real se selló en septiembre pasado. Luego comenzó el proceso de aprobación por parte de las instituciones europeas, obteniendo finalmente la aprobación del Parlamento Europeo en febrero. Y el proceso todavía no está completo: las legislaturas nacionales aún tienen que ratificar ciertos elementos del pacto.

Esto sugiere que, en el período de dos años, lo máximo a lo que puede aspirar el Reino Unido es a completar un acuerdo macro con la UE. Un acuerdo final casi con certeza se demorará mucho más, en especial porque partes del mismo exigirán una ratificación de cada uno de los estados miembro. El gobierno del Reino Unido debería ser sincero y claro con la población sobre este tema.

Mientras tanto, el Reino Unido debe comprometerse a garantizar un acuerdo interino con la UE. Aproximadamente el 40% de las exportaciones británicas van al mercado de la UE, y las fábricas de Gran Bretaña dependen fuertemente de productos que puedan cruzar fácilmente las fronteras europeas, ya sea ganado proveniente de Irlanda o cigüeñales de Alemania.

En resumen, el Reino Unido no puede permitirse perder fronteras libres de fricciones, ni siquiera temporariamente, mientras espera alcanzar un consenso sobre un acuerdo final. Por cierto no puede darse el lujo de perderlas en el largo plazo, como probablemente ocurriría si no se alcanzara un acuerdo en el lapso de los dos años asignados. En verdad, la amenaza de May de que “ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo” no sólo mina el proceso de negociación; es sencillamente equivocada.

Ningún acuerdo probablemente implicaría un regreso a las reglas estándar de la Organización Mundial de Comercio. Eso significaría un arancel del 14,4% para el sector agrícola de Gran Bretaña, que ya padecerá la pérdida de respaldo financiero a través de la Política Agrícola Común europea. Las exportaciones lácteas del Reino Unido serán objeto de un arancel promedio del 40%.

En cuanto a los servicios -por lejos, el sector más importante de la economía del Reino Unido-, las reglas de la OMC que gobiernan las exportaciones tienen unos 20 años y son lamentablemente caducas. Para entender cuán indeseables serían estas reglas, consideremos que los 164 miembros de la OMC con excepción de seis tienen un FTA con la UE, o están trabajando para crear uno.

May llamó a la elección reciente porque quería un mandato más fuerte para negociar un buen acuerdo para su país. No lo consiguió. Ahora más que nunca, garantizar un acuerdo exigirá adoptar una estrategia de negociación colaboradora, abierta y realista.

(Ngaire Woods is Dean of the Blavatnik School of Government and Founder of the Global Economic Governance Program at the University of Oxford)

- La trampa de la elección anticipada (Project Syndicate - **9/6/17**)

Londres.- La pérdida de mayoría parlamentaria que sufrió el Partido Conservador en la elección anticipada del Reino Unido dejó otra vez mal parados a analistas políticos, encuestadores y otros pronosticadores. Fue un resultado que pocos esperaban, y se están proponiendo diversas explicaciones.

Por ejemplo, muchos han señalado que Theresa May, la primera ministra conservadora, hizo una campaña pobre, y que los modelos de los encuestadores subestimaron la participación electoral de los votantes más jóvenes. Al mismo tiempo, Jeremy Corbyn (líder del opositor Partido Laborista) consiguió mostrarse capaz y confiado. Pero es posible que todas estas explicaciones, que apuntan estrictamente al desarrollo de la campaña, sean irrelevantes.

Hay una explicación mejor surgida del campo de la psicología. Si los analistas hubieran prestado atención a una teoría bien establecida de la psicología de las elecciones anticipadas, habrían podido prever el resultado de la elección en el Reino Unido. Según investigaciones del politólogo Alastair Smith (de la Universidad de Nueva York), quien examinó datos de encuestas y resultados de elecciones generales en Gran Bretaña desde 1945, cuando el primer ministro llama a elección anticipada es frecuente que el tiro le salga por la culata.

La decisión de May (al parecer, un grave error de cálculo) de llamar a elección tres años antes de lo previsto no carece de precedentes. May creyó que el nivel de apoyo popular que tenía al momento de anunciar la elección se trasladaría a las cifras de votación.

El ex primer ministro británico Harold Wilson cometió el mismo error en mayo de 1970, cuando trató de sacar provecho de la popularidad que entonces gozaba el laborismo. Pero durante la campaña que siguió, ese apoyo se derrumbó, y los conservadores terminaron ganando 330 de 630 escaños.

Asimismo, en 1997, la decisión del expresidente francés Jacques Chirac de llamar a una elección parlamentaria anticipada dio lugar a un gran avance electoral de los partidos opositores de izquierda. Lo mismo sucedió en Australia en 1998.

En un estudio de 2003 publicado en el British Journal of Political Science, Smith concluye que el apoyo popular a los líderes que llaman a elecciones anticipadas suele disminuir con el correr de la campaña, un efecto que es tanto más probable cuanto más popular sea el líder al momento de la convocatoria.

Cuando en abril May llamó a elección anticipada, las encuestas le daban tan bien que ella y su partido dieron por sentado que ganarían por amplia mayoría. Pero según Smith, las elecciones generales anticipadas se parecen a un partido de póquer psicológico, donde el gobernante echa un farol y el electorado se da cuenta.

May pensó que jugaba con cartas buenas, porque tiene más información que el votante promedio sobre las perspectivas futuras del país. Como primera ministra, está exhaustivamente informada sobre las condiciones económicas del Reino Unido en el corto plazo y sobre el resultado probable de las negociaciones para el Brexit con la Unión Europea.

Pero según la teoría de Smith, al llamar a elección anticipada May dejó entrever sus cartas a los votantes, y estos sospecharon que estaba tratando de aprovechar esa información exclusiva para reforzar su propia posición política. Smith señala como ejemplo a Margaret Thatcher, que en el póquer electoral siguió una estrategia opuesta a la de May.

En 1982, tras declarar victoria en la Guerra de las Malvinas, Thatcher estaba en la cima de su popularidad. Y aunque no estaba obligada a llamar a elección hasta mayo de 1984, la idea de poner en juego su enorme nivel de apoyo para asegurarse otros cinco años en el gobierno era concebible. Las encuestas de opinión de 1982 indican que es casi seguro que hubiera ganado. Pero decidió esperar y correr el riesgo de que su gobierno perdiera popularidad debido a eventuales fracasos futuros con sus políticas.

La evaluación de ese riesgo dependía del desempeño que Thatcher esperaba tener el año siguiente. Si estaba segura de tener soluciones eficaces a los problemas que pudieran surgir, no había mucho riesgo en postergar el juicio de las urnas. Si por el contrario, Thatcher no tenía confianza en sus políticas, tenía más motivos para aprovechar su popularidad en aquel momento con una elección anticipada, y así no poner en riesgo sus chances con el correr del tiempo.

Al final, Thatcher convocó a elecciones en junio de 1983. Más tarde, en sus respectivas autobiografías, ella y su ministro de hacienda, Nigel Lawson, explicaron que el temor a inflación durante el año siguiente había influido en la elección de la fecha. Al hacer la convocatoria un año antes de lo previsto, evitaban el riesgo de que un aumento de inflación debilitara la popularidad de los conservadores.

La enseñanza principal que hay que extraer es que el momento en que se convoca a elecciones puede revelar la confianza que el gobernante se tiene para el futuro. A igualdad de otros factores, un gobierno competente esperará más antes de convocar al electorado, mientras que un líder inseguro tratará de capitalizar su popularidad cuando la tiene.

Según la teoría de Smith, el líder que llama a elección anticipada debe estar preparado para perder apoyo, como acaba de ocurrir en Gran Bretaña. May demostró que es una líder mucho más insegura de lo que se pensaba. Condujo una campaña sin atractivos en la que su promesa de “liderazgo fuerte y estable” sonó hueca. Pero la derrota humillante que sufrió era previsible incluso antes de que empezara la campaña.

(Raj Persaud is a consultant psychiatrist in Harley Street, London - Adrian Furnham is Professor of Psychology at University College London)

- Reino Unido camina sonámbulo hacia un Brexit caótico (Expansión - FT - **15/6/17**)

(Por Marin Wolf - Financial Times)

La probabilidad de que no haya acuerdo alguno es ahora incluso mayor que antes de las elecciones, ya que el éxito de las negociaciones depende ahora de que Reino Unido acepte las condiciones de divorcio de la Unión Europea.

Theresa May prometió fortaleza y estabilidad, pero ha logrado lo contrario. Resultaría divertido si no fuera tan grave. Donald Trump está obsesionado con la idea de que el mundo se mofa de EEUU. En el caso de Reino Unido, tiene que ser cierto: David Cameron inició un innecesario referéndum sobre la adhesión a la UE; su sucesora, May, sigue por el mismo camino, debilitando su posición política. El país proyecta una imagen ridícula. Las elecciones generales también han aumentado la probabilidad de que no haya ningún acuerdo. Contrariamente a la idea de que “ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo”, esto representaría un desastre para ambas partes.

Paradójicamente, el porcentaje de voto del Partido Conservador, del 42,4%, fue el más alto desde 1983. Pero lo más inesperado de estos comicios fue la capacidad del Partido Laborista - liderado por Jeremy Corbyn, el perpetuo rebelde- de aplastar a los partidos minoritarios, cuyo porcentaje de votos se desplomó a su nivel más bajo desde 1970.

La primera ministra ha perdido su mayoría y su autoridad. Como señaló el ex ministro de Economía, George Osborne, May es un “cadáver político”.

El Partido Conservador ha encontrado un apoyo en el irritable Partido Unionista Democrático. Además, ya ha desperdiciado un 10% del tiempo disponible después de activar el artículo 50 del tratado de la Unión Europea (UE). Dadas las circunstancias, a May le resultará prácticamente imposible acordar y posteriormente legislar a tiempo los compromisos necesarios con la UE.

Entre los compromisos más importantes están el pago de enormes cantidades de dinero y un acuerdo para respetar los actuales derechos de los que disfrutan los ciudadanos de la UE dentro del Reino Unido.

Sin embargo, aparte del tiempo que se perdería en todo el proceso, es probable que la convocatoria de otras elecciones no resolviera nada. De hecho, podría dar como resultado más desacuerdos en el Parlamento. Reino Unido se encuentra inmerso en una situación caótica.

**La obsesión sobre la adhesión a la UE de una facción de la derecha, junto con la irresponsabilidad de Cameron -posiblemente el peor primer ministro de la historia de Reino Unido- han sumido al país en una grave crisis.**

La probabilidad de que no haya acuerdo alguno es ahora mayor que antes de las elecciones, ya que un acuerdo depende de que Reino Unido acepte las condiciones de divorcio de la UE. No existe razón alguna para suponer que los negocios y las operaciones comerciales vayan a fluir, y mucho menos sin problemas, después de una salida tan desordenada.

Organizar el comercio después de la salida requerirá cooperación y preparación. Bajo la condición de “ningún acuerdo”, Reino Unido no podría esperar nada de la UE, ya que Bruselas pensaría que Londres ha renunciado a sus obligaciones. Eso, después de todo, es lo que significa “ningún acuerdo”.

Limitar hasta tal punto la relación de Reino Unido con sus eternos vecinos y principales socios comerciales sería una insensatez. Pero eso fue lo que se arriesgó en el referéndum, y lo que todavía se sigue arriesgando. Entre los muchos defectos estuvo el no haber especificado las alternativas.

No hay una elección entre “permanecer” y “salir”. Existe una posible opción entre “permanecer” y muchas para “salir”. En un acuerdo con la UE, estas alternativas pudieran ir desde las más suaves -adhesión permanente al mercado único y a la unión aduanera- a las más duras; o incluso hasta las caóticas -ningún acuerdo en absoluto.

Dado lo ajustado que fue el resultado, permanecer en la UE habría derrotado seguramente a cualquier versión concreta sobre el Brexit en una votación de dos alternativas. Sin embargo, Reino Unido sólo puede tener una versión del Brexit. Por este motivo, sería legítimo exigir otro referéndum entre “permanecer” y la versión negociada del Brexit.

Por desgracia, será difícil que Reino Unido retire su solicitud de salida. Este insensato proceso ha puesto al país en el camino hacia una salida caótica. **Durante mucho tiempo, Reino Unido ha querido dividir Europa. Ahora está uniéndola, pero en su contra. Estamos ante un desastre estratégico. Además, por sí solo, su influencia es limitada.**

El país ya se encuentra cohibido en sus relaciones con EEUU con Trump como presidente, por temor a represalias. En los acuerdos comerciales más importantes -con EEUU, China, India o la propia UE- el Reino Unido será un débil país suplicante. Tendrá que aceptar las condiciones de sus socios más poderosos.

Harold Macmillan aceptó el final de la Gran Bretaña imperialista con una solicitud para formar parte de la entonces Comunidad Económica Europea en 1961, por buenas razones económicas y políticas. Él comprendió que el interés estratégico de Reino Unido pasaba por formar parte de una Europa sólida. La mejor opción para el Reino Unido sigue siendo permanecer en la UE. Todas las alternativas son mucho peores.

Actualmente algunas personas esperan que el país pueda permanecer dentro del mercado único y la unión aduanera, disfrutando al menos de los beneficios económicos de la adhesión.

Pero eso significa aceptar tanto la libre circulación como las regulaciones sobre las cuales no tendría voz ni voto. En el fondo significaría aceptar casi todas las desventajas percibidas de la adhesión a la UE, sin ninguno de los beneficios: Una opción políticamente intolerable. Ahora mismo, Londres busca alternativas políticamente más tolerables, pero económicamente peores, que la adhesión plena.

La opción menos mala probablemente sería aceptar prácticamente todas las cláusulas de divorcio de la UE, más un largo período de transición dentro del mercado único y de la unión aduanera después de 2019, seguido de un acuerdo de libre comercio lo más completo posible. Aunque esto sería peor que permanecer en la UE, la opción sería relativamente razonable.

Lamentablemente, para alcanzar y poner en práctica tal acuerdo, con el limitado tiempo disponible, es necesario un Gobierno sólido, estable y sensato. Eso no es lo que tiene Reino Unido ni parece probable que llegue a tener.

La inútil insensatez de los políticos británicos ha puesto al país entre la espada de la UE y la pared de un Brexit muy duro. “Ningún Brexit” continúa siendo una opción mucho mejor que las demás alternativas.

El estatus de paria de no tener “ningún acuerdo” sería mucho peor que cualquier otro acuerdo. Pero lo que le depara a Reino Unido es un mal trato, o, lo que es peor, ninguno.

Los conservadores son en gran parte los responsables de esta situación. Los votantes mostrarán su indignación cuando se den cuenta. El 'ajuste de cuentas' será desagradable.

- A Comeuppance for Populism? (Project Syndicate - **16/6/17**)

If populism defined Western politics in 2016, do British Prime Minister Theresa May’s election flop, US President Donald Trump’s deepening legal trouble, and Emmanuel Macron’s makeover of French politics signal that an equal and opposite force has emerged in 2017? Perhaps - or perhaps that is the wrong question.

Niccolò Machiavelli believed that one could become a prince “by prowess or by fortune”. In the second case, a leader assumes power “with little exertion on their own part; but subsequently they maintain their position only by considerable exertion”.

Machiavelli could have been describing British Prime Minister Theresa May and US President Donald Trump. Both have convinced themselves of their princely prowess, despite having come to power largely through luck.

Notwithstanding a long career in politics and public service, May became prime minister not through an election, but because British voters decided by a slim margin to leave the European Union, prompting the resignation of her Conservative Party predecessor, David Cameron. Similarly, Trump owes his presidency, arguably, to Russian subterfuge on his behalf, and to a fluke of the Electoral College - which was actually designed to block unqualified candidates such as him. He now presides over a country whose people supported his opponent by a margin of some three million votes.

In recent weeks, both May and Trump have suffered serious political setbacks. In this month’s snap general election, which May called in April -when the Conservatives had a 20-point lead in opinion polls- she managed to lose the party’s parliamentary majority. May is now holding on to power by the skin of her teeth, while trying to find a way forward with a hung parliament.

Meanwhile, in Washington, DC, former FBI Director James Comey delivered public testimony before the US Senate Select Committee on Intelligence, in which he accused Trump of telling “lies, plain and simple” to justify Comey’s firing. The Senate hearing, which attracted almost 20 million television viewers, was only the latest in a long series of damaging blows that have rendered Trump a virtual lame duck less than six months into his presidency.

More broadly, recent events, not least Emmanuel Macron’s election to the French presidency, and his new party’s sweeping victory in this month’s parliamentary election, have led many to wonder if the populist politics that defined 2016 are being met by an equal and opposite force in 2017. Project Syndicate commentators have been addressing that and related questions head-on. Taken together, their insights shed much-needed light on the latest developments shaping an era of profound political uncertainty worldwide.

“The People” Beg to Differ

Although few saw the United Kingdom’s election result coming, some did. Jacek Rostowski, a former deputy prime minister of Poland, reminds readers that six months ago, he anticipated that “May’s government wouldn’t last far beyond May of this year”. Rostowski based his prediction on the political logic (or illogic, depending on one’s perspective) of the UK’s decision to leave the EU. Sooner or later, Rostowski says, the British people had to realize that “the ‘soft Brexit’ they had been promised was impossible”.

In that earlier commentary, Rostowski pointed out that the “Leave” coalition “comprises two incompatible factions”. Inevitably, the “mostly middle-class, affluent pensioners who want to leave the EU because they think it is too bureaucratic and protectionist” would be pitted against the “mostly working-class voters who want to leave because they favor more protectionism”, leaving May with no way to please everyone. “British voters weren’t fooled”, Rostowski argues. “They realized that they were being manipulated - and they took their revenge at the polls”.

Indeed, as June 19, the formal start date for the Brexit negotiations, has neared, May’s government has been as cagey and defiant toward British voters as it has been toward the EU. May has all but shut down public deliberation about Brexit, notes Rostowski, by portraying it “as essentially a done deal”, though it is nothing of the kind. Likewise, Ngaire Woods, the dean of the University of Oxford’s Blavatnik School of Government, laments that May’s government has behaved as though it were “headed into battle”. It has kept “its plans secret” and engaged in “brinkmanship”, reflected in “May’s battle cry that “no deal is better than a bad deal””.

May’s decision to leave so much unsaid, according to the psychiatrist Raj Persaud and Adrian Furnham, a professor of psychology at University College London, sent a clear message to British voters. Persaud and Furnham cite research by New York University’s Alistair Smith, who has analyzed “British general-election polling data and results dating back to 1945”. Early elections, Smith has found, tend to erode a prime minister’s popular support, because, as Persaud and Furnham put it, they are tantamount to “a psychological poker game in which the electorate often calls a leader’s bluff”.

The dynamic, though counterintuitive, is straightforward: A prime minister “has more information than the average voter about the country’s future prospects”. Persaud and Furnham note, and May has surely been “briefed on the UK’s near-term economic conditions and the probable outcome of the Brexit negotiations”. So, according to Smith’s theory, by “holding an election three years ahead of schedule”. May unwittingly signaled to voters that she has a weak hand, and that she is not confident in her own government’s ability to confront the challenges that lie ahead.

A Hard-Brexit Landing?

Many of those challenges do indeed concern the UK economy, which, according to Diane Coyle of the University of Manchester, would be heading into rough waters even without the additional disruption from Brexit. Among other things, the UK suffers from a persistent “chasm between the winners and losers from trade and technology” and “shockingly low” productivity - now “some 16% lower than the G7 average”.

In addition, notes Rain Newton-Smith, Chief Economist at the Confederation of British Industry, “the changing dynamics of the labor market” mean that “average wage gains are not likely to be much more than 2.5%” this year. In fact, with inflation “set to peak at close to 3%”, Newton-Smith points out, “average household incomes are likely to remain flat or even shrink, undermining the UK economy’s crucial consumer-spending engine”.

Poor economic conditions will probably undermine May’s already-tenuous position in the weeks and months ahead. Of course, one way that May could improve the UK’s economic prospects, says Anatole Kaletsky of Gavekal Dragonomics, would be to abandon “hard Brexit”. An arrangement similar to that of Norway, Kaletsky argues, “is the only model that could attract public and political support in Britain, without threatening EU principles or inflicting serious economic costs on either side”. Under the Norwegian model, the UK would stay “outside the EU’s institutional structures”, but it would accept “most of the obligations and costs of EU membership in exchange for the commercial benefits of the single market”.

Kaletsky points out that the “institutional arrangements for this option already exist, in the form of the European Economic Area”, and thinks that “a Brexit negotiation based on EEA membership should be a perfectly acceptable, even welcome, outcome” for EU members. After all, EEA membership would rule out “British “cherry picking” of EU benefits”.

Perhaps. But, as Mark Leonard of the European Council on Foreign Relations observes, “the Brexit debate tends to bring out EU elites’ worst instincts”. And because “the one thing EU member states can agree on” is that any final Brexit deal should discourage other member states from following suit, British negotiators should not expect to be offered an easy way out.

Europe’s Rising Star

For Leonard, an even bigger question for Europeans is whether they can get behind Macron, and “look forward to a new project, rather than backward to old struggles”. Fortunately, this could be an opportune moment for reform. After populist defeats in Austria and the Netherlands, Macron’s victory provides further evidence that, as Ian Buruma of Bard College suggests, “Trump may be serving as a deterrent, rather than a boost, to populist extremism”. Likewise, Princeton’s Harold James suspects that “the United States’ experience since electing Donald Trump” may have inoculated Europeans against the contagion of right-wing populism.

And yet James’s Princeton colleague Jan-Werner Mueller pushes back against the larger narrative about a populist “wave” slamming into Western shores and now receding. What pundits describe as “populism”, Mueller argues, is really just establishment conservatism married to an insistence on the “fundamental illegitimacy of all other contenders for power”.

Figures such as Trump and former UK Independence Party leader Nigel Farage are populists because they “claim that they alone represent the “real people””, Mueller notes. But they also have “needed the help of established Conservatives such as Boris Johnson and Michael Gove” and Republicans such as Newt Gingrich and Rudy Giuliani, respectively. “To this day”, notes Mueller, the author of What Is Populism? “no right-wing populist has come to power in Western Europe or North America without the collaboration of established conservative elites”.

To be sure, Macron, too, came to power as a kind of insider’s outsider. But while Macron “hails from the modern, pro-globalization center left”, write Kemal Derviş and Caroline Conroy of the Brookings Institution, he has managed to break “through traditional party and political-identity barriers, by reaching out to voters across the political spectrum, except for those on the extreme left and extreme right”. Macron’s approach amounts to what James calls “centrist populism, which blends support for globalization with a healthy dose of social protection and a generous pinch of patriotism”.

But not all Project Syndicate commentators agree that Macron can deliver on what he has promised, even if they welcome his victory. Mueller argues that framing every election as “a win or a loss for populism” is “simplistic”, because even when populists have lost, they have forced mainstream conservative candidates to adopt parts of their agenda. Similarly, Sławomir Sierakowski of the Institute for Advanced Study in Warsaw does not believe that Macron’s election marks “the defeat of populism in Europe”, warning that Macron’s approach to politics “comes with its own set of problems”.

Sierakowski, like Mueller, worries that the emphasis being placed on individual elections comes at the cost of losing sight of “the structural factors -above all, economic globalization in the absence of political globalization- underpinning the rise of populism” in the first place. In a separate commentary, Buruma, too, shares this concern. “While France has dodged the xenophobic bullet this time”, he argues, “the dust has not yet settled. Left and right may be in flux, but the old divisions that emerged after 1789 are still there, perhaps more than ever”.

French philosopher Bernard-Henri Lévy adamantly disagrees. Macron, Lévy believes, represents the “apogee” of a change that began “in Cambodia’s faraway killing fields of 40 years ago”, where the “revolutionary reason and imagination” that has structured Western politics since 1789 “were smashed to bits and neutralized”. Without the “fixed star” of revolution, there can be no left and right. For Lévy, Macron is thus a world-historical figure, a leader who “has seen what his predecessors only glimpsed”, and whose victory makes him “the instrument or the foil of a long-term event taking shape before our eyes”.

Whether or not Macron lives up to that billing, Collège de France’s Philippe Aghion and Benedicte Berner of Sciences Po highlight one certainty: with the president’s La République en Marche ! party set to capture a “huge parliamentary majority”, he will be in a position to achieve far more than symbolic victories. Like Derviş and Conroy, Aghion and Berner believe that Macron’s presidency offers the best opportunity “in recent memory” -and perhaps since the time of Charles de Gaulle- “to reform France’s economy in ways that will foster innovation-led growth while offering better social protection and education to French citizens.”

The World vs. Donald Trump

Moreover, Macron will not be alone in his quest to defend Western values. As former German Foreign Minister Joschka Fischer reminds us, he will have a formidable partner in German Chancellor Angela Merkel, who, like Macron, wants “to stabilize the eurozone, restore economic growth, and strengthen Europe’s security with a joint border force and a new refugee policy”. And, like Macron, Merkel has publicly rebuked Trump and other populist leaders. After meeting with Trump at a recent G7 summit, she declared an end to “the times when we could completely rely on others”, and she called on Europeans to “take our fate into our own hands”.

As Fischer is quick to point out, taking control is not synonymous with going it alone. Trump’s administration is, in fact, providing Europe and the rest of the world with many opportunities for cooperation, even as it seeks to undermine multilateral agreements. Nowhere is this truer than in the global effort to combat climate change. To be sure, as Columbia University’s Jeffrey D. Sachs argues, “Trump’s withdrawal of the United States from the Paris climate agreement is not just dangerous for the world; it is also sociopathic”, in that “Trump is willfully inflicting harm on others”. But, at the same time, Trump’s decision has united even rival powers around a single cause like never before.

For example, two of the world’s largest greenhouse-gas emitters -China and India- have both responded to Trump’s announcement by reaffirming their commitments to reducing carbon dioxide emissions and shifting toward renewable-energy sources. As Shashi Tharoor, who chairs the Standing Committee on External Affairs in the Lok Sabha (the lower house of India’s parliament), notes, India was once regarded as an unreliable partner in the global fight against climate change. But Indian Prime Minister Narendra Modi is now promising to go “above and beyond the Paris accord”.

Trump’s isolationist moves are surely welcomed by his chief strategist, Steve Bannon, an architect of the administration’s “America first” nationalism who lobbied for renunciation of the Paris accord. But, contrary to what Bannon may have intended, Trump is isolating only himself and his administration - not America. “This is a good time to remember that the United States is a federal system, not a unitary state with an all-powerful central government”, says Barry Eichengreen of the University of California, Berkeley. Municipal and state governments can take measures to “oppose the contraction of social programs and revocation of progressive federal legislation” under Trump.

Many of them already are. “Pittsburgh Mayor Bill Peduto and Paris Mayor Anne Hidalgo have now joined forces to combat climate change”, points out former Swedish Prime Minister Carl Bildt, thereby “giving the lie to Trump’s claim that he was elected to “represent Pittsburgh, not Paris””. More generally, “State- and city-level climate action is sweeping across the US, increasing in scale and ambition”, says Laurence Tubiana of Sciences Po. Just last week, California Governor Jerry Brown met with Chinese President Xi Jinping to discuss how California -the world’s sixth-largest economy- can work with China to reduce emissions and develop green technologies.

At the same time, many foreign leaders, according to former Mexican Foreign Minister Jorge G. Castañeda, are starting to question whether they should “engage with Trump at all”. As Castañeda notes, “Mexico’s President Enrique Peña Nieto has postponed a meeting with Trump indefinitely, and other countries, too, are placing ties with the US on hold”. With Trump’s scandals mounting, and his approval rating plumbing new lows, it is becoming less likely that “his presidency will even survive its entire four-year term”.

Perhaps more worrying, from Trump’s perspective, is that markets are losing patience, as evidenced by a decline in the value of the US dollar since April. Jim O’Neill, a former chairman of Goldman Sachs Asset Management, suspects that foreign-exchange markets have built in a risk premium on the dollar, which may reflect fears that Trump will “pursue a deliberate policy of isolationism”. Given the US’s “high dependency on net foreign capital”, O’Neill explains, a Trump administration that continues to “pick fights and retreat from the world” could force the US into a deeply painful structural adjustment that would fall especially hard on average households.

Après America, le Déluge?

Since taking office, Trump has consistently confirmed his critics’ worst fears. With or without a strong counter-movement against him, he could still tip America into a spiral of economic and geopolitical decline. Even if he is removed from power, Castañeda notes, that process itself could be “highly damaging to the US and the rest of the world”. A stable America actively participating in world affairs, he argues, “is indispensable to international cooperation”. Castañeda, no fan of Trump, is a realist, reckoning that “a distracted or disrupted America could be much worse” than a scenario in which “the next three and a half years are as successful -or at least as resistant to disaster- as possible”.

Of course, there is no consensus about what a world without American leadership would look like. If we really are “at the end of the historical epoch that began in 1789”, asks Lévy, “will we be returned to the Age of Enlightenment?” Or will we once again “pass through the tragic radicalization of Europe and the brewing or raging of world wars?” Fischer, for his part, warns that an abdication of American leadership will all but surely create “a power vacuum, marked by chaos”.

For Buruma, one need not mourn fallen empires to worry about the bloodletting that often follows in their stead. And even barring a replay of the twentieth century’s worst episodes, the “common values” that have long “held the West together” could start to erode without American leadership. “In a world dominated by China”, Buruma warns, “criticism will quickly lead to repercussions, especially in the economic sphere”. In fact, “Hollywood studios are already censoring the content of movies expected to make money in the Chinese market”, and struggling news organizations might eventually feel inclined to do the same.

Since Trump’s election, Xi has been openly bidding for global leadership. He offered a robust defense of globalization at the World Economic Forum in January this year, and he recently held a forum to tout China’s Belt and Road Initiative, which would connect Eurasia through infrastructure and trade. As Harvard University’s Joseph S. Nye notes, some observers view the project -which is 12 times larger than the post-1945 Marshall Plan- as an “effort to fill the vacuum” created by “Trump’s abandonment of Barack Obama’s Trans-Pacific Partnership trade agreement”.

But Brahma Chellaney of the New Delhi-based Center for Policy Research argues that China does not always behave as responsibly as one would expect for a regional or global power. In addition to its provocations in the South China Sea, Chellaney notes that China has also stepped up its “terrestrial aggression” toward India, with an average of “one stealth incursion into India every 24 hours”. Similarly, Benjamin J. Cohen of the University of California, Santa Barbara, observes that last month, China “effectively reneged” on its monetary-policy obligations, by reasserting government control over the renminbi’s exchange rate.

If the Trump administration has a strategy for shielding America’s partners and allies from Chinese aggression, or for responding competently to foul play in the global economy, it has not made its approach known. And its handling of geopolitical conflicts elsewhere does not inspire confidence. In the Middle East, New America’s Barak Barfi observes, Trump has been unnecessarily “perpetuating the rift” between Qatar and the other Gulf Arab powers. After Saudi Arabia, the United Arab Emirates, Bahrain, and Egypt severed diplomatic ties with Qatar, Trump “lambasted Qatar on Twitter”, whereas in the past, the US has always “managed to keep the peace” among these strategically important countries. Barfi expects the current conflict to “persist for months, if not years, further unraveling a fragmented Middle East – and underscoring the ineffectiveness of America’s tweeter-in-chief”.

History is not kind to leaders who bring chaos to an already chaotic world. One of Machiavelli’s most prescient recommendations to political leaders is “to escape being hated”. That advice is less likely to be lost on May than on Trump, who seems to thrive on antagonizing America’s allies, alienating a growing swath of the US electorate, and even (or perhaps especially) demoralizing those who serve him. The US president may owe his position to fortune, but he alone is responsible for his administration’s fate.

- ¿Marcha atrás al Brexit? (Project Syndicate - **19/6/17**)

Londres.- La realidad económica ya está pisándoles los talones a las falsas esperanzas de muchos británicos. Hace un año, una escasa mayoría votó a favor de que el Reino Unido abandonara la Unión Europea, creyendo en las promesas de la prensa popular, y de los políticos que hicieron campaña por esa opción, de que el Brexit no perjudicaría sus niveles de vida. Pero lo cierto es que desde entonces, dichos niveles se han mantenido a costa del endeudamiento de los hogares.

Esto funcionó por un tiempo, porque el aumento del consumo de los hogares estimuló la economía del RU. Pero pronto llegará el momento de la verdad. Según muestran las últimas cifras publicadas por el Banco de Inglaterra, el crecimiento salarial en Gran Bretaña no se mantiene a la par de la inflación, de modo que el ingreso real ha comenzado a disminuir.

Conforme esta tendencia continúe en los meses venideros, las familias no tardarán en darse cuenta de que sus niveles de vida están cayendo, y tendrán que ajustar sus hábitos de gasto. Para colmo de males, también advertirán que están demasiado endeudadas y tendrán que desapalancarse, lo que reducirá todavía más el consumo hogareño, que viene sosteniendo la economía.

Además, el Banco de Inglaterra cometió el mismo error que el hogar promedio: subestimó el impacto de la inflación y ahora tendrá que ponerse al día mediante un aumento procíclico de los tipos de interés, que dificultará todavía más el pago de las deudas familiares.

Los británicos están cada vez más cerca del punto de inflexión típico de todas las tendencias económicas insostenibles, al que yo llamo “reflexividad”: lo que ocurre cuando la causa y el efecto se influyen mutuamente.

Esta realidad económica se agrava por la realidad política. El hecho es que el Brexit es una situación que perjudica tanto a Gran Bretaña como a la UE. Ya es tarde para deshacer el referendo, pero la gente todavía puede cambiar de idea.

Y al parecer, es lo que está sucediendo. El intento de la primera ministra Theresa May de fortalecer su posición negociadora mediante una elección anticipada fue un tiro por la culata: perdió la mayoría parlamentaria y creó un hung parliament, en el que ningún partido tiene mayoría por sí solo.

La causa principal de la derrota de May fue el traspié fatal que dio al proponer que los ancianos paguen una parte sustancial de sus gastos de atención con recursos propios (extraídos por lo general del valor de las casas en que han vivido toda la vida). Este “impuesto a la demencia”, como no tardó en ser bautizado, molestó profundamente a la principal base de apoyo del Partido Conservador de May: los ancianos, muchos de los cuales no votaron o apoyaron a otros partidos.

Otro factor importante de la derrota de May fue el aumento de la participación de los jóvenes, muchos de los cuales votaron al laborismo a modo de protesta, no porque tengan intención de entrar a un sindicato o porque apoyen al líder laborista Jeremy Corbyn (aunque su desempeño a lo largo de la campaña fue inesperadamente destacable).

La actitud de los jóvenes británicos en relación con el mercado común europeo es diametralmente opuesta a la de May y los simpatizantes del Brexit “duro”. A los jóvenes les importa conseguir un empleo bien pago, sea en Gran Bretaña o en otros lugares de Europa, y en ese sentido, sus intereses se corresponden con los de la City londinense, que les da esa posibilidad.

Para conservar el poder, May deberá negociar el Brexit de otro modo. Y hay señales de que está dispuesta a hacerlo.

Si encara con espíritu conciliador las negociaciones (con inicio el 19 de junio), May podría llegar a un acuerdo con la UE respecto de los futuros pasos, y acordar que Gran Bretaña siga en el mercado común el tiempo suficiente para hacer todo el trabajo legal necesario. Esto sería un gran alivio para la UE, ya que pospondría el aciago día en que la ausencia de Gran Bretaña creará un enorme agujero en el presupuesto comunitario. Un esquema como este beneficiaría a las dos partes.

Este es el único modo que da a May alguna esperanza de convencer al Parlamento de aprobar todas las leyes que tendrán que estar en vigencia una vez que, finalizadas las conversaciones para el Brexit, Gran Bretaña se retire de la Unión. Es posible que May deba abandonar su mal estudiada alianza con el Partido Unionista Democrático en Ulster y alinearse más claramente con los conservadores escoceses, partidarios de una versión más blanda del Brexit. May también tendrá que expiar las culpas de los conservadores de Kensington (Londres) por el incendio de la semana pasada en la Grenfell Tower, en el que perdieron la vida al menos 30 personas (y puede que sean muchas más).

Con esta plataforma May podría continuar a la cabeza de un gobierno de minoría (ya que nadie más querrá ponerse en su lugar). Completar el Brexit llevaría al menos cinco años más, lapso en el que habría una nueva elección. Y si todo sale bien, tal vez las dos partes decidan renovar el matrimonio incluso antes de divorciarse.

(George Soros is Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations. A pioneer of the hedge-fund industry, he is the author of many books, including The Alchemy of Finance, The New Paradigm for Financial Markets: The Credit Crisis of 2008 and What it Means, and The Tragedy…)

- La profundización de la confusión de Gran Bretaña (Project Syndicate - **19/6/17**)

Londres.- “Ya basta”, proclamó la primera ministra británica, Theresa May, tras el ataque terrorista contra el puente de Londres. Ahora está claro que casi la mitad de los que votaron en las elecciones generales del Reino Unido el pasado 8 de junio le dijeron ya basta a May, cuya mayoría conservadora fue aniquilada en las urnas, lo que condujo a un parlamento colgado (a un parlamento sin mayoría absoluta de ningún partido). Ya sea que los votantes británicos hubiesen dicho “basta de inmigrantes” o “basta de austeridad”, sin duda ellos ya están hartos de muchas cosas.

Sin embargo, estas elecciones han dejado a Gran Bretaña confusamente dividida. El año pasado, en el referéndum Brexit sobre la membresía en la Unión Europea sugirió una división Salir-Permanecer, en la que los que favorecen a Brexit tomaron la delantera por poca diferencia. Las elecciones generales de este año se superpusieron a esta división más tradicional izquierda-derecha, con un Partido Laborista resurgente capitalizado el descontento que sienten los votantes respecto a los recortes presupuestarios de los conservadores.

Para ver el terreno político resultante, imagine un tablero de dos por dos, con los cuatro cuadrantes ocupados por quienes están a favor de quedarse y de los recortes presupuestarios; los que están a favor de quedarse y de la expansión económica; los que están a favor de salir y de los recortes presupuestarios; y, los que están a favor de salir y de la expansión económica. Los cuatro cuadrantes no suman dos mitades coherentes, por lo que no es posible darse cuenta a favor de qué votaron los votantes.

Pero, sí es posible distinguir lo que los votantes estaban rechazando. Hay ciertamente dos víctimas. La primera es la austeridad, que incluso los conservadores han señalado que la abandonarán. La reducción del gasto público para equilibrar el presupuesto se basó en una teoría errónea y ha fracasado en la práctica. El indicador más revelador fue la incapacidad de George Osborne, Canciller de la Hacienda del 2010 al 2016, para lograr cualquiera de sus objetivos presupuestarios. El déficit tendría que haber desaparecido hasta el año 2015, luego hasta el 2017 y luego hasta el período 2020-2021. Ahora, ningún gobierno se comprometerá a lograrlo hasta una fecha específica.

Los objetivos se basaban en la idea de que un programa de reducción del déficit “creíble” crearía suficiente confianza empresarial para superar los efectos deprimentes sobre la actividad que tienen los recortes propiamente dichos. Algunos dicen que los objetivos nunca fueron lo suficientemente creíbles. La verdad es que nunca podrían serlo: el déficit no puede bajar a menos que la economía crezca y los recortes presupuestarios, reales y anticipados, son un obstáculo para el crecimiento. El consenso ahora es que la austeridad retrasó la recuperación durante casi tres años, deprimiendo los ingresos reales y dejando indiscutiblemente dañados servicios públicos clave, como ser los prestados por los gobiernos locales, la atención de la salud y la educación.

Consecuentemente, lo que se debe esperar es que la obsesión ridícula con el equilibrio del presupuesto sea desechada. A partir de ahora, el déficit se ajustará al estado de la economía.

La segunda víctima es la inmigración sin restricciones de la UE. La demanda de quienes están a favor de “controlar nuestras fronteras” fue dirigida contra la afluencia incontrolada de migrantes económicos de Europa del Este. Esta demanda tendrá que ser satisfecha de alguna manera.

La migración dentro de Europa era insignificante cuando la UE se constituía principalmente de países de Europa occidental. Esto cambió cuando la UE comenzó a incorporar a los países ex comunistas de bajos salarios. La migración consiguiente alivió la escasez de mano de obra en países como el Reino Unido y Alemania, y aumentó los ingresos de los propios migrantes. Sin embargo, tales beneficios no se aplican a la migración sin restricciones.

Los estudios de George J. Borjas de la Universidad de Harvard y de otros sugieren que la inmigración neta reduce el salario de la mano de obra doméstica competitiva. El estudio más famoso de Borjas muestra el impacto depresivo de los “Marielitos” -los cubanos que emigraron en masa a Miami en el año 1980- en los salarios de los obreros a nivel nacional.

Estos temores han apoyado durante mucho tiempo la insistencia de los Estados soberanos sobre el derecho a controlar la inmigración. Los argumentos en favor del control se fortalecen cuando los países de acogida tienen un superávit laboral, como ha ocurrido en gran parte de Europa occidental a partir de la crisis del año 2008. El apoyo a Brexit es esencialmente una demanda a favor del restablecimiento de la soberanía sobre las fronteras del Reino Unido.

El punto neurálgico del asunto es la legitimidad política. Hasta tiempos modernos, los mercados fueron en gran parte locales, y fuertemente protegidos contra los forasteros, incluso de las ciudades vecinas. Los mercados nacionales se lograron sólo con la llegada de los Estados modernos. Sin embargo, el desplazamiento irrestricto de los bienes, el capital y el trabajo dentro de los Estados soberanos sólo se hizo posible cuando se cumplieron dos condiciones: el crecimiento de la identidad nacional y el surgimiento de autoridades nacionales capaces de proporcionar seguridad frente a la adversidad.

La Unión Europea no cumple ninguna de estas condiciones. Sus poblaciones están constituidas por ciudadanos de sus Estados-Nación en primer lugar. Y, el contrato entre ciudadanos y Estados de los que dependen las economías nacionales no puede ser reproducido a nivel europeo, porque no hay un Estado europeo, razón por la cual no se puede arribar a un acuerdo. La insistencia de la UE en la libre circulación de la mano de obra como condición para constituirse como miembro de un actor no estatal es prematura, en el mejor de los casos. Tendrá que ser aprobada, no sólo como parte del acuerdo Brexit con el Reino Unido, sino para toda la UE.

Entonces, ¿cómo evolucionarán los resultados escandalosos de las elecciones generales británicas? May no durará mucho tiempo como primera ministra. Osborne la ha llamado “una mujer muerta caminando” (por supuesto, sin reconocer que sus políticas de austeridad ayudaron a consumar su fallecimiento).

La consecuencia más sensata en la actualidad es una imposibilidad política: un gobierno de coalición conservador-laborista, digamos (por ejemplo) con Boris Johnson como primer ministro y Jeremy Corbyn como su vice primer ministro. El Gobierno adoptaría un programa de dos años que consta de dos elementos: la conclusión de un acuerdo Brexit “blando” con la UE y un gran programa de inversión pública en vivienda, infraestructura y energía verde.

La racionalidad que respalda el programa de inversión es que la marea creciente levantará todos los barcos. Y, un beneficio adicional de una economía próspera será menos hostilidad a la inmigración, por lo que sería más fácil para el Reino Unido negociar una reglamentación sensata sobre flujos de migrantes.

Y, quién sabe, en el caso que las negociaciones obliguen a la UE a volver a expresar su propio compromiso con el libre movimiento de trabajadores, Brexit puede llegar a ser un asunto que se enfoque menos en la salida británica y más en una revisión completa y general de los términos bajo los cuales se obtiene una membresía europea.

(Robert Skidelsky, Professor Emeritus of Political Economy at Warwick University and a fellow of the British Academy in history and economics, is a member of the British House of Lords. The author of a three-volume biography of John Maynard Keynes, he began his political career in the Labour party, b…)

- Vía Noruega para Reino Unido (El Economista - **24/6/17**)

(Por Anatole Kaletsky)

Poco después de la decisión de la primera ministra británica, Theresa May, de convocar unas inesperadas “elecciones del Brexit”, escribí que los proeuropeos del país acabarían arrebatando la victoria de las fauces de la derrota que sufrieron en 2016, aunque el plazo que tenía en mente era de cinco años, no cinco semanas.

Es imposible saber cuánto sobrevivirá May como primera ministra. Su suerte dependerá de las vendettas personales y rivalidades políticas bizantinas, no sólo en Londres sino también en Edimburgo y Belfast. Aun así, anticipándome al resultado de las negociaciones del Brexit, las preguntas que importan no tienen mucho que ver con la supervivencia política de May.

¿Se está moviendo la aritmética parlamentaria y la opinión pública británica a favor o en contra del Brexit duro (restricción drástica de la inmigración y retirada de la unión aduanera, mercado único y jurisdicción de la UE) que preveía May antes de las elecciones? Y si los británicos se oponen a la agenda de May, ¿los líderes de Europa les ofrecerán un compromiso para salvar la cara, parecido a la propuesta noruega, que está fuera de las estructuras institucionales de la UE, pero acepta la mayoría de las obligaciones y costes de la membresía a cambio de las ventajas comerciales del mercado único?

Una relación con la UE similar a la noruega es el único modelo que podría atraer apoyo público y político en el país, sin conminar los principios de la UE ni infligir un coste económico grave a ninguna de las partes. Los convenios institucionales de esta opción ya existen en el Espacio Económico Europeo (EEE), una especie de antesala de la membresía plena a la unión, que actualmente ocupan tres países pequeños pero prósperos: Noruega, Islandia y Liechtenstein.

Estos países valoraron la membresía de la UE a finales de los ochenta, pero por varios motivos decidieron no unirse. Todos ellos querían integrar sus economías y mercados laborales con Europa y tras el referéndum del Brexit se esperaba mayoritariamente que Gran Bretaña intentase negociar un acuerdo EEE a la noruega, en lugar de la ruptura sugerida por May.

En septiembre, tres meses después de convertirse en primera ministra, May sorprendió al mundo entero descartando la opción de la EEE y diciendo en el congreso anual de los conservadores que quienes se llaman “ciudadanos del mundo” son en realidad “ciudadanos de ninguna parte”, y que la libre circulación de personas que exige el EEE no era, por tanto, aceptable. En enero, anunció oficialmente que Gran Bretaña no buscaría la pertenencia al mercado único europeo porque exigía la libre circulación, una postura confirmada en el programa electoral de los tories.

¿La aversión de May hacia los inmigrantes sigue siendo relevante, ahora que las elecciones del 8 de junio la han vuelto incapaz y las negociaciones del Brexit estarán impulsadas por unos acuerdos parlamentarios inestables y el desplazamiento del equilibrio de la opinión pública?

La opinión pública sobre la inmigración será el determinante principal de la política europea británica en los meses que vienen. El desenlace electoral imprevisto, respaldado por una fuerte evidencia de las encuestas, sugiere que las actitudes públicas hacia el libre movimiento de personas están más sesgadas y son menos hostiles de lo que habían supuesto la retórica de May y el programa de los conservadores.

En realidad, los votantes británicos apoyan en su mayoría la libre circulación si se presenta no como una imposición antidemocrática de burócratas extranjeros sino como un derecho que los ciudadanos británicos y europeos disfrutan recíprocamente. En mayo, YouGov, la empresa de encuestas británica que se acercó más a predecir el resultado electoral, añadió a su encuesta final preelectoral de 1.875 votantes una última pregunta: “En la negociación de la salida de Reino Unido de la Unión Europea, ¿cree que nuestro Gobierno debe ofrecer a los ciudadanos de la UE el derecho de viajar, trabajar, estudiar o jubilarse en Gran Bretaña, a cambio de que los países de la UE ofrezcan a los ciudadanos británicos los mismos derechos?”. (En total transparencia, diré que esta pregunta la sugirió Best for Britain, una organización en cuya fundación y presidencia he participado).

Las respuestas desafiaron la creencia generalizada. Los votantes de esta muestra, cuidadosamente ponderada, favorecieron la libre circulación por cuatro a uno. El 62 por ciento dijo “sí”; el 17 por ciento, “no”, y el 21 por ciento, “no sé”. Además, hubo mayorías claras a favor de la libre circulación en cada subgrupo de la muestra, categorizado por edad, región o inclinación política, con una excepción: la pequeña minoría de votantes que apoyaban al Partido anti-inmigración por la Independencia del Reino Unido.

La conclusión es que una nueva relación basada en el modelo EEE que permita a Gran Bretaña mantener la mayoría de las ventajas de la unión aduanera y el mercado único, junto a la libre circulación de personas, no sería solo menos dolorosa económicamente que el Brexit duro sino que, además, la apoyaría una amplia mayoría de votantes. La combinación de membresía del mercado único y libre circulación sería especialmente popular con la gran cohorte de jóvenes que acudieron a las urnas la semana pasada por primera vez y piensan que la capacidad de vivir, trabajar o estudiar en cualquier lugar de Europa es una gran ventaja de la membresía de la UE, no un precio que hay que pagar.

Desde la perspectiva de la política británica, es posible que la pertenencia del EEE se convierta en la timón que conduzca las negociaciones del Brexit en los próximos meses, pero ¿cómo responderá la UE?

Para otros países de la UE, una negociación del Brexit basada en la membresía del EEE debería ser un desenlace perfectamente aceptable e incluso bienvenido. La integración en el EEE no implica que Gran Bretaña escoja uno a uno los beneficios de la UE, a lo que otros países se han negado lógicamente.

Y es que, desde casi cualquier punto de vista, formar parte del EEE es claramente inferior a la membresía plena de la UE. Además de aceptar la libre circulación de personas, los integrantes del EEE deben acatar las normas comerciales de la UE y aceptar las decisiones del Tribunal Europeo de Justicia sin ningún papel formal en la elaboración de esas normas y decisiones.

Por esa razón, cuando se creó el EEE en 1994, estaba pensado sólo como un acuerdo transitorio y temporal para esos países (Austria, Suecia, Finlandia y Noruega) que pensaban convertirse en miembros de la UE, pero no estaban listos para incorporarse. Para Austria, Suecia y Finlandia, la membresía plena llegó según lo previsto, pero en Noruega los votantes rechazaron la membresía de la Unión Europea en un referéndum y lo siguen haciendo. La membresía “temporal” de Noruega al EEE ya se alarga 23 años. ¿Podría ser un precedente para Gran Bretaña?

- ¿Un Brexit hacia la nada? (Project Syndicate - **4/7/17**)

Berlín.- La política provoca en todo el mundo emociones fuertes. Parece que ni siquiera los británicos son inmunes, pese a su reputación de perseguir sus intereses con calma y frialdad. Tal vez esa reputación sólo sea un recuerdo del antiguo Imperio Británico. Es evidente que no se aplica al Reino Unido de 2017.

Piénsese en las decisiones políticas que los británicos tomaron en los últimos doce meses. En junio de 2016 decidieron (aunque por estrecho margen) retirarse de la Unión Europea. Y el resultado de la elección general anticipada del mes pasado no hace más que reforzar la impresión de que el pragmatismo británico está en retirada.

La elección (en la que el Partido Conservador perdió la mayoría dando lugar a un hung parliament) da señales de hasta qué punto la clase política británica se ha alejado del resto del país. El RU parece atravesar no sólo una crisis política e identitaria, sino también una crisis de confianza en sus élites políticas y económicas, que comenzó con la debacle financiera global de 2008.

Esto no facilitará las conversaciones en curso para el Brexit. El interlocutor de la UE en la negociación es un gobierno seriamente debilitado y en estado de crisis. Pero los negociadores de la UE no pueden perder de vista el hecho de que el RU seguirá siendo importante para Europa fuera de la UE. Uno de los mayores peligros ahora, para la UE tanto como para el RU, es que el segundo se vaya con las manos vacías, y termine en una situación incluso peor que la actual.

Es probable que los historiadores del futuro observen con mucho interés los años 2016 y 2017. Nunca antes se vio que un país abandone una posición geopolítica y económica sumamente ventajosa simplemente por estar atravesando una prolongada crisis de identidad. Antes de que se pusiera en marcha el Brexit, el RU tenía un papel muy importante dentro de la UE y, por tanto, en la escena internacional, sobre todo por su relación especial con Estados Unidos.

Además, el RU tiene una tradición de liberalismo y de involucramiento global, especialmente con Europa y la eurozona. Londres ha sido por mucho tiempo un centro financiero de todo el continente. Y la economía británica es (o al menos, era) una puerta de entrada para muchas corporaciones internacionales en busca de acceso al mercado común europeo y a la eurozona (pese a la negativa británica a adoptar la moneda común).

Aun así, no hay que olvidar que a inicios de los setenta, el RU había perdido su imperio y la influencia política que traía aparejada, y que sólo consiguió revertir su decadencia económica uniéndose a la Comunidad Europea (precursora de la UE) en 1973. Es lamentable que los británicos rara vez reconozcan este hecho. En vez de eso, hace tiempo que un segmento muy activo de la clase política y del electorado británicos culpa a la UE y a sus instituciones (que en algunos casos requieren a los estados miembros una cesión parcial de soberanía) por todos los males del mundo.

Pero ahora que el RU se retira de la UE, son cada vez más patentes las grandes pérdidas, económicas y políticas, que sufrirá. ¿Y para qué?

Los partidarios del Brexit en el RU exigen “soberanía”, pero sin detenerse a pensar lo que tal cosa pueda significar en una era de globalización e integración económica incesantes. Y dada la retórica proteccionista del gobierno de Trump, la importancia de conservar el acceso al mercado común europeo puede ser más apremiante que nunca.

Pero el RU no será el único perjudicado por el Brexit. La UE perderá su segunda economía más grande y su principal garante de seguridad. Se espera al menos que la elección de Emmanuel Macron como presidente de Francia mitigue un poco el dolor del Brexit. La victoria de Macron, sumada a novedades económicas positivas en la eurozona, representa una oportunidad inesperada para un nuevo inicio dentro de la UE, que tal vez sólo deba esperar a la elección general alemana de septiembre.

De modo que bien podría ser que el RU esté abandonando una UE que avanza aceleradamente hacia una estabilidad política y un crecimiento económico renovados, justo el resultado que (irónicamente) los partidarios del Brexit imaginaban conseguir.

Felizmente, es posible que la reciente elección en el RU haya creado un punto de partida para las negociaciones. Para muchos observadores, el resultado mostró que los votantes británicos se oponen a un “Brexit duro” por el que el RU abandonaría el mercado común y la unión aduanera sin ningún tratado que los reemplace y regresaría a las reglas de la Organización Mundial del Comercio.

Los trámites de divorcio no suelen ser placenteros. Pero son mucho peores cuando las partes involucradas no se comportan como adultos. Cuando se da vía libre a las emociones, los afectos del pasado pueden fácilmente convertirse en rencor y ensañamiento.

Pero para los países, lo mismo que para las personas, la vida sigue después de los divorcios. La UE y el RU seguirán siendo vecinos geográficos, y por tanto geopolíticamente dependientes la una del otro. Temas actuales como la seguridad, el terrorismo y los refugiados obligarán a ambas partes a trabajar juntas; y el comercio no se detendrá, aunque enfrente más obstáculos.

De modo que para ambas partes lo mejor será evitar el ensañamiento y la confrontación, no obstaculizarse ni amenazarse mutuamente. Sobre todo, es preciso excluir de las negociaciones las cuestiones concernientes a la seguridad compartida del RU y la UE. Ambas partes deben admitir su dependencia mutua y estar dispuestas a mostrar generosidad.

La UE, por su parte, debe ser generosa en relación con los plazos para la retirada, las nuevas regulaciones de comercio y cualquier disposición transicional que pueda suavizar el impacto de la separación. Y el RU debe mostrar consideración hacia los muchos ciudadanos de la UE que hoy residen en Gran Bretaña, y ser honesto en relación con sus compromisos financieros con el bloque.

Hoy, la idea más importante es que la gente puede cambiar de idea. Y así como cambia el parecer de las personas, también cambia el rumbo de los países. Ningún futuro puede descartarse, incluso uno en que las dos partes se digan “hagamos otro intento”.

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protest…)

- Reino Unido es incapaz de gestionar el Brexit, y se avecinan calamidades (Expansión - FT - **15/7/17**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

En un referéndum innecesario, una pequeña mayoría escogió una opción que no podía entender, porque no estaba calculada.

Reino Unido fue conocido en una época por su política pragmática y estable. Recordemos lo que ha sucedido. En un referéndum innecesario, una pequeña mayoría escogió una opción que no podía entender, porque no estaba calculada. A continuación, una nueva primera ministra, sin conocimiento de las complejidades, optó por la interpretación más dura posible del resultado. En marzo de 2017 activó el proceso de salida, antes de determinar una postura negociadora detallada. Unos 70 días después, perdió su mayoría y su autoridad en unas elecciones innecesarias.

El Partido Conservador está tan dividido sobre el Brexit que ya no es una formación de Gobierno coherente. Por ello, cabe cuestionar que los compromisos necesarios sobre el dinero que se le debe a la UE, los derechos de los residentes de la UE y el papel del Tribunal de Justicia de la Unión Europea obtengan la aprobación del Parlamento. El Partido Laborista no dará respiro: quiere otras elecciones generales, y está tan dividido sobre el Brexit como los Tories.

Por su parte, Michel Barnier, el negociador de la UE, explica con paciencia que "el reloj avanza". A finales de marzo de 2019, Reino Unido saldrá de la UE. Si las empresas quieren hacer planes sensatos, tendrán que saber lo que va a suceder, a mucho tardar, de aquí a un año. Para que el acuerdo se ratifique debe estar sellado en otoño de 2018.

Además, como ha insistido la UE, “no hay nada acordado hasta que todo esté acordado”. Barnier también señala que Reino Unido debe reconocer que un acuerdo de salida exigirá un pago sustancial. Esto sirve de respuesta a Boris Johnson, el ministro de Exteriores británico, que declaró en el Parlamento: “Pienso que las sumas que he visto... son extorsionadoras y creo que la expresión “pueden esperar sentados” es la más adecuada”. Si Londres mantiene esta postura, no habrá acuerdo, ya sea bueno o malo.

El Gobierno británico no ha preparado el terreno para ninguno de los compromisos necesarios. Podría no hacerlo, en cualquier caso, ya que un número significativo de partidarios del Brexit no entiende la debilidad de la posición británica: el daño ocasionado por no poder acceder al mercado de la UE, por ejemplo, sería mucho mayor para Londres, ya que la economía de la UE es unas cinco veces mayor que la de Reino Unido.

Peor aún, muchos defensores del Brexit parecen preparados para no alcanzar acuerdo alguno. Pero entonces, Reino Unido habría incumplido sus obligaciones legales a ojos de sus socios económicos más importantes, que lo considerarían algo atroz.

Aquellos que piensen que los miembros de la UE cooperarían entonces con los intereses vitales británicos, como el flujo de bienes o la aviación, sueñan. Amyas Morse, el jefe de la Oficina de Auditoría Nacional, ha señalado que Reino Unido podría ser incapaz de procesar el número mucho mayor de declaraciones de aduanas que recibirá después del Brexit. Pero esto infravalora los riesgos. ¿Qué sucederá con los trámites al otro lado?

El Gobierno británico se encuentra entre la espada y la pared. Será casi imposible que cierre y aplique un acuerdo sensato sobre el divorcio, la naturaleza del acuerdo comercial a largo plazo y la transición en el tiempo del que dispone. Pero sería aún más imposible no hacerlo. ¿Qué opción ganará? En mi opinión, la “falta de un acuerdo” es en estos momentos la más probable.

Tarde o temprano, los mercados también entenderán esta realidad. Esto podría desestabilizar la libra esterlina y causar otro repunte de la inflación, lo que crearía un doloroso dilema para el Banco de Inglaterra. La llegada de Jeremy Corbyn como primer ministro también podría ganar credibilidad. ¿Cómo podrían seguir defendiendo los conservadores, después de tanta tontería, su competencia?

¿Qué sucedería entonces? Muchos defensores de la permanencia aún esperan que, a medida que la economía empeore, las encuestas que siguen mostrando un equilibrio entre la salida y la permanencia se decanten a favor de esta última, provocando un cambio de opinión en el Parlamento. No encuentro objeciones constitucionales a un referéndum sobre las condiciones del Brexit (o la ausencia de ellas). Los referendos no son más que una (peligrosa) herramienta política. Pero en términos políticos, otro referéndum sería dinamita, y agravaría aún más la profunda división sobre Europa.

Reino Unido ha llegado a una posición tan absurda porque el asunto de la UE es muy importante para una parte significativa del cuerpo político. Los defensores del Brexit son los jacobinos de la política británica. Su intensidad ideológica ha devastado el Partido Conservador y ha sumido a la política británica en el caos actual. Por ello, no hay una salida cómoda del Brexit ni una forma plausible de gestionarlo diplomáticamente.

- Los vínculos del Reino Unido con la Unión Europea (Project Syndicate - **19/7/17**)

Madrid.- Desde el inicio formal de las negociaciones del brexit del mes pasado, tres controversias han centrado la atención: la deuda del Reino Unido con la Unión Europea, la sumisión de aquél a la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la UE (TJUE), y los derechos que conservarán los ciudadanos de la Unión residentes en el RU y viceversa. Ante este panorama, al que se suma una historia de desencuentros y discrepancias, no puede sorprender que los líderes de la UE vean en este país una contraparte hostil, sin voluntad real de compromiso.

Sin embargo, los intereses del RU y la UE están estrechamente vinculados, sobre todo en tres áreas conexas y vitales: política exterior, estrategia de seguridad y política de defensa. Avanzar en estos tres ámbitos orillados de la negociación hasta la fecha puede resultar fundamental para crear estructuras de cooperación imprescindibles para abordar las cuestiones más polémicas.

En su carta de notificación formal de retirada de la UE dirigida al presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, la primera ministra británica, Teresa May, destacó los aspectos económicos y de seguridad como elementos cruciales de la “alianza profunda y especial” que espera establecer con la UE. May lleva razón al considerar que estos dos ámbitos de cooperación son igualmente importantes, pero no debe olvidar que economía y seguridad no constituyen dos caras de la misma moneda.

La cooperación económica se construye sobre un bloque sólido de normas comunes que informan el funcionamiento del mercado interior, establecen obligaciones compartidas y protegen la libre circulación de bienes, servicios, capitales y trabajadores (las “cuatro libertades” de la UE). En última instancia, el cumplimiento de estas reglas queda sujeto a las decisiones vinculantes del TJUE.

En materia de seguridad (y los ámbitos conexos de política exterior y de defensa), las obligaciones son más sutiles y las instituciones están menos desarrolladas. Se trata de un sistema todavía embrionario en el que la falta de normas y requisitos firmes puede dificultar la acción -en la medida en que los gobiernos afectados deben alcanzar el consenso para cada decisión concreta-, pero también puede facilitarla -pues las partes no se verán constreñidas por exigencias rígidas-. La flexibilidad resultante hace más sencillo, en teoría, encontrar formas de asegurar que la cooperación funcione para todos.

La UE tiene un interés evidente en mantener los lazos con el RU. Gran Bretaña es miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, dispone de una fuerza militar de envergadura mundial y capacidad de despliegue rápido, es potencia nuclear y cultiva una sólida relación con Estados Unidos. Más importante aún, su recorrido como poder global le brinda una amplitud de miras que no abunda en el resto de la UE y resulta indispensable para que Europa cristalice como actor global autónomo.

Más allá del simple efecto multiplicador que supone actuar en concierto con otras 27 naciones, el RU también tiene mucho que ganar de una alianza con la UE, cuya habilidad para congregar a actores diversos -institucionales, nacionales, no gubernamentales y empresariales- sobresale en la escena internacional, mientras la proyección de EEUU disminuye por el acelerado deterioro de su poder normativo internacional.

La obsesión de la UE por el poder blando no está exenta de riesgos. Pero, su destreza para sentar a la mesa a una multitud de actores -con el correlativo poder de influencia sobre ellos- es un importante activo en un mundo que tiende hacia mecanismos de gobernanza crecientemente interconectados y multinivel.

Toda cooperación oficial supone además una coordinación más informal. El RU ha visto recientemente y de primera mano las consecuencias de su alejamiento europeo cuando Mauricio, antigua colonia británica, sometió a votación en la Asamblea General de Naciones Unidas un contencioso territorial sobre las Islas Chagos, de gran valor estratégico en tanto albergan una base militar conjunta británico-estadounidense. En contra de los intereses del RU -y en lo que ha sido un varapalo diplomático para el país- la Asamblea General remitió el asunto a la jurisdicción internacional.

Al RU se unieron EEUU, Japón y Corea del Sur. Sin embargo, y pese a que la cuestión tiene importantes implicaciones para la seguridad europea y global, tan sólo cuatro Estados miembros de la UE se unieron al voto contrario. Veintidós Estados miembros -todos los continentales de peso- se abstuvieron.

Así pues el RU necesita a la UE en la escena internacional; y la UE precisa del RU. El reto es diseñar un marco para la nueva relación una vez que el RU deje de ser miembro de la Unión.

Mantener al RU en el proceso formal de toma de decisiones conjuntas no es una opción, pues supondría depreciar la cualidad de Estado Miembro. Pero perder voto no significa perder voz. Las referencias al modelo noruego son frecuentes: Noruega colabora estrechamente con la UE en política exterior, pero no tiene representación en los círculos en que se conforman las decisiones clave. Así, el debilitamiento de la capacidad de RU a participar en el proceso de concepción de las políticas no sería de interés para ninguna de las partes.

Un acuerdo futuro podría incluir la afectación de personal británico al Servicio Europeo de Acción Exterior, así como la participación del RU en los debates de embajadores del poderoso Comité Político y de Seguridad del Consejo de la UE, donde se conforma gran parte de su política exterior. La Operación Atalanta, iniciativa de la UE contra la piratería, podría mantener su cuartel general en el RU.

Un enfoque de este tipo ayudaría a calmar las aguas entre las partes a la vez que sentaría los cimientos para una cooperación, fluida y basada en la confianza mutua, en otras áreas. Para ello -y puesto que los líderes europeos presumen la falta de voluntad de colaborar del RU-, el gobierno de May deberá tomar la iniciativa.

La acción exterior y las políticas de seguridad y de defensa son demasiado importantes como para usarlas de moneda de cambio en unas negociaciones hasta la fecha centradas en aspectos casi exclusivamente económicos. Por el contrario, deben situarse bien alto en el orden de prioridades y los negociadores crear cuanto antes un marco de cooperación mutuamente beneficiosa. La pelota está en el tejado de Teresa May.

(Ana Palacio, a former Spanish foreign minister and former Senior Vice President of the World Bank, is a member of the Spanish Council of State, a visiting lecturer at Georgetown University, and a member of the World Economic Forum's Global Agenda Council on the United States)

- ¿Gran Bretaña En Marche? (Project Syndicate - **24/7/17**)

Londres.- Vivimos una era de turbulencia política. Partidos con apenas un año de existencia ahora gobiernan Francia y la vasta región metropolitana de Tokio. Un partido de menos de cinco años lidera las encuestas de opinión en Italia. En la Casa Blanca se instaló un neófito de la política, para profundo malestar de los aparatos republicano y demócrata. ¿Dónde será pues el próximo terremoto político? La respuesta tal vez sea (en realidad, debería ser) el Reino Unido.

En momentos en que el RU enfrenta la conmoción del Brexit, nadie habla de recrear (y mucho menos reemplazar) los partidos políticos establecidos. Muchos se niegan capaces siquiera de pensar algo así. En un artículo reciente, el ex primer ministro Tony Blair (un innovador centrista proeuropeo que en los noventa ganó tres elecciones generales para su partido, el Laborista) tuvo el cuidado de recalcar: “No propongo la creación de un partido nuevo”.

Pero Blair, o alguien como él, deberían hacer precisamente eso. Después de todo, aunque es verdad que el sistema político británico opone barreras formidables a la creación de partidos nuevos, este es el mejor momento para hacerlo en los últimos cuarenta años. En un sistema político que todavía siente los remezones de dos grandes terremotos (el referendo de junio de 2016 por el Brexit y, un año después, el humillante resultado electoral del Partido Conservador que fue su promotor), hay una oportunidad clara para gente nueva.

Los conservadores ya están trabados en una batalla interna inocultable. Y en el Partido Laborista también estallan rebeliones. Este es el momento de crear un nuevo partido, a la manera de “La République En Marche” del presidente francés Emmanuel Macron, para aprovechar la división, el desconcierto y la desconfianza en los partidos establecidos. Este es el momento para que algún fotogénico joven británico, hombre o mujer, siga los pasos de Macron (quien sólo tiene 39 años) y haga historia sustituyendo a la vieja guardia.

Es verdad que como señaló Blair, el sistema electoral británico, que es uninominal, da mucha ventaja a los partidos políticos establecidos. Un partido nuevo puede gastar mucho dinero y energía, y hasta obtener una cuota importante de los votos en su primera elección general, para encontrarse luego con que sus votantes quedaron demasiado repartidos por todo el país y no consiguió más que un puñado de escaños en el parlamento.

Sucedió la última vez que un nuevo partido de centro entró a la contienda. A principios de los ochenta, cuatro desertores del laborismo, alarmados por el giro izquierdista y la postura antieuropeísta de su partido, crearon el Partido Social Demócrata. Aprovechando el rechazo popular a las políticas económicas iniciales de la primera ministra Margaret Thatcher, el PSD (en alianza con el pequeño Partido Liberal) obtuvo el 25% del voto nacional en la elección general de 1983. Pero sólo consiguieron 23 escaños, y de ahí en adelante fue de mal en peor.

Ese recuerdo desalienta cualquier innovación política hoy. Los laboristas que desconfían profundamente de la orientación izquierdista de su popular líder Jeremy Corbyn en economía y política exterior todavía creen que la estrategia más sensata es ser pacientes y esperar la primera oportunidad de recuperar el partido. Otro tanto piensan los conservadores que creen que el Brexit conduce al país al desastre.

Pero la historia del PSD puede y debe leerse de otra manera. Hubo un momento en 1982 en que el partido llegó a obtener más del 50% de apoyo de los votantes en las encuestas de opinión. Muchas importantes figuras del Partido Conservador decían en privado que en su opinión, el PSD ganaría la siguiente elección por amplio margen.

Entonces se produjo la Guerra de las Malvinas, que supuso una gran victoria para Thatcher. Fueron entonces los conservadores los que terminaron ganando la elección de 1983 por amplio margen, resultado que inició el difícil y todavía impopular regreso del laborismo hacia el centro del espectro político.

Hoy no parece que ni los laboristas ni los conservadores tengan posibilidades de obtener victorias contundentes. Además, la última elección (en la que los conservadores perdieron una ventaja de 20 puntos casi de un día para el otro, cuando muchos votantes, especialmente jóvenes, se pasaron al laborismo) hace pensar que el electorado británico no tiene dueño.

La última elección también dejó otra enseñanza importante: que hoy Europa y el Brexit no son la principal preocupación de los votantes británicos. El laborismo de Corbyn hizo campaña con la misma política para el Brexit que el conservadurismo de May. Pero tenían posturas muy diferentes en temas como empleo, salud, educación y Estado de bienestar.

De modo que para derrotar a los partidos del establishment, un nuevo movimiento político debería abogar ante todo por la recuperación de los servicios públicos, la revitalización de la economía y la recreación de la confianza, y promover una relación sólida con la UE como medio para alcanzar esos fines, no como fin en sí mismo.

En los próximos meses, puede que se presente una oportunidad para crear un movimiento de esa naturaleza. Dependerá, en primer lugar, de cuánto desgasten al Partido Conservador las divisiones por el Brexit y ambiciones de sus líderes, y en segundo lugar, de si se extiende la reciente rebelión de más de cincuenta importantes figuras laboristas contra la postura de Corbyn en torno al Brexit.

Quienes piensen en una oportunidad así deberían recordar las Malvinas y preguntarse qué hubiera podido ser del PSD si Argentina no hubiera invadido las islas. Y tener presente el lema de las fuerzas especiales británicas: “Quien se atreve, gana”.

(Bill Emmott is a former editor-in-chief of The Economist)

- A Cross-Party Way Forward on Brexit (Project Syndicate - **25/7/17**)

(By Richard S. Grossman)

With Brexit looming, the UK needs an experienced leader who can dispense with tribal politics and bring together sensible Tories, Labourites, and Liberal Democrats to map out the country's future. As a respected former chancellor of the exchequer, Father of the House Kenneth Clarke is the man for the job.

Newton, Massachusetts.- Britons who already realize that the United Kingdom cannot possibly withdraw from the European Union without incurring substantial economic costs were undoubtedly disappointed by their country’s recent general-election campaign. The leaders of Britain’s major parties showed that they have neither a coherent plan for Brexit, nor the courage to reject it.

It is time to hand leadership to an experienced, clear-eyed leader who can dispense with tribal politics and cobble together support from the sensible wings of the major political parties. That leader should be Kenneth Clarke, the current Father of the House.

Prime Minister Theresa May has proved incapable of leading the Conservative Party or the country. After calling an unnecessary snap election, she ran an incompetent campaign that left her government dependent on the dubious support of the right-wing Democratic Unionist Party. British voters have roundly rejected her call for a “hard Brexit”, in which the UK would leave both the EU single market and the customs union.

Moreover, May’s ministers, not least Boris Johnson and David Davis, have proved inarticulate and ill-suited to meet the serious challenges that await the UK. Given their many failures, and hers, May should already have been ousted as party leader and prime minister. How much longer she can remain in power is uncertain, to say the least.

Labour leader Jeremy Corbyn is no better. Despite Labour’s official support for the “Remain” campaign, Corbyn himself never expressed any strong commitment to that outcome. During the recent election, he said little -and proposed even less- concerning Brexit, even though it is the most consequential economic challenge Britain has faced in more than a generation. Corbyn’s hard-left tribalism and domineering leadership style have resulted in numerous dismissals and resignations from Labour’s front bench, and have driven some talented Labour MPs away from party politics altogether.

Although Labour gained 30 parliamentary seats in the recent election, it still trails the Conservatives by 54 seats, and is more than 60 seats short of a working majority. Still, the election was hardly a disaster for Labour, which had trailed the Tories by more than 20 points when May called the election. And, because Corbyn remains popular with rank-and-file party members, he will likely hold on to the party leadership for the foreseeable future. In fact, given the Tories’ sorry state, Corbyn could even become prime minister, albeit one without the full support of many of his own MPs. That outcome would be a disaster.

The Brexit referendum seems to have been drafted by someone who expected it to fail: the wording really only made sense for those voting “no”. As we now know, a “yes” vote introduced deep uncertainty, because it provided no guidance about what voters actually want. It is unclear whether “Leave” voters hoped to withdraw from the customs union, limit the free movement of EU citizens, or free themselves from EU regulations. Pollsters can speculate about the answers to such questions, but there really is no way of knowing voter intent without administering a detailed, multiple-choice questionnaire. In the end, it will be up to Parliament to decide what sort of Brexit -if any- to enact.

Given the enormous challenge Brexit poses for the UK, Parliament should respond as it would to a war or other national emergency, by forming a unity government with a fixed term expiring shortly after March 29, 2019, when the UK will have formally left the EU, deal or no deal. A national government of this kind could bring sensible Tories, Labourites, and Liberal Democrats together to determine how Brexit should proceed.

Clarke is the right choice to lead such a government. He is respected on both sides of the House of Commons, and belongs to the party with the most seats. As a former chancellor of the exchequer, he has the experience to address what is largely an economic issue.

Like a majority of MPs, Clarke opposed Brexit; but, unlike most of his Tory colleagues, he followed his conscience, and voted against the Brexit bill when it came before Parliament in March. Under a national unity government, Clarke could assemble a cabinet of soft-Brexit Tories and moderate Labourites to take a cold, hard look at the UK’s current options. They may determine that some form of soft Brexit is best for the country; or they could decide to abandon Brexit altogether.

Under this framework, Clarke’s premiership would be far shorter than that of Margaret Thatcher or Tony Blair. He would not stand in the way of younger MPs who want to pursue the top leadership spot in the near future, because, unlike May and Corbyn, he has no motivation to cling to power. In all likelihood, Clarke, who had planned to stand down from Parliament in 2020, would get the job done and move on to the House of Lords with the thanks of a grateful country.

The hardest part about this plan would be finding talented MPs who are willing to risk the ire of their colleagues by joining a politically diverse coalition. One hopes that the looming Brexit deadline will convince MPs to put country before party, and to make Clarke prime minister.

(Richard S. Grossman is a professor of economics at Wesleyan University and a visiting scholar at Harvard University’s Institute for Quantitative Social Science. His most recent book is WRONG: Nine Economic Policy Disasters and What We Can Learn from Them)

- Brexit: por qué Reino Unido es “el nuevo enfermo de Europa y el autor de su propia destrucción” (BBCMundo - **28/7/17**)

(Por Gabor Steingart\*)

Hoy escribo desde Londres, una ciudad con una severa resaca.

Una enorme y oscura nube se cierne sobre el futuro de Reino Unido, un año después de su decisión de abandonar la Unión Europea (UE) y apenas iniciadas las negociaciones oficiales para el Brexit.

Algunos aquí se consuelan mirando al pasado, cuando Gran Bretaña era realmente grande. En su momento de apogeo, el imperio británico gobernaba el 20% de la población mundial y el 25% de la masa territorial del planeta.

Pero eso fue hace 95 años.

Hoy, a diferencia de aquella época, Reino Unido depende de las importaciones: es incapaz de producir los alimentos, las medicinas y los vehículos que necesita.

Desde el día en que el 52% de los votantes británicos eligieron abandonar la Unión Europea (UE), la libra esterlina ha perdido el 16% de su valor en relación con el euro, y el crecimiento del país se ha desacelerado un 0,2% en el último año.

La agencia financiera Bloomberg incluso identificó 10 señales de alerta económica que muestran que “Reino Unido está cerca de un punto de inflexión”.

Por ejemplo, la venta de automóviles ha caído un 10% desde mediados de 2016, mientras que las deudas con tarjetas de crédito han aumentado un 10%.

Entre tanto, los grandes bancos están reforzando su presencia en Europa continental en detrimento del centro financiero que es Londres. Y los contratos de defensa de Alemania y Francia eluden al gigante británico BAE Systems.

Más pobres

Para la gente común, mientras tanto, los sueldos se incrementan a un nivel inferior que el de la inflación. Esto significa una fuerte pérdida del salario real para millones de británicos.

Es exactamente lo contrario de lo que prometieron los promotores del Brexit, los llamados Leavers: los pobres se están volviendo más pobres mientras que los ricos se salen con la suya.

Ante este panorama, cada vez hay más presión para que el gobierno británico convoque a un segundo referendo sobre el Brexit. “Es hora de que las élites retomen el control”, afirma Gideon Rachman, columnista del diario Financial Times.

Por su parte, el ex primer ministro laborista Tony Blair ha instado al gobierno a que ponga todas las opciones sobre la mesa, incluyendo un posible escape del Brexit. “Nos sentimos como un país que ha perdido el equilibrio y se está tambaleando”, escribió recientemente Blair.

Sin embargo Peter Mandelson, un exministro del gobierno de Gordon Brown (también laborista) y excomisario de comercio europeo, duda que Reino Unido pueda salir de la trampa del Brexit por sí mismo.

Es probable que buena parte de la población (la misma que votó por abandonar la UE) se oponga a cada revisión del rumbo asumido.

Asimismo, el débil liderazgo de la primera ministra Theresa May difícilmente permita canalizar el cambio de humor hacia la Realpolitik.

En este momento Reino Unido sufre de una grave falta de confianza. Este país es el nuevo “enfermo de Europa” y el autor de su propia destrucción.

Los próximos años pondrán a prueba la fortaleza y la perseverancia de los británicos. Hay un camino de regreso a Europa, sí; pero no hay un atajo a la vista.

Reino Unido parece condenado a seguir las palabras de Winston Churchill: “Si estás atravesando un infierno, sigue caminando”.

(\*) Gabor Steingart es un reconocido politólogo y economista alemán que actualmente se desempeña como editor jefe del Handelsblatt, el principal periódico económico de Alemania. Además es autor de varios libros sobre finanzas que han sido éxitos de ventas en su país y en EE.UU., como “La guerra de la riqueza” (2008). Steingart escribió este artículo en una reciente visita a Londres y le autorizó a BBC Mundo su publicación en español.

- Europe’s Rocky Recovery (Project Syndicate - **28/7/17**)

While the US and the UK have been mired in political chaos this year, the EU has enjoyed improved economic conditions and some political windfalls. The question now is whether this good news will inspire long-needed EU and eurozone reforms, or merely fuel complacency – and thus set the stage for another crisis down the road.

London.- So far this year, the crisis-prone European Union has fared better than expected. Economic growth has picked up, unemployment continues to fall, and troubled Spanish and Italian banks have been resolved without sparking a panic.

Things are looking up politically, too. Europhobic populists were defeated in the Dutch and French elections earlier this year, and have lost momentum ahead of Germany’s national election in September. And, contrary to earlier fears, the political upheavals of 2016 seem to have boosted popular support for the EU, at least for now.

Britain’s decision last June to withdraw from the EU has plunged the country into turmoil, making an exit from the Union seem less appealing to other discontented Europeans. In addition, the Brexit negotiations have underscored the costs and complexities of leaving the bloc, and have rallied the remaining 27 EU governments around a common cause. The same can be said of US President Donald Trump, against whom Europeans are increasingly united.

Above all, the pro-EU reformer Emmanuel Macron’s election to the French presidency provides new hope that the EU can finally tackle its many problems. If German Chancellor Angela Merkel is reelected this fall, as seems likely, she and Macron will be in a position to revive the Franco-German partnership upon which the EU’s strength has historically rested.

In light of these developments, many in the EU establishment have traded despair for triumphalism. But it is far too soon to celebrate. As many Project Syndicate commentators have pointed out, despite making significant progress in 2017, the EU has yet to confront its biggest challenges.

Economic Headwinds

Start with the economy. “On a per capita basis”, observes Daniel Gros of the Center for European Policy Studies in Brussels, the eurozone’s “economic growth now outpaces that of the United States.” But while the eurozone is indeed enjoying a cyclical upswing, its per capita GDP is only 1,3% higher than it was at its pre-crisis peak nine years ago, compared to a 5,9% increase in the US over the same period. In effect, the eurozone has suffered a lost decade. Although unemployment has been falling, the 9,3% rate recorded in May was higher than in the US or the UK at the height of the crisis, and it remains higher still among southern member states and younger workers.

Ten years after the start of the financial crisis, bad debts continue to bedevil eurozone banks and depress demand. Jim O’Neill, a former chairman of Goldman Sachs Asset Management, hopes that a renewed Franco-German alliance will push for fiscal stimulus. Yet Macron is now tightening fiscal policy in France, to prove to Germany that he can stick to eurozone rules. The European Central Bank is also struggling to raise inflation to its near-2% target, as Gros points out in a more recent commentary. Among other things, this is “making it harder for the peripheral countries to improve their competitive position vis-à-vis Germany”.

Looking forward, Simon Johnson of MIT is relatively bullish, though he, too, keeps an eye on lurking risks. “The pro-growth achievements of the past few years are real”, he notes, and “there is also some evidence that competition in product markets has increased”. But he cautions that Europe’s aging population remains a “source of concern”, as does the “slowdown in productivity growth - and therefore in overall economic growth” across developed countries.

O’Neill echoes Johnson’s concerns. But he argues that the eurozone may outperform market expectations, owing to one particular source of unexpected growth: refugees, many of them young, who could augment the labor supply, especially in Germany and Italy.

Indeed, in a recent study for the Tent Foundation and OPEN, an international think tank that I founded, I determined that every euro put toward welcoming refugees today “can yield nearly two in economic benefits within five years”. With the right policies in place, the influx of refugees into Europe could thus be a significant economic boon.

Unfortunately, there is still intense hostility toward refugees and other migrants in many European countries. Unless Europe accepts newcomers, its dismal demographic trends will remain a long-term challenge, alongside poor productivity growth, which is further impeded by low investment and barriers to competition and innovation.

Eurozone Sclerosis

While economic reform is a huge challenge, fixing the eurozone’ institutional flaws may prove even more difficult. “Much work remains to be done to ensure the euro’s long-term viability”, observes Lucrezia Reichlin, a former ECB official who is now at the London Business School. “If the eurozone economy were to face a severe shock today”, she warns, “it would be unprepared”. Indeed, higher interest rates would quickly render Italy’s public debt, which stands at € 2,1 trillion ($ 2,4 trillion), unsustainable.

Reichlin predicts that a “new grand bargain” between France and Germany “will be needed sooner rather than later”. But she concedes that this is easier said than done. Financial markets’ quiescence has sapped the appetite for governance reforms, and any reform package would encounter political hurdles. Beyond that, the deep ideological divide between German ordoliberals and French Keynesians may be unbridgeable. And, as Gros reminds us, Germany’s interests as a creditor are at odds with those of Italy, the eurozone’s largest debtor.

To be sure, further fiscal, financial, economic, and political integration makes sense in principle. But while Macron is seeking a substantial eurozone budget, he risks consuming much of his political capital to achieve only a token fiscal union. And, to secure Germany’s consent, he may have to concede increased eurozone-level control over national fiscal policymaking. Meanwhile, there seems little prospect of Germany tackling its vast current-account surplus.

Yanis Varoufakis, a former Greek finance minister, has a more fundamental objection, arguing that relying on “the EU’s traditional gradualism” would be a flawed approach. He sees no reason to believe that “a federation-lite will evolve into a viable democratic federation” down the road. And in the meantime, “a political backlash could ensue” if incremental reforms fail to improve economic and social conditions.

In that case, Varoufakis warns, “the euro’s dismantling will become inevitable, will cost more, and will leave Europe in even greater shambles”. To avoid that outcome, he calls on European leaders to hold off on half-measures, and first “re-deploy existing European institutions to simulate a functioning federation in the four realms where the euro crisis is evolving: public debt, banking, investment, and social deprivation”.

Yet in practice the eurozone remains unable to resolve the festering debt crisis in Greece. The problem, Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz, rightly notes, is politics. He laments that “much of the European view continues to defy economic logic”, because “European politicians worry about the domestic political consequences of granting Greece debt relief”. As a result, they have continued to pursue temporary but unsustainable “extend and pretend” solutions at Greece’s expense.

Messy Politics

Beyond Greece, the EU is also bitterly divided between north and south, and east and west, over Russia, refugees, money, and many other issues. Still, for Mark Leonard of the European Council on Foreign Relations, Macron’s victory provides “an opportunity (for the EU) to move past the internal conflicts that have hastened its disintegration”. Leonard praises Macron for not “standing exclusively with the old elites or the new populists”, and he is encouraged by Macron’s promise “to rally broad political support under the banner of European reform”.

But while Europe’s old elites may be exulting in Macron’s victory, they do not necessarily share his vision for far-reaching reforms. Rather, they would prefer to apply a fresh coat of paint to a flawed status quo. If they prevail, Macron could turn out to be what Robert Harvey, a former member of the UK House of Commons Foreign Affairs Committee, calls a “supra-politician”: a leader whose lack of experience is a huge advantage in achieving power, only to become a fatal obstacle to keeping it. Charles Wyplosz of Geneva’s Graduate Institute of International Studies seems to fear the worst, describing Macron’s recently unveiled macroeconomic program as “a serious disappointment” that may indicate that the new president “is already captured by his own administration”.

The Brexit negotiations are a further impediment to reform, because they encourage European leaders to defend the status quo against British demands. And, as Leonard notes, the EU’s deeply technocratic ethos constitutes a major barrier to change as well. Having spent time in Brussels, I can confirm his description of the policymaking process as being “disconnected from national politics altogether, driven as much by the logic of EU institutions as by member states’ needs”.

Given this, the populist backlash in recent years should come as no surprise. To avoid stoking further resentment within the EU, Macron will need to manage his partnership with Merkel carefully. Leonard, for his part, advises the leaders of France and Germany to maintain “an open political marriage from which all of Europe will benefit”, not an exclusive axis that leaves others out of the decision-making process. Accordingly, he hopes that further integration will center on coalitions of the willing, rather than a Franco-German core.

The Eastern Breach

With or without deeper integration, the EU also needs to address threats from EU member states themselves. Self-proclaimed “illiberal” governments in Hungary and Poland have been actively undermining core EU values and testing the Union’s institutional capacity to respond effectively to violations of the rule of law. As Javier Solana, a former EU High Representative for Foreign and Security Policy, notes, Poland’s far-right Law and Justice (PiS) government has been “seeking to take advantage of Europe’s current vulnerability” while it continues “to hollow out Poland’s democratic institutions”. Solana laments that the PiS government is already “well on its way to establishing an illiberal state within the EU, following in the footsteps of Hungary’s prime minister, Viktor Orbán”.

Indeed, according to former Hungarian Minister of Education Bálint Magyar, Hungary under Orbán “has become a mafia state”. Orbán’s government recently plastered the country’s streets with posters attacking the Hungarian-American philanthropist George Soros, who has long supported pro-democracy initiatives in Central and Eastern Europe. And the attacks on Soros, a Holocaust survivor who has urged his native country to accept refugees, have gone beyond a rhetorical campaign that is widely viewed as anti-Semitic. Michael Ignatieff, the rector of the independent Central European University in Budapest, which Soros founded and endowed, offers a powerful account of how Orbán has targeted the CEU with “legislation that would, in essence, require (it) to close”.

The erosion of the rule of law in Poland and Hungary is not just a domestic matter; nor is it merely symbolic of the EU’s ongoing struggles with populism. “Because member states must recognize each other’s court judgments”, Sławomir Sierakowski of the Institute for Advanced Study in Warsaw reminds us, a “populist takeover of the Polish and Hungarian judiciaries” poses a grave threat to “the entire EU’s legal order”.

Yet the EU seems powerless to act. One problem, Soros himself notes, is that “democracy can’t be imposed from the outside; it needs to be achieved and defended by the people themselves”. Still, some commentators believe that the EU can and should do more to put pressure on the Polish and Hungarian governments. For Guy Verhofstadt, a former Belgian prime minister who leads the Alliance of Liberals and Democrats for Europe (ALDE) group in the European Parliament, the EU should sanction Hungary for violating EU values, and move to revoke Hungary’s voting rights under Article 7 of the Treaty of Lisbon. But this would require a unanimous vote by all EU members, and, as Sierakowski points out, this means that “it will never be used” - not least because Poland would object.

Threats at Home…

Thus, the EU could continue to disintegrate from within; indeed, nationalist populism remains a menace in Western Europe, too. Many in Europe certainly hope that, as Princeton’s Harold James contends, “the right-wing populist tide may now be on its way out”. But that conclusion seems premature. For example, in the run-up to Austria’s parliamentary election this fall, the new leader of the center-right Austrian People’s Party, Sebastian Kurz, has begun to emulate the xenophobic populism of the far-right Freedom Party.

The biggest near-term risk is Italy, as I have argued previously. New York University economist Nouriel Roubini seems to agree, noting that “market fears of a disintegrating eurozone will return if the anti-euro Five Star Movement comes to power in Italy’s next election”, which must be held sometime before May 20, 2018.

Sadly, the unresolved refugee crisis is making it more likely that some kind of populist coalition government will come to power in Italy. While the EU’s unsavory deal with Turkey to limit refugee inflows has remained intact -and Greece has become a holding pen for refugees who can no longer travel to Northern Europe- Italy is increasingly becoming a destination for new arrivals from North Africa. So far this year, some 94,000 migrants have arrived in Italy by sea.

The EU is doing little to help - even as Central and East European governments refuse to accept any refugees at all. The latest influx of migrants and refugees has exposed the ongoing inadequacy of Europe’s refugee-relocation scheme, and widened the political divide between north and south.

Indeed, if Macron fails to reform his country and come to terms with Germany on strengthening the eurozone, the populist threat could re-emerge in France, too. As I pointed out in May, after promising to “shake things up”, former Italian Prime Minister Matteo Renzi “failed to change much, soon became unpopular, and resigned after losing a referendum last December, leaving anti-euro populists well placed to win the next election”. Only time will tell if Macron can avoid a similar fate.

…and Abroad

In addition to populist threats from within, Europeans face threats emanating from beyond their borders. As former German Foreign Minister Joschka Fischer points out, “Trump’s isolationist, “America first” agenda implies that the US will abdicate its leadership role in the world, and possibly abandon its security guarantee for Europe.” Given these circumstances, Fischer agrees with Merkel’s assessment, offered at a campaign rally in May, that Europe can no longer “completely rely on others”, and that Europeans “must really take our fate into our own hands”.

Some have heralded Merkel’s statement as a European “declaration of independence”. But, as it stands, the EU’s prospects for developing a coherent, independent security and foreign policy have been grossly exaggerated. In practice, Europe has neither the will nor the capacity to defend itself. Despite grand talk of a “security union” and the creation of a tiny European Defense Fund, European governments have shown little willingness to spend more on defense or pool resources, let alone create a European army and an independent nuclear deterrent.

Complicating matters further, the EU is in the process of losing one of its largest military powers. “Other than Britain”, notes Harvard’s Joseph S. Nye, “only the French have major expeditionary force capabilities, while Germany has been inhibited by history from doing more.” And in addition to “a world-class and readily deployable military”, observes former Spanish Foreign Minister Ana Palacio, Britain also has “permanent membership of the United Nations Security Council, a nuclear deterrent, and a robust relationship with the United States”.

Palacio worries that, as Brexit talks proceed, British Prime Minister Theresa May will treat cooperation on defense and security as “bargaining chips in a negotiation focused on economics”. But it is precisely in these areas that UK and EU interests are most “closely aligned”, Palacio argues. Indeed, progress on these issues, she believes, “might be the key to creating the cooperative frameworks needed to address the most controversial matters”.

It will be years before we know the final terms of Brexit. In the meantime, Europe will remain vulnerable to Russian President Vladimir Putin’s territorial revanchism, political meddling, and other methods of “divide and rule”. As a case in point, look no further than the proposed Nord Stream 2 gas pipeline, which would connect Russia and Germany. As Sierakowski points out, the Nord Stream project bypasses Ukraine and Eastern Europe, and thus “bolsters Russia’s energy monopoly in Europe at the expense of European solidarity”.

Despite this and other challenges, the EU has, so far, avoided disaster. That alone is worth celebrating. But European leaders cannot afford to be complacent. While Macron has provided a much-needed infusion of hope, it will still be a huge struggle to boost employment and living standards, enact eurozone reforms, and close longstanding political divides. Indeed, if the EU wants to defend the post-war liberal order, it first has to prove that it can defend itself - from its external enemies and from the nationalist populism that still threatens to devour it from within.

(Philippe Legrain, a former economic adviser to the president of the European Commission, is a visiting senior fellow at the London School of Economics’ European Institute and the author of European Spring: Why Our Economies and Politics are in a Mess - and How to Put Them Right)

- El Brexit contra el campo (Project Syndicate - **11/8/17**)

Oxford.- El retiro del Reino Unido de la Unión Europea sin duda conlleva muchos riesgos. Pero, si los políticos y los líderes empresariales británicos tienen razón, también crea una oportunidad importante: la posibilidad de construir un sector agrícola más seguro, más ecológico, más eficiente y más innovador. Si el Reino Unido logra aprovechar esta oportunidad, la UE, Estados Unidos y otras economías con sectores agrícolas altamente protegidos podrían seguir sus pasos.

Tal como están las cosas, grandes porciones de la agricultura del Reino Unido están atascadas en la Política Agrícola Común de la UE (PAC), acusada de impulsar al sector hacia prácticas de mayor volumen, más industriales y más perjudiciales para el medio ambiente, sin respaldar la diversidad agrícola y destinando los pagos a los terratenientes más adinerados de Gran Bretaña. Una investigación de 2005 determinó que los 3.000 millones de libras (3.900 millones de dólares) en subsidios que el Reino Unido recibe de la PAC fueron destinados, en gran medida, a importantes empresas dedicadas a la industria agropecuaria y a la producción de alimentos, como Nestlé, Cadbury y Kraft.

Una vez liberados de la defectuosa PAC, sostienen quienes defienden el Brexit, el Reino Unido podrá construir un sector agrícola más competitivo que beneficie a los agricultores y a los trabajadores agrícolas, reduciendo inclusive la dependencia de subsidios distorsivos. Y podrían estar en lo cierto. En Nueva Zelanda, la abolición de subsidios en 1984 ayudó a catalizar la innovación y la diversificación en el sector agrícola, que hoy es el motor del crecimiento económico de Nueva Zelanda.

Sin embargo, debería observarse que el sector agrícola de Nueva Zelanda llevaba décadas sobreviviendo sin subsidios. Por cierto, los que fueron abolidos en 1984 habían sido creados en los años 1970 como una solución de corto plazo para los nuevos desafíos que enfrentaba el sector. En el Reino unido, en cambio, los subsidios están profundamente arraigados y fluyen a los seguidores poderosos y adinerados del actual gobierno. Esto tal vez explique por qué la estrategia del Brexit del gobierno propone mantener los subsidios, que serán pagados directamente por la billetera pública británica.

Sin duda, la abolición de los subsidios fue apenas un elemento de la transformación agrícola de Nueva Zelanda. Igualmente importante fue el esfuerzo realizado por los líderes del país para garantizar el acceso a mercados en crecimiento en Oriente Medio, Japón y luego en China, que hoy es el principal mercado exportador de Nueva Zelanda, y que representa el 21% de las exportaciones.

En el caso del Reino Unido, nuevamente la situación es diferente. Nueva Zelanda es un enorme exportador agrícola neto, que produce, por ejemplo, 98% más corderos y carne de cordero de lo que consume su población. Para Nueva Zelanda, en consecuencia, encontrar nuevos mercados exportadores fue una cuestión de vida o muerte. Gran Bretaña, en cambio, es un importador neto de productos agrícolas y compra el 46% de sus alimentos a otros países, inclusive el 27% a la UE.

Los acuerdos de libre comercio son tan importantes para el esfuerzo del Reino Unido por garantizar la competitividad de su sector agrícola como lo fueron en Nueva Zelanda. Pero el principal objetivo no debe ser asegurar que las exportaciones agrícolas británicas sean competitivas. Más bien, Gran Bretaña debe garantizar que las importaciones extranjeras no perjudiquen sus propios objetivos agrícolas. En resumen, el desafío existencial que enfrentan los agricultores está dentro de las propias fronteras de Gran Bretaña.

Por supuesto, los agricultores británicos enfrentarán momentos difíciles como resultado de la pérdida del mercado de la UE, que representa más de la mitad de lo que exportan. Impedir el ingreso de inmigrantes de la UE al Reino Unido también afectará a los agricultores, ya que muchos de ellos dependen de la mano de obra estacional. Pero el objetivo más urgente debe ser que Gran Bretaña decida qué tipos de granjas y alimentos quiere desarrollar, y luego proteger sus intereses en sus acuerdos con los principales exportadores del mundo, con los cuales intenta sellar tratados de libre comercio. Esto incluye a Estados Unidos, que ya está buscando aprobación para que sus agricultores vendan pollos lavados con cloro en el Reino Unido.

Sin embargo, la probabilidad de que los negociadores comerciales británicos garanticen términos favorables para los agricultores del país es baja. Casi todos los países del mundo -especialmente Estados Unidos- tienen industrias agrícolas muy bien organizadas e influyentes que están altamente capacitadas para forzar a sus gobiernos a garantizarles ventajas en los nuevos acuerdos comerciales.

Es más, a diferencia de los negociadores de Nueva Zelanda, que siempre colocaron la agricultura en el tope de la agenda, los negociadores británicos no están en las condiciones adecuadas para garantizar que los acuerdos de libre comercio protejan a los agricultores del país. Después de todo, están representando una economía impulsada por los servicios, en la que la agricultura no es un motor importante de crecimiento.

En consecuencia, lejos de proteger los objetivos agrícolas nacionales, los nuevos acuerdos de libre comercio probablemente traigan aparejadas alzas en las importaciones de alimentos baratos. Una investigación encomendada por la Unión Nacional de Agricultores predice que un Reino Unido post-Brexit probablemente vea aumentar sus importaciones de carne de vaca, carne de ave, manteca y leche en polvo.

Considerando la situación actual de la agricultura británica, será muy difícil que los agricultores británicos puedan competir con este tipo de importaciones. Muchos agricultores son víctimas de una crisis de larga data en los ingresos agrícolas. La gente joven huye del campo; la edad promedio de un agricultor británico hoy es 59 años. Y la granja británica promedio tiene 41 hectáreas, comparado con las granjas de 250 hectáreas de Nueva Zelanda.

Si la agricultura ha de transformarse en un elemento más seguro, más ecológico y más justo de la economía post-Brexit de Gran Bretaña, los responsables de las políticas británicos tendrán que cambiar su estrategia radicalmente. Por empezar, deben tomar medidas para proteger el contexto rural, asegurar el bienestar de los animales y mejorar la educación, la transferencia de conocimiento y la capacitación comercial para los agricultores y los trabajadores agrícolas.

Los responsables de las políticas británicos también deben avanzar más allá de respuestas ad hoc a los desastres naturales y causados por el hombre, construyendo sistemas de protección más efectivos y confiables. Por ejemplo, podrían facilitar la provisión de seguros asequibles para los agricultores o crear algún tipo de esquema de asistencia mutua. Implementar (y financiar) este tipo de expectativas requerirá de una voluntad política sostenida.

El Reino Unido también debe garantizar que su sector agrícola pueda sacar ventaja de las nuevas tecnologías. Aquí también Nueva Zelanda ofrece un ejemplo útil, con su estrategia proactiva centrada en las inversiones en investigación y tecnología. Las universidades dedicadas a la agricultura también han ayudado en el desarrollo y despliegue de sensores que mejoran la eficiencia, monitores de rendimiento de los cultivos, imágenes satelitales y sistemas de hardware y software agrícolas inteligentes.

Michael Gove, uno de los principales defensores del Brexit y hoy secretario de Estado de Medio Ambiente, Alimentación y Asuntos Rurales, ha descripto al Brexit como “una oportunidad única en la vida para reformar la manera en que nos ocupamos de nuestra tierra, nuestros ríos y nuestros mares, y el modo en que reformulamos nuestra ambición para el medio ambiente de nuestro país y el planeta”. Eso está muy bien y es algo bueno, pero todavía no se refleja en las políticas. La tarea por delante consiste en ver que así sea.

(Ngaire Woods is Dean of the Blavatnik School of Government and Founder of the Global Economic Governance Program at the University of Oxford)

- Britain’s Road to Perdition (Project Syndicate - **15/8/17**)

(By Anatole Kaletsky)

The British political establishment is now converging on a form of Brexit that will satisfy neither the “Leave” nor the “Remain” camp. With this depressing prospect setting in, some are starting to wonder what it would take for Britons to change their minds about leaving the European Union.

London.- Full English Brexit is off the menu. Before leaving the European Union altogether, the British government now wants an “interim period”, in which the United Kingdom would retain the commercial rights of EU membership, while still contributing to the EU budget, observing EU regulations and legal judgments, and allowing the free movement of people. This period would last for at least two years after March 2019 -the official deadline for the Brexit process- meaning that until 2021, Britain would essentially be an EU member state without any voting rights.

In the meantime, British Prime Minister Theresa May’s government, having promised to maintain a “deep and special” relationship with Europe, would try to negotiate a new “treaty-based arrangement” with the EU. But Britain will have a vanishingly small chance of concluding a new treaty in so short a time.

Indeed, come 2021, the UK will still be hurtling toward a “cliff edge”: a full break from Europe, with no alternative arrangement in place to cushion the blow. Politically, that timing would pose even greater risks for May’s government than it faces today, since the next general election must be held by June 2022. So the UK may try to extend the transition period beyond 2022. And as past experience tells us, once an extension is granted, it may never end.

The UK seems to be approaching the scenario I outlined three months ago. May’s fateful decision to hold an early election in June has allowed her opponents to demand that the UK negotiate a transitional arrangement similar to what Norway has as a member of the European Economic Area. The EEA was originally created in 1994 as a temporary framework for various countries preparing to join the EU. But because Norwegian voters rejected a referendum on EU membership 11 months later, the EEA has now lasted for 24 years.

Nobody can predict what will happen in 24 years. But the good news for Britain is that the EU may already be moving slowly toward a two-track structure. To prosper, the eurozone will need to establish a political union. This will leave non-euro countries such as Denmark, Poland, and Sweden forming an outer ring of economic cooperation outside the eurozone. These countries would have membership in the single market, but not in the monetary or political union.

A two-track Europe would be very different from the “two-speed” model that applies to Europe today. In the latter, every country is theoretically heading toward “ever-closer union”, just at different rates. In a two-track scenario, by contrast, Britain could comfortably re-join the outer track along with Norway and, perhaps, Switzerland.

Now for the bad news. A transition arrangement for the UK may be unacceptable to both EU governments and British voters. Committed federalists in the EU want Britain out as quickly as possible, because Britain has long given cover for others -such as Denmark, Poland, and Sweden- to resist deeper integration.

Federalist zealots hate the idea of a two-track Europe. They want to force all EU member states to adopt the euro within the next decade, and to embed themselves permanently into a full-scale political and fiscal union. And they rightly believe that achieving this goal will be easier with Britain out of the picture.

But a transition period is no panacea for the UK either. Britons have already started to get a glimpse of the economic costs of Brexit, as international businesses that once used Britain as a hub for their European operations have started to relocate some of their activities. As the UK government tries to maintain the fiction of a strictly time-limited transition, this process will accelerate further. Moreover, the EU will use the transition period to change its own regulations, so that businesses generating employment and large tax revenues will have to move onto EU territory.

For example, the European Banking Authority and the European Medicines Agency are already relocating from London, meaning the many legal, managerial, and lobbying jobs connected to highly regulated activities such as finance and pharmaceutical research will have to relocate, too. A transition period would thus hit international businesses based in Britain with a regulatory double-whammy: they would be subject to the whims of UK and EU bureaucracies at the same time.

Making matters worse, the promise of a long transition could delay the shift in public opinion needed to reverse Brexit before it is too late. After March 28, 2019, the UK will be officially out of the EU, where economic growth has already started to overtake that of Britain. If it ever wants to be readmitted, it will have to settle for far less attractive terms than what it enjoys today. Not only would it no longer receive budget rebates or special treatment on social regulations; it might even be forced to join the euro.

Even the 48% of British voters who voted “Remain” might reject such humiliating terms. Britain would thus be stuck in limbo - like Norway, but without the oil wealth or social cohesion. As the Labour Party’s trade spokesman has aptly put it, a semi-permanent transition period based on the “Norway model” would turn Britain into a “vassal state.” It would still pay large sums into the EU budget and adhere to EU laws, but it would have no say over how that money is spent or how those laws are made.

In the months ahead, the British public may start to foresee this humiliating endgame. The Norway model will satisfy neither Britain’s elderly, provincial Europhobes, nor the young, urban voters who want to preserve the rights of EU citizenship that they have taken for granted all their lives.

With this depressing prospect setting in, British voters could change their minds about Brexit before their leaders go through with it. But for such a Damascene conversion to happen, the country would have to experience a political or economic crisis large enough to shake public opinion out of its fatalistic complacency. As things stand, Britons have been emulating that beloved national slogan, “Keep calm and carry on”. Before things can get better for Britain, they will probably have to get much worse.

(Anatole Kaletsky is Chief Economist and Co-Chairman of Gavekal Dragonomics. A former columnist at the Times of London, the International New York Times and the Financial Times, he is the author of Capitalism 4.0, The Birth of a New Economy, which anticipated many of the post-crisis transformations of the global economy. His 1985 book, Costs of Default, became an influential primer for Latin American and Asian governments negotiating debt defaults and restructurings with banks and the IMF)

- El Brexit y la venganza de los expertos (El Economista - **25/8/17**)

(Por Barry Eichengreen)

El debate sobre el Brexit es una fuente interminable de risas para cualquiera que tenga un retorcido sentido del humor. Mi cita favorita es de Michael Gove, el actual ministro de Medio ambiente británico. Justo antes del referéndum de junio de 2016, Gove, que era ministro de Justicia en el Gobierno de David Cameron en aquel momento, rechazó la casi unánime visión de los economistas, entre otros, de que una decisión de abandonar la Unión Europea dañaría profundamente la economía británica. “La gente de este país ya está cansada de los expertos”, explicó irritado Gove, refiriéndose a “expertos de organizaciones con acrónimos, que dicen saber lo que es mejor y que se equivocan sistemáticamente”.

Las primeras evidencias post-referéndum indicaron, para sorpresa de muchos (o al menos de muchos de los expertos) que Gove tenía razón y que ellos estaban equivocados. No hubo de hecho una recesión inmediata en el Reino Unido tras la votación del Brexit; en realidad, no hubo siquiera una ralentización del crecimiento.

Para explicar esto, los observadores apuntaron a la ágil respuesta del Banco de Inglaterra, que rebajó los tipos de interés para evitar una moderación de la demanda. Apuntaron a la gran depreciación post-referéndum de la libra, que prometía hacer más competitivas las exportaciones británicas y compensar los problemas de la transición a un nuevo régimen comercial. Sugirieron que un Reino Unido liberado de las molestas regulaciones de la UE podrían ofrecer un entorno más amigable para los negocios y tipos impositivos corporativos menores, y por tanto volverse un imán para la inversión extranjera.

Más provocativamente, cuestionaron las predicciones de que la incertidumbre que rodearía el Brexit tendría un impacto profundamente adverso en el rendimiento económico. Los economistas no pueden medir la incertidumbre directamente, nos recordaron, mientras que las aproximaciones, como la frecuencia con la que el término aparece en la prensa financiera, captan sus efectos bastante pobremente.

De hecho, nosotros los economistas hemos tenido poco éxito prediciendo con fiabilidad cuándo y por qué se dispara la incertidumbre. Y hay poco consenso sobre la severidad de su impacto. Quizás nos iría mejor poniendo menos peso en los efectos de la incertidumbre cuando hacemos pronósticos en general, y en el caso del Brexit en particular.

Pero esta visión parece bastante menos convincente tras el paso de un par más de trimestres. La confianza de los consumidores británicos ha bajado, y el gasto en el segundo trimestre de este año ha caído a su nivel más bajo en cuatro años. Las ventas de coches nuevos llevan cayendo cuatro meses consecutivos. El Banco de Inglaterra pronostica una caída del 20% en la inversión empresarial en los próximos años, mientras que los adalides del Brexit predijeron lo contrario.

La caída de la confianza, pueden objetar algunos, es el reflejo de unas elecciones generales poco conclusivas y de un parlamento en minoría, no de la votación del Brexit. Y el empeoramiento de las condiciones puede atribuirse a la poco brillante estrategia de negociación del Gobierno y a la impresión de que llega a las negociaciones con sus socios de la UE sin prepararse.

Pero las poco concluyentes elecciones reflejan la esquizofrenia tanto del partido conservador como de los laboristas en cuanto al Brexit. La primera ministra, Theresa May, se opuso a la separación antes del referéndum, pero ahora lo abraza como ocupante del número 10 de Downing Street. La oposición laborista de Jeremy Corbyn se opuso oficialmente al Brexit pero parece encontrar una peculiar satisfacción en el hecho de que avance.

Algunos defienden que si el Gobierno adoptara una estrategia de negociación más coherente el daño sería menor. Pero el hecho es que no hay una estrategia de negociación coherente. Los objetivos de May (restringir la inmigración procedente de la UE al tiempo que mantienen acceso total al mercado único europeo) son básicamente incompatibles.

La única sorpresa es que las consecuencias tardaran tanto en materializarse. Es evidente que las implicaciones tardaron más de lo esperado en surtir efecto: entender que “Brexit significa Brexit”, según la sucinta tautología de May. Hizo falta tiempo para darse cuenta de que no habría una ruptura suave con la UE y de que las negociaciones no se cerrarían en dos años. Puede que no haya un acuerdo de libre comercio, ni derechos transfronterizos para los bancos británicos que pretendan hacer negocios en la UE, ni siquiera un acuerdo sobre derechos de aterrizaje para los aviones británicos en el continente europeo.

Pero quien siembra vientos recoge tempestades, y las tempestades han llegado con aires vengativos (si las tormentas pudieran ser vengativas). Los consumidores, que veían depreciarse a la libra, adelantaron su gasto en el segundo semestre del año pasado, porque entendían que los precios de las importaciones aumentarían. Al haber contraído más deuda, ya no están en posición de seguir gastando a ese ritmo inicial.

La sustanciosa depreciación de la libra, además, augura una subida significativa de la inflación, lo que significa que el Banco de Inglaterra tendrá que empezar a subir los tipos de interés más bien antes que después. Las consecuencias para el crecimiento no pintan bien. El banco central ya no será amigo de los pro-brexit.

Lo que dijo el difunto gran economista de MIT Rudi Dornbusch, el más experto de los expertos, sobre la crisis del peso mexicano en los años 1990 también es aplicable al daño del Brexit. Una crisis, señaló Dornbusch, “tarda mucho más tiempo en llegar de lo que se cree, y luego sucede mucho más rápido de lo que se habría pensado”.

- Negociaciones del Brexit: ¿paralizadas o en el ojo de la tormenta? (El Confidencial - **25/9/17**)

En estos últimos meses se ha producido un cambio de actitudes sustancial, y parece que el Reino Unido y la UE tienen percepciones diferentes sobre su futura relación

(Por Josina Kamerling)

Las negociaciones del Brexit son extremadamente complejas y Bruselas está adoptando un enfoque en tres etapas. La primera fase se centra en desenredar los lazos y compromisos pasados; la segunda trata de establecer las metas para las relaciones futuras, y la tercera se centra en organizar los términos de la transición. Bruselas ha dejado claro que Reino Unido debe cumplir con una serie de condiciones muy claras antes de iniciar las conversaciones sobre las relaciones futuras o las condiciones de la transición.

Aunque el Parlamento se cierra durante los meses de verano, el receso del verano pasado ha sido todo menos tranquilo. El Reino Unido y la Unión Europea se han estado preparando para la próxima fase del Brexit y se están posicionando para las negociaciones.

¿Están paralizadas las negociaciones?

El Consejo Europeo debe evaluar formalmente las conversaciones sobre el Brexit en octubre y decidir si se han realizado progresos suficientes. Acordar las bases de la salida es una condición absoluta, y hasta que el Consejo Europeo considere que se ha alcanzado este objetivo, el Reino Unido no podrá abrir negociaciones comerciales con Europa y no se tomarán decisiones sobre la reubicación de los mercados financieros. En consecuencia, las próximas negociaciones deben centrarse en los principios del “divorcio” y las condiciones de salida, y se espera que se hagan progresos en estos frentes antes del plazo de octubre.

En estos últimos meses se ha producido un cambio de actitudes sustancial, y parece que el Reino Unido y la UE tienen percepciones diferentes sobre su futura relación. El Reino Unido, que busca nuevos acuerdos comerciales para reforzar su posición, desea también mantener una relación especial con la UE. Pero aún no está claro si los socios de la UE podrán mantener el “statu quo” en asuntos como aduanas y sindicatos, pero, lo que se ha hecho evidente es que la UE de los Veintisiete está pensando en su futuro y está agrupando esfuerzos en consecuencia.

Documentos de posición del Reino Unido

Durante este verano, el Reino Unido publicó algunos documentos de posición, entre ellos los que describían el enfoque de negociación del Reino Unido sobre asuntos como la comercialización de mercancías y la confidencialidad y el acceso a documentos oficiales. Los documentos justifican por qué es de interés, tanto para la UE como para el Reino Unido, lograr que la salida de este sea lo más fluida y ordenada posible para las empresas y los consumidores. Destacan que la UE exporta mercancías por valor de 314.000 millones de euros al Reino Unido, más que a Brasil, Rusia, India y China combinadas, razón por la cual, argumentan, a nadie le interesa que haya perturbaciones e incertidumbres.

Algunas de las posiciones que se han visto bloqueadas por la UE incluyen la postura del Reino Unido sobre la inmigración y el futuro de la frontera con Irlanda. De hecho, Bruselas ha declarado que el Reino Unido no debe hablar de negociación aduanera hasta que se acuerde un acuerdo de salida. Al respecto, el jefe de negociación europeo para el Brexit, Michel Barnier, señaló recientemente que debe realizarse un trabajo sustancial para preservar la cooperación transfronteriza irlandesa después del Brexit.

Servicios financieros

Con un centro financiero tan importante fuera de la UE, sin duda habrá grandes cambios en los mercados financieros en el continente, poniendo en cuestión el futuro del mercado de capitales, la unión bancaria y la eurozona. El Brexit ha obligado ciertamente a los países de la UE a retomar antiguas conversaciones a propósito del gobierno y la estructura de los mercados financieros europeos.

Se ha sugerido que ya no puede existir un centro financiero predominante, sino diferentes centros financieros a lo largo de la UE que se acomodarán a la fuerza de cada mercado. El ascenso de las “fintech” podría ayudar a apoyar este enfoque fragmentado. Reino Unido espera mantener un enfoque de colaboración con los mercados financieros de la UE y considera que el futuro de los mercados financieros es “global”.

Próximos pasos

Se esperaba que en esta etapa de las negociaciones se hubieran hecho más progresos. De hecho, las cifras del Brexit que se mencionan varían enormemente: desde 30.000 a 100.000 millones de euros. A medida que nos acercamos a la fecha límite de octubre, es probable que se vayan afianzando las diferentes posturas, y las discusiones sobre la factura del “divorcio”, los derechos de los ciudadanos de la UE y el futuro de Irlanda van a ser clave para las próximas negociaciones.

(Josina Kamerling, directora de Asuntos Regulatorios de CFA Institute para Europa, África y Oriente Medio (EMEA))

- Cómo Gran Bretaña dejó de ser cool (Project Syndicate - **4/10/17**)

(Por Mark Leonard)

Berlín.- La reciente reunión que sostuvieron la canciller alemana Ángela Merkel y la primera ministra británica Theresa May en la capital estonia de Tallin resultó ser un retrato de contrastes. Merkel ha buscado la apertura y el internacionalismo y lidera un país con una base industrial de primera y fuertes lazos comerciales internacionales. May habla más sobre el pasado que sobre el futuro, y ha denigrado a los “ciudadanos del mundo” mientras asegura defender la confusa identidad nacional de su país.

La dinámica Merkel-May demuestra, entre otras cosas, cuán cíclica puede ser la historia. Hace veinte años, Alemania era el “enfermo de Europa” que luchaba por disipar sus demonios para poder mirar hacia el futuro. En cambio, el Reino Unido se había convertido en “Cool Britannia”. En 1997, gran parte del mundo escuchaba brit-pop y los mejores artistas, diseñadores de moda y arquitectos británicos eran lo máximo en sus respectivos campos. Incluso los chefs británicos eran vistos como árbitros globales del gusto, para el pesar de sus colegas franceses.

Yo formé parte de ese momento de renacimiento nacional. En el informe BritainTM: Renovando nuestra identidad propuse una estrategia de reposicionamiento de la marca nacional que fue recogida por el gobierno del nuevo laborismo del primer ministro Tony Blair. Se trataba de repensar la idea de “lo británico” para después volver a presentar Gran Bretaña al mundo.

Resultaba evidente que era necesario reposicionar la marca. A mediados de los noventa se había instalado una niebla de malestar sobre la política británica. El primer ministro John Major había perdido el control del Partido Conservador, y una decreciente confianza pública en las instituciones del país alimentaba la ansiedad entre los votantes. Gran Bretaña, una vez conocida como el “taller del mundo”, se había convertido en una economía de servicios. La cadena minorista británica Dixons puso Matsui a una de sus marcas de productos electrónicos porque sonaba japonés. Las telenovelas que salían del Palacio de Buckingham habían convertido la adulación a la familia real en voyerismo. Y las encuestas de opinión revelaban que alrededor de la mitad de la población del país quería emigrar, y un porcentaje similar ya no se sentía británico (especialmente escoceses, galeses, minorías étnicas, londinenses y jóvenes).

Yo sostenía que los británicos debían adoptar una nueva identidad cívica basada en relatos más profundos sobre su país, en lugar de lamentarse por la idea étnica y excluyente de “lo anglo” que la ex primera ministra Margaret Thatcher tanto había promovido en los ochenta. Después de todo, Gran Bretaña era un centro global, pero también una isla con una larga historia de creatividad, excentricidad e innovación. Era un país híbrido cuya diversidad era su fuerte. Había sido pionera del cambio social y tecnológico, no con fanfarria revolucionaria, sino mediante una buena administración. Y era un país que apreciaba el “juego limpio”, un valor encarnado por el Servicio Nacional de Salud.

Naturalmente, no debería sobrevalorar la influencia de mi informe. BritainTM solo formó parte de un fenómeno mayor. El relato nacional avanzaba hacia la apertura, y ese cambio tendría un profundo impacto tanto en el Partido Laborista como en el Partido Conservador, que necesitaba limpiar su propia marca. Líderes conservadores como el ex primer ministro David Cameron e incluso Boris Johnson, cuando era el alcalde de Londres, llegaron a reflejar una Gran Bretaña moderna, multirracial y multiétnica. Este es el país que el director Danny Boyle representó en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de 2012 en Londres.

Entonces, ¿cómo pasó el país del cosmopolitismo al nacionalismo y al nativismo? La respuesta corta es que el reposicionamiento de la marca Gran Bretaña fue víctima de su propio éxito. Al incluir a los ciudadanos previamente excluidos, el nuevo relato nacional hizo que los que se situaban en el centro de la versión más antigua y estrecha se sintieran como una minoría amenazada. Y contraatacaron cuando llegó el referéndum del Brexit.

Desde que sucedió a Cameron, el objetivo principal de May ha sido apelar a las emociones de las viejas tribus que formaban el núcleo de la versión thatcheriana de lo británico (los que se sintieron marginados en Cool Britannia). Sin embargo, la demografía determina que una Gran Bretaña nueva y abierta sustituirá a la antigua de forma inevitable. La mayoría de las encuestas manifiesta que el país se está volviendo cada año más liberal y tolerante. Pero el voto del Brexit nos enseña que las políticas identitarias -manifestadas en los temores de los votantes mayores, blancos y con menor educación- pueden causar estragos en el interregno.

Lo que queda por ver es cuán lejos llegará el giro nativista y si sus líderes se extralimitarán. ¿La ola populista retrocederá una vez que una masa crítica de votantes empiece a sentir los efectos del Brexit en la economía del país? ¿Y podría haberse evitado con un cambio más lento y gradual del relato nacional?

Sin duda Merkel se ha hecho preguntas similares desde las elecciones federales alemanas del mes pasado. El hecho de que la extrema derecha de Alternativa para Alemania obtuviera avances sin precedentes mientras el partido de Merkel perdiera apoyos se relaciona con su audaz política de puertas abiertas durante la crisis de los refugiados. Ahora puede estar preguntándose si la Willkommenskultur (cultura de bienvenida) que ella ha promovido tendrá el mismo destino que la Cool Britannia de Blair.

Procurar que no sea así será el gran desafío de Merkel en su cuarto mandato. Lamentablemente, May tendrá poco que enseñarle, al haber optado por subirse a la ola del nativismo en lugar de intentar redirigirla.

Tal vez May será víctima de su propio oportunismo. Si la historia efectivamente se mueve en ciclos, lo lógico es que tarde o temprano Gran Bretaña vuelva al camino de la apertura. Y cuando esto ocurra se dejará de lado la política retrógrada de May, tal como se hizo con la de Thatcher.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)



**Fermata final: Antes que el esperpento se convierta en tragedia, Europa debe despertar**

**No se puede meter el Brexit en un cajón, y aquí paz y después gloria; están ustedes (líderes de “plastilina” de la UE) obligados a hacer lo que de ninguna forma han querido hacer, desde que el Reino Unido comenzó con sus actitudes desleales, caprichos y desplantes (o sea, desde el mismo momento de su incorporación a la CE).**

**En fin, que hasta aquí hemos llegado y que se acabó el macabro juego del verlas venir, dejarlas pasar, y si te mean encima decir que llueve. Es una cuestión de dignidad colectiva. Ya no hay espacio para la complacencia. Esperar que los “antieuropeístas” se tornen “europeístas” por milagro, es una entelequia reñida con la razón (y en el caso del Reino Unido, también con la experiencia histórica).**

**Si los británicos han preferido la nostalgia por el siglo diecinueve a lo que les pudiera prometer el siglo veintiuno, tendrán que encontrar un camino hacia adelante sin la Unión Europea. Ni los mercaderes, ni la City, pueden seguir “entrando” al Club, gratis.**